

MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

I

Tiempo de Adviento
Tiempo de Navidad
Tiempo ordinario
(Semanas I a VIII)

ROMA, 1987

ÍNDICE

14º		PÁG.
	Nota a la segunda edición.....	5
	Presentación.....	7
TIEMPO DE ADVIENTO		
1	<i>Domingo I de Adviento</i>	13
2	Lunes.....	20
3	Martes.....	27
4	Miércoles.....	34
5	Jueves.....	41
6	Viernes.....	48
7	Sábado.....	54
8	<i>Domingo II de Adviento</i>	61
9	Lunes.....	67
10	Martes.....	74
11	Miércoles.....	81
12	Jueves.....	88
13	Viernes.....	95
14	Sábado.....	102
15	<i>Domingo III de Adviento</i>	108
16	Lunes.....	115
17	Martes.....	121
18	Miércoles.....	128
19	Jueves.....	134
20	Viernes.....	140
21	<i>Domingo IV de Adviento</i>	147

Nº	PAG.
22	17 de diciembre.....153
23	18 de diciembre.....160
24	19 de diciembre.....166
25	20 de diciembre.....172
26	21 de diciembre.....178
27	22 de diciembre.....183
28	23 de diciembre.....189
29	24 de diciembre.....196
TIEMPO DE NAVIDAD	
	25 de diciembre.
30	Navidad del Señor (I).....205
	25 de diciembre.
31	Navidad del Señor (II).....213
	25 de diciembre.
32	Navidad del Señor (III).....219
33	29 de diciembre.....226
34	30 de diciembre.....231
35	Triduo de la Sagrada Familia (I).....238
36	Triduo de la Sagrada Familia (II).....244
37	Fiesta de la Sagrada Familia.....250
38	31 de diciembre.....256
	1 de enero.
39	Santa María, Madre de Dios.....262
40	<i>Domingo II después de Navidad</i>271
41	2 de enero.....277
42	3 de enero.....283
43	4 de enero.....290
44	5 de enero.....296
45	6 de enero.....302
46	7 de enero.....309

Nº	PÁG.
47	Epifanía del Señor (I).....315
48	Epifanía del Señor (II).....323
49	Epifanía del Señor (III).....330
50	Lunes después de Epifanía.....336
51	Martes.....343
52	Miércoles.....350
53	Jueves.....356
54	Viernes.....362
55	Sábado.....368
56	Bautismo del Señor.....374
TIEMPO ORDINARIO (semanas I a VIII)	
57	Lunes de la I semana.....383
58	Martes.....391
59	Miércoles.....397
60	Jueves.....402
61	Viernes.....408
62	Sábado.....414
63	<i>Domingo II del tiempo ordinario</i>420
64	Lunes.....426
65	Martes.....432
66	Miércoles.....438
67	Jueves.....444
68	Viernes.....451
69	Sábado.....458
70	<i>Domingo III del tiempo ordinario</i>465
71	Lunes.....471
72	Martes.....478
73	Miércoles.....484
74	Jueves.....490

Nº	PÁG.
75	Viernes..... 497
76	Sábado..... 503
77	<i>Domingo IV del tiempo ordinario</i> 509
78	Lunes..... 515
79	Martes..... 521
80	Miércoles..... 528
81	Jueves..... 534
82	Viernes..... 540
83	Sábado..... 546
84	<i>Domingo V del tiempo ordinario</i> 554
85	Lunes..... 560
86	Martes..... 565
87	Miércoles..... 571
88	Jueves..... 578
89	Viernes..... 584
90	Sábado..... 590
91	<i>Domingo VI del tiempo ordinario</i> 595
92	Lunes..... 602
93	Martes..... 609
94	Miércoles..... 615
95	Jueves..... 621
96	Viernes..... 627
97	Sábado..... 632
98	<i>Domingo VII del tiempo ordinario</i> 638
99	Lunes..... 644
100	Martes..... 650
101	Miércoles..... 656
102	Jueves..... 664
103	Viernes..... 671
104	Sábado..... 679

105	<i>Domingo VIII del tiempo ordinario</i> 686
106	Lunes..... 692
107	Martes..... 699
108	Miércoles..... 707
109	Jueves..... 714
110	Viernes..... 722
111	Sábado..... 728

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace ya veintiún años que salieron a la luz estas MEDITACIONES, que tanto nos han ayudado a hacer oración. Se escribieron por deseo expreso de nuestro Padre, recogiendo en muchas ocasiones palabras textuales suyas, y siempre los rasgos de su espíritu, el que había recibido de Dios para entregarlo a sus hijas y a sus hijos. Nuestro mismo Fundador se sirvió muchas veces de estos volúmenes para su oración personal y para la lectura espiritual; y, en más de una ocasión, le oí decir que constituían un vínculo de unidad, y que daba gracias a Dios por disponer de este instrumento.

Pero aún hay más. En varias ocasiones, nuestro Padre comentó que reconocía como suyo todo lo que se contiene en estos libros: no sólo los textos escritos con la letra cursiva de trazo más fuerte, que se eligió para las citas literales, sino también el resto. Y es lógico que fuera así, porque —además de reflejar siempre su espíritu— las consideraciones escritas en estas MEDITACIONES, al hilo del relato evangélico, nos acercan a Jesucristo de la mano de nuestro Padre, siguiendo el modo de hacer oración que los hijos de Dios en el Opus Dei, y tantos otros cristianos, hemos aprendido de nuestro santo Fundador.

A nadie puede llamar la atención esta coincidencia, porque —así sucede en cualquier familia— los hijos hablan con la entonación y las expresiones de sus padres,

de modo natural y sin perder su propia personalidad. Os confieso que ésta es mi petición diaria al Señor: que sigamos fielmente los pasos de nuestro Fundador, sabiendo hablar con su mismo amor a Dios.

Se notaba desde hace tiempo la necesidad de una nueva edición, porque en estos años la Obra ha crecido vigorosamente en todo el mundo, y eran muchos los hermanos y hermanas vuestros —las hijas y los hijos míos— que no podían utilizar estas MEDITACIONES, por haberse agotado la edición primera. Además, había que realizar pequeñas correcciones de estilo, como indicó en su momento nuestro Padre; ajustarías a los textos litúrgicos vigentes, e incluir las fiestas de la Prelatura que han ido enriqueciendo el camino sobrenatural y humano del Opus Dei, en el curso de estos años.

También se han recogido más textos literales de nuestro Fundador, entresacados de la abundante predicción de los últimos años de su vida en la tierra.

Son éstos los principales cambios de la segunda edición de MEDITACIONES. Se completan con algunas mejoras técnicas, para facilitar el uso de unos libros que —así se lo pido a la Santísima Virgen, acudiendo a la intercesión de nuestro santo Fundador— tanto bien seguirán haciendo a todos los hijos de Dios en el Opus Dei.

Alvaro

*Roma, 15 de septiembre de 1985,
festividad de Nuestra Señora de los Dolores*

PRESENTACIÓN

*Ante orationem, praepara animam tuam
(Eccli. XVIII, 23)*

Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí, que me ves, que me oyes —¡no imagináis con qué necesidad mía personal puse yo estas palabras en la oración preparatoria!—, te adoro con profunda reverencia...

Nos hemos puesto en la presencia de Dios y le hemos pedido perdón por las miserias nuestras. Después le hemos pedido también gracia para hacer de manera fructuosa la oración de este día. Y con este fin, hemos invocado a la Santísima Virgen, a San José y a los Angeles Custodios. Vosotros, conmigo, haréis la meditación. Yo la cuajaré en palabras, en nombre vuestro¹.

Con ese espíritu que nuestro Padre nos ha dado, se ha escrito este libro: con el afán de hacer suave y sencillo el cauce de la oración de todos. Porque, cuando dirigimos la meditación, no estamos haciendo una comedia, una representación del tema. Estamos haciendo nuestra oración personal. Es algo que arranca de la realidad de nuestra vida de almas contemplativas, tratando a la vez de ayudar a los demás para

(1) De nuestro Padre, Meditación, 27-X-1963. Todas las frases literales de nuestro Padre están escritas con este tipo de letra.

*que tengan una conversación confiada —filial— con Dios, Padre y Señor Nuestro*².

Por eso, hemos tenido la ilusión —que tanta alegría daba a nuestro trabajo— de estar expresando en voz alta los pensamientos, los afectos, los propósitos comunes a todos nosotros, dándoles solamente una forma sensible, mientras cada uno por su cuenta mantiene en silencio su diálogo, con afectos y con propósitos personalísimos.

Hemos sido muchos los que hemos trabajado en preparar estas páginas: ¡cuántos de vosotros, al llegar a vuestras manos este libro, habréis recordado no sin emoción las horas que pasasteis dedicados a esta labor, las veces que pedíais al Señor su luz para acertar con la consideración justa! Y así estas MEDITACIONES no son de uno o de otro: son de todos. *Omnes perseverantes (...) unanimiter in oratione*³.

Las mismas palabras para todos, ayudarán a la unanimidad del espíritu y del hecho de la oración nuestra. Pero *con el mismo género de tela se hacen trajes muy distintos: unos más grandes y otros más pequeños, unos más anchos y otros más estrechos. Millones de hombres toman la misma medicina, y cada uno la usa según su necesidad personal* \ Y aquí está la maravillosa variedad nuestra, la riqueza de nuestra catolicidad.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 25-11-1964.

(3) Act. I, 14.

(4) De nuestro Padre, Meditación *Señal de vida interior*, 3-II-1963.

Desde que nace el sol hasta que se pone, a todas las horas del continuo girar del tiempo, algunos de nosotros estaremos haciendo la oración, quizá con las mismas palabras y siempre con el mismo espíritu, sacando de esa oración impulso de amor y claridades de fe para nuestra jornada, que es toda contemplativa: *mientras luchaban con las manos, oraban en su corazón a Dios*⁵. Nuestro trabajo es también oración: *meditatio cordis mei, in conspectu tuo semper**".

Que Nuestra Madre Santa María, que San José nuestro Padre y Señor, que el Ángel Custodio de cada uno, nos alcancen del Cielo, para estas páginas escritas, la eficacia sobrenatural con que hemos soñado.

*Y después de esta oración preparatoria, que es un acto de fe, que es un acto de amor de Dios y de dolor de amor, que es un acto de esperanza... Después de esta oración preparatoria, que ya es oración mental, nos vamos a meter, como todas las mañanas, como todas las tardes, en una consideración que nos lleve a ser mejores*⁷.

Roma, en la fiesta de la Presentación de la Virgen Santísima, 21 de noviembre de 1964.

(5) II Mac. XV, 27.

(6) Ps. XVIII, 15.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

Tiempo
de Adviento

1.

DOMINGO I DE ADVIENTO

—El comienzo del año litúrgico, ocasión para recomenzar en la vida interior.

—Disposiciones internas para recomenzar.

—Necesidad de trabajar para adentro.

HIJOS míos: hoy, que empieza el nuevo año litúrgico con un tiempo lleno de afecto hacia el Redentor, es buen día para que nosotros recomencemos. ¿Recomenzar? Sí, recomenzar. Yo —me imagino que tú también— recomienzo cada día, cada hora, cada vez que hago un acto de contrición recomienzo.

Ad te Domine levavi animam meam: Deus meus, in te confido, non erubescam (Ant. ad Intr., Ps. XXIV, 1-2); a Ti, Señor, levaté mi alma: Dios mío, en Ti confío; no sea yo avergonzado. ¿No es la fortaleza del Opus Dei, esta confianza en el Señor? A lo largo de muchos años, así ha sido nuestra oración, en el momento de la incompreensión, de una incompreensión casi brutal: non erubescam! Pero no somos sólo nosotros los incomprendidos. La incompreensión la padecen todas las personas, físicas y morales. No hay nadie en el mundo que, con razón o sin ella, no diga que es un incomprendido: incomprendido por el pariente, por el amigo, por el vecino, por el colega... Pero si va con rectitud de intención, dirá enseguida: ad te levavi animam meam. Y continuará con el salmista: etenim uni-

versi, qui te expectant, non confundentur (Ibid.), *porque todos los que esperan en Ti, no quedarán confundidos.*

In te confido... *Ya no se trata de incomprensión, sino de personas que odian, de la mala intención de algunos. Hace años no me lo creía, ahora sí: ñeque irrideant me inimici mei (Ibid.). Hijo mío, hijo de mi alma, dale gracias al Señor porque ha puesto en la boca del salmista estas palabras, que nos llenan de la fortaleza mejor fundada. Y piensa en las veces que te has sentido turbado, que has perdido la tranquilidad, porque no has sabido acudir a este Señor —Deus tuus, Dios tuyo— y confiar en El: no se burlarán de ti esas gentes.*

Luego, ahí, en esa lucha interna del alma, y en aquella otra por la gloria de Dios, por llevar a cabo apostolados eficaces en servicio de Dios y de las almas, de la Iglesia. En esas luchas, ¡fe, confianza! "Pero, Padre —me dirás—, ¿y mis pecados?" Y te contestaré: ¿y los míos? Ne respicias peccata nostra, sed fidei (Ordo Missae). Y recordaremos otras palabras de la Escritura: quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2): *ya no tengo miedo porque Tú, Señor, miras mi fe, más que mis miserias, y eres mi fortaleza; porque estos hijos míos —yo os presento a Dios, a todos vosotros— son también la fortaleza mía. Fuertes, decididos, seguros, serenos, ¡victoriosos!*

Pero humildes, humildes. Porque conocemos muy bien el barro de que estamos hechos, y percibimos al

menos un poquito de nuestra soberbia, y un poquito de nuestra sensualidad... Y no lo sabemos todo. ¡Que descubramos lo que estorba a nuestra fe, a nuestra esperanza y a nuestro amor! Y tendremos serenidad. Barruntaremos, en una palabra, que somos más hijos de Dios, y seremos capaces de tirar para adelante en este nuevo año. Nos sentiremos hijos del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo.

Ciertamente a nosotros el Señor nos ha enseñado el camino del Cielo, y de igual manera que dio al Profeta aquel pan cocido debajo de las cenizas, así nos lo ha dado a nosotros, para seguir adelante en el camino. Camino que puede ser del hombre santo, o del hombre tibio, o —no lo quiero pensar— del hombre malo. Vías tuas, Domine, demonstra mihi, et semitas tuas edoce me (Ant. ad Intr., Ps. XXIV, 4): muéstrame, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas. El Señor nos ha enseñado el camino de la santidad. ¿Quieres pensar un poco en todo esto? ¹

EXCITA, quaesumus, Domine, potentiam tuam, et veni... (Orat.). *Señor, demuestra tu poder y ven. ¡Cómo conoce el paño la Iglesia, la liturgia, que es la oración de la Iglesia! Fíjate si conoce tu deseo y el mío, el modo de ser tuyo y el modo de ser mío...: excita, Domine, potentiam tuam et veni. La potencia de Dios viene a*

(1) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961, en el Domingo I de Adviento.

*nosotros. Es el Deus absconditus que pasa, pero que no pasa inútilmente*².

*Ven, Señor, y no tardes*³. El Señor llegará pronto; preparémosle el camino. Hay quizá todavía en nosotros algo sin entregar, algo que oscurece la visión de Jesucristo y que enfría el amor: es la hora de apartar esos obstáculos. *Si queréis ver y contemplar a Dios, tratad primero de limpiar el corazón y quitar de él todo lo que le desagrade*⁴. Hay que hacer más hondo el examen de conciencia durante estos días, para conseguir mayor pureza interior, más finura de espíritu. Esta tarea de examen ha de dirigirse a las raíces mismas de nuestros actos, a los motivos que inspiran realmente cada una de nuestras acciones: ¿dónde está mi corazón?, ¿qué intenciones son las que me mueven?, ¿cuáles son de ordinario mis pensamientos, mis deseos, mis ilusiones?

Ven, Jesús, para que con tu protección merezcamos ser libres en los peligros que nos amenazan por nuestros pecados, y ser salvos con tu gracia (Orat.). Da gracias al Señor, protector y liberador nuestro. No pienses ahora si tus faltas son grandes o pequeñas: piensa en el perdón, que es siempre grandísimo. Piensa que la culpa podía haber sido enorme y da gracias, porque Dios ha tenido —y tiene— esta disposición de perdonar.

Hijo, este comienzo del Adviento es una hora pro-

(2) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

(3) *Ad Nonam*, V.

(4) San Agustín, *Sermo* 2, 5.

pida para hacer un acto de amor: para decir creo, para decir espero, para decir amo, para dirigirse a la Madre del Señor —Madre, Hija, Esposa de Dios, Madre nuestra— y pedirle que nos obtenga de la Trinidad Beatísima más gracias: la gracia de la esperanza, del amor, de la contrición. Para que cuando a veces en la vida parece que sopla un viento fuerte, seco, capaz de agostar esas flores del alma, no agoste) las nuestras.

*Y aprende a alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una devoción particular a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo: creo en la Trinidad Beatísima. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo: espero en la Trinidad Beatísima. Amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo: amo a la Trinidad Beatísima. Esta devoción hace falta como un ejercicio sobrenatural, que se traduce en estos movimientos del corazón, aunque no siempre se traduzca en palabras*⁵.

Hay que decidirse a superar de una vez todo lo que se interponga entre nosotros y Dios; salir al encuentro de Jesucristo con ánimo leal y sincero, y la renovada disposición de buscarle sólo a El. La gracia del Adviento, este próximo encuentro con el Señor, que puede arrancar de nuestra alma todo lo que se había hecho viejo y caduco, devolverá a nuestra entrega personal lozanía de juventud y ansias de santidad.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

SABEMOS muy bien lo que nos dice hoy San Pablo: frates: scientes tempus, quia hora est iam nos de somno surgere (Ep., Rom. XII, 11). ¡Ya es hora de trabajar! De trabajar por dentro, en la edificación de nuestra alma; por fuera, en la edificación del Reino de Dios. Y otra vez viene a nuestros labios la contrición: Señor, te pido perdón por mi vida mala, por mi vida tibia; te pido perdón por mi trabajo mal hecho; te pido perdón porque no te he sabido amar, y por eso no he sabido estar pendiente de Ti. Una mirada despectiva de un hijo a su madre, le causa un dolor inmenso; si es a una persona extraña, no importa demasiado. Yo soy tu hijo: mea culpa, mea culpa! (...).

Sabed que ya es hora de despertar del sueño... ¿Con qué sentido sobrenatural se ven las cosas? Ese sentido que no se nota por fuera, pero que se manifiesta en las acciones, incluso a veces por la mirada. Eres tú quien debe mirar muy dentro. ¿No es verdad que un poco de sueño ha habido en tu vida? ¿Un poco de facilonería? Piensa cómo nos facilitamos el cumplir sin demasiado amor. ¡Cumplir!

Nox praecessit, dies autem appropinquavit: abiiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis (Ibid., 12); desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos de las armas de la luz. ¡Tiene mucha fuerza el Apóstol! Sicut in die honeste ambulemus (Ibid., 13). Hemos de andar por la vida como apóstoles, con luz de Dios, con sal de Dios. Con naturalidad, pero con tal vida interior, con tal espíritu del Opus

Dei, que alumbremos, que evitemos la corrupción que hay alrededor, que llevemos como fruto la serenidad y la alegría. Y en medio de las lágrimas —porque a veces se llora, pero no importa—, la alegría y la paz, el gaudium cum pace.

Sal, fuego, luz; por las almas, por la tuya y por la mía. Un acto de amor, de contrición. Mea culpa... Yo pude, yo debía haber sido instrumento... Te doy gracias, Dios mío, porque, a pesar de todo, me has dado una gran fe, y la gracia de la vocación y la gracia de la perseverancia. Por eso en la Santa Misa nos hace decir la Iglesia: Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum (Ant. ad Comm., Ps. LXXXIV, 13). Esa bendición del Señor es el origen de todo buen fruto, de aquel clima necesario para que en nuestra vida podamos hacernos santos y cultivar santos, hijos suyos.

Dominus dabit benignitatem... Fruto espera el Señor nuestro. Si no lo damos, se lo quitamos. Pero no un fruto raquítico, desmedrado, porque no hayamos sabido darnos. El Señor da el agua, la lluvia, el sol, esa tierra... Pero espera la siembra, el trasplante, la podadura; espera que reservemos los frutos con amor, evitando si es preciso que vengan los pájaros del cielo a comérselos.

Vamos a terminar, acudiendo a Nuestra Madre, para que nos ayude a cumplir esos propósitos que hemos hecho⁶.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 3-XII-1961.

2.

LUNES

—El año litúrgico no es un simple recuerdo de la vida del Señor.

—Significado de la repetición anual de los misterios: el amor.

—La meditación de los textos de la Sagrada Liturgia, camino para llegar a Dios.

HA COMENZADO otra vez el ciclo litúrgico y nos disponemos nuevamente a emprender el recorrido de todos los años. Vamos a repasar los misterios de la vida de Cristo, gozosos, dolorosos y gloriosos: desde la expectación del Nacimiento hasta la Muerte, y la Resurrección y la Ascensión: hasta Pentecostés.

A lo largo del año, la liturgia nos irá presentando los principales pasos y misterios de la vida de Jesús, para que al contemplarlos encontremos siempre nuevas virtudes que imitar, nuevos motivos de agradecimiento, nuevas invitaciones a un amor cada vez más entregado. Nos presentará también, en las fiestas de la Virgen, la gloria y la belleza de Nuestra Madre, y nos animará con el ejemplo de los santos —¡tanto heroísmo, tanto amor en ese largo desfile de las fiestas de los santos!—, hombres y mujeres que lucharon como nosotros, aunque siguiendo caminos

de ordinario muy diversos al que Dios desea para sus hijos en el Opus Dei.

Comenzamos, pues, el ciclo litúrgico; pero sabemos que esta repetición anual de los misterios es mucho más que un recuerdo piadoso: *no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni la simple conmemoración de una edad pretérita: es más bien Cristo mismo que vive en su Iglesia*¹. Porque *Iesus Christus heri et hodie, Ipse et in saecula*². Jesucristo vive, y su vida continúa en la tierra, sobre todo por medio del Sacrificio del Altar. Así adquiere su pleno sentido aquella anotación de nuestro Padre: *te entendía bien cuando me confiabas: quiero embeberme en la liturgia de la Santa Misa*³.

En estos días de Adviento, vivimos realmente la expectación del Mesías. *La hora del Señor se acerca* —repite la Iglesia—, y *sus días no serán aplazados*⁴. Y, en el Evangelio de la Misa de hoy, Jesús nos repite a cada uno lo mismo que dijo al centurión de Cafarnaúm, cuando le rogaba por su criado enfermo: *Yo iré y le sanaré*⁵. Jesucristo viene especialmente a los que le aman y esperan, a los que se han preparado para recibirle. Por eso la liturgia nos invita a pedir la gracia de aguardarle de tal manera que, cuan-

(1) Pío XII, Litt. ene. *Mediator Dei*, 20-XI-1947.

(2) *Hebr.* XIII, 8.

(3) *Forja*, n. 644.

(4) *Ad Nonam*, L. br. (cfr. *Isai.* XIV, 1).

(5) *Ev. (Matth.* VIII, 7).

do llame a la puerta, nos encuentre velando en oración y cantando sus alabanzas⁶. Cristo está próximo; cada año con un nuevo don y con una mayor exigencia. Lo que hace falta es que le oigamos dentro de nuestro corazón, que le escuchemos con aquella intención que pedía Jesús cuando dijo: "el que tenga oídos, que oiga" (Marc. IV, 23)"⁷.

NO OS dejaré huérfanos⁸, prometió el Señor. Yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos⁹. Jesucristo está siempre aquí, presente en medio de nosotros, continuando su vida en la tierra a través de la Iglesia, su Cuerpo Místico. Y la Iglesia, Esposa suya, vuelve los ojos hacia el Salvador, con una mirada que encierra tantas ansias de redención.

Para satisfacer esos anhelos, Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el Sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz" (Concilio de Trento, decr. De Ss. Missae sacrif., c. 2), sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es

(6) Oral.

(7) San Agustín, Sermo 25, 2.

(8) Ioann. XIV, 18.

(9) Matth. XXVIII, 20.

Cristo quien bautiza (cfr. San Agustín, In Ioann. Evang. tract. 6, 1, 7). Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, está presente el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Matth. XVIII, 20)"¹⁰.

Conducidos por la liturgia, vamos a contemplar a lo largo del año la sucesión de los misterios. Y se despertará fácilmente nuestra devoción: la esperanza ante la inminente venida de Jesús, la alegría de saber que está entre nosotros, la fe en su divinidad escondida, la admiración ante la Sabiduría que se revela, el dolor en la Pasión y la Muerte, el triunfo de la Resurrección, el poderoso aliento de Pentecostés que nos lanza, igual que a los Apóstoles, en todas direcciones.

Pero sobre todo comprenderemos bien —Dios quiera que podamos comprenderlo esta vez con mayor hondura y correspondencia que en otras ocasiones— cuál es el fondo constante de la historia que volveremos a vivir, qué es lo que se encuentra por todas partes, en cada uno de sus episodios, qué es lo que la inunda por entero: 'habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin'.

(10) Concilio Vaticano II, Const. Sacrosanctum Concilium, n. 7.

(11) Ioann. XIII, 1.

Este amor de Jesucristo es la clave de todo, y debe serlo también en nuestra vida.

Ha llegado el Adviento. ¡Qué buen tiempo para remozar el deseo, la añoranza, las ansias sinceras por la venida de Cristo!, ¡por su venida cotidiana a tu alma en la Eucaristía! —"Ecce veniet"—¡que está al llegar!, nos anima la Iglesia¹². De modo especial, en este tiempo de espera hemos de renovar nuestro amor, para apartar los obstáculos que puedan hacer menos fructífera la venida del Salvador. Para prepararnos no con palabras solamente, sino con obras y de verdad¹³, con ese espíritu de penitencia que tiene el que todos los días se sabe vencer, ofreciendo cosas por amor y sin espectáculo¹⁴.

TU ORACIÓN debe ser litúrgica¹⁵. Nuestra piedad ha de estar impregnada de espíritu litúrgico. La alabanza constante que la Iglesia dirige a la Trinidad Beatísima, es el acto más excelso en el que podemos participar, y nuestra piedad personal debe estar orientada hacia esa meta.

Vida litúrgica y vida interior constituyen dos aspectos de una misma realidad. Las dos tienden a glorificar a Dios, fin último de toda nuestra existencia; y las dos enriquecen al alma con los dones divi-

(12) *Forja*, n. 548.

(13) *1 Ioann.* III, 18.

(14) De nuestro Padre, *Crónica* 11-62, pp. 13-14.

(15) *Camino*, n. 86.

nos, porque la liturgia, además del caudal de gracias que derrama por medio de los sacramentos y sacramentales, ilumina nuestra inteligencia con el esplendor y la maravilla de los misterios divinos, mueve nuestra voluntad y cautiva nuestro corazón con el recuerdo de la gloria que Cristo nos ha ganado, atrae nuestros sentidos con la belleza de sus ceremonias, la armonía de sus cánticos y el rigor solemne de sus ritos.

Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares, escribió nuestro Fundador. —*Cúmplelas fielmente. —¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?*¹⁶. Por eso, cuando revivimos a lo largo del año los misterios del Señor y de la Virgen, cuando admiramos la vida de los santos, procuramos filialmente dejarnos llevar por la liturgia y alimentar nuestra devoción en esta caudalosa fuente de vida interior.

No comprendo —ha dicho nuestro Padre— cómo se puede vivir cristianamente sin sentir la necesidad de una amistad constante con Jesús en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la Eucaristía. Y entiendo muy bien que, a lo largo de los siglos, las sucesivas generaciones de fieles hayan ido concretando esa piedad eucarística. Unas veces, con prácticas multitudinarias, profesando públicamente su fe; otras, con gestos silen-

(16) *Camino*, n. 522.

ciosos y callados, en la sacra paz del templo o en la intimidad del corazón ¹⁷.

Un modo de alcanzar esa armonía 'entre vida litúrgica y piedad personal, que en la Obra se nos ha enseñado desde el principio, es llevar a la oración los textos litúrgicos, tratar de hacer nuestras las palabras con las que la Santa Madre Iglesia suplica o nos enseña; poner en ellas nuestros sentimientos, nuestra propia vida: *ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares* ¹⁸. Pero sin anonimato, haciendo —como nos enseñó nuestro Padre— que esas palabras nos lleven a orar personalmente y nos levanten hacia Dios. La Iglesia conoce bien de qué materia está hecho el corazón de sus hijos, y la mayor parte de las veces encontraremos en los pasajes que nos propone gran facilidad para tratar a Jesucristo, un medio para reavivar constantemente nuestro amor.

Pidamos a la Virgen Santísima, en el umbral de este año litúrgico que comienza, que cada una de las horas y todos sus días nos hagan avanzar decididamente en el conocimiento y en el amor de su Hijo.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 154.

(18) *Camino*, n. 86.

3.

MARTES

—La lucha contra el *jones peccati* ha de ser constante en la vida ascética. Luchar con dolor, pero con esperanza.

—Jesús viene a ayudarnos. Todo tiene aún remedio. Lo único que importa es querer luchar, no desalentarse nunca.

—Otra razón para luchar con generosidad: somos corredentores.

SIENTO otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado ¹. Todos los hombres, aun los más santos, sienten esa ley, porque todos vienen al mundo con el pecado de origen, y todos padecen sus consecuencias. Por eso se dirige a la humanidad entera, la invitación de la Sagrada Escritura: *convertios, pecadores, sed justos delante de Dios, y creed que usará con vosotros de su misericordia* ².

No podemos olvidar que llevamos en nosotros mismos un principio de oposición, de resistencia a la gracia: las heridas del pecado original, quizá enconadas por nuestros pecados personales. Se opondrán a tus hambres de santidad, hijo mío, en primer lugar, la pereza, que es el primer frente en el que hay que luchar; después, la rebeldía, el no querer llevar sobre los hombros el yugo suave de Cristo, un afán loco, no de liber-

(1) *Rom.* VII, 23.

(2) *Tob.* XIII, 8.

*tad santa, sino de libertinaje; la sensualidad y, en todo momento —más solapadamente, conforme pasan los años—, la soberbia; y después toda una reata de malas inclinaciones, porque nuestras miserias no vienen nunca solas*³. Limpiar esos residuos —reliquias de la culpa— será el tema central en nuestra lucha interior durante este tiempo de penitencia.

Las faltas pasadas son un motivo más para el dolor y la esperanza: el que nos perdonó, nos llevará a buen puerto. Pero no olvidemos que, mientras tanto, *hasta el justo cae siete veces*⁴. También ahora cometemos faltas —de omisión o de acción—, tenemos fragilidades, miserias, que nos han de doler y que es preciso reparar. *Desde que te entregaste al Señor, has corrido bastante. Sin embargo —pregunta nuestro Padre—, ¿no es verdad que quedan aún tantas cosas, tantos puntos de soberbia, de desconocimiento de tu pobreza personal; que aún hay rincones de tu alma sin limpiar; que aún admites quizá ideas y pensamientos que no están dentro del camino divino, que has escogido en la tierra?*⁵.

Rincones en el alma, pecados ocultos. A veces ni siquiera los advertimos, por falta de espíritu de examen, por ligereza; y, sin embargo, son cosas que duelen al Señor, y muchas veces son la causa latente de nuevos desvíos. Al descubrirlos ahora con mayor cla-

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 10.

(4) *Prav.* XXIV, 16.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-III-1952.

ridad, sentimos dolor de amor, pero nunca tristeza ni desánimo, porque —como nos recuerda hoy la Iglesia, en el introito de la Misa— *llega el Señor, y con El todos sus santos; aquel día brillará una luz espléndida*⁶.

EN LA primera lectura, el profeta Isaías describe al Salvador prometido, que viene a ayudarnos. *Brotará una vara del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre él reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu de temor de Dios. No juzgará según las apariencias, ni argüirá de oídas, sino que juzga a los pobres con justicia y en equidad a los humildes de la tierra (...). En aquel día, el renuevo de la raíz de Jesé se alzará como estandarte para los pueblos. Y le buscarán las gentes y será gloriosa su morada*⁷.

El Señor viene para librarnos de nuestros pecados y abrirnos las puertas del Cielo. No hay flaqueza que no tenga remedio, mientras esperamos su llegada. *¿No oyes que te dice Cristo, como al Apóstol, sufficit tibi gratia mea, te basta mi gracia? (II Cor. XII, 9)*⁸. Pero hay que reconocer sin ambages que tantas

(6) *Ant. ad Intri.* (cfr. *Zach.* XIV, 5,7).

(7) 1. I (*Isai.* XI, 1-4, 10-11)

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 296.

veces nos dejamos llevar por la comodidad y la pereza, *que empuja a buscar lo más fácil, lo más placentero, el camino en apariencia más corto, aun a costa de ceder en la fidelidad a Dios*⁹; que en otras ocasiones nos encerramos en nosotros mismos, nos desprecupamos de los demás, nos llenamos de vanidad y de orgullo... *No nos engañemos* —advierte nuestro Padre—, *porque éste es el peor de los males, la raíz de todos los descaminos. La lucha contra la soberbia ha de ser constante, que no en vano se ha dicho gráficamente que esa pasión muere un día después de que cada persona muera*¹⁰.

Hábitos antiguos; defectos consentidos, que quizá llegamos a pensar que formaban parte de nuestro carácter o de nuestra manera de ser; y, sobre todo, el defecto dominante, que puede ser la razón principal de una mediocridad no superada: todo eso podemos aún vencerlo, con el auxilio omnipotente de la gracia que mana del sacrificio de Cristo. Por estéril que haya sido nuestra lucha, no hay razón para desconfiar. Numquid poterit Deus parare mensam in deserto?; *¿acaso podrá Dios alimentarme, fortalecerme, en las horas malas, ¡tantas!, de esta vida, que es desierto y desierto?* (Ps. LXXVII, 19) ».

Ante esta pregunta, ha escrito nuestro Padre, *parecíame también oír, en el silencio augusto de las ca-*

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 5.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 6.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 297.

tacumbas romanas, las voces varoniles de aquellos primitivos cristianos —predecesores nuestros, en el viejo y novísimo apostolado de la Obra— que dan la respuesta adecuada, a estos hermanos suyos desconfiados.

Oídlas: es el secreto de su perseverancia, en medio de las persecuciones exteriores más crueles y continuas, y de las interiores tribulaciones permitidas, enviadas, por el Santificador: Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo?; el Señor es mi luz y mi salud: ¿a quién temeré? Dominus protector vitae meae: a quo trepidabo?; el Señor es el defensor de mi vida: ¿quién me amedrentará? (Ps. XXVI, 1) ».

El conocimiento de nuestra indignidad servirá sobre todo para poner la esperanza en Cristo Jesús, que viene a ayudarnos, a redimirnos. Llenos de confianza, repitamos la oración que hoy pone la liturgia en nuestros labios: *concédenos el auxilio de tu misericordia, para que consolados con la llegada de tu Hijo, quedemos libres de la mancha antigua del pecado*¹¹.

NUESTRA vida es de lucha. *De un lado, la soberbia, la sensualidad y el hastío, el egoísmo; de otro, el amor, la entrega, la misericordia, la humildad, el sacrificio, la alegría. Tienes que elegir. Has sido llamado a una vida de fe, de esperanza y de caridad. No*

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 298-299.

(13) *Oral*.

puedes bajar el tiro y quedarte en un mediocre aislamiento ¹⁴.

Pero hay otra razón que nos impulsa a tomarnos en serio esta pelea: que *la Redención se está haciendo, aún en este momento. Y vosotros y yo somos corredores* ¹⁵. La presencia del mal —que descubrimos primeramente en nosotros mismos— no destruye, pues, la esperanza; al contrario, estimula a correr, a identificarnos con Cristo, a participar de su acción redentora, de su sacerdocio y de su oblación, de su Pasión y de su Muerte, para que todos sean salvos. Yo —escribe San Pablo— *al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo en sus miembros* ¹⁶. Sabernos corredores es una noble razón para nuestra lucha ascética, mientras preparamos la llegada del Salvador en este tiempo de Adviento.

La Redención que viene a traernos Jesucristo, ha de ser aplicada a cada alma. Y para eso, El espera nuestra cooperación: que procuremos, en primer lugar, tender hacia la santidad personal, para que la gracia de Cristo sea plenamente eficaz en el alma. Y, como formamos parte de una gran familia sobrenatural, somos también responsables de la santificación de nuestros hermanos: tenemos el deber de ayu-

(14) Es *Cristo que pasa*, n. 11.

(15) De nuestro Padre, Obras VI-62, p. 7.

(16) *Colos.* I, 24.

darles a ser mejores, no sólo por motivos de amor, sino también de justicia.

Nuestro afán de correr se desbordará luego sobre nuestra familia de sangre, sobre los amigos y compañeros de profesión, sobre la humanidad entera; porque todos nos interesan, y queremos contribuir a hacerles felices, aquí en la tierra y para siempre.

Vale la pena jugarse la vida entera, y saber sufrir, por amor, para sacar adelante las cosas de Dios y ayudarle a redimir el mundo, para correr. Ante esta consideración —nos invita nuestro Padre—, es la hora de que vosotros y yo clamemos en alabanza a Dios: *laudationem Domini loquetur os meum, et benedicat omnis caro nomini sancto eius* (Ps. CXLIV, 21); *que ensalce nuestra boca al Señor, y que todas las criaturas bendigan su santo nombre* ¹⁷.

Acudamos a María, corredora junto a la Cruz y Refugio de los pecadores, para pedirle que nos lleve de dolor por nuestros pecados y de un propósito generoso de sacrificarnos con alegría, a fin de colaborar en la obra salvadora de su Hijo Jesucristo.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 2.

4.

MIÉRCOLES

—Esperanza en la venida del Señor. Hemos de disponernos a recibir la mayor prueba del infinito amor de Dios hacia nosotros.

—Cómo esperaron al Señor las almas justas del Antiguo Testamento.

—Cómo debemos esperarle nosotros. La venida diaria de Jesucristo en la Eucaristía.

*VEN, SEÑOR, y no tardes*¹. La oración se llena con el deseo de la venida de Cristo, del Mesías esperado, Redentor Nuestro. *He aquí que el Señor vendrá, para salvar a su pueblo; bienaventurados los que están preparados para salir a su encuentro*².

Durante largos siglos, la esperanza de los hombres aguardó la llegada del Redentor. Al ver ahora tan próximo el misterio de su nacimiento, queremos encendernos con los mismos deseos de redención, con aquella misma esperanza.

Dios nos ha mostrado su infinito amor con la Encarnación de su Hijo Unigénito: *¿cuál es la causa de la venida del Señor, sino mostrar su amor hacia nosotros?*³. Amor de Padre, porque envió Dios a su

(1) *Ad Nonam*, V.

(2) *Allel.*, Ev. (cfr. *Zach.* XIV, 5).

(3) San Agustín, *De catechizandis rudibus* 4.

*Hijo, formado de una mujer, y sujeto a la ley (...), a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*⁴.

El Señor llega a la tierra para colmarnos de gracias: *no te pido pago alguno por lo que te doy —nos dice—, antes Yo mismo quiero ser tu deudor, por el solo título de que quieras beneficiarte de todo lo mío. ¿Con qué puede compararse este honor? Yo soy padre, yo hermano, yo esposo, yo casa, yo manjar, yo vestido, yo raíz, yo fundamento; todo cuanto quieras soy yo; no te veas necesitado de cosa alguna. Hasta te serviré, "porque vine a servir y no a ser servido"* (Tvlath. XX, 28). *Yo soy amigo, y miembro y cabeza, y hermano y hermana y madre; todo lo soy, y sólo quiero contigo intimidad. Yo, pobre por ti, mendigo por ti, crucificado por ti, sepultado por ti; en el cielo, por ti ante Dios Padre; y en la tierra soy legado suyo ante ti. Todo lo eres para Mí: hermano y coheredero, amigo y miembro. ¿Qué más quieres?*⁵.

Este derroche de la bondad divina ha de llenarnos de agradecimiento y de deseos de corresponder. *Vosotros, como yo —nos dice nuestro Padre—, al pensar en las circunstancias que han acompañado vuestra decisión de esforzaros por vivir enteramente la fe, daréis muchas gracias al Señor, tendréis el convencimiento sincero —sin falsas humildades— de que no hay mérito alguno por nuestra parte (...).*

(4) *Galat.* IV, 4.

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homilia* 76.

No me gusta hablar de elegidos ni de privilegiados. Pero es Cristo quien habla, quien elige. Es el lenguaje de la Escritura: elegit nos in ipso ante mundi constitutionem —dice San Pablo— ut essemus sancti (Ephes. I, 4). Nos ha escogido, desde antes de la constitución del mundo, para que seamos santos. Yo sé que esto no te llena de orgullo, ni contribuye a que te consideres superior a los demás hombres. Esa elección, raíz de la llamada, debe ser la base de tu humildad⁶.

LARGA fue la espera del pueblo judío hasta la llegada del Mesías prometido. *Para que viniera el Mesías, pasaron siglos y siglos. Los patriarcas y los profetas pidiendo, y todo el pueblo de Israel: ¡que la tierra tiene sed, Señor, que vengas!*⁷. Dios quiso la oración insistente de los justos, antes de que la Encarnación del Verbo se realizara.

Sin embargo, no todos le aguardaron de igual manera. En realidad, gracias a unos cuantos hombres y mujeres, suscitados por Dios entre el pueblo, se mantuvo ardiendo la antorcha de la esperanza. Del resto, conocemos bien la historia de sus desmayos y desvíos, de sus infidelidades y olvidos. Apenas surge la dificultad en el camino o se prolonga más

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 1.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961, en *Crónica*, X-61, pp. 4142.

de lo previsto, desconfían de sus guías y hasta de su Dios. Construyen ídolos con sus propias manos y se postran ante ellos: *bien pronto se han desviado del camino que les prescribí. Se han hecho un becerro de metal y se han prosternado ante él*⁸, se queja el Señor. La razón de ese proceder se descubre en las palabras de Jesús: *este pueblo me aclama con los labios, pero su corazón está lejos de mí*⁹.

En abierto contraste con esta actitud farisaica, está la de los que esperan *la consolación de Israel*¹⁰: se trata de gente sencilla, desconocidos en su mayor parte, que sirven a Dios *noche y día con ayunos y oraciones*¹¹. Para ellos, la espera está llena de silencio y de amor. Sus corazones se mantienen tensos en la expectación del Mesías. La Virgen María, sobre todo, y junto a Ella un varón justo llamado José, Isabel y los pastores de las cercanías de Belén, Simeón, Ana, los Magos... Gentes todas bien distintas, unidas por la esperanza del Redentor, llenan los días de oración, de fe y de amor. Eso les hará salir presurosos al encuentro del Señor.

Ahora, cuando empezamos a contar los días que faltan para el nacimiento de Jesús, hemos de fomentar la esperanza. *El Señor ha confiado en nosotros para llevar almas a la santidad, para acercarlas a El,*

(8) *Exod.* XXXII, 8.

(9) *Matth.* XV, 8.

(10) *Luc.* II, 25.

(11) *1HC.* 11,37.

unirlas a la Iglesia, extender el reino de Dios en todos los corazones. El Señor —nos dice a cada uno nuestro Padre— nos quiere entregados, fieles, delicados, amorosos. Nos quiere santos, muy suyos (...).

El tiempo de Adviento es tiempo de esperanza. Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria ⁿ.

ESTE tiempo de Adviento es una continua llamada a la esperanza. El Señor está muy cerca; quiere vivir más plenamente en nuestra alma. Ven, Señor —le decimos—, que nuestro corazón te espera. Sentimos deseos de prepararnos para recibirle dignamente, borrando todas las infidelidades con un amor operativo, porque *tu impaciencia santa, por servirle, no desagrada a Dios.— Pero será estéril si no va acompañada de un efectivo mejoramiento en tu conducta diaria ⁿ.*

En la primera lectura de la Misa, leemos hoy la promesa del banquete mesiánico, que Dios dispone para los hombres. *Preparará Yavé Sebaot a todos los pueblos, sobre este monte, un festín de succulentos manjares, un festín de vinos generosos, de manjares*

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 11.
(13) *Camino*, n. 289.

grasos y tiernos, de vinos selectos y clarificados; y sobre este monte hará desaparecer el velo que vela a todos los pueblos, la cortina que cubre a todas las naciones. Y destruirá a la muerte para siempre, y enjugará el Señor las lágrimas de todos los rostros, y alejará el oprobio de su pueblo, lejos de toda la tierra. Lo dice Yavé. Y se dirá en aquel día: he aquí nuestro Dios ¹⁴.

Este festín divino se hace realidad, cada día, en la Sagrada Comunión. Por eso, de igual modo que esperamos a Jesús en el Portal de Belén, y nos preparamos para recibirle, así debemos aguardarlo en el encuentro diario de la Eucaristía. Este es el sentido del tiempo de la noche, que hemos de colmar de deseos de recibirle con más cariño cuando venga a nuestra alma. —*¿Has pensado en alguna ocasión cómo te prepararías para recibir al Señor, si se pudiera comulgar una sola vez en la vida?*

—*Agradezcamos a Dios la facilidad que tenemos para acercarnos a El, pero... hemos de agradecersele preparándonos muy bien, para recibirle ¹⁵.*

Para que estas palabras de nuestro Padre tengan en nuestra vida una mayor eficacia actual, es ahora el momento de formular un buen propósito, que nos ayude a hacer más intenso el recogimiento del alma, sobre todo durante las horas que preceden

(14) *L. I (Isai. XXV, 6-9).*
(15) *Forja*, n. 828.

la Santa Misa y la Comunión. *Para un alma contemplativa, ese silencio de la noche se paladea, se hace indispensable*¹⁶. Hemos de llenar ese tiempo de frecuentes comuniones espirituales, que sean expresión de la impaciencia con que nos acercamos cada día a recibir al Señor. Y unirnos a María: *yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos*ⁿ.

Pídelo conmigo a Nuestra Señora —insiste nuestro Padre—, *imaginando cómo pasaría Ella esos meses en espera del Hijo que había de nacer. Y Nuestra Señora, Santa María, hará que seas alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, ¡el mismo Cristo!*¹⁸.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 115.

(17) Fórmula de la comunión espiritual.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 11.

5.

JUEVES

—No podemos servir a dos señores: el peligro de la tibieza; sus síntomas.

—Mantener la vibración del primer día. Dios nos pide que renovemos la primera caridad.

—Medios prácticos para combatir eficazmente el peligro de tibieza: vida de piedad y verdadera oración.

EL SEÑOR, con la gracia de la vocación, ha puesto ansias de santidad en nuestra alma, *un deseo ardiente, un gran deseo de ser santos, aunque nos veamos llenos de miserias*¹.

*Dios es el Señor, y nos ha manifestado su luz*². El ha prendido en nuestro corazón una llama divina, incompatible con la tibieza, que es antesala de la frialdad, del alejamiento de Dios. La tibieza, lenta pero fatalmente, puede enfriar el calor que el Señor puso en nuestra alma. *El fuego del amor de Dios, esa realidad de la entrega nuestra, necesita combustible, y si no se engrandece, lleva camino de apagarse*³.

La tibieza de la voluntad es cosa distinta de las sequedades, de la desaparición del fervor sensible, y aun de las mismas y repetidas faltas de fragilidad, si

(1) De nuestro Padre,

(2) *Ps.-R.* (*Ps.* CXVII, 26).

(3) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-IIM952.

son combatidas y detestadas con ardor. La tibieza nace cuando el alma, solicitada por dos distintos y opuestos incentivos, quiere contentar a los dos, servir a dos señores; cuando, de una parte, se esfuerza por evitar las faltas graves, y, por otra, quiere gozar también de las comodidades de una vida fácil: de ahí las infidelidades y negligencias, *pequeñas raposas que destrozan la viña* *, que terminarán, si no se pone remedio, por desolar el alma.

El alma tibia parece decir a Dios: en éste y aquel punto —solamente en éstos, tan pocos— no quiero darte lo que me pides. Es la primera señal de la enfermedad, de que ya tiene dentro de sí el germen de muerte. Parece que es cosa de nada, porque las llagas son pequeñas, y una por una dan la impresión de no tener importancia; *pero cuando una multitud de ellas se extiende sin número, acaba con la vida lo mismo que una herida grave abierta en el pecho* ⁵.

Tiene la tibieza síntomas bien claros: *eres tibio si haces perezosamente y de mala gana las cosas que se refieren al Señor; si buscas con cálculo o "cuquería" el modo de disminuir tus deberes; si no piensas más que en ti y en tu comodidad; si tus conversaciones son ociosas y vanas; si no aborreces el pecado venial; si obras por motivos humanos* ⁶.

Hay que estar en guardia contra ese gran enemi-

(4) Cant. II, 15.

(5) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* III, 33.

(6) Camino, n. 331.

go de la vida interior. *Me duele ver el peligro de tibieza en que te encuentras cuando no te veo ir seriamente a la perfección dentro de tu estado.*

—*Di conmigo: ¡no quiero tibieza!: "confige timore tuo carnes meas!" —¡dame, Dios mío, un temor filial, que me haga reaccionar!* ⁷.

ESTE tiempo de Adviento es como una llamada de alerta. *La vigilancia que el Señor pide, se dirige a las dos partes del hombre: al cuerpo, para que esté prevenido contra la somnolencia; y al alma, para que rechace la pusilanimidad y la tibieza* ⁸. Nos hace falta volver continuamente a la vibración del primer día. Es preciso amar a Dios con calor, con un cariño joven: *Jesús no se satisface "compartiendo": lo quiere todo* ⁹. No podemos regatearle nada, no podemos negarle cosa alguna, por insignificante que parezca. Con el mismo amor y alegría con que nos dimos al Señor, hemos de amarle toda la vida, con una entrega cada vez más honda, más firme, más probada.

Siempre cum gaudio et pace (cfr. Rom. XV, 13), como el buen artista y el buen amante, no estamos satisfechos nunca por lo que en la vida espiritual hemos llegado a lograr con la gracia de Dios: la conquista espiritual, porque es Amor, ha de ser un ansia

(7) Camino, n. 326.

(8) *Ad Off. lect., L. II* (San Efrén, *Commentarium in Diatessaron* XVIII, 17).

(9) Camino, n. 155.

de Infinito: gustad y ved qué bueno es el Señor (Ps. XXXIII, 9)¹⁰.

Por el contrario, la tibieza es frialdad y desgana en el cumplimiento de los deberes de nuestra entrega, no imputable a causas naturales o pasajeras, sino a la falta de generosidad ante las renunciaciones que exige la santidad. En un alma poco entregada, esas renunciaciones causan tristeza. De ahí a abandonar la lucha ascética, ó a vivirla cansinamente, no hay más que un paso.

Por eso, para nosotros, que llevamos tal vez mucho tiempo dedicados al servicio del Señor, serán siempre un acicate las palabras dirigidas en el Apocalipsis a la Iglesia de Efeso: *conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes sufrir a los malos; y que has examinado a los que dicen ser apóstoles y no lo son. Y los has hallado mentirosos; y que tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste. Pero tengo contra ti que has perdido la primera caridad¹¹.* Esa caridad primera que Dios pide, y que quizá necesitamos recobrar, es amor sobrenatural que se manifiesta en frutos de fidelidad, de constancia, de sacrificio. Es el amor que nunca envejece, y que ha de mantener vigorosa y fresca la voluntariedad actual de nuestra entrega.

Los tibios —decía nuestro Padre— *tienen el cora-*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 28.
(11) *Apoc.* II, 2-4.

zón de barro, de carne miserable. Hay corazones duros, pero nobles, que, al acercarse al calor del corazón de Jesucristo, se derriten como el bronce en lágrimas de amor, de desagravio, ¡se encienden! Y hay otros, que son de barro y se resquebrajan. Son polvo, dan asco. ¡Hijos míos!, ¡Jesús nuestro!, ¡lejos de nosotros la tibieza! ¡Tibios, no!¹².

UNA de las manifestaciones más claras de tibieza es la desgana en el esfuerzo por acomodar las acciones concretas a las exigencias —aun en cosas pequeñas— de la vocación. Si no se reacciona con energía, puede suceder lo que a aquella casa edificada sobre arena, de la que nos habla el Señor en el Evangelio: *cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y cayó y fue tremenda su ruina¹³.*

Hay que reaccionar. *Para contrarrestar la tibieza y hacer frente a su perniciosa influencia, es preciso afrontarla sin rehuir la lucha¹⁴.*

Esta vida para nosotros es pelea, guerra, pero in pace. Y ¿qué harás para vencer? Ser un hombre del Opus Dei, que es ser sinceramente piadoso. Quiero que mis hijos sean piadosos, con piedad de niños. ¡Vida de piedad, hijos míos! Habéis de llevar la semilla de la

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1960.

(13) *Ev. (Matth. VII, 27).*

(14) Casiano, *De inst. mon.* 10, 25.

*doctrina con la semilla de la piedad. Vuestra labor de sembradores de doctrina podrá evitar los microbios que la hagan ineficaz, si sois piadosos*¹⁵.

No se cansaba nuestro Padre de recomendarnos la piedad a la hora de cumplir las Normas: *lo mismo cuando hay sol que cuando hay tormenta, cuando estamos sanos o cuando estamos enfermos, cuando hay motivos de alegría o cuando hay motivos de pena*¹⁶. Y repetía: *hemos de tener fe de niños y doctrina de teólogos, os he dicho. Ahora añado: y piedad de vieja. De esa vieja que suspira de amor en el rincón de una iglesia. Sin palabrería, sin teorías pseudocientíficas, la piedad de la vieja tiene tradición y solera: como el buen vino*¹⁷.

Para luchar contra la tibieza, lo primero será restablecer el diálogo personal con el Señor en la oración. *"Et in meditatione mea exardescit ignis"* —y, en mi meditación, se enciende el fuego. —A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz¹⁸.

De la verdadera oración sacaremos la energía necesaria para emprender una lucha sincera, que vaya derechamente contra todo lo que sea ocasión o motivo de tibieza: volveremos a poner amor en el cumplimiento de las Normas; recobramos la visión

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 70.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 70.

(17) De nuestro Padre, n. 39.

(18) *Camino*, n. 92.

sobrenatural y la alegría en la obediencia; aprovecharemos las ocasiones de sacrificarnos por los demás; trabajaremos con ahínco en los apostolados que se nos encomiendan; descubriremos otra vez el valor de las cosas pequeñas. En suma, procuraremos aprovechar lo que el Señor nos advierte hoy: *no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos*¹⁹.

Pero, sobre todo, pidamos ayuda a Santa María, porque la devoción a la Virgen hará que nunca más volvamos a ser tibios: *el amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza*²⁰.

(19) Ev. (*Matth.* VII, 21).

(20) *Camino*, n. 492.

6.

VIERNES

—El Señor viene a salvarnos. Confianza, a pesar de nuestras miserias personales.

—Hay que remover los obstáculos a la acción de la gracia.

—A través de la Confidencia recibiremos luz para conocer esos obstáculos, y fortaleza para apartarlos.

*HE AQUÍ que viene el Señor, lleno de gloria, a visitar a su pueblo, a darle la paz y a establecer en él la vida eterna*¹. Jesucristo viene al mundo para salvarnos. Nuestra esperanza descansa en El, que se encarnó por amor nuestro, que murió en la Cruz para redimirnos, que *está dispuesto a darnos la gracia siempre, y especialmente en estos tiempos; la gracia para esa nueva conversión, para la ascensión en el terreno sobrenatural; esa mayor entrega, ese adelantamiento en la santidad, ese encendernos más*².

*Viene el Señor con poder, e iluminará los ojos de sus servidores*³, con una luz sobrenatural para que comprendamos que Jesús es el Salvador, y gracia para que nos decidamos a seguir sus pasos una vez más y para siempre.

Estamos a la espera de esta nueva venida de Jesucristo, y, convencidos de que llegará pronto, le im-

(1) *Ant. ad Intr.*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 2-HI-1952.

(3) *Allel.* (cfr. *Isai.* XL, 10).

ploramos desde lo más íntimo del corazón: *ven, Señor, y no tardes*⁴. Nos vemos miserables, pero el Salvador que esperamos no viene por nuestros méritos: sino llamado, movido a piedad por nuestra misma miseria.

Ahora, que se acerca el tiempo de la salvación, consuela escuchar de los labios de San Pablo que después que Dios Nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor con los hombres, nos ha liberado no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia (Tit. III, 5).

*Si recorréis las Escrituras Santas, descubriréis constantemente la presencia de la misericordia de Dios: llena la tierra (Ps. XXXII, 5), se extiende a todos sus hijos, super omnem carnem (Eccli. XVIII, 12); nos rodea (Ps. XXXI, 10), nos antecede (Ps. LVIII, 11), se multiplica para ayudarnos (Ps. XXXIII, 8), y continuamente ha sido confirmada (Ps. CXVI, 2). Dios, al ocuparse de nosotros como Padre amoroso, nos considera en su misericordia (Ps. XXIV, 7): una misericordia suave (Ps. CVIII, 21), hermosa como nube de lluvia (Eccli. XXXV, 26)*⁵.

Cuanto más débiles nos sintamos, mayores razones tendremos para esperar en el Señor; y nos confortará saber que El ha venido por nosotros, y que sus predilectos fueron siempre los enfermos y los pecadores con dolor de corazón y ansias de penitencia. El nos dice por boca del profeta: *de aquí a muy*

(4) *Ad Nonam, V.*

(5) *£5 Cristo que pasa, n. 7.*

*poco, el Líbano será vergel y el vergel será bosque. Entonces oirán los sordos las palabras del libro, y los ciegos verán sin sombras ni tinieblas. Se regocijarán en Yavé los humillados, y aun los más pobres se gozarán en el Santo de Israel. Porque se acabó la violencia, tuvo fin el escarnio y fueron aniquilados los que se iban tras la iniquidad*⁶.

EL SEÑOR se acerca. Su venida, para la que hemos comenzado a prepararnos durante esta primera semana de Adviento, nos llena el corazón de alegría. Pero tal vez el alma se sienta también turbada ante ese encuentro que se avecina. La presencia de Jesús junto a nosotros, la visión de su Santísima Humanidad, hace más patentes, por contraste, nuestras miserias personales, los pobres frutos de nuestras fuerzas.

Elegidos por El con predilección singularísima, recibimos una vocación que es llamada a la santidad: Dios *nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia*⁷. Este llamamiento decidió nuestro camino, y estamos persuadidos de que —después de la fe— ha sido para nosotros la mejor gracia, la mayor prueba de amor que podíamos recibir de nuestro Padre Dios. *¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?*⁸.

(6) L. I [Isa]. XXIX, 17-20).

(7) Ephes. I, 4.

(8) [Isa]. V, 4.

Dios nos ha demostrado su generosidad infinita; nada quedó sin hacer por parte del Señor. Cuando hoy, al disponernos a recibirle, comprobamos cuan mezquina ha sido nuestra respuesta, qué escaso el fruto que hemos dado hasta ahora, se nos llena el alma de dolor, pero no de abatimiento ni de tristeza. Nuestra debilidad nos lleva a confiar todavía más en El: *con gusto me gloriaré en mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo*⁹.

¡Qué seguridad debe producirnos la conmiseración del Señor! Clamará a mí y yo le oiré, porque soy misericordioso (Exod. XXII, 27). *Es una invitación, una promesa que no dejará de cumplir.* Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para que alcancemos la misericordia y el auxilio de la gracia en el tiempo oportuno (Hebr. IV, 16). *Los enemigos de nuestra santificación nada podrán, porque esa misericordia de Dios nos previene; y si —por nuestra culpa y nuestra debilidad— caemos, el Señor nos socorre y nos levanta*¹⁰.

Pero esa confianza no debe ser necia presunción, ni tampoco inconsciencia. La razón de nuestra esperanza está en que el Señor no nos ha abandonado, y la gracia de la vocación permanece. Este es el tiempo de remover viejos obstáculos, y abrir lealmente el corazón al Salvador. Salgamos a su encuentro con el corazón rendido. Queden atrás el querer a medias y las silenciosas resistencias. Las gracias del Adviento encon-

(9) H Cor. XII, 9.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 7.

trarán entonces un cauce ancho y despejado, y el poder de Jesucristo resplandecerá sin sombras en nuestra vida.

*ESTA es la voluntad de Dios, vuestra santificación*¹¹. La venida del Señor, la gracia del Adviento, renueva el recuerdo de que la vocación divina que recibimos es vocación a la santidad. Esa venida llena también de confianza el corazón, porque es anuncio de que tenemos la gracia de Dios que suple nuestra flaqueza, y nos ayuda a cumplir su voluntad. Pero hace falta remover los obstáculos que todavía existen por nuestra parte, y ésta es la segunda conversión a la que, a través de la liturgia, nos invita y alienta este tiempo de espera.

No nos falta buena voluntad, pero hemos de pedir al Señor luces claras que iluminen nuestra mirada. Como los dos ciegos del Evangelio de hoy, debemos rogar insistentemente: *ten misericordia de nosotros, hijo de David*¹². Y cuando Jesús nos pregunte: *¿creéis que puedo hacer esto a vosotros?*¹³, respondamos sin vacilaciones: *sí, Señor*¹⁴.

Esa fe en Jesucristo la demostraremos en la persuasión práctica de que el remedio —lo que necesita-

(11) I Thess. IV, 3.
(12) Ev. (Matth. IX, 27).
(13) Ibid., 28.
(14) Ibid.

mos para que las gracias del Adviento puedan obrar en nosotros otra conversión— se nos manifiesta a través de nuestros Directores, por el cauce seguro de la charla fraterna. Por grande que sea nuestra debilidad, *podemos remontarnos hasta las humildes alturas del amor de Dios, del servicio a todos los hombres. Pero para eso es preciso que no -haya recovecos en el alma, donde no pueda entrar el sol de Jesucristo*¹⁵.

Esto es lo que pretendemos al abrir nuestro corazón en la Confidencia. Allí se nos dirá qué es lo que Jesús quiere de nosotros; allí conoceremos, sin peligro de equivocarnos, lo que debemos hacer para cumplir su voluntad; allí recibiremos luces nuevas para ver claramente el camino y fortaleza de Dios que remueva los estorbos, los obstáculos concretos que existen para nuestra santificación. Al hacer la charla fraterna, *hemos de echar fuera todas las preocupaciones que nos aparten de El; y así Cristo en tu inteligencia, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras. Toda la vida —el corazón y las obras, la inteligencia y las palabras— llena de Dios*¹⁶.

Por eso, tal vez sea bastante para terminar este rato de oración un solo propósito, pequeño pero necesario: hacer muy bien la próxima Confidencia. Pongamos esta resolución en manos de la Santísima Virgen, y nuestra Madre nos ayudará a cumplirlo.

¹⁵ *¡Cristo que pasa*, n. 11.
¹⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 11.

7.

SÁBADO

—El Señor viene a buscarnos con empeño, después de haber estado perdidos. Debemos corresponder.

—Para corresponder, comenzar y recomenzar siempre: no de modo genérico, sino en los puntos capitales de nuestra lucha interior, y con entusiasmo.

—Un método seguro de adelantar: confiar más en Dios y menos en nosotros mismos. Hacer bien el examen particular.

DENTRO de un brevísimo tiempo, vendrá aquel que ha de venir¹. Jesucristo viene a la tierra a perdonarnos, a salvarnos: ¿quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una, no deje las noventa y nueve en la dehesa, y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla?². El Buen Pastor viene a buscar lo que se había perdido. Con infinito amor y paciencia, retorna ahora una vez más para santificarnos, para afianzarnos en nuestra vocación.

¡Cuántas veces nos hemos apartado del Señor y hemos desoído su voz, la voz de Aquel que sana a los contritos de corazón y venda sus heridas, que cuenta la muchedumbre de las estrellas y llama a todas ellas por sus nombres!³.

(1) *Ad Off. lect.*, L. II, V. (Hebr. X, 37).

(2) *Luc.* XV, 4.

(3) *Ps. R.* (Ps. CXLVI, 3-4).

Está el Señor empeñado en que seamos santos, e insiste en nuestra búsqueda: *se da prisa en buscar la centésima oveja que se había perdido (...). ¡Maravillosa condescendencia de Dios, que así busca al hombre; dignidad grande del hombre, así buscado por Dios!⁴. Y nosotros, también deprisa, hemos de salir a su encuentro, dispuestos a empezar de nuevo, a corresponder a su constante Amor. Ha llegado para nosotros un día de salvación. Una vez más se oyen esos silbidos del pastor divino, esa llamada cariñosa: vocavi te nomine tuo (Isai. XLIII, 1). Como nuestra madre, nos llama por el nombre. Más: por el nombre con el apelativo cariñoso, familiar. Allá, en la intimidad del alma llama, y hay que contestar: ecce ego, quia vocasti me (I Sam. III, 6). Aquí estoy, decidido a que esta vez no pase el tiempo como el agua sobre las piedras, sin dejar rastro⁵.*

Este Adviento dejará huella en nuestras almas si nos decidimos a corresponder fielmente a la gracia de renovación interior propia de este tiempo litúrgico. *Mirad, advierte nuestro Padre; lo que hemos de pretender es ir al Cielo. Si no, nada vale la pena. Para ir al Cielo, es indispensable la fidelidad a la doctrina de Cristo. Para ser fiel, es indispensable porfiar con constancia en nuestra contienda contra los obstáculos que se oponen a nuestra eterna felicidad.*

Sé que, enseguida, al hablar de combatir, se nos

(4) *San Aemario, Sermo in Adventu Domini I, 7.*

(5) De nuestro Padre, Meditación, 2-III-1952.

*pone por delante nuestra debilidad, y prevemos las caídas, los errores. Dios cuenta con esto. Es inevitable que, caminando, levantemos polvo. Somos criaturas y estamos llenos de defectos. Yo diría que tiene que haberlos siempre: son la sombra que, en nuestra alma, logra que destaquen más, por contraste, la gracia de Dios y nuestro intento por corresponder al favor divino. Y ese claroscuro nos hará humanos, humildes, comprensivos, generosos*⁶.

*NO NOS engañemos: en la vida nuestra, si contamos con brío y con victorias, deberemos contar con decaimientos y con derrotas. Esa ha sido siempre la peregrinación terrena del cristiano, también la de los que veneramos en los altares. ¿Os acordáis de Pedro, de Agustín, de Francisco? Nunca me han gustado esas biografías de santos en las que, con ingenuidad, pero también con falta de doctrina, nos presentan las hazañas de esos hombres como si estuviesen confirmados en gracia desde el seno materno. No. Las verdaderas biografías de los héroes cristianos son como nuestras vidas: luchaban y ganaban, luchaban y perdían. Y entonces, contritos, volvían a la lucha*⁷.

Para salir al encuentro de Jesús, es necesario

(6) Es Cristo que pasa, n. 76.

(7) Es Cristo que pasa, n. 76.

*empezar y volver a empezar muchas veces; se precisa una lucha constante por mejorar; pararse equivale a retroceder. Aún corro —dice San Agustín—, aún avanzo, aún ando, aún estoy en el camino, aún me esfuerzo, aún no llegué. De este modo, si andas, si te esfuerzas, si tienes en el pensamiento lo por venir, echa en olvido lo pasado, no vuelvas a eso la vista, no vayas a quedarte en el punto mismo donde te vuelves a mirar. Si dices: ¡ya basta!, estás perdido*⁸.

Podemos siempre trabajar, mejorar siempre; en la vida contemplativa, en el espíritu de sacrificio, en el modo de trabajar, en la preocupación por las almas, en el apostolado. Y no de una manera genérica, sino en puntos determinados, en aquéllos precisamente que nos aconsejan en la charla fraterna, o sobre los que versa ya el examen particular. Esa forma de concretar robustece nuestra petición de ayuda, hace que huyamos de la pasividad, del quietismo en la vida interior. Sin impacencias ni nerviosismos, hemos de aspirar, con la gracia de Dios, a acelerar ese proceso, insistiendo sin desmayos en los mismos puntos de lucha.

*Nosotros no esperamos el año nuevo para tomar resoluciones: todos los días son buenos para las decisiones buenas; son derrotistas los que esperan el año nuevo para comenzar*⁹. Este comenzar constante, esta

⁸ San Agustín. *Serme* 169, 18.

⁹ De nuestro Padre, Obras XII-55, pp. 32-33.

*lucha ascética se ha de emprender y continuar cada día con optimismo y con entusiasmo*¹⁰; será un entusiasmo sobrenatural, que a veces no tiene manifestaciones externas, ya que es compatible con el cansancio y con el dolor; un entusiasmo que se forje en la buena voluntad, en la fortaleza y en saberse siempre buscado y amado por Dios.

RECTIFICAR. *-Cada día un poco. -Esta es tu labor constante si de veras quieres hacerte santo*¹¹. Recomenzar siempre con alegría, a pesar de nuestra flaqueza, y precisamente por ella. Con la confianza puesta en el Señor, decimos con el Apóstol: *cuando estoy débil, entonces soy más fuerte*¹². Porque somos débiles, hay tropiezos; pero esa misma debilidad, cuando se reconoce como tal, atrae la fortaleza de Dios. El, que es el Señor de los ejércitos, dirige la lucha; y *un jefe en el campo de batalla estima más al soldado que, después de haber huido, vuelve y ataca con ardor al enemigo, que al que nunca volvió la espalda, pero tampoco llevó nunca a cabo una acción valerosa*¹³. No se santifica el que nunca cae —porque un alma así no existe—, sino el que siempre se levanta. Lo malo no es tener defectos, sino pactar con ellos.

(10) De nuestro Padre.

(11) *Camino*, n. 290.

(12) II Cor. XII, 10.

(13) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 34, 4.

La vida cristiana es vida de pelea espiritual, y *en este torneo de amor no deben entristecernos las caídas, ni aun las caídas graves, si acudimos a Dios con dolor y buen propósito en el sacramento de la Penitencia. El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada. Jesucristo Nuestro Señor se conmueve tanto con la inocencia y la fidelidad de Juan y, después de la caída de Pedro, se enternece con su arrepentimiento. Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día. Nos busca, como buscó a los dos discípulos de Emaús, saliéndoles al encuentro; como buscó a Tomás y le enseñó, e hizo que las tocara con sus dedos, las llagas abiertas en las manos y en el costado. Jesucristo siempre está esperando que volvamos a El, precisamente porque conoce nuestra debilidad*¹⁴.

Es necesario, pues, reconocer las faltas, humillarse delante de Dios. El Señor se complace cuando nos ve recurrir a El, para pedirle perdón y ayuda. *Oh Dios, que, para liberar a los hombres de la antigua esclavitud del pecado, enviaste al mundo a tu Hijo Unigénito, otórganos que, cuantos esperamos confiadamente la gracia de tu misericordia soberana, consigamos el galardón de la verdadera liber-*

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 75.

*tad*¹⁵. Pedir, confiar más en Dios y menos en nosotros mismos: ahí está, en buena parte, el secreto de la santidad.

Pero nosotros también tenemos algo que poner: la decisión de utilizar los medios propios de nuestra ascética, y en especial el arma ofensiva del examen particular, del que depende ese rectificar de cada día, necesario para el progreso espiritual.

En esa labor continua de renovación, hemos de buscar el apoyo de nuestra Madre Santísima: *acudir, por María, tu Madre, al Amor Misericordioso de Jesús. —Un "miserere" y jarriba ese corazón! —A comenzar de nuevo*¹⁶.

(15) *Orat.*

(16) *Camino*, n. 711.



8.

DOMINGO II DE ADVIENTO

—El anuncio de la llegada del Salvador nos invita a la esperanza.

—Fundamento sobrenatural de la esperanza: la omnipotencia y la bondad de Dios; la vocación.

—Superar cualquier posible desaliento: el Señor viene con amor y misericordia.

BROTARA una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre él reposará el espíritu de Yavé¹.

Llega a nosotros, en este segundo domingo de Adviento, el anuncio de Isaías sobre la venida del Redentor: vaticinios del Profeta que encuentran su realización en Jesucristo. El es nuestra esperanza.

Sobre la tierra, árida y sombría, aparecen las primeras señales de la luz del Salvador que se acerca. *Mirad, alzad vuestras cabezas, porque se aproxima vuestra redención².* Se nos anuncia la salvación con la alegría de una buena noticia: *mira que el Señor vendrá a salvar a las gentes³.*

A este venturoso anuncio, correspondemos avivando el paso, mientras nuestros labios pronuncian una oración ferviente: *que en nuestra marcha hacia el*

(1) L. I (A) (Isai. XI, 1-2).

(2) Ad Off. lect., V.

(3) Ant. ad Intr. (cfr. Isai. XXX, 19).

encuentro de tu Hijo, no tropecemos con impedimentos terrenos *. En definitiva, pedimos esa *esperanza necesaria al peregrino, que endulza el caminar; pues el viajero que se halla fatigado en el viaje, sobrelleva su trabajo en espera de llegar al término. Quítale la esperanza de llegar, y al punto se quebrantan sus fuerzas* ⁵.

Jesucristo viene para hacernos hijos de Dios, y así asegurarnos que, si somos fieles, llegaremos con El a la gloria del Cielo. *A mí, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo* —escribió nuestro Padre—, *la seguridad de sentirme —de saberme— hijo de Dios me llena de verdadera esperanza que, por ser virtud sobrenatural, al infundirse en las criaturas se acomoda a nuestra naturaleza, y es también virtud muy humana. Estoy feliz con la certeza del Cielo que alcanzaremos, si permanecemos fieles hasta el final; con la dicha que nos llegará, quoniam bonus (Ps. CV, 1), porque mi Dios es bueno y es infinita su misericordia* ⁶.

En la seguridad de que Cristo viene y de que *El es nuestro legislador y nuestro rey, el que vendrá y nos salvará* ⁷, el camino se hace suave y llevadero. *He aquí al Señor, Yavé, que viene con fortaleza. Su brazo dominará. Ved que viene con El su salario y va delante de El su fruto. El apacentará a su rebaño como pastor. El lo reunirá con su brazo* ⁸.

(4) Orat.

(5) San Agustín, *Sermo* 158, 8.

(6) *Amigos de Dios*, n. 208.

(7) *Ad II Vesp.*, Ant. 3.

(8) L. 11 (B) (sai. XL, 10-11).

Estamos convencidos de poder llegar a Dios, porque Jesucristo viene para conducirnos a El. *Dios mío, ¡qué fácil es perseverar, sabiendo que Tú eres el Buen Pastor, y nosotros —tú y yo...— ovejas de tu rebaño!*

—*Porque bien nos consta que el Buen Pastor da su vida entera por cada una de sus ovejas* ⁹.

YO TENGO una firme confianza —escribe San Pablo a los de Filipos—, *que quien ha comenzado en vosotros la buena obra, la llevará a cabo* ¹⁰. Asegurada en Jesucristo, nada podrá arrancarnos la virtud teologal de la esperanza, que se funda en la promesa divina. Ni la flaqueza personal, ni las miserias, ni las caídas, porque *la firmeza de la esperanza no se apoya principalmente en la gracia ya obtenida, sino en el Amor Todopoderoso de Dios y en su gran misericordia, por las que hasta quien no tiene la gracia puede llegar a conseguirla* ¹¹.

Nuestra esperanza se ha reafirmado además con la vocación: nuestra vida en la Obra es un testimonio continuo de la providencia del Señor, de su decisión inmutable de santificarnos. *Si somos fieles a nuestra vocación* —nos recuerda nuestro Padre—, *si vivimos plenamente las exigencias del espíritu que Dios ha dado a su Obra al suscitarla aquel 2 de octubre de 1928, si co-*

(9) *Forja*, n. 319.

(10) L. 11 (C) (*Phillip*. I, 4).

(11) Santo Tomás, S. *Th.* II-II, q. 18, a. 4 ad 2.

rrispondemos a la gracia vocacional —os exhorto vivamente con San Pablo ne in vacuum gratiam Dei recipiatis (II Cor. VI, 1), ¡a no recibir en vano tanta gracia de Dios!—, seremos santos y seremos un eficaz instrumento divino para la santificación de todas las almas.

*Seréis —os lo he dicho muchas veces, con esta misma imagen— como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad: llevando la luz de Dios a las tinieblas de la ignorancia; el amor divino, a las relaciones entre los hombres; la sal de Jesucristo, que inmunizará de corrupción la vida; el óleo de paz, que aplacará las olas embravecidas por el odio, en este pobre mar de nuestro mundo*¹².

La perseverancia, la fidelidad que nos mantiene en el Opus Dei, rodeados de tantos cuidados paternales de Dios, es asiento firmísimo de la mejor esperanza. Y si nada puede despojar al cristiano de esa firme confianza de llegar al Cielo, tampoco podrá haber algo capaz de arrebatarlos la persuasión de que —si somos fieles— alcanzaremos la santidad, porque esta seguridad se fundamenta en la misericordia de Dios, que nos dio la vocación y nos mantiene bajo su amorosa providencia.

Qui habitat in adiutorio Altissimi, in protectione Dei caeli commorabitur (Ps. XC, 1). Y ¿dónde estamos tú y yo —preguntaba nuestro Padre—, sino bajo la protección del Señor, cobijados dentro de esa Madre

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1944, n. 2.

*buena que es la Obra? Yo quiero que te llenes de seguridad, que te persuadas de que, si quieres —como Dios te oye, te ama, te promete la gloria— tú, protegido por esta malla invisible, que es una gran coraza, de las Normas, del espíritu, de las Costumbres, del trabajo de nuestra Obra, te dispones a ser un alma llena de fortaleza, te dispones a ser un gran medio para extender la Obra de Dios en el mundo*¹³.

*HERMANOS: todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza se han escrito, a fin de que mediante la paciencia y el consuelo de la Escritura, mantengamos la esperanza*¹⁴.

Nunca podemos admitir el desaliento, porque estamos seguros de la misericordia y del amor de Dios; pero en estos días, que nos acercan al Nacimiento de Jesús, tenemos nuevos motivos para apartar lejos de nosotros cualquier desánimo y avivar con alegría la esperanza; sobre todo si ese desánimo quisiera introducirse en nuestra vida por las dificultades del apostolado o por el conocimiento cada vez más claro de la miseria personal.

La humildad lleva, a cada alma, a no desanimarse ante sus propios yerros. Dios nuestro Padre sabe bien de qué barro estamos hechos (cfr. Ps. CII, 14) y, aunque el vaso de barro se resquebraje o se quiebre alguna vez,

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-II-1952.

(14) *L. II (A) [Rom. XV, 4]*.

*si hay humildad, se recompone con unas lañas que le dan más gracia; y en las que, sin duda, se complace el Señor. Las flaquezas de los hombres, hijos míos, dan a Nuestro Dios ocasión para lucirse, para manifestar su omnipotencia, disculpando, perdonando: mirifica misericordias tuas, qui salvos facis sperantes in te (Ps. XVI, 7); Dios mío, haz que se manifieste tu infinita misericordia, salvando a los que esperan en ti*¹⁵.

Dios no nos ha dejado solos, y no tardará en acudir en nuestra ayuda. Tengamos confianza en sus promesas. *Vendrá el Señor porque El no miente y ha dado su palabra. Espérale aunque parezca que se olvida, porque El vendrá y no tardará*¹⁶. Que esta esperanza, hoy renovada, nos mantenga alegres. *Despójate, Jerusalén, de tu vestido de duelo y de aflicción, viste para siempre los ornamentos de la gloria que te viene de Dios; envuélvete en el manto de la justicia que Dios te envía; ponte en la cabeza la mitra de la gloria del Eterno, que Dios hará ver tu gloria a toda nación debajo del cielo. Te llamarán por siempre Paz de la justicia y Gloria de la piedad*¹⁷.

Agradecemos a Santa María la parte que Ella ha tenido en traer esa esperanza a nuestra vida: *Madre nuestra, ¡nuestra Esperanza!, ¡qué seguros estamos, pegaditos a Ti, aunque todo se bambolea!*¹⁸.

(15) De nuestro Padre, Carla, 6-V-1945, n. 32.

(16) *Ad II Vesp., Ant.* 2.

(17) *L. I (C) (Bar. V, 1-4)*.

(18) *Forja*, n. 474.

9.

LUNES

—La fe en Jesucristo, Mediador, causa de nuestra esperanza.

—Tentaciones contra la fe y la esperanza: remedios.

—La Confidencia, remedio concreto contra esas tentaciones.

ADVIENTO. Tiempo de esperanza. *He aquí el Rey que viene, el Señor de la tierra. El apartará el yugo de nuestra cautividad*¹. Cristo, nuestro Salvador, el Esperado por los siglos, viene y toma la forma de un niño que no puede valerse por sí mismo, de un recién nacido; pero encierra en sí la plenitud de la Omnipotencia divina: resucitará muertos, calmará tempestades, perdonará los pecados..., y *¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*².

Es necesaria la luz de la fe para contemplar en Jesucristo, objeto de nuestra esperanza, al *Dios fuerte y fiel*³, que *se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre*⁴, para padecer y morir en una cruz por salvarnos. Así, afianzada en el Salvador, la nuestra no es una esperanza humana, sino sobrenatural, edificada sobre la fe en el

(1) *Ad Vesp., Ant. ad Magnif.*

(2) *Ev. (Luc. V, 21)*.

(3) *Deut. VII 9*

(4) *Philip. II, 7*

que ha sido constituido *mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, que se dio a sí mismo en rescate por todos*⁵.

*Hemos de adquirir la medida divina de las cosas, no perdiendo nunca el punto de mira sobrenatural, y contando con que Jesús se vale también de nuestras miserias, para que resplandezca su gloria. Por eso, cuando sintáis serpentear en vuestra conciencia el amor propio, el cansancio, el desánimo, el peso de las pasiones, reaccionad prontamente y escuchad al Maestro, sin asustaros además ante la triste realidad de lo que cada uno somos; porque, mientras vivamos, nos acompañarán siempre las debilidades personales*⁶.

¡Qué seguridad tan grande! ¿Qué motivo mayor que la fe en Cristo, verdadero Dios, puede alimentar nuestra esperanza? Con el Apóstol, podemos decir: *nosotros en virtud de la fe, esperamos recibir del Espíritu la santidad*⁷. Y también por la fe en Jesucristo confiamos en la fecundidad divina de nuestra misión. *Fortaleced las manos débiles y corroborad las rodillas vacilantes*, nos exhorta hoy la Iglesia. *Decid a los de apocado corazón: ¡valor, no temáis!, he ahí a nuestro Dios (...). Viene El mismo y El nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como*

(5) I Tim. II, 5-6.

(6) Amigos de Dios, n. 194.

(7) Galat. V, 5.

*un ciervo y la lengua de los mudos cantará gozosa. Brotarán aguas en el desierto y correrán arroyos por la soledad*⁸.

Agradecemos, pues, con toda el alma al Señor esa luz brillante de la fe, y sigamos el consejo que nos da nuestro Padre: *busca la unión con Dios, y llénate de esperanza —¡virtud segura!—, porque Jesús, con las luces de su misericordia, te alumbrará, aun en la noche más oscura*⁹.

EL CONOCIMIENTO que el alma tiene por la fe, aunque oscuro y velado, es un conocimiento lleno de certeza. Pero, en algún momento de la vida, puede ocurrir que esa certeza parezca debilitarse, y el alma se sienta en la oscuridad, y le amenace la desesperanza. Desesperanza, porque lo que esperábamos obtener se demora; desesperanza, porque el camino es largo y las dificultades, a veces, en vez de disminuir, aumentan; desesperanza, por los continuos errores personales que se amontonan y pueden dar un tono general de esterilidad, que hacen parecer baldíos los muchos años de brega. Entonces puede insinuarse la duda de alcanzar la santidad que antes con tanta fuerza se anhelaba.

En esos momentos, la visión sobrenatural que antes confortaba al alma, pierde su claridad; y en su

(8) Lc. I (/sai. XXXV, 3-6).

(9) Forja, n. 293.

lugar puede aparecer un modo humano de ver, juzgar y reaccionar. *Un hombre piadoso* —escribió nuestro Fundador, para prevenirnos— *puede tener su pobre corazón en tinieblas; y esas tinieblas pueden durar unos momentos, unos días, una temporada, unos años. Es la hora de clamar: Señor, ten misericordia de mí, porque te he invocado todo el día: porque Tú, Señor, eres suave y apacible, y de mucha clemencia con los que te invocan (Ps. LXXXV, 3 y 5)*¹⁰.

A veces, esa oscuridad será efecto de nuestras faltas de correspondencia, que enturbian la luz diáfana del Señor. Pero también *puede ocurrir que la ceguera nuestra —si viene— no sea consecuencia de nuestros errores: sino un medio del que Dios quiere valerse para hacernos más santos, más eficaces. En cualquier caso, se trata de vivir de fe; de hacer nuestra fe más teologal, menos dependiente en su ejercicio de otras razones que no sean Dios mismo. Como alguien, que tiene poca ciencia, está más seguro de lo que oye a otro que posee muchísima ciencia, que de lo que a él mismo le parece según su propio entendimiento; así mucho más seguro está el hombre de lo que ha dicho Dios, que no puede engañarse, que de lo que ve con su propia razón, que puede equivocarse (Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 4, a. 8 ad 2)».*

Cuanto más clara conciencia tengamos de nues-

(10) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 16.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 16.

tra limitación personal, y de las dificultades que entraña el camino que conduce a la santidad, tanto más necesitamos avivar la esperanza: pedírsela con humildad al Señor, hacerla tema de nuestra oración, considerar siempre que no se fundamenta en nuestras flacas fuerzas, ni en lo que entendemos como posible, sino en la misericordia omnipotente e infinita de Dios, en su Amor inmenso de Padre, que le llevó a entregar a su Hijo Unigénito por salvarnos.

*"In te, Domine, speravi": en ti, Señor, esperé. —Y puse, con los medios humanos, mi oración y mi cruz. —Y mi esperanza no fue vana, ni jamás lo será: "non confundar in aeternum!"*¹².

A PESAR de tener tan buen fiador en Jesucristo, siempre dispuesto a ayudarnos en los momentos más difíciles; a pesar de estos medios que nos ha dado para sostener la esperanza, pueden llegar —el Señor lo permite alguna vez— circunstancias críticas en las que no resulta fácil hacer razonamientos sobrenaturales. No le bastan entonces al alma, sumida en una especie de ceguera espiritual, las consideraciones que otras veces encendían su esperanza y afirmaban su fe. Sería ése el momento de dejarse guiar con más docilidad que nunca, aceptando rendidamente la voluntad de Dios manifestada en las

(12) *Camino*, n. 95.

indicaciones y consejos de los Directores.

También para esos trances el Señor ha querido darnos un remedio seguro: la charla fraterna, a la que hemos de acudir con sinceridad total. Si nos dejamos conducir dócilmente, procurando amar la voluntad del Señor, tendremos la ayuda omnipotente de la gracia, pues *Dios ensalza en lo mismo que humilla. Si el alma se deja llevar, si obedece, si acepta la purificación con entereza, si vive de la fe, verá con una luz insospechada, ante la que después pensará asombrado que antes ha sido ciego de nacimiento. Y volviendo Jesús a hablar al pueblo, dijo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida (Ioann. VIII, 12)*¹³.

En quien nos escucha para ayudarnos, debemos ver a Cristo, que repetirá en nuestra alma —en nuestra vida— el milagro del ciego de nacimiento. Por eso insiste nuestro Padre: *no os asustéis, no os preocupe nada. Si sois sinceros, todo sale adelante. A veces, se puede estar una temporada —durante meses y aun durante años— como ciego. Pero, si se obedece, luego viene toda la luz del Cielo, todo sale bien*¹⁴.

Si somos sinceros, si nos dejamos llevar, la oscuridad desaparece y vuelve otra vez al alma la esperanza, porque Dios premia esa humildad de deponer el propio juicio, con una luz extraordinaria: *la*

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 17.

(14) De nuestro Padre, *Crónica VII-61*, pp. 14-15.

*noche pasó, y llega el día*¹⁵; una luz radiante, límpida, un amanecer purificado. Entonces *se verá la gloria de Yavé y la magnificencia de nuestro Dios*¹⁶.

En este Adviento, en el que aguardamos confiados la venida del Salvador, pedimos a nuestra Madre la Virgen que sepamos hacer siempre la Confidencia con ese espíritu de humildad, con esa fe y ese seguro abandono. *Santa María, Esperanza nuestra, ¡ruega por nosotros!*

(15) *Rom.* XIII, 12.

(16) *L. I (jsai. XXXV, 2).*

10.

MARTES

- La llamada de Dios exige una entrega plena.
- Necesidad de ser magnánimos para corresponder a la llamada.
- La magnanimidad —santa audacia para empresas grandes— debe ejercitarse también en los encargos apostólicos.

HEMOS sido llamados por Dios a una misión divina y sobrenatural, que excede con mucho nuestras fuerzas. El Señor nos ha elegido *para que, con la virtud de la Sangre de Cristo, de la que El nos ha empapado, al apretarnos —como simiente divina— en sus manos llagadas, curemos los miembros tullidos; iluminemos los ojos ciegos, dándoles una conciencia cristiana de la vida; abramos los oídos, que podrán escuchar las palabras de vida eterna (cfr. Ioann. VI, 68); y hagamos expeditas las lenguas, para que, ante el testimonio de nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos (cfr. Matth. V, 16)*¹.

Ante la grandeza de esta misión, que desborda ampliamente nuestra capacidad, conscientes de nuestras limitaciones, quizá acuda alguna vez a nuestro corazón el desaliento: *¿conmigo, toda esta la-*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 6.

*bor?, ¿conmigo, que soy tan poca cosa?, ¿conmigo, tan lleno de miserias y errores?*².

En la Sagrada Escritura abundan los ejemplos de personas, escogidas por Dios para ser instrumentos suyos, que se estremecen ante la llamada divina, al considerar su ineptitud y su flaqueza. Es el caso de Jonás, que, elegido por el Señor como profeta, quiere huir lejos. También Isaías queda sobrecogido al recibir su vocación: *yo me dije: ¡ay de mí, estoy perdido!, pues siendo un hombre de impuros labios, que habita en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Yavé Sabaot*³. Y Jeremías, llamado por Dios, pretende excusarse: *¡ah, Señor Yavé! No sé hablar. Soy todavía un niño*⁴. Todos sienten el temor natural ante lo santo, ante las exigencias divinas, que piden un acatamiento absoluto.

También nosotros hemos recibido una llamada de Dios, que exigió una respuesta generosa y total. Esa decisión, a la que nos impulsa constantemente la gracia divina, no impide que alguna vez podamos tener miedo a la entrega, que sintamos la tentación del egoísmo. Pero no olvidemos que es Dios mismo quien nos llama, quien nos pide esa audacia. Por eso desecharemos los falsos temores, que agobian inútilmente, para confiar más en el poder del Señor.

Para vencer todos los obstáculos que puedan pre-

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 16.

(3) *Isai.* VI, 5.

(4) *Jerem.* I, 6.

sentarse, hemos de contar, siempre y ante todo —nos anima nuestro Padre—, con la gracia divina. No estamos haciendo una obra humana, ni siguiendo nuestra propia voluntad: no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca (Ioann. XV, 16).

*Por eso, ante las dificultades, podremos siempre orar confiadamente: fiat manus tua ut salvet me, quoniam mandata tua elegi (Ps. CXVIII, 173), extiende tu mano para ayudarme, pues he seguido tus preceptos*⁵.

UNA VEZ más sobreviene la llamada de Cristo a la santidad personal; y hay que estar preparados, porque en la vida interior, aquel temor instintivo ante lo divino, si no se combate, puede ser el principio de una especie de tristeza ante los sacrificios que la santidad requiere. Ese temor paraliza, pesa y descorazona.

En ocasiones podría suceder que la fantasía fuera por delante de la realidad, y que nuestra imaginación se desbordara inventando mil dificultades y obstáculos, que encogen el ánimo y hacen sufrir inútilmente. El corazón busca entonces disculpas para no avanzar más; y la cabeza, *razona-*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 23.

das sinrazones para aminorar el empeño de ser santos, para contentarnos con una medianía de bondad. Así algunos prefieren empequeñecerse —declararse incapaces, con aparente humildad—, para sustraerse de este modo a la obligación de tender a la santidad: no quieren aceptar los bienes sobrenaturales, porque implican graves deberes para el que los recibe. Hasta que, al final, tal vez lleguen a lamentar aquel encuentro con Dios, aquella llamada, y a sentir nostalgia de una vida cómoda y ramplona.

Estamos en la Obra para llegar a ser santos y hacer el Opus Dei. Para lograrlo, es preciso poseer y ejercitar la grandeza de ánimo: una grandeza de ánimo que se apoya en el poder de Dios, que llama a cada uno por su nombre. La virtud de la magnanimidad nos dispone a afrontar grandes empresas con espíritu fuerte y confianza en el Señor.

En las páginas de la Sagrada Escritura —nos recuerda nuestro Padre—, habéis encontrado con frecuencia estas palabras: ¡no temas!, ¡no temáis! (cfr. Génes. XV, 1; Isai. XLI, 10; Luc. I, 30). Son palabras divinas de aliento. En el Testamento Viejo y en el Nuevo, Dios y los seres celestes las pronuncian, para levantar la miseria del hombre y disponerlo a un coloquio de iluminación y de amor, a la confianza en cosas aparentemente imposibles o difíciles, a las que no llega la fuerza de la criatura. Non est abbreviata manus

Domini (Isai. LIX, 1): *el poder infinito del Señor es el de siempre*⁶.

Esta es la razón de nuestra certeza: *he aquí que viene el Señor con infinito poder, y dominará con la fuerza de su brazo (...). Como un pastor apacentará su rebaño*⁷. Y luego, como justo juez, *otorgará la corona de justicia a todos los que hayan esperado con amor su venida*⁸.

LA IGLESIA nos hace llegar en este Adviento un anuncio divino: Cristo viene otra vez a nuestro encuentro. Suena la hora de enfrentarnos una vez más en toda su hondura con la llamada del Señor, que es exigencia de santidad personal y mandato imperativo de hacer en la tierra su Opus Dei. Si *en algún caso hubiera necesidad, decid al que se acobarde aquellas palabras de Isaías: dicite pusillanimis, confortamini et nolite timere: ecce Deus vester... veniet, et salvabit vos* (Isai. XXXV, 4); *decid, a los que se desanimen, que se llenen de fortaleza y que no tengan temor, porque nuestro Dios nos sacará siempre adelante*⁹.

La omnipotencia divina deshizo los celos de Isaías, que se creía impuro para la misión que había recibido: *uno de los serafines voló hacia mí, y tenien-*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 4.

(7) *Id.*, I (Isai. XL, 10-11).

(8) *Ant. ad Comm.* (II Tim. IV, 8).

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 4.

*do en sus manos un carbón encendido, que con las tenazas tomó del altar, tocando con él mi boca dijo: mira, esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada y borrado tu pecado*¹⁰. Y a Jeremías, que intentaba escudarse en su poquedad y falta de experiencia, le contesta Dios: *no digas: soy todavía un niño, pues irás a donde te envíe Yo, y dirás lo que te mande. No los temas, que Yo estaré contigo para protegerte, palabra de Yavé*¹¹.

El poder de Dios está también con nosotros y disipa todo posible temor. El, que nos ha dado una vocación de santidad y una misión divina, nos dará también la gracia para cumplirla. *Dios continúa actuando sus misericordias y poniendo por obra la historia de sus mirabilia* (cfr. Ps. LXXVI, 15), *de sus obras admirables. Y sigue fijando sus ojos en instrumentos desproporcionados, que experimentan aquel mismo sagrado temor y sufren ante la acción del Espíritu Santo, que es espolón de acero exigente, porque hasta aquí lleva Dios, como Maestro, a las almas sin maestro: baja, si quieres subir; pierde, si quieres ganar; sufre, si quieres gozar; muere, si quieres vivir, dice el místico castellano.*

Os puedo asegurar, hijos míos, que esas almas no ambicionan ni desean las manifestaciones de esa ordinaria providencia extraordinaria de Dios, y que tienen una profunda conciencia de no merecerlas: os vuelvo a

(10) Isai. VI, 6-7.

(11) Jerem. I, 7-8.

*repetir que sus sentimientos ante ellas son de temor, de miedo. Aunque después, el aliento del Señor —ne ti-meas!— íes comunica una seguridad inquebrantable, las enciende en ímpetus de fidelidad y de entrega; les da luces claras, para cumplir su Voluntad amabilísima; y las enardece, para lanzarse a metas inaccesibles al alcance humano*¹².

Como propósito de este rato de oración, vamos a ofrecer al Señor el deseo de ser fieles al plan de vida y magnánimos, santamente audaces, en los encargos apostólicos que se nos encomiendan, aunque parezcan difíciles. La fortaleza de la Virgen María vendrá en ayuda de nuestra debilidad, y nos hará comprobar que *para Dios nada es imposible*¹³.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 5.

(13) *Luc. 1*, 37.

11.

MIÉRCOLES

—Hay que despojarse del hombre viejo, para que la vida de Cristo se desarrolle plenamente en nosotros.

—Para conseguirlo, es necesaria la purificación interior.

—El amor debe impulsarnos a purificar la mente de todo lo que no sea de Dios. Así nos preparamos para la contemplación.

*YO HE venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia*¹. Viene el Señor a traernos la Vida sobrenatural, a hacer brotar en nosotros *un manantial de agua que manará hasta la vida eterna*². Agua viva, gracia santificante, que nos hace participar —ya en la tierra— de la Vida íntima de la Trinidad Santísima.

Frente a la Vida divina, se alza la pobre vida del hombre terreno, que tiene los ojos llenos de las cosas mundanas, que está inclinado a asentar el corazón en el polvo de la tierra, y tiende a actuar con fines mezquinos y torcidos. Más que vida, esto es un principio de muerte, pues *en este mundo* —como dice San Agustín— *hay quienes están vivos y quienes están muertos, aunque parezca que todos viven*³. Esa existencia apegada a las cosas de la tierra, es un

(1) *Ioann. X*, 10.

(2) *Ioann. IV*, 14.

(3) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatum* 22, 6.

gran obstáculo que entorpece el desarrollo de la vida sobrenatural en nosotros. Somos de carne, y *lo que ha nacido de la carne, carne es* y da frutos de muerte y de corrupción.

De todo esto tenemos que deshacernos, si queremos unirnos a Cristo. *Tenéis que despojaros del hombre viejo según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada*⁵, amonesta San Pablo. Y nuestro Fundador nos recuerda que *estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza*⁶.

Claramente anunció el Señor a Nicodemo, y nos repite a cada uno: *en verdad te digo que quien no naciere de nuevo, no podrá ver el reino de Dios*⁷. No se trata ya de adquirir unas determinadas virtudes naturales, o de guardar ciertas prácticas de piedad. Es una transformación radical, completa. Una purificación de todas nuestras potencias, para que la vida de Cristo se desarrolle plenamente en nosotros y podamos llegar a decir con el Apóstol: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí*.

(4) *Ioann.* III, 6.

(5) *Ephes.* IV, 22.

(6) *Amigos de Dios*, n. 301.

(7) *Ioann.* III, 3.

(8) *Galat* II, 20.


Hemos de decidirnos *a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad (...), y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que El nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos*⁹.

*HAY DOS modos de vivir en la tierra: o se vive vida sobrenatural o vida animal. Y un hijo de Dios en la Obra no puede vivir más que la vida de Dios, la vida sobrenatural*¹⁰. Esta vida sobrenatural, vida divina, exige de nosotros la mortificación de esa otra vida divergente, que se aparta de Dios para inclinarse hacia las criaturas: *SÍ con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis*ⁿ.

Para forjar la santidad es necesaria una mortificación interior seria, habitual, constante. No podemos olvidar que las raíces de aquella otra vida contraria a Dios, nos acompañarán mientras estemos en la tierra, tratando continuamente de abrirse camino. Son principios que provienen de la triple concupiscencia, reliquia del pecado original, inclinación no eliminada por el Bautismo. Y a ellos se suma lo que

(9) *Amigos de Dios*, n. 300.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(H) ü  VIII, 13.

las caídas personales han sembrado en las potencias de nuestra alma.

La mortificación en los detalles ha de ser *una cosa tan natural como el latir del corazón. Yo no noto ahora el latir del corazón, pero se mueve, late; y ¡ay del día en que se pare! Os digo a vosotros lo mismo: en nuestra vida espiritual, la vida del corazón, que es ese latir, es ese esfuerzo por mortificarse en cada instante*¹².

Conviene, sin embargo, saber que no siempre resultará fácil aceptar lo que de algún modo contraría a la criatura vieja. Por eso, para vencer esas tendencias menos rectas que continúan latentes en nosotros, tenemos necesidad de una constante tarea de purificación interior.

Es necesaria, sobre todo, la mortificación de la imaginación y de la memoria. Así lograremos apartar del entendimiento todo cuanto —por ir contra el camino o estar fuera de él— sería un estorbo para la plenitud de nuestra entrega. Afinemos, pues, la pureza interior en estos días de espera, para recibir a Cristo con una mente limpia, en la que, desechado con decisión todo lo caduco, nada quede ya que no pertenezca al Señor.

Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable para quien te molesta;

(12) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

*aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior*¹³.

LA MORTIFICACIÓN interior que purifica el alma no es una tarea meramente negativa. Tampoco cabe fijarla en la frontera del pecado; muy al contrario, se encuentra en pleno territorio del amor a Dios, porque consiste en saberse privar de lo que sería lícito no privarse. El alma interiormente mortificada no es solamente la que no ofende, sino la que ama siempre.

El amor al Señor es la fuerza que impulsa la mortificación interior, que purifica la mente de todo lo que no es de Dios. Esta mortificación ha de dirigirse en primer término a librar la memoria de recuerdos que contradigan nuestro camino, y que pueden asaltarnos mientras trabajamos, e incluso en la oración. Sin apurarnos, pero con prontitud, sabremos apartarlos, haciendo que la mente vuelva a llenarse de los afanes divinos de nuestra vida de hoy.

Como la memoria, la imaginación puede igual-

(13) *Camino*, n. 173.

mente importunar, tejiendo historias fantásticas, novelas de cualquier índole que, en todo caso, son por lo menos una pérdida de tiempo. También entonces hace falta reaccionar con presteza, y retornar serenamente a nuestro quehacer.

Sin embargo, la purificación interior no se reduce a vaciar el entendimiento de pensamientos inútiles. La mortificación de las potencias del alma abre el camino a la plenitud de la vida contemplativa, que es inseparable de nuestra vocación. Reducido al silencio lo que sería impropio y caduco, porque pertenece al hombre viejo, el alma está preparada para entablar el diálogo íntimo y continuo con Jesucristo, en el que la imaginación puede prestar su ayuda a la contemplación, y la memoria aportar recuerdos de las bondades que el Señor ha obrado en nosotros —*haré memoria de las maravillas que has hecho desde el principio*¹⁴—, recuerdos de cosas grandes que encenderán de gratitud el corazón y harán más ardiente el amor.

El Señor premia también con un extenso fruto apostólico ese esfuerzo por unirnos a El mediante la mortificación y la purificación interior. Identificados con Cristo, cargados por tanto con su Cruz, obtendremos Vida abundante, para nosotros y para tantas almas.

(14) Ps. LXXVI, 12.

*Como el grano de trigo tenemos, hijos míos, la necesidad de la muerte para ser fecundos. Tú y yo no queremos estar solos; queremos multiplicar nuestra familia, queremos dejar un surco hondo y luminoso. Por eso, hemos de dejar al pobre hombre animal y lanzarnos por los campos de espíritu, dando sentido sobrenatural a todas las cosas humanas y, a la vez, a los hombres que trabajan en ellas*¹⁵.

Pidamos a Dios con la Iglesia, por intercesión de la Virgen Purísima, *que ningún mal haga desfallecer a quienes esperamos la consoladora presencia del médico celestial*¹⁶.

12.

JUEVES

—Para ser contemplativos y apostólicos, es necesaria la purificación interior.

—Pureza de corazón: vaciarlo de afectos desordenados y llenarlo de amor de Dios.

—Obrar, vivir y morir como enamorados: propósitos concretos.

*TU, SEÑOR, estás cerca, y todos tus caminos son verdad y vida*¹. Viene Cristo, el Salvador, y a la pregunta: *¿eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?*², responde la liturgia con otras palabras de la Escritura: *Yo soy tu auxilio, dice el Señor, Yo soy tu Redentor, el Santo de Israel*³.

No, no hay otro a quien esperar. El nos trae la felicidad anhelada. El satisface todas las aspiraciones del alma. Y, sin embargo, viene como tesoro escondido, como perla preciosa que hay que descubrir. Oculto a los ojos de los hombres, nacerá en una cueva, y unos pastores serán sus primeros adoradores. El alma sencilla de aquellos hombres les ayuda a acercarse a ver lo que les ha sido anunciado, y rinden el corazón ante el amor divino, y le adoran. Más tarde, dirá el Señor: *bienaventurados los que tienen*

(1) *Ant. ad intr.* (cfr. Ps. CXVIII, 151).

(2) *Matth.* XI, 3.

(3) *Ad Laudes, Ant. ad Bened.*

*puro su corazón, porque ellos verán a Dios*⁴.

Para poder descubrir a Cristo y tratarle, es necesaria la purificación interior. *El corazón libre; si no, no seremos contemplativos. Al corazón no hay que dejarle que se apegue a ninguna criatura, a ninguna. Nosotros somos contemplativos... En cuanto el corazón se apegue, se acabó la paz, la alegría; por lo menos ya no somos contemplativos*⁵.

Purificación interior, para ser contemplativos, para inflamarnos por el amor a Dios. *Luz y fuego encendido debemos ser —aquel fuego que siempre arderá en el altar (cfr. Levit. VI, 12)— para llevar, según las circunstancias, los hombres a Dios, respondiendo a la llamada de Jesucristo: venite ad me omnes (Matth. XI, 28), venid todos a mí; o para llevar Dios a los hombres, cuando se escucha al Señor que dice: ecce sto ad ostium et pulso (Apoc. III, 20), mira que estoy a tu puerta y llamo*⁶.

El Señor quiere que empapemos todas las actividades de los hombres del amor de Dios. *Almas contemplativas en medio del mundo: eso son los hijos míos en el Opus Dei, eso habéis de ser siempre para asegurar vuestra perseverancia, vuestra fidelidad a la vocación recibida. Y en cada instante de nuestra jornada, podremos exclamar sinceramente: loquere, Do-*

(4) *Matth.* V, 8.

(5) De nuestro Padre, Crónica X-59, p. 9.

(6) De nuestro Padre, *Carta*. 11-III-1940, n. 10.

mine, quia audit servus tuus (/ Reg. ///, 9); habla, Señor, que tu siervo escucha.

Dondequiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos —en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios.

Porque todo —personas, cosas, tareas— nos ofrece la ocasión y el tema de una continua conversación con el Señor (...). A nosotros, hijos míos, el Señor nos pide sólo el silencio interior —acallar las voces del egoísmo del hombre viejo—, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros ⁷.

LA GUARDA del corazón. —Así rezaba aquel sacerdote: "Jesús, que mi pobre corazón sea huerto sellado; que mi pobre corazón sea un paraíso, donde vivas Tú; que el Ángel de mi Guarda lo custodie, con espada de fuego, con la que purifique todos los afectos antes de que entren en mí; Jesús, con el divino sello de tu Cruz, sella mi pobre corazón"⁸.

Hemos puesto por encima de los amores el Amor. Pero ese acto de entrega que hicimos un día, ha de continuarse en una disposición habitual, que se manifieste en un constante ejercicio de mortificación interior, bien encauzado por el examen de conciencia.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 15.
(8) *Forja*, n. 412.

No nos asusta comprobar la flaqueza de nuestro corazón; es más, nos importa mucho descubrir cuáles son los enemigos que quieren ahogar su entereza: consuelos terrenos que lo acobardan; cadenas celadas en aparente caridad; pequeños rincones que quizá no se airean bien en la charla fraterna: cosas que parecen simplezas, y, sin embargo, ¡qué desazón, qué inquietud producen cuando se agitan!

La lucha por guardar la pureza del corazón puede ser dura, e imponer renunciaciones que duelen; pero bien al alcance de la mano tenemos el remedio. *El camino tuyo —y el camino mío— es de Amor. Este pobre corazón nuestro ha nacido para amar, hijos míos. Y cuando no se le da un amor puro y limpio y noble, se venga y se llena de miseria, de corrupción y de sensualidad. Por eso el corazón de mis hijos tiene que estar lleno de Amor, con mayúscula*⁹. Vaciarlo de miseria, de afectos desordenados; llenarlo hasta rebosar de amor a Dios, porque —como exclama nuestro Padre— *no te digo que me quites los afectos, Señor, porque con ellos puedo servirte, sino que los acrisoles*¹⁰.

Este es el programa que hay que proponerse, con la confianza puesta no en nuestras fuerzas, sino en la misericordia de Dios, que continuamente nos anima: *Yo, Yavé, tu Dios, fortaleceré tu diestra; y te digo: nada temas, voy en tu ayuda. Nada temas, gusa-*

(9) De nuestro Padre, *Crónica* 11-60, p. 10.
(10) *Forja*, n. 750.

nillo de Jacob, coquito de Israel. Yo te haré como un agudo rastrillo, nuevo y armado de dientes. Irás, trillarás y pulverizarás los montes, y desharás en menuda paja los collados. Los bieldarás y el viento los aventará, y el huracán los dispersará. Y te regocijarás en Yavé, y te gloriarás en el Santo de Israel¹¹.

Pidamos, pues, el auxilio de la gracia para derrotar a los enemigos que intenten insidiar la pureza de nuestro corazón: *este don fue dado a los que lo pidieron, a los que lo quisieron, a los que trabajaron por recibirlo. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llamare, se le abrirá¹².*

NOSOTROS somos enamorados del Amor. El Señor no nos quiere secos, tiesos, como una cosa sin vida. ¡Nos quiere impregnados de su cariño!¹³. Para llenar de amor divino el corazón y desarraigarlo de cualquier apegamiento, junto a la mortificación es necesaria la oración constante: mueve, Señor, nuestros corazones para que (...) merezcamos servirte con el alma purificada¹⁴. Por nuestra parte, debemos procurar con todas nuestras fuerzas obrar y vivir y morir como enamorados¹⁵, haciendo nuestra aquella oración de nuestro Padre: ¡Señor!, dame ser tan tuyo

(11) L. Hlsai. XLI, 13-16).

(12) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium* 3, 19, 11.

(13) De nuestro Padre, Crónica 11-60, p. 11.

(14) Ora!.

(15) De nuestro Padre, Crónica 11-60, p. 11.

que no entren en mi corazón ni los afectos más santos, sino a través de tu Corazón llagado¹⁶.

La liturgia de Adviento repite una y mil veces el anuncio apremiante: el Señor viene, y hay que prepararle un camino cada vez más ancho, una morada cada vez más limpia, un corazón cada vez más dispuesto y entregado. Pero para un persona enamorada, esperar es poco; el amor fuerza a salir al encuentro.

Por eso, desde ahora, queremos que cuaje un propósito bien determinado: en la oración, que debe ser un fluir constante de cariño, de muestras de afecto con el Señor, como hicieron la Virgen Santísima y San José; en las Normas de siempre —jaculatorias, actos de amor y desagravio, comuniones espirituales...—, con las que durante la jornada salimos al encuentro de Jesús, para decirle las mismas cosas —*¿no se dicen siempre lo mismo los que se aman?* "—: que le queremos, que nos duelen nuestras infidelidades, que estamos impacientes por recibirle.

Dios premiará el esfuerzo generoso por acercarnos a El, porque *compasivo y misericordioso es el Señor, sufrido y muy misericordioso¹⁸*. El nos dará un corazón libre, puro, que desborde paz y alegría a todos los que nos rodean.

(16) Forja, n. 98.

(17) Santo Rosario, prólogo.

(18) Ps. resp., R.

Para mayor certeza de ser oídos, acudamos a la Virgen, Madre del Amor Hermoso; y después de recordarle que estamos puestos bajo el cuidado de su Corazón Dulcísimo, sigamos el consejo que nos da nuestro Padre: *tienes que decir a la Virgen, ahora mismo, en la soledad acompañada de tu corazón, hablando sin ruido de palabras: Madre mía, este pobre corazón mío se rebela algunas veces... Pero si tú me ayudas... —Y te ayudará, para que lo guardes limpio y sigas por el camino a que Dios te ha llamado: la Virgen te facilitará siempre el cumplimiento de la Voluntad de Dios*¹⁹.

(19) Forja, n. 315.

13.

VIERNES

—Los pobres son los predilectos del Señor. No pueden conciliarse el amor a Dios y a las riquezas.

—La pobreza de Cristo obliga especialmente a los que quieren seguirle más de cerca.

—El desasimiento de los bienes temporales según nos lo enseña el espíritu de la Obra.

HAY UN pasaje de San Mateo, que a mí —decía nuestro Padre— me ha hecho meditar muchas veces y que espero lo meditaréis también: es la contestación que da el Señor, cuando los discípulos de Juan le preguntan si es El el que ha de venir o si esperan a otro. Jesús les respondió: id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres... (Matth. XI, 4-5). El Señor pone esto entre los grandes prodigios. Pobreza. Jesús ama a los pobres >.

Para corresponder al amor de Dios, es preciso estar desprendidos de los bienes de la tierra. Nos enseña nuestra fe cristiana que las cosas creadas son sólo medios; sería una insensatez codiciarlos como algo definitivo. *No queráis* —aconsejaba el Señor— *amontonar tesoros en la tierra, donde el*

(1) De nuestro Padre, Meditación, 12-VHI-1956.

orín y la polilla los consumen y donde los ladrones los desentierren y roban; atesorad en cambio bienes en el Cielo, donde no hay orín, ni la polilla los consume, ni tampoco ladrones que los descubran y los roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón².

Cuando alguno centra su felicidad exclusivamente en las cosas de aquí abajo —he sido testigo, refiere nuestro Padre, de verdaderas tragedias—, pervierte su uso razonable y destruye el orden sabiamente dispuesto por el Creador. El corazón queda entonces triste e insatisfecho; se adentra por caminos de un eterno descontento y acaba esclavizado ya en la tierra, víctima de esos mismos bienes que quizá se han logrado a base de esfuerzos y renunciadas sin cuento. Pero, sobre todo, os recomiendo que no olvidéis jamás que Dios no cabe, no habita en un corazón enfangado por un amor sin orden, tosco, vano. Ninguno puede servir a dos señores, porque tendría aversión a uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, despreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas (Matth. VI, 24)³.

Por el contrario, a los que consiguen vivir con ese desprendimiento, el Señor les promete las riquezas del paraíso: bienaventurados —dice— los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos⁴. Por eso hoy le pedimos, con palabras que la Iglesia

(2) Matth. VI, 19-21.

(3) Amigos de Dios, n. 118.

(4) Matth. V, 3.

pone en nuestros labios: *enseñanos a valorar sabiamente los bienes terrenos y a buscar con diligencia los celestiales*⁵.

A TODOS los cristianos exige el Señor espíritu de desprendimiento, pero de modo especial a los que ha llamado a seguirle más de cerca: *cualquiera de vosotros —dice— que no renuncie a todo lo que posea, no puede ser mi discípulo*⁶. Es la condición que nos puso al invitarnos a marchar en pos de El: *si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven después, y sígueme*⁷. Nuestra entrega ha de ser tal, que podamos siempre afirmar con el Apóstol Pedro: *Señor, bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas y te hemos seguido*⁸.

Una manifestación de que nuestro desprendimiento es total, es la aceptación de todas sus consecuencias; también el que llegue a faltarnos incluso lo imprescindible. Entonces, lejos de entristecernos, habremos de sentir mayor alegría, porque Jesús nos ofrece una ocasión de imitarle en la privación de Belén y de la Cruz, y de seguir a la letra aquella recomendación apostólica: *no llevéis oro, ni plata, ni dinero al-*

(5) Oral, post comm.

(6) Luc. XIV, 33.

(7) Matth. XIX, 21.

(8) Ibid., 27.

guno en vuestros bolsillos; ni alforja para el viaje⁹.

A lo largo de estos veintiséis años —comentaba nuestro Padre en 1955—, en muchas ocasiones me he encontrado sin nada, en la carencia más absoluta y con la cerrazón más completa en el horizonte para encontrar nada, nada. Nos faltaba hasta lo más necesario. Pero ¡qué alegría!, porque buscando el reino de Dios y su justicia, sabíamos que lo demás se nos daría por añadidura¹⁰.

No faltarán nunca situaciones en las que el desprendimiento haya que vivirlo en este grado heroico. No obstante, lo corriente será que no falten los medios indispensables y que dispongamos, porque lo hayamos conseguido con esfuerzo personal, de los instrumentos materiales necesarios para sacar adelante las labores apostólicas. Tampoco entonces dejará de estar plenamente vigente ese espíritu: amamos la pobreza de Cristo, y lo que se ama se busca con afán y se saborea. Por eso conviene que nos examinemos con frecuencia, preguntándonos si nuestro amor a esta virtud nos lleva a vivirla siempre; si estamos vigilantes para no dejar de sentir sus consecuencias, ni caer en la comodidad o el aburguesamiento; si nuestro corazón está plenamente desprendido de las cosas de la tierra, de modo que las usemos sólo como instrumentos en el servicio de Dios.

(9) Matth. X. 9-10.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 5-IV-1955.

NUESTRA pobreza, hijos míos, no ha de ser clamorosa pobretería; nuestra pobreza va oculta por una sonrisa, por la limpieza del cuerpo y la limpieza del vestido y, sobre todo, por la limpieza del alma. No esperemos —por tanto— una alabanza en la tierra, pero no olvidemos aquellas palabras de San Mateo: Pater tuus, **qui** videt in abscondito, **reddet** tibi (Matth. VI, 18)».

El desprendimiento absoluto de los bienes terrenos no puede quedarse en palabras: es menester que se haga realidad en cada uno, de modo que nuestra vida personal se acomode al ejemplo de Cristo, según la vocación peculiar que hemos recibido.

Este espíritu tiene que despertar en nosotros, ante todo, la mentalidad del padre de familia numerosa y pobre, y llevarnos a sentir sobre nuestras espaldas el peso de las necesidades de la Obra. Jesús nos enseña que esa actitud, vivida por amor a Dios, es camino de santidad; y le vemos primero hijo y después cabeza de aquella familia pobre de Nazaret, y de aquella otra de los Apóstoles.

Esta mentalidad nos llevará a proceder siempre con sentido de responsabilidad, a ser parcos en las necesidades personales, a no hacer gastos superfluos y a sentir la preocupación por contribuir con todas nuestras fuerzas al sostenimiento de esta gran familia a la que pertenecemos.

(11) De nuestro Padre, Carta, 11-11-1940, n. 28.

Deseamos vivir el desasimiento total, sin mitigación, y hemos de responder ante Dios de la integridad de este espíritu; por esta razón será necesario tener un cuidado exquisito en vivirlo personalmente. No podemos permitir que, por descuido o negligencia, fuera insinuándose alguna tolerancia que lo desvirtuara; y de manera especial conviene velar para que jamás puedan formarse disponibilidades personales disfrazadas, con los medios de trabajo que utilizamos en nuestra actividad profesional: porque estaríamos preocupándonos de nuestra comodidad personal, y descargando de nuestros hombros el peso de la familia.

Consecuencia de ese desasimiento es la necesidad de contar con el permiso expreso del Director para hacer cualquier gasto extraordinario, para no dejarnos llevar de nuestro capricho, y de dar noticia puntual de los ordinarios en la cuenta de gastos, de la que nunca, por nuestro propio arbitrio, podremos considerarnos dispensados. Por lo mismo, cuidaremos con esmero las cosas de nuestro uso personal y las de la casa donde vivimos, así como toda clase de bienes que por cualquier razón estén a nuestro cuidado.

En éstos y en otros mil detalles ha de manifestarse continuamente nuestro amor a la pobreza, que, como nos enseña la vida de Cristo, hace falta vivir siempre: también cuando, por razones de profesión u oficio, dispongamos para nuestro uso personal de

otros bienes. La sobriedad de que entonces demos prueba será el buen aroma de Cristo, que siempre tiene que acompañar nuestra vida de almas dedicadas a Dios en medio del mundo.

Nuestro desprendimiento es riguroso, porque no puede ser de otra manera si queremos imitar a Jesucristo. *No nos podemos quejar* —dice nuestro Padre—; *si estamos cerca de Cristo y seguimos sus pisadas, la pobreza hemos de amarla con todo el corazón*¹². El amor, como el del padre de familia que ama a los suyos, convierte en amable y dulce este desvelo abnegado que hemos abrazado.

Pidámosle a la Virgen de Belén que nos enseñe a amar y a imitar cada día mejor la vida pobre de su Hijo Jesucristo.

Ú2) De nuestro Padre, Meditación, 7-IIIM962.

Deseamos vivir el desasimiento total, sin mitigación, y hemos de responder ante Dios de la integridad de este espíritu; por esta razón será necesario tener un cuidado exquisito en vivirlo personalmente. No podemos permitir que, por descuido o negligencia, fuera insinuándose alguna tolerancia que lo desvirtuara; y de manera especial conviene velar para que jamás puedan formarse disponibilidades personales disfrazadas, con los medios de trabajo que utilizamos en nuestra actividad profesional: porque estaríamos preocupándonos de nuestra comodidad personal, y descargando de nuestros hombros el peso de la familia.

Consecuencia de ese desasimiento es la necesidad de contar con el permiso expreso del Director para hacer cualquier gasto extraordinario, para no dejarnos llevar de nuestro capricho, y de dar noticia puntual de los ordinarios en la cuenta de gastos, de la que nunca, por nuestro propio arbitrio, podremos considerarnos dispensados. Por lo mismo, cuidaremos con esmero las cosas de nuestro uso personal y las de la casa donde vivimos, así como toda clase de bienes que por cualquier razón estén a nuestro cuidado.

En éstos y en otros mil detalles ha de manifestarse continuamente nuestro amor a la pobreza, que, como nos enseña la vida de Cristo, hace falta vivir siempre: también cuando, por razones de profesión u oficio, dispongamos para nuestro uso personal de

otros bienes. La sobriedad de que entonces demos prueba será el buen aroma de Cristo, que siempre tiene que acompañar nuestra vida de almas dedicadas a Dios en medio del mundo.

Nuestro desprendimiento es riguroso, porque no puede ser de otra manera si queremos imitar a Jesucristo. *No nos podemos quejar* —dice nuestro Padre—; *si estamos cerca de Cristo y seguimos sus pisadas, la pobreza hemos de amarla con todo el corazón*¹². El amor, como el del padre de familia que ama a los suyos, convierte en amable y dulce este desvelo abnegado que hemos abrazado.

Pidámosle a la Virgen de Belén que nos enseñe a amar y a imitar cada día mejor la vida pobre de su Hijo Jesucristo.

02) De nuestro Padre, Meditación, 7-III-1962.

14.

SÁBADO

—Fundamento de la corrección fraterna: la caridad y la justicia.

—El espíritu sobrenatural que anima la corrección fraterna.

—Modo de practicarla.

QUIERA el Dios de la paciencia y de la consolación hacernos la gracia de estar siempre unidos mutuamente, en sentimientos y afectos según el espíritu de Jesucristo, a fin de que no teniendo sino un mismo corazón y una misma boca, glorifiquéis a Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrelevaos recíprocamente, así como Cristo os ha sobrelevado a vosotros para gloria de Dios¹.

En la Obra todos estamos muy unidos: *hijos míos, yo quisiera haceros sentir y persuadiros de la necesidad de vernos todos como miembros de un solo cuerpo²*. Dios nos ha dado un medio seguro para fortalecer esa unidad: la corrección fraterna. Es una garantía de unión que se basa en la caridad, cariño sobrenatural y humano al mismo tiempo. *La madre acude con más amor al hijo enfermo. Una madre, un hermano que ama, ante un hijo o ante un hermano enfermo, no se aparta aunque la enfermedad sea contagiosa³*. Con cariño de hermano acudimos en ayuda

(1) Rom. XV, 5-7.

(2) De nuestro Padre, Crónica IX-58, p. 7.

(3) De nuestro Padre, Crónica IX-58, p. 8.

de aquél que muestra algún signo de debilidad —pequeñas desviaciones, defectos incipientes—, señalándole el obstáculo con una *advertencia, llena de delicadeza y de sentido sobrenatural⁴*.

Es el amor que nos enseña Jesucristo y que ha depositado en nuestros corazones, lo que nos ha de llevar a vivir ese desvelo por la santidad de nuestros hermanos, según aquellas palabras del Apóstol: *sobrellevaos recíprocamente, así como Cristo os ha sobrellevado y acogido con amor a vosotros, para la gloria de Dios⁵*.

Pero, además, la virtud de la justicia nos empuja a dar a nuestros hermanos lo que necesitan, aquello a lo que tienen derecho. El Señor, que ha querido valerse de nosotros para llamar a otros muchos hermanos nuestros, cuenta también con nuestra cooperación para que alcancen la santidad. No podemos, por tanto, privarles de los beneficios de la corrección fraterna, medio efficacísimo para que se realice lo que hoy pedimos a Dios con la Iglesia: *que ahuyentadas las tinieblas de la noche, aparezcamos, con la llegada de tu Unigénito, como hijos de la luz⁶*.

LA CORRECCIÓN fraterna hunde sus raíces en la virtud de la caridad. Su fundamento es sobrenatural.

(4) *Catecismo*, 5ª ed., n. 289.

(5) Rom. XV, 7.

(6) *Oral*.

ral, y sobrenaturales son también las razones que nos mueven a practicarla. Amamos a Jesucristo en nuestros hermanos —son otros Cristos— y queremos ver resplandecer en ellos la imagen de Nuestro Señor. Por eso, empleamos los medios que la Obra pone al alcance de todos, y al utilizarlos, a pesar de la flaqueza natural de cada uno, santificamos a la Obra entera, que así también reflejará fielmente a Cristo.

¡Bendita corrección fraterna!, ¡cuánto contribuye a hacer alegre y amable el camino de la santidad, saber que nos quieren; que rezan por nosotros; que nos dicen las cosas noblemente, a la cara, para ayudarnos; que sufren si sufrimos! La corrección fraterna, además, es una necesidad. Es medicina maravillosa y tiene una razón de ser sobrenatural: que cada uno no puede conocerse bien a sí mismo, y precisa de la ayuda de los demás. La corrección fraterna es un buen remedio para nuestra flaqueza: un remedio eficaz, divino y humano. Y es una de las mejores manifestaciones de la caridad con nuestros hermanos y con la Obra⁷.

El espíritu sobrenatural es suficiente para desmascarar falsas y sutiles consideraciones sugeridas por la prudencia terrena, que no resisten a un examen bien hecho o a un rato de oración ante el Sagrario. No puede ser nunca razón suficiente para dejar de hacer una corrección fraterna el tener la mis-

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 133.

ma flaqueza que se ha advertido en otro. Porque nuestro modelo es Jesucristo, y lo que empuja nuestra preocupación por los demás es el deseo de reflejar fielmente el espíritu de la Obra.

Tampoco hemos de dejarnos llevar de una falsa comprensión de su modo de ser, o de su edad, o de sus circunstancias, ni del temor a contristar. Nada de esto nos debe apartar del ejercicio de la corrección fraterna, a la que nos empujan las virtudes de la caridad y de la justicia según el modelo de Jesucristo. Son unos deberes que voluntariamente hemos contraído con nuestros hermanos.

Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis (Ioann. X, 11), *el Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Daréis vuestra vida, como buenos pastores de vuestros hermanos, preocupándoos unos de otros con caridad, ejerciendo la corrección fraterna, cumpliendo con amor aquel mandato del Señor: compelle intrare (Luc. XIV, 23), ayudándoles a seguir con alegría el camino de su dedicación al servicio de Dios.*

Si el Señor quería que se obligara a ir a su cena a personas extrañas, ¡cuánto más querrá que uséis una santa coacción con los que son hermanos vuestros y ovejas del mismo rebaño de Jesucristo! Esta hermosísima coacción de caridad, lejos de quitar la libertad a vuestro hermano, le ayuda delicadamente a administrarla bien⁸.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1955, n. 32.

ral, y sobrenaturales son también las razones que nos mueven a practicarla. Amamos a Jesucristo en nuestros hermanos —son otros Cristos— y queremos ver resplandecer en ellos la imagen de Nuestro Señor. Por eso, empleamos los medios que la Obra pone al alcance de todos, y al utilizarlos, a pesar de la flaqueza natural de cada uno, santificamos a la Obra entera, que así también reflejará fielmente a Cristo.

¡Bendita corrección fraterna!, ¡cuánto contribuye a hacer alegre y amable el camino de la santidad, saber que nos quieren; que rezan por nosotros; que nos dicen las cosas noblemente, a la cara, para ayudarnos; que sufren si sufrimos! La corrección fraterna, además, es una necesidad. Es medicina maravillosa y tiene una razón de ser sobrenatural: que cada uno no puede conocerse bien a sí mismo, y precisa de la ayuda de los demás. La corrección fraterna es un buen remedio para nuestra flaqueza: un remedio eficaz, divino y humano. Y es una de las mejores manifestaciones de la caridad con nuestros hermanos y con la Obra⁷.

El espíritu sobrenatural es suficiente para desmascarar falsas y sutiles consideraciones sugeridas por la prudencia terrena, que no resisten a un examen bien hecho o a un rato de oración ante el Sagrario. No puede ser nunca razón suficiente para dejar de hacer una corrección fraterna el tener la mis-

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 133.

ma flaqueza que se ha advertido en otro. Porque nuestro modelo es Jesucristo, y lo que empuja nuestra preocupación por los demás es el deseo de reflejar fielmente el espíritu de la Obra.

Tampoco hemos de dejarnos llevar de una falsa comprensión de su modo de ser, o de su edad, o de sus circunstancias, ni del temor a contristar. Nada de esto nos debe apartar del ejercicio de la corrección fraterna, a la que nos empujan las virtudes de la caridad y de la justicia según el modelo de Jesucristo. Son unos deberes que voluntariamente hemos contraído con nuestros hermanos.

Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis (Ioann. X, 11), el Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Daréis vuestra vida, como buenos pastores de vuestros hermanos, preocupándoos unos de otros con caridad, ejerciendo la corrección fraterna, cumpliendo con amor aquel mandato del Señor: compelle intrare (Luc. XIV, 23), ayudándoles a seguir con alegría el camino de su dedicación al servicio de Dios.

Si el Señor quería que se obligara a ir a su cena a personas extrañas, ¡cuánto más querrá que uséis una santa coacción con los que son hermanos vuestros y ovejas del mismo rebaño de Jesucristo! Esta hermosísima coacción de caridad, lejos de quitar la libertad a vuestro hermano, le ayuda delicadamente a administrarla bien⁸.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1955, n. 32.

LA FINALIDAD de la corrección fraterna es sobrenatural, y sobrenatural ha de ser también el modo de practicarla. Movidos por la caridad —amor a Dios, amor a la Obra y amor a nuestros hermanos—, hemos de considerar atentamente en la presencia del Señor lo que nos ha parecido ser materia de corrección, para evitar que nos dejemos llevar por el temperamento o la manera personal de ver las cosas. En la presencia de Dios juzgaremos, por tanto, si nos parece que es procedente y pediremos también luz para encontrar el modo adecuado de practicarla: con razones sobrenaturales, con claridad, sin herir, con una delicadeza extrema que deje ver a Dios en nuestras palabras. La consulta, hecha a quien tiene luz especial para juzgar, es siempre garantía del sentido sobrenatural de la corrección, de su oportunidad, y de la recta intención que nos mueve.

Una vez hecha, nos sentimos más solidarios de la lucha de nuestro hermano por ser mejor. Y todavía podremos ayudarle con nuestra oración o quizá con el propio esfuerzo por lograr también un efectivo mejoramiento en aquel mismo punto que le advertimos.

Vivida con este espíritu sobrenatural, la corrección fraterna se hace eco del aviso tantas veces oído en estos días de Adviento: *preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas*⁹. Dios se vale nueva-

(9) *Allel.* (Luc. III, 4.6).

mente de los demás, para mostrarnos sus sendas, para hacernos ver cuáles son aquellos trechos que conviene enderezar.

*Insisto —repite nuestro Padre— en que la corrección fraterna es parte principal de nuestras Normas. Si cuesta hacerla algunas veces, siempre da un fruto de eficacia sobrenatural: porque os sabréis mortificar, hablando con claridad y procurando no mortificar a los demás. En una palabra, tendréis rectitud de intención y no seréis descorteses con nadie*¹⁰.

Aprovechemos este Adviento para intensificar la práctica de la corrección fraterna, sabiendo que así preparamos nuestros corazones y los de nuestros hermanos para la venida del Señor.

La Virgen María nos llevará por ese camino divino de la caridad —apoyados unos en otros—, al encuentro con Jesús. *Pronto vendré, dice el Señor, y traeré mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según sus obras*".

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 24.

(11) *Ant. ad Comm.* (Apoc. XXII, 12).

15.

DOMINGO III DE ADVIENTO

—*Enderezad el camino del Señor.* Vaciarnos del propio yo, de nuestros problemas personales, para que Jesucristo llene nuestro corazón.

—Para hacer recto el camino de Cristo en nosotros, emplear los medios que nos ofrece la Obra.

—Fruto de ese enderezamiento es nuestro *gaudium cum pace*.

INVOQUEMOS a Cristo, gozo y alegría de todos los que en El esperan, diciendo: ven, Señor, no tardes¹. Hemos de suplir la brevedad de estos días, moviéndonos a intensificar el deseo y la esperanza. Vendrá el Señor, y no tardará, y sacará a plena luz lo que está en la oscuridad de las tinieblas, y se manifestará a todas las gentes².

Nosotros, a una con toda la Iglesia, procuramos hacer de la espera del Señor el tema principal de la oración de estos días. Deseo ardiente y esperanza alegre, porque nuestro Salvador está cerca. Juan, el Precursor, clama con voz poderosa: *enderezad el camino del Señor³*. Y su mensaje resulta siempre nuevo: hay todavía muchas almas que no conocen a Cristo, y nuestra propia vida no está aún bien iden-

(1) *Ad I Vesp., Pr.*

(2) *Ad Laudes, Ant. 1.*

(3) Ev. (B), (*Ioann.* I, 23).

tincada con la suya; todavía no somos del todo *ipse Christus*. La voz del Bautista nos invita a luchar para que Jesús tome posesión de nosotros. Entonces no quedará hueco para problemas personales, ni para cavilaciones estériles que nos hagan perder el tiempo y resten eficacia a nuestra entrega.

Casi todos los que tienen problemas personales, los tienen por el egoísmo de pensar en sí mismos. Es necesario darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: ése es el camino para que desaparezcan nuestras penas. La mayor parte de las contradicciones tienen su origen en que nos olvidamos del servicio que debemos a los demás hombres y nos ocupamos demasiado de nuestro yo⁴.

Enderezad el camino. Es preciso vaciarse del propio yo, para dejar lugar a Jesucristo en nuestro corazón. Cuando El sea su único dueño, nada habrá ya que pueda turbarnos. Sus intereses serán los nuestros; nuestras ilusiones, la gloria de Dios y el mejor servicio de las almas y de la Iglesia; nuestro criterio, el criterio seguro de la obediencia filial. Nuestro camino será entonces recto y alegre, recorrido con la paz y el contento de los hijos de Dios. Y se reproducirá en nuestra vida esa unión con Cristo que resplandeció en la vida de nuestro Fundador.

El resumen que saco siempre al final del día

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 15.

—nos decía—, *al hacer mi examen, es pauper servus et humilis!* Y esto cuando no he de decir: Josemaría, Señor, no está contento de Josemaría. Pero, como la humildad es la verdad, son muchas las veces que —lo mismo que os sucederá a vosotros— pienso: Señor, ¿si no me he acordado para nada de mí, si he pensado sólo en Ti y, por Ti, me he ocupado sólo en trabajar por los demás! Entonces nuestra alma de contemplativos exclama con el Apóstol: vivo autem iam non ego: vivit vero in me Christus (Galat. II, 20); *no soy yo el que vivo, sino que vive en mí Cristo*⁵.

*NO ANDÉIS solícitos de cosa alguna; mas con mucha oración y ruegos, con hacimientos de gracias, sean manifiestas vuestras peticiones delante de Dios*⁶. La paz es fruto de la entrega plena. Para lograrla, San Pablo nos recuerda que ha llegado el momento de acudir confiadamente al Señor, y pedirle que limpie nuestro corazón de toda suerte de preocupaciones personales, o de inquietudes, o de intenciones menos rectas, que sirven tan sólo para sembrar el desconcierto en el alma.

No pongas tu yo en tu salud, en tu nombre, en tu carrera. Mío, tuyo, mío, tuyo... ¡Si tú no tienes nada! Si te has entregado de veras, es lo nuestro, lo de Dios, lo de todos. Mío, mío, mío... ¡Qué cosa tan molesta!

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 90.

(6) É. II (C) (*Philip*, IV, 6).

*Cuando a lo largo del día te sientas, quizá, humillado —porque no olvides que la soberbia es lo peor del fomes peccati—; cuando sientas que tu criterio debería prevalecer: que tú, que tú, que tú, y lo tuyo, y lo tuyo... ¡muy mal! Estás matando el tiempo y estás necesitando que matemos tu egoísmo*⁷.

Pero la gracia de Dios es eficaz en quienes se disponen rectamente a recibirla. Nuestro camino se hará claro y luminoso, y recuperaremos enseguida la alegría de la entrega, cuando decidamos emplear los remedios que nos ofrece nuestra Madre la Obra.

Los problemas personales desaparecen en cuanto dejan de ser exclusivamente nuestros. Abrir el corazón en la dirección espiritual, contar todo lo que nos divide y desazona, y seguir dócilmente sus consejos es remedio seguro para recobrar la paz interior. Preocupaciones inútiles que nos hacían sufrir, obstáculos que creíamos insuperables, cosas oscuras que antes nos turbaban; todo eso pasa y se disipa, como si entonces amaneciera un nuevo día.

Hay que saber deshacerse, saber destruirse, saber olvidarse de uno mismo; hay que saber arder delante de Dios, por amor a los hombres y por amor a Dios, como esas candelas que se consumen delante del altar, que se gastan alumbrando hasta vaciarse del todo. Yo os llevo, hijos míos, por caminos más altos, porque son

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 9-1-1956.

caminos de continuidad. Y quiero para mis hijos, como penitencia, que sepan darse. Sólo sabremos darnos a Dios, si nos olvidamos de nosotros mismos y servimos a los demás. Será verdaderamente éste un camino divino, porque está fundamentado en la humildad. Y Dios lo premia.

Cuando la naturaleza de cada uno se revela con todas sus miserias, El viene. El Señor extiende entonces su mano poderosa, todopoderosa, sobre esa alma que se ha entregado de este modo, y le da, le asegura su vocación, su santidad, su cielo de amor.

A mí, el amor me parece más que el cielo; realmente se identifican, pero me suena mejor amor, y me agarro con fuerza al amor de Dios. Hijos míos, vale la pena que nos olvidemos de nosotros mismos, y nos preocupemos generosamente de los demás⁸.

Al pedir hoy al Señor que haga recto su camino en nosotros, a fin de que sólo El llene nuestra vida, le diremos que estamos dispuestos a emplear todos los medios que la Obra nos proporciona, para que nuestro corazón goce siempre de la paz y alegría, que desea para todos sus hijos.

JERUSALEN, alégrate con una gran alegría, porque vendrá tu Salvador⁹. La Iglesia anticipa hoy el

(8) De nuestro Padre, Meditación, 16-11-1964.

(9) *Ad I Vesp., Ant. 1.*

gozo de la Navidad y, en este tiempo de preparación y penitencia, recuerda insistentemente la recomendación de San Pablo: *vivid siempre alegres en el Señor; vivid alegres, repito¹⁰.*

La alegría, hoy nota peculiar de la liturgia, tiene que ser habitual en nuestra vida. Es una Norma de siempre, consecuencia de nuestra filiación divina y expresión lógica de no tener problemas personales y de tratar de vivir delicadamente la entrega: una alegría que sale sola cuando una criatura se siente hija de Dios, aunque a veces cueste, y tengamos que refugiarnos —humillados y a la vez dichosos— en el corazón del Padre Celestial. La alegría es consecuencia de la filiación divina, de sabernos queridos por nuestro Padre Dios, que nos acoge y nos perdona siempre".

E insiste nuestro Padre: *hijos míos: que estéis contentos. Yo lo estoy, aunque no lo debiera estar mirando mi pobre vida. Pero estoy contento, porque veo que el Señor nos busca una vez más, que el Señor sigue siendo nuestro Padre; porque sé que vosotros y yo veremos qué cosas hay que arrancar, y decididamente las arrancaremos; qué cosas hay que quemar, y las quemaremos; qué cosas hay que entregar, y las entregaremos¹².*

Acudamos a la Virgen Santísima, *Causa nostrae*

(10) *Ant. ad Intr. (Philip. IV, 4-5).*

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 299.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 62.

laetitiae, con la petición humilde de que nos ayude a allanar los caminos del Señor, en nosotros mismos y a nuestro alrededor. *Hemos de llenar de luz el mundo, porque el nuestro ha de ser un servicio hecho con alegría. Que donde haya un hijo de Dios en su Obra no falte ese buen humor, que es fruto de la paz interior. De la paz interior y de la entrega: el darse al servicio de los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de gozo espiritual*¹³.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIH930, n. 22.

16.

LUNES

—El misterio de la adopción divina, la dignidad de hijos de Dios.

—Esa verdad informará nuestra vida, aprendiendo a tratar a Dios como buenos hijos.

—Consecuencias de la filiación divina: vida de infancia espiritual.

*EL SEÑOR, a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre ni de la voluntad de la carne ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios*¹.

El misterio de la filiación divina, fundamento de nuestra vida espiritual, es la obra cumbre de la Redención: *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad*². Anticipándose a la venida de su Hijo, había dicho Dios: *Yo os acogeré, y seré vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas*³.

Eramos incapaces de comportarnos siquiera como buenos siervos, y Dios nos ha hecho, por la gracia, *divinae consortes naturae*⁴, partícipes de la naturale-

(1) *Ioann.* I, 12-13.

(2) *Ibid.*, 14.

(3) *II Cor.* VI, 18.

(4) *W II Petr.* I, 4.

za divina. Esto sólo basta para condicionar sobrenaturalmente —si damos buen uso a nuestra libertad— la manera de ser y de actuar. Tanto más cuanto que Dios, para adoptarnos como hijos, quiso rescatarnos *no con plata u oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa del Cordero Inmaculado que es Cristo*⁵.

*Nosotros somos ya ahora hijos de Dios*⁶; e importa mucho que seamos conscientes de esta realidad maravillosa, para llevar a nuestro trato con Dios y con quienes lo representan el espíritu filial, el tono de familia y los modos propios de un buen hijo.

*La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo*⁷.

La filiación divina, concluye nuestro Padre, es una condición que nos transforma en algo más trascendente que en personas que se soportan mutuamente. Escucha al Señor: «vos autem dixi amicos!» —somos sus amigos,

(5) I Petr. I, 18.

(6) I Ioan. III, 2.

(7) Es Cristo que pasa, n. 64.

que, como El, dan gustosamente su vida los unos por los otros, en la hora heroica y en la convivencia corriente".

HEMOS sido adoptados por Dios, en Cristo, como hijos suyos. Pero la adopción divina entraña una profunda transformación, que sobrepasa inmensamente las consecuencias de la simple adopción humana: *esto tiene de más la adopción divina que la humana: por medio del don de la gracia, Dios hace idóneo al hombre que adopta para recibir la herencia celestial; el hombre, por el contrario, no hace idóneo a aquél a quien adopta, sino más bien elige para adoptar a quien era ya idóneo*⁸. La filiación divina nos lleva a vivir la misma vida de Cristo, y nos hace herederos de la gloria, porque el Cielo es el patrimonio que se destina a los hijos, la porción escogida que tan sólo a ellos pertenece. Será ahora menester que procuremos hacernos dignos de la herencia, que aprendamos a conducirnos como corresponde a nuestra nueva condición.

Adquirir los sentimientos y las maneras de un buen hijo, llegar a tener para Dios una piedad filial, tierna y sincera, a imitación de Jesucristo, es todo un programa de vida interior, al que las Normas y Costumbres de la Obra nos conducen derechamente. *Esas prácticas te llevarán, casi sin darte cuenta, a la oración contemplativa*, dejó escrito nuestro Funda-

(8) Surco, n. 750.

(9) Santo Tomás, S. Th. III, q. 23, a. 1 c.

dor. *Brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluirla; todo lo referirás a tu Padre Dios*¹⁰.

Llegar a ser sencillos y transparentes en el trato con Dios, con los Directores, con nuestros hermanos; a esto tiende la formación que la Obra nos da, y a eso nos conduce el sabernos hijos de Dios. Porque *la piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos. ¿No habíais observado que, en las familias, los hijos, aun sin darse cuenta, imitan a sus padres: repiten sus gestos, sus costumbres, coinciden en tantos modos de comportarse?*

*Pues lo mismo sucede en la conducta del buen hijo de Dios: se alcanza también —sin que se sepa cómo, ni por qué camino— ese endiosamiento maravilloso, que nos ayuda a enfocar los acontecimientos con el relieve sobrenatural de la fe; se ama a todos los hombres como nuestro Padre del Cielo los ama y —esto es lo que más cuenta— se obtiene un brío nuevo en nuestro esfuerzo cotidiano por acercarnos al Señor*¹¹.

(10) Amigos de Dios, n. 149.

(11) Amigos de Dios, n. 146.

SI EL mismo Dios ha querido hacerse niño, si nuestro Salvador llegará dentro de breves días como un recién nacido, ¿cómo no íbamos a querer nosotros hacernos niños también? Ante nuestro Padre Dios, sería tonto presumir de mayores, adoptar la actitud suficiente del adulto. Además, son los hijos pequeños los que gozan de las preferencias del corazón del padre. Por eso, Jesús, no contento con habernos alcanzado la gracia de la filiación divina, ha querido también enseñarnos que la infancia espiritual, el hacerse semejantes a los niños, con sus virtudes características, es condición indispensable para entrar en el reino de los cielos.

*Se acercaron los discípulos a Jesús, y le hicieron esta pregunta: ¿quién será el mayor en el reino de los cielos? Y Jesús, llamando a sí un niño, le colocó en medio y dijo: en verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos*¹². Y San Jerónimo comenta: *como este niño que os propongo de ejemplo (...) no piensa una cosa y dice otra distinta, así también vosotros; si no tuviereis tal inocencia y pureza de intención, no podréis entrar en el reino de los cielos*¹³.

¡Que sedís muy niños!, urgía nuestro Padre. Y cuanto más, mejor. Os lo dice la experiencia de este sacerdote, que se ha tenido que levantar muchas veces

(12) Matth. XVIII, 1-3.

(13) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium* i, 18, 4.

a lo largo de estos treinta y seis años —¡qué largos y qué cortos se me han hecho!—, que lleva tratando de cumplir una Voluntad precisa de Dios. Una cosa me ha ayudado siempre: que sigo siendo niño, y me meto continuamente en el regazo de mi Madre y en el Corazón de Cristo, mi Señor".

Es la sencillez que tanto conviene a un hijo de Dios en su Obra. *Nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. La complicaríamos si fuéramos complicados, si dejásemos el corazón oscuro, si no fuese absoluta nuestra sinceridad*¹⁵. Nos ejercitamos prácticamente en la sencillez cuando somos sinceros con los Directores, y procuramos lograr en el trato con nuestros hermanos una cordial y amable naturalidad, sin familiaridades, pero también sin afectación o engolamiento.

Intentar conseguirlo puede ser un tema de lucha ascética, porque muchas veces exigirá vencernos; pero es un vencimiento gratísimo a Dios y muy a propósito, además, para estas próximas fiestas de Navidad, en que la vida en familia ha sido siempre particularmente íntima y entrañable.

Pidamos a la Virgen que nos ayude a alcanzar la sencillez de los niños, para que sepamos tratar como conviene a su Hijo que está al llegar, a Jesús Niño.

(14) *Amigos de Dios*, n. 147.

(15) De nuestro Padre, *Crónica XII-59*, pp. 6-7.

17.

MARTES

—Adviento: esperar al Señor despiertos, con amor y espíritu vigilante.

—Señal cierta de esa vigilancia es la lucha ascética.

—Las mortificaciones pequeñas, parte importante de la lucha ascética.

*MIRAD que viene el tiempo, dice el Señor, en que Yo haré nacer de David un vastago justo, que reinará como Rey, y será sabio, y gobernará la tierra con rectitud y justicia*¹. Mientras aguardamos a nuestro Salvador, es preciso velar. En este sentido, el Adviento es como un resumen de toda nuestra vida. Cuando respondimos a la llamada divina, salimos en busca del Señor; después, mientras no alcancemos el encuentro definitivo y total, Cristo mismo nos pide vigilancia: como a aquellas *diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa*².

Con las lámparas encendidas, con el fuego del amor, hemos de esperar la venida de Jesucristo. El Señor viene a nosotros cada jornada, en la Sagrada Comunión, y otras muchas veces al día con su gracia. Hay que aguardarle con espíritu vigilante, te-

(1) *Ad Tertiam*, L. br. (ierem. XXIII, 5).

(2) *Matth.* XXV, 1.

niendo siempre presentes sus palabras: *velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora*³. No conocemos cuándo *llegará aquel día, que será el último y que no nos causa miedo: confiando firmemente en la gracia de Dios, estamos dispuestos desde este momento, con generosidad, con reciedumbre, con amor en los detalles, a acudir a esa cita con el Señor llevando las lámparas encendidas*⁴.

A veces puede haber dificultades para que nuestro amor se mantenga vivo y ardiente. El egoísmo, la comodidad, la falta de mortificación, amenazan apagar la llama que el Señor ha encendido en nuestra alma. Pero recuerda el Salmo que *el Señor está cerca de los que tienen un corazón contrito*⁵. Por eso, es preciso avivar la llama, sacudir la somnolencia de la rutina, luchar, mantenernos en vigilia. *Vela con el corazón* —dice San Agustín—, *vela con la fe, vela con la caridad, vela con las obras (...)*. *Adereza las lámparas, procura que no se apaguen; cébalas con el aceite interior de una conciencia recta; permanece unido al Esposo por el amor, para que El te introduzca en la sala del festín, donde ya nunca tu lámpara podrá extinguirse*⁶.

El amor no puede darse por supuesto; si no se nutre, muere. Pero si lo alimentamos, si nos mante-

(3) *Ibid.*, 13.

(4) *Amigos de Dios*, n. 40.

(5) *Ps. R.* (*Ps. XXXIII*, 19).

(6) San Agustín, *Sermo* 94, 17.

nemos despiertos, las dificultades, lejos de debilitarlo, lo enardecen. Nos ayuda la gracia del Adviento. *Ahora, con el auxilio de Dios hemos aprendido a descubrir, a lo largo de la jornada en apariencia siempre igual, spatium verae poenitentiae, tiempo de verdadera penitencia; y en esos instantes hacemos propósitos de emendatio vitae, de mejorar nuestra vida. Este es el camino para disponernos a la gracia y a las inspiraciones del Espíritu Santo en el alma*⁷.

NO DEBE apagarse la lámpara ni extinguirse el fuego; no podemos dejar morir el amor con que seguimos a Jesucristo. *Tened en cuenta* —nos recuerda nuestro Padre— *que si los cristianos no son más eficaces, es porque rezan pocos: y los que rezamos, rezamos poco. Debéis consagrar día y noche todos los esfuerzos a unir el alma y el espíritu a Dios, nuestro Padre, por la oración, por la contemplación con un amor no interrumpido: metidos en Dios los sentidos, la imaginación, las potencias del alma, no tendréis problemas personales y, endiosados, podréis decir: vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus* (Galat. II, 20); *no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí. Sentiréis entonces un hambre, una sed de Dios que nunca se sacian: y experimentaréis en vuestra vida la verdad de aquellas palabras: los que me coman queda-*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 9.

rán con hambre de mí, y los que me beban quedarán de mí sedientos (Eccli. XXIV, 29)⁸.

*Esforzaos y fortaleced vuestro corazón todos cuantos esperáis en Yavé*⁹. Sin desánimo, sin omisiones, perseverantes en el esfuerzo de cada día, para que el Señor nos encuentre preparados cuando venga. *¿Acaso no son estas vírgenes prudentes —pregunta San Agustín— las que perseveran hasta el fin? Por ninguna otra causa, por ninguna otra razón se les habría dejado entrar sino por haber perseverado hasta el final (...). Y porque sus lámparas arden hasta el último momento, se les abren de par en par las puertas del esposo y se les dice que entren*¹⁰.

Cuando falta esta disposición vigilante, cuando son habituales las concesiones voluntarias a la tibieza, se pierden los buenos hábitos y llevan camino de desaparecer virtudes que conseguimos con la gracia y el esfuerzo de años. La llama de la lámpara languidece y al final se extingue, y *después de tantos trabajos —comenta San Juan Crisóstomo—, después de tantos sudores, después de aquella valiente lucha y de la victoria conseguida contra las malas inclinaciones de la naturaleza, las vírgenes fatuas hubieron de retirarse avergonzadas, con sus lámparas apagadas y la cabeza baja*¹¹. No está la santidad en haber comenza-

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 28.

(9) Ps. XXX, 25.

(10) San Agustín, *Sermo* 93, 6.

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 78, 2.

do, sino en perseverar, en luchar siempre.

*Conozco vuestro buen espíritu —escribe nuestro Padre— y veo cómo lucháis, para hacer carne vuestra, experiencia viva, la formación espiritual que os da la Obra. Sé cómo, sostenidos por nuestras Normas, tratáis de encontrar esa intimidad con Dios, que es fruto de la confluencia de su gracia y del esfuerzo personal. Y sé también que tenéis experiencia de cómo las Normas, cuando se cumplen con amor —y pueden cumplirse en todos los ambientes—, os sacan de todos los peligros, os lanzan al ataque y os agujijonean, para que no os aburgueséis interiormente*¹².

LA LUCHA ascética mantiene encendido el fuego de la caridad, del amor de Dios; no dejemos jamás que se apague. El Señor nos espera en el trabajo, en la oración, en la vida en familia... Son encuentros de amor a lo largo del día, a los que hemos de acudir puntualmente, cuando El diga, cuando El llegue. Si hacemos cada cosa en su momento oportuno, cuando el Señor la espera, mantendremos siempre encendida la lámpara de nuestra caridad vigilante. Nuestro Padre nos invita ahora a un examen más hondo: *hijo mío, tienes tú que ir pensando: ¿por qué llego a veces tarde a las reuniones de familia?, ¿por qué a veces me acuesto y me levanto fuera de hora?, ¿por qué*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 28.

*atropello el trabajo que me encomiendan?, ¿por qué tanto desorden?... Son pequeneces, pero es el aceite*¹³.

El Adviento nos recuerda que *la mortificación es la sal de nuestra vida. Y la mejor mortificación es la que combate —en pequeños detalles, durante todo el día—, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Mortificaciones que no mortifiquen a los demás, que nos vuelvan más delicados, más comprensivos, más abiertos a todos. Tú no serás mortificado si eres susceptible, si estás pendiente sólo de tus egoísmos, si avasallas a los otros, si no sabes privarte de lo superfluo y, a veces, de lo necesario; si te entristeces, cuando las cosas no salen según las habías previsto. En cambio, eres mortificado si sabes hacerte todo para todos, para ganar a todos (I Cor. IX, 22)*¹⁴.

Las mortificaciones pequeñas, tan propias de nuestro espíritu, ofrecidas al Señor, dan tono sobrenatural y aun heroico a nuestra jornada: un cúmulo de cosas pequeñas, que pertenecen a las circunstancias ordinarias de nuestra vida de trabajo, del cumplimiento de las Normas, de la labor apostólica, de la vida en familia. *Tened presencia de Dios, que es característica de las almas contemplativas, característica clara de nuestra vocación; presencia de Dios que nos hace estar pendientes de las cosas pequeñas: si no*

(13) De nuestro Padre, Meditación, 9J-1956.

(14) £5 *Cristo que pasa*, n. 9.

*tengo que subir, no subo; y si no tengo que bajar, no bajo; y si no tengo que abrir esa ventana, no la abro. Y así una y otra vez, y mil veces. Esa es nuestra santidad*¹⁵.

¡Cuántas de estas delicadezas viviría la Virgen Santísima, como manifestaciones de amor, mientras aguardaba el nacimiento de su Hijo!

Poner al día nuestras pequeñas mortificaciones, para que no pierdan su eficacia ni se amortigüe la lucha interior, puede ser el fruto que saquemos de esta meditación y, también, una buena manera de esperar vigilantes y despiertos la venida del Señor.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 19-VM955.

18.

MIÉRCOLES

—La Virgen en Adviento. María, la elegida por Dios, Madre y Esperanza nuestra.

—El *fiat* de Nuestra Señora, modelo de fidelidad a la Voluntad de Dios; propósitos.

—Acudir a la Virgen Santísima para que nos ayude a prepararnos para recibir al Señor.

*LOS PROFETAS anunciaron que el Salvador nacería de la Virgen María*¹. Hemos de vivir el Adviento con los ojos y el corazón puestos en Nuestra Señora. Adviento es tiempo de esperanza, y en nuestra Madre se centra ahora toda la expectación del género humano. La razón es sencilla: en la Virgen ha recaído la elección divina. Dios ha mirado a la tierra con misericordia, y ha puesto los ojos en María: *como lirio entre los cardos es mi amada entre las doncellas*².

La escogida para traer la luz al mundo concibe a Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo. Todo estaba dispuesto desde la eternidad: la Encarnación del Hijo de Dios y la Madre que lo llevaría en sus entrañas. Desde siempre ha pensado Dios en María, *desde los orígenes, antes que existiese la tierra*³.

(1) *Ad Tertiam, Ant.*

(2) *Cant. II, 2.*

(3) *Prov. VIII, 23.*

Y llenándola de gracia, la llama a una santidad, a una dignidad única entre las criaturas. Al elevarla por encima de todo lo creado, incluso de los Angeles, nos ha llenado el corazón de confianza.

Todo esto nos afecta directamente —escribió nuestro Padre a propósito de la glorificación de la Virgen—, *porque ese itinerario sobrenatural ha de ser también nuestro camino. María nos muestra que esa senda es hacedera, que es segura. Ella nos ha precedido por la vía de la imitación de Cristo, y la glorificación de Nuestra Madre es la firme esperanza de nuestra propia salvación; por eso la llamamos spes nostra y causa nostrae laetitiae, nuestra esperanza y causa de nuestra felicidad*⁴.

Lo tenemos bien experimentado: quien no se siente hijo de María, tarde o temprano se verá cercado por la desesperanza. En cambio, si queremos tenerla por Madre y Señora, podemos confiar firmemente en que llegaremos un día al término feliz del camino, donde Ella nos espera. Buen momento es éste, mientras aguardamos la llegada del Salvador, para seguir la recomendación de nuestro Padre: *dirígete a la Virgen, y pídele que te haga el regalo —prueba de su cariño por ti— de la contrición, de la compunción por tus pecados, y por los pecados de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, con dolor de Amor.*

(4) *£5 Cristo que pasa*, n. 176.

Y, con esa disposición, *atrévete a añadir: Madre, Vida, Esperanza mía, condúceme con tu mano...*, y si algo hay ahora en mí que desagrade a mi Padre-Dios, concédeme que lo vea y que, entre los dos, lo arranquemos.

*Continúa sin miedo: ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen Santa María!, ruega por mí, para que, cumpliendo la amabilísima Voluntad de tu Hijo, sea digno de alcanzar y gozar las promesas de Nuestro Señor Jesús*⁵.

*EL ÁNGEL Gabriel habló a María, diciendo: ave, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre las mujeres*⁶.

*La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración. Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... —Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena*⁷. ¡Cuántas veces todavía contemplaremos, como ahora, esta misma escena! No sabemos qué admirar más. Quiéramos tener ojos para todo, y no perder ningún detalle; detener el tiempo en ese instante, y recoger de labios de María sus palabras llenas de suavidad, de humildad y entrega. *Primero se oye: el Espíritu*

(5) Forja, n. 161.


(6) *Ad Sextam, Ant.*

(7) *Santo Rosario*, I misterio gozoso.

*Santo descenderá sobre ti. Y tan pronto se oye, se cree: "he aquí, dice, la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra". Contempla la humildad, contempla la entrega. Esclava del Señor se dice, la que es elegida madre*⁸.

¿Cómo no escuchar nosotros desde ahora, con humildad y deseos de obedecer, lo que nos digan de parte de Dios, aunque alguna vez nos cueste, aunque nos duela? Renovamos la decisión de corresponder dócilmente a la gracia de Dios, que nos levanta de nuestra miseria, que nos hace participar de la vida divina y nos confía una maravillosa misión en el mundo.

Tratemos de aprender poniendo los ojos en la Virgen: en su obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud alocada de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: he aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Luc. I, 38). ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos la libertad de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21)⁹.

 ⁸ *Sa* n Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2.
⁹ *W* Es Cristo que pasa, n. 173.

FIAT mihi secundum verbum tuum. —Hágase en mí según tu palabra⁽¹⁰⁾. Al encanto de estas palabras virginales, el Verbo se hizo carne⁽¹¹⁾.

Comienza el Adviento de María. La acompañamos, en silencio, *sin ruido de palabras*, embargados por la emoción del misterio. Está esperando al Niño. En su morada resuena todavía el mensaje reciente del Arcángel, y su silencio no hace más que repetirnos la palabra una y mil veces bendita: *fiat!*. ¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. —¡Bendita seas!⁽¹²⁾.

También nosotros hemos de repetir muchas veces al día esa misma palabra. La serena y confiada espera de María, durante su Adviento, es una llamada a cumplir la voluntad de Dios, a rendir nuestra propia voluntad, a aceptar sin reservas lo que Dios nos pide ahora, a cooperar generosamente: *fiat!*, ¡hágase!

Sé que tenéis buena voluntad, hijos míos —decía nuestro Padre en una meditación—; pero sé también que la buena voluntad sola, no basta. Los tibios, los que no se esfuerzan por mejorar en su vida interior, nos enfrían y entorpecen: nos estorban. Con el amor tierno a la Virgen, en cambio, la tibieza se convierte en fuego.

(10) *Luc.* I, 38.

(11) *Santo Rosario*, I misterio gozoso.

(12) *Camino*, n. 512.

Sed piadosos, hijos de mi alma. Ya desde que os levantáis por la mañana, decid a Nuestra Señora con amor las oraciones que seguramente os enseñaron vuestras madres; yo las rezo despacio: Bendita sea tu pureza...; ¡Oh, Señora mía!, ¡oh, Madre mía!... Son unas plegarias encantadoras. Repetidlas mientras os arregláis, hasta que llegue el momento de recibir al Señor, a Jesucristo, prisionero de amor en el Sagrario; prisionero, sencillamente, porque nos quiere.

Amando a la Virgen aprenderéis a ser contemplativos, a hacer las cosas con naturalidad y sencillez, sin rarezas. Sed piadosos, y todo marchará bien en vuestra vida⁽¹³⁾.

Apoyados en la entrega humilde de Santa María, vamos a pedirle como buenos hijos que nos ayude para que, cuando el Señor venga, encuentre nuestro corazón dispuesto y sin reservas, dócil a sus mandatos, a sus consejos, a sus sugerencias. Son propósitos de fidelidad que ponemos ahora a los pies de Nuestra Madre. Con ellos deseamos acompañarla durante esta breve espera que es el Adviento, la espera gozosa de María Santísima.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 7-XIM953.

19.

JUEVES

—La vida de infancia exige la sumisión del entendimiento.

—La vida de infancia supone el abandono en las manos de Dios y en los Directores.

—Docilidad en la dirección de nuestra alma y en el trabajo apostólico.

SE ACERCA el tiempo en el que nacerá el Hijo unigénito de Dios, enviado al mundo por el Padre, para que sea *primogénito entre muchos hermanos* \ y la Iglesia no contiene su júbilo en la liturgia del Adviento.

Entre esos innumerables hijos que Dios ha querido adoptar nos encontramos nosotros. ¿Y qué somos, ante la Majestad divina? *Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años.*

*Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvidas². Si tan poca cosa somos, como criaturas pequeñas hemos de comportarnos siempre con Dios: en verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos *

(1) Rom. VIII, 29.

(2) Camino, n. 860.

(3) Matth. XVIII, 3.

Hacerse interiormente niños, siendo mayores, es un empeño costoso: *no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana*⁴. La vida de infancia, que es interior, nada tiene que ver con el infantilismo, con la ausencia de reciedumbre y sentido de responsabilidad.

La madurez, la santidad, o —como dice San Ambrosio— *la bondad, no está en la infancia, sino en esforzarse por alcanzar la sencillez del niño*⁵, mediante la purificación, la entrega, el abandono. Y es costoso de conseguir porque *se exige la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad. —Para sujetar el entendimiento se precisa, además de la gracia de Dios, un continuo ejercicio de la voluntad, que niega, como niega a la carne, una y otra vez y siempre, dándose, por consecuencia, la paradoja de que quien sigue el "Caminito de infancia", para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad*⁶.

Cuando, después de años de esfuerzo y de trabajo interior, se llega —con la ayuda de la gracia— a ser muy niño con Dios, entonces se ha alcanzado la madurez espiritual, que se manifiesta en el abandono con que nos sometemos en todo a la voluntad de Dios, y en la docilidad con que seguimos las insinuaciones que de El proceden. Madurez que nos lleva a *transmitir a los demás esa mentalidad que, en*

(4) Camino, n. 853.

(5) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 8, 57.

(6) Camino, n. 856.

*medio de las naturales flaquezas, nos hará fuertes en la fe (I Petr. V, 9), fecundos en las obras, y seguros en el camino*⁷.

*ESPÉRALO todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. —El obrará, si en El te abandonas*⁸. Para hacernos niños hemos de confiar-nos en la providencia del Señor: *necesitamos ser dirigidos y protegidos por Dios, que todo lo conoce y lo puede todo*⁹; necesitamos vivir vida de fe en la Providencia, descargando en su seno todas nuestras solicitudes, pues *El tiene cuidado de nosotros*¹⁰; necesitamos confiarnos a Dios, que se preocupa de lo nuestro, por insignificante que parezca, con desvelo y cariño de Padre: *hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados*¹¹.

Y como Dios ha querido hacer instrumentos de su providencia a los Directores, hemos de abandonarnos en sus manos, pues tienen gracia especial para indicar en cada momento lo que conviene, para atendernos, para llevarnos a la santidad. *Tú, Señor, estás cerca, y todos tus caminos son verdad y vida; hace tiempo comprendí que tus preceptos son fuente de vida eterna*¹².

(7) *Amigos de Dios*, n. 148.

(8) *Camino*, n. 731.

(9) Santo Tomás, *S. Th.* MI, q. 109, a. 9 c.

(10) *I Petr.* V, 7.

(11) *Matth* X, 30.

(12) *Ant. ad Intr.* (cfr. *Ps.* CXVIII, 151-152).

*Hay que confiar sin ninguna preocupación en los que recibieron de Dios el cuidado de nuestra salvación*¹³, escribe un Padre de la Iglesia. Tal abandono, que lleva consigo una gran paz, sólo se consigue cuando quedamos indefensos ante Dios, cuando buscamos romper los cercos que nos separan de su amor, cuando nos esmeramos en obedecer a los Directores en todo lo que forma parte del compromiso divino que libremente hemos adquirido. *Cuando te abandones de verdad en el Señor —dejó escrito nuestro Padre—, aprenderás a contentarte con lo que venga, y a no perder la serenidad, si las tareas —a pesar de haber puesto todo tu empeño y los medios oportunos— no salen a tu gusto... Porque habrán "salido" como le conviene a Dios que salgan*¹⁴.

Para llegar a ese abandono, hay que renunciar a defenderse, dejar de pensar en los propios derechos y en el propio criterio, olvidarse de sí mismo. Poner la propia alma en manos de Dios, y de los Directores que nos llevan a El, y de esta forma perder la vida hasta volver a nacer. *Hacernos niños: renunciar a la soberbia, a la autosuficiencia; reconocer que nosotros solos nada podemos, porque necesitamos de la gracia, del poder de nuestro Padre Dios para aprender a caminar y para perseverar en el camino. Ser pequeños exige*

(13) San Juan Clímaco, *Scala paradisi* 4.

(14) *Surco*, n. 860.

*abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños*¹⁵.

ABANDONO, docilidad, con la sencillez con que el niño escucha a sus maestros. Docilidad para ser flexibles en la conducta, para saber cambiar de opinión, de propósito, de dirección en nuestras obras, cuando nos lo aconsejan así; con la facilidad con que el niño cambia sus ideas o su voluntad, ante la indicación de su padre. De nada serviría el abandono, o de muy poco, si no llevase a la docilidad. Es preciso —así lo pedimos a Dios— que sepamos conciliar el sabernos responsables de una misión, con aquella prontitud en secundar las más pequeñas insinuaciones de los Directores.

*Esforzad vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca*¹⁶. Hemos de facilitar la llegada del Señor al alma. Jesucristo nos muestra el camino: para llegar a El, hemos de hacernos pequeños. *Niño, el abandono exige docilidad*". Desde la cuna, cuando nazca, el Señor nos dará ejemplo de docilidad: se dejará guiar y proteger por la Virgen y San José. Y cuando acudamos al portal para adorarle encont/aremos a un *Niño silencioso, serenamente abandonado al cuidado de su Madre*¹⁸.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 143.

(16) *Ad Vesp.*, L. br. (Iacob. V, 8).

(17) *Camino*, n. 871.

(18) San León Magno, *Sermo* 37, 2.

Consideremos atentamente este punto, porque nos puede ayudar a comprender cosas muy importantes, ya que el misterio de María nos hace ver que, para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños. En verdad os digo —*exclamó el Señor dirigiéndose a sus discípulos*—, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos (Matth. XVIII, 3)».

Que Santa María consiga de nosotros, para siempre, un abandono total en el Señor y en quienes, en su nombre, nos dirigen; un abandono lleno de sencillez, con el alma bien abierta, con mucha fe. *No olvides que el Señor tiene predilección por los niños y por los que se hacen como niños*²⁰. En la docilidad rendida y confiada —tanto en el trabajo apostólico como en la dirección de nuestra alma— podemos concretar nuestro deseo de hacernos más niños delante de Dios.

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 143.

(20) *Camino*, n. 872.

20.

VIERNES

—La voz de San Juan Bautista es una nueva llamada a la penitencia y a la conversión.

—La figura del Bautista: predica y practica la penitencia, con humildad.

—Necesidad de la humildad. Obstáculos. Aplicaciones concretas.

*HE AQUÍ que viene el Señor, lleno de gloria, a visitar a su pueblo, a traerle la paz y a establecer en él la vida eterna*¹. La liturgia del Adviento tiende a disponernos al doble advenimiento de Cristo: uno de misericordia en Navidad, y otro de justicia al fin de los tiempos. En los textos litúrgicos se dan cita dos figuras relacionadas con esos momentos: el profeta Isaías y San Juan Bautista.

Isaías anuncia que Dios viene a salvar a todos los que se esfuerzan por arrepentirse de sus malos caminos y volver a caminar por las sendas de la justicia: *guardad el derecho y haced justicia, porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse*². Y del Bautista se afirma en el Evangelio que *era una antorcha que ardía y alumbraba*³; pero muchos de los que se acercaron a la ribera del

(1) *Ant. ad Intr.*

(2) *L. I (Isai. LVI, 1).*

(3) *Ev. (Ioann. V, 35).*

Jordán para escucharle, no quisieron aceptar su mensaje, porque predicaba *un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados*⁴.

El Precursor, ante la inminente venida del Mesías, urge a la penitencia, a la renovación, al cambio radical que se precisa para poder recibir a Cristo. Su voz es actual; también para cada uno de nosotros. Dios nos anima a escucharle, diciéndonos por medio del Profeta Isaías: *fortaleced las manos débiles y corroborad las rodillas vacilantes. Decid a los de apocado corazón: valor, no temáis, he ahí a nuestro Dios (...). Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de los mudos cantará con júbilo*⁵. Y el apóstol Pedro explica por qué parece que el Señor retarda el cumplimiento de su promesa: *es que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia*⁶.

Tenemos, pues, una invitación a la penitencia, a una nueva conversión que prepare los caminos del Señor, que nos permita salirle al encuentro. *Hijo mío, ¿cómo vas?* —nos pregunta a cada uno nuestro Padre—, *¿qué tal te preparas para un examen más rígido, con una petición de gracias al Señor, para que tú*

(4) *Luc. III, 4.*

(5) *Isai. XXXV, 3-6.*

(6) *Ad Vesp., L. br. (II Petr. III, 9).*

*le conozcas a El, y te conozcas a ti mismo, y de esta manera puedas convertirte de nuevo?*⁷.

*Debes pensar en tu vida y pedir perdón. A la vista de la pobre vida tuya, pedir perdón y hacer el propósito firme, concreto y bien determinado de mejorar en esto o en aquello; en aquello que te cuesta, en aquello que habitualmente no haces como debes y lo sabes*⁸.

Si no sentimos en lo hondo del alma esa urgencia de cambiar, de convertirnos, es que necesitamos un mayor conocimiento de nosotros mismos, porque el camino de la transformación se fundamenta en la humildad.

AL PRINCIPIO del Adviento, nos exhortaba la Iglesia por boca de San Pablo: *ya es hora de despertarnos de nuestro letargo, pues estamos más cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fe. La noche está ya muy avanzada y va a llegar el día. Dejemos, pues, las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz*⁹. Ahora, la voz de Juan el Bautista nos invita a acercarnos más a Cristo durante el Adviento: *yo bautizo con agua* —nos dice—; *pero está para venir otro más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: El os bauti-*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 2-III-1952.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 15-VIII-1961.

(9) Rom. XIII, 11-12.

*zara con el Espíritu Santo*¹⁰. Su clamor es una llamada a la lucha esforzada para quitar los obstáculos que se opongan a recibir el Espíritu que Jesús quiere derramar en nuestra alma.

Me diréis que no es fácil —escribe nuestro Padre—, *y no os faltará razón. Los enemigos del hombre, que son los enemigos de su santidad, intentan impedir esa vida nueva, ese revestirse con el espíritu de Cristo. No encuentro otra enumeración mejor de los obstáculos a la fidelidad cristiana que la que nos trae San Juan: concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum et superbia vitae (/ Ioann. II, 16); todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida*¹¹.

Cuando el Bautista comienza a preparar los caminos del Señor, no se limita a predicar la penitencia; comienza él mismo a practicarla, con rigor y sencillez. Su actitud nos advierte de una realidad incontrovertible: *en la vida espiritual, ayer, hoy y mañana existen y existirán siempre los mismos medios. No hay posibilidad de adelanto. La misma receta: ¡santidad personal! No hay otra cosa: lucha ascética, poniendo en actividad la fe, que algunos creen que es teoría, para escribir, y no vida de nuestra vida, para practicarla; poniendo en actividad la fe en Cristo, la esperanza: la esperanza de eficacia* —a pesar de nues-

(10) Luc. III, 16.

(11) Es Cristo que pasa, n. 4.

*tras personales miserias—y la esperanza del amor que nos aguarda en el Cielo*¹².

El Bautista no busca su propia gloria; sabe que todo procede de Dios, que es de El incluso el aliento que le anima, y pone especial empeño en desaparecer. A partir del testimonio que da de Jesús —*he ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita los pecados del mundo*ⁿ—, apenas Cristo comienza a ser conocido, Juan se oculta voluntariamente; pone a sus discípulos en seguimiento de Jesús, y termina su vida en el silencio y abandono de una cárcel: sin una queja, feliz de haberse gastado por entero en el servicio de Dios.

*Juan perseveró en la santidad, porque se mantuvo humilde en su corazón*¹⁴. El mismo había dicho: *conviene que El crezca y que yo mengüe*¹⁵, y resulta difícil resumir en menos palabras la esencia de la vida interior.

LA PROGRESIVA incorporación a Cristo tiene lugar en la misma medida en que crecemos en humildad. La humildad es virtud difícil, que exige de nosotros una lucha continua, porque el amor propio nos acompaña siempre: no nos conocemos bien,

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 73.

(13) *Ioann.* I. 29.

(14) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 20, 5.

(15) *Ioann.* III, 30.

o no nos queremos aceptar como somos. Es preciso, sin embargo, que sepamos vencer el amor propio, que disminuya nuestro yo para que Cristo crezca en nosotros.

A veces, se opone a ese crecimiento de Jesucristo en nuestra vida, un deseo exagerado de salvaguardar los modos de ser singulares, enmascarados bajo la personalidad que queremos cultivar. Seamos sinceros. Miremos de nuevo al Bautista, un hombre de firme personalidad, como recordaba Jesús a sus contemporáneos: *¿qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido muellemente?*¹⁶. Los que conocían a Juan sabían bien que nada de eso armonizaba con él. Al contrario, de su persona trascendía una manera de ser muy acusada, una firmeza y una resolución que se compaginaba mal con la falta de carácter, con la ligereza. Por eso mismo tiene más valor su voluntario oscurecimiento, holocausto exigido por la misión de Jesucristo, el único Mesías. Algo parecido nos pide también a nosotros el Señor.

¿Lo veis? Es cuestión de desaparecer. Para esto se necesita humildad y coger bien el espíritu de la Obra. ¿Eres humilde de verdad? ¿Eres capaz de mortificar tu amor propio, por caridad? ¿Eres capaz de pasar por esas humillaciones que te pide Dios, en cosas que no

(16) *Malth.* XI, 7-8.

*tienen importancia, que no oscurecen la verdad?*¹⁷.

Y en otro lugar, advierte nuestro Fundador: *no olvidéis que es señal de predilección divina pasar ocultos. A mí me enamora el texto del Evangelio en que San Juan, al describir un grupo de los discípulos, nos dice: hallábanse juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Cana de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos discípulos (Ioann. XXI, 2). Tengo una gran simpatía a esos dos, de los que ni siquiera se sabe el nombre, porque pasan inadvertidos. Me da una gran alegría pensar que se puede vivir toda una vida de este modo: ser apóstol, ocultarse y desaparecer. Aunque a veces cueste, es muy hermoso desaparecer: Illum oportet crescere, me autem minui (Ioann. ///, 30)*¹⁸.

Roguemos a Dios, por la intercesión de Santa María, que nos conceda esa humildad, ese deseo de desaparecer, y procuremos que en el trato con los demás resplandezca el espíritu de la Obra y sepamos sacrificarnos, prescindir, cuando sea necesario, de proyectos personales, para que sólo Jesucristo reine en las almas.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

(18) De nuestro Padre, Carta, 24-IIM930, n. 21.

21.

DOMINGO IV DE ADVIENTO

—Ejemplo de María: movida por la caridad, va a servir a Isabel.

—Servicio a los demás: vivir la caridad con obras, superando posibles obstáculos.

—El servicio, que es caridad, debe estar ordenado: primero nuestros hermanos.

*PORAQUELLOS días partió María y se fue apresuradamente a las montañas, a una ciudad de Judá*¹. Sorprende la prisa de nuestra Madre por prestar ayuda a su prima Isabel. Acaba de escuchar la embajada del Altísimo: ha sido elegida Madre de Dios y el Verbo eterno se ha encarnado en su seno virginal; pero el Arcángel le había dicho algo más: la misericordia del Señor ha reposado también sobre Isabel, que espera el nacimiento de un hijo. Y María, sin vacilar, se ha puesto en camino.

El Ángel —dice San Ambrosio—, al haber anunciado un misterio, para ilustrar la fe con un ejemplo que mostrase cómo Dios puede hacer lo que le place, anuncia a la Virgen María la concepción de una mujer anciana y estéril. Al oírlo, María, no por incredulidad ante la predicción, ni por cerciorarse de lo anunciado, ni por dudar del ejemplo, sino por lo alegre de

¹) Ev. (C) (c. HC. I, 38).

*la noticia, deseosa de servir, con prontitud, se apresuró a ir a la montaña*².

Con prisa, la Virgen va a prestar un servicio que ni siquiera le ha sido pedido. No hay precipitación alguna; sólo un gesto pronto, una resolución decidida de cumplir lo que Dios inspira en su alma. Nuestra Madre se olvida de sí misma, movida tan sólo por el deseo de llegar cuanto antes para servir a Isabel. *Eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, Nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino. Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos*³.

La caridad, cuando es auténtica, obra de esta manera; busca de continuo nuevos motivos de entrega, se esmera en ayudar eficazmente a los demás, sin acordarse de los propios intereses. Amar —ha escrito nuestro Padre— es *tener el corazón grande, sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender: sacrificarse, con Jesucristo, por las almas todas. Si amamos con el corazón de Cristo aprenderemos a servir*⁴.

(2) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 1.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 158.

EL AMOR que impulsa a María a correr en ayuda de Isabel es un amor eficaz, operativo. *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme?*⁵. Nuestra Madre, por aquella presteza con que se pone en camino, vive heroicamente la virtud de la caridad; y luego, con aquel viaje largo y difícil, con aquellas montañas que hubo de atravesar hasta llegar a Isabel. *No la retardó en su empeño la aspereza de los montes, ni lo largo del camino, o del servicio...*⁶.

No viviríamos la caridad como conviene si nos contentásemos con un sentimiento interior de benevolencia hacia los demás. Es preciso amar con obras, ponerse en camino para ayudar eficazmente a los otros, aunque encontremos obstáculos. A veces, quizá de incomprensión; pero más frecuentemente serán las dificultades que nosotros mismos levantamos: resistencias de nuestro carácter, de la comodidad, del egoísmo... Montañas que hay que superar, que debemos atravesar con fortaleza, porque la caridad que hemos de vivir ha de llegar *hasta el extremo de negarnos a nosotros mismos, para servir a los demás por amor de Dios*⁷.

Pudiera ocurrir alguna vez que, los mismos a quienes queremos ayudar, rechacen nuestro servicio. El Señor sufrió esa repulsa de su pueblo elegido, pero siguió dispensándoles su cariño. También nosotros

(5) *Ev. (C)* (Luc. 1, 43).

(6) ^{ad} Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 1.

(7) Ue nuestro Padre, *Noticias* 1-58, p. 14.

hemos de comportarnos de este modo, si alguna vez encontrásemos esa actitud en las personas que tratamos. A imitación de Jesucristo, no hemos de trabajar para que nos lo agradezcan, no hemos de buscar pago humano a nuestro servicio, no damos para que nos den. *Nos damos cuenta ahora, una vez más, de que éste es el cristianismo. Si el cristiano no ama con obras, ha fracasado como cristiano, que es fracasar también como persona. No puedes pensar en los demás —escribe nuestro Padre— como si fuesen números o escalones, para que tú puedas subir; o masa, para ser exaltada o humillada, adulada o despreciada, según los casos. Piensa en los demás —antes que nada, en los que están a tu lado— como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso*⁸.

Si purificamos así nuestra intención, desaparecerán muchos obstáculos que dificultaban la práctica de la caridad; porque los había levantado el amor propio. Amaremos generosamente a los demás; desinteresadamente, como el Señor, como la Virgen María. Y recordaremos también que el tener superior dignidad, o mayor edad, o más años de entrega, lejos de excusar, obliga a ser los primeros en el servicio. *Porque hay que fijarse —comenta San Ambrosio— en que el superior viene al inferior, para que el inferior sea ayudado: María viene a Isabel, a Juan va el mismo Cristo*⁹.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 36.

(9) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 1.

*MARÍA permaneció con ella como unos tres meses, y se volvió a su casa*¹⁰. Es también esta delicada visita de Nuestra Madre a una mujer de su familia, una manifestación del orden de la caridad. Amor a todos, porque todos son o pueden ser hijos de Dios, hermanos nuestros. Pero amor, en primer término, a los que están más cerca, a aquéllos con quienes nos unen especiales lazos.

*Para que nuestro celo sea caridad de Cristo —nos ha enseñado nuestro Padre—, necesita ser ordenado. Primero vuestros hermanos, los hijos míos, los que forman parte de nuestra familia sobrenatural. Ese es el deber fundamental de cada uno de mis hijos, y muy particularmente el deber de los Directores y de los sacerdotes. Y la primera manifestación de nuestro celo es hacer amable, a los demás, el camino de la santidad*¹¹.

El orden de la caridad ha de manifestarse también con obras, no sólo con el afecto. No se contentó la Virgen Santísima con llegar y saludar a su prima, ni siquiera con permanecer unos pocos días en aquella casa. Se quedó allí mientras pudo ser útil; y durante aquella larga convivencia, ¡cómo se prodigaría en servicio de Isabel! ¡Cuántas ocasiones para demostrarle su cariño! *Hemos de portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios*, insiste nuestro Fundador: *el nuestro ha de ser un amor sacrificado, diario, hecho de mil detalles de comprensión, de sacrificio silencioso,*

(10) *Luc.* I, 56.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 27.

*de entrega que no se nota. Este es el J^o odor Christi, el que hacía decir a los que vivían entre nuestros primeros hermanos en la fe: ¡mirad cómo se aman!*¹².

Pensemos ahora en nuestra vida en familia, en las mil oportunidades que nos brinda de ejercitar, de un modo natural, la caridad, el espíritu de servicio. *Serás santo si tienes caridad, si sabes hacer las cosas que agraden a los demás, aunque te cuesten*¹³. Esto exige que cada uno se preocupe de los demás, para hacerles la vida —el camino de Dios en la tierra— más amable¹⁴. Lograrlo puede parecer difícil, como la misma santidad, de la que la caridad es la esencia. Pero el amor todo lo hace fácil, amable, gustoso. *No tengáis miedo a quereros como hermanos. Quereos de verdad. Si habéis vivido este amor, esta caridad de Cristo que nos urge, que nos empuja, viviréis con fidelidad la perseverancia en la tierra... Si os queréis, si hay ese cariño, esa caridad de Cristo, fina, delicada, os apoyaréis unos en otros, y el que vaya a caer se sentirá sostenido con fortaleza para ser fiel*¹⁵.

Con un propósito concreto de esmerarnos en la práctica de la caridad en el trato con nuestros hermanos, queremos vivir estos días, tan cercanos a la Navidad, con el mismo espíritu de servicio con que los vivió Nuestra Madre Santa María.

(12) £5 Cristo que pasa. n. 36.

(13) De nuestro Padre, Noticias VIII-55, p. 12.

(14) De nuestro Padre, n. 123.

(15) De nuestro Padre, Noticias I-58, p. 29.

22.

17 DE DICIEMBRE

—Las antífonas mayores. Identificamos con la oración de la Iglesia.

—La antífona *Sapientia*. Sabiduría y prudencia sobrenatural en el apostolado.

—El apostolado: aplicación de la doctrina y el amor.

EL DESEO de la venida de Cristo, que caracteriza el Adviento, se expresa en la liturgia con tanto más ardor, cuanto más nos acercamos a la fiesta de Navidad. *El Señor viene de lejos*¹, decíamos al comenzar este tiempo de Adviento; *el Señor vendrá y no tardará*², cantábamos el domingo siguiente. *El Señor está ya cerca*³, es la buena nueva que se nos anuncia ahora. Hoy comienzan a recitarse las siete grandes antífonas, de preparación inmediata para la Navidad, como un clamor que la humanidad dirige al Mesías que está para llegar, y al que invoca con los más nobles y gloriosos títulos.

Esas antífonas del Adviento expresan toda la ansiedad, la esperanzada impaciencia del hombre que ha de ser redimido, por que llegue la hora de contemplar al Redentor. Nos recuerdan que hay a nuestro alrededor millones de criaturas, hombres y muje-

(1) Dom. I Adv., Ad I Vesp., Ant. ad Magnif.

(2) Dom. II Adv., Ad I Vesp., Ant. 2.

(3) Ad Invit., Ant.

res que están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen. Quizá algunos han olvidado la doctrina de Cristo; otros —sin culpa de su parte— no la aprendieron nunca, y piensan en la religión como en algo extraño. Pero, convenceos de una realidad siempre actual: llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor⁴.

En estos días, tan próximos ya al nacimiento de Cristo, la Iglesia ruega en nombre de todas las criaturas, a impulsos del Espíritu Santo, *con gemidos inenarrables*⁵, dando voz a esa ansia de redención que late en todos los corazones. Nosotros hemos de identificar nuestra oración personal con la de la Iglesia, y unirnos a su clamor y a su espera. Así dispondremos el alma, para que la llegada del Mesías nos encuentre despiertos, vigilantes, en adoración profunda y con el corazón lleno de ardiente celo apostólico.

¡OH SABIDURÍA del Altísimo, que dispones todas las cosas con fuerza y suavidad!: ¡ven a enseñarnos el

(4) *Amigos de Dios*, n. 260.

(5) *Rom. VIII*, 26.

*camino de la prudencia*⁶, reza la antífona correspondiente al día de hoy.

El diálogo divino, paternal y santo, que Dios mantenía con el hombre desde la creación, fue interrumpido por el pecado original. Pero ha sido maravillosamente restaurado por la Encarnación del Verbo. *La Sabiduría ha salido de Dios*⁷, y otra vez los hombres están invitados a una conversación familiar con su Creador.

Intervino Dios desde el principio de los siglos hablando al corazón del hombre, llamándole de mil modos, haciéndole sentir la necesidad de lo divino. Intervino de modo especial con los profetas y finalmente con Jesucristo. Por boca de Jesús nos llama amigos, iam non dicam vos servos..., vos autem dixi amicos (Ioann. XV, 15); *ya no os llamo siervos..., sino amigos*.

Más aún, nos llama sus hijos: unus est enim Pater vester, qui in caelis est (Matth. XXIII, 9); *uno solo es vuestro verdadero Padre, que está en los cielos. Y como prenda de ese amor de Dios, Jesús nos manifiesta sus designios, lo que hay en el corazón del Padre. Deum nemo vidit unquam: unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (Ioann. I, 18); *a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, existente en el seno del Padre, es quien lo ha hecho conocer a los hombres*⁸.

(6) *Aliel*.

(7) *Eccli.* XV, 10.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 18.

Desde entonces, ha sido continua e ininterrumpida la conversación de Dios con la humanidad. Ese diálogo de la salvación, que estos días consideramos con asombro y agradecimiento, ha de ser el modelo de toda acción apostólica. De este modo, además de estar llena de caridad, nuestra preocupación por las almas irá eficazmente dirigida por la sabiduría y por la prudencia.

El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: "El nos amó el primero" (I Ioann. IV, 19). Nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin necesidad de esperar a ser llamados.

El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: "tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito" (Ioann. III, 16); también un amor ferviente y desinteresado deberá mover el nuestro.

El diálogo de la salvación no quedó condicionado por los méritos de aquéllos a los que se dirigía, ni tampoco por los resultados favorables o contrarios: "no tienen necesidad de médico los que están sanos" (Luc. V, 31); también el nuestro debe ser sin límites y no tener nunca el carácter de una contrapartida.

El diálogo de la salvación se ofrece a todos, se abrió para todos los hombres sin discriminación alguna; el nuestro, de igual modo, debe ser universal, es decir, católico y capaz de llegar a todos.

El diálogo de la salvación se desarrolló por eta-

pas sucesivas, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno desarrollo; también el nuestro habrá de tener presente la lentitud de la maduración de las personas y las cosas, y esperar la hora en que Dios lo haga eficaz. Pero no por eso nuestro diálogo dejará para mañana lo que se pueda hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo. Hoy, es decir, todos los días, debe volver a empezar⁹.

SIGUIENDO el modelo del diálogo divino que Jesucristo ha restablecido entre Dios y los hombres, nuestro apostolado ha de ser ejercicio de la inteligencia y de la voluntad, unión de la verdad y de la caridad.

Hijas e hijos míos, los cristianos, los que hemos recibido de Dios el don de la fe, tenemos la misión de hablar en nombre de Dios a los demás hombres: han de dar testimonio de Cristo en todo lugar y, a quien la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (Conc. Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 10).

Con el testimonio y con la palabra, con el ejemplo y con la doctrina, hemos de hacer que se conozca y que se ame a Cristo; y, por Cristo y en el Espíritu Santo, a Dios Padre: éste es a quien predicamos nosotros,

(9) Pablo VI, Litt. ene. *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964.

amonestando a todos los hombres —*con nuestro testimonio*—, e instruyéndolos a todos en toda sabiduría —*con la doctrina*—, para haceros perfectos en Jesucristo, a cuyo fin dirijo yo todos mis esfuerzos, luchando según el impulso que obra en mí el Señor con su poderosa virtud (Colos. 1, 28 y 29).

Actuando de este modo, el diálogo humano se convierte en divino. Así podemos hacer nuestras las palabras del salmista, porque nuestras conversaciones se convierten en una alabanza a Dios: te cantaré delante de los ángeles, te adoraré en tu templo y confesaré tu nombre (Ps. CXXXVII, 1 y 2) y mi boca anunciará tu verdad (Ps. LXXXVIII, 2).

Las propiedades de esa predicación del cristiano, se reducen a dos fundamentales: fidelidad a la verdad, amistad con los hombres. No puede haber un diálogo fecundo sin que se dé o se cree entre los que dialogan un clima de auténtica amistad, de honradez y de certidumbre.

Hace falta ser honesto, para aceptar las consecuencias del buen diálogo. Muchas veces he considerado la diversa reacción de los primeros cristianos, en ese diálogo con los perseguidores. Unos, confesaban a Cristo; eran consecuentes y el martirio era la pena —y la gloria— de su honradez. Otros, los lapsi, cedían; y esta caída era la pena de su falta de amor a la verdad, de su falta de amor a Cristo.

En el diálogo hay que aprender ante todo a valorar la verdad. Poder conocerla es uno de los mayores

*dones que Dios ha dado a los hombres: la verdad es luz de la inteligencia, guía y fuerza de la voluntad, garantía de la paz, estímulo para el progreso. En nuestros días es quizá especialmente necesario recordarlo, puesto que es en el trato mutuo de los hombres donde más se manifiestan esas deficiencias de que os hablaba al principio, que pueden desnaturalizar la maravillosa realidad del diálogo humano*¹⁰.

Mientras esperamos con María Santísima el nacimiento de Jesús, prueba máxima del amoroso diálogo que Dios mantiene con los hombres, esta antigua oración litúrgica puede ser cauce de nuestra confiada petición: *¡Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando uno y otro confín, y que todo lo dispones con fuerza y suavidad! ¡Ven a enseñarnos el camino de la prudencia!*"

(10) De nuestro Padre, *Carla*, 24-X-1965, nn. 19 y 20.

(11) *Ad Vesp. Ant. ad Magnif.*

23.

18 DE DICIEMBRE

—La esperanza y la necesidad de la Redención.

—La Redención está haciéndose.

—Confianza en la Redención que Jesucristo nos ha alcanzado.

¡OH JEFE de la casa de Israel, que diste a Moisés la ley sobre el monte Sinaí!: ¡ven a rescatarnos con el poder de tu brazo!¹

Jesucristo nace para redimirnos; llega para librarnos del poder de nuestros enemigos, para romper los lazos que nos atan al pecado y rescatarnos de la servidumbre a que el demonio nos tenía sometidos. *La historia es tan antigua como la Humanidad. Recordemos la caída de nuestros primeros padres; luego, toda esa cadena de depravaciones que jalonan el andar de los hombres, y finalmente, nuestras personales rebeldías².*

La ofensa de Adán revistió *una cierta infinitud, por ser infinita la majestad de Dios³*. El hombre, por el pecado, abrió un abismo sin fondo que le separaba de su Dios; y a este alejamiento ha seguido un cúmulo de miserias: en la voluntad, la inclinación al mal; en el entendimiento, la debilidad para conocer el

(1) *Allel.*

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(3) Santo Tomás, S. Th. III, q. 1, a. 2 ad 2.

recto camino; en las pasiones, el desorden.

Nada podía hacer la humanidad para salir del estado en que se hallaba, para satisfacer por el pecado o merecer el perdón. Así lo expresaban las palabras del salmo: *no quisiste el sacrificio y la ofrenda⁴*. Se hallaban las criaturas ante Dios como el siervo de la parábola, que no tenía con qué saldar su deuda⁵. Y las almas de los justos no cesaban de clamar: *ven, Señor, no tardes, y libra a tu pueblo del pecado⁶*. Porque sólo Dios mismo puede reparar el daño causado por nuestras culpas.

No es fácil considerar la perversión que el pecado supone, y comprender todo lo que nos dice la fe. Debemos hacernos cargo, aun en lo humano, de que la magnitud de la ofensa se mide por la condición del ofendido, por su valor personal, por su dignidad social, por sus cualidades. Y el hombre ofende a Dios: la criatura reniega de su Creador⁷.

La historia de la Humanidad se repite en nuestra vida personal. *Y contra el proceso maravilloso de la Redención, nos dice nuestro Padre, está el hombre pronus ad peccatum después de la primera caída, inclinado hacia las cosas malas; y están todas las pasiones humanas, y toda la actividad del demonio⁸*. Por

(4) Ps. XXXIX, 7.

(5) Cfr. Matth. XVIII, 23-35.

(6) *Ad Nonam, R.*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 30IV-1946, n. 72.

eso es necesario que supliquemos, llenos de contrición y de esperanza: *¡Señor, ven a rescatarnos con el poder de tu brazo!*

*TODAS las criaturas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad, no de grado, sino por causa de aquél que les puso tal sujeción, con la esperanza de que serán ellas también liberadas de esa servidumbre a la corrupción para participar en la libertad y gloria de los hijos de Dios*⁹.

La presencia del mal en todas sus formas es un clamor ansioso, una súplica implícita de redención. El pueblo elegido concentró durante siglos su esperanza en la llegada del Mesías redentor. Cristo vino, pero el mal sigue presente: porque el Señor vino a liberarnos de ese mal, pero queriendo que los hombres colaboren libremente en sacudirlo de sus vidas. Por eso, una esperanza humana, puramente humana, carece de fundamento. Cada día que pasa exige de nosotros una esperanza más teológica, más divina, y, solidariamente, una purificación de nuestra fe, de nuestro anhelo, de nuestro amor; una consolidación de su fundamento sobrenatural.

Os he contado —nos decía nuestro Padre en cierta ocasión— *que alguna vez, contemplando un mapa-*

(9) Rom. VIII, 19-21.

mundi, un hombre que no tenía mal corazón, pero que no tenía fe, me dijo: —Mire, de Norte a Sur, y de Este a Oeste, mire. —¿Qué quiere que mire? —El fracaso de Cristo, me dijo. Lleva tantos siglos procurando meter en el corazón de los hombres esa doctrina suya, y vea los resultados, no hay cristianos.

De primera intención, me quedé lleno de pena. Y después, con amor y agradecimiento: porque Nuestro Señor —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— ha dejado a los hombres en libertad completa. Y por otra parte, el mismo Hijo se encarnó: semetipsum exinani-vit formam servi accipiens (Philip. II, 7), tomó nuestro cuerpo miserable: sin pecado, pero carne como la nuestra. Consideremos al Señor en la Cruz, y en la victoria sobre la muerte, resucitando; y en aquella siembra maravillosa que dejó en el corazón de un grupo de hombres y de mujeres santas, que también colaboraban con los primeros.

*Pero volvamos a la afirmación de aquel amigo mío desgraciado: el fracaso de Cristo. Me lo habéis oído decir muchas veces: que no es fracaso, porque la doctrina de Cristo está ahora fecundando el mundo. Pero el Señor ha querido dejar libres a los hombres. Somos los hombres que no queremos. La Redención se está haciendo, aún en este momento. Y vosotros y yo somos corredores*¹⁰.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 31X11-1959.

*VERDAD es cierta y digna de todo acatamiento: que Jesucristo vino a este mundo para salvar a todos los pecadores*¹¹. Desde que el Señor asumió la naturaleza humana, se fue cumpliendo con perfección admirable el plan que Dios Padre había trazado para la liberación del hombre. Como Dios, Cristo podía salvarnos rompiendo las ligaduras con que nos tenía sujetos el demonio, y cualquier acción suya en favor nuestro tenía valor infinito; como hombre, podía expiar en sí mismo nuestras culpas; y por eso tomando la naturaleza humana echó sobre sí nuestros pecados¹². No hay ya razón para que nos desesperen: el mismo Dios se ha acercado a nosotros y lo que no era posible a nuestras fuerzas, lo ha sido para Jesucristo.

*Escuchad lo que nos dice Jesús, en boca de Juan: Ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati (Ioann. XVIII, 37); yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, para librar a la humanidad de la esclavitud del pecado*¹³.

Si las dificultades pueden producir cansancio, y dar ocasión a la desesperanza, recordemos que Dios no sólo se ha mostrado benigno con el hombre, sino también paciente. El siempre ha sido así, y lo sigue siendo, y lo será; es decir: clemente, bueno, tardo a la

(11) 1 Tim. I, 15.

(12) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 37.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 74.

*ira, veraz; más aún, El es el solo bueno*¹⁴. Por eso Dios se conmueve siempre a la vista de nuestras miserias. Deus humilia respicit in coelo et in terra (Ps. CXII, 6); *el Señor mira con especial afecto lo que es humilde en la creación. Esto me ha consolado, decía nuestro Padre. El Señor me mira con afecto cuando hago lo que puedo. El quiere vuestros defectos si os levantáis cada vez, si lucháis, si ve vuestra buena voluntad, vuestros esfuerzos. ¡Si la santidad no es otra cosa que luchar, hijos míos!*¹⁵.

Y para tener la seguridad de que nuestra voz, ahogada por el clamor de tantas culpas, va a llegar a Jesucristo, invoquemos a María, que es depositaria de la Misericordia de Dios. Por su intercesión, *te pedimos, Dios todopoderoso, que nos concedas la liberación que esperamos, a través de la renovada gracia del nacimiento de tu Hijo*¹⁶.

(14) *Ad. Off. lect., L. II (Epistola ad Diognetum)*, VIII, 7-8).

(15) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, pp. 956-957.

(16) *Orat.*

24.

19 DE DICIEMBRE

—Dios se hace presente al hombre en la Santa Humanidad de Jesucristo.

—Conocer y amar a Cristo, esencia de la vida cristiana.

—El trato con Cristo: trato de amistad, sencillo y confiado.

¡OH RAÍZ de Jesé, que estás como estandarte de todos los pueblos!: ¡ven a salvarnos, no tardes ya!¹

Jesucristo, descendiente de Jesé y de David, hijo de la Virgen María, está a punto de llegar. Vendrá como estandarte que encabeza las filas, como bandera que dirige a todos por el camino de la salvación: siguiéndole, alcanzaremos la redención que anhelamos, y la gloria.

En la Santa Humanidad de Jesucristo —maravilloso renuevo de la raíz de Jesé—, Dios mismo se nos ha hecho presente; en Jesús, podemos contemplar la divinidad, pues *a Dios nadie lo ha visto nunca. Pero el Hijo Unigénito, el que está en el seno del Padre, El lo ha revelado*².

Hijos míos —repetía nuestro Padre—, *una vez más os aconsejo lo que vengo predicando desde el co-*

(1) *Allel.*

(2) *Ioann.* I, 18.

mienzo: amad la Humanidad de Jesucristo. Pasmaos ante la magnanimidad de Dios, que se hace hombre para que le tratemos. Pensad cómo nos ha amado: a la humanidad entera y a cada uno. Meditad la elección que hace de sus Apóstoles, de cada uno en particular, y veréis que nuestra llamada manifiesta una predilección de Dios, a pesar de nuestros errores personales.

Deteneos también en contemplar su ira santa, cuando ve que maltratan las cosas de su Padre. ¡Qué lección, para que nunca nos quedemos indiferentes, ni seamos cobardes, cuando no tratan respetuosamente lo que es de Dios!

Y no dejéis de considerar frecuentemente el espíritu de oración que anima la vida de Jesucristo entre los hombres, para enseñarnos que todas las obras —grandes y pequeñas— tienen que estar precedidas, acompañadas y seguidas de la oración.

¡Amad la Santísima Humanidad de Jesucristo! No hay en esto nada de sensualidad, de equivocación. Al contrario, es amar el paso de Dios por la tierra. Os repito que se lo hacía ya considerar a los primeros que vinieron junto a mí. Quería hacerles descubrir que tenemos la obligación de amar a Jesús, que se anonadó, haciéndose como nosotros, para que pudiéramos amarle con más facilidad.

Y de la Humanidad de Cristo pasaremos al Padre, con su Omnipotencia y su providencia, y al fruto de la Cruz, que es el Espíritu Santo. Y sentiremos

*la necesidad de perdernos en este Amor, para encontrar la verdadera Vida*³.

LA VIDA cristiana consiste, sobre todo, en conocer y amar a Jesucristo. En El hallamos la gracia para apartarnos del pecado, y la luz para acercarnos cada vez más a Dios. El Señor, en efecto, se revistió "*de la semejanza de la carne del pecado*" (Rom. VIII, 3), para destruir el pecado y expulsarlo como tal de la carne, y, de este modo, estimular también al hombre, confiándole la tarea de imitar a Dios (...) y el don de conocer íntimamente al Padre⁴.

Tenemos, pues, que tratar constantemente la Santísima Humanidad del Señor. *Yo quisiera —nos ha dicho nuestro Padre— que, cerrando los ojos de la carne, contemplarais la vida de Cristo como en una película; que fuerais actores de su vida, estando con los Apóstoles y con las santas mujeres, más cerca de Jesús que San Juan. Si no, no va*⁵.

Hay que mantener vivo el deseo de conocer cada día mejor a Jesucristo: contemplarle debe convertirse en la gran pasión de nuestra vida. Ninguna cosa de esta tierra puede compararse —ni de lejos— con los tesoros de gracia y de vida, escondidos en su Hu-

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-1968, en Crónica, 1968, pp. 988-989.

(4) *Ad Off. lect., L. II* (San Ireneo, *Adversus haereses* III, 20, 2).

(5) De nuestro Padre, Crónica VIII-60, p. 15.

manidad, donde *habita la plenitud de la divinidad corporalmente*⁶. Por eso nos invita nuestro Padre: *considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos...*

*Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo!—, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía*⁷.

Contemplemos al Señor en todo lo que de El nos dice el Evangelio, contemplémosle realmente presente en el Sagrario. Nuestro corazón se encenderá de cariño y de agradecimiento, considerando su misericordia, porque *Jesús habla siempre con amor. Se com-padece del dolor de la viuda de Naím, de la miseria de los leprosos; se apiada sobre todo del pecador. Jesús sabe de delicadezas, de decir la palabra que anima, de corresponder a la amistad con la amistad: ¡qué conversaciones las de la casa de Betania, con Lázaro, con Marta, con María!*⁸.

(6) Colos. II, 9.

(7) *Camino*, n. 432.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 10.

ME DA mucha alegría que Cristo haya querido ser hombre, con carne como la nuestra. Yo querría que tratarais mucho a Nuestro Señor⁹.

El camino para conocer y amar a Jesucristo es tratarle. *Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia.*

¡Vive!: "Iesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula!" —dice San Pablo— ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!¹⁰.

Tratar a Jesucristo con sencillez y fe verdadera, con perseverancia, es el camino que lleva a identificarnos con El, a recibir su influencia en nuestra vida, a amarle con un corazón completamente entregado y fidelísimo. *Si no le dejas, El no te dejará¹¹.*

Ahora, en la inminencia de la Navidad, renovamos el propósito de buscar a Jesucristo, de recuperar la intimidad que acaso ha disminuido, y ponernos tan cerca de El como estaban los Apóstoles. Queremos prepararnos para recibirle, mejorando nuestra oración, huyendo del monólogo.

Tú —nos aconseja nuestro Padre—, haciendo oración con las palabras del Evangelio, contemplarás las reacciones de Cristo ante el pueblo inculto, ante una persona sola, ante la muchedumbre, ante los necesitados, ante los ricos... Procura no estar nunca pasivo.

(9) De nuestro Padre, Crónica VIII-60, p. 16.

(10) *Camino*, n. 584.

(11) *Camino*, n. 730.

Métete dentro de las escenas del Evangelio como un personaje real: con tus pasiones, con mi poquedad y con la tuya, y también con todas las cosas nobles que tenemos; ¡que las tenemos, pues si no, no estaríamos aquí! Sigue a Cristo, pisando donde El ha pisado, y tendrás su vida, su fuerza, su afán de redimir¹².

Confiamos en la ayuda maternal de Santa María: *muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre¹³.* Enséñanos a tratarle, a buscar su intimidad, a amarle con todo el corazón; ayúdanos a hacer de nuestra oración un diálogo de amistad, una conversación llena de fe y de amor.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 3-1-1969, en Crónica, 1969, p. 154.

(13) *Salve Regina*.

25.

20 DE DICIEMBRE

—El Adviento nos recuerda los siglos de espera de los hombres, anhelando la Redención.

—Llamada de la Iglesia a la esperanza: el Señor viene a nuestro encuentro.

—Colaborar para que en todas partes se abran las puertas a Cristo.

¡OH LLAVE de David, que abres las puertas del reino eterno!: ¡ven y saca de su prisión a los cautivos, que están sentados en las tinieblas!¹.

Desde los tiempos más antiguos, la mirada de los hombres se elevaba hacia el Cielo, la patria perdida. Su corazón estaba hecho para la luz, para la alegría y la felicidad; y sin embargo permanecían tristes y en tinieblas, oprimidos bajo el poder del pecado que provocó su desgracia. *Porque no fue Dios quien hizo la muerte, ni se complace en la perdición de los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; todas las cosas que nacen en el mundo, las hizo buenas: nada había en ellas de ponzoñoso ni nocivo (...). Mas los impíos con sus hechos y palabras llamaron a la muerte; y, considerándola como amiga, vinieron a corromperse².*

(1) *Allel.*

(2) *Sap.* I, 13-16.

Siempre que el hombre, vencido por sus apetitos, voluntaria y libremente rompe su unión con Dios, renueva en sí mismo ese triste proceso de degradación. *Cada uno, escribe Santiago Apóstol, es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Después, la concupiscencia, concibiendo malos deseos, da lugar al pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte³.* Pero el pecador tiene aún la posibilidad de sentir el peso de la culpa e implorar la libertad y salvación que no encontró en las criaturas. Puede rebelarse, con ayuda de la gracia que Jesús nos ha merecido, contra la servidumbre del pecado.

No acepto otra esclavitud que la del Amor de Dios, clamaba nuestro Padre. Y esto porque, como ya os he comentado en otros momentos, la religión es la mayor rebeldía del hombre que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma —no se aquieta— si no trata y conoce al Creador. Os quiero rebeldes, libres de toda atadura, porque os quiero —¡nos quiere Cristo!— hijos de Dios. Esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse⁴.

¡Oh llave de David!... Nosotros que, por la gracia de Dios, conocemos el esplendor y la seguridad y el calor del sol de la fe⁵, tenemos la fortuna de saber a

(3) *Iacob.* I, 14-15.

(4) *Amigos de Dios*, n. 38.

(5) *Camino*, n. 575.

dónde dirigir nuestra voz, para pedir la liberación y el perdón de nuestras propias culpas y las de todos los hombres: *acuérdate de nosotros, Señor, según tu benevolencia, y ven a visitarnos con tu salvación*⁶.

*El Amor de Dios marca el camino de la verdad, de la justicia, del bien. Cuando nos decidimos a contestar al Señor: mi libertad para ti, nos encontramos liberados de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas. Y la libertad —tesoro incalculable, perla maravillosa que sería triste arrojar a las bestias (cfr. Matth. VII, 6)— se emplea entera en aprender a hacer el bien (cfr. Isai. I, i 7)*⁷.

ASI como en medio de aquel lamento de dolor del pueblo elegido, se alzó la voz de los profetas que anunciaban al Mesías, también la Iglesia entona en todo el mundo un canto de esperanza: *Adventus Domini!* Tened confianza, el Señor va a venir; está a las puertas. Es una voz que nos alienta a vivir estos días en actitud de espera confiada, porque Dios es Amor (I Ioann. IV, 8). *El abismo de malicia —escribe nuestro Padre—, que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita. Dios no abandona a los hombres. Los designios divinos prevén que, para reparar nuestras faltas, para restablecer la unidad per-*

(6) *Ad Sextam, R.*
(7) *Amigos de Dios*, n. 38.

*dida, no bastaban los sacrificios de la Antigua Ley: se hacía necesaria la entrega de un Hombre que fuera Dios. Podemos imaginar —para acercarnos de algún modo a este misterio insondable— que la Trinidad Beatísima se reúne en consejo, en su continua relación íntima de amor inmenso y, como resultado de esa decisión eterna, el Hijo Unigénito de Dios Padre asume nuestra condición humana, carga sobre sí nuestras miserias y nuestros dolores, para acabar cosido con clavos a un madero*⁸.

Llega otra vez el tiempo de la misericordia de Dios: Jesucristo, *llave de David y cetro de la casa de Israel, el que abre y ninguno cierra, cierra y ninguno abre*⁹, nos sale al encuentro, nos tiende su mano y, con amor infinito, promete a todos los hombres el perdón de los pecados y de las infidelidades, la entrada en el Cielo.

Más cerca cada día de Belén, debemos mantenernos vigilantes, suplicando a Dios que se compadezca de nosotros y venga a salvarnos. *Hijos míos —nos recuerda nuestro Padre—, vamos a decirle al Señor: ven, Señor, Jesús mío, ven a mi corazón y al corazón de todos los cristianos; especialmente al corazón de los que alguna vez pensaron darse a Ti, y luego lo dejaron, no por mala voluntad, sino por flaqueza. Vamos a pedir por todo el mundo, por todos los hombres de todas las razas y de todas las lenguas, de todas las*

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 95.
(9) *Cfr. Ad Vesp., Ant. ad Magn.*

*religiones; por todos los hombres que tienen una idea vaga de la religión, y por los que no conocen la fe. Y este afán de almas, que es prueba fiel y clara de que amamos a Jesús, hará que Jesús venga*¹⁰.

*DICE el Señor: Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré sestar. Andaré en busca de las que se habían perdido, vendaré las heridas de las que han padecido alguna fractura, y daré vigor a las débiles*¹¹.

Para extender su amor infinito a todos los hombres, el Señor fundó su Iglesia, y le confió la misión de anunciar su misericordia en el mundo. Todos los cristianos han de participar en esta tarea; especialmente quienes han sido llamados con vocación divina. *Dios Nuestro Señor* —recuerda nuestro Padre— *nos quiere a ti y a mí santos, para que santifiquemos a los demás. Y para eso será conveniente que tú te mires a ti mismo, que tú mires al Señor Dios Nuestro, y luego que mires el mundo*¹².

El mundo espera a Cristo, muchas veces sin saberlo. Los hombres persiguen afanosamente la felicidad: en la fama, el éxito, el poder, el dinero... A la postre, caen siempre en la desilusión, al apreciar que aquello que tanto se anheló no da la felicidad que se buscaba. Porque sólo la posesión de Dios puede satisfacer plenamente el corazón humano. El

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 3-XII-1961, en Crónica 1-66, p. 36.

(11) *Ad Nonam, L. br. (Ezech. XXXIV, 15-16).*

(12) De nuestro Padre, Obras VI-62, p. 11.

mundo espera a Cristo, porque la mayor parte de los hombres aún no le conocen.

*Quiere el Señor que seamos nosotros, los cristianos —porque tenemos la responsabilidad sobrenatural de cooperar con el poder de Dios, ya que El así lo ha dispuesto en su misericordia infinita—, quienes procuremos restablecer el orden quebrantado y devolver a las estructuras temporales, en todas las naciones, su función natural de instrumento para el progreso de la humanidad, y su función sobrenatural de medio para llegar a Dios, para la Redención: venit enim Filius hominis —y nosotros hemos de seguir los vestigios del Señor— salvare quod perierat (Matth. XVIII, 11); Jesús vino para salvar a todos los hombres. Siendo El la vida, la verdad, el camino (cfr. Ioann. XIV, 6), quería enseñar el camino, la verdad y la vida a todos los hombres, en todos los tiempos*¹³.

Debemos contemplar el mundo con sentido sobrenatural, sin superficialidad, sin ligereza; mirándolo como lo miraba Cristo, para llenarnos de deseos de extender la Redención, y lograr que en todas partes se abran las puertas que aún resisten a la gracia: que se abran de par en par y den cabida a Cristo.

¡Santa María, *Ianua coeli* —Puerta del cielo—, intercede por nosotros, para que sepamos trabajar con eficacia en nuestro apostolado, cara al mundo, y desde su misma entraña!

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 19.

26.

21 DE DICIEMBRE

—Jesucristo trae a la tierra la luz y el calor de la vida sobrenatural.

—La luz de Jesucristo nos infunde visión sobrenatural.

—La visión sobrenatural ha de manifestarse en la caridad con que tratamos a los demás.

*¡OH ORIENTE, esplendor de la luz eterna y sol de justicia!*¹. Señor nuestro, que estás para venir, sol naciente que traes la luz y el calor a nuestra vida; cuando vengas, se dirá: *este pueblo, que yacía en las tinieblas, ha visto una luz grande; luz que ha venido a iluminar a los que habitan en la región de las sombras de la muerte*².

Como *esplendor de la luz eterna*, traerá Cristo el resplandor de la verdad a la tierra, y la claridad de la luz sobrenatural a las inteligencias. Como *sol de justicia*, abrasará con aquel fuego con el que —según dijo a sus discípulos— desea encender el mundo entero³. A la luz y al calor de Cristo los hombres —anuncia el profeta— *hallarán con qué alimentarse en medio de los caminos, y en todas las llanuras obtendrán sustento. No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol les dañará; porque aquel que usa de tan-*

(1) *Ad Vesp., Ant. ad Magnif.*

(2) *Matth.* IV, 16.

(3) *Cfr. Luc.* XII, 49.

ta misericordia con ellos, los conducirá, y los llevará a beber en los manantiales de las aguas *.

Preparémonos a recibir en nuestras almas, con ilusión, esos dones divinos. Porque entonces lo que estaba mustio y languidecía volverá a florecer, y una corriente de vida sobrenatural, de savia nueva, devolverá a nuestro corazón la alegría de la juventud. Porque el Señor ha dicho: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en más abundancia*⁵.

Sí, *hijos míos* —exclama nuestro Padre—, os aseguro que *contribuiremos poderosamente a iluminar el trabajo y la vida de los hombres, con el resplandor divino que el Señor ha querido depositar en nuestras almas. Pero no olvidéis que quien dice que mora en Jesús, debe seguir el mismo camino que él siguió (I Ioann. //, 6): camino que conduce siempre a la victoria, pero pasando siempre también a través del sacrificio*⁶.

LA VIDA sobrenatural que Jesucristo nos concede es una participación de su propia vida: de su conocimiento y de su amor. *Por El*, proclama San Pedro, *nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido, para haceros partícipes —por medio de estas mismas gracias— de la naturaleza divina*¹.

(4) *Ad Off. lea., L. I (Isai. XLIX, 9-10).*

(5) *Ioann.* X, 10.

(6) *KC nuestro Padre, Carta, 11-111-1940, n. 5.*

(7) *II Petr.* I, 4.

Nos trae el Señor para la inteligencia la sobreabundancia de la fe, que es claridad, participación en la luz del entendimiento divino. Por la fe alcanzamos una visión más real y positiva de las cosas. Con su resplandor, todo adquiere un relieve distinto, insospechado para el que está acostumbrado a valorar la vida sólo con ojos terrenos.

La luz de Jesucristo nos permite contemplar, con visión sobrenatural, las cosas y los acontecimientos; y entonces, ¡qué distinta aparece nuestra vida! Los sucesos inesperados, las novedades que quizá nos han turbado..., cuanto pueda, en fin, ocurrir, se nos presenta con su verdadera dimensión y sentido. Ese sentido divino nos muestra la realidad del omnia in bonum: la visión se hace más positiva, y desaparece la tentación del pesimismo, porque en todas las cosas y en todas las personas vemos brillar siempre destellos divinos.

*Hijos míos, ved a Dios detrás de cada acontecimiento, de cada circunstancia, y así sabréis sacar de todos los sucesos más amor de Dios, y más deseos de correspondencia, porque El nos espera siempre y nos da la posibilidad de renovar continuamente nuestro serviam!*⁸.

Fruto de la visión sobrenatural es la serenidad que da tono a nuestra vida. Una serenidad que trasciende a nuestro alrededor, y que lleva a nuestros

compañeros y amigos a preguntarse por la raíz y el apoyo de esa paz. Una serenidad con la que cuenta el Señor, porque contribuye eficazmente a llevar las almas con suavidad y fortaleza hacia Dios.

JESUCRISTO trae la luz sobrenatural que, con la paz y la serenidad, hace nacer en nosotros también sobreabundancia de amor; un calor, un fuego que abrasa el corazón, y nos hace amar a Dios y a todos por Dios. Porque, gracias a nuestro Redentor, *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo*⁹.

Cada uno ha de procurar ser luz y brasa encendida; fuego que haga de nosotros como una hoguera que quema todo cuanto toca, que eleva la temperatura espiritual del ambiente. Que jamás se nos pueda decir: *Tu caridad es... presuntuosa. —Desde lejos, atraes: tienes luz. —De cerca, repeles: te falta calor. —¡Qué lástima!*¹⁰.

Para evitarlo es preciso ejercitarse en esta virtud, metiendo el corazón de verdad en el trato con nuestros amigos. *En un cristiano, en un hijo de Dios, amistad y caridad forman una sola cosa, son luz divina que da calor. A muchos hombres, también a muchos católicos —sin exceptuar a bastantes almas que dicen que están consagradas a Dios—, pondría yo ante*

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 6-X-1968, en Crónica, 1968, p. 1081.

(9) Rom. V, 5.

(10) Camino, n. 459.

los ojos una vieja caricatura que vi de niño.

Eran dos dibujos. En uno se leía: el hombre presuntuoso, y representaba una familia reunida alrededor de una mesa, teniendo arriba, en lo alto de un palo, una gran luz. Desde lejos aquella luz atraía, llamaba la atención. Pero si uno se acercaba, veía que la familia estaba fría, sin luz y sin calor de hogar. El otro dibujo se titulaba así: el hombre prudente. Era otra familia, con la luz muy cercana, sobre la mesa, en el centro de todos. No llamaba la atención, no era algo ostentoso. Pero el que se acercaba allí, encontraba ambiente de familia¹¹.

Obrar así, con caridad y cariño, sin darse importancia, puede resultar a veces menos fácil. Al final de una jornada de trabajo, o cuando nos preocupa alguna cuestión importante, quizá será más costoso detenernos, decir una palabra amable, atender con generosa solicitud a quien nos plantea un asunto. Para estas ocasiones, especialmente, imploramos del Señor la caridad, ese calor de amor que con su luz de Verdad trae Cristo a la tierra: porque una luz fría —una doctrina sin caridad— no es la luz de Dios.

A la Virgen María, *Stella Matutina* —Estrella de la mañana—, que anuncia la llegada de Cristo, Sol de Justicia, le pedimos que aumente nuestra visión sobrenatural y juntamente nuestro amor.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 29.

27.

22 DE DICIEMBRE

—Jesucristo, Rey de todos los pueblos y naciones.

—Urgencia del apostolado *ad fidem*: muchas almas esperan aún la fe.

—Caridad y actitud positiva al poner en práctica ese apostolado.

*¡OH REY de las naciones y deseado de los pueblos, piedra angular en quien todos se apoyan y hacen uno!: 'ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra!'*¹.

El Salvador está cerca, a las puertas. Veinte siglos han pasado desde la Navidad primera, y ahora se siente la expectación de naciones y pueblos que todavía no han encontrado al Mesías; pero se oyen también los gritos de rebelión de quienes se oponen a la realeza de Cristo: *nolumus hunc regnare super nos*², no queremos que éste reine sobre nosotros.

Suave es el yugo del Señor y ligera su carga, pero muchos lo rechazan. *Contra el Señor y contra su Cristo se han confabulado los reyes de la tierra: rompamos sus ataduras —dicen— y sacudamos lejos de nosotros su yugo*³. Pero el Señor es Rey: *Yo he constituido a mi Rey sobre Sión, mi monte santo* *. Su

(1) *Ad Vesp., Ant. ad Magnif.*

(2) *Luc. XIX, 14.*

(3) *Ps. II, 2-3.*

«*Ps. II, 6.*

diestra no se ha empequeñecido; su dominio no termina, *su reino no tendrá fin*⁵. A este Rey pertenecen todos los pueblos y todas las gentes: *pídemelo y te daré las naciones en herencia tuya y extenderé tus dominios hasta los confines de la tierra*⁶.

Nosotros somos los soldados de este Rey, sus enviados. Y porque le pertenece todo poder en el Cielo y en la tierra, nos ha confiado la misión de enseñar y rescatar a todos para su Reino. *El Señor quiere que se le ponga de nuevo en la cumbre de todas las actividades humanas: de nosotros especialmente espera este servicio, esta cooperación, para hacer que sean en la tierra más abundantes aún los frutos de la Redención, que es la única y verdadera libertad para el hombre. Estamos trabajando* —escribe el Padre— *con esa esperanza y con esa responsabilidad*⁷.

La lucha —lucha de amor y de paz— tiene que ser forzosamente dura y larga, pero la victoria es segura: Dios es siempre vencedor: *El no pierde batallas*⁸.

PARA muchas almas, Cristo es todavía *el Deseado de los pueblos*: como un deseo, una aspiración vagamente sentida. Necesitan de El, están esperándole sin saberlo, pero ponen en las cosas de la tierra el objeto de sus afanes. *£5 un doble crimen* —dice el

(5) Luc. I, 33.

(6) Ps. II, 8.

(7) De nuestro Padre, Carla, 30-IV-1946, n. 46.

(8) Camino, n. 733.

Señor— *el que ha cometido mi pueblo: dejarme a mí, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua*⁹.

Muchos esperan todavía la primera Navidad, la Buena Nueva de que el Deseado de los pueblos viene por fin en su busca. *Sedienta de ti está mi alma, mi carne te desea, como tierra árida, sedienta sin agua*¹⁰. Hasta los hombres más alejados de Dios ha de llegar también nuestra vibración apostólica. *Nosotros queremos mucho a los que aman a Jesucristo, y queremos también mucho a los que no le aman. Pero éstos nos dan además mucha pena: por eso procuramos convivir con ellos afectuosamente, y tratarles y ayudarles: ahogar el mal en abundancia de bien*¹¹.

Hemos de poner empeño en llegar a los más apartados de Cristo. Quizá estén sumidos en la incredulidad, o consideren como obstáculos insuperables ciertos desarreglos de su vida. Quizá actúen todavía con prejuicios respecto a la Iglesia, y no tengan más noticias que las dictadas por la ignorancia o por los enemigos de Dios. A ellos iremos, sin violencia alguna ni celos imprudentes; y tendrán ocasión de comprobar que Cristo llama a su puerta, como a la de todos. Ecce ego, ecce ego ad gentem, quae non invocabat nomen meum; *aquí estoy, heme aquí que voy al pueblo que no invoca mi nombre* (Isai. LXV, 1). Por-

(9) Jerem. II, 13.

(10) Ps. LXII, 2-3.

(11) De nuestro Padre, n. 99.

*que cada uno de los hijos de Dios en esta Obra de Dios, sólo quiere vivir ut portet nomen tuum coram gentibus, para llevar tu nombre a todos los pueblos (cfr. Act. IX, 15) hasta lograr que omnes gentes agnoscant quia tu es Deus, que todas las gentes conozcan que tú eres Dios (Judith, IX, 19)*¹².

Llevaremos la luz del Señor a los que no le conocen, si mantenemos viva nuestra fe, alimentada por el aceite de la caridad. *Hijas e hijos míos*, fue siempre el consejo de nuestro Padre: *fe, fe recia, fe viva, fe que opere con caridad*, veritatem facientes in caritate (cfr. Ephes. IV, 15). *Conservad este espíritu en vuestro trato con los hermanos separados y con los no cristianos. Con todos amor, con todos caridad, con todos amistad. A ninguno, de los que han acudido a nuestras obras corporativas, se le ha molestado jamás por sus convicciones religiosas; a ninguno se le habla de nuestra fe, si él no lo quiere.*

*Pero con frecuencia esas personas, al ver vuestras vidas, se interrogan y os interrogan, por la fuerza interior que explica nuestra alegría: les habéis hablado entonces de Dios, de vuestro amor a Cristo, de vuestras miserias y de las maravillas de la gracia que os impulsa a ser fieles. Y habéis visto cómo muchas veces, tomando ocasión de vuestras palabras, Dios, que dirige los corazones (cfr. II Thes. III, 5), movió los suyos*¹³.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 6.

(13) De nuestro Padre, *Carta*. 24-X-1965, n. 62.

NUESTRA actuación apostólica es siempre positiva, porque tenemos como misión ser *sembradores de paz y de alegría*. Los miembros del *Opus Dei* se esfuerzan en ahogar el mal en abundancia de bien. Su trabajo no es, por tanto, labor negativa, no es antinada. Es afirmación, optimismo, juventud, alegría y paz¹⁴.

Justamente por apoyarnos con firmeza en Cristo, ha de ser amplio y generoso nuestro criterio. Inconmovibles en la doctrina debemos ser y, a la vez, muy comprensivos con todos, por alejados de Dios que estén. Metidos en el corazón del mundo, superando diferencias de nación o de raza, de clase o de partido, nos esforzamos por llegar a la unidad que Cristo ganó para los hombres. Todas estas cosas —dice San Agustín— *resultan difíciles para los que no aman; pero para los que aman resultan fáciles. No hay dificultad que el amor no haga llevadera y casi nula*¹⁵.

Queremos practicar con todos *una caridad alegre, dulce y recia, humana y sobrenatural; caridad afectuosa, que sepa acoger a todos con una sonrisa habitual; que sepa comprender las ideas y los sentimientos de los demás, a quienes deben atraer para que colaboren.*

Y así, suavemente y fuertemente, sin ceder en la

(14) De nuestro Padre.

(15) San Agustín, *Sermo* 70, 3.

*conducta personal ni en la doctrina, la caridad de Cristo bien vivida nos da el espíritu de conquista, cada día con más hambre de trabajo por las almas*¹⁶.

El horizonte de nuestro apostolado no tiene límites; se dirige a todos: a los que conocen a Cristo y a los que lo ignoran, a las naciones que acogen al Señor como Rey y a todos los pueblos que aún anhelan al Deseado.

Ante ese horizonte universal, tenemos necesidad de pedir a la Virgen que avive en nuestro corazón el espíritu apostólico, que aumente cada día más en nosotros el *hambre de trabajo por las almas*.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 77.

28.

23 DE DICIEMBRE

—Los beneficios de la Encarnación.

—El trato con Dios hecho Hombre, uno de esos beneficios.

—Un propósito ante la Navidad: tratar a Jesús como le trataron María y José.

EN EL sexto día de la Creación, *formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado*¹. En todas las cosas creadas mostró Dios su agrado, pero cuando creó al hombre, *vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho*². Aquella nueva criatura, compuesta de alma y cuerpo, de espíritu y materia, en maravillosa unidad, era fruto del amor de su Creador, que lo miraba con ternura, hasta el punto de adoptarlo como hijo, infundiéndole la gracia. De cómo se complace Dios en nosotros, dice la misma Sabiduría divina: *estoy recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres*³.

Pero el hombre pecó, se rebeló contra Dios, contra su Padre: y aquella obra divina quedó rota, aquella unidad de gracia, alma y cuerpo, deshecha. Y de nuevo se manifestó la infinita bondad de Dios: con

(1) *Genes.* II, 7.

(2) *Genes.* I, 31.

(3) *Prov.* VIII, 31.

sobreabundancia de amor, con una misericordia que nuestra mente apenas puede entrever, no se limitó a restablecer lo que el pecado había destrozado. Hizo más, dando a nuestra naturaleza humana una dignidad que nunca había tenido: *y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* *.

Ahora, en Navidad, la Iglesia nos pone delante de los ojos este misterio inefable de la Encarnación: Dios hecho hombre. Como escribe Santo Tomás, *no hubo otro modo más conveniente para sacarnos de nuestra miseria*⁵. En cuanto a la fe, porque se hacía más fácil creer, siendo Dios mismo quien nos hablaba. En cuanto a la esperanza, porque nada la fortalecía tanto como aquella nueva prueba que Dios nos daba de su voluntad de salvarnos. En cuanto al amor, pues *si hasta ahora vacilábamos en amarle, que al menos no vacilemos ya más en devolver amor por amor*⁶. En cuanto a las obras, porque Dios, encarnándose, nos iba a servir de modelo. En cuanto a nuestro fin, porque nuestra participación en la vida divina se reforzaba con esta participación de Dios en la vida nuestra. Y elevando tanto la dignidad de la carne, hasta el punto de asumirla, nos mostraba el valor que tiene a sus ojos, para que no la manchásemos. Y con esa humillación, con ese anonadamiento del Verbo, también curaba me-

(4) *Ioann.* I, 14.

(5) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 1, a. 2 (San Agustín, *De Trinitate* 13, 10).

(6) San Agustín, *De catechizandis rudibus* 4.

jor nuestra soberbia, primer pecado y origen de los demás.

Consideremos despacio, a las puertas de la Navidad, todos estos beneficios que Cristo nos trajo haciéndose hombre.

*PARA mostrarse al hombre y para que el hombre le viera y le siguiera, Dios se hizo hombre*⁷. Con la Encarnación del Verbo divino, se ha abierto ante el hombre como un plano inclinado que lo lleva suavemente al amor de Dios. Es cierto que Dios es infinitamente amable en Sí mismo, que nada hay más digno de amor que la Trinidad Beatísima, y por tanto nada más capaz de despertar ese amor. *Pero debido a la debilidad de la mente humana, y del mismo modo que necesita ser conducida al conocimiento de las cosas divinas, así también necesita ser llevada al amor como de la mano, por medio de algunas cosas sensibles que nos sean fácilmente conocidas. Y entre ellas la principal es la Humanidad de Jesucristo, según lo que decimos en el Prefacio de Navidad: "Para que conociendo a Dios visiblemente seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles"*⁸.

Dios mismo se nos hace visible por medio de la

(7) San Agustín, *Sermo* 371, 2.

(8) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 82, a. 3 ad 2.

Humanidad Santísima del Señor. Podemos repetir sus palabras y representárnoslo con la imaginación, siguiendo los relatos evangélicos. Y así de una manera más fácil nos encendemos en amor de Dios, porque Cristo es *la imagen del Dios invisible*⁹, en el que *habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*¹⁰. Y al mirarle, somos contemplativos.

Para amar a Jesús hay que tratarle. No tenemos dos corazones: uno para el Señor y otro para las cosas de la tierra. Y debéis tratarle diariamente, poniendo en todo este corazón humano que tenemos, poniéndolo con pasión de enamorados. Dios nos ha cogido el corazón, la vida entera. Un día, por su bondad infinita, sentimos el flechazo, que nos rindió para siempre. Y hemos de procurar que ese amor continúe, y que se haga cada día más intenso, más delicado.

¿Y cómo haré yo para que mi amor continúe, para que aumente? Hijo mío, ir dejando el hombre viejo, también con la entrega de aquellas cosas buenas en sí mismas, pero que ya no son compatibles con lo que Dios quiere de nosotros. Decirle al Señor con obras y continuamente: ecce ego: quia vocasti me (J Reg. III, 6)".

Nos mueve ahora al dolor el no haber tratado bastante a Jesucristo, y no haber aprovechado toda esta riqueza que El ha querido traernos. Por eso, en

(9) Colos. I, 15.

(10) Colos. II, 9.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-968, en Crónica, 1968, pp. 987-988.

la inminencia de la Navidad, procuraremos disponernos a ser almas de oración, que sepan vivir con Dios ya que Dios ha querido habitar entre nosotros, que eso significa Enmanuel: Dios con nosotros.

¡Oh Enmanuel, Rey y legislador nuestro, esperanza y salvación de los pueblos!: ¡ven a salvarnos, Señor, Dios nuestro!"

*POR EL misterio de la Encarnación se nos han mostrado a un tiempo la bondad, la sabiduría, la justicia y el poder de Dios. Su bondad, porque no despreció la flaqueza de nuestra propia carne; la justicia, porque habiendo sido el hombre vencido por el tirano, quiso Dios que fuese un hombre el que venciese al tirano y nos arrancase de la muerte; su sabiduría, porque supo encontrar el remedio más conveniente, siendo el mal tan grave; y principalmente, su poder infinito, porque no puede darse cosa mayor que el que todo un Dios se haga hombre*¹³.

En este Niño que contemplaremos al llegar la Navidad, vemos brillar las perfecciones divinas. Sólo con mirarle, haremos oración, nos anonadaremos ante esa prueba de amor: y nuestra soberbia se retirará confundida. Se encenderá también la piedad, con un cariño nuevo. Y sentiremos muy viva la necesidad

(12) *Ad Vesp., Ant. ad Magnif.*

(13) San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa* 3, 1.

de hacernos pequeños delante de Dios; de ser pobres, humildes, mortificados... Tendremos siempre un modelo asequible para nuestra conducta, un consuelo para nuestra flaqueza, un asidero en nuestras dificultades. Tendremos un nombre humano para llamar a nuestro Dios, y un corazón de carne que reciba nuestras confidencias.

Jesús Señor Nuestro tanto quiso a los hombres que se encarnó, tomó nuestra naturaleza y vivió treinta y tres años en la tierra, en contacto diario con pobres y ricos, con justos y pecadores, con jóvenes y viejos, con judíos y gentiles. ¿Queréis, pues, aprender de Cristo y tomar ejemplo de su vida? Abramos el Santo Evangelio, y escuchemos el diálogo de Dios con los hombres".

Este es el propósito que queremos hacer ante esta Navidad: escuchar a Jesús, tratarle mucho, continuamente, con confianza, con amor, con delicadeza, como le trataron Santa María y San José.

Buscad a Dios en el fondo de vuestro corazón puro, en el fondo de vuestro ser cuando sois fieles, y no perdáis nunca esa intimidad.

Y si alguna vez no sabéis cómo hablar ni qué decir, y no os atrevéis a buscar de nuevo al Niño en el interior de vuestra alma, acudid a María, tota pulchra, maravillosa. Señora, Madre nuestra: el Señor ha queri-

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 16.

do que fueras tú, con tus manos, quien cuidara a Dios; ¡enséñame a tratar a tu Hijo!

*José, Padre y Señor mío, humilde, limpiísimo, que has merecido llevar en tus brazos, y cuidar y abrazar a Jesús Niño, enséñanos a tratar a nuestro Dios, a ser humildes, a ser limpios, ¡dignos de llegar a ser otros Cristos!, y a hacer y a enseñar —como Cristo— los caminos divinos y ocultos y luminosos, diciendo a los hombres que pueden, en la tierra, en la realidad sencilla de su vida ordinaria, alcanzar una santidad maravillosa, una eficacia extraordinaria*¹⁵.

(15) De nuestro Padre, *Meditación*, 9-1-1959.

29.

24 DE DICIEMBRE

—La Navidad nos invita a hacer nuestra oración junto al Pesebre donde nace Dios.

—Jesucristo nos trae la gracia de la filiación divina.

—Nuestra oración de hijos debe ser continua y confiada.

EL ADVIENTO termina. Nuestra prolongada espera va a recibir ahora su cumplimiento: *ha llegado ya la plenitud de los tiempos: Dios envía a su Hijo a la tierra*¹. No llega clamorosamente, como vendrá al fin del mundo para juzgar a todos los hombres. Viene ahora a recuperar lo que estaba perdido, a salvar, a perdonar. Y por eso rodea su nacimiento de sencillez, de modo que el pobre corazón de los hombres, lleno de miseria, no se estremezca ante el poder de Dios sino que se rinda a su amor. Le veremos en brazos de su Madre, envuelto en pañales, recostado en un humilde pesebre.

¿Qué vamos a hacer nosotros hoy, el día en que los hombres celebran la fiesta de Navidad? En primer lugar una oración filial que nos sale de maravilla, porque nos sabemos hijos de Dios, hijos muy queridos de Dios.

Esto dice San Pablo a los de Corinto: si qua ergo in Christo nova creatura, vetera transierunt: ecce fa-

(1) Ant. ad Intr. (cfr. Galat. IV, 4).

cta sunt omnia nova. Omnia autem ex Deo, qui nos reconciliavit sibi per Christum (II Cor. V, 17-18). Si alguna criatura está en Cristo, ya han salido fuera todas las cosas sucias, todas las cosas viejas, todo lo que mancha, todo lo que hace sufrir. Desde ahora, vida nueva de verdad. Se lo hemos dicho tantas veces y parece que nos hemos quedado tan sólo con los deseos. Pero siempre hemos avanzado un poquito más. Y esta noche el Señor, por su Madre, nos mandará tantas gracias nuevas: para que aumentemos en el amor y en la filiación divina.

Hemos de pedir al Señor que sepamos discernir lo que es para gloria suya de aquello que le ofende; que conozcamos lo que es para bien de las criaturas, y lo que es para mal; lo que va a hacernos felices, y lo que nos va a arrancar la felicidad, la felicidad eterna y la relativa que podemos alcanzar en esta tierra.

A los de Galacia, San Pablo les dice una cosa muy hermosa a propósito de la filiación divina: misit Deus Filium suum (...) ut adoptionem filiorum recipe-remus (Galat. IV, 5). Envío Dios a su Hijo Jesús, y le hizo tomar la forma de nuestra carne, para que recibiésemos la filiación suya. Mirad, hijos míos, mirad qué agradecimiento debemos rendir a ese Hermano nuestro, que nos hizo hijos del Padre. ¿Habéis visto a esos hermanitos vuestros, a esas pequeñas criaturas, hijas de vuestros parientes, que necesitan de todo y de todos? Así es el Niño Jesús. Es bueno considerarle así, inerme. Siendo el Todopoderoso, siendo Dios, se

*ha hecho Niño desvalido, desamparado, necesitado de nuestro amor*².

EN AQUELLA fría soledad, con su Madre y San José, lo que Jesús quiere, lo que le dará calor, es nuestro corazón. Por lo tanto, ¡jarranca del corazón todo lo que estorbe! Tú y yo, hijo mío, vamos a ver todo aquello que estorba en nuestro corazón... ¡Fuera! Pero de verdad. Lo repite San Juan en el capítulo primero: quotquot autem receperunt eum dedit eis potestatem filios Dei fieri (Ioann. I, 12). Nos ha dado la potestad de ser hijos de Dios. Ha querido Dios que seamos hijos suyos. No me invento nada, cuando os digo que es parte esencial de nuestro espíritu la filiación divina: todo está en las Santas Escrituras. Es verdad que, en una fecha de la historia interna de la Obra, hay un momento preciso en el que Dios quiso que nos sintiéramos sus hijos, que al espíritu del Opus Dei incorporásemos ese espíritu de filiación divina (...). Dios ha querido que, por primera vez en la historia de la Iglesia, fuera el Opus Dei el que corporativamente viviese esta filiación.

Hagamos, por tanto, una oración de hijos y una oración continua. Oro coram te, hodie, nocte et die (II Esdr. I, 6); oro delante de ti noche y día. ¿No me lo habéis oído decir tantas veces: que somos contem-

(2) De nuestro Padre, Meditación, 24-XII-1967.

plativos, de noche y de día, incluso durmiendo; que el sueño forma parte de la oración? Lo dijo el Señor: oportet semper orare, et non deficere (Luc. XVIII, 1). Hemos de orar siempre, siempre. Hemos de sentir la necesidad de acudir a Dios, después de cada éxito y de cada fracaso en la vida interior. Especialmente en estos casos, volvamos con humildad, a decir al Señor: ¡a pesar de todo, soy hijo tuyo! Hagamos el papel del hijo pródigo.

*Como dice en otra parte la Escritura: orando siempre, no con largas oraciones vocales, sino con oración mental sin ruido de palabras, sin gesto externo. ¿Dónde oramos? In angulis platearum... (Matth. VI, 5). Cuando andamos por medio de las calles y de las plazas, debemos estar orando constantemente. Este es el espíritu de la Obra*³.

¿POR QUE debemos orar siempre? Nos lo dice el Señor con Jeremías: orabit me, et ego exaudiam vos (Ierem. XXIX, 12). Siempre que acudáis a mí, siempre que hagáis oración, Yo os escucharé. Exaudí, Domine, vocem meam (Ps. XXVI, 7). Yo estaré con mi oído atento. El mismo Cristo Jesús, que es nuestro modelo, llama al Padre. El, que estaba unidísimo —es imposible separarle del Padre y del Espíritu Santo—, ¿veis cómo levanta el corazón a su Padre,

(3) De nuestro Padre, Meditación, 24-XH-1967.

antes de cada milagro? Y cuando iba a escoger los primeros discípulos, pasó la noche en oración, per-noctans in oratione (Luc. VI, 12).

Por lo tanto debemos orar y orar siempre: son dos propósitos de esta noche. ¿Y cómo vamos a orar? Orar con acción de gracias. Demos gracias a Dios Padre, demos gracias a Jesús, que se hizo Niño por nuestros pecados; que se abandonó, sufriendo en Belén y en la Cruz con los brazos abiertos, extendidos, con gesto de Sacerdote Eterno. A mí no me gusta ver una imagen de Jesucristo encogida en la Cruz, encrespado, como rabioso. ¡Eso no es! Padecía como hombre por nuestros pecados, y sentía todos los dolores: de los azotes, de la coronación de espinas, y de las bofetadas, y de la burla... Pero está en la Cruz, con la dignidad de Sacerdote Eterno, sin padre ni madre, sin genealogía. Allí se entrega, sufriendo por amor. Le doy gracias porque por El, con El y en El, yo me puedo llamar hijo de Dios. Este es otro punto que hay que considerar: la acción de gracias, a pesar de nuestras miserias, a pesar de nuestros pecados.

Y también la petición. ¿Qué hemos de pedir? ¿Qué pide un niño a su padre? Papá..., ¡la luna!: cosas absurdas. Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá (cfr. Matth. VII, 7). ¿Qué no podemos pedir a Dios? A nuestros padres les hemos pedido todo. Pedid la luna y os la dará; pedidle sin miedo todo lo que queráis. El siempre os lo dará, de una manera o de otra. Pedid

con confianza. Quærite primum regnum Dei... (Matth. VI, 33). Buscad primero lo que es para gloria de Dios y lo que es de justicia para las almas, lo que las une, lo que las eleva, lo que las hermana. ¡Y todo lo demás nos lo dará El por añadidura!

Hijos míos, yo he terminado. No he dicho nada mío. Todo está en la Sagrada Escritura: es espíritu de Jesucristo, y El lo ha querido para su Obra.

Que tengáis buena Pascua de Navidad, como dicen en mi tierra. Que Dios os bendiga⁴.

⁽⁴⁾ De nuestro Padre, Meditación, 24-XIM967.

Tiempo
de Navidad

30.

25 de diciembre. NAVIDAD DEL SEÑOR (I)

- El Nacimiento de Jesús nos apremia a ser santos.
- Para ser santos disponemos de los mismos medios de santidad que nos trajo Jesucristo.
- En la Obra, las Normas son el camino seguro de santidad.

ESTAMOS acostumbrados desde el principio a convertir en templo la calle. Hacemos la oración desde cualquier sitio y en cualquier sitio; nos dirigimos a Dios desde el lugar de trabajo, en el tranvía, en el metro, en el autobús, entre el ruido y la algazara de los hombres. Y, cuando podemos, pegadicos al Sagrario. Ya es tradición también, una tradición de bastantes decenios que, durante la Navidad, hagamos la oración delante del Pesebre.

Para comenzar, me parece estupendo, hijos míos, repetir aquello del Libro de la Sabiduría: se rompió el silencio de los siglos, un quieto silencio que contenía todas las cosas, y la noche, en su carrera, había hecho la mitad de su camino (cfr. Sap. XVIII, 14-15). Va a venir el Redentor, aquel Redentor por el que han suspirado durante siglos todos los patriarcas y los profetas, que se ha hecho esperar tanto.

La Iglesia pone hoy en la boca de todos los sacerdotes, en el invitatorio del Oficio Divino, un cántico de maravilla: Christus natus est nobis: venite, adore-

mus (Invit.) —*Cristo ha nacido, para nosotros: venid, y lo adoraremos todos juntos. Y eso es nuestra oración de hoy: un acto de adoración.*

Queríamos representar a toda la humanidad. Estamos seguros de que, más o menos a estas horas, en todas las partes del mundo —también en algún sitio donde se persigue a la Iglesia—, habrá hermanas y hermanos vuestros sintiéndose representantes de todos los hombres, y diciéndole al Señor: sabemos que has nacido hoy. Te venimos a adorar en nombre de todas las criaturas: venite, adoremus; porque estas palabras son una respuesta de la Iglesia Santa a aquel clamor de los ángeles que se oyó en el mundo rompiendo el silencio de los siglos. Desde entonces, aquella sería la Nochebuena, como dicen los cristianos de mi tierra.

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis (Luc. II, 4). A los hombres, la paz; a los hombres que tienen buena voluntad, que unen su voluntad a la Voluntad Santísima de Dios. Porque la santidad consiste en esto, lo sabéis muy bien: en la unión con el querer de Dios, que se manifiesta de ordinario a través de los sucesos de cada día.

La santidad, hijos míos, lleva consigo —no lo olvidéis— la felicidad en la tierra, aun en medio de todas las contradicciones; y de esto, bastantes de vuestros hermanos tienen una intensa experiencia. Porque —os lo digo continuamente— si queréis ser felices, sed santos; si queréis ser más felices, sed más santos; si queréis ser muy felices, sed muy santos.

Esto lo entienden incluso los que están lejos de Dios. Hasta personas que no han recibido el bautismo, se conmueven y me dicen: es verdad; yo comprendo que las almas santas tienen que ser felices, porque tienen una visión que está por encima de todas las miserias de la tierra, porque ven las cosas, perdonadme la frase, con ojos de eternidad¹.

Respondamos hoy a este requerimiento de la gracia: abramos nuestra alma plenamente a Dios, con la decisión firme, reposada y profunda, de aprovechar estos días para crecer en santidad.

UN DÍA santo nos ha amanecido. Venid, gentes, y adorad al Señor, porque hoy ha bajado una gran luz a la tierra². La liturgia de la Iglesia nos invita a disponer el corazón, a santificarnos para recibir al Señor.

¿Cómo podremos ser santos? Siendo consecuentes con nuestra vocación de cristianos y, concretamente, de cristianos en el Opus Dei, que son, que somos cristianos que hemos sentido una llamada particular del Señor, que no nos saca de nuestro sitio, que no nos arranca de nuestro ambiente, que no nos remueve del mundo, ni de nuestro estado, ni de nuestro trabajo profesional. Y —oída esa llamada, porque nos ha dado la gana, que es la razón más sobrenatural— hemos res-

(1) De nuestro Padre, Meditación, 25-XII-1968.

(2) *Missa aurora*, Allel

pondido al Señor: ecce ego quia vocasti me (I Reg. ///, 9), aquí me tienes, Señor, porque me has llamado.

Oíd a Jesús que dice a Nicodemo: amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei (Ioann. ///, 5); el que no renaciere por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.

El bautismo, hijos míos, nos hace fideles, palabra que con aquella otra, santos, empleaban los primeros seguidores de Jesucristo para designarse entre sí, y que aún se usa: se habla de los fieles de la Iglesia. Después del bautismo, los otros sacramentos, que son signos instituidos por Jesucristo, pisadas, huellas de su paso divino por la tierra, nos dan la gracia santificante ex opere operato, por su propia virtud, si no hay obstáculos por nuestra parte; y si tenemos la gracia santificante, nos la aumentan. Y también nos dan la gracia sacramental, el auxilio divino que es propio, característico de cada sacramento.

Si no ponemos obstáculo, he dicho. Luego se necesita una buena disposición en quienes reciben los sacramentos, para que haya una gran eficacia. Y ¿en qué consiste la buena disposición? Os lo diré gráficamente: en las obras, en nuestra vida personal, porque la santidad no es comunitaria: si alguno dice eso, se equivoca. La santidad es un encuentro personal de cada alma con Dios, y cada alma tiene que poner de su parte cuanto pueda: las obras, el esfuerzo personal. Os diré con Santiago, en su epístola: sic et fides, si non

habeat opera, mortua est in semetipsa (Iacob. //, 17). Por tanto, la fe, si no va unida a las obras, está muerta. ¡No sirve!

Son, hijos míos, nuestras acciones rectas, con la fe y con la gracia de Dios, las que hacen que nuestra vida —humana— sea sobrenatural; las que hacen que, en la noche de nuestra vida, se encienda la gran hoguera —luz y calor— de nuestra condición de hijos de Dios, cumpliéndose aquello del Salmo: et nox sicut dies illuminabitur (Ps. CXXXVIII, 12), la noche se hará luminosa como el día, porque somos fieles, porque hemos renacido a la fe³.

¡OH DIOS!, que todos los años nos alegras con la esperanza de nuestra redención: haz que, así como ahora recibimos gozosos a tu Unigénito como Redentor, después sin temor lo veamos volver como Juez". La liturgia pone esta oración en nuestros labios para que el gozo no se pierda inútilmente en una alegría sin contenido. El Nacimiento de Jesucristo, que viene ahora como Redentor, ha de significar en nosotros un verdadero renacimiento, que nos encamine derechamente a la gloria.

Queridísimos —predicaba el Papa San León—, hoy ha nacido nuestro Salvador: alegrémonos. No hay lugar para la tristeza cuando ha nacido la Vida:

(3) De nuestro Padre, Meditación, 25-XII-1968.

(*) Missa vigiliae, Orat.

*la Vida que nos quita el temor de la muerte, y nos llena de la alegría de la inmortalidad. Nadie deje de participar en este gozo. Todos tenemos el mismo motivo de felicidad, porque Nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como a nadie halló libre de pecado, viene a librarnos a todos. Alégrese el santo, porque se acerca al premio; gócese el pecador, porque es invitado al perdón; anímense los gentiles, porque son llamados a la vida*⁵.

Ahora que sentimos una vez más el pasmo de la paz que el Señor trae consigo, hemos de recordar que ese sosiego interior está siempre en función de la rectitud con que caminamos hacia nuestro fin, del afán de santidad que preside y es motor de nuestra vida.

¿Y qué medios tenemos que poner nosotros —se preguntaba nuestro Padre— para lograr esa santidad específica del Opus Dei? ¿Cómo llegaremos al cumplimiento de ese fin? Sería raro que aquí hubiera alguno que no lo haya enseñado a otros.

Habréis concretado que los medios son el cumplimiento de nuestras Normas, porque ese cumplimiento es una manifestación de fe recia, de esperanza segura, de amor de incendio, de sacrificio. Hoy os digo lo mismo, con otras palabras: que lograremos ser santos, por la fe, por la recepción frecuente de los sacramentos, y por la esperanza y por el amor. Toda esa realidad es-

(5) *Ad Off. lect., L. 11* (San León Magno, *Sermo 1 in Nativitate Domini 1*).

piritual tiene determinadas manifestaciones externas y determinadas prácticas interiores, que son las que ya aparecen patentes en la vida de la primitiva cristiandad. Son las Normas de nuestro plan de vida (...).

*En la vida espiritual no ha habido ningún nuevo invento, ni lo habrá jamás; los medios han sido, son y serán siempre los mismos: los sacramentos, la oración, la mortificación, la vida de piedad, la huida de las tentaciones —y de las ocasiones—, el abrir el corazón para que entre la gracia de Dios hasta el fondo y se pueda sajar, quemar, limpiar y purificar*⁶.

Con la mirada puesta en Belén, podemos también considerar cuántos mantienen aún cerradas sus puertas al Señor, cuántos le desconocen después de tantos siglos. *¿Pesimismo? No. Optimismo, mucho optimismo, nos dice nuestro Padre. Para eso, nos basta abrir la Escritura. En medio de esta humanidad inmensa, somos muchos los que queremos ser fieles a la Iglesia santa; y, entre esos muchos, estamos nosotros, los hijos de Dios en el Opus Dei, bastantes miles de hermanos vuestros esparcidos por las cinco partes de la tierra.*

¿Que somos pocos, a pesar de ser tantos miles, en comparación con la muchedumbre de los que no han oído la voz de Dios, de los que no han visto la luz del Señor? ¿Queréis conmigo hacer una sencilla enumeración de enseñanzas de la Escritura? ¿Queréis oír la pa-

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-XII-1968.

*rábola del sembrador? ¿Queréis oír la parábola de la buena simiente, y de la cizaña? ¿Queréis oír la parábola del grano de mostaza, la de la levadura...? ¡Levadura, sal, luz! Y eso serás tú y eso seré yo, si no nos apartamos del amor a la Iglesia, ¡con las obras!; si, cuando el Señor nos tiende su mano, hacemos el esfuerzo —porque nos da la gana, hemos dicho— de coger esa mano que viene del cielo*⁷.

Es el momento de hacer un propósito, ante la cuna del Niño Dios: el propósito de cumplir mejor las Normas, que son el camino cierto de nuestra santidad; y así, junto a la Virgen María, aguardaremos la bienaventuranza esperada y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo⁸.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 25-XIM968.

(8) *Tu.* II, 13.

31.

25 de diciembre. NAVIDAD DEL SEÑOR (II)

—El Nacimiento de Jesús nos anima a tratarle.

—Contemplar a Jesús, pasando por Santa María y San José.

—La contemplación de Cristo nos lleva a la Trinidad Santísima.

HOY BRILLARA una luz sobre nosotros: porque nos ha nacido el Señor; y se llamará Admirable Consejero, Dios fuerte, Príncipe de la Paz, Padre sempiterno (cfr. Missa in nocte Nativ. Dom., L. I (Isai. IX, 2 y 6).

Nos hemos preparado, hijas e hijos queridísimos, para la solemnidad de este día, tratando de construir con el corazón un Belén para nuestro Dios. ¿Os acordáis de cuando erais pequeños? ¡Con qué ilusión sabíamos preparar el Nacimiento, con sus montañas de corcho, sus casas minúsculas, y todas esas figurillas alrededor del pesebre donde Dios quiso nacer! Sé bien que, cuanto más tiempo pasa, por aquello de que el Opus Dei es para cristianos adultos que por amor de Dios se saben hacer niños, mis hijas y mis hijos van siendo cada día más pequeños. Con mayor ilusión, pues, que en nuestros años de infancia, habremos preparado el portal de Belén en la intimidad de nuestra alma.

Dies sanctificatus illuxit nobis; nos ha amanecido un día santo: venid, gentes, y adorad al Señor; porque hoy ha descendido una Luz grande sobre la tierra (Missa in die Nativ. Dom., Allel.j. *Queríamos que le*

trataran muy bien en todos los rincones, que le recibieran con cariño en el mundo entero. Y habremos procurado cubrir el silencio indiferente de los que no le conocen o no le aman, entonando villancicos, esas canciones populares que cantan pequeños y grandes en todos los países de vieja tradición cristiana. ¿Os habéis fijado que siempre hablan de ir a ver, a contemplar, al Niño Dios? Como los pastores, aquella noche venturosa: vinieron a toda prisa, y hallaron a María y a José y al Niño reclinado en el pesebre (Missa in aurora Nativ. Dom., Ev. (Luc. //, 16).

Es razonable. Los que se quieren, procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. Vultum tuum, Domine, requiram (Ps. XXVI, 8), buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras (...) sino cara a cara (I Cor. XIII, 12). Sí, hijos, mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? (Ps. XLI, 3).

Hijas e hijos de mi alma: verle, contemplarlo, conversar con El. Lo podemos realizar ya ahora, lo estamos tratando de vivir, es parte de nuestra existencia. Cuando definimos como contemplativa la vocación a la Obra es porque procuramos ver a Dios en todas las cosas de la tierra: en las personas, en los sucesos, en lo

*que es grande y en lo que parece pequeño, en lo que nos agrada y en lo que se considera doloroso. Hijos, renovad el propósito de vivir siempre en presencia de Dios; pero cada uno a su modo. Yo no debo dictaros vuestra oración; puedo, con un tanto de desvergüenza, enseñaros algo de cómo trato a Jesucristo *.*

POR EL misterio de la Encarnación del Verbo, en los ojos de nuestra alma ha brillado la luz nueva de tu resplandor: para que, contemplando a Dios visiblemente, seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles (Praef. Nativ. 1). *Que todos le contemplemos con amor. En mi tierra se dice a veces: ¡mira cómo le contempla! Y se trata de una madre que tiene a su hijo en brazos, de un novio que mira a su novia, de la mujer que vela al marido; de un afecto humano noble y limpio. Pues vamos a contemplarle así; reviviendo la venida del Salvador. Y comenzaremos por su Madre, siempre Virgen, limpiísima, sintiendo necesidad de alabarla y de repetirle que la queremos, porque nunca como ahora se han difundido tantos despropósitos y tantos horrores contra la Madre de Dios, por quienes deberían defenderla y bendecirla.*

La Iglesia es pura, limpia, sin mancha; es la Esposa de Cristo. Pero hay algunos que, en su nombre, escandalizan al pueblo; y han engañado a muchos que, en otras

(1) De nuestro Padre, Meditación *La alegría de servir a Dios*, 25-XII-1973.

circunstancias, habrían sido fieles. Ese Niño desamparado os echa los brazos al cuello, para que lo apretéis contra el corazón, y le ofrezcáis el propósito firme de reparar, con serenidad, con fortaleza, con alegría (...).

Habiendo comenzado a alabar y a desagraviar a Santa María, enseguida manifestaremos al Patriarca San José cuánto le amamos. Yo le llamo mi Padre y Señor, y le quiero mucho, mucho. También vosotros tenéis que amarle mucho; si no, no seríais buenos hijos míos. Fue un hombre joven, limpiísimo, lleno de reciedumbre, que Dios mismo escogió como custodio suyo y de su Madre.

De este modo nos metemos en el Portal de Belén: con José, con María, con Jesús. Entonces palpitará tu corazón y se ensanchará (Isai. LX, 5). En la intimidad de ese trato familiar, me dirijo a San José y me cuelgo de su brazo poderoso, fuerte, de trabajador. Tiene el atractivo de lo limpio, de lo recto, de lo que —siendo muy humano— está divinizado. Asido de su brazo, le pido que me lleve a su Esposa Santísima, sin mancha, Santa María. Porque es mi Madre, y tengo derecho. Y ya está. Luego, los dos me llevan a Jesús.

Hijos e hijos míos, todo esto no es una comedia. Es lo que hacemos tantas veces en la vida, cuando comenzamos a tratar a una familia. Es el modo humano, llevado a lo divino, de conocer y meterse dentro del hogar de Nazaret².

(2) De nuestro Padre, Meditación *La alegría de servir a Dios*, 25-XH-1973.

TENÉIS que enamoraros de la Humanidad Santísima de Jesucristo. Pero para llegar a la oración afectiva, conviene pasar primero por la meditación, leyendo el Evangelio u otro texto que os ayude a cerrar los ojos y, con la imaginación y el entendimiento, a meteros con los Apóstoles en la vida de Nuestro Señor. Sacaréis así mucho provecho. Puede ser que alguna vez os tome El, y casi ni os dé tiempo a terminar la oración preparatoria; luego, el diálogo o la contemplación viene sola. Mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en las tinieblas, sobre ti amanece el Señor, y en ti resplandece su gloria (Isai. LX, 2).

Cuando os encontréis delante de nuestro Redentor, decidle: te adoro, Señor; te pido perdón; límpíame, purifícame, enciéndeme, enséñame a amar. Si no viviéramos así, ¿qué sería de nosotros? Hijos, estoy tratando de encaminaros por la senda que vosotros podéis seguir. No tiene por qué identificarse con la mía. Yo os doy un poquito de lumbre, para que cada uno prepare personalmente su lámpara (cfr. Matth. XXV, 7) y la haga lucir en el servicio de Dios. Lo que os aconsejo —repito— es mucha lectura del Santo Evangelio, para conocer a Jesucristo —perfectus Deus, perfectus Homo (Symb. Athan.)—, para tratarle y para enamorarse de su Humanidad Santísima, viviendo con El como vivieron María y José, como los Apóstoles y las Santas Mujeres.

Una sola cosa pido al Señor, y ésta procuro: vivir en la casa de mi Dios todos los días de mi vida (Ps.

XXVI, 4). *¿Qué pediremos entonces a Jesús? Que nos lleve al Padre. El ha dicho: nadie viene al Padre sino por mí (Ioann. XIV, 16). Con el Padre y el Hijo, invocaremos al Espíritu Santo, y trataremos a la Trinidad Beatísima; y así, a través de Jesús, María y José, la trinidad de la tierra, cada uno encontrará su modo propio de acudir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Trinidad del cielo. Nos asentamos —con la gracia de Dios, y si queremos— en lo más alto del Cielo y en la bajeza humilde del Pesebre, en la miseria y en la indigencia más grande. No esperéis, hijos, otra cosa en el Opus Dei: éste es el camino nuestro. Si el Señor os exalta, también os humillará; y las humillaciones, llevadas por amor, son sabrosas y dulces, son una bendición de Dios*³.

(3) De nuestro Padre, Meditación *La alegría de servir a Dios*, 25-XH-1973.

32.

25 de diciembre. NAVIDAD DEL SEÑOR (III)

—Contemplar con fe el Misterio de la Navidad.

—Hemos de convertirnos en una nueva criatura, toda de Dios.

—Nuestra contemplación ante el Belén: rendición de amor.

*NOS HA nacido un niño, un hijo se nos ha dado; lleva sobre sus hombros el imperio, y tendrá por nombre: "Ángel del gran Consejo"*¹. Se han cumplido los anhelos del Adviento: Dios se ha hecho hombre. El mundo ya no está a oscuras. Jesús ha venido, y *todos los confines de la tierra han visto la salvación del Dios nuestro*². Un Niño sonríe ante nuestra silenciosa adoración. Una y mil veces nuestra mirada se cruza con la del Recién nacido. Todo es luz y limpio mirar. Luz que traspasa el alma y disipa las tinieblas del pecado; luz que penetra nuestro corazón y lo enciende con el fuego de su Amor.

Es preciso mirar al Niño, Amor nuestro, en la cuna. Hemos de mirarlo —recomendaba nuestro Padre—, sabiendo que estamos delante de un misterio. Necesitamos aceptar el misterio por la fe y, también por la fe, ahondar en su contenido. Para esto, nos hacen falta las disposiciones humildes del alma cristiana:

(1) *Missa in die Nativ. Dom., Ant. ad Intr.* (Isal IX, 6).

(2) *Ibid., Ant. ad Comm.* (Ps. XCVII, 3).

rao querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres.

Vemos —dice San Juan Crisóstomo— que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre virgen: pero no entendemos cómo puede haberse realizado ese prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido (S. Juan Crisóstomo, In Matth. hom. 4, 3). Así, con este acatamiento, sabremos comprender y amar; y el misterio será para nosotros una enseñanza espléndida, más convincente que cualquier razonamiento humano³.

Todas las cosas —recuerda San Juan— fueron hechas por El, y nada de lo que fue hecho, se hizo sin El⁴. Los cielos y la tierra han sido creados por el Niño que yace en el pesebre. El fundó la redondez del orbe y su plenitud... ¡Qué locura de amor la de Jesús! El que mora en los cielos está recostado sobre pajas; el que llena todo con su presencia, ha tomado carne como la nuestra, y podemos sostener con los brazos a Aquel que nos creó.

Este es el gran misterio que la Navidad pone

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 13.

(4) *Missa in die Nativ. Dom.*, Ev. (Ioann. I, 3).

delante de nuestra mirada: Dios Hombre, Dios Niño, Dios con nosotros.

LUX FULGEBIT hodie super nos, quia natus est Dominus (In Missa Nativ., Intr. (Isai. IX, 2), *hoy brillará la luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor. Es el gran anuncio que conmueve en este día a los cristianos y que, a través de ellos, se dirige a la Humanidad entera. Dios está aquí. Esa verdad debe llenar nuestras vidas: cada Navidad ha de ser para nosotros un nuevo especial encuentro con Dios, dejando que su luz y su gracia entren hasta el fondo de nuestra alma*⁵.

Entre nosotros hay rumor de fiesta. Venid y veréis, nos han dicho; venid y veréis el prodigio. Pastores y reyes, ricos y pobres, poderosos y débiles se han apretado en torno a la cuna. También nosotros nos detenemos delante del Niño, de María y de José: estamos contemplando al Hijo de Dios revestido de nuestra carne (...).

Iesus Christus, Deus Homo, Jesucristo, Dios-Hombre. Una de las magnalia Dei (Act. //, 11), de las maravillas de Dios, que hemos de meditar y que hemos de agradecer a este Señor que ha venido a traer la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. //, 14). A todos los hombres que quieren

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 12.

unir su voluntad a la Voluntad buena de Dios: ¡no sólo a los ricos, ni sólo a los pobres!, ¡a todos los hombres, a todos los hermanos! Que hermanos somos todos en Jesús, hijos de Dios, hermanos de Cristo: su Madre es nuestra Madre.

No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios. Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos: la lengua del diálogo de Jesús con su Padre, la lengua que se habla con el corazón y con la cabeza, la que empleáis ahora vosotros en vuestra oración. La lengua de las almas contemplativas, la de los hombres que son espirituales, porque se han dado cuenta de su filiación divina. Una lengua que se manifiesta en mil mociones de la voluntad, en luces claras del entendimiento, en afectos del corazón, en decisiones de vida recta, de bien, de contento, de paz⁶.

*Adeste, fideles, laeti triumphantes. Venite, venite in Bethlehem...*⁷. Nuestro cantar de estos días es también invitación, llamada. Nos llamaron, vinimos y hemos visto; y ahora nuestro corazón se goza, haciendo eco a la llamada. Fuera de eso, apenas queda lugar para la palabra humana: ahí está Dios Niño.

Queridísimos —dice San León Magno—: demos gracias a Dios Padre por su Hijo en el Espíritu Santo, que, por la inmensa caridad con que nos amó, se

(6) *Es Cristo que pasa*, nn. 12-13.

(7) Himno *Adeste fideles*.

ha apiadado de nosotros, y, como estuviésemos muertos por los pecados, nos convivificó con Cristo, para que en Él seamos una nueva criatura, una imagen suya. Depongamos, pues, al hombre viejo con sus actos y, adheridos entrañablemente al nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad; has sido hecho partícipe de la naturaleza divina: no quieras degradarte con tu antigua vileza. Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Acuérdate de que, arrancado a la potestad de las tinieblas, has sido trasladado a la luz y al reino de Dios⁸.

*PARVULUS filius hodie natus est nobis: et vocatur Deus Fortis*⁹. El Dios fuerte se nos presenta como un niño recién nacido en la cueva de Belén, y es tanto su anonadamiento que *ni siquiera nace en la casa de sus padres, sino en el camino, para mostrar en realidad que nacía como de prestado en esa humanidad suya que tomó*¹⁰.

Cuando llegan las Navidades, me gusta contemplar las imágenes del Niño Jesús. Esas figuras que nos muestran al Señor que se anonada, me recuerdan que Dios nos llama, que el Omnipotente ha querido presentarse desvalido, que ha querido necesitar de los

(8) *Ad Off. lect.*, L II (San León Magno, *Homilía I in Nativitate Domini* 3).

(9) *Ad Laudes*, Ant. 3.

(10) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 8.

hombres. Desde la cuna de Belén, Cristo me dice y te dice que nos necesita, nos urge a una vida cristiana sin componendas, a una vida de entrega, de trabajo, de alegría.

No alcanzaremos jamás el verdadero buen humor, si no imitamos de verdad a Jesús; si no somos, como El, humildes. Insistiré de nuevo: ¿habéis visto dónde se esconde la grandeza de Dios? En un pesebre, en unos pañales, en una gruta. La eficacia redentora de nuestras vidas sólo puede actuarse con la humildad, dejando de pensar en nosotros mismos y sintiendo la responsabilidad de ayudar a los demás ".

Lo recordaremos con frecuencia en estos días, cada vez que nos acerquemos a besar y adorar al Niño. *Pro nobis egenum et foeno cubantem piis foveamus amplexibus*¹²; hecho pobre por nosotros, yace entre pajas; le daremos calor, le abrazaremos con cariño. ¡Quién no se acerca a Dios, quién no se aproxima al Niño, ahora que tiende sus brazos hacia nosotros, ahora que necesita de nuestro cuidado y amor! En estos días, no tendremos ojos más que para el Nacimiento. Como los pastores: *en grege relicto, humiles ad cunas vocati pastores approperant*¹³; dejado el rebaño, los pastores que fueron llamados se acercan humildes a la cuna.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 18.

(12) Himno *Adeste fideles*.

(13) *Ibid.*

Son días para vivir en familia, días especialmente aptos para la contemplación. Necesitamos hablar despacio al Niño, mirarle y escuchar. Haremos la oración delante del Pesebre, y adoraremos en silencio. ¡Se purifican tantas cosas durante unos días en que los actos de amor son tan intensos! *Sic nos amantem, quis non redamaret?*¹⁴: a quien así nos ama, ¿quién no le corresponderá con amor?

La Virgen Santísima nos enseñará a estar junto a su Hijo, pagando amor con amor.

(14) *Ibid.*

26 de diciembre: SAN ESTEBAN
PROTOMARTIR (vid. Volumen VI)

27 de diciembre: SAN JUAN
EVANGELISTA (vid. Volumen VI)

28 de diciembre: SANTOS INOCENTES
(vid. Volumen VI)

33.

29 DE DICIEMBRE

- Humildad de Jesús Niño, y humildad de los pastores.
- La prontitud para creer y para obedecer, consecuencias de la humildad.
- La humildad, condición de la eficacia apostólica.

*LOS PASTORES se decían unos a otros: vamos hasta Belén, y veamos este suceso que el Señor nos ha manifestado*¹.

Al recorrer una vez más el camino que lleva a la gruta de Belén, queremos hacerlo con la fe humilde y sencilla de aquellos pastores que, después de adorar al Niño, se dieron cuenta de que, *por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, nos ha visitado su luz de lo alto*².

El Rey de los Angeles se ha hecho una débil criatura, y le vemos dormir entre un buey y una muía. Al contemplarle —comenta San Bernardo— *uno se da cuenta de cuan grande es la solicitud de Dios con el hombre, de cuáles son sus intenciones y sentimientos hacia él. No pienses, pues, en lo que tú puedas sufrir, sino en lo que El padeció efectivamente por ti. Así comprenderás cuánto te ama, qué misericordia la suya al encarnarse. Cuanto más pequeño se hizo en lo humano, tanta ma-*

(1) *Ad Laudes, Anl. ad Bened.*

(2) *Ant. ad Comm. (Luc. I, 78).*

*yor bondad demostró. Al humillarse de este modo por mí, se me ha hecho aún más amable. De ahí que diga el Apóstol: "se ha manifestado la benignidad y humanidad de Dios, nuestro Salvador" (Tit. ///, 4)*³.

*Miro a Dios reclinado en un lugar donde no viven más que las bestias, y exclamo: Jesús, ¿dónde está tu realeza? Hijo mío, ¿has visto la grandeza de Dios que se ha hecho Niño? Porque su Padre es Dios, y sus criados, las criaturas angélicas. Y está aquí, en un pesebre, en pañales (...). Esta es la señal que se da a los pastores. San Pablo nos lo describe muy bien. Dice de Cristo: semetipsum exinanivit formam serví accipiens (Philip. //, 7) —se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo. Inerme, no se puede defender; es una criatura, tiene toda la apariencia de un niño corriente*⁴.

Nos conmueve —como a los pastores— la gran lección de humildad que nos da el Señor desde la cuna. Ha venido al mundo en el silencio más absoluto, ignorado de los poderosos y de los sabios de la tierra.

EN EL portal de Belén, después de adorar al Niño, nos fijamos en aquellos pastores que sirvieron de corte al Rey de cielos y tierra. *Dejado el rebaño, los pastores, que han sido llamados, se acercan humildes a la cuna*⁵: a la invitación del Ángel, han descuidado sus propios intereses, para venir a adorar al Príncipe

(3) *Ad Off. lea., L. II (San Bernardo, Sermo I in Epiphania Domini 2).*
W De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(5) *Hymn. Adesle, fideles.*

de los pastores, *que ¿sacrificó su vida por sus ovejas*⁶.

Han sido los primeros en recibir la revelación del Nacimiento, quizá porque eran gente de condición humilde, y ser pequeño es un título a los ojos del Señor: *Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños*⁷. Correspondieron inmediatamente a la llamada: creyeron con toda sencillez en las palabras del Ángel: *hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y sirvaos de señal, que hallaréis al Niño reclinado en un pesebre y envuelto en pañales*⁸.

Los sabios según la carne hubieran discutido: ¿cómo puede ser esto? ¿Dios reclinado en un pesebre? Pero los pastores se pusieron en marcha a toda prisa, hacia Belén: *veamos —decían— este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado*⁹. Su docilidad fue premiada: encontraron a Dios. *En la rusticidad de aquellos pastores prevalecía la ignorancia (...) y, sin embargo, les eligió el Señor: porque vino "a elegir a los humildes para confundir a los soberbios" (cfr. I Cor. I, 27), para que ningún poderoso se hinche de soberbia y para que ningún débil se desespere en su pequenez*¹⁰.

(6) *Ioann.* X, 11.

(7) *Matth.* XI, 25.

(8) *Luc.* II, 11-12.

(9) *Ibid.*, 15.

(10) San Agustín, *Sermo* 206, 3.

TODOS los protagonistas de la Navidad son sencillos. Sencillos y humildes. *Ecce Ancilla Domini!*¹¹: ¡he aquí la esclava del Señor!, dice la Virgen. San José acepta su papel sin una palabra de impaciencia. Estos pastores acuden al punto, y no se decepcionan al encontrar un niño como los demás. Los Magos se llenan de alegría simplemente porque le han visto. Y en fin, el Niño, Dios mismo que se ha hecho pequeño para mostrarnos el camino. ¿Aprenderemos a amar la sencillez?

*Si quieres ser humilde —dice San Agustín—, acude al Rey del Cielo por quien fueron creados todos los hombres, y que nació entre nosotros por nuestra salvación*¹². Contempla a este Dios humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer¹³. ¿No vale la pena decidirse a luchar para ser humilde de verdad, a no alejarse del camino abierto en Belén?

*Y tú y yo —nos reprocha nuestro Padre— queriendo siempre sobresalir sobre los demás, deseando a veces caminar por otro sendero que no es el nuestro: lo ordinario, lo corriente*¹⁴.

Y ahora, a los pies de Jesús, de este Rey que no tiene exteriormente señales de su realeza, te pregunto: hijo mío, ¿dónde está el Cristo que yo busco en ti? ¿En tu soberbia? ¿En tus deseos de imponerte a los demás?

(11) *Luc.* I, 38.

(12) San Agustín, *De sancta virginilate* 37, 38.

(13) *Camino*, n. 432.

(14) De nuestro Padre, *Crónica* 11-66, p. 34.

¿En esas pequeneces de carácter que no quieres vencer? ¿En esa tozudez? ¿Está ahí Cristo? (...).

*Hijo mío, debes tener personalidad, pero la tuya ha de procurar identificarse con Cristo. No puede ser tu vida ésa, que está hecha de naderías y bobaliconadas. Parece mentira que un hombre como tú, por cosas de tan poca monta que no tienen otro fundamento que tu soberbia personal, el excesivo aprecio que tienes de ti mismo, después de esa entrega que has hecho, te amargues la vida de ese modo; parece mentira que pongas obstáculos a la gracia de Dios*¹⁵.

Dios quiso que los pastores fueran los primeros en conocer la noticia del Nacimiento de Jesús. También van a ser sus primeros mensajeros; ellos van a comenzar a darlo a conocer al mundo: *todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente por lo que los pastores les habían contado*¹⁶.

Hay que seguir los pasos humildes de los pastores, para llegar a Jesús. *Y tú tienes que decir: ¡Señor!, ¿y mi soberbia, y mi amor propio? ¡Ayúdame a quitar eso de mi vida! (...).*

*Aquí estamos, en estos comienzos de tu vida terrena como hombre, dispuestos a vivir la vida tuya. Queremos tratarte, conocerte, amarte, imitarte; seguirte, en una palabra. Tú y yo queremos identificarnos con Cristo, y El... ¡míralo!*ⁿ.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(16) Luc. II, 18.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

34.

30 DE DICIEMBRE

—La alegría de la Redención y el dolor de la Cruz, inseparables en la vida de Cristo y de su Madre.

—Aquí abajo, el dolor es la sal de nuestra vida. Afrontar esta realidad con decisión.

—La Cruz es fundamento de la verdadera alegría.

*CUANDO un profundo silencio lo envolvía todo, y la noche se hallaba en la mitad de su camino, tu Palabra omnipotente, Señor, vino del cielo, de tu real trono*¹.

Han transcurrido varios días desde aquella noche feliz, cuando la Buena Nueva del Nacimiento del Redentor llenó la tierra de luz. Y ahora, recordamos la profecía de Simeón a la Virgen: *mira, este Niño que ves está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel y para ser blanco de contradicción; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma*².

La alegría de la Redención y el dolor de la Cruz son inseparables en la vida de Jesucristo y de su Madre Santísima. Cuando más feliz estaba la Virgen contemplando los beneficios que el Nacimiento de su Hijo traía a los hombres, quiere Dios descubrirle los sufrimientos que ha de padecer el

(1) Ant. ad Intr. (San. XVIII, 14-15).

(2) Luc. II, 34-35.

Niño y la espada de dolor que ha de traspasar su alma de madre. Es como si el Señor quisiera mostrar que la felicidad en este mundo no puede estar lejos de la Cruz.

La vida de Jesús y la de Santa María y la de San José están profundamente marcadas con este signo. A la alegría del Nacimiento se suma la pobreza, las privaciones de un establo; al gozo de ver reunidos ante la cuna a unos pastorcillos y a los Magos, las inquietudes de una huida apresurada a un país desconocido, y el martirio de unos niños inocentes. Es un alternarse de contento y congoja, de consuelo y pena, que el Evangelista Juan explica así: *era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo: en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por El; pero el mundo no le conoció*³.

La Virgen Santísima no ignoraba los padecimientos que esperaban a su Hijo, ni tampoco los que recaerían sobre Ella. Pero se sabe corredentora y los acepta con amor.

ES CONSTANTE la preocupación de los hombres por desarraigar del mundo lo que contradice, lo que hace sufrir; unas veces por un afán desmesurado de comodidad, otras con el noble deseo de

(3) *Ioann.* I, 9-10.

hacer triunfar la justicia. Metidos en el corazón de estos problemas humanos, viviendo codo con codo las nobles aspiraciones de todos los hombres, hemos de mostrarles a Cristo, Rey de justicia, Luz de las gentes, que nos enseña el camino del amor abnegado.

Cristo nos enseña desde Niño el valor y el sentido de la contradicción y del sufrimiento. Nos enseña que esas aspiraciones de los hombres son buenas, pero no tienen por meta la comodidad, el egoísmo, sino el reino de justicia y de paz, donde el hombre, amando los valores divinos de esta tierra, sabe sacrificar su miseria humana, su egoísmo y su comodidad.

Contemplemos cómo *el más hermoso de los hijos de los hombres*⁴ se abraza dulcemente, desde Niño, al dolor que se le ofrece; cómo acepta el sufrimiento siendo el Justo por excelencia, el único sin pecado. A su vera, nuestra Madre Purísima experimenta también el dolor inmenso de ver sufrir a su Hijo, sin un reproche, sin una queja.

Contemplando una imagen del Niño Jesús, al que poco antes habíamos cantado algunos villancicos, nos decía nuestro Padre: *mirad qué gracioso es el Niño: está indefenso.*

Estos han cantado que vino a la tierra para padecer, y yo os digo: para padecer y para evitar los

(4) *Ps.* XLIV, 3.

padecimientos de los demás. El sabía que venía a la Cruz y, sin embargo, hay ahora unas teorías, una falsa ascética que habla del Señor como si estuviera en la Cruz, rabioso, diciendo a los hombres: yo estoy aquí en la Cruz, y por eso os clavo también a vosotros en ella. ¡No!, hijos míos. El Señor extendió los brazos con gesto de Sacerdote eterno, y se dejó coser al madero de la Cruz para que nosotros no padeciésemos, para que nuestros padecimientos fueran más suaves, incluso dulces, amables.

En esta tierra, el dolor y el amor son inseparables; en esta vida hay que contar con la Cruz. El que no cuenta con la Cruz no es cristiano; el que no cuenta con la Cruz, se la encuentra de todos modos, y además encuentra en la cruz la desesperación. Contando con la Cruz, con Cristo Jesús en la Cruz, podéis estar seguros de que en los momentos más duros, si vienen, estaréis acompañadísimos, felices, seguros, fuertes; pero para esto hay que ser almas contemplativas.

Los hijos míos y yo debemos ser en el mundo, en medio de la calle, en medio de nuestro trabajo profesional, cada uno en lo suyo, almas contemplativas, almas que estén constantemente hablando con el Señor, ante lo que parece bueno y ante lo que parece malo: porque, para un hijo de Dios, todo está dispuesto para nuestro bien. A la gente todo le parece excesivo, si lo que viene no es bueno; para nosotros, tratando a Jesús, teniendo intimidad con Jesucristo,

*Nuestro Señor y nuestro Amor, no hay contradicciones ni sucesos malos: omnia in bonum!*⁵.

*LA RELATIVA y pobre felicidad del egoísta, que se encierra en su torre de marfil, en su caparazón..., no es difícil conseguirla en este mundo*⁶. Es posible insensibilizar el corazón, hacerlo indiferente al sufrimiento y al dolor; pero esa caricatura de felicidad no merece la pena. Por contraste, la auténtica alegría tiene sus raíces en forma de cruz. Porque en nuestra vida, igual que en la de Cristo y en la de su Madre, el contento y el dolor son inseparables.

La Cruz de Cristo —con la que Dios quiso adornar y coronar al Opus Dei desde sus comienzos— es la raíz de nuestra perenne alegría. *Hijos de mi alma* —enseñó siempre nuestro Padre—, *no olvidéis que el Espíritu Santo es fruto de la Cruz* (cfr. Ioann. XIV, 26). *Cuando vienen las contrariedades, si hemos obrado con rectitud de intención, creedme: después de la Cruz viene el gran fuego, la gran luz, la gran fecundidad. Ad te, Domine, levavi animam meam* (Ps. XXIV, 1); *a ti, Señor, he elevado mi alma: a lo largo de estos años, ésta ha sido nuestra oración, en el momento de las intrigas y de las calumnias incomprensibles, no pocas veces brutales. En medio de las lágrimas —porque a veces se*

(5) De nuestro Padre, Meditación, 24-XII-1969.

(6) Camino, n. 29.

*llora, pero no importa— nunca nos faltaron la alegría y la paz, el gaudium cum pace*⁷.

Así fue haciéndose la Obra en la vida de nuestro Fundador: marcada desde sus comienzos por ese signo de predilección divina que es la Santa Cruz. Y cada uno de nosotros, si de verdad queremos ser Opus Dei, tendremos que acoger con entereza y agradecimiento, con amor, la Cruz con que Cristo quiera cargarnos. *Hacer las obras de Dios no es un bonito juego de palabras, sino una invitación a gastarse por Amor. Hay que morir a uno mismo, para renacer a una vida nueva. Porque así obedeció Jesús, hasta la muerte de cruz, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum (Philip. //, 8-9). Y por esto Dios lo exaltó. Si obedecemos a la voluntad de Dios, la Cruz será también Resurrección, exaltación. Se cumplirá en nosotros, paso por paso, la vida de Cristo: se podrá asegurar que hemos vivido procurando ser buenos hijos de Dios, que hemos pasado haciendo bien, a pesar de nuestra flaqueza y de nuestros errores personales, por numerosos que sean.*

Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la esperaremos con júbilo como he visto que han sabido esperarla tantas personas santas, en medio de su existencia ordinaria. Con alegría: porque, si hemos imitado a Cristo en hacer el bien —en obedecer y en

(1) De nuestro Padre. Carla, 14-IX-1951, n. 6.

llevar la Cruz, a pesar de nuestras miserias—, resucitaremos como Cristo: surrexit Dominus veré! (Luc. XXIV, 34), que resucitó de verdad.

Jesús, que se hizo niño, medítadlo, venció a la muerte. Con el anonadamiento, con la sencillez, con la obediencia: con la divinización de la vida corriente y vulgar de las criaturas, el Hijo de Dios fue vencedor.

*Este ha sido el triunfo de Jesucristo. Así nos ha elevado a su nivel, al nivel de los hijos de Dios, bajando a nuestro terreno: al terreno de los hijos de los hombres*⁸.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 21.

35.

TRIDUO DE LA SAGRADA FAMILIA (I)

- La piedad filial como imitación de Jesucristo.
- Preocupación apostólica por nuestros padres y hermanos.
- Un cariño que ha de manifestarse en obras.

COMENZAMOS el triduo de la Sagrada Familia. Vamos a pedir en estos días a la Familia de Nazaret, que nuestros padres y hermanos comprendan cada vez más nuestra vocación y quieran a la Obra, que se sientan orgullosos de que Dios nos haya escogido, y lleguen así a participar de la alegría y la paz que el Señor nos concede como premio a nuestra entrega.

Nuestro Fundador nos ha enseñado a vivir con delicadeza la piedad filial. *Tenemos que querer mucho a nuestros padres* —nos decía—; *si no, no tenemos el espíritu del Opus Dei*. Porque *el mandamiento de amar a los padres es de derecho natural y de derecho divino, y nosotros le llamamos "dulcísimo precepto"*².

En una *Instrucción*, ha escrito también nuestro Padre: *a los que son nuevos en nuestra familia —porque fácilmente les entra un amor clamoroso y un desprendimiento, que después tiene sus quiebras si no se les prepara—, debéis aconsejarles que, especialmente en el examen del retiro mensual, se hagan alguna pre-*

(1) De nuestro Padre, Crónica IV-56, p. 79.

(2) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

*gunta sobre el comportamiento que tienen con su familia de sangre. Es preciso que se porten bien con sus familias: que no olviden que, cuando los padres necesitan algo que no se opone a nuestra vocación, nos apresuramos a dárselo: porque los tenemos como parte muy amada del Opus Dei*³.

Al enseñarnos a querer a nuestros padres, nuestro Fundador nos está haciendo imitar a Jesucristo, que amaba con piedad filial a María y a José, les estuvo sometido durante muchos años y vivió con ellos sus alegrías y sus penas. Al mismo tiempo, sobre cualquier vínculo o afecto humano, el Señor mostró claramente desde su niñez que había de cumplir la misión para la que estaba en el mundo. *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?**

Hemos de ser instrumentos de santificación en el seno de nuestras familias de sangre. Y la mayor gracia que podemos procurarles es que tengan un hijo o una hija plenamente fiel a la vocación recibida, sin ataduras humanas, sin estorbos que pudieran entorpecer el vivir con absoluta libertad nuestra dedicación al servicio de Dios.

EN ALGUNA Instrucción yo he llamado, al cuarto mandamiento, dulcísimo precepto del decálogo. Yo

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 33.

(4) Év. (C) (Luc. II, 49).

*rezo por vuestros padres todos los días: por los vivos y por los difuntos. Aunque quizá a algunos les cuesta al principio la entrega de sus hijos, más tarde, al conocer la Obra, la quieren de verdad, se hacen sectarios —nosotros no lo somos de nada, ni siquiera de la Obra— pero a ellos les está permitido. Y ayudan con toda su alma; así es como tiene que ser*⁵.

La caridad tiene un orden, y hemos de amar más a los que están más cerca de nosotros. Carne y sangre nuestra son nuestros padres y hermanos, y por ellos ha de empezar nuestra preocupación apostólica, que es la gran obra del Amor. Así comenzó el apostolado de los primeros discípulos de Cristo. Andrés, a quien primero halló fue a Simón, su hermano, y le dijo: *hemos encontrado al Mesías (que quiere decir el Cristo). Y le llevó a Jesús*⁶. Y Juan, que con Andrés fue el primero en acercarse al Señor, hubo de informar del hallazgo a su hermano Santiago y prepararle para cuando Jesucristo le encontró en medio de las redes y le llamó a su servicio.

Nuestra vocación nos lleva a una dedicación completa y absoluta al servicio de Dios, y a la vez fortalece los vínculos humanos que nos relacionan con los demás hombres. El más poderoso, sin duda, es el de la sangre, que subsiste después de nuestra

(5) De nuestro Padre, Noticias XI-60, p. 24.

(6) *Ioann.* I, 41-42.

entrega elevado a un orden superior, sobrenaturalizado. Si lo nuestro es santificar todo lo humano, no podemos descuidar lo que es tan próximo a cada uno y tan noble, como las relaciones familiares. La irrupción de lo divino en nuestra vida no puede restar calor humano a esas relaciones; al contrario, lo natural es que lo aumente. Hemos de querer cada día más a nuestros padres y hermanos, y dar muestras efectivas de ese cariño.

Cuando atraéis a la Obra a vuestras familias —nos recordaba nuestro Padre—, íes hacéis un gran bien. Cumplís con vuestro deber de apóstoles. Aumentáis la eficacia de nuestra labor y, sobre todo, me llenáis de alegría.

*Es obligación grave tener a las familias contentas. Nos interesa que sean colaboradores de nuestra tarea. Los padres tienen derecho y después nos conviene que estén cerquita de la Obra, por el bien de sus almas, por el bien del Opus Dei y por el bien de la Iglesia *

MUCHO es lo que debemos a nuestros padres y, en lo humano, imposible de pagar. Nuestra vida proviene de ellos, y frecuentemente *el primer germen de la fe, de la piedad y de la vocación, lo han puesto ellos en nuestros corazones*⁸. Es sobradamente

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1117.

(8) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

justo *que vean que hay correspondencia por nuestra parte a todo el desvelo, a la preocupación y al sacrificio que han tenido por nosotros*⁹.

Si en lo humano no podremos pagarles nunca todo lo que les debemos, no ocurre lo mismo en lo sobrenatural. Podemos ganar para ellos una vida del espíritu, que vale mil veces más que una vida puramente humana. Podemos con nuestra oración, con nuestra mortificación y con obras, adquirirles riquezas sobrenaturales, que perduren en el Cielo.

*Las familias nuestras no nos suelen hablar de sus cosas, cuando se divierten; sólo nos cuentan las penas, multiplicándolas por diez. Cuando lo pasan bien, no dicen nada; cuando tienen alguna contrariedad, nos escriben. Hay un motivo psicológico: piensan que podemos rezar por ellos, y tienen razón. Les decimos dos palabricas con sentido sobrenatural, les levantamos el corazón y les ayudamos a recobrar la paz*¹⁰.

Nuestro Padre nos enseñó a tener este gran cariño con nuestras familias. *Yo quiero mucho a vuestros padres, y les encomiendo por lo menos dos veces al día*¹¹. Y nos demostró ese cariño en tantas ocasiones, a través de una pregunta, de un recuerdo, de la delicadeza que nos enseñaba a tener cuando nuestras familias pasaban por alguna circunstancia extraordi-

(9) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

(10) De nuestro Padre.

(11) De nuestro Padre, n. 118.

naria, dolorosa o alegre. Un cariño que se manifiesta en obras, y que quiere hacerles llegar la paz y la alegría que son fruto de nuestra vocación.

Terminamos nuestra meditación, repitiendo —con ese espíritu que el Padre nos ha dado— la oración litúrgica: *humildemente te suplicamos, Señor, que, por la intercesión de la Virgen Madre de Dios y de San José, edifiques a nuestras familias en tu paz y tu gracia*¹².

(12) Oral, super oblata.

36.

TRIDUO DE LA SAGRADA FAMILIA (II)

- El amor a nuestros padres.
- Deberes que impone la piedad filial.
- El acercamiento de nuestros padres a la Obra.

LA CARIDAD, que es el vínculo de la perfección¹, es por su propia naturaleza unión del que ama con el amado². El amor a Jesucristo nos ha unido a todos en una familia, la Obra, que abraza también a nuestros padres y hermanos, porque la caridad de Cristo, que nos trajo al Opus Dei, lejos de apartarnos de nuestras familias de sangre, nos vincula más con ellas.

Ciertamente, porque tenemos que ocuparnos de las cosas que miran al servicio de Dios, muchas veces estamos lejos físicamente de nuestros padres, como, por otra parte, suele ocurrir con los hijos que forman una nueva familia. Pero, si antes amábamos a nuestros padres con un cariño humano, ahora les queremos también sobrenaturalmente, con la caridad que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones: con más fuerza y con más delicadeza.

El cariño a vuestros padres se purifica, se engran-

(1) *L. II (Colos. III, 14).*

(2) Santo Tomás. *Super Epístola ad Colossenses lectura* 3, 3.

dece, se mejora, porque entre vosotros y vuestros padres sólo está Dios. En cambio, los que se han casado, los que han formado un hogar, tienen mujer e hijos, y esto —es ley de naturaleza— les separa de una manera o de otra de los padres³.

De ningún modo podemos sentirnos espiritualmente apartados, ni pueden sernos ajenas, indiferentes, sus penas y alegrías. El cuarto mandamiento del decálogo —*honra a tu padre y a tu madre, como Yavé, tu Dios, te ha mandado⁴*— sigue en pie para nosotros; es más, al venir a la Obra, nos hemos obligado a vivir esmeradamente todas las virtudes, y, por tanto, también la virtud de la piedad. Una obligación de la que no podemos desentendernos nunca, pues, *después de Dios, a los padres es a quienes más debemos. Y así como a la religión toca dar culto a Dios, a la piedad pertenece rendir culto a los padres⁵*. Obligación dulcísima, que no queremos descuidar y que no cuesta cumplir.

HIJITOS míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad⁶. El amor se manifiesta con hechos, especialmente por una disposición que lleva a buscar constantemente el mayor bien posible

(3) De nuestro Padre.

(4) *Deut. V, 16.*

(5) Santo Tomás, *S. Th. II-II, q. 101, a. 1 c.*

(6) *1 Ioann. III, 8.*

para la persona amada. Y ¿qué hay mejor que una vida cristiana, virtuosa, santa? Si de verdad amamos a nuestros padres con cariño sobrenatural, con la caridad de Cristo, ahí lo tenemos que demostrar: en procurar con todos los medios su santificación, *en acercarles a la Obra, que es acercarles a Dios*⁷.

Es justo que nuestros padres, siempre preocupados por nuestro bien, sean partícipes de nuestra dicha y se sientan orgullosos de haberla labrado ellos mismos en buena parte, porque *el noventa por ciento de la vocación se la debemos a nuestros padres*⁸. Ellos han sido, frecuentemente, quienes han puesto en nuestra vida la semilla de la fe y de la piedad; y siempre les deberemos el habernos traído al mundo, habernos educado, habernos dado una formación...

*Honra de todo corazón a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Acuérdate de que les debes la vida, dice la Sagrada Escritura. Corresponde a lo que hicieron por ti*⁹. Un deber de gratitud nos obliga a esto. En la Obra nos lo hicieron comprender desde el primer momento, y aprendimos a reservar para nuestros padres un lugar principal en nuestra vida, y a quererles aún más. *Con un poco de santa picardía, les podéis hacer muy felices, lograr que amen a la Obra, y además tener vosotros mismos una*

(7) De nuestro Padre, Noticias 1-58, p. 15.

(8) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 29.

(9) Eccli. VII, 29-30.

*libertad completa para servir a Dios*¹⁰. Tienen derecho a ser los primeros en recibir el espíritu del Opus Dei en nuestra labor de apostolado y proselitismo. Hemos de hacerles compartir nuestro tesoro y nuestra alegría.

¿Qué hemos hecho hasta ahora para cumplir este deber? ¿Qué medios hemos puesto para que quieran al Padre, para que conozcan a otros hermanos nuestros que puedan tratarles, para que se sientan formando una sola familia con la Obra? ¿Cómo les demostramos cariño delicado, atención, agradecimiento? Y, sobre todo, ¿cómo vivimos la oración y la mortificación por ellos? No corresponderíamos bien a nuestra vocación si no cuidásemos esos detalles con nuestros padres y hermanos. *¿Cómo vamos a hacer una cosa agradable a Dios, si abandonamos las almas de los que nos han querido tanto en la tierra, y tanto han contribuido —a veces, sin darse mucha cuenta— a nuestra vocación?* "

¡QUE GRAN motivo de alegría es ver a nuestros padres muy unidos a la Obra, e incluso colaborando en sus apostolados! Al vivir nuestros deberes familiares de acuerdo con las exigencias de nuestra vocación, adquieren un sentido nuevo, son un medio de

(10) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 29.

(11) De nuestro Padre, Noticias 1-58, pp. 15-16.

santidad, y el Señor llena nuestro cariño humano de vigor sobrenatural.

Nuestra dedicación personal al servicio de Dios está hecha de felicidad, de amor, de alegría. Por eso nuestros padres comienzan a amar nuestra vocación también con cariño humano y, cuando se dan cuenta de que es la causa de la felicidad de sus hijos, llegan a hacerse *fanáticos*, con un *fanatismo* cordial, del que ha dicho nuestro Padre que hace sonar *campanillas de plata en el cielo*¹².

Hay que agradecer a Dios el consuelo inmenso de ver a nuestros padres contentos con nuestra vocación y entusiasmados con la Obra. Se hace realidad lo que dice la Sagrada Escritura: *mucho se alegrará el padre del justo, y el que engendró a un sabio se gozará en él. Alégrense, pues, tu padre y tu madre*¹³. Al leer estas palabras, nos damos cuenta una vez más de la repercusión que tiene en todos los órdenes nuestra lucha por la santidad; y veremos que, en ocasiones, las deficiencias se deben a nuestra falta de visión sobrenatural.

Si, en algún caso, aún no se hubiera alcanzado la meta de que nuestros padres se alegren con nosotros, ofrezcámoslo a Dios, y pongamos con redoblada fuerza los medios para conseguirlo: oración, mortificación, y mucho cariño: santidad personal, visión

(12) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 29.

(13) Prov. XXIII, 24-25.

sobrenatural, que es la siembra más eficaz.

Nuestra Madre Santa María, tan unida a Jesús por los lazos de la sangre y sobre todo por los del amor divino, nos alcanzará la gracia de que nuestras familias quieran como nosotros a la Obra y colaboren en nuestros apostolados. Acudamos también al Santo Patriarca José, nuestro Padre y Señor, para que proteja a nuestras familias y las conduzca a la casa del cielo: *bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos cantan tu alabanza*¹⁴.

(14) Ps. LXXXIII, 5.

37.

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA

(Domingo dentro de la octava de Navidad o, en su defecto, 30 de diciembre).

—Circunstancias que llevaron a nuestro Padre a encomendar a la Sagrada Familia a nuestros padres y hermanos.

—La Sagrada Familia, ejemplo de santidad para las familias cristianas.

—La consagración de nuestras familias a la Familia de Nazaret.

RENOVAMOS hoy la consagración de nuestras familias a la Sagrada Familia de Nazaret, hecha por nuestro Fundador el 14 de mayo de 1951 en el oratorio de la Sagrada Familia de Villa Tevere, todavía en construcción por aquellas fechas.

Eran momentos difíciles. La Obra se encontraba en pleno desarrollo, y al cúmulo de preocupaciones que de aquí se seguían se sumaba, además, la incompreensión. Había quienes sembraban la desconfianza y el recelo sobre la Obra, y llevaban estos rumores hasta los padres de hermanos nuestros quitándoles la paz y provocando injustas dificultades.

La reacción de nuestro Padre fue —como siempre— recurrir confiado al Señor. Y escribió en una cuartilla, que se encontró después, al cabo de los años: *poner bajo el patrocinio de la Sagrada Familia, Jesús, María y José, a las familias de los nuestros: para*

que logren participar del gaudium cum pace de la Obra, y obtengan del Señor el cariño para el Opus Dei¹.

El sentido sobrenatural que la vocación divina ha dado a nuestras vidas, hace que nos veamos como instrumentos de Dios para extender su reino, para santificar y llevar a Dios todas las realidades terrenas.

El espíritu de la Obra nos enseña a tener muy presente la Providencia divina, que nos hace comprender que todas las criaturas tienen un lugar importante en los planes de Dios. Por eso, gozosamente agradecidos al Señor por la vocación con que ha querido hacernos partícipes de sus planes divinos, vemos muy relacionados con ello a nuestros padres, y queremos hacerles partícipes de nuestro gozo: que aprendan a ver la predilección con que el Señor nos trata, y puedan descubrir a la luz de nuestro espíritu su propia vocación y el maravilloso sentido de sus vidas.

La vocación es una realidad sobrenatural, que sólo puede ser comprendida por la fe. Por eso, la entrega de los hijos que hacen los padres a Dios, no es algo triste, amargo; no es un *sacrificio*, en el sentido que vulgarmente se da a esta palabra para significar una prestación desagradable. *No es un sacrificio para los padres que Dios les pida sus hijos; ni para nosotros es un sacrificio dedicarnos al Señor. Es un honor inmenso, un orgullo grande y santo, una muestra de predilección, un cariño particularísimo, que ha mani-*

(1) De nuestro Padre, 14-V-1951, en Crónica 1-66, p. 27.

*festado Dios ahora, pero que estaba en su mente desde toda la eternidad*².

BIEN HAN sabido nuestros padres desempeñar —en ocasiones quizá sin darse cuenta— la misión que el Señor les ha encomendado; no dejará de premiarles largamente en el Cielo y en la tierra. Pero, aunque estamos seguros de la asistencia del Señor, insistimos con constancia en la petición por ellos, para que cada día se acerquen más a ese modelo sublime de la Familia de Nazaret. Por eso rogamos con la liturgia: *Padre clementísimo (...), concédenos imitar fielmente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que, después de las pruebas de esta vida, goce-mos de su eterna compañía*³.

La Sagrada Familia es el modelo por antonomasia de las familias cristianas. *Los padres tienen en José la norma clarísima de vigilancia y de cuidado paterno; las madres tienen en la Santísima Virgen, Madre de Dios, el espejo insigne de amor, de modestia, de sumisión, de fe perfecta; y los hijos, en Jesús, que estaba sometido a sus padres, tienen el ejemplo divino de obediencia, que deben admirar, imitar y cultivar*⁴.

Pidamos para nuestros padres y hermanos la

gracia de imitar a la Sagrada Familia de Nazaret. Que sepan quererse cada vez más, estar contentos, santificarse en el cumplimiento de sus deberes. Son éstos los deseos que expresan las palabras de San Pablo, que la Iglesia aplica a las familias cristianas: *como escogidos de Dios, santos y amados, revestidos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos los unos a los otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja del otro: así como el Señor os ha perdonado, así lo habéis de hacer también vosotros. Pero sobre todo mantened la caridad, que es el vínculo de la perfección; y la paz de Cristo, a la que fuisteis llamados para formar un solo cuerpo, triunfe en vuestros corazones*⁵.

Omnipotente y sempiterno Dios —rezamos hoy al renovar la consagración de nuestras familias—, *que, en tu inefable providencia, te dignaste llamarnos a la vida por medio de nuestros padres, atiende las súplicas que con filial piedad te dirigimos.*

*Llena a nuestros padres y hermanos de tus bendiciones; aumenta en sus almas tu gracia, y muéveles para que en todo momento vayan por el camino de tus mandatos*⁶. *Tómales bajo tu protección y custodia, y haz que se acomoden al divino modelo de tu Sagrada Familia*⁷.

(2) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 28.

(3) *Orat. post. Comm.*

(4) León XIII, Breve *Neminem fugit*, 14-VI-1892.

(5) L. *¡I* (Cotos, III, 12-15).

(6) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

(7) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

*OH JESÚS, amabilísimo Redentor nuestro, que al venir a iluminar el mundo, con el ejemplo y con la doctrina, quisiste pasar la mayor parte de tu vida sujeto a María y a José en la humilde casa de Nazareth, santificando la Familia que todos los hogares cristianos debían imitar: acoge benignamente la consagración de las familias de tus hijos en el Opus Dei, que ahora te hacemos*⁸.

Cada año, en este día, ha querido nuestro Fundador que renovemos la consagración de nuestras familias a la Sagrada Familia de Nazaret. Y nosotros, buenos hijos, acogemos con gratitud y cariño esta invitación, pidiendo de modo especial a Jesucristo por aquéllos que son parte de nuestra vida, con el deseo de obtener para ellos gracias abundantes de Dios y una felicidad imperturbable. Es un deber de piedad filial que hoy cumplimos gustosos.

Concédeles, Señor, que conozcan mejor cada día el espíritu de nuestro Opus Dei, al que nos llamaste para tu servicio y nuestra santificación; infunde en ellos un amor grande a nuestra Obra; haz que comprendan cada vez con luces más claras la hermosura de nuestra vocación, para que sientan un santo orgullo porque te dignaste escogernos, y para que sepan agradecer el honor que les otorgaste. Bendice especialmente la colaboración que prestan a nuestra labor apostólica, y hazles siempre partícipes de la alegría y de la paz, que Tú

(8) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

*nos concedes como premio a nuestra entrega*⁹.

La protección de la Sagrada Familia, que nuestro Fundador pidió con desvelo, ha hecho realidad gozosa la comprensión y el cariño que por nuestro camino sienten nuestras familias. Debemos agradecerse mucho al Señor y a nuestro Padre, y seguir rezando para que siempre sea así.

*Te pedimos por último, Señor, que después de vivir largos años en la tierra, merezcan cantar por los siglos —en unión con nosotros— las glorias de la patria celestial*¹⁰.

Para que nuestras oraciones sean mejor recibidas, las ponemos en manos de Santa María y de San José, que tuvieron la dicha de velar en la tierra por el Hijo de Dios, ofreciéndole el cariño de un hogar. *María, Madre santísima de Jesús y Madre nuestra, alcánzanos, con tu intercesión poderosa, que sea agradable a Dios esta consagración.*

*Oh José, santo Patriarca custodio de Jesús y de María, auxilia a nuestros padres y hermanos en todas sus necesidades espirituales y materiales, para que puedan bendecir eternamente en la gloria a nuestro divino Redentor Jesús*¹¹.

(9) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

(10) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

(11) Consagración de las familias de los miembros Numerarios y Agregados.

38.

31 DE DICIEMBRE

—El fin de año, ocasión para hacer balance.

—Contrición por lo que no hicimos bien; agradecimiento por todo lo bueno, que es tanto.

—Recomenzar la vida interior: *año nuevo, lucha nueva*.

EN ESTE último día de diciembre, es corriente que muchos sientan la necesidad de hacer un balance de sus actividades en el año que termina: consideran los resultados para poder rectificar, y hacen el plan de su trabajo para el nuevo periodo que comienza. Y en casi todos —con mayor o menor profundidad— este hecho un tanto convencional, que el calendario señala, despierta la conciencia del tiempo, de que la vida pasa, se nos va. Son consideraciones que todos nos hemos hecho algunas veces, y que ahora renovamos en la presencia de Dios, con sentido sobrenatural, de cara al fin de nuestra vida. *Un año más que pasó, es un paso más que te aproxima al Cielo*¹.

Y con este punto de partida, aprovechamos la circunstancia de fin de año para hacer un examen de conjunto de este tiempo que se fue, acercándonos al Cielo. Dios nos ha dado estos meses pasados para que creciéramos —como Jesucristo— *en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*².

(1) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956,

(2) *Luc.* II, 52.

Porque al final quiere repetir a cada uno aquellas palabras del Evangelio: *muy bien, siervo bueno y leal, ya que fuiste fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho*³.

Esto requiere de nosotros un examen preciso: porque *la santidad que se exige a los hijos de Dios en el Opus Dei es una santidad determinada, concreta, que se manifiesta en hechos diarios constantemente. No es una entelequia. Es una realidad precisa, divina y humana. Para adquirir esa santidad, te bastará cumplir nuestras Normas de vida con amor; vivir nuestras Costumbres con amor, amar la Cruz de Jesucristo, ponerte junto a tu Madre del Cielo con amor*⁴.

EN LA presencia de Dios, hemos de calibrar las cosas concretas que entretejieron nuestro caminar durante el año que se acaba.

¡Cuántas veces no hemos reparado en Nuestro Señor, que está de continuo junto a nosotros! ¡Cuántas veces habrá esperado una palabra, una mirada nuestra! ¡Cuántas veces nos habrá ofrecido su Cruz, y habremos tenido miedo de abrazarla! Han sido omisiones, desamor.

Y nuestros deberes, ¿cómo los hemos realizado? ¿Cómo hemos cumplido nuestras Normas, vivido nuestras Costumbres? ¿Supimos acabar aquel trabajo comenzado con ilusión? ¿Se tradujeron en obras

(3) *Malth.* XXV, 21.

(4) De nuestro Padre, Noticias 11-57, p. 13.

nuestros propósitos? ¿Y esas almas que el Señor puso a nuestro lado? ¿Las hemos sabido llevar a Cristo, con la oración, con el sacrificio, con el ejemplo, con la palabra?

Sentimos la necesidad de pedir perdón por lo que no hicimos, por lo que hicimos mal, por el amor que no tuvimos. Pero es el nuestro un dolor de amor: en este tiempo de Navidad, la presencia del misterio de la Encarnación del Verbo nos está recordando que Jesús *se ha ofrecido por nosotros perdonando los pecados, soportados por Dios con tanta paciencia con el fin de manifestar su justicia*⁵.

Junto a nuestra falta de correspondencia, encontramos también en este año que termina muchos motivos de agradecimiento. Unidos a nuestro Padre en el Cielo, elevamos una oración de acción de gracias: por la predilección que nos mostró el Señor al llamarnos a este camino divino de la Obra, porque nos ha ayudado a recorrerlo con fidelidad un año más, por las nuevas vocaciones que en este tiempo nos ha traído, por las obras de apostolado que El ha hecho eficaces, por las almas que se han acercado a la Obra, a su calor y a su luz.

Damos gracias por la formación que hemos recibido en este tiempo, por la ayuda que nos han prestado nuestros hermanos, y por todos los cuidados que Nuestro Padre Dios ha tenido con cada uno,

(5) Rom. III, 25-26.

etiam ignotis, también por los que no conocemos. Y agradecemos al Señor que haya bendecido al Padre, llenando su vida de fidelidad y de amor.

Te Deum laudamus. Te alabamos, Señor, desde el fondo de nuestra alma, te damos gracias *quoniam bonus* —porque eres bueno. *Y todos los días te bendecimos. Y alabamos tu nombre por los siglos de los siglos*⁶.

*¿QUE SE dice en nuestra tierra, hijo mío?: año nuevo, vida nueva. Yo no me lo creo nunca: todos los años son iguales; para mí, ¡año nuevo, lucha nueva!*⁷. Con palabras de nuestro Padre, hemos de reconocer que *para nosotros, que tenemos que recomenzar cada día, año nuevo significa lucha nueva*⁸.

Renovar la lucha es la mejor manera de hacer patente ante el Señor la rectitud de los propósitos que nos animan. *Quizá algunos piensen: ¿lucha nueva?; ¿pues no ha venido el Señor a traer la paz? Si sus palabras son de paz, ¿por qué hablamos de lucha?*

Os voy a leer un versículo de San Mateo, del capítulo X, el versículo 34: nolite arbitrarí quia pacem venerim mittere in terram... No penséis que he venido a traer la paz, sino la guerra. Pocos comprenden que, para tener la paz, se necesita tener la guerra. Primero la guerra con nosotros mismos, cada uno consigo mis-

(6) Hymn. *Te Deum*.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 31-XII-1969.

(8) De nuestro Padre, Crónica 11-64, p. 45.

mo, con nuestras pasiones. ¿No tenéis esa experiencia, esa lucha de Cristo, que consiste en saberse vencer, en prepararse para ser almas de servicio? Lo seréis, si cuidáis el trato con Dios, si lo buscáis en el Pan y en la Palabra. Os lo digo siempre: buscadle en la Sagrada Eucaristía y en la oración (...).

¡Amad a la Iglesia de Dios, amad al Romano Pontífice, amad a las almas, y estad tranquilos!; que si somos fieles, el Señor es más fiel que los pobres hombres. Todo andrà bien, todo se arreglará en el ambiente del mundo (...).

Para conservar y aumentar esa fidelidad que Dios nos pide, os he recordado antes el camino: la intimidad con Jesús, el trato con El en el Pan y en la Palabra. Ahora os recuerdo también la necesidad de la obediencia, en estos momentos de protesta universal: una obediencia que el amor hará suave: iugum enim meum suave est (Matth. XI, 30).

¿Queréis hacer vosotros un examen personal, cada uno el suyo? No estoy dando la meditación; estoy haciendo unas consideraciones hablando en tertulia, para que después llevéis estos pensamientos vosotros delante de Dios, poniendo lo que cada uno deba poner de su parte. Ve cómo van las cosas mías y las cosas tuyas, diré a cada uno de vosotros. Hemos de ver dónde nos aprieta el zapato, para poner remedio, para luchar de verdad, y promover la lucha interior —nosotros— donde nos conviene, con la gracia del Señor.

Pediremos por la Obra, hijos míos; estaréis muy uni-

dos a las intenciones del Padre, a la Misa del Padre, que cada día celebro con... ¿cómo lo diría?, con más intensidad, hasta con dolor: me parece que soy más Cristo. Y podremos extender este río de paz —la paz os doy, la paz os dejo (cfr. Ioann. XIV, 27); y no hay contradicción—, un río de paz que será fruto de nuestra lucha íntima, fruto de lo que hayamos de pelear —repito— para servir a la Iglesia, para amarla, para defenderla, en la medida que esté de nuestra parte (...).

No hay ninguna contradicción, hijos míos; ya estamos todos de acuerdo en que el Señor trajo guerra y trajo paz; en que no hay ninguna incompatibilidad entre la paz y la guerra; al contrario, que la paz es una consecuencia de la guerra, de la lucha. Que en vez de decir "año nuevo, vida nueva", preferimos decir "lucha nueva"; porque los que dicen "vida nueva" probablemente no mejorarán la vida, se han olvidado de que, para tener vida nueva, hay que luchar de nuevo. ¿Está claro? Luego, tened bien presentes todos los motivos que os he dado y otros tantos que vosotros buscaréis, por vuestra parte⁹.

Lucha nueva, ahora que comienza un nuevo año. Lucha renovada, llena de confianza, porque la emprendemos junto a Nuestra Madre. Señora, le decimos, Refugio y Fortaleza nuestra, ¡sé tú nuestra Estrella a lo largo de este año que iniciamos!

⁹) De nuestro Padre, Tertulia, 31-XII-1969.

39.

1 de enero. SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
(Octava de Navidad)

—La Maternidad divina de María, fuente de todos sus privilegios.

—La Virgen Santísima es Madre del Opus Dei, y nos guía en nuestro camino.

—La Virgen María es también Madre nuestra.

CELEBREMOS la Maternidad de la Virgen Santa María y adoremos a su Hijo Jesucristo, Señor Nuestro \ La Iglesia nos invita a considerar el misterio central de la vida de María: el don inefable de su maternidad divina, fuente de todas las prerrogativas con que la Sabiduría de Dios quiso engalanar a Nuestra Señora.

*Yo como la vid di frutos de suave olor, y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza*². Son palabras de la Sagrada Escritura que la Iglesia aplica a María, admirada del prodigio sin par que Dios ha realizado en una criatura. Llenos nosotros también de un gozo que no se acierta a expresar, exclamamos con la liturgia: *una Mujer ha engendrado al Rey eterno, participando del*

(1) *Ad Inuitat.*, Antif.

(2) *Ecdi.* XXIV, 23-24.

*gozo de la maternidad y del honor de la virginidad. Ni antes ni después se verá cosa parecida*³.

La maternidad divina de María es un dogma de nuestra fe católica, que la Iglesia definió solemnemente en los primeros siglos de su historia, en el Concilio de Efeso. Con la fiesta de hoy, reconocemos en la Virgen una dignidad excelsa, superior a la de cualquier otra criatura; una prerrogativa extraordinaria con la que confesamos que María Santísima es Madre no sólo de Cristo Hombre, sino también Madre de Dios. *Y en verdad, si el Hijo de María es Dios, evidentemente Ella, que lo engendró, debe llamarse con toda justicia Madre de Dios. Si la persona de Jesucristo es una sola y divina, es indudable que a María debemos llamarla todos no solamente Madre de Cristo Hombre, sino "Deípara" o "Theotocós", esto es, Madre de Dios (...). Esta verdad, transmitida hasta nosotros desde los primeros tiempos de la Iglesia, no puede ser rechazada por nadie fundándose en que, si bien María engendró el cuerpo de Jesucristo, no engendró al Verbo del Padre; porque, como ya San Cirilo advirtió clara y acertadamente en su tiempo, así como todas las madres, en cuyo seno se engendra nuestro cuerpo, pero no el alma racional, se llaman y son verdaderas madres, así también María, por la unidad de persona de su Hijo, es verdaderamente Madre de Dios*⁴.

(3) *Ad Laudes*, Ant. 3.

(4) Pío XI, Litt. ene. *Lux veñtatis*, 25-XII-1931.

Muchas veces —son palabras de nuestro Padre— he tenido que hacer el comentario del Santo Evangelio, sobre todo en los primeros tiempos de la Obra. Y me venía como miel a la boca aquella exclamación de la comunio de la Misa de hoy: beata viscera Mariae Virginis quae portaverunt aeterni Patris Filium. Es una exclamación vieja y nueva, hasta brutal en apariencia, pero espléndida (...).

¿No os conmueve oír una palabra de cariño para vuestras madres? Pues al Señor le ocurre igual. No podemos separar a Jesús de su Madre⁵.

Al hilo de la liturgia, contemplamos este misterio escondido en Dios antes de todos los siglos; y, arrobados por su grandeza, decimos a Nuestra Señora: *bienaventurada eres, Virgen María, porque has llevado en tu seno al Creador de todas las cosas. Engendraste al que te hizo y permaneces Virgen eternamente⁶.*

Maternidad divina de María. ¿La queréis más Madre? Yo querría que, al hacer cada uno por vuestra cuenta esta oración de contemplativos, y luego, a lo largo de la jornada, al dirigiros a la Reina de los cielos y de la tierra, al hablar con la Madre y Señora de todas las criaturas, entre otras jaculatorias, que son recuerdo de nuestra historia y oración de toda la Obra, repitieseis ésta, que parece dura, pero es suavísima: ¡bendita sea la Madre que te trajo al mundo!⁷.

(5) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

(6) *Ad off. lea., L. I, R.*

(7) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

OH DIOS, que por la fecunda virginidad de María has dado a los hombres los bienes de la salvación eterna: concédenos que experimentemos su intercesión, ya que por Ella hemos recibido a tu Hijo, el autor de la vida⁸.

La colecta de la Misa nos trae a la memoria el cúmulo de gracias que nos ha concedido el Señor por manos de su Madre. *He considerado otras veces, hijos míos, y os he hecho considerar, que cada paso en el camino jurídico de la Obra lo hemos dado bajo la protección de la Madre de Dios. Al celebrar ahora su Maternidad divina, recuerdo —no puedo menos de recordarlo— que la primera vez que la Santa Sede puso sus manos sobre la Obra fue en esta festividad, hace tantos años.*

Yo era muy joven y vuestro hermano Alvaro, que estaba a mi lado, me dijo: Padre, estará contento, porque mañana es la Virgen del Pilar. Y yo le contesté: fiesta por fiesta, todas las de la Virgen me conmueven, me parecen estupendas; pero, puestos a escoger, prefiero la de hoy, la Maternidad. No sabía entonces que la Madre de Dios había intercedido por esta Obra de Dios, y se había dado la primera aprobación⁹.

¡Cuánto se ha preocupado Nuestra Señora por el Opus Dei! Los años de vida de la Obra son una colección inacabable de gracias y favores obtenidos por la

(8) *Orat.*

(9) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964. Cuando nuestro Fundador decía estas palabras, la fiesta de la Maternidad divina de María se celebraba el 11 de octubre.

intercesión poderosísima de la Virgen. *En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda la esperanza de vida y de virtud. ¡Venid a mí todos los que me deseáis, y saciaos de mis frutos! Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi heredad más suave que el panal*¹⁰. Con toda justicia podemos afirmar que la Virgen Santísima ha sido la gran protectora, el gran recurso nuestro desde aquel 2 de octubre de 1928, y antes. *Madre, nos acogemos bajo tu amparo: sub tuum praesidium. Debajo de ese manto —de tu manto— hemos crecido como crecen los niños pequeños en los brazos de su madre*¹¹.

En una meditación, hace años, recordaba nuestro Padre: *tenía una imagen de la Virgen, que me robaron los comunistas durante la guerra de España, y que llamaba la Virgen de los besos. No salía o entraba nunca, en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba, iba a buscarla en Dios a través de la Virgen.*

(10) *Eccli.* XXIV, 25-27.

(11) De nuestro Padre, Crónica VIII-65, p. 9.

*Era de Ella el olor de suavidad que atraía a aquella gente, que los encendía en el amor de Dios, para entregarse después en una dedicación al servicio del Señor en medio del mundo, cada uno en el ejercicio de su trabajo ordinario —en su profesión, en su oficio—, para ser testimonio de Jesucristo y servir también así a la Iglesia y a las almas todas, sin exceptuar ninguna*¹².

Al considerar el cuidado maternal de la Virgen María; al descubrir su vigilancia incansable y amorosa en el camino de la Obra, una rendida acción de gracias brota del corazón a nuestros labios. *Al querer que —todos juntos— demos hoy gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, no podemos menos que procurar que esta acción de gracias —gracias de una pobre criatura soberbia y humillada, agradecida y dolida—, pase por las manos de la Virgen, de mi Madre Santísima, que es la Madre de Dios, que es la Madre de los hombres, que es de un modo muy particular la Madre del Opus Dei, que es de un modo especialísimo la Madre de cada uno de nosotros. Esta consideración nos debe hacer amar más a la Virgen*¹³.

ADEMÁS de ser Madre de Dios y Madre de la Obra, la Virgen Santísima es Madre de cada uno de nosotros: una Madre que nos quiere con locura, que nos cuida, que nos consuela y nos anima a volver a

(12) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

(13) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

la casa paterna, cuando nos sentimos alejados de Dios.

Egredietur virga de radice Iesse, et flos de radice eius ascendet (Isai. XI, 1): *nacerá un vástago de la raíz de Jesé, y de su tallo brotará una flor. Estas palabras de la Escritura, hijo mío, aunque sean un modo poético de hablar de la maternidad divina de María, son también un modo real de decir que Ella ha hecho nacer, en el fondo de nuestro corazón, en medio de la turbulencia de nuestras pasiones, no sólo la flor, sino el fruto de las obras que tienen su raíz en el Amor. Porque en este camino del Amor que es la vida nuestra, todo lo hacemos por Amor, con un Amor que no debilitan nuestros errores personales.*

Et requiescet super eum Spiritus Domini (Isai. XI, 2); *y el Espíritu de Dios descansará sobre él. ¿Veis cómo aun teniendo un concepto pobre y solamente aproximado de nuestra vida espiritual —si fuera exacto, sería aún más pobre—, cómo a pesar de eso no nos faltan la buena voluntad y el deseo de rectificar, muchas veces en lo que no es más que un error sin demasiada trascendencia? ¿Veis cómo el Señor hace que sobre cada uno de sus hijos en el Opus Dei descansen también el Espíritu divino?*¹⁴.

La Virgen está siempre a nuestro lado, dispuesta a interceder ante su Hijo cuando no nos portamos bien, con tal de que nos apoyemos en su cariño de

(14) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

Madre. A Ella acudimos con palabras que los cristianos le han encaminado desde hace siglos: *rompe las cadenas de los reos, llena de luz los ojos de los ciegos; arroja de nosotros todos los males, cólmanos de bienes*¹⁵. Por eso la invocamos todos los días en las Preces: *recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona.*

Un propósito personal, nos invitaba nuestro Padre: *no preocuparnos por ninguna cosa humana, por errónea que sea, siempre que vayamos a Dios por medio de la Virgen, y ya sabéis cómo se va: por la Confidencia y la Confesión. Y habrá un remanso de paz; el Señor sonreirá alguna vez, cuando nos vea obrar de modo humano. A la vez que nos perdona, pensará: ya escarmentó; ahora me será más fiel.*

Maternidad divina de María. Maternidad particular con la Obra. Maternidad especialísima con cada uno de los hijos de Dios en el Opus Dei. Gratias tibi, Deus, gratias tibi: Vera et Una Trinitas, Una et Summa Deitas, Sancta et Una Unitas.

Si un niño pequeño hace algo mal, si —por ejemplo— rompe algún objeto de gran valor, a veces tiende a escaparse de los brazos de su madre. No se da cuenta de que ella no siempre le busca para darle una azotaina, sino para consolarle, para apretarle contra su corazón y comérselo a besos.

Pues eso es lo que os digo a vosotros: que os llenéis

(15) Hymn. Ave maris stella.

*de confianza en Dios y que tengáis un gran deseo de no huir de El. La mejor manifestación de que no huimos será la sinceridad en la Confidencia, la claridad en la Confesión. No os agobiéis —porque el agobio no sería dolor, sino soberbia— cuando os hayáis equivocado. Estad serenos y volved a la casa del Padre, donde nos espera siempre la comprensión, la ternura inmensa de nuestra Madre Santa María*¹⁶.

Acabamos nuestra oración volviendo a dar gracias al Señor por medio de su Madre. *Gracias a Ti Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque nos has dado, con la piedad, la confianza y el amor a la Madre de Dios, una correspondencia sobrada por parte de nuestra Madre; porque Ella sabe el barro de que estamos hechos, porque comprende nuestros defectos y, después de nuestros errores, nos hace volver a tu Amor por ese camino suyo, lleno de delicadeza y de cariño* ¹⁷.

(16) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

(17) De nuestro Padre, Meditación, II-X-1964.

40.

DOMINGO II DESPUÉS DE NAVIDAD

—La virtud del Nombre de Jesús.

—En el diálogo continuo con Jesús está nuestra vida contemplativa.

—La jaculatoria *Iesu, Iesu, esto mihi semper Iesus!*, facilita nuestro trato de amistad con el Señor.

A LOS ocho días de haber nacido el Señor, *le fue puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el ángel antes de que fuese concebido*¹. Jesucristo, perfecto Dios, y perfecto hombre, *fue circuncidado por ser hijo de Abraham, y le llamaron Jesús por ser de verdad el Hijo de Dios*². En el significado de ese nombre —Dios Salvador— se encierra la misión y el poder de ese Niño que contemplamos en los brazos de María. Por eso es justo que lo pronunciemos con veneración y agradecimiento, sabiendo —como recuerda San Pablo— que *fuisteis salvados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*³.

La invocación del nombre de Jesús asegura la eficacia de nuestra acción apostólica. Relatan los Hechos de los Apóstoles que, después de Pentecostés, iban un día Pedro y Juan al Templo a orar. Un

(1) *Luc.* II, 21.

(2) San Bernardo, *Sermo in Circumcisione Domini* 1.

(3) *I Cor.* VI, 11.

hombre cojo, tullido de nacimiento, les pidió limosna. *Pedro, fijando en él la mirada, a una con Juan, dijo: "míranos". El los miraba, esperando recibir algo de ellos. Mas Pedro le dijo: no tengo plata ni oro; pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y tomándole de la mano derecha le levantó, y al instante sus pies y sus tobillos se consolidaron, y de un salto se puso en pie y andaba, y entró con ellos en el Templo andando, saltando y alabando a Dios*⁴.

Al invocar el nombre de su Hijo, recordamos a Dios que queremos acogernos a los méritos de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Habrá muchas ocasiones en que necesitemos decir: *Iesu, praeceptor, misere-re nostri*⁵ —Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros; o repetir las palabras del ciego de Jericó: *Iesu, fili David, miserere mei*!⁶ —Jesús, hijo de David, apiádate de mí. Tengamos confianza, porque en virtud de este Nombre venceremos las tentaciones, superaremos los obstáculos y renovaremos los prodigios de la gracia en las almas. El secreto de tanta eficacia está en que contamos con la promesa misma del Redentor: *todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá*⁷. Por eso San Pablo insiste: *todo cuanto hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo en*

(4) Act. III, 4-8.

(5) Luc. XVII, 13.

(6) Marc. X, 47.

(7) Ioann. XVI, 23.

*nombre de nuestro Señor Jesús*⁸, ya que —como enseña San Pedro— *ningún otro nombre debajo del cielo es dado a los hombres para salvarnos*⁹.

INVOCAR el Nombre de Jesús ya es hablar con El. La invocación no es un grito que se pierde sin respuesta, sino el comienzo de un diálogo con el Señor, que enciende nuestra vida contemplativa. *Es el diálogo eterno, el que han tenido todas las personas que se amaron en la tierra. Dios tiene derecho a decirnos: ¿piensas en mí? ¿Tienes presenciamía? ¿Me tienes presente? ¿Me buscas como apoyo tuyo? ¿Me buscas como luz de tu vida, como fortaleza, como coraza, como todo? En las horas que la gente de la tierra dice buenas: ¡Señor! En las horas que llama malas: ¡Señor! Y viene la paz, y el diálogo afectuoso, de amor*¹⁰.

Nuestra vida contemplativa no es otra cosa que un coloquio, una conversación continua con Jesús. Estos días de Navidad, junto al Portal de Belén, con la ayuda de San José y de Santa María, nos permiten tratar con más recogimiento a Jesús. Podemos pronunciar su Nombre muchas veces, en la intimidad del corazón, y acudir con el pensamiento a la cuna para cantar en silencio al Niño que acaba de nacer.

En el breviario —comentaba nuestro Padre en

(8) Cotos. III, 17.

(9) Act. IV, 12.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 8-IM959.

una ocasión— *tenemos los sacerdotes, para rezar antes y después de la Misa, dos oraciones muy bonitas a San José, que quizá conoceréis. Son palabras de alabanza al Santo Patriarca, y una de ellas, traducida un poco libremente, dice: feliz tú, porque se te concedió no sólo ver y oír a Dios, sino abrazarlo, besarlo, vestirlo y custodiarlo. La Iglesia le tiene envidia y lo alaba tanto, porque era delante de los hombres padre de Dios; padre del Hijo de Dios, que se dignó hacerse hijo suyo* ¹¹.

A San José acudimos para que nos enseñe a llamar a Jesús por su nombre. *¡Qué bueno es José! —Me trata como un padre a su hijo. —¡Hasta me perdona, si cojo en mis brazos al Niño y me quedo, horas y horas, diciéndole cosas dulces y encendidas!...*

Y le beso —bésale tú—, y le bailo, y le canto, y le llamo Rey, Amor, mi Dios, mi Único, mi Todo... ¹².

Nunca hemos de sentirnos solos, separados de Dios, intentando discurrir o resolver por nuestra cuenta. Todo lo que nos ocurre, todas nuestras cosas, las referiremos al Señor, las miraremos con sus ojos y las trataremos confiadamente con El. Todo, desde lo más extraordinario hasta lo más vulgar, es tema de nuestro diálogo con Jesucristo; como ocurre entre dos personas que se quieren, que viven juntas, que están compenetradas. Por eso, el fruto del diálogo divino es el amor, la identificación; una identificación que ha de crecer cada día hasta llegar

(11) De nuestro Padre, Noticias IV-66, p. 15.

(12) *Santo Rosario*, III misterio gozoso.

a convertir en realidad este ideal: *en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo* ¹³.

SEÑOR, Tú que eres la vida verdadera, que produces frutos de vida eterna: concédenos que estemos unidos constantemente a ti, para que no seamos sarmientos estériles ¹⁴.

Hemos de hacer más continuo y confiado el trato con la Humanidad Santísima del Señor, incrementar nuestro diálogo con Jesús, a fin de que este Nombre dulcísimo nos diga cada vez más, esté para nosotros más lleno de contenido.

Nuestra vida gira en estos días en torno al portal de Belén. Todo nos invita ahora a acercarnos al Niño Dios, a abrirle nuestro corazón, a decirle que le queremos.

Hijos míos: vosotros y yo hemos llegado a Belén, y nos hemos acercado al Niño, y le hemos bailado, le hemos dicho tantas cosas encendidas y le hemos apretado contra el corazón... No hablo de niñadas: hablo de amor. Y el amor se manifiesta con hechos. En la intimidad de vuestra alma, bien le podéis abrazar ¹⁵.

Nuestro Fundador nos enseñó una jaculatoria

(13) *Camino*, n. 271.

(14) *Ad Laudes, Preces*.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

que, en este tiempo y durante toda la vida, podemos repetir a menudo, porque facilita mucho el diálogo íntimo y familiar con el Señor: *Iesu, Iesu, esto mihi semper Iesus!* Decirla con piedad nos ayudará a lograr que, para nosotros, El sea siempre Jesús, el Jesús que nos llamó y por quien dejamos todas las cosas para emprender su camino. Hará que nunca se endurezca el corazón, ni se apague la luz de nuestros ojos de modo que en lugar de Jesús veamos tan sólo un quehacer, un trabajo profesional, unas obligaciones o incluso un simple plan de vida. Invocar a Jesús con esta jaculatoria que aprendimos de nuestro Padre nos servirá para que jamás perdamos el sentido de la amistad, del trato próximo y cordial con el Señor; para que Jesús sea siempre nuestra Vida, nuestro Amor y nuestro Camino.

*Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre —Jesús— y a decirle que le quieres*¹⁶. Pidamos a la Virgen Santísima que nos enseñe a pronunciar el nombre de Jesús con la ternura y con la confianza con que Ella lo invocó.

(16) *Camino*, n. 303.

41.

2 DE ENERO

—Viniendo al mundo, el Señor no quiere privilegios: se sujeta en todo a la Voluntad de su Padre Dios.

—La Sagrada Familia nos enseña con su ejemplo a amar la divina Voluntad.

—Nuestro amor a la Voluntad de Dios se ha de concretar en obras.

TODO en estos días nos habla de sencillez de corazón, de cumplimiento amoroso y alegre de la Voluntad divina. Porque Jesús, *a lo largo de su vida no quiso para El ninguna cosa especial, ningún privilegio. Comienza estando en el seno de su Madre nueve meses, como todo hombre, con una naturalidad extrema. De sobra sabía el Señor que la humanidad padecía una apremiante necesidad de El. Tenía, por eso, hambre de venir a la tierra para salvar a todas las almas: y no precipita el tiempo. Vino a su hora, como llegan al mundo los demás hombres. Desde la concepción hasta el nacimiento, nadie —salvo San José y Santa Isabel— advierte esa maravilla: Dios que viene a habitar entre los hombres.*

La Navidad está rodeada también de sencillez admirable: el Señor viene sin aparato, desconocido de todos. En la tierra sólo María y José participan en la aventura divina. Y luego aquellos pastores, a los que avisan los ángeles. Y más tarde aquellos sabios de

*Oriente. Así se verifica el hecho trascendental, con el que se unen el cielo y la tierra, Dios y el hombre*¹.

Después, cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de que fuera concebido². El nombre de Jesús significa Salvador, y el Señor nos salva mediante su obediencia a Dios Padre, que compensa de modo sobreabundante la desobediencia de los pecados de los hombres. Desde el principio la vida del Señor está marcada por la obediencia a los designios divinos, que comprendían su sometimiento a la ley mosaica. *No penséis* —diría más tarde a los judíos— *que he venido a destruir la Ley o los proyectos; no he venido a abrogarla sino a darle cumplimiento*³.

En la escena que hoy contemplamos, nos ofrece una primicia de lo que va a ser su vida redentora, de cómo nos alcanzará la adopción de hijos; porque Dios nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy amado, por cuya sangre hemos sido redimidos y recibido el perdón de los pecados⁴. Toda la vida de Jesús nos habla de cumplimiento íntegro de la Santa Voluntad de Nuestro Padre que está en los cielos. *Mi alimento es hacer la Voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra*⁵.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 18.

(2) *Luc.* II, 21.

(3) *Matth.* V, 17.

(4) *Ad Vesp.*, L. br. (*Cotos.* I, 13-14).

(5) *Ioann.* IV, 34.

Dios ha dejado a los hombres la libertad de elegir. Podemos negarnos a cumplir su Voluntad; o podemos, con la ayuda de la gracia, abandonarnos a su querer amabilísimo. Son dos caminos opuestos. El primero es más cómodo, pero no lleva a la felicidad, porque *ésta es la llave para abrir la puerta y entrar en el Reino de los Cielos: "qui facit voluntatem Patris mei qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum"* —el que hace la voluntad de mi Padre..., ¡ése entrará!⁶.

COMIENZA el año, y Jesucristo se ofrece a nuestra mirada padeciendo y amando con obras, cuando aún es niño. Sin necesidad de palabras, nos pide que preparemos el corazón, que apartemos todo aquello que estorbe a nuestra santidad, porque no sea conforme con la Voluntad de Dios. Que el corazón se convierta finalmente al Señor, que sus intenciones sean sólo para El, que sus afectos tengan un único y divino objeto, que en las dificultades no desfallezca, sino que arda más y más y se consuma en el amor de Dios.

No olvidéis nunca —decía nuestro Padre— *la lección que nos da la Sagrada Familia, la que nos da San José, tan amigo de la libertad, tan respetuoso con la voluntad de Dios. El no conocía esta voluntad. La conoció después, cuando se dio cuenta de que la Santísima Virgen iba a tener al Niño. Y sabiéndolo, no quiso deshon-*

(6) *Camino*, n. 754.

larla: amó la voluntad del Señor, que no podía comprender. Por eso mereció aquel cariño especial de la Trinidad Santísima, que le mandó un Ángel para que le explicara que aquello era obra de Dios. San José, castísimo, puro, limpio, es amigo de la libertad de Dios, amigo de la voluntad de Dios que acepta plenamente.

Y la Santísima Virgen, que no comprendía tampoco, cuando el Ángel le explicó que aquello sería un prodigio extraordinario, que sería una obra de maravilla divina, después de haber mirado con mucho empeño —¿cómo se hará esto, pues no conozco varón? (Luc. I, 34)—, al ver que se hará de un modo prodigioso, que pasará la virtud de Dios como a través de un cristal, sus palabras fueron: ecce ancilla (Luc. I, 38). Amó la voluntad de Dios la Santísima Virgen (...).

Llegó un momento en que el Señor tenía que manifestarse como Hijo de Dios y vino aquella escapada de tres días; y después el encuentro, cuando la Madre le hace aquel reproche cariñoso: ¿por qué hiciste eso con nosotros? (Luc. II, 48). Ante su respuesta vuelve la Sagrada Familia a aceptar la voluntad de Dios, amando esta libertad, cumpliendo la voluntad divina⁷.

Volvamos otra vez los ojos hacia el Señor Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros un pueblo particularmente dedicado a su servi-

ció⁸, y nos sentiremos de nuevo dulcemente impulsados a perseverar con firmeza durante este nuevo año, durante toda la vida, en la tarea de identificarnos con la Voluntad divina: amemos a Cristo, busquemos siempre su proximidad, y parecerá fácil todo lo difícil⁹.

LOS HOMBRES —explica San Agustín— hacen su voluntad, no la de Dios, cuando hacen lo que quieren, no lo que manda el Señor. Pero, cuando hacen lo que quieren y, no obstante, siguen la Voluntad divina, entonces no hacen su voluntad aunque hagan lo que quieren. Haz voluntariamente lo que se te mande; así es como harás lo que quieres y no harás tu voluntad, sino la Voluntad de Dios¹⁰. Cumplimos la Voluntad de Dios cuando nos esforzamos en vivir con fidelidad las Normas y Costumbres; cuando hacemos nuestras las indicaciones de los Directores; cuando orientamos la lucha ascética y el apostolado según lo que nos aconsejan en la Confidencia.

No se ha limitado el Señor a decirnos que nos amaba, sino que lo ha demostrado con las obras. No nos olvidemos de que Jesucristo se ha encarnado para enseñar, para que aprendamos a vivir la vida de los hijos de Dios. Recordad aquel preámbulo del evangelista San Lucas en los Hechos de los Apóstoles: primum quidem

(8) *TU. II, 14.*

(9) San Jerónimo, *Epístola 22, 39.*

(10) San Agustín, *In Ioannis evangelium tractatus 19, 20.*

(7) De nuestro Padre, Noticias IV-66, pp. 14-15.

sermonem feci de ómnibus, o Theophile, quae coepit Iesus faceré et docere (Act. I, 1), *he hablado de todo lo más notable que hizo y predicó Jesús. Vino a enseñar, pero haciendo; vino a enseñar, pero siendo modelo, siendo el Maestro y el ejemplo con su conducta.*

Ahora, delante de Jesús Niño, podemos continuar nuestro examen personal: ¿estamos decididos a procurar que nuestra vida sirva de modelo y de enseñanza a nuestros hermanos, a nuestros iguales, los hombres? ¿Estamos decididos a ser otros Cristos? No basta decirlo con la boca. Tú —lo pregunto a cada uno de vosotros y me lo pregunto a mí mismo—, tú, que por ser cristiano estás llamado a ser otro Cristo, ¿mereces que se repita de ti que has venido, faceré et docere, a hacer las cosas como un hijo de Dios, atento a la voluntad de su Padre, para que de esta manera puedas empujar a todas las almas a participar de las cosas buenas, nobles, divinas y humanas de la redención? ¿Estás viviendo la vida de Cristo, en tu vida ordinaria en medio del mundo? ".

Alegrémonos con la Virgen María, al contemplar su fidelísima correspondencia a la Voluntad de Dios. Por Ella, *el Verbo se ha hecho carne y habitó entre nosotros* ". Pidamos a Nuestra Madre que no nos falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia para cumplir la voluntad de nuestro Jesús ".

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 21.

(12) *Ad Vesp.*, Resp. br.

(13) *Camino*, n. 497.

42.

3 DE ENERO

—La estrella de los Magos, imagen de nuestra vocación divina.

—Prontitud para corresponder a la llamada.

—Agradecimiento y alegría por la gracia de la vocación.

AQUELLA estrella debía de anunciar un gran misterio; al anochecer brillaba con extraño resplandor. El asombro debió de ser grande. Alguien comprendió que, en algún lugar de la tierra, la mano de Dios se había posado misteriosa e inefablemente.

Sobre todos brilló esa luz en la noche de la primera Navidad. *Levántate y resplandece* —había profetizado Isaías—, *que ya se alza tu luz y la gloria del Señor alborea para ti, mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en las tinieblas. Sobre ti viene la aurora de Dios y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán a tu luz, y los reyes a la claridad de tu alborada* ¹.

Desde la terraza de su palacio, o en la alta torre oriental, unos Magos vieron la estrella. Dedicados durante años al estudio del firmamento, sabían ver en cada astro, en cada luz nueva del cielo, el reflejo de la omnipotencia del Creador. Y aquel lucero, ar-

(1) *In Epiph. Dom.*, L. I (Isai. LX, 1-4).

diente como una llama, fue para ellos —por voluntad divina— una señal diversa: la señal del Nacimiento de Cristo.

Comentaba nuestro Padre: *una estrella. Hijo mío: también nosotros hemos visto una gran estrella; también en nuestra alma se encendió una gran luz: la gracia soberana de la vocación. Si cada uno de vosotros se pusiera ahora a decir en voz alta todo el proceso íntimo de su vocación, los demás juzgaríamos sin duda que todo aquello era divino: vuestra vocación y la mía*².

En estos días de preparación para la fiesta de la Epifanía, en la que Dios se manifestó corporalmente a todos los hombres, queremos traer otra vez a nuestra oración esta página sagrada que tanta semejanza tiene con el principio de nuestro acercamiento al Señor. Al aplicarla a nuestra vida, sentiremos renovarse el agradecimiento ante el amor sin límites que Dios nos ha mostrado, llamándonos por nuestro propio nombre: *te he amado con amor eterno* —nos dice—; *por eso te he mantenido mi favor*³.

El Señor nos recuerda que somos suyos por un nuevo título: el de la vocación al Opus Dei. *Hace falta una recia vida de fe para no desvirtuar esta maravilla, que la Providencia divina pone en nuestras manos. Fe como la de los Reyes Magos: la convicción de que*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(3) Jerem. XXXI, 3.

*ni el desierto, ni las tempestades, ni la tranquilidad de los oasis nos impedirán llegar a la meta del Belén eterno: la vida definitiva con Dios*⁴. Y aún añade nuestro Padre: *hijo mío, dale gracias al Señor: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; gracias a María Santísima, por la que nos vienen todas las gracias del Cielo, como canal divino; gracias por esta gracia que es, junto con la fe, la más grande que el Señor ha podido conceder a una criatura: esta llamada*⁵.

ESTA estrella —canta la liturgia— *brilla como una llama: es la señal de Dios, Rey de reyes. Los Magos la vieron y llevaron presentes al gran Rey*⁶.

Entre todos los hombres que verían la estrella, sólo los Magos entendieron su profundo significado. Con prontitud, con fe, *stella duce*, se pusieron en camino. Lo que para los demás no pasaría de ser un prodigio de los cielos, para ellos tuvo un significado preciso. Sin duda, Dios mismo abriría sus ojos; pero esto no impide que admiremos en estos hombres una fe grande y la prontitud con que se ponen en camino. No se contentaron con contemplar la estrella, sino que decidieron seguirla, y eso es lo más costoso e importante: abandonaron familia, sosiego, comodidades, y, tomando lo mejor que tenían, se pusieron en camino.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 32.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(6) *In Epiph. Dom., Ad 1 Vesp., Ant. 3.*

Y es de notar cómo aquella ocupación suya habitual —estudiar el curso de los astros— fue la ocasión de que se valió Dios para hacerles ver su voluntad: *Dios los llama por lo que a ellos les era más familiar y les muestra una estrella grande y maravillosa para que los impresionara por su misma grandeza y hermosura*⁷.

Nosotros hemos sido atraídos también por la estrella de la vocación en circunstancias semejantes a las de los Magos. El Señor nos fue a buscar al lugar que ocupábamos en el mundo, y en medio de nuestra actividad hizo que viésemos la estrella; nos llamó. *Hijo mío, ¿te acuerdas cómo he hecho resonar más de una vez en tus oídos las palabras de Isaías: ego vocavi te nomine tuo, meus es tu? (Isai. XLIII, 1). ¡Mío! ¡Que ese Dios que es toda la hermosura y toda la sabiduría, toda la grandeza y toda la bondad, me diga a mí que soy suyo! ¡Y que yo no le sepa responder!*⁸.

Bien podemos aplicarnos las palabras de San Pablo: *fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; proceded como hijos de la luz*⁹. Ahora, pues, renovemos nuestra decisión de corresponder a la llamada, de seguirla con prontitud, sin negligencia ni desgana, ahuyentando el sueño o el cansancio y pidiendo al Señor la misma vibración sobrenatural del momento en que nos pusimos en camino.

(7) San Juan Crisóstomo, *In Malthaem homiliae* 6, 3.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(9) *Ephes.* V, 8.

Nuestro Fundador nos recuerda que la vocación *rao nos saca de nuestro sitio, pero exige que abandonemos todo lo que estorba al querer de Dios. La luz que se enciende es sólo el principio; hemos de seguirla, si deseamos que esa claridad sea estrella, y luego sol*^w.

NO ES difícil imaginar el gozo de aquellos sabios cuando, entre tantas constelaciones hermosas y admirables, un lucero singular brilló en la noche. Un contento como el que nos embargó el alma cuando sentimos arder, en nuestra tarea cotidiana, una luz nueva. Con esa alegría, no importan ya las dificultades que pueda presentar el camino —montañas, secos desiertos, bosques y llanuras dilatadas—, porque nos guía la estrella de Jesús.

Yo sé bien, hijos míos, cómo es el camino que habéis elegido, después de la elección que de vosotros ha hecho el Señor. Porque non vos me elegistis, sed ego elegi vos (Ioann. XV, 16). No habéis elegido vosotros el camino. Vosotros habéis correspondido a la llamada de Dios diciendo: ecce ego quia vocasti me! (I Reg. III, 6). Yo sé muy bien que te has metido por un camino que es cuesta arriba, que es duro en apariencia —en apariencia, porque sentimos en el corazón y en lo más hondo de nuestras potencias ese gaudium cum pace—; y sé también que te das cuenta de la responsabilidad

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 33.

que tienes delante del Señor, y delante de tus hermanos los cristianos, y de todos los hombres ¹¹.

Los Magos caminaban siguiendo la estrella que habían visto antes: buscaban la Luz con la luz. *Y he aquí que la estrella, que habían visto en Oriente, iba delante* ¹², guiaba sus pasos, fortalecía su esperanza en los momentos duros del viaje, y les conducía a Belén. *Stella duce* ¹³, la estrella les servía de guía, de modo parecido a como nos sirve a nosotros de norte la estrella de la vocación. Siguiéndola hallamos también a Jesús.

La estrella de los Magos no brilló sólo un instante al comienzo del camino, sino que *iba delante de ellos* hasta llegar a la casa en que estaba Jesús. También nuestra vocación es una llamada siempre actual: de ayer, de hoy, de cada día y de siempre. El amor de Dios nos guía a lo largo de la vida, y cada jornada nos trae gracias en abundancia para vivir con voluntariedad actual la vocación divina. *¡Qué hermosa es nuestra vocación, que nos da en la tierra la alegría y la paz que el mundo no puede dar!* ¹⁴.

Un fulgor del cielo, una estrella que llevaba a los pies de Jesús, lució en Oriente. Brilló su luz para muchos, pero sólo unos pocos se pusieron en camino. *Hemos de agradecer al Señor (...) el premio inme-*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

(12) *In Epiph. Dom., Ev. (Malth. II, 9).*

(13) *Ibid., Oral.*

(14) *De nuestro Padre*, n. 6.

recido de la vocación. Y le prometemos que la vamos a estimar cada día más, custodiándola como la joya más preciosa que nos haya podido regalar nuestro Padre Dios ¹⁵.

Terminamos con otras palabras de nuestro Padre: *los Reyes Magos tuvieron una estrella: nosotros tenemos a María, Stella maris, Stella orientis. Le decimos hoy: Santa María, Estrella del mar, Estrella de la mañana, ayuda a tus hijos* ¹⁶.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 1-IV-1962.

(16) *£5 Cristo que pasa*, n. 38.

43.

4 DE ENERO

—El Señor llama con una vocación especial a las personas que El quiere, sin pedir permiso a nadie.

—A veces, Dios permite que el cariño desordenado de las familias sea un obstáculo a la entrega, para mejorar las vocaciones desde el principio.

—Ser fuertes en la vocación: los proyectos de Dios se cumplen siempre.

AQUELLA caravana venía de lejanas tierras. La indumentaria de los viajeros y el porte de las bestias de carga, no era la habitual en Palestina. Indudablemente se trataba de gente poderosa; quizá fueran príncipes o magnates, o esos sabios que escudriñan los misterios del firmamento. Si fuera así, debían de venir de los montes de Media, o de Persia, o incluso de alguna lejana ciudad india. Los vecinos de Jerusalén, cuando les vieron llegar, hacían variadas conjeturas.

Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el Rey Herodes se turbó y, con él, toda Jerusalén (Matth. //, 2-3). *Todavía hoy se repite esta escena. Ante la grandeza de Dios, ante la decisión, seriamente humana y profundamente cristiana, de vivir de modo coherente con la propia fe, no faltan personas que se extrañan, y aun se escandalizan, desconcertadas. Se diría que no conciben otra realidad*

que la que cabe en sus limitados horizontes terrenos. Ante los hechos de generosidad, que perciben en la conducta de otros que han oído la llamada del Señor, sonríen con displicencia, se asustan o —en casos que parecen verdaderamente patológicos— concentran todo su esfuerzo en impedir la santa determinación que una conciencia ha tomado con la más plena libertad.

Yo he presenciado, en ocasiones, lo que podría calificarse como una movilización general, contra quienes habían decidido dedicar toda su vida al servicio de Dios y de los demás hombres. Hay algunos, que están persuadidos de que el Señor no puede escoger a quien quiera sin pedirles permiso a ellos, para elegir a otros; y de que el hombre no es capaz de tener la más plena libertad, para responder que sí al Amor o para rechazarlo. La vida sobrenatural de cada alma es algo secundario, para los que discurren de esa manera; piensan que merece prestársele atención, pero sólo después que estén satisfechas las pequeñas comodidades y los egoísmos humanos. Si así fuera, ¿qué quedaría del cristianismo? Las palabras de Jesús, amorosas y a la vez exigentes, ¿son sólo para oírlas, o para oírlas y ponerlas en práctica? El dijo: sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Matth. V, 48).

Nuestro Señor se dirige a todos los hombres, para que vengan a su encuentro, para que sean santos. No llama sólo a los Reyes Magos, que eran sabios y poderosos; antes había enviado a los pastores de Belén, no ya una estrella, sino uno de sus ángeles (cfr. Luc. //,

9). Pero, pobres o ricos, sabios o menos sabios, han de fomentar en su alma la disposición humilde que permite escuchar la voz de Dios ¹.

A MI me da mucha pena decir esto, pero... ¡en cuántas ocasiones es la familia, son los amigos, son los parientes los que se oponen a la vocación de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a todas las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de su hijo, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes, y hacen una labor de tercería, sucia. Os digo esto, no para escandalizaros, sino para que andéis prevenidos: porque esa actitud la hacen incluso compatible con un ambiente de familia que llaman cristiano. ¡Qué pena! (...).

Hijos míos, también en la vida de hoy se da a veces esta escena que narra el Evangelio: personas que destruyen con su lengua —porque no tienen el poder de Herodes—, no una criatura, sino cientos de criaturas; y envenenan la juventud con una reacción diabólica, que es más o menos la que tuvo Herodes cuando comprendió, a su manera, que había un Niño que era Dios (...).

¿Y qué haréis cuando a lo largo de vuestra vida sintáis ese obstáculo, esa congregación de falsarios que pin-

chan, que adoctrinan, que oscurecen —es el tono de la doctrina de ellos— la luz de Dios; que quieren que las almas cierren los ojos para que no crucen la mirada con Cristo? ¿Qué haremos? Rezar, rezar. Rezar, trabajando con sentido sobrenatural en la vocación de aquella alma y de otras, en las encrucijadas de la vida. Y pensar que —omnia in bonum!— Dios Nuestro Señor se sirve de todos esos obstáculos para purificar, para mejorar y ennoblecer las vocaciones desde el principio ².

En estos casos, pocos, en que la familia de sangre no entiende nuestra dedicación a Dios en la Obra, es preciso que —junto a la fidelidad firme a las exigencias de la llamada divina— pongamos de nuestra parte todo el esfuerzo necesario —con oración, sacrificio personal y detalles de cariño—, de modo que las familias comprueben que en el Opus Dei tenemos nuestro corazón y nuestra felicidad, y que la vocación divina que hemos recibido nos lleva a quererles más y mejor. El primer paso para acercar a vuestras familias a la Obra —decía siempre nuestro Padre—, es que os vean contentos, felices, seguros en la vocación ³.

LA NOTICIA que traían los Magos corrió por Jerusalén como un relámpago, de puerta en puerta, de casa en casa. En las almas que anhelaban la llegada

(2) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

(3) De nuestro Padre.

(1) Es Cristo que pasa, n. 33.

del Mesías se avivó la esperanza. Pero Herodes consideró la nueva de muy distinta manera. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó en dónde había de nacer el Cristo. Y ellos respondieron: en Belén de Judá, que así está escrito en el Profeta (Matth. //, 4-5). *Aquí tienes toda la aparente ciencia de aquellos tiempos, puesta al servicio de la iniquidad de Herodes. Hijos míos de mi alma: para seguir a Jesús no bastan todos los conocimientos de la ciencia. La ciencia no es un estorbo: es un medio estupendo, pero insuficiente. Además hace falta el asentimiento amoroso del hombre. Herodes debió de ser el primero en saber el lugar donde había nacido Jesús, pero le odia. Y la ciencia le va a servir para preparar un plan malvado que acabará en toda aquella hecatombe: aquel martirio de tantos niños, de tantos inocentes.*

Nosotros necesitamos tener toda la ciencia humana. En el Opus Dei vamos a que en todas las actividades intelectuales haya almas dedicadas a Dios, que empleen las armas de la ciencia en servicio de la humanidad y de la Iglesia. Porque nunca faltarán en el mundo nuevos Herodes que intenten aprovechar, incluso falseándolos, los conocimientos científicos para perseguir a Cristo y a los que son de Cristo. ¡Qué gran labor tenéis por delante, mis hijos! ¡Qué envidia me dais, porque sois jóvenes y tenéis tanto que hacer!⁴.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente el tiempo en que la estrella se les apareció. Y encaminándolos a Belén, les dijo: id e informaos puntualmente de lo que hay sobre ese niño y, cuando le halléis, avisadme para que yo vaya también a adorarlo⁵.

La astucia y la hipocresía son las armas con las que Herodes pensaba vanamente destruir al que es la Luz, la Verdad y la Vida. Lo había predicho el profeta: *corren sus pies tras el mal, y se da prisa en derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad, y a su paso deja el estrago y la ruina⁶.*

De nada sirvió la furia homicida de Herodes. Dios tenía unos planes de salvación que no podían dejar de cumplirse por la ambición y la iniquidad de una criatura. Cuando los soldados llegaron a Belén, ya la familia de José —avisado en sueños por un Ángel— había abandonado la ciudad, huyendo de la cólera del rey de Palestina. María, con el Niño en brazos, caminaba a lomos de un borriquillo; y José, a su lado, conducía las riendas con mano segura por el camino de Egipto.

(5) *In Epiph. Dom., Ev. (Matth II, 7-8).*

(6) *Isai. LIX, 7.*

44.

5 DE ENERO

—La desaparición de la estrella de los Magos: fe en la vocación, serenidad.

—Docilidad para ponerse en manos de los Directores.

—La alegría de los Magos al encontrar de nuevo la estrella.

*VIMOS en Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle*¹. Esta es la razón que dan los Magos para explicar su presencia en Jerusalén, tan lejos de su lugar de origen.

Habían emprendido el camino, no exento de renunciaciones, con firmeza y generosidad. Habían andado ya muchas leguas y conocían el cansancio, pero bastaba contemplar la estrella para dar por bien empleados todos sus esfuerzos. Iban con el único fin de adorar, de ofrecer presentes: un afán que, teniendo que superar tantos obstáculos, no puede surgir ni prolongarse sin que sea Dios mismo quien dé la gracia necesaria para llevarlo a cabo.

Hasta entonces, buena parte de esa ayuda divina discurría a través de la visión constante de la estrella. No importaba si los demás no la veían como ellos. Era suficiente, al cabo de una nueva jornada, detenerse breves instantes y mirar hacia el cielo, pa-

(1) *In Epiph. Dom., Ev. (Matth. II, 2).*

ra ver que la estrella con su brillo animaba a seguir el camino sin desmayos.

Al llegar cerca de Jerusalén la estrella desaparece misteriosamente, y los Magos se sienten indecisos. No advertimos en ellos, sin embargo, desaliento alguno, porque eran hombres acostumbrados a vencer dificultades o quizá porque el largo camino había reafirmado su decisión y les había hecho comprender el valor de la paciencia. O más bien porque entendieran que El mismo que les había hecho ver la estrella, podía también hacer que se ocultara. El caso es que todo el relato evangélico respira serenidad, y la actitud de estos hombres es una gran lección para nosotros. Serenidad ante las dificultades, fe en la vocación, sentido común; cosas todas para poner por obra diariamente. Porque bien sabemos que el Señor *no se fija, para invitar a un alma a una vida de plena coherencia con la fe, en méritos de fortuna, en nobleza de familia, en altos grados de ciencia. La vocación precede a todos los méritos (...).*

*La vocación es lo primero; Dios nos ama antes de que sepamos dirigirnos a El, y pone en nosotros el amor con el que podemos corresponderle. La paternal bondad de Dios nos sale al encuentro (cfr. Ps. LXXVIII, 8). Nuestro Señor no sólo es justo, es mucho más: misericordioso. No espera que vayamos a El; se anticipa, con muestras inequívocas de paternal cariño*².

(2) *£5 Cristo que pasa, n. 33.*

*SI LA vocación es lo primero, si la estrella luce de antemano, para orientarnos en nuestro camino de amor de Dios, no es lógico dudar cuando, en alguna ocasión, se nos oculta. Ocurre en determinados momentos de nuestra vida interior, casi siempre por culpa nuestra, lo que pasó en el viaje de los Reyes Magos: que la estrella desaparece*³.

Nuestro Padre nos advirtió claramente de esta posibilidad, para que no nos sorprendiésemos si alguna vez se da en nuestra vida. *¡Cuántas veces pasa esto con las almas! Es una prueba que Dios nos manda. Parece como si de repente se nublara nuestro horizonte espiritual; pero vemos con claridad el camino, no podemos negar, de ningún modo, que hemos recibido la luz soberana de la vocación. Y, quizá por el polvo que levantamos en el camino —esa nube de pequeneces que nuestras miserias alzan—, el Señor retira la luz de su estrella y nos quedamos vacilantes. ¿Qué hacer entonces? Lo que hacen estos hombres: preguntar a los sabios, preguntar a la autoridad*⁴.

Los Magos no ceden a la tentación de considerar que lo que les pasa no puede entenderlo nadie. Al contrario, se confían sin pensar siquiera que alguien vaya a extrañarse de sus preguntas. No en vano han llegado hasta allí, pues ponen de manifiesto tan gran visión sobrenatural. Pero también hacen

gala de un sentido común considerable: ¿qué cosa más natural que buscar con ahínco el camino que traían? Hubiera sido pueril, al cabo del tiempo, echar por la borda los anteriores esfuerzos, hacer estériles sus mejores horas, las que anduvieron con la ilusión de la estrella. No hubiera sido justo —consigo mismo tampoco— volver a casa sólo porque habían perdido aquella guía. Y acertaron, pues el Señor no andaba lejos.

*¿Dónde está el nacido Rey de los judíos?*⁵. Los sabios de Israel consultaron los Libros Sagrados, y les dieron respuesta: *en Belén de Judá, que así está escrito en el Profeta...*⁶.

Vosotros, hijos míos, tenéis a vuestros Directores que son los que, con luz de Dios, tienen la ciencia necesaria para saber dirigiros. Si alguna vez perdéis subjetivamente aquella luz primitiva, y se quiere meter en vuestra alma, de modo diabólico, la duda sobre vuestra vocación, rechazadla inmediatamente, acudid a vuestros Directores y... ¡adelante!

*Sabéis que son tres los puntos, que han de permanecer intangibles: la fe, la santa pureza, la vocación. Fe, pan, palabra, digo yo. Y es el Director quien tiene la palabra de Dios. Obedeced, y, cuando el Señor quiera —si viene a vosotros esta oscuridad aparente—, enseguida brillará de nuevo la estrella*⁷.

(5) *In Epiph. Dom., Ev. (Matth. II, 2).*

(6) *Ibid.*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(3) *ES Cristo que pasa*, n. 34.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

SIGUIENDO las indicaciones de la autoridad, los Magos reemprendieron el camino. *Et ecce stellam quam viderant in Oriente antecedeabat eos*⁸ —y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos. De nuevo la claridad en los ojos y en la mente, la alegría en el corazón, la ilusión renovada en la voluntad. Empezaron a obedecer, y volvió la luz momentáneamente perdida. Fue el premio a su docilidad, a no haber dialogado con las tentaciones del camino.

Videntes autem stellam, gavisi sunt gaudio magno valde (Matth. //, 10); *al ver de nuevo la estrella, se llenaron de un gozo grandísimo. Se alegran con esa alegría inmensa, porque han hecho lo que debían; y se alegran porque tienen la seguridad de que van hasta el Rey que acaba de nacer*⁹.

La caravana sigue su andar, ahora apresurado, hacia Belén, ligeros sus pies en la fatiga. Atrás queda, con las primeras luces del alba, la curiosidad de las gentes, el ajeteo de los mercaderes, la ambición de Herodes, los malos ratos del camino. *Los que no dudaron nunca, reciben del Señor la prueba de que la estrella no había desaparecido: dejaron de contemplarla sensiblemente, pero la habían conservado siempre en el alma. Así es la vocación del cristiano: si no se pierde la fe, si se mantiene la esperanza en Jesucristo que estará con nosotros hasta la consumación de los si-*

(8) In Epiph. Dom., Ev. (Matth. II, 9).

(9) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

glos (Matth. XXVIII, 20), *la estrella reaparece. Y, al comprobar una vez más la realidad de la vocación, nace una mayor alegría, que aumenta en nosotros la fe, la esperanza y el amor*¹⁰.

De pronto, en un recodo, surgió la ciudad de David: pequeñas casas en desorden, olivos centenarios de hojas grises y brillo plateado. Y la estrella, *llegando sobre el lugar donde se hallaba el Niño, se paró*¹¹. Habían acabado el largo camino; estaban ya junto a Jesús. Y entrando en la casa, encontraron al Niño con María, su Madre; y postrándose de rodillas, le adoraron (Matth. //, 11). Y tú y yo —comentaba nuestro Padre— *nos ponemos también de rodillas delante de Jesús Niño, de ese Dios escondido en la humanidad, y le adoramos, y le decimos que no queremos perder su estrella, que no queremos apartarnos nunca de El, que quitaremos de nuestro camino todo lo que sea estorbo para serle fieles, que seremos dóciles a sus llamadas*¹².

Y después de haber sido felices en la tierra, seremos felices en el Cielo; y encontraremos como los Magos a Jesús con María, su Madre¹³.

(10) £5 Cristo que pasa, n. 35.

(11) In Epiph. Dom., Ev. (Matth. II, 9).

(12) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(13) In Epiph. Dom., Ev. (Matth. II, 11).

45.

6 DE ENERO(*)

- El cariño de la Familia de Nazaret.
- El cariño fraterno en nuestra vida de familia.
- La corrección fraterna, manifestación de cariño a nuestros hermanos.

EN ESTOS días pasados junto al Portal de Belén, hemos contemplado el misterio de Dios hecho Niño, acogido en un establo donde le hicieron sitio —según la tradición popular— una muía y un buey. Bien se preocupó José de buscar mejor alojamiento, un lugar más seguro y cómodo, pero *non era't eis locus in diversorio*¹ —no hubo lugar para ellos en el mesón. Y la Virgen y San José tuvieron que conformarse con aquel establo.

Poco era para ofrecer a su Dios, al hijo de María. Si hubieran podido, habrían llenado a Jesús de tales cuidados como jamás se han visto en los palacios de los reyes. Pero para compensarlo todo está el amor, la caridad, que es la fuente de la auténtica alegría. El amor de María y José tuvo ocasión de purificarse y hacerse patente, cuando pasaron por el dolor de no poder ofrecer a Cristo lo que hubieran deseado; pero le cuidaron con inmenso cariño. *Yo lo adivino reco-*

gido en contemplación —escribía nuestro Padre refiriéndose concretamente a San José—, *protegiendo con amor al Hijo de Dios que, hecho hombre, le ha sido confiado a sus cuidados paternos. Con la maravillosa delicadeza del que no vive para sí mismo, el Santo Patriarca se prodiga en un servicio tan silencioso como eficaz*².

Después, una vez pasado el aflujo de forasteros, pudieron encontrar probablemente un lugar mejor para el recién nacido, quizá una casa pequeña y pobre en la ciudad de Belén. Y allí permanecerían una temporada, con la paz y el gozo de su vida de familia, continuada más tarde en Egipto y en Nazaret.

*Una sola cosa pido al Señor, y ésa procuro: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida*³. Las palabras del salmista expresan una de las aspiraciones más hondas del cristiano en estos días: vivir en presencia de la Sagrada Familia, y contemplar una vez más el misterio: *Dios, a quien están sujetos los ángeles, a quien los principados y potestades obedecen, estaba obediente a María, y no sólo a María, sino a José también por María*⁴.

Durante los años de su vida oculta, Jesucristo obedecía a la Virgen y al Santo Patriarca como obe-

(*) Cuando Epifanía se celebra el 7 de enero.

(1) Luc. II, 7.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 38.

(3) Ps. XXVI, 4.

(4) San Bernardo, *Homilía super "Missus est"* 1, 7.

decen los buenos hijos a sus padres. En la pequeña aldea de Nazaret, Jesús, María y José vivieron como una familia más —una familia de artesanos—, que únicamente se distinguía por el amor que allí reinaba.

LA CONSIDERACIÓN del Verbo hecho hombre nos enciende en amor a Dios, y a la vez en amor a nuestros hermanos, porque son otros Cristos, el mismo Cristo, y en ellos amamos al Señor. El mismo lo ha dicho: *en verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*⁵.

El amor fraterno no es distinto del amor a Cristo; los dos van unidos de tal manera que, en un acto cualquiera de fraternidad, el corazón no puede distinguir si se trata de servicio a Dios o de servicio a los hermanos. *¡Es hacerlo dos veces por Dios!*⁶.

Colaborar activamente en la santidad de quienes conviven con nosotros, forma parte de nuestra propia santificación. *Tenemos este mandamiento de Dios, que quien ama a Dios, ame también a su hermano*⁷. Amar a nuestros hermanos es amar a Dios, amar a Cristo que vive en ellos. Y, porque Cristo es

(5) *Matth.* XXV, 40.

(6) De nuestro Padre, Crónica VII-56, p. 7.

(7) *I Ioann.* IV, 21.

perfectus Deus, perfectus homo, además de las pruebas de cariño sobrenatural —la corrección fraterna, la oración y la mortificación—, hemos de tener con nuestros hermanos detalles de cariño humano que contribuyan a *hacerles la vida —el camino de Dios en la tierra— más amable*⁸, como el Señor desea para sus hijos. Considerar, por ejemplo, qué atenciones pueden estimar más, cuáles son sus gustos, qué temas prefieren tratar en la conversación, para después, con sencillez y naturalidad, sin que lo noten, contentarles.

*Llevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo*⁹. Esta consecuencia podemos sacar hoy de la contemplación del misterio de Belén; que sirvamos a nuestros hermanos con cariño, ayudándoles en todo; que no les falte nunca la protección de una caridad fina y atenta, *vínculo de fraternidad, fundamento de paz, tenacidad y firmeza en la unión*¹⁰; que haya siempre en nuestros Centros el calor de hogar que el Señor encontró en San José y en Santa María.

Esa caridad fraterna protege y ayuda, porque *el amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable, indestructible*¹¹; no se detiene ante el sacrificio. *Que os sepáis fastidiar alegre y discretamente*

(8) De nuestro Padre, n. 123.

(9) *Galat.* VI, 2.

(10) San Cipriano, *De bono patientiae* 15.

(11) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 9, 3.

*para hacer agradable la vida a los demás, para hacer amable el camino de Dios en la tierra. Este modo de proceder es verdadera caridad de Jesucristo*¹². Viva-
mos para los demás, olvidados de nosotros mismos. En la medida en que lo conseguimos, Jesucristo vive en nosotros. La caridad fraterna es camino hacia la santidad: *no hay otro que mejor nos lleve al Cielo, ni que mejor nos haga imitadores de Cristo, y, en cuanto cabe, semejantes a Dios*¹³.

LA OBRA es una gran familia de vínculo sobrenatural y, desde que el Señor nos ha llamado, como en la casa de Nazaret, *ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Que si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos*¹⁴. No tenemos más preocupación que la de ser buenos y fieles, y ayudar a los demás a santificarse, empezando por nuestros hermanos. Y esta necesidad que tenemos todos de ser ayudados dentro del calor de una familia, ha dado ocasión a la corrección fraterna, con la que nos ayudamos a perseverar y a santificarnos.

La advertencia que nos hacemos unos a otros es espléndida y de gran provecho, pues nos une a la Vo-

*luntad de Dios*¹⁵. La práctica de la corrección fraterna está impregnada de espíritu sobrenatural. La hacemos con amor y sentido de responsabilidad, y la recibimos con agradecimiento y alegría.

Cuando vamos a corregir a nuestro hermano, hemos de tener muy presente que *la corrección fraterna debe estar llena de delicadeza en la forma y en el fondo, dándonos cuenta de que en aquel momento somos instrumentos de Dios*¹⁶. Al recibir la corrección fraterna, el sentido sobrenatural nos lleva a reconocer el propio defecto y el cariño de nuestros hermanos al ayudarnos. Por consiguiente, sin justificaciones ni excusas, nos dispondremos prontamente a poner los medios necesarios para enmendarnos: el examen general o incluso el particular, las industrias humanas, la oración y, si hace falta, hablar de esa corrección con quien hace cabeza.

El que ama la corrección ama la sabiduría", dice el Espíritu Santo. La corrección fraterna recibida con humildad y gratitud, hace sentir el gozo íntimo de saberse queridos por Dios y por nuestros hermanos, que no nos abandonan, que nos corrigen *no para herir, sino por el deseo de que mejoremos*¹⁸.

*¿Cómo vives esa caridad con tus hermanos, sin bo-
badas, sin contemplaciones? ¿Cómo recibes la correc-*

(12) De nuestro Padre, Crónica 11-57, pp. 38-39.

(13) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 11, 5.

(14) *Rom.* XIV, 7-8.

(15) San Clemente Romano, *Epístola ad Corinthios* 56, 2.

(16) De nuestro Padre.

(17) *Prov.* XII, 1.

(18) San Agustín, *Sermo* 82, 4.

*ción fraterna? ¿Con qué valentía, nobleza y espíritu sobrenatural la haces?*¹⁹. Precisemos así los propósitos de nuestra oración de hoy, para contribuir con esta manifestación de caridad a que haya siempre en nuestros Centros el ambiente que tuvo el hogar de la Sagrada Familia.

Pidamos a Santa María que nos ayude a practicar y recibir con agradecimiento esa corrección fraterna que nuestro Padre ha dispuesto en la Obra como un gran medio de formación, y que nos une cada vez más con Dios y con nuestros hermanos.

(19) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.



46.

7 DE ENERO (*)

—La vida de oración es un diálogo continuo y amistoso con el Señor.

—La pureza de alma es necesaria para mantener este diálogo.

—Nuestras flaquezas e imperfecciones no deben apartarnos de la oración.

SE HA hecho tan pequeño —ya ves: ¡un Niño!— para que te le acerques con confianza¹.

Jesucristo desea que nos acerquemos a El, sin que la consideración de su grandeza detenga la audacia y ternura de nuestro amor. Es el Hijo de Dios vivo; le confesamos *Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, consustancial al Padre²*. Y sin embargo, movido por el amor, ha querido compartir nuestra pobre condición humana, y *por su encarnación y nacimiento se ha hecho presente entre nosotros³* para que le tratemos. *Toda la vida de Jesús no es más que un maravilloso diálogo, hijos míos, una estupenda conversación con los hombres **.

A lo largo de las páginas del Evangelio des-

(*) Cuando la Epifanía se celebra el 8 de enero.

(1) *Camino*, n. 94.

(2) *Ordo Missae (Symb. nic.-const.f.*

(3) *Ad Laudes, Preces.*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 7.

cubrimos ese maravilloso diálogo de que nos habla nuestro Padre: diálogo con Santa María, con los Apóstoles, con todos... *A nadie niega Jesús su palabra, y es una palabra que sana, que consuela, que ilumina. ¡Cuántas veces he meditado y he hecho meditar ese modo del apostolado de Cristo, humano y divino al mismo tiempo, basado en la amistad y en la confidencia!*⁵.

Para cada uno de nosotros, ese diálogo con Cristo se materializa en nuestros ratos de oración personal, que hemos de cuidar cada mañana y cada tarde, esforzándonos diariamente. Hacer oración no es un ejercicio difícil, porque Jesús *no nos hace esperar, no hay que hacer antesala: es El quien aguarda. Basta con que digas: ¡Señor, quiero hacer oración, quiero tratarte!, y ya estás en la presencia de Dios, hablando con El. Por si fuera poco, no te acerca el tiempo: lo deja a tu gusto. Y esto, no durante diez minutos o un cuarto de hora. ¡No!, ¡horas, el día entero! Y El es quien es: el Omnipotente, el Sapientísimo.*

Hijos míos —insiste nuestro Padre—, si dais vueltas a estas consideraciones, veréis que se os llenará el alma de alegría. Podéis y debéis tratar a Dios Nuestro Señor, que os espera, que os dedica el tiempo que queráis, que os dará sus inspiraciones y que se servirá también de vuestros Directores, cuando os venga la du-

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 10.

*da, cuando queráis confirmar algún pensamiento, alguna moción sobrenatural*⁶.

Hemos de aprender de Jesús ese trato y ese amor a todos los hombres. Pero para eso es necesario hablar al Señor en la intimidad de la oración, con la confianza que El nos muestra, correspondiendo a su deseo de que nos acerquemos a El, de que le tratemos.

JESUCRISTO, hijos míos, nos da ejemplo y nos enseña a hacer oración. Se retiraba de los que le seguían, en una ocasión hasta por cuarenta días consecutivos, e invocaba a su Padre. Y eso siempre: antes de los grandes milagros y durante el caminar presuroso de aldea en aldea; antes de sufrir la Pasión y durante todos aquellos tormentos de su Muerte. ¿Veis cómo procura que los evangelistas nos hablen de su oración a Dios Padre?

*Tú y yo queremos alcanzar la santidad: para eso hemos venido al Opus Dei. Y para eso es necesario que nos identifiquemos con Cristo, que nos revistamos de Cristo: induimini Dominum Iesum Christum (Rom. XIII, 14). Todos hemos de ser ipse Christus, hijos de mi alma: el mismo Cristo; pero cada uno tiene que ver cómo se pone ese vestido de que habla el Apóstol; cada uno, personalmente, tiene que dialogar con el Señor*⁷.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-11-1963.

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-11-1963.

Para un apóstol, la oración es una necesidad ineludible. *No tenemos otro remedio. Ante cada jornada que iniciamos para trabajar junto a Cristo, para atender a las almas que le buscan, no nos queda otro camino que acudir al Señor: solamente en la oración aprenderemos a servir a las almas.*

Por tanto, ¿qué haremos tú y yo? Tratar mucho al Señor, buscarle, como Pedro, para tener una conversación íntima con El. Fíjate bien que digo conversación: diálogo de dos, cara a cara, sin esconderse en el anonimato. Necesitamos de esa oración personal, de esa intimidad, de ese trato directo con Dios Nuestro Señor⁸.

El progreso en la oración depende de la pureza del alma, de la rectitud interior. Pureza de conciencia: porque las indelicadezas habituales con el Señor, el pecado venial deliberado, son siempre obstáculo para el trato con Dios. Pureza de corazón: pues un corazón dividido por tendencias desordenadas, o apegado a alguna criatura, ¿cómo puede abrirse con sinceridad? Pureza de mente, para evitar toda apreciación que sea fruto del egoísmo o del orgullo, cualquier idea o divagación que impida mantener la presencia de Dios. Pureza de los sentidos, porque no podríamos recogerlos después, si descuidásemos su vigilancia durante la jornada: *que tu voluntad exija a los sentidos, mediante la expiación, lo que las otras potencias le niegan en la oración⁹.*

(8) De nuestro Padre, Meditación, 25-11-1963.

(9) Camino, n. 222.

Esta es la pureza de alma —fruto de una lucha constante— que necesitamos para hablar con el Señor, con afecto de amigo, con abandono de hijo. *La oración depende del amor¹⁰.* La oración, diálogo divino, requiere una decidida actitud de amor, una clara rectitud de intención y de vida.

NADA debe interrumpir nuestro coloquio continuo con el Señor. *Que tus faltas e imperfecciones, y aun tus caídas graves, no te aparten de Dios. —El niño débil, si es discreto, procura estar cerca de su padre¹¹.* No hay mejor medio para rectificar que la oración, pues si el diálogo es consecuencia del amor, el trato es también su principio, y, por eso, es el camino para recomenzar después de toda flaqueza. Ese *descorazonamiento que te producen tus faltas de generosidad, tus caídas, tus retrocesos —quizá sólo aparentes— te da la impresión muchas veces de que has roto algo de subido valor (tu santificación).*

No te apures: lleva a la vida sobrenatural el modo discreto que para resolver conflicto semejante emplean los niños sencillos.

Han roto —por fragilidad, casi siempre— un objeto muy estimado por su padre. —Lo sienten, quizá lloran, pero... van a consolar su pena con el dueño de la cosa inutilizada por su torpeza..., y el padre olvida el valor

(10) Pseudo Macario, *Homiliae* 40, 1.

(11) Camino, n. 880.

—*aunque sea grande— del objeto destruido, y, lleno de ternura, no sólo perdona, sino que consuela y anima al chiquitín. —Aprende*¹².

El diálogo con el Señor —nos explica nuestro Padre— *no consiste en hacer discursos bonitos. Oración es, a veces, una mirada a una imagen del Señor o de su Madre; otras veces, es una petición con palabras; otras, las buenas obras, los resultados de la fidelidad. Como el soldado que está de guardia, así hemos de estar nosotros a la puerta de Dios Nuestro Señor: y eso es oración. O como está el perrillo a los pies de su amo. No os importe decírselo a veces: Señor, aquí me tienes, como un perro fiel; o mejor, Señor, como un borriquito que no dará cocas a quien le quiere*¹³.

A Santa María y a nuestro Padre y Señor San José hemos de pedir que nos enseñen a tratar a Jesús, a encontrarle en las mil circunstancias ordinarias de nuestra vida, a decirle algo amable y delicado, a mantener siempre con El el coloquio que enamora el alma, que limpia, que substraer de la atmósfera agobiante del egoísmo, que nos abre el camino hacia la unión con Dios.

47.

EPIFANÍA DEL SEÑOR (I) (*)

—Los Magos, primicias de la conversión de las gentes.

—Es preciso extender la Redención, llevarla a todas las almas.

—Para ser corredentores, hemos de dejar que Cristo viva en nosotros.

NO HACE mucho, he admirado un relieve en mármol, que representa la escena de la adoración de los Magos al Niño Dios. Enmarcando ese relieve, había otros: cuatro ángeles, cada uno con un símbolo: una diadema, el mundo coronado por la cruz, una espada, un cetro. De esta manera plástica, utilizando signos conocidos, se ha ilustrado el acontecimiento que conmemoramos hoy: unos hombres sabios —la tradición dice que eran reyes— se postran ante un Niño, después de preguntar en Jerusalén: ¿dónde está el nacido rey de los judíos? (Matth. II, 2)¹.

Epifanía quiere decir manifestación. Y hoy la Iglesia celebra la manifestación del Señor al mundo entero. Después de darse a conocer a los pastores, se revela a los Magos, primicias de la gentilidad, de suerte que la Epifanía es una afirmación de la voluntad salvífica universal de Dios. El Niño recién nacido

(12) *Camino*, n. 887.

(13) De nuestro Padre, *Crónica* 1970, p. 754.

(*) 6 de enero, o domingo entre el 2 y 8 de enero.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 31.

es ciertamente el Mesías prometido a los israelitas; pero su misión redentora se extiende a toda la humanidad. El es el nuevo Adán que, *apareciendo en la condición de nuestra mortalidad, nos ha regenerado con la nueva luz de su inmortalidad*².

En la adoración de los Magos, vemos representadas a millones de almas de toda lengua y nación que se ponen en camino, llamadas por Dios, para adorar a Jesucristo. Este es el sentido pleno que nos ofrece la profecía de Isaías: *¡levántate, Jerusalén, resplandece!, que ya se alza tu luz y se levanta sobre ti la gloria del Señor*³. El profeta dirige su voz a la ciudad santa, figura de la Iglesia, la nueva Jerusalén, *luz de las naciones*. De todas partes vendrán reyes y pueblos, atraídos por los destellos de su gloria. Madre y Maestra de todos los pueblos, la Iglesia los acoge en su seno, y los presenta como preciada dote a Cristo, su Esposo.

Sabemos que todo esto comenzó a realizarse —dice San León Magno—, desde que una estrella condujo —trayéndolos de tierras lejanas— a tres Magos para que conociesen y adoraran al Rey del cielo y de la tierra. La sumisión de los Magos se nos propone como modelo, de manera que, en la medida en que podamos, secundemos esta gracia que empuja a todos hacia Cristo.

Cualquiera que vive piadosa y castamente en la

(2) *Praefatio I Nativitalis.*

(3) *L. I (Isai. LX, 1).*

Iglesia, que saborea las cosas de arriba y no las de la tierra (cfr. Colos. III, 2) es, en cierto modo, semejante a esta luz celestial. Mientras conserva en sí mismo el resplandor de una vida santa, muestra a muchos —como la estrella— el camino que conduce a Dios.

*Animados por este celo, ayúdaos los unos a los otros, queridísimos, para que brilléis como los hijos de la luz (cfr. Ephes. V, 8) en el Reino de Dios, adonde se llega por la recta fe y las buenas obras*⁴.

HAN PASADO veinte siglos desde la adoración de los Magos, y ese largo desfile del mundo gentil no ha hecho aún más que comenzar.

Tras los Magos, se han sucedido pueblos y naciones enteras a los pies de Cristo. El apostolado de los primeros cristianos fue muy hondo, y extendieron la fe en el Redentor por todo el mundo conocido. Sembraron a voleo, y los frutos no se hicieron esperar. Desde entonces, nuevas gentes se acercaron, y continuaban haciéndolo, hasta Jesús y María. Del mismo modo, llegamos también nosotros, de todas las latitudes, de todas las razas y pueblos. *Levanta los ojos y mira en torno tuyo; todos se reúnen y vienen a ti; de lejos llegan tus hijos*⁵.

Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se

(4) San León Magno, *Homilía 3 in Epiphania Domini* 5.

(5) *L. I (Isai. LX, 4).*

dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina.

Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad.

Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana (cfr. Tertuliano, Apologeticus, 17), no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar⁶.

Venimos con una misión que cumplir: somos para la masa, hijos míos, para la multitud. No hay alma a la que no queramos amar y ayudar, haciéndonos todo para todos: ómnibus omnia factus sum (/ Cor. IX, 22). No podemos vivir de espaldas a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres⁷. Para eso el Señor nos ha hecho ver la estrella de la vocación, y para eso se nos exige plena generosidad en la entrega: así llegará a todas las almas la salvación que Jesucristo ha traído a la tierra.

LOS MAGOS, entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron⁸. Son las primicias de los gentiles, los representantes de todos esos millones y millones de personas que, en el curso de los siglos, se postrarían también ante el Redentor.

Ahora que han pasado casi dos mil años, mirando en torno nuestro a un mundo muy alejado de Dios, podría insinuarse la tentación del pesimismo, porque queda mucho por hacer. Pero habríamos de desecharla enseguida. ¿Es que, en veinte siglos, no se ha hecho nada? En veinte siglos se ha trabajado mucho; no me parece ni objetivo, ni honrado, el afán de algunos por menospreciar la tarea de los que nos precedieron. En veinte siglos se ha

(7) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 42.

(8) Ev. (Matth. II, 11).

(6) £5 Cristo que pasa, nn. 110-111.

realizado una gran labor y, con frecuencia, se ha realizado muy bien. Otras veces ha habido desaciertos, regresiones, como también ahora hay retrocesos, miedo, timidez, al mismo tiempo que no falta valentía, generosidad. Pero la familia humana se renueva constantemente; en cada generación es preciso continuar con el empeño de ayudar a descubrir al hombre la grandeza de su vocación de hijo de Dios, es necesario inculcar el mandato del amor al Creador y a nuestro prójimo.

Cristo nos enseñó, definitivamente, el camino de ese amor a Dios: el apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás. La vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se siente el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con El una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, rezamos en el Credo.

Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional. ¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario,

de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado⁹.

Somos los cristianos quienes ponemos obstáculos al querer redentor de Jesús, porque a veces no sabemos comportarnos como El espera. Por eso, en este día grande, miramos con especial atención la escena de la Epifanía, para aprender de aquellos hombres del Oriente —personas de rango— postrados ante el Niño de Belén.

Nuestro Señor se encarnó, para manifestarnos la voluntad del Padre. Y he aquí que, ya en la cuna, nos instruye. Jesucristo nos busca —con una vocación, que es vocación a la santidad— para consumir, con El, la Redención. Considerad su primera enseñanza: hemos de corregirnos no persiguiendo el triunfo sobre nuestros prójimos, sino sobre nosotros mismos. Como Cristo, necesitamos anonadarnos, sentirnos servidores de los demás, para llevarlos a Dios.

¿Dónde está el Rey? ¿No será que Jesús desea reinar, antes que nada en el corazón, en tu corazón? Por eso se hace Niño, porque ¿quién no ama a una criatura pequeña? ¿Dónde está el Rey? ¿Dónde está el Cristo, que el Espíritu Santo procura formar en nuestra alma? No puede estar en la soberbia que nos separa de Dios, no puede estar en la falta de caridad

(9) *£5 Cristo que pasa*, nn. 121-122.

que nos aisla. Ahí no puede estar Cristo; ahí el hombre se queda solo.

*A los pies de Jesús Niño, en el día de la Epifanía, ante un Rey sin señales exteriores de realeza, podéis decirle: Señor, quita la soberbia de mi vida; quebranta mi amor propio, este querer afirmarme yo e imponerme a los demás. Haz que el fundamento de mi personalidad sea la identificación contigo*¹⁰.

Pidámosle a la Virgen que nos enseñe a ser humildes y abnegados, a no pensar nunca en nosotros mismos. Porque sólo así podrá vivir Cristo en nosotros; y sólo identificados con el Señor será eficaz nuestra labor corredentora.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 31.

48.

EPIFANÍA DEL SEÑOR (II)

—Como en el caso de los Reyes Magos, también nuestra vida está gobernada por una lógica divina.

—Las dificultades que puedan presentarse en el camino se resuelven con esa lógica de Dios.

—Pedir perdón al Señor por las veces que nuestras miserias nos han apartado de El.

UBI est qui natus est rex Iudaeorum? (Matth. //, 2). *Apenas ha nacido Cristo, y ya se reconoce su realeza: ¿dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer? Van a adorarle unos hombres venidos del Oriente, gente poderosa —quizá eran príncipes o sabios— que se deja arrastrar por una señal externa que no parece un motivo suficientemente razonable. Han recibido una llamada, un mensaje no muy preciso: el fulgor extraordinario de una estrella. Pero no se resisten. Desde el punto de vista humano, parece un poco ilógico que se pongan en camino, afrontando un viaje por rumbos desconocidos, y más aún que pregunten en Jerusalén, donde reinaba otro: ubi est rex Iudaeorum?, ¿dónde se encuentra el Rey de los judíos?*

Hay también muchas cosas ilógicas en vuestra vida y en la mía, hijos de mi alma. También nosotros hemos visto una luz, también nosotros hemos escuchado una llamada, también nosotros hemos compartido con esos hombres una inquietud que nos ha llevado a to-

mar determinaciones que, a los que nos querían, a los que estaban a nuestro lado, quizá no les parecían razonables. Desde el punto de vista humano, tenían razón; pero tú y yo, hijo mío, podríamos decir: vidimus stellam eius... (IbidJ, que hemos visto su estrella y hemos venido a adorarle.

¿Quién es capaz de precisar cómo se toma la primera decisión de entrega, cuándo nace esa primera ingenuidad y —vuelvo a repetir— esa falta de lógica? Una entrega —yo tengo mi experiencia, y cada uno de vosotros tiene la suya— que hay que renovar cada instante, cada día y, en ocasiones, muchas veces al día, perdido quizá ya el candor de los primeros momentos. Porque nos hemos acercado a Cristo y hemos sentido latir fuerte, fuerte, su Corazón, y hemos llegado a gustar de esas delicias tuyas, que son estar El con los hijos de los hombres (Prov. VIH, 31); por todo eso sabemos lo que vale el amor de Dios.

Sí, hay que renovar la entrega; hay que volver a pronunciar: Señor, te amo, y decirlo con toda el alma. Aunque la parte sensible no responda, se lo diremos con el calor de la gracia y con la voluntad nuestra: Jesús mío, Rey del universo, te amamos.

Quiero insistir en la falta de lógica humana que se ve a lo largo de estos cuarenta y dos años de historia nuestra. Hemos encontrado, hijos, al Herodes que ha querido matar esta gran realidad divina —no es ilusión— de nuestra vida, que nos ha hecho cambiar del todo. También la Obra ha encontrado, más de una

vez, a Herodes en su camino. Pero ¡tranquilos, tranquilos! No hemos dejado tantas cosas —los Magos hicieron lo mismo, abandonando incluso el lugar de su residencia, donde tenían quizá poder y eran considerados como personas de mucha categoría—; no hemos dejado nuestros intereses personales por una nimiedad. Ahora sabemos muy claramente que el motivo divino, que nos inquietó y nos arrancó de nuestra poltronería, es un motivo que vale la pena. ¡Vale la pena!: nos conviene ser fieles; nos conviene tener tanto amor, que en nuestra vida no quepa el temor¹.

CADA uno, en el fondo de su conciencia, después de confesar: Señor, te pido perdón de mis pecados, puede dirigirse a Dios con confianza absoluta, filial; con la confianza que merece este Padre que —no me canso de repetirlo— nos ama a cada uno de nosotros como una madre a su hijo... Mucho más, no como; mucho más que una madre a su hijo y que un padre a su hijo primogénito. Es ése el momento de decir a este Dios poderosísimo, sapientísimo, Padre nuestro, que nos ha amado, a cada uno, hasta la muerte y muerte de cruz, que no perderemos la serenidad aunque las cosas, en apariencia, vayan empeorando. Nosotros, hijos, sigamos adelante en nuestro camino, tranquilos, porque Dios nuestro Señor no permitirá que destruyan

(1) De nuestro Padre, Meditación *La lógica de Dios*, 6-1-1970.

su Iglesia, no dejará que se pierdan en el mundo las trazas de sus pisadas divinas.

Ahora, por desgracia para nosotros y para toda la cristiandad, estamos asistiendo a un intento diabólico de dismantelar la Iglesia, de quitarle tantas manifestaciones de su divina hermosura, atacando directamente la fe, la moral, la disciplina y el culto, de modo descarado hasta en las cosas más importantes. Es un griterío infernal, que pretende enturbiar las nociones fundamentales de la fe católica. Pero no podrán nada, Señor, ni contra tu Iglesia, ni contra tu Obra. Estoy seguro.

Una vez más, sin manifestarlo en voz alta, te pido que pongas este remedio y aquel otro. Tú, Señor, nos has dado la inteligencia para que discurramos con ella y te sirvamos mejor. Tenemos obligación de poner de nuestra parte todo lo posible: la insistencia, la tozudez, la perseverancia en nuestra oración, recordando aquellas palabras que Tú nos has dirigido: pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirá (Matth. VII, 7).

Han llegado los Magos a Belén. Los evangelios apócrifos, que merecen de ordinario una consideración piadosa, aunque no merezcan fe, cuentan cómo ponen sus dones a los pies del Niño; cómo le adoran sin recatarse, cuando encuentran al Rey que están buscando, no en un palacio real, ni rodeado de numerosa servidumbre, sino en un pesebre, entre un buey y una mula, envuelto en unos pañales, en brazos de su Madre y de San José, como una criatura más que acaba de venir al mundo.

*San Mateo, en el pasaje de su Evangelio que hoy nos propone la Iglesia, termina diciendo: y habiendo recibido en sueños un aviso para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino (Matth. II, 12). Unos hombres extraordinarios en su tiempo, poseedores de una ciencia reconocida, hacen caso de un sueño. Otra vez es poco lógico su comportamiento. ¡Tantas cosas humanamente ilógicas, pero llenas de la lógica de Dios, hay también en nuestra vida!*².

HIJOS míos, vamos a acercarnos al grupo formado por esta trinidad de la tierra: Jesús, María, José. Yo me meto en un rincón; no me atrevo a acercarme a Jesús, porque todas las miserias mías se ponen de pie: las pasadas, las presentes. Me da como vergüenza, pero entiendo también que Cristo Jesús me echa una mirada de cariño. Entonces me acerco a su Madre y a San José, este hombre tan ignorado durante siglos, que le sirvió de padre en la tierra. Y a Jesús le digo: Señor, quisiera ser tuyo de verdad, que mis pensamientos, mis obras, mi vivir entero fueran tuyos. Pero ya ves: esta pobre miseria humana me ha hecho ir de aquí para allá tantas veces...

Me hubiese gustado ser tuyo desde el primer momento: desde el primer latido de mi corazón, desde el primer instante en el que la razón mía comenzó a ejer-

(2) De nuestro Padre, Meditación *La lógica de Dios*, 6-1-1970.

citarse. No soy digno de ser —y sin tu ayuda no llegaré a serlo nunca— tu hermano, tu hijo y tu amor. Tú sí que eres mi hermano y mi amor, y también soy tu hijo.

Y si no puedo coger a Cristo y abrazarlo contra mi pecho, me haré pequeño. Esto sí que podemos hacerlo, y cabe dentro del espíritu nuestro, de nuestro aire de familia. Me haré pequeño e iré a María. Si Ella tiene sobre su brazo derecho a su Hijo Jesús, yo, que soy hijo suyo también, tendré allí también un sitio. La Madre de Dios me cogerá con el otro brazo, y nos apretará juntos contra su pecho.

Perdonad, hijos míos, que os diga estas cosas que parecen tonterías. Pero, ¿acaso no somos contemplativos? Una consideración de éstas nos puede ayudar, si hace falta, a recobrar la vida; nos puede llenar de tantos consuelos y de tanta fortaleza.

Delante del Señor y, sobre todo, delante del Señor Niño, inerte, necesitado, todo será pureza; y veré que si bien tengo, como todos los hombres, la posibilidad brutal de ofenderle, de ser una bestia, esto no es una vergüenza si nos sirve para luchar, para que manifestemos el amor; si es ocasión para que sepamos tratar de un modo fraterno a todos los hombres, a todas las criaturas (...).

Llega el momento del coloquio, muy personal. Y hoy, una vez que Jesús Niño ha recibido el homenaje de los Magos, cógelo tú, hijo mío, en tus brazos y apriétalo contra tu pecho, de donde han nacido en tan-

tos momentos nuestras ofensas. Yo se lo digo en voz alta, de veras: no me abandones nunca, no toleres que te eche de mi corazón. Porque esto es lo que hacemos con el pecado: arrojarle de nuestra alma.

Hijos míos, ved si hay en la tierra un amor más fiel que el amor de Dios por nosotros. Nos mira por las rendijas de las ventanas —son palabras de la Escritura (cfr. Cant. //, 9)—, nos mira con el amor de una madre que está esperando al hijo que debe llegar: ya viene, ya viene... Nos mira con el amor de la esposa casta y fiel, que espera a su marido. Es El quien nos espera, y nosotros hemos sido, tantas veces, quienes le hemos hecho aguardar.

Hemos comenzado la oración pidiendo perdón. ¿No será este el momento más oportuno, hijos míos, para que cada uno digamos concretamente: Señor, ¡basta!?

Señor, Tú eres el Amor de mis amores. Señor, Tú eres mi Dios y todas mis cosas. Señor, sé que contigo no hay derrotas. Señor, yo me quiero dejar endiosar, aunque sea humanamente ilógico y no me entiendan. Toma posesión de mi alma una vez más, y fórmame con tu gracia.

Madre, Señora mía; San José, mi Padre y Señor: ayudadme a no dejar nunca el amor de vuestro Hijo³.

(3) De nuestro Padre, Meditación *La lógica de Dios*, 6-1-1970.

49.

EPIFANÍA DEL SEÑOR (III)

—En el día de hoy, el Señor espera que le presentemos nuestros dones.

—Nuestro oro y nuestro incienso: desprendimiento interior y caridad con las almas.

—La mirra es el espíritu de mortificación en las cosas pequeñas.

HAN LLEGADO los Magos a Belén. Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre, y, arrodillados, le adoraron (Matth. //, 11). *Nos arrodillamos también nosotros delante de Jesús, del Dios escondido en la humanidad: le repetimos que no queremos volver la espalda a su divina llamada, que no nos apartaremos nunca de El; que quitaremos de nuestro camino todo lo que sea un estorbo para la fidelidad; que deseamos sinceramente ser dóciles a sus inspiraciones. Tú, en tu alma, y también yo —porque hago una oración íntima, con hondos gritos silenciosos— estamos contando al Niño que anhelamos ser tan buenos cumplidores como aquellos siervos de la parábola, para que también a nosotros pueda contestarnos: alégrate, siervo bueno y fiel (Matth. XXV, 23).*

Y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (Matth. //, 11). *Detengámonos un poco para entender este pasaje del Santo Evangelio. ¿Cómo es posible que nosotros, que nada somos y nada vale-*

mos, hagamos ofrendas a Dios? Dice la Escritura: toda dádiva y todo don perfecto de arriba viene (Iacob. /, 17). El hombre no acierta ni siquiera a descubrir enteramente la profundidad y la belleza de los regalos del Señor: ¡si tú conocieras el don de Dios! (Ioann. IV, 10), responde Jesús a la mujer samaritana. Jesucristo nos ha enseñado a esperar todo del Padre, a buscar, antes que nada, el reino de Dios y su justicia, porque todo lo demás se nos dará por añadidura, y bien sabe El qué es lo que necesitamos (cfr. Matth. VI, 32-33).

En la economía de la salvación, Nuestro Padre cuida de cada alma con delicadeza amorosa: cada uno ha recibido de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra (I Cor. VII, 7). Parecería inútil, por tanto, afanarse por presentar al Señor algo de lo que El tuviera necesidad; desde nuestra situación de deudores que no tienen con qué pagar (cfr. Matth. XVIII, 25), nuestro dones se asemejarían a los de la Antigua Ley, que Dios ya no acepta: Tú no has querido, ni han sido de tu agrado, los sacrificios, las ofrendas y los holocaustos por el pecado, cosas todas que ofrecen según la Ley (Hebr. X, 8).

Pero el Señor sabe que dar es propio de enamorados, y El mismo nos señala lo que desea de nosotros. No le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: dame, hijo mío, tu corazón (Prov. XXIII, 26). ¿Veis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo.

No anda buscando cosas nuestras, repito: nos quiere a nosotros mismos. De ahí, y sólo de ahí, arrancan todos los otros presentes que podemos ofrecer al Señor '.

DÉMOSLE, por tanto, oro: el oro fino del espíritu de desprendimiento del dinero y de los medios materiales. No olvidemos que son cosas buenas, que vienen de Dios. Pero el Señor ha dispuesto que los utilicemos, sin dejar en ellos el corazón, haciéndolos rendir en provecho de la humanidad.

Los bienes de la tierra no son malos; se pervierten cuando el hombre los erige en ídolos y, ante esos ídolos, se postra; se ennoblecen cuando los convertimos en instrumentos para el bien, en una tarea cristiana de justicia y de caridad. No podemos ir detrás de los bienes económicos, como quien va en busca de un tesoro; nuestro tesoro está aquí, reclinado en un pesebre; es Cristo y en El se han de centrar todos nuestros amores, porque donde está nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón (Matth. VI, 21).

Ofrecemos incienso: los deseos, que suben hasta el Señor, de llevar una vida noble, de la que se desprenda el bonus odor Christi (II Cor. II, 15), el perfume de Cristo. Impregnar nuestras palabras y acciones en el bonus odor, es sembrar comprensión, amistad. Que nuestra vida acompañe las vidas de los

demás hombres, para que nadie se encuentre o se sienta solo. Nuestra caridad ha de ser también carino, calor humano.

Así nos lo enseña Jesucristo. La Humanidad esperaba desde hacía siglos la venida del Salvador; los profetas lo habían anunciado de mil formas; y hasta en los últimos rincones de la tierra —aunque estuviese perdida, por el pecado y por la ignorancia, gran parte de la Revelación de Dios a los hombres— se conservaba el deseo de Dios, el ansia de ser redimidos.

Llega la plenitud de los tiempos y, para cumplir esa misión, no aparece un genio filosófico, como Platón o Sócrates; no se instala en la tierra un conquistador poderoso, como Alejandro. Nace un Infante en Belén. Es el Redentor del mundo; pero, antes de hablar, ama con obras. No trae ninguna fórmula mágica, porque sabe que la salvación que ofrece debe pasar por el corazón del hombre. Sus primeras acciones son risas, lloros de niño, sueño inerte de un Dios encarnado: para enamorarnos, para que lo sepamos acoger en nuestros brazos (...).

No se trata de un ideal lejano. El cristiano no es un Tartarín de Tarascón, empeñado en cazar leones donde no puede encontrarlos: en los pasillos de su casa. Quiero hablar siempre de vida diaria y concreta: de la santificación del trabajo, de las relaciones familiares, de la amistad. Si ahí no somos cristianos, ¿dónde lo seremos? El buen olor del incienso es el resultado de una brasa, que quema sin ostentación una multitud

(1) Es Cristo que pasa, n. 35.

*de granos; el bonus odor Christi se advierte entre los hombres no por la llamarada de un fuego de ocasión, sino por la eficacia de un rescoldo de virtudes: la justicia, la lealtad, la fidelidad, la comprensión, la generosidad, la alegría*².

CON LOS Reyes Magos, ofrecemos también mirra, el sacrificio que no debe faltar en la vida cristiana. La mirra nos trae al recuerdo la Pasión del Señor: en la Cruz le dan a beber mirra mezclada con vino (cfr. Marc. XV, 23), y con mirra ungieron su cuerpo para la sepultura (cfr. Ioann. XIX, 39). Pero no penséis que, reflexionar sobre la necesidad del sacrificio y de la mortificación, signifique añadir una nota de tristeza a esta fiesta alegre que celebramos hoy.

Mortificación no es pesimismo, ni espíritu agrio. La mortificación no vale nada sin la caridad: por eso hemos de buscar mortificaciones que, haciéndonos pasar con señorío sobre las cosas de la tierra, no mortifiquen a los que viven con nosotros. El cristiano no puede ser ni un verdugo ni un miserable; es un hombre que sabe amar con obras, que prueba su amor en la piedra de toque del dolor.

Pero he de decir, otra vez, que esa mortificación no consistirá de ordinario en grandes renunciás, que tampoco son frecuentes. Estará compuesta de pequeños

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 35-36.

vencimientos: sonreír a quien nos importuna, negar al cuerpo caprichos de bienes superfinos, acostumbrarnos a escuchar a los demás, hacer rendir el tiempo que Dios pone a nuestra disposición... Y tantos detalles más, insignificantes en apariencia, que surgen sin que los busquemos —contrariedades, dificultades, sinsabores—, a lo largo de cada día.

Termino, repitiendo unas palabras del Evangelio de hoy: entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre. Nuestra Señora no se separa de su Hijo. Los Reyes Magos no son recibidos por un rey encumbrado en su trono, sino por un Niño en brazos de su Madre. Pidamos a la Madre de Dios, que es nuestra Madre, que nos prepare el camino que lleva al amor pleno: *Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum! Su dulce corazón conoce el sendero más seguro para encontrar a Cristo (...).*

Hemos hablado hoy de vida de oración y de afán apostólico. ¿Qué mejor maestro que San José? Si queréis un consejo que repito incansablemente desde hace muchos años, *Ite ad Ioseph* (Genes. XLI, 55), acudid a San José: él os enseñará caminos concretos y modos humanos y divinos de acercarnos a Jesús. Y pronto os atreveréis, como él hizo, a llevar en brazos, a besar, a vestir, a cuidar a este Niño Dios que nos ha nacido. Con el homenaje de su veneración, los Magos ofrecieron a Jesús oro, incienso y mirra; José le dio, por entero, su corazón joven y enamorado³.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 37-38.

50.

LUNES DESPUÉS DE EPIFANÍA

—Docilidad de San José al mandato del Señor de huir a Egipto.

—Debemos ser dóciles a las diversas manifestaciones de la Voluntad divina.

—Dios quiere que obedezcamos con libertad y con inteligencia.

*UN ÁNGEL del Señor se apareció en sueños a José, y le dijo: levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle*¹. Apenas los Magos han emprendido su viaje de regreso, los sicarios de Herodes se disponen a buscar al nacido Rey de los judíos, para darle muerte. Pero Dios se les adelanta; advierte a José del peligro, y le manda huir a Egipto. La orden es clara y precisa: dice lo que hay que hacer y la razón escueta que aconseja la huida. Lo demás, el cómo y los medios, se dejan a la prudencia de San José. Y se le advierte también que debe permanecer atento a la voz del Ángel, que le avisará cuando hayan cambiado las circunstancias que aconsejan la permanencia en aquel país para él extraño.

Para obedecer, San José no esperó al día siguien-

(1) *Matth.* II, 13.

*te: levantándose de noche, tomó al Niño y a la Madre y partió para Egipto*². Y, sin embargo, para tal docilidad no debieron de escasear las dificultades. Habría que abandonar la casa de Belén, procurada quizá con grandes sacrificios. Lo largo del viaje impedía llevar consigo cosas muy necesarias, y lo apresurado hacía imposible vender las que sobrasen. Y eso que la persecución contra el Niño ni siquiera había comenzado. No importa. San José cree firmemente al Ángel, y con una docilidad que acredita su fe, deja todo y se pone en camino. Siervo fiel y prudente, escucha la voz de Dios sin buscar otras posibilidades aparentemente más viables. Existían razones para juzgar poco acertada la indicación del Ángel: la Omnipotencia de Dios, ¿no podía salvar de otro modo al Niño?; además, las dificultades del viaje a través del desierto, hasta llegar a un pueblo extranjero donde no conocían a nadie. Sin embargo, José obedece: sin condiciones, con confianza absoluta en la Palabra de Dios.

*Hijos míos, debéis obedecer a los Directores, con esa misma prontitud de José. Y así, a través de los Directores, obedecéis a este Padre vuestro. Y si no, no podremos hacer nada en el Opus Dei*³.

EL SEÑOR nos muestra su voluntad, porque *conoce mejor que el hombre lo que conviene en cada*

(2) *Ibid.*, 14.

(3) De nuestro Padre, Crónica IX-66, p. 47.

*momento, lo que ha de otorgar, añadir, quitar, rebajar, aumentar, disminuir y cuándo lo ha de hacer*¹¹. Y de ordinario lo realiza mediante las indicaciones de los Directores. Nuestras Normas son también camino y llamada de Dios; y lo son también las contrariedades de cada jornada y los obstáculos grandes o pequeños que El permite que aparezcan en nuestro caminar.

No debió de ser cómodo el viaje de la Sagrada Familia a Egipto: varias jornadas de andadura por senderos inhóspitos a lomos de un borriquillo, con el temor de ser alcanzados en la fuga, y el cansancio y la sed. *A mí me emociona verlos escapar en la utilitaria, porque eso era un borrico en aquellos tiempos; eran una familia de artesanos, y no tenían dinero para más*⁵. Con prisa, seguían el camino que el Ángel había indicado, viendo en todas esas circunstancias la voluntad de Dios.

Si a cada una de las llamadas que el Señor nos dirige respondemos fielmente: *¿lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!*⁶, entonces todo nos lleva a la santidad. *Dóciles, como el barro en la mano del alfarero*⁷, hemos de ponernos en las manos de los Directores para que nos moldeen y nos ayuden a hacer, de nuestra vida entera, esa obra divina que Jesús quiere. *Humildes delante de Dios y de los Directores*

*que representan a Dios; rindiendo gustosos el juicio, abriendo de par en par las puertas del corazón, para recibir la doctrina que se os da*⁸; aceptando las indicaciones, los consejos, la corrección fraterna.

Hemos de dejarnos guiar por la voluntad de Dios, dispuestos a aceptar lo que El quiere, con la seguridad de la fe y de la humildad. *Así fue la fe de San José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente. Y, con la fe, la caridad, el amor. Su fe se funde con el Amor: con el amor de Dios que estaba cumpliendo las promesas hechas a Abraham, a Jacob, a Moisés; con el cariño de esposo hacia María, y con el cariño de padre hacia Jesús. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él —un carpintero de Galilea—, estaba iniciando en el mundo: la redención de los hombres*⁹.

DESPUÉS de algún tiempo morando en Egipto, un Ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José y le dijo: *levántate y toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban contra la vida del Niño*¹⁰. Había llegado el momento de dejar aquella tierra que les había ofrecido cobijo, para tornar a la que Dios

(4) San Agustín, *Epístola* 138, 1, 5.

(5) De nuestro Padre, *Crónica* IX-66, p. 47.

(6) *Camino*, n. 762.

(7) *Ierem.* XVIII, 6.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-X-1955.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 42.

(10) *Matth.* II, 20.

eligió como morada del Mesías. Y José, *levantándose, tomó al Niño y a su Madre y vino a la tierra de Israel*¹¹... De suerte que *se cumplió lo que dijo el Señor por boca del profeta: Yo llamé de Egipto a mi hijo*¹².

La obediencia de José a las indicaciones divinas no es mecánica: pone a su servicio la inteligencia y la voluntad, con sentido de responsabilidad. Por eso, *oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá*¹³, donde la vida del Niño quizá peligraría. *Ha aprendido a moverse dentro del plan divino y, como confirmación de que efectivamente Dios quiere eso que él entrevé, recibe la indicación de retirarse a Galilea*¹⁴.

Dios quiere que respondamos a sus mandatos y a las indicaciones de los Directores con inteligencia y responsabilidad, en ejercicio de la libertad personal. *Cuando Dios Nuestro Señor concede a los hombres su gracia, cuando les llama con una vocación específica, es como si les tendiera una mano, una mano paterna llena de fortaleza, repleta sobre todo de amor, porque nos busca uno a uno, como hijas e hijos suyos, y porque conoce nuestra debilidad. Espera el Señor que hagamos el esfuerzo de coger su mano, esa mano que El nos acerca: Dios nos pide un esfuerzo, prueba*

(11) *Ibid.*, 21.

(12) *Ibid.*, 15.

(13) *Ibid.*, 22.

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 42.

de nuestra libertad. Y para saber llevarlo a cabo, hemos de ser humildes, hemos de sentirnos hijos pequeños y amar la obediencia bendita con la que respondemos a la bendita paternidad de Dios.

Conviene que dejemos que el Señor se meta en nuestras vidas, y que entre confiadamente, sin encontrar obstáculos ni recovecos. Los hombres tendemos a defendernos, a apegarnos a nuestro egoísmo. Siempre intentamos ser reyes, aunque sea del reino de nuestra miseria (...).

Estemos precavidos, entonces, porque nuestra tendencia al egoísmo no muere, y la tentación puede insinuarse de muchas maneras. Dios exige que, al obedecer, pongamos en ejercicio la fe, pues su voluntad no se manifiesta con bombo y platillos. A veces el Señor sugiere su querer como en voz baja, allá en el fondo de la conciencia: y es necesario escuchar atentos, para distinguir esa voz y serle fieles.

En muchas ocasiones, nos habla a través de otros hombres, y puede ocurrir que la vista de los defectos de esas personas, o el pensamiento de si están bien informados, de si han entendido todos los datos del problema, se nos presente como una invitación a no obedecer.

Todo eso puede tener una significación divina, porque Dios no nos impone una obediencia ciega, sino una obediencia inteligente, y hemos de sentir la responsabilidad de ayudar a los demás con las luces de nuestro entendimiento. Pero seamos sinceros con

*nosotros mismos: examinemos, en cada caso, si es el amor a la verdad lo que nos mueve, o el egoísmo y el apego al propio juicio. Cuando nuestras ideas nos separan de los demás, cuando nos llevan a romper la comunión, la unidad con nuestros hermanos, es señal clara de que no estamos obrando según el espíritu de Dios*¹⁵.

Pidamos a San José y a Santa María, que supieron reconocer inmediatamente la voz del Señor, que nos enseñen a disponer el corazón para captar esas llamadas y responder con una docilidad pronta e inteligente.

51.

MARTES DESPUÉS DE EPIFANÍA

- Buscar a Jesús, con María y José.
- El ejemplo del Niño en el templo.
- La obediencia, fuente de eficacia.

MARÍA y José, como buenos israelitas, *iban todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua* \ Desde Nazaret, el camino solía recorrerse en cuatro jornadas. Según la costumbre de entonces, cuando Jesús hubo cumplido los doce años, la edad prescrita por la Ley, sus padres lo llevaron consigo.

Era la primera vez que la Sagrada Familia marchaba a la Ciudad Santa para celebrar juntos, en el Templo, la gran fiesta de los judíos. Irían en una de las tantas caravanas, mezclados con otros vecinos del pueblo y con las gentes que se les unirían a lo largo del trayecto. Un viaje fatigoso, pero sereno: con tantos recuerdos de aquel que hicieran, años antes, cuando el Hijo de Dios iba escondido en el seno de la Virgen. También ahora pasan inadvertidos. Los demás todavía no saben que *Dios nos ha amado con amor infinito; por eso ha enviado a su Hijo en carne semejante a la nuestra, de pecadores*².

Acabados aquellos días —cuenta San Lucas—,

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 17.

(1) *Luc.* II, 41.

(2) *Ant. ad Com.* (cfr. *Ephes.* II, 4; *Rom.* VIII, 3).

cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen³. Al principio no les inquietó la ausencia; al contrario, persuadidos de que venía con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre parientes y conocidos⁴. Mas todas las pesquisas resultaron infructuosas.

¿Dónde está Jesús? —Señora: ¡el Niño!... ¿dónde está? Lloro María. —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana: no le han visto. —José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también... Y tú... Y yo⁵.

El dolor es proporcionado al amor. Y el amor mueve siempre a buscar el bien perdido. Por eso, enamorarse de Cristo es estar firmemente decididos a retornar a El, si alguna vez se tuviera la desgracia de abandonarlo.

Si un día, mi hijo, tú me perdieras el camino —no lo deseo, no lo quiero, no lo será; se lo pido a Jesús: Jesús nuestro, que has sido siempre el amor de los amores nuestros: yo te pido que nunca más tengamos un descamino, que nunca nos apartemos del camino por las dificultades, que nunca más dejemos de tomar la cruz y llevarla gustosos sobre nosotros, y no nos apartemos de este sendero divino, que es el tuyo—; si un día nos ocurriera una cosa de este estilo, perder a

Jesucristo, que tengamos la humildad de reconocer que nos hemos equivocado, y queramos volver a andar por la senda que El nos ha marcado. Eso no sucederá; pero, si alguna vez sucediere, todos te pedimos, unánimemente, el sentido de responsabilidad; y la alegría de la vuelta, de la entrega, de la lucha, de la victoria; porque Dios no pierde batallas y, si nos unimos a Dios Nuestro Señor, podemos volver al buen sendero, y seguir adelante, adelante, triunfadores⁶.

María y José, con el corazón partido de dolor, buscaron a Jesús por toda la caravana. Mas como no le hallaron, retornaron a Jerusalén en su busca \

La Madre de Dios, que buscó afanosamente a su Hijo, perdido sin culpa de Ella, que experimentó la mayor alegría al encontrarle, nos ayudará a desandar lo andado, a rectificar lo que sea preciso cuando por nuestras ligerezas o pecados no acertemos a distinguir a Cristo. Alcanzaremos así la alegría de abrazarnos de nuevo a El, para decirle que no lo perderemos más⁸.

AMANECIÓ un segundo día y un tercero. Amigos, forasteros que aún no han abandonado la ciudad, niños que juegan en las calles: nadie ha visto a Jesús. La búsqueda de María y José continúa sin descanso. Al entrar en el Templo, todo daba ocasión

(3) Luc. II, 43.

(4) Ibid., 44.

(5) Santo Rosario, V misterio gozoso.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

(7) Luc. II, 45.

(8) Amigos de Dios, n. 278.

para recordar la primera vez que habían acudido con el Niño. Entonces el Señor era un recién nacido en brazos de su Madre, mientras José llevaba el par de tórtolas. Allí habían encontrado al anciano Simeón. María, que conservaba en su corazón el recuerdo nítido de todos aquellos acontecimientos, no había olvidado sus palabras: *una espada traspasará tu alma*⁹, una espada de dolor.

Por fin, *al cabo de tres días le hallaron en el Templo, sentado entre los doctores*¹⁰. Qué alegría al descubrir la figura inconfundible del Hijo entre rabinos y discípulos, *oyéndoles y preguntándoles. Cuantos le oían* —narra San Lucas, que probablemente escuchó este relato a la misma Madre— *quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas*¹¹.

María y José, al encontrar a Jesús en aquellas circunstancias, *se quedaron maravillados*¹². No les sorprende la sabiduría del Niño —pues saben que es el Hijo de Dios—, sino un comportamiento que se aparta de lo que hasta entonces había sido lo habitual: pasar oculto.

La Virgen le dirige un reproche delicado, con el amor de una madre que ha llorado tres días a su hijo: *¿por qué te has portado así con nosotros? Mira có-*

*mo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando*¹³.

*¿No era razonable que le buscaran, después de haberle perdido? Y sin embargo, mira qué palabras más duras, en apariencia, hay en la boca del Niño, cuando contesta a su Madre: quid est quod me quaerebatis?, ¿por qué me buscabais? Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse? —¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?*¹⁴.

*Respuesta de Jesús adolescente. Y respuesta a una madre como su Madre, que hace tres días que va en su busca, creyéndole perdido. —Respuesta que tiene por complemento aquellas palabras de Cristo, que transcribe San Mateo: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí"*¹⁵.

REUNIDO con sus padres, Jesús se fue con ellos, y *vino a Nazaret; y les estaba sujeto*¹⁶. Aquí se interrumpe el relato evangélico hasta el inicio de la vida pública del Señor. Pasan largos años de silencio, de trabajo, de obediencia. *Hemos de conocer la doctrina y ver cuál es la aplicación concreta nuestra. Y la doctrina —os lo diré otra vez— la conocemos*

(9) Luc. II, 35.

(10) *Ibid.*, 46.

(11) *Ibid.*, 46-47.

(12) *Ibid.*, II, 48.

(13) Luc. II, 48.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(15) Camino, n. 907.

(16) Luc. II, 51.

*pensando, contemplando la vida de Jesucristo, que es el modelo*¹⁷.

Toda la vida de Jesucristo fue una vida de obediencia. *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado*¹⁸, diría luego, durante su vida pública, a los que le seguían. *Hijos míos* —insiste nuestro Padre—, *que aprendamos a vivir de Jesús esta obediencia: cada uno en el lugar donde está, con el pensamiento en la labor futura, en cualquier rincón del mundo. El ha querido poner en la pluma del Evangelista esa maravillosa biografía: erat subditus illis* (Luc. //, 51). *Fijaos si es necesaria la obediencia para un hijo de Dios: ¡si Dios mismo ha venido para obedecer, para obedecer a dos criaturas perfectísimas: Santa María —nuestra Madre: más que Ella, sólo Dios—, y aquel varón castísimo, José!*

Jesús, ¿cómo obedeciste tú? Usque ad mortem, mortem autem crucis (Philip. //, 8). *Hasta la muerte, y muerte de cruz. Hay que obedecer, cueste lo que cueste; dejando el pellejo. Nunca sucederá esto ordinariamente; pero si llega, no te preocupes: hasta eso llegó Jesús.*

Hijos míos, en estos treinta y seis años —decía nuestro Fundador en 1963— he visto entre vuestros hermanos muchos actos heroicos (...), y muchas veces he tenido la impresión de vivir entre santos, capaces

de obedecer usque ad mortem, mortem autem crucis. He visto a hermanos vuestros hacer serenamente, dándose perfecta cuenta de que se jugaban la vida, actos de obediencia maravillosos: por la Iglesia Santa, por el Romano Pontífice, por servir. Que hemos de obedecer, servir. ¡No hay mejor señorío que saberse en servicio, en servicio voluntario! Así es como se ganan los grandes honores, los de la tierra y los del cielo (...).

*Y así, hijos de mi alma, quizá podrán decir de nosotros que hemos procurado ser buenos hijos de Dios; que hemos pasado por la tierra, con errores, pero haciendo el bien, que hemos luchado por obedecer. Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la acogeremos con gozo, como hemos visto morir a algunos de vuestros hermanos, con alegría; porque como Cristo resucitaremos: y si le hemos imitado en el bien, en la obediencia y en la Cruz, recibiremos el premio de su Amor: surrexit Dominus veré! (Luc. XXIV, 34). ¿Veis? Venció la muerte*¹⁹.

Concluimos nuestra oración pidiendo a Santa María y San José que intercedan para que nuestros propósitos de imitar la obediencia de Jesús sean eficaces.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 9-III-1962.

(18) *Ioann.* IV, 34.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 24XII-1963.

52.

MIÉRCOLES DESPUÉS DE EPIFANÍA

—La vida oculta de Jesús, objeto de nuestra contemplación e imitación.

—Trabajo y vida interior.

—La labor diaria hecha con espíritu de oración y sacrificio es ya corredención.

*JESÚS, entretanto, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*¹. Durante treinta años estuvo escondida aquella luz grande que había venido a iluminar a todo el mundo². El gran misterio de la Encarnación pasa oculto durante un largo tiempo a los ojos de los hombres. El Hijo de Dios vive año tras año sujeto a un hombre y a una mujer, en un pequeño pueblo de Galilea, dedicado a un trabajo humilde. Nuestro Señor es *un Dios escondido, Dios de Israel, Salvador*³.

Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los

*hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo*⁴.

Jesucristo quiso pasar la mayor parte de su vida en la tierra oculto en el silencio de Nazaret. *Y si el Señor así quiso esconderse, ¿qué deberemos hacer nosotros que vivimos por El bajo el yugo suave de la gracia?*⁵. Consideremos ahora una vez más esa vida oculta de Jesús, que queremos imitar.

*Así vivió Jesús durante seis lustros: era fabri filius (Matth. XIII, 55), el hijo del carpintero. Después vendrán los tres años de vida pública, con el clamor de las muchedumbres. La gente se sorprende: ¿quién es éste?, ¿dónde ha aprendido tantas cosas? Porque había sido la suya, la vida común del pueblo de su tierra. Era el faber, filius Mariae (Marc. VI, 3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba atrayendo a sí todas las cosas (Ioann. XII, 32)*⁶.

COMO cualquier otro suceso de su vida, no deberíamos jamás contemplar esos años ocultos de Je-

(1) Luc. II, 52.

(2) Cfr. Ant. ad Intr. (Isai. IX, 2).

(3) Isai. XLV, 15.

(4) Es Cristo que pasa, n. 14.

(5) San Clemente Romano, Epístola ai Corinthios 16.

(6) Es Cristo que pasa, n. 14.

*sus sin sentirnos afectados, sin reconocerlos como lo que son: llamadas que nos dirige el Señor, para que salgamos de nuestro egoísmo, de nuestra comodidad*⁷.

También nosotros, como Jesús, hemos de crecer en edad, en gracia y en sabiduría. La contemplación de la vida oculta del Señor trae luces concretas a nuestra vida diaria: nos habla de esa *unidad de vida, sencilla y fuerte*⁸, que hemos de cultivar todos los días. Unidad de vida que crea en nuestras almas *la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones, de elevarlas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado*⁹.

Hemos de descubrir una vez más que toda nuestra vida tiene valor de corredención; que el alma crece, madura sobrenaturalmente *en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. —Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras que te disponen a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda— con que sueñas*¹⁰.

Por otra parte, ese trabajo humilde y oscuro, esa labor callada es quizá el yunque donde mejor se forja la rectitud de intención: trabajar con naturalidad, cara a Dios, día tras día, con afán de almas, sin un aplauso, muchas veces sin poder ver

(7) Es Cristo que pasa, n. 15.

(8) Catecismo, 5ª ed., n. 60.

(9) Ibid.

(10) Camino, n. 825.

siquiera el fruto divino de ese trabajo; todo eso purifica la intención.

En otras ocasiones, quizá a consecuencia de una enfermedad, de la dedicación exclusiva a trabajos internos de la Obra, etc., podrá presentarse la necesidad de vivir una temporada más o menos larga sin apenas trato apostólico inmediato con otras personas. Sin embargo, si hay rectitud de intención, también ese tiempo, breve o largo, tiene un hondo alcance apostólico, gracias a la Comunión de los Santos. Sería el momento de meditar aquellas palabras de nuestro Padre: *no se veían las plantas cubiertas por la nieve. —Y comentó, gozoso, el labriego dueño del campo: "ahora crecen para adentro."*

—Pensé en ti: en tu forzosa inactividad...

—Dime: ¿creces también para adentro? "

Contemplemos a Jesús, el Verbo de Dios, oculto en el taller de Nazaret tantos años, conocido sólo del Padre y del Espíritu Santo, y de María y de José. Y sacaremos de esta contemplación un renovado deseo de tratarle, de imitar su vida escondida en Nazaret, sobrenaturalmente tan fecunda.

PERMITIDME que vuelva de nuevo a la ingenuidad, a la sencillez de la vida de Jesús, que ya os he hecho considerar tantas veces. Esos años ocultos del

(11) Camino, n. 294.

Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo: pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad.

*Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre*¹².

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 20.

La vida oculta de Jesús nos habla de una entrega que no es ruidosa; nos enseña a ir llenando de amor de Dios las realidades ordinarias, rectificando la intención que nos mueve: porque el trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad.

*Para un cristiano —escribió nuestro Fundador—, esas perspectivas se alargan y se amplían (...). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora*¹³.

Al contemplar la vida oculta de Jesús, esos largos años de trabajo en Nazaret, descubrimos que ése es el modelo que en el Opus Dei, por vocación divina, hemos de imitar. Pidamos a Santa María y a San José que nos ayuden a realizar en nosotros esa vida que ellos compartieron con el Señor.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 47.

53.

JUEVES DESPUÉS DE EPIFANÍA

—Jesucristo es el Camino que hemos de seguir.

—El camino de Jesús es de renuncia, pero no de apocamiento.

—No seguimos al Señor si no vivimos la mortificación.

JERUSALEN, enseguida llegará tu salvación: ¿por qué te consumes de amargura? ¿Acaso no tienes quién te consuele? (...). Yo te salvaré y te liberaré; no temas¹.

Con la Encarnación del Verbo no sólo nos han sido abiertas las puertas del Cielo, sino que también ha quedado trazada la senda que conduce a la felicidad. Hemos sido librados del imperfecto estado en que se encontraban los componentes del Pueblo de Dios, antes de la llegada del Redentor. Porque —recuerda San Juan— *la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fueron traídas por Jesucristo²*. Por El, con El y en El hemos recibido la luz y la fuerza necesarias para cumplir la Voluntad de Dios.

Ego sum via, veritas et vita (Ioann. XIV, 6). Yo soy el camino, la verdad y la vida. Con estas inequívocas palabras, nos ha mostrado el Señor cuál es la vereda auténtica que lleva a la felicidad eterna. Ego sum via: El es la única senda que enlaza el Cielo con la

tierra. Lo declara a todos los hombres, pero especialmente nos lo recuerda a quienes, como tú y como yo, le hemos dicho que estamos decididos a tomarnos en serio nuestra vocación de cristianos, de modo que Dios se halle siempre presente en nuestros pensamientos, en nuestros labios y en todas las acciones nuestras, también en aquellas más ordinarias y corrientes.

Jesús es el camino. El ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos, señales indelebles que ni el desgaste de los años ni la perfidia del enemigo han logrado borrar. Iesus Christus heri, et hodie; ipse et in saecula (Hebr. XIII, 8). ¡Cuánto me gusta recordarlo!: Jesucristo, el mismo que fue ayer para los Apóstoles y las gentes que le buscaban, vive hoy para nosotros, y vivirá por los siglos. Somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios. Ahora, al comenzar este rato de oración junto al Sagrario, pídele, como aquel ciego del Evangelio: Domine, ut videam! (Luc. XVIII, 41), ¡Señor, que vea!, que se llene mi inteligencia de luz y penetre la palabra de Cristo en mi mente; que arraigue en mi alma su Vida, para que me transforme cara a la Gloria eterna³.

DIOS ES luz, y en El no hay tiniebla ninguna. Si caminamos en la luz, como El está asimismo en la

(1) *Ad Offic. lect., L. I, R. br.* (cfr. *jsai.* L, 1; *Mich.* IV, 9; *jsai.* XLIII, 3).

(2) *Ioann.* I, 17.

(3) *Amigos de Dios*, n. 127.

luz, establecemos entre nosotros una unión mutua, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos purifica de todo pecado⁴.

Para conocer a Jesús, hemos de contemplar su vida y sus palabras con la luz de la fe; una fe cada vez más fuerte, más limpia, más confiada. Entonces —como nos dice nuestro Padre—, *¡qué transparente resulta la enseñanza de Cristo! Como de costumbre, abramos el Nuevo Testamento, en esta ocasión por el capítulo XI de San Mateo: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Matth. XI, 29). ¿Te fijas? Hemos de aprender de El, de Jesús, nuestro único modelo. Si quieres ir adelante previniendo tropiezos y extravíos, no tienes más que andar por donde El anduvo, apoyar tus plantas sobre la impronta de sus pisadas, adentrarte en su Corazón humilde y paciente, beber del manantial de sus mandatos y afectos; en una palabra, has de identificarte con Jesucristo, has de procurar convertirte de verdad en otro Cristo entre tus hermanos los hombres.*

Para que nadie se llame a engaño, vamos a leer otra cita de San Mateo. En el capítulo XVI, el Señor precisa aún más su doctrina: si alguno quiere venir en pos de Mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Matth. XVI, 24). El camino de Dios es de renuncia, de mortificación, de entrega, pero no de tristeza o de apocamiento.

*Repasa el ejemplo de Cristo, desde la cuna de Belén hasta el trono del Calvario. Considera su abnegación, sus privaciones: hambre, sed, fatiga, calor, sueño, malos tratos, incomprensiones, lágrimas...; y su alegría de salvar a la humanidad entera. Me gustaría que ahora grabaras hondamente en tu cabeza y en tu corazón —para que lo medites muchas veces, y lo traduzcas en consecuencias prácticas— aquel resumen de San Pablo, cuando invitaba a los de Efeso a seguir sin titubeos los pasos del Señor: sed imitadores de Dios, ya que sois sus hijos muy queridos, y proceded con amor, a ejemplo de lo que Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo (Ephes. V, 1-2)*⁵.

LA LITURGIA nos está recordando todos los días, de diferentes maneras, que el Hijo de Dios se ha encarnado, se ha entregado por nosotros, por amor⁶. Es una llamada continua a corresponder, siguiendo su ejemplo.

Jesús se entregó a Sí mismo, hecho holocausto por amor. Y tú, discípulo de Cristo; tú, hijo predilecto de Dios; tú, que has sido comprado a precio de Cruz; tú también debes estar dispuesto a negarte a ti mismo. Por lo tanto, sean cuales fueren las circunstancias

(4) *Ad Vesp., Lect. br. (I Ioann. I, 5-7).*

(5) *Amigos de Dios, n. 128.*

(6) *Cfr. Ant. ad Com. (Ioann. II, 16).*

concretas por las que atravesemos, ni tú ni yo podemos llevar una conducta egoísta, aburguesada, cómoda, disipada..., —perdóname mi sinceridad— ¡necia! Si ambicionas la estima de los hombres, y ansias ser considerado o apreciado, y no buscas más que una vida placentera, te has desviado del camino... En la ciudad de los santos, sólo se permite la entrada y descansar y reinar con el Rey por los siglos eternos a los que pasan por la vía áspera, angosta y estrecha de las tribulaciones (Pseudo-Macario, Homil. 12, 5).

*Es necesario que te decidas voluntariamente a cargar con la cruz. Si no, dirás con la lengua que imitas a Cristo, pero tus hechos lo desmentirán; así no lograrás tratar con intimidad al Maestro, ni lo amarás de veras. Urge que los cristianos nos convenzamos bien de esta realidad: no marchamos cerca del Señor, cuando no sabemos privarnos espontáneamente de tantas cosas que reclaman el capricho, la vanidad, el regalo, el interés... No debe pasar una jornada sin que la hayas condimentado con la gracia y la sal de la mortificación. Y desecha esa idea de que estás, entonces, reducido a ser un desgraciado. Pobre felicidad será la tuya, si no aprendes a vencerte a ti mismo, si te dejas aplastar y dominar por tus pasiones y veleidades, en vez de tomar tu cruz gallardamente *

Renovemos una vez más el propósito de ser generosos de veras. Examinemos cómo vivimos las

mortificaciones habituales: si hay algo que añadir, mejorar o cambiar; si realmente nos hacen sentir el peso amable de la Cruz del Señor, *de quien proceden todos nuestros bienes*⁸. Y acudamos también a la ayuda de Santa María. *Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia y, al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria. A lo largo del año, cuando celebramos las fiestas mañanas, y en bastantes momentos de cada jornada corriente, los cristianos pensamos muchas veces en la Virgen. Si aprovechamos esos instantes, imaginando cómo se conduciría Nuestra Madre en las tareas que nosotros hemos de realizar, poco a poco iremos aprendiendo: y acabaremos pareciéndonos a Ella, como los hijos se parecen a su madre*⁹.

(8) *Ad Offic. lect.*, Lect. 2 (San Cirilo de Alejandría, *In Ioannis Evangelium commentarium* 5, 2).

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 173.

(7) *Amigos de Dios*, n. 129.

54.

VIERNES DESPUÉS DE EPIFANÍA

—Dios es nuestro Padre y nos quiere con amor ilimitado, gratuito.

—Por ser hijos suyos, nuestras ofensas le duelen especialmente: necesidad de reparar.

—Ejercitar el dolor de amor con frecuentes actos de contrición.

EN ESTO se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por El tengamos la vida¹, y lleguemos a ser hijos suyos.

La filiación divina es una misteriosa realidad que sobrepasa todas las maravillas que pudo soñar la imaginación del hombre, todas las ansias que puede alentar un pobre corazón de carne. Elevados al orden de la gracia, hemos sido incorporados a la familia de Dios, somos miembros de su propia estirpe, partícipes de la naturaleza divina. ¿Qué otros títulos de nobleza podrían realzar la dignidad de la condición que recibimos, al ser adoptados por Dios como hijos suyos?

Pero, con ser esto mucho, no es tal vez lo que más nos admira y sobrecoge cuando contemplamos el misterio. Hay algo que rebasa todos los límites, y

que nos hace adorar en silencio lo que el entendimiento no puede comprender: la caridad divina, el amor paternal, infinito, que Dios tiene a cada uno de nosotros, simples criaturas, convertidos ahora en hijos suyos, sin que para eso pudiéramos aducir por nuestra parte ni una razón, ni un solo merecimiento.

Sólo mirando a Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios que se ha encarnado por amor nuestro, aprenderemos *a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y su majestad, para presentarse en forma de esclavo (cfr. Philip. II, 6-7). Hablando a lo humano, podríamos decir que Dios se excede, pues no se limita a lo que sería esencial o imprescindible para salvarnos, sino que va más allá. La única norma o medida que nos permite comprender de algún modo esa manera de obrar de Dios es darnos cuenta de que carece de medida: ver que nace de una locura de amor, que le lleva a tomar nuestra carne y a cargar con el peso de nuestros pecados.*

¿Cómo es posible darnos cuenta de eso, advertir que Dios nos ama, y no volvernos también nosotros locos de amor? Es necesario dejar que esas verdades de nuestra fe vayan calando en el alma, hasta cambiar toda nuestra vida. ¡Dios nos ama!: el Omnipotente, el Todopoderoso, el que ha hecho cielos y tierra².

(1) *Ant. ad Com. (I Ioann. IV, 9).*

(2) *£5 Cristo que pasa, n. 144.*

Este amor insondable de Dios, de una ternura que no puede concebir el corazón humano, no es, además, un amor de correspondencia, la respuesta divina al pobre afecto filial que nosotros somos capaces de sentir hacia El. La caridad de Dios precede al amor del hombre, porque Dios nos ha amado con antelación, como ama un padre de la tierra a su hijo pequeño antes de que pueda saber siquiera que es amado. En esto está el amor de nuestro Padre Dios, *en esto consiste su caridad* —como escribe San Juan—, *que no es porque nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo a ser víctima de propiciación por nuestros pecados*³.

SABERNOS amados por Dios con amor infinito es la buena nueva que ilumina nuestra vida, y que le da un color y un relieve distinto. Nuestro Padre Dios nos quiere, y desea que conozcamos la verdad de su Amor, que tengamos fe en El. Toda nuestra vida, la historia divina de nuestro camino en la tierra, es testimonio, prueba constante, de un amor paternal hacia unos hijos predilectos. No hay duda: también nosotros podemos proclamar con San Juan que *hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene*⁴. Pero ante tanto amor nos sentimos abrumados, incapaces

de expresar con palabras lo que nuestro corazón no acierta tampoco a sentir: *¿saber que me quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?*⁵.

Somos hijos de Dios y nuestro Padre nos quiere con un amor sin igual, tierno, infinito. Pero el amor divino, como el humano, tiene su contrapartida: se paga con amor, debe ser correspondido. Las infidelidades de una persona amada, el frío despegó de un hijo, hacen sufrir al corazón del padre mucho más que la afrenta de un extraño. De nosotros, hijos predilectos, quiere Dios recibir una respuesta filial y delicada, un afecto fiel y generoso; y nuestro desamor, nuestra ingratitud, duele más al corazón de Dios, porque es ofensa que proviene de un hijo muy querido.

Reacciona. —Oye lo que te dice el Espíritu Santo: "*si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*" —*si mi enemigo me ofende, no es extraño, y es más tolerable. Pero, tú... "tu vero homo unanimes, dux meus, et notus meus, qui simul mecum dulces capiebas cibos"* —*tú, mi amigo, mi apóstol, que te asientas a mi mesa y comes conmigo dulces manjares!*⁶.

Nuestro desamor hiere más el corazón de Dios, justamente por proceder de hijos suyos muy queridos. *¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?*⁷. ¿Qué más pudo hacer el Señor por nosotros

(3) I Ioann. IV, 10.
(4) Ibid., 16.

(5) Camino, n. 425.
(6) Camino, n. 244.
(7) Isai. V, 4.

que no lo haya hecho? ¿Cómo, pues —dice con dolor—, esperando que diese uvas dio agradaciones?⁸.

NUESTRAS indelicadezas, nuestras ingratitudes, hacen sufrir al Señor, aunque tal vez no nos damos cuenta por falta de sensibilidad. Tenemos muchos motivos para arrepentimos, para llorar, para dolernos con un sentimiento que, por ser filial, no puede ser más que dolor de amor, que es el dolor de los hijos. *Dolor de Amor. —Porque El es bueno. Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. —Porque todo lo bueno que tienes es suyo. —Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡El!... ¡ja ti!!*

—Llora, hijo mío, de dolor de Amor⁹.

La consideración frecuente de nuestra filiación divina nos ha de llevar a que sea cada vez más vivo y más sentido el dolor de nuestros pecados.

Hemos recibido tanto del Señor, que quisiéramos conseguir una sincera contrición y un dolor filial por tantas faltas de amor y de correspondencia; y nos proponemos avivarlo a menudo, como nos invita nuestro Padre: *os he dicho muchas veces que la mejor de las devociones son los actos de contrición, y que siempre estoy volviendo como el hijo pródigo. No tenemos por qué llevar detrás, arrastrando, una cola de miserias: hay que ponerlas en manos de Dios y de-*

(8) *Ibid.*

(9) *Camino*, n. 436.

cirle como San Pedro después de las negaciones, con humildad verdadera: Domine, tu omnia nosti: tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17); Señor, Tú sabes que te amo a pesar de mis flaquezas. Y así las miserias no nos apartan de Dios, sino que nos llevan a El: como no se aparta de su madre el niño que cae de bruces. ¡Mamá!, grita, y corre a los brazos de su madre, o, si es un poco mayor, a los de su padre, que sabe que son más fuertes... Si hemos cometido un error, pequeño o grande, ¡a Dios corriendo! Cor contritum et humiliatum, Deus, non despides (Ps. L, 9); no despreciará Dios un corazón contrito y humillado¹⁰.

Actos de dolor que debemos repetir muchas veces, a cualquier hora, pero que, sobre todo, no pueden faltar al cerrar el día, cuando hacemos el examen de la noche que señala el término de nuestra jornada. *Acaba siempre tu examen con un acto de Amor —dolor de Amor—: por ti, por todos los pecados de los hombres... —Y considera el cuidado paternal de Dios, que te quitó los obstáculos para que no tropezases¹¹.*

Amparados por la intercesión de la Virgen Santísima, pidamos a Dios Padre la gracia de sentir un profundo dolor de nuestras faltas y un gran deseo de desagraviarle, para que la gracia de la Comunión sacramental más fructuosamente *nos configure con el Señor que recibimos¹².*

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 10.

(11) *Camino*, n. 246.

(12) *Orat. post Com.*

55.

SÁBADO DESPUÉS DE EPIFANÍA

—Fe en la omnipotencia de Dios: los milagros de Cristo, el nacimiento y desarrollo de la Iglesia.

—La fe nos da seguridad y optimismo en la labor de almas.

—Valor y sentido de las dificultades en el apostolado.

LA IGLESIA nos llama a encender nuestra fe ante la manifestación de Dios a los hombres. Cristo, *potencioso en obras y palabras* \ ha venido a la tierra para abrirnos las puertas del cielo.

El Evangelio nos ha transmitido algunas de las obras prodigiosas del Señor: en Cana de Galilea, convierte el agua de las grandes tinajas en un vino exquisito; luego, presenciamos cómo cura al leproso y al criado del centurión; cuando los Apóstoles acuden a El, que duerme en la popa de la barca, calma con su palabra la tempestad; y tantos otros hechos portentosos.

¡Cómo se confirma nuestra fe al considerar en la oración los milagros de Cristo! Sabemos que el poderío del Señor para llevar a cabo estas obras maravillosas permanece vivo en su Iglesia, a través de los tiempos: *"ecce non est abbreviata manus Domini"*. —*¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!*

(1) Luc. XXIV, 19.

*do!*². Toda la vida y la historia de la Iglesia es un *gran motivo de credibilidad*³. También lo es, en cierto modo, la fundación y crecimiento de la Obra dentro del Cuerpo Místico de Cristo: un nuevo y deslumbrante argumento en favor del poder y de la misericordia de Dios, que enciende nuestra fe y llena el corazón de esperanza.

El cielo está empeñado, hijos míos, en que la Obra se realice. Las dificultades humanas —pensad, por ejemplo, escribía nuestro Padre en 1940, en la doloroso experiencia de los tres años de guerra civil en España; o en la nueva guerra mundial, que parece amenazar la expansión de la Obra en otros países y en otros continentes— son dificultades que no han podido ni podrán frenar el vigor y el alcance de nuestra labor sobrenatural.

Tampoco la absoluta pobreza en que vivimos, la falta a veces de los medios humanos más indispensables, son obstáculos o dificultades que valga la pena considerar: más bien constituyen un poderoso estímulo y un acicate, porque esta escasez de recursos representa una prueba externa más de que verdaderamente estamos siguiendo las pisadas de Cristo.

Menos aún podrán detenemos, o disminuir la firmeza de nuestro paso —vamos al paso de Dios—, las dificultades de comprensión que nuestro camino

(2) Camino, n. 586.

(3) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3.

encuentre, porque nadie puede frenar una impaciencia santa, divina, por servir a la Iglesia y a las almas.

*Acrecentad, pues, vuestra fe y confianza en Dios. Y tened también un poco de fe y de confianza en vuestro Padre, que os asegura que procedéis en la verdad, obedeciendo a la Voluntad de Nuestro Señor, y no a la débil voluntad de un pobre sacerdote... que no quería, que no pensó ni deseó nunca hacer una fundación*⁴.

LA DOCTRINA que queremos hacer llegar a todos los hombres, es un mensaje divino. *Mi modo de hablar y mi predicación* —decía San Pablo— *no fue con palabras persuasivas de humano saber, sino en la manifestación del espíritu y del poder de Dios*⁵. La palabra de Dios, si no se le cierran las puertas de la voluntad, es poderosa para realizar lo que promete. Es capaz de obrar milagros no sólo en los cuerpos sino en las almas. Y al mismo tiempo que invita y llama, da la fuerza para corresponder a esa llamada. Es la misma palabra que derribó a Saulo y le convirtió en Apóstol; la misma que trajo a la vida el cadáver de Lázaro; la misma que hace eficaz nuestro apostolado.

En el Opus Dei, al buscar cada uno la santidad

(4) De nuestro Padre, *Carta*, II-IH-1940, n. 76.

(5) I Cor. II, 4.

en su propio estado y en el ejercicio de su propia profesión, con nuestra vida ordinaria, me atrevo a decir que el Señor nos ha dado el don de hacer milagros, y de los grandes.

*Damos luz a los ciegos... ¿Quién no podría contar mil casos? De cómo un ciego casi de nacimiento, recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo. Y otro era sordo, y otro mudo, que no podía hablar una palabra como hijo de Dios... Y se ha purificado su lengua, y habla ya como hombre, no como bestia. In nomine Iesu hemos dado la facultad de hablar al mudo. Y aquel lisiado, incapaz de una obra buena, y aquel otro poltrón, que veía las cosas pero no las hacía... Le habéis dicho: surge et ambula! (Act. III, 6). Y el otro, muerto, podrido, ¡podrido!, que olía ya a cadáver, ha oído como en el milagro del hijo de la viuda de Naím: adolescens, tibi dico, surge! (Luc. VII, 14). Hijo mío: milagros como Cristo, milagros como los primeros cristianos*⁶.

AL HACER el Opus Dei en la tierra, somos instrumentos de Cristo: el Señor se vale de nosotros como mensajeros suyos. Por eso, las inevitables dificultades del apostolado no pueden ser jamás fuente de desaliento o pesimismo, sino fragua que temple el ánimo. Somos instrumentos de Dios, y

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

*Dios no pierde batallas*⁷. Dejarnos dominar alguna vez por el peso de la dificultad, sería suponer que hacemos el apostolado nosotros solos, olvidar que somos simples instrumentos que Jesucristo utiliza para hacer su Obra.

*Debéis hacer el propósito firme de no desanimaros, porque la labor no es fácil. Es más milagro, en efecto, la conversión de un mal cristiano —católico o no— que la de un pagano: ya que los primeros tienden a comprender mal, de un modo deformado, todo lo que les digamos de Jesús y de su doctrina, porque delante de sus ojos no ven a Jesucristo, sino una caricatura de Jesucristo*⁸.

Si alguna vez el Señor no nos da la alegría de los resultados visibles e inmediatos, que sepamos entonces trabajar con la misma ilusión y esperanza. *No te preocupes*, dice nuestro Padre, *si tu labor ahora te parece estéril. Cuando la siembra es de santidad no se pierde, otros recogerán el fruto*⁹. Hay que ensanchar el corazón con la seguridad de la cosecha, porque lo que Dios promete está muy por encima de lo que podamos imaginar: *levántate y resplandece, que ya se alza tu luz y la aurora del Señor alborea para ti (...). Sobre ti viene la aurora de Yavé y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz, y los reyes, en la claridad de tu aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo; todos se*

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 76.

(9) De nuestro Padre, n. 192.

*reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos y tus hijas (...). Cuando veas esto resplandecerás, palpitará tu corazón y se ensanchará*¹⁰.

Nuestro trabajo apostólico ha de ser siempre alegre, optimista, esperanzado, porque es Dios quien lo hace y no se ha empequeñecido su poder. Acudamos a la Reina de los Apóstoles, que es también Nuestra Madre. Pidámosle, con audacia de niños, que dé siempre a nuestra labor diaria un tono de esperanza y de invencible optimismo, que es consecuencia de la fe.

(10) *Isai.* LX, 1-5.

56.

BAUTISMO DE JESÚS

(Domingo después de Epifanía)

—El testimonio de San Juan Bautista. Cada uno de nosotros tiene que dar también testimonio de Cristo.

—Apostolado personal: ser *apóstol de apóstoles*.

—El apostolado debe culminar en el proselitismo.

EN AQUEL tiempo: vio Juan a Jesús que venía a encontrarle¹. Va Nuestro Señor al encuentro del Bautista como uno más, mezclado entre aquellos miles de personas que acudían de todas partes. Jesucristo, que es Juez de los pecadores, viene a bautizarse entre los esclavos².

Para toda aquella turba, el carpintero de Nazaret era uno de tantos. Pero la mirada del Bautista descubrió en El al Hijo de Dios, y se resistía a bautizarle, diciendo: *yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?*³. Jesucristo insistió; y Juan, al fin, tuvo que transigir.

Bautizado Jesús, al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre El. Y se oyó una voz del Cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido⁴.

(1) *Ioann.* I, 29.

(2) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 12, 1.

(3) *Ev.* (A) (*Matth.* III, 14).

(4) *Ibid.*, 16-17.

Días después recibió Juan una embajada singular.

¿Os acordáis de aquellas escenas que nos cuenta el Evangelio, narrando la predicación de Juan el Bautista? ¡Buen murmullo se había organizado! ¿Será el Cristo, será Elias, será un Profeta? Tanto ruido se armó que los judíos le enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas, para preguntarle: ¿tú quién eres? (Ioann. I, 19).

También, con ojos poco sobrenaturales, podría parecer que Juan desaprovecha una ocasión de hacer prosélitos. Incluso podía haber contestado con el testimonio que Jesús había de dar de él: ipse est Elias, qui venturas est. Qui habet aures audiendi audiat (Matth. XI, 14 y 15); él es aquel Elias que debía venir. El que tenga oídos para entender, entiéndalo.

Pero los que fueron a preguntar a Juan no estaban en disposición de comprender bien esas otras palabras, y él confesó la verdad y no la negó... Yo soy la voz del que clama en el desierto (Ioann. I, 20 y 23)⁵. Ante la decepción de los enviados, añadió: yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno, a quien no conocéis: él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato⁶.

A nosotros también se nos descubrió el Señor, cuando nos hizo ver con la luz del Espíritu Santo que estaba a nuestro lado en el camino de la vida, y

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 21.

(6) *Ioann.* I, 26-27.

que nos pedía, como a Juan, que diéramos testimonio de El. Esto es lo que quiere de nosotros: que conozcamos a Cristo, y que comuniquemos a otras almas la noticia salvadora de haberle encontrado.

TODA la vida del Bautista se ha quemado en la espera, en el esfuerzo por preparar su corazón y el de los demás para la llegada del Redentor; suya ha sido la voz que clamaba en el desierto: *preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas*⁷. Hoy la alegría de Juan es grande porque el Señor ha llegado, y ya puede decir: *Este es Aquél de quien yo dije: en pos de mí viene un varón, que ha sido preferido a mí por cuanto era antes que yo*⁸.

*¡Cuántas veces se podría decir, de los amigos y de los compañeros de trabajo de mis hijos, aquellas palabras del Santo Evangelio: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis! (Ioann. I, 26). En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis: Jesucristo. Sin espectáculo, con una sobrenatural naturalidad, Cristo se hace presente en vuestra vida y en vuestra palabra, para atraer a la fe y al amor a quienes nada o muy poco saben de la Fe y del Amor*⁹.

Juan da testimonio de Jesucristo. Días atrás, anunció públicamente que él no era el Mesías, que el Cristo vendría después. Luego, en el círculo íntimo

(7) *Matth.* III, 3.

(8) *Ioann.* I, 30.

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 15-VIII-1953, n. 11.

de sus discípulos, Juan descubre dónde está el Señor: *he aquí el Cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo*¹⁰. Es un apostolado discreto, de persona a persona, que prepara el ánimo de sus oyentes para la llamada divina. En otra ocasión, de manera más directa, se lo muestra el Bautista a Juan y a Andrés: *al día siguiente otra vez estaba Juan allí con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dijo: he aquí el Cordero de Dios. Los dos discípulos, al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesús*¹¹. ¡Qué eficacia! La palabra del Bautista dispone las dos primeras vocaciones de Apóstoles. Después, Andrés y Juan traerán a otros.

Considerando ese caminar de Cristo por la ribera del Jordán, que atrae a los primeros discípulos, recordamos unas palabras de nuestro Padre: *todos los hijos míos son Cristo que pasa por el mundo. No se os conoce, pero en todos los rincones de la tierra hay compañeros de trabajo y amigos que están descubriendo en vuestros hermanos, en vosotros, a Cristo; y ellos luego llevan también a Cristo a otros corazones, a otras inteligencias. Sois Cristo que pasa en medio de la calle; pero debéis pisar donde El pisó*¹².

Así tiene que ser nuestra actuación con las personas que tratamos. *Cada uno de vosotros* —nos escribió nuestro Padre— *ha de procurar ser un após-*

(10) *Ioann.* I, 29.

(11) *Ioann.* I, 35-37.

(12) De nuestro Padre, *Tertulia*, 9-I-1969, en *Crónica*, 1969, p. 160.

*tol de apóstoles*¹³. Ahora, hemos de preguntarnos, mirando en torno nuestro, en el círculo de nuestras relaciones, de amigos, conocidos, colegas: *ahí... ¿no habrá uno... o dos, que nos entiendan bien?*¹⁴.

ACUDÍAN muchos al Jordán a escuchar y recibir el bautismo de Juan. Para todos había en labios del profeta palabras de luz, y a todos preparaba para recibir al Señor. Pero tenía además Juan el Bautista un grupo reducido de discípulos, a los que formaba al calor de la conversación directa. Y es precisamente de ese grupo de donde surgen los primeros *apóstoles de apóstoles*, los primeros seguidores del Señor.

Somos para la muchedumbre, nos interesan todas las almas y queremos hacer llegar a todos la luz y el amor de Jesucristo. Por eso, cada uno de nosotros debe tener también un puñado de almas escogidas que puedan responder generosamente a la llamada de Dios. A ese pequeño grupo de amigos hemos de dedicar nuestro mejor tiempo, preparándoles para el momento de su encuentro con Jesucristo, poniendo en sus corazones la semilla que pueda fructificar en una vocación de apóstol, como la de Andrés y Juan, como la nuestra. *Eres, entre los tuyos —alma de apóstol—, la piedra caída en el lago. —Produce,*

(13) *Camino*, n. 920.

(14) *Camino*, n. 805.

con tu ejemplo y tu palabra, un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

*¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?*¹⁵.

El proselitismo es eficacia multiplicada, que da cumplimiento a nuestro deber de acercar todas las almas a Dios, de hacer que Cristo sea conocido y amado por todos los que ha venido a salvar. ¿Con qué sentido de responsabilidad, con qué audacia, con qué tesón vivimos en la práctica este espíritu proselitista?

*Una persona que no se mueve es que ve las cosas como un peso: padece una enfermedad grave; y como el proselitismo es el latido del corazón, el que no es proselitista sufre un colapso. El remedio del masaje cardíaco hay que buscarlo en esa vida que da el cumplimiento fiel de nuestras obligaciones. Proselitismo. Repetirlo siempre: que el Padre no dispensa a nadie de esa obligación, porque todos —jóvenes y viejos, sanos y enfermos, listos o menos listos— hemos de dar sentido apostólico a nuestra vida. En cuanto tenemos a alguien a nuestro lado, sin hacer cosas raras, buscamos el modo de contagiarle nuestra alegría, la alegría de sentirse hijo de Dios y de vivir como hijo de Dios*¹⁶.

Mientras hacemos nuestros propósitos, pongamos bajo la protección maternal de la Virgen a esas personas que tratamos más de cerca.

(15) *Camino*, n. 831.

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIIM968, en *Crónica*, 1968, p. 991.

Tiempo ordinario

(Semanas I a VIII)

DOMINGO I DEL TIEMPO ORDINARIO

Lo ocupa siempre la fiesta del Bautismo del Señor.

57.

LUNES

—El inicio del año, nueva ocasión para recomenzar en la vida interior.

—Tener deseos eficaces de santidad, a pesar de los errores personales.

—La humildad lleva a no envanecerse por los éxitos, ni a desanimarse por los fracasos.

HEMOS comenzado un nuevo año y, con la gracia de Dios, nos aprestamos a recorrerlo con renovados deseos de ser santos y de hacer apostolado. Porque también en nuestra vida, como en la de los Apóstoles, se ha hecho presente el Señor y nos ha dicho: *venid en pos de Mí, y haré que seáis pescadores de hombres* ¹.

Es hora, pues, de recomenzar en la vida interior. Y lo hacemos al hilo de unas palabras que nuestro Fundador nos dirigía en una ocasión por estas fechas.

Sabéis que el Padre os abre su corazón con sinceri-

(1) Ev. (Marc. I, 17).

dad. No creo en ese refrán que dice: año nuevo, vida nueva. En veinticuatro horas no se cambia nada. Sólo el Señor, con su gracia, puede convertir en un momento a Saulo, de perseguidor de los cristianos en Apóstol. Le derriba del caballo, le deja ciego, le humilla, le hace ir a un hombre, Ananías (cfr. Act. IX, 3 ss.), para que le diga lo que tiene que hacer. Y Saulo era uno de los grandes de Israel, educado en la cátedra de Gamaliel, y además ciudadano romano. ¿Os acordáis?: civis romanus sum! (cfr. Act. XXII, 25). Me gusta. Me gusta que también vosotros os sintáis ciudadanos de vuestro país; con todos los derechos, porque cumplís todos los deberes.

¿Creéis que sin un milagro grande, un hombre comodón que se mueve con desgana, sin agilidad, que no hace gimnasia, puede ganar una competición internacional de deporte? San Pablo acude a ese símil, y yo también. Sólo luchando repetidamente —venciendo unas veces, y otras no— en cosas pequeñas, que de suyo no son pecado, que no tienen una sanción moral muy fuerte, sino que son debilidades humanas, faltas de amor, faltas de generosidad; sólo una persona que hace cada día su gimnasia podrá decir con verdad que, al final, tendrá un vida nueva. Sólo quien hace esa gimnasia espiritual llegará.

Mirad lo que dice San Pablo: nolite conformari huic saeculo, sed reformamini in novitate sensus vestri, ut probetis quae sit voluntas Dei bona et beneplacens et perfecta (Rom. XII, 2). Procurad reformaros con un nuevo sentido de la vida; tratando de comprender

aquellas cosas que son buenas, de más valor, más agradables a Dios, más perfectas; y seguidlas.

¿Acaso no ocurre así en el ejercicio gimnástico constante, en el deporte?: tres centímetros más, una décima de segundo menos. Y de pronto, un percance: uno salta y se tuerce un tobillo, ¡qué desastre! Quizá porque se descuidó, y engordó y perdió la forma. Hijos míos, si esa criatura, si esa alma sigue luchando, aquel percance no ha tenido ninguna categoría. Es, a lo sumo, una faltita pequeña; porque está haciendo su gimnasia para conseguir una marca mejor, esforzándose en cosas que son más buenas, de más valor: esas que si no se hacen no ofenden a Dios, porque no son pecado. Así, poco a poco, sin daros apenas cuenta, para que no se meta la soberbia, iréis —iremos— reformándonos con un nuevo sentido de la vida: in novitate sensus. Y tendremos una vida nueva.

Consideradlo cada uno de vosotros en vuestra oración personal. Cada uno sacará una luz particular: unos, muchas luces; otros, sólo chispazos; alguno se dormirá, y no sacará nada; pero cuando despierte, verá que sí, que tiene luz. Vale la pena, hijos míos, considerar atentamente estas palabras del Apóstol².

HIJAS e hijos míos, haced las cosas seriamente. Reemprended ahora el camino. Soy muy amigo de la

(2) De nuestro Padre, Meditación Ahora que comienza el año, 31X11-1970.

palabra camino, porque todos somos caminantes de cara a Dios; somos viatores, estamos andando hacia el Creador desde que hemos venido a la tierra. Una persona que emprende un camino, tiene claro un fin, un objetivo: quiere ir de un sitio a otro; y, en consecuencia, pone todos los medios para llegar incólume a ese fin; con la prisa suficiente, procurando no descaminarse por veredas laterales, desconocidas, que presentan peligros de barrancos y de fieras. ¡A caminar seriamente, hijos! Hemos de poner en las cosas de Dios y en las de las almas el mismo empeño que los demás ponen en las cosas de la tierra: un gran deseo de ser santos (...).

Pero vamos a seguir con San Pablo. Ese querer llegar exige un contenido. El libro de la Sabiduría dice que el corazón del loco es como un vaso quebrado (cfr. Eccli. XXI, 17), dividido en partes, que tiene cada trozo suelto. Dentro no cabe la Sabiduría, porque se derrama. Con esto, el Espíritu Santo nos dice que no podemos ser como un vaso quebrado; no podemos tener una voluntad, como el vaso quebrado, orientada aquí y allá, diversamente; sino una voluntad que remite a un único fin: porro unum est necessarium! (Luc. X, 42).

No os preocupéis si esa voluntad es un vaso con lañas. Soy muy amigo de las lañas, porque las necesito. Y no se escapa el agua porque haya lañas. Aquel vaso, quebrado y recompuesto, a mí me parece una maravilla; es incluso elegante, se ve que ha servido para

algo. Hijos míos, esas lañas son testimonio de que habéis luchado, de que tenéis motivos de humillación; pero si no os quebráis, mejor aún.

Lo que sí debéis tener es buena disposición. He escrito hace muchos años que, cuando un vaso contiene vino bueno y en él se echa buen vino, buen vino queda. Ocurre lo mismo en vuestro corazón: debéis tener el buen vino de las bodas de Cana. Si hay vinagre en vuestra alma, aunque os echen vino bueno —el vino de las bodas de Cana—, todo os parecerá repugnante, porque dentro de vosotros se convertirá el buen vino en vinagre. Si reaccionáis mal, hablad. Porque no es razonable que una persona, que acude al médico para que la vea bien, no cuente las dificultades que tiene.

Luego nuestras labores, nuestros deseos y nuestros pensamientos, tienen que convenir hacia un solo fin: porro unum est necessarium, repito. Ya tenéis un motivo de lucha deportiva. Hemos de llevar las cosas a Dios, pero como hombres, no como ángeles. No somos ángeles, así que no os extrañéis de vuestras limitaciones. Es mejor que seamos hombres que pueden merecer y... fenecer espiritualmente: morir. Porque de esta manera nos daremos cuenta de que todas las cosas grandes, que el Señor quiere hacer a través de nuestra miseria, son obra suya. Como aquellos discípulos que regresaron pasmados de los milagros que hacían en nombre de Jesús (cfr. Luc. X, 17), nos daremos cuenta de que el fruto no es nuestro; de que no puede dar peras

*el olmo. El fruto es de Dios Padre, que ha sido tan padre y tan generoso que lo ha puesto en nuestra alma*³.

MIRA lo que dice San Pedro: carissimi, nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat (I Petr. IV, 12). No os maravilléis de que no podáis saltar, de que no podáis vencer: ¡si lo nuestro es la derrota! La victoria es de la gracia de Dios. Y no olvidéis que una cosa es el pensamiento, y otra muy distinta el consentimiento. Esto evita muchos quebraderos de cabeza.

También nos evitamos muchas tonterías durmiendo bien, las horas justas; comiendo lo necesario, haciendo el deporte que podáis a vuestros años, y descansando. Pero yo querría que en cada plato pusierais la cruz; que no quiere decir que no comamos: se trata de comer un poquito más de lo que no os gusta, un poquito, aunque sólo sea una cucharadita de las de café; y un poquito menos de lo que os gusta, dando siempre gracias a Dios (...).

Luego no nos hemos de admirar, quasi novi aliquid vobis contingat, como si nos aconteciera algo extraordinario, si sentimos bullir las pasiones —es lógico que esto ocurra, no somos como una pared—, ni si el Señor, por nuestras manos, obra maravillas, que es cosa habitual también.

Mirad el ejemplo de San Juan Bautista, cuando envía a sus discípulos a preguntar al Señor quién es. Jesús les contesta haciéndoles considerar todos aquellos milagros (cfr. Matth. XI, 4-6). Ya recordáis este pasaje; desde hace más de cuarenta años lo he enseñado a mis hijos para que lo mediten. Estos milagros sigue haciéndolos ahora el Señor, por vuestras manos: gentes que no veían, y ahora ven; gentes que no eran capaces de hablar, porque tenían el demonio mudo, y lo echan fuera y hablan; gentes incapaces de moverse, tullidos para las cosas que no fueran humanas, y rompen aquella quietud, y realizan obras de virtud y de apostolado. Otros que parecen vivir, y están muertos, como Lázaro: iam foetet, quatruiduanus est enim (Ioann. XI, 39). Vosotros, con la gracia divina y con el testimonio de vuestra vida y de vuestra doctrina, de vuestra palabra prudente e imprudente, los traéis a Dios, y reviven.

Tampoco os podéis maravillar entonces: es que sois Cristo, y Cristo hace estas cosas por vuestro medio, como las hizo a través de los primeros discípulos. Esto es bueno, hijas e hijos míos, porque nos fundamenta en la humildad, nos quita la posibilidad de la soberbia, y nos ayuda a tener buena doctrina. El conocimiento de esas maravillas que Dios obra por vuestra labor os hace eficaces, fomenta vuestra lealtad y, por tanto, fortifica vuestra perseverancia.

Acabaremos con un texto del Apóstol: aemulamini autem charismata meliora (/ Cor. XII, 31); aspirad a los dones mejores, constantemente. Hijos míos, vosotros

(3) De nuestro Padre, Meditación Ahora que comienza el año, 31-XII-1970.

y yo queremos portarnos bien, como agrada al Señor. Y, si a veces las cosas nos salen un poco mal, no importa: luchemos, porque la santidad está en la lucha.

Aemulamini charismata meliora: aspirad a cosas mejores, más gratas a Dios. No os conforméis con lo que sois delante de Dios; pedidle con humildad, a través de la Omnipotencia suplicante de la Virgen Santísima, que El y el Padre nos envíen el Espíritu Santo, que de ellos procede; que con sus dones, especialmente con el don de Sabiduría, nos haga discernir prontamente para saber siempre qué es lo que va y qué es lo que no va. Nosotros, como somos viatores, queremos dedicarnos a lo que va y evitar lo que no va⁴.

Terminamos este rato de oración haciendo nuestras las palabras de la oración de la Misa de hoy: escucha, Señor, en tu bondad las súplicas de tu pueblo; enséñale lo que ha de hacer y concédele valor para cumplirlo⁵.

(4) De nuestro Padre, Meditación Ahora que comienza el año, 31-XII-1970.

(5) Orat.

58.

MARTES

—La labor apostólica debe hacerse con ánimo esforzado y con comprensión.

—Sacrificio personal, entrega para ahogar el mal en abundancia de bien.

—La caridad hace el celo apostólico alegre, positivo y optimista.

DICE el Señor: Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante >. Dios tiene para todos los hombres, para todas las almas que estén dispuestas a amarle, un premio maravilloso: la felicidad eterna del Cielo, sin mezcla de dolor, amargura o tristeza. Y a nosotros nos ha enviado, con misión divina, a propagar por toda la tierra —de polo a polo— esta buena noticia. Esta tarea requiere esfuerzo, sacrificio, decisión, firmeza. Es una verdadera batalla espiritual de paz que tenemos que librar, porque a veces los hombres, cegados por el enemigo de Dios, se resisten a recibir la verdad, la caridad que salva. *Es la guerra nuestra —una guerra hermosísima de paz— siembra de amor, de disculpa, de comprensión, de convivencia*²; porque si no convivimos, no podemos llevar las almas a Dios.

Todo nuestro apostolado es de amor, de cariño, de

(1) Anl. ad Com. (Ioann. X, 10).

(2) De nuestro Padre, n. 97.

*caridad de Cristo*³. No rechazamos a nadie. Nosotros queremos mucho a los que aman a Jesucristo, y queremos también mucho a los que no le aman. Pero éstos nos dan además mucha pena: por eso procuramos convivir con ellos afectuosamente, y tratarles y ayudarles: *ahogar el mal en abundancia de bien*⁴.

A la vez, cuando conviene para el bien de las almas, hemos de actuar con la energía —apoyada en la fortaleza de Cristo— que exige la defensa de la fe y de los derechos de Dios y de su Iglesia, sin ceder en lo esencial. Imitaremos así al Señor, que enseñaba con autoridad los mandamientos de la Ley divina: *quedaban admirados de su doctrina* —anota San Marcos—, *pues les instruía como quien tenía potestad, y no como los escribas*⁵.

Como las vírgenes prudentes —nos ha enseñado nuestro Padre, comentando esta parábola del Evangelio—, *hemos de llevar las lámparas encendidas. No podemos dar nuestro aceite, porque se apagarían las lámparas nuestras. Cuando haya peligro para la fe, hay que parar el carro. Primero, que nuestra lámpara esté encendida. Sería una falsa caridad, diabólica caridad, mentirosa caridad, ceder en cosas de fe. Fortes in fide* (I Petr. V, 9), *fuertes en la fe, firmes en la fe, como dice San Pedro; no es fanatismo, es sencillamente vivir de fe; no es desamor para nadie, cedemos en todo*

*lo que es accidental, pero en la fe no podemos ceder; no podemos dar el aceite de nuestras lámparas, porque luego viene el Esposo y las encuentra apagadas*⁶.

Si, contra nuestra voluntad, alguien se sintiera herido por nuestra actuación, procuraremos sanar y cicatrizar esas lesiones, *veritatem facientes in caritate*⁷, ungiendo las heridas con el óleo de la caridad, para apagar los posibles resentimientos originados por una incompreensión de los motivos que nos impulsaron a obrar.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta a Cristo predicando en la sinagoga de Cafarnaúm, en un día de sábado. *Se encontraba entonces en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu inmundo, y decía a gritos: ¿qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno? ¿Sé quién eres tú, el Santo de Dios?*⁸.

La presencia del mal en la tierra —del pecado, que es el verdadero mal y origen de todos los demás males— es cosa antigua. *No podemos tener nostalgias ingenuas y estériles: el mundo no ha estado nunca mejor. Desde siempre, desde la cuna de la Iglesia, cuando aún vivían los Apóstoles, tuvieron ya lugar las persecuciones, comenzaron las herejías, se propaló la mentira y se desencadenó el odio.*

(3) De nuestro Padre, Obras VIII-57, p. 7.

(4) De nuestro Padre, n. 99.

(5) Ev. (Marc. I, 22).

(6) De nuestro Padre.

(7) Ephes. IV, 15.

(8) Ev. (Marc. I, 23-24).

Pero os quiero hacer considerar que el mal ha prosperado. Dentro de todo este campo de Dios, que es la tierra, que es heredad de Cristo, hay cizaña: no sólo cizaña, ¡abundancia de cizaña! Os lo quiero hacer considerar, para que no os dejéis engañar nunca por ese mito del progreso perenne e irreversible —entendedme: el progreso, rectamente ordenado, es bueno, y Dios lo quiere—, de ese progreso que ciega los ojos de tanta gente, porque a veces no percibe que la humanidad, en algunos de sus pasos, vuelve atrás y pierde lo que antes había conquistado.

Que mis hijos abran bien los ojos, que tengan el alma y la inteligencia despiertas. Sólo una conciencia cauterizada, sólo la insensibilidad producida por la rutina, sólo el atolondramiento frívolo pueden permitir que se contemple el mundo sin ver allí el mal, la ofensa de Dios, el daño a veces irreparable para las almas⁹.

Todo ese mal tremendo, hay que ahogarlo en abundancia de bien. No es posible arrancar la cizaña, pues sería —comenta San Juan Crisóstomo— *como desencadenar una guerra sin cuartel sobre la tierra entera*¹⁰. Hay que inundar el campo de santidad, con entrega plena a Dios y a las almas, que es lo único capaz de producir una reacción interminable de obras buenas.

Dios Nuestro Señor nos quiere a ti y a mí santos,

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 42.

(10) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 1.

*para que santifiquemos a los demás*¹¹. La corredención que Dios pide, exige de cada uno de nosotros sobreabundancia de santidad personal. Cuanto más crezca el mal, más urgente hemos de sentir la necesidad de ser santos, de hacer que el trigo divino sea más fecundo. *Queridísimos*, escribía San Pablo a los Romanos: *no os tengáis dentro de vosotros mismos por sabios, a nadie volváis mal por mal, procurando obrar bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres; vivid en paz, si puede ser, y en cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres (...). No te dejes vencer del mal, mas procura vencer al mal con el bien*¹².

SEMBRADORES de paz y de alegría, para todos tenemos un mensaje de paz, una Buena Nueva. Dios es causa de salvación y de alegría para todos; *ninguno está excluido de este gozo, es a todos común la causa de esta alegría, porque Nuestro Señor, vencedor del pecado y de la muerte, no habiendo encontrado ningún hombre libre de condena, ha venido a salvarnos a todos*¹³.

Esta es la gran noticia que tenemos que dar a todas las almas. Queremos que se persuadan de que Dios es amor —*Deus caritas est*¹⁴—, y para eso es

(11) De nuestro Padre, *Meditación*, 27-111-1962.

(12) *Rom.* XII, 16-21.

(13) San León Magno, *Homilía I in Nativitate Domini*.

(14) *I Ioann.* IV, 8.

preciso que nosotros mismos estemos llenos de caridad: *una caridad alegre, dulce y recia, humana y sobrenatural; caridad afectuosa, que sepa acoger a todos con una sonrisa habitual; que sepa comprender las ideas y los sentimientos de los demás, a quienes debe atraer para que colaboren. Y así, suavemente y fuertemente, sin ceder en la conducta personal ni en la doctrina, la caridad de Cristo bien vivida nos da el espíritu de conquista, cada día con más hambre de trabajo por las almas*¹⁵.

Es el modo de comportarse del Señor, bien patente en el Evangelio de hoy. Le apena la situación de aquel pobre hombre sometido al espíritu maligno, y se mueve a misericordia. Su celo no es amargo. Simplemente dice: *calla y sal de él*¹⁶. Que nuestro celo no sea nunca amargo y desabrido; que nuestras palabras sean siempre positivas, amables; que nos mueva el amor, y pasaremos así por encima de las incomprensiones, sabiendo tratar a las almas sin impaciencia, más dispuestos a alabar que a censurar, con espíritu de concordia: *los pacíficos son los que siembran en paz frutos de santidad*¹⁷.

Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem! Da paz al mundo, la paz tuya, la que nace de la Verdad y del Amor y de la Esperanza. *Sancta María, Regina Apostolorum, ora pro nobis!*

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 77.

(16) *Ev. (Mate. I, 25)*.

(17) *Iacob. III, 18*.

59.

MIÉRCOLES

—Fe en el carácter sobrenatural de la Obra.

—Fe en nuestra vocación personal.

—Fe en los medios divinos que empleamos para cumplir la misión recibida.

*ALABAD al Señor e invocad su nombre, anunciad entre las naciones sus obras. Cantadle y tañed salmos, contad todas sus maravillas*¹. Las palabras del salmo, que la Iglesia pone hoy en nuestra boca, son para nosotros una invitación a proclamar por todas partes la bondad de Dios, que ha querido suscitar el Opus Dei para bien de la humanidad entera.

Hace muchos años, en los primeros tiempos de la Obra, nos escribía nuestro Padre: *Carísimos: en mis conversaciones con vosotros repetidas veces he puesto de manifiesto que la empresa, que estamos llevando a cabo, no es una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios*².

Hemos sido llamados para realizar algo que está muy por encima de nuestras fuerzas: extender el Opus Dei por toda la tierra. Para llevar a cabo esta

(1) *Ps. R. (I) (Ps. CIV, 1-2)*.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 1.

misión sobrenatural, necesitamos una gran fe, pues —como enseña el Apóstol— *nosotros en virtud de la fe esperamos recibir del Espíritu la santidad*³. Necesitamos fe en Dios; fe en la Obra, que es el camino dispuesto por el Señor para nuestra santificación; fe en que El mismo nos dará la gracia para atraer a las almas.

Queremos obtener de Jesucristo, pidiéndola humildemente, una fe viva y eficaz, igual a la que hemos visto en nuestro Padre y a la que han sabido vivir nuestros hermanos mayores, que desde el principio trabajaron con la certeza de estar cumpliendo un mandato del Señor. *No olvidéis, hijos míos, que no somos almas que se unen a otras almas, para hacer una cosa buena. Esto es mucho... pero es poco. Somos apóstoles que cumplimos un mandato imperativo de Cristo* \

Esta firme convicción de estar cumpliendo la Voluntad de Dios, nos llena de seguridad y nos da un corazón valiente, capaz de vencer cualquier obstáculo: *todo aquello que el Señor quiere lo hace, así en el cielo como en la tierra*⁵.

LA FE en el carácter sobrenatural de la Obra debe darnos también la certeza de la eficacia, de la fe-

cundidad de la llamada personal que hemos recibido, porque *cuando Dios Nuestro Señor proyecta alguna obra en favor de los hombres, piensa primeramente en las personas que ha de utilizar como instrumentos... y les comunica las gracias convenientes*⁶.

El Señor nos ha elegido como instrumentos suyos. *No me habéis elegido vosotros* —nos dice—, *sino que yo os he escogido y os he puesto para que vayáis y traigáis fruto y vuestro fruto permanezca*⁷. Y con esta elección, nos ha prometido la gracia que necesitamos. *Nuestra entrega nos confiere como un título —un derecho, por decirlo así— a las gracias convenientes para ser fieles al camino que emprendimos un día, porque Dios nos llamó. La fe nos dice que, cualesquiera que sean las circunstancias por que atravesemos, esas gracias no nos faltarán si no renunciemos voluntariamente a ellas. Pero nosotros debemos cooperar*⁸.

El Señor guardó fielmente siempre su alianza, y la promesa hecha por miles de generaciones⁹. Con estas palabras, el salmista nos invita a confiar siempre en la acción divina, sin desalentarnos por el conocimiento cada vez más claro de nuestra pequenez. *Los hombres —dice nuestro Padre—, cuando quieren hacer algún trabajo, procuran usar los medios apropiados. Si yo hubiera vivido hace siglos, hubiese empleado una pluma de ave para escribir; ahora empleo una plu-*

(3) Galat. V, 5.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-IIM934, n. 27.

(5) Ps. CXXXIV, 6.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 48.

(7) Joann. XV, 16.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 47.

(9) Ps. R. (I) (Ps. CIV, 8).

*ma estilográfica. Dios, en cambio, cuando desea realizar alguna obra, emplea medios desproporcionados para que se note que la obra es suya. Por eso tú y yo, que conocemos el peso enorme de nuestras miserias, debemos decirle al Señor: aunque sea miserable, no dejo de comprender que soy un instrumento divino en tus manos*¹⁰. Con esta disposición humilde y confiada *no habrá dificultad que pueda remover tu optimismo*ⁿ.

A NUESTRA fe en el carácter sobrenatural de la Obra y de nuestra llamada personal, debe seguir la fe en los medios, también sobrenaturales, que utilizamos: la oración, la mortificación y el trabajo.

Sabremos pedir audazmente cosas grandes, confiados en las promesas del Señor: *pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra*¹². Nuestra oración alcanzará su deseo si perseveramos, alentados por una firme seguridad: *los que son perfectos en la fe piden todo, llenos de confianza en el Señor, y lo reciben porque no dudan*ⁿ.

Sabremos acompañar nuestras peticiones con un constante espíritu de mortificación, que avalará la rectitud de nuestra acción, de nuestro trabajo. De este modo el fruto vendrá: podemos darlo por descontado. Aunque sea preciso batallar mucho, y esperar con pa-

(10) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(11) Camino, n. 476.

(12) Ps. II, 8.

(13) Pastor de Hermas, Maní 9, 6.

ciencia. Rechazad el descorazonamiento *que os produce ver que, a pesar de vuestra oración, de vuestros sacrificios y de vuestra tenacidad, aquella determinada alma por quien trabajáis ¡no viene, no responde!*

Hemos de estar ciertos de que la oración es siempre fecunda, y el sacrificio nunca es estéril^w.

Acudimos en busca de esta fe a Nuestra Madre la Virgen. *Es justo que demos gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por el camino recorrido; y que procuremos que estas acciones de gracias pasen por las manos de la Virgen Santa María —Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!—, que es la Madre de Dios, que es la Madre de los hombres, que es la Madre del Opus Dei, que es la Madre de cada uno de nosotros.*

*Y que nos llenemos de confianza para el porvenir: confianza en la intercesión maternal, amorosísima de Nuestra Señora: recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona. Ese trato confiado, lleno de ternura para la Madre nuestra, es parte principal de nuestro espíritu. Y Santa María nos ha dado pruebas palpables de su predilección especialísima, nos ha sonreído siempre. Toda la fortaleza que necesitamos —por nuestra pequeñez personal, por nuestras debilidades y errores— la iremos a buscar continuamente en Dios a través de nuestra filial devoción mañana*¹⁵.

(14) De nuestro Padre, Instrucción, I-IV-1934, nn. 59-60.

(15) De nuestro Padre, Carla, 31-V-1954, n. 36.

60.

JUEVES

—El optimismo en el apostolado, consecuencia necesaria de la fe.

—*inter médium montium pertransibunt aquae*: las dificultades se superan con la fe.

—Llevar esta fe a las tareas diarias de apostolado.

SE OYE a veces decir que actualmente son menos frecuentes los milagros, escribe nuestro Padre. Y se pregunta: *¿no será que son menos las almas que viven vida de fe?*¹.

La mayor parte de los milagros de Cristo, en efecto, se llevaron a cabo en un clima de humildad y de fe. Buen ejemplo nos ofrece el Evangelio de la Misa de hoy. *Vino a Jesús un leproso* —escribe San Marcos— *que, rogándole de rodillas, le decía: si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, compadecido, extendió la mano, le tocó y le dijo: quiero, queda limpio*.² En otra ocasión, ante el centurión de Cafarnaúm, que le rogaba la salud para su criado enfermo, Cristo se admiró y elogió su fe, tan grande que no había hallado otra semejante en el pueblo de Is-

(1) *Amigos de Dios*, n. 190.

(2) *Ev. (Marc. I, 40-42)*.

rael³. Y escuchó también su petición, devolviendo la salud a su siervo.

La fe del centurión y la fe del leproso consiguieron que el Señor mostrara su omnipotencia. Y lo mismo sucedió con la cananea y con los otros milagros que relata el Evangelio, porque la fe, humilde y llena de audacia, consigue siempre que el Señor manifieste su poder. *Dios ha establecido en Jesucristo una nueva y eterna alianza con los hombres. Ha puesto su omnipotencia al servicio de nuestra salvación. Cuando las criaturas desconfían, cuando tiemblan por falta de fe, oímos de nuevo a Isaías que anuncia en nombre del Señor: ¿acaso se ha acortado mi brazo para salvar o no me queda ya fuerza para librar? Con sólo mi amenaza, seco el mar y torno en desierto los ríos, hasta perecer sus peces por falta de agua y morir de sed sus vivientes. Yo revisto los cielos de un velo de sombra y los cubro como de saco* (Isai. L, 2-3)⁴.

Por eso, una consecuencia directa de la fe es el optimismo y la seguridad de la victoria. Si confiamos tan sólo en nuestras fuerzas, motivo tendremos para andar desalentados; habrá obstáculos que nos parezcan insalvables, y muchas de las metas que se propongan a nuestro apostolado se harán imposibles de alcanzar. En cambio, si vivimos de fe, sabremos que no estamos solos para enfrentarnos con la dificultad, para poner por obra todas esas cosas gran-

(3) *Cfr. Matth., VIII, 10*.

(4) *Amigos de Dios*, n. 190.

des con las que soñamos: *con nosotros está Yavé, nuestro Dios, para ayudarnos y combatir nuestros combates*⁵. Por eso podemos decir: *de Dios me viene protección y gloria, Dios es mi fuerte roca, mi asilo*⁶. Esta fe, esta seguridad de trabajar con la ayuda y para la gloria de Dios, *es la victoria que vence al mundo*⁷, lo que ha dado siempre a nuestro apostolado un sereno optimismo.

*Hemos de ser optimistas, pero con un optimismo que nace de la fe en el poder omnipotente de Dios —Dios no pierde batallas—, con un optimismo que no procede de la atolondrada satisfacción humana, de una complacencia necia y presuntuosa*⁸.

OS MANDO a todas partes del mundo con un complejo de seguridad —de superioridad—, porque es Dios Nuestro Señor quien quiere que hagáis esa labor. Convinceos de eso, haced la oración por vuestra cuenta con estas palabras que ahora os estoy diciendo. Pensad: yo valgo poco, yo puedo poco, yo no tengo medios. Quizá la Obra —en esa Región— no tiene medios tampoco, pero omnia possum in eo qui me confortad (Philip. IV, 13).

¡Adelante! Adelante con una tozudez, que es santa

(5) II Par. XXXII, 8.

(6) Ps. LXI, 8.

(7) I Ioann. V, 4.

(8) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 42.

*y que se llama, en lo espiritual, perseverancia*⁹.

La Obra se hará, se está haciendo, se ha hecho a pesar de las dificultades. *No se me ocultan* —escribía nuestro Padre en 1934— *los obstáculos que encontraréis. Algunos podrán parecer insuperables..., mas inter médium montium pertransibunt aquae; y el espíritu sobrenatural de la Obra y el ímpetu de vuestro celo pasarán a través de los montes, y venceréis esos obstáculos*¹⁰.

Lo importante es que no pongamos nosotros obstáculos por falta de fe y de amor y de esperanza; que no nos desalienten las incomprendiones, ni la falta de generosidad —a veces sólo inicial— de las almas que tratamos; que no nos desanime tampoco el vernos como realmente somos, o la carencia de medios; que no enfrién nuestra caridad las miserias ajenas; que no disminuyan nuestra fe los aparentes reveses, ni las miserias propias.

El Opus Dei es una gran obra de fe. Nuestro Padre la pedía a los primeros, y pedía también que se tuviese fe en la misión que había recibido de Dios: *tened mucha fe en Dios y también un poco de fe en este pobre pecador*¹¹. Hoy, como ayer, necesita la Obra de nuestra fe. Los obstáculos son siempre muchos, y difíciles las metas que hay que alcanzar. Avivemos nuestra fe, *muy unidos en la oración*: de nuevo os digo, que si dos de vosotros se convinieren en la tierra,

(9) De nuestro Padre, n. 69.

(10) De nuestro Padre, Instrucción, I-IV-1934, n. 7.

(11) De nuestro Padre.

toda cosa que pidieren les será hecha por mi Padre que está en los cielos (Matth. XVIII, 19).

A orar, pues; y si a pesar de todo nuestra fe flaquease, digamos a Jesús, el Gran Rey de quien queremos ser soldados, aquel grito salido del alma de sus discípulos, según relata San Lucas: adauge nobis fidem!, ¡aumentanos la fe!... (Luc. XVII, 5) ¹⁴.

ADAUGE nobis fidem!, hemos pedido al Señor, con los Apóstoles. Y la Iglesia nos exhorta: *alabemos al Dios de nuestro auxilio, en quien tenemos puesta toda nuestra esperanza, e invoquémosle clamando con devoción: ¡Señor, mira a tus hijos!*¹³. No desoye Dios los ruegos de quienes ha adoptado como hijos queridísimos. Pero necesitamos fe: una fe práctica para hacerla vida, que ilumine no sólo las grandes verdades, los principios, sino también los pequeños acontecimientos de cada día, lo ordinario.

A veces —escribe San Bernardo— *nuestra fe se manifiesta tan vacilante con respecto a las cosas presentes, cuanto parece que la tenemos firmísima respecto a las futuras (...). ¿Qué género de incredulidad es éste? Mejor dicho, ¿cabe que se dé mayor locura? ¿Como si se pudiera engañar la Sabiduría increada, o engañarnos la Verdad eterna! ¿Como si la Caridad infinita no quisiera darnos lo ofrecido o la Omnipotencia no*

*pudiera otorgarnos lo prometido!*¹⁴. El Señor está dispuesto a darnos lo que le pedimos, no sólo después, en el Cielo, sino también ahora: en nuestra tarea diaria de santidad y apostolado, en el proselitismo, en el cumplimiento de nuestros pequeños deberes cotidianos, en las necesidades presentes, en los obstáculos actuales que quisieran frenar nuestra labor.

Pidamos al Señor que nos aumente la fe, que ilumine con su luz divina la tarea actual, lo que vamos a hacer hoy, para que así nos llenemos de amor y de esperanza, y sea eficaz nuestro esfuerzo. *Dios es el de siempre. —Hombres de fe hacen falta: y se renovarán los prodigios que leemos en la Santa Escritura.*

—*"Ecce non est abbreviata manus Domini"* —*¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!*¹⁵.

Afrontemos con esta fe la tarea que hoy nos aguarda —lucha interior, trabajo, apostolado— y, una vez más, podremos decir con Nuestra Madre Santa María, que el Señor *hizo alarde del poder de su brazo*¹⁶. Porque si sois fieles, podréis llamaros vencedores. En vuestra vida no conoceréis derrotas. No existen fracasos, si se obra con rectitud de intención y queriendo cumplir la Voluntad de Dios. Con éxito o sin él hemos triunfado, porque hemos hecho el trabajo por Amor¹⁷.

(14) San Bernardo, *De diversis sermonibus* 111.

(15) *Camino*, n. 586.

(16) *Luc.* I, 51.

(17) *De nuestro Padre*, n. 265.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, nn. 94-95.

(13) *Ad Vesp.*, *Preces*.

61.

VIERNES

—El deber de cuidar la salud, para servir a Dios.

—La aceptación de la enfermedad.

—Nuestra conducta en la enfermedad.

TENEMOS que trabajar mucho en servicio de las almas, y es menester que estemos en condiciones de rendir cada día más, para que el Señor pueda cargar peso sobre nuestros hombros. La vida es un don de Dios, que queremos gastar íntegro en su servicio. Y lo es también la salud, pues —como escribe el Sabio— *la salud y el bienestar valen más que el oro, y un cuerpo robusto más que una fortuna*¹.

El precepto divino manda amar a Dios con todas las fuerzas. Queremos amar y servir al Señor con todas las potencias de nuestra naturaleza, *vivir una conducta digna de Dios agradándole en todo, produciendo frutos en toda especie de obras buenas*², y al fin morirnos de viejos, después de habernos gastado en ese servicio de amor. Por eso hemos de estimar la salud, que nos permite trabajar abundantemente en la viña del Señor, desde la primera hora de nuestra vocación hasta la última, llevando con alegría *el peso del día y del calor*³. Y

(1) *Sirac.* XXX, 15.(2) *Colos.* I, 10.(3) *Matth.* XX, 12.

hemos de procurar mantener el cuerpo sano y fuerte, por amor de Dios y afán de servir, sin una preocupación excesiva, pero obedeciendo, poniendo en práctica las indicaciones que con este fin recibimos. Esta docilidad es parte de la entrega total que vivimos: tampoco el cuerpo es nuestro, es de Dios y para Dios, para gastarlo sólo en su servicio.

*Hay que procurar, con particular esmero —recomienda nuestro Padre—, que el cuerpo responda siempre como un buen instrumento del alma y, por todos los medios, evitar que alguien pueda llegar —por las circunstancias de su trabajo o por otras causas— al agotamiento físico, que suele llevar también a la ruina psíquica y producir una falta de energías que son necesarias para la lucha interior: porque, insisto, la gracia de Dios cuenta ordinariamente con esas fuerzas naturales*⁴.

Hay que cuidar la salud poniendo habitualmente los medios ordinarios que dicta el sentido común; aunque también de la salud corporal hemos de estar desprendidos. Si, incluso observando las normas de prudencia establecidas, enfermáramos, se lo ofreceríamos a Dios, siempre dispuestos a aceptar todo lo que El disponga *con perfecta paciencia y longanimidad acompañada de alegría*⁵. Porque, en definitiva, el Señor es quien *guarda contra el tropiezo y auxilia*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 39.(5) *Colos.* I, 11.

contra la caída, eleva el alma y alumbra los ojos, da la salud, la vida y la bendición ⁶.

HEMOS de cuidar la salud y pedírsela al Señor. Y Dios —escribe San Agustín—, *si conoce que te ha de ser de provecho, te la otorgará, y si no te la da, es que no te conviene tenerla* ⁷.

Si Dios permitiera una enfermedad larga o pasajera, habríamos de aceptarla y agradecerla, porque es medio de purificación. *De mucha salud para el alma* —enseña San Gregorio— *sirve el malestar del cuerpo. La enfermedad nos muestra la propia debilidad y reforma el alma; la purifica de los pecados cometidos y la reprime de los que podrían cometerse. El dolor físico nos hace callados y sufridos, nos recuerda nuestras culpas y nos trae a la consideración todo lo malo que hemos hecho. Por eso, al padecer exteriormente, por dentro nos dolemos más de nuestros pecados, y por medio de la lesión corporal, se purifica más la herida oculta del corazón* ⁸.

Nuestro Fundador nos dio un criterio claro respecto del dolor físico, que siempre hemos de seguir: *sabéis cuál es la norma en Casa: el dolor físico, cuando*

se puede quitar, se quita. ¡Bastantes sufrimientos hay en la vida! Y cuando no se puede quitar, se ofrece ⁹.

Agradecemos, amamos la Cruz donde está la salud del alma y la resurrección nuestra. Y sabemos que, si viene la enfermedad, es porque nos conviene, y hemos de recibirla con el mismo amor con que queremos la vida: *con total confianza*, dice San Pablo, *de que también, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, ora sea por mi vida, ora sea por mi muerte. Porque mi vivir es Cristo, y el morir una ganancia mía* ¹⁰. Cuando es Voluntad de Dios, El sacará de la enfermedad y aun de la muerte tantos frutos como de la vida y la salud: frutos de una santidad más acrisolada y más pura, frutos abundantes de apostolado y proselitismo. Por eso, lo mismo que nos lleva a pedir la salud, nos lleva a aceptar la enfermedad, a aprovecharla en servicio de Dios y de las almas, con un ofrecimiento generoso de cuanto lleva consigo.

EN LA Obra no nos podemos permitir el lujo de estar enfermos, y suelo pedirle al Señor que me conserve sano hasta media hora antes de morir. Hay mucho que hacer, y necesitamos estar bien, para poder trabajar por Dios. Tenéis, por eso, que cuidaros, para morir

(6) *Sirac.* XXXIV, 20.

(7) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 7, 12.

(8) San Gregorio Magno, *Regula pastomlis* 3, 12.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1969, en *Crónica*, 1969, p. 61.

(10) *Philip.* I, 20.

viejos, muy viejos, exprimidos como un limón, aceptando desde ahora la Voluntad del Señor".

Así se expresaba nuestro Padre, muchos años antes de que el Señor le llamara a Sí. La gustosa aceptación de la enfermedad es abandono: abandono en Dios, que la envía; y abandono en el cuidado que nos prodigan nuestros hermanos, obedeciendo a lo que nos indiquen.

Hay un personaje del Evangelio que, sin palabras, nos ofrece una buena lección de esta docilidad que hay que esmerarse en vivir cuando nos encontremos enfermos: aquel paralítico de Cafarnaúm a quien unos amigos buenos pusieron ante el Señor. *Al no poder llevarlo hasta él por causa del gentío, levantaron la techumbre por el sitio en donde se encontraba y, después de hacer un agujero, descuelgan la camilla en la que yacía el paralítico*". Aquel enfermo no opuso ninguna resistencia, incluso ante una idea que le podría haber parecido poco conveniente. Pero sabía que sus amigos sólo buscaban su bien, y les deja hacer: se abandona dócilmente en sus manos.

¡Qué ocasión, cuando estemos enfermos, para secundar los cuidados que tengan con nosotros, para hacer lo que nos digan, para aceptarlo todo con plena docilidad! ¡Y qué ocasión, también, para agradecer el cariño de nuestros hermanos, que se desviven en torno al enfermo, que es el tesoro de la casa!

Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son El".

Como nos enseñó siempre nuestro Padre, *aunque somos pobres, nunca falta lo necesario a nuestros hermanos enfermos. Si fuese necesario, robaríamos para ellos un pedacito de cielo, y el Señor nos disculparía*¹⁴. La enfermedad es un motivo más de abandono y de entrega. En esa situación debemos exponer también las necesidades con sencillez, y al mismo tiempo no olvidar que seguimos siendo pobres, por amor a Jesucristo, a quien se lo hemos dado todo.

Que nuestra Señora —*Salus infirmorum, Consolatrix afflictorum*— nos ayude a llevar la enfermedad, si se presenta, con espíritu dócil y alegre: que sea el amor de Dios lo que nos mueva siempre a querer la salud y a aceptar generosamente su pérdida.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 95.

(12) Ev. (Marc. II, 4).

(13) *Camino*, n. 419.

(14) De nuestro Padre, *Crónica* 1-61, p. 10.

62.

SÁBADO

—Ejemplaridad en la actuación pública.

—El deber de dar ejemplo.

—Valorar las normas corrientes de la convivencia.

LAS LECCIONES de la Liturgia de las Horas tienen hoy el elogio de los grandes Patriarcas del Antiguo Testamento: *alabemos a los varones gloriosos, nuestros padres, que vivieron en el curso de las edades. Grande gloria les confirió el Señor, y magnificencia desde el principio*¹. Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés...: hombres fieles en quienes Dios confió, y que gastaron toda su vida en el cumplimiento de la Voluntad divina.

También nosotros hemos de dar a Dios toda la gloria. Para El han de ser todas nuestras acciones y toda nuestra vida. Por El hemos de santificarnos y santificar todo lo que nos rodea. Pero nuestra vida se desarrolla en medio de los hombres: *nuestra celda es la calle*², nuestro trabajo es una profesión corriente, a la vista de todos. Y, para dar a Dios toda la gloria, hemos de considerar la responsabilidad que tenemos frente a los que conviven o se relacionan de algún modo con nosotros.

(1) *Ad Off. lect., L 1 (Sime. XLIV, 1-2).*

(2) *De nuestro Padre, n. 59.*

Trabajando siempre cara a Dios, trabajamos a la vez delante de los hombres; y hemos de hacer que también en lo exterior, en lo que pueden ver, todas nuestras acciones sean humana y sobrenaturalmente lo más perfectas posibles, imitando a Jesucristo, *perfectus Deus, perfectus homo*³.

Eso es lo que nuestro Padre llamaba *apostolado del ejemplo: del ejemplo constante, humilde, perseverante, con un sacrificio que es, en frase de la Escritura Santa, cazar las raposas que se comen la viña* (cfr. Cant. //, 15), *cumplir el deber pequeño de cada instante, en el ejercicio de nuestra labor profesional y social*⁴.

Nos lo dice el Señor: *vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa*⁵. No debe extrañarnos que vean, que noten en nuestra vida algo que atrae. Para eso el Señor nos ha hecho luz, y nos ha dado el mandato de acercar a El todas las cosas: *porque la virtud de esta luz no está sólo en brillar, sino también en conducir a los que la siguen*⁶. Debemos lograr que quienes nos rodean se acerquen a Dios: *brille así vuestra luz ante los hombres de mane-*

(3) Símbolo *Quicumque*.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 45.

(5) *Matth. V, 14-15.*

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 9.

*ra que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*⁷.

Preguntémonos si las personas que conocemos y tratamos, nuestros colegas de trabajo, al presenciar nuestras acciones, pueden realmente glorificar a Dios, ver en ellas la luz de Jesucristo; si se sienten empujados a ser mejores, al ver hechas realidad en nuestra vida las cosas que decimos.

LA LUZ de Jesucristo en nosotros no puede quedar escondida. Es preciso manifestarla, y para ello, *obrar bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres*⁸. Porque hablar no basta: hay que hacer. Los que nos ven, *creerán a nuestras obras más que a cualquier discurso*⁹; y se sentirán atraídos a la vida que nuestras acciones muestren.

Con la llamada divina y la formación específica —nos ha enseñado nuestro Padre—, *hemos de ser sal de la tierra y luz del mundo, porque estamos obligados a dar ejemplo con una santa desvergüenza. Nos urgirá la caridad de Cristo, el sentirnos y sabernos Jesucristo, desde el momento en que nos hemos dado a El sin separarnos de los demás, nuestros iguales, lo mismo que no se separa la sal de aquel alimento que ha de condimentar.*

(7) *Matth.* V, 16.

(8) *Rom.* XII, 17.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 9.

*Se necesita poner un empeño sobrenatural preciso para ser condimento. Pidamos al Señor, hijos míos, que siempre seamos ese buen condimento en la vida de los demás. Nuestra formación comprende todo el criterio y toda la piedad que han de tener los hijos de Dios en su Obra, para sazonarlo todo con su presencia activa*¹⁰.

Sin rarezas, sin nada que no sea propio de fieles corrientes, podemos mostrar lo que significa seguir de verdad a Cristo. *Con el buen ejemplo se siembra buena semilla; y la caridad obliga a sembrar a todos*¹¹. Nos han de ver leales, sinceros, alegres, trabajadores; nos hemos de comportar como personas que cumplen con rectitud todos sus deberes, que saben actuar en todo momento como hijos de Dios. Y una vez que conocen nuestra dedicación al servicio de Jesucristo, entonces la obligación de dar ejemplo es aún mayor: la vida que llevemos constituirá un indicio por el que juzgarán de nuestro espíritu; y nuestras acciones han de reflejarlo con claridad, en toda su divina hermosura.

El Señor nos ha dado un espíritu *que* —como el Evangelio, del que nace— *se ha de extender por la tierra y el mar, sin más límites que el mundo mismo*¹²; y para llevarlo a todas partes tenemos, junto a la gracia de Dios, este medio, que es el más capaz de

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-11-1964.

(11) *Camino*, n. 795.

(12) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 6.

persuadir: el ejemplo de vida, la honradez de una conducta cristiana.

MEDITEMOS estas palabras de San Pablo a los Efesios: *05 conjuro que os portéis de una manera que sea digna de la vocación a que habéis sido llamados*¹³. También nosotros debemos comportarnos con dignidad, de acuerdo con nuestra vocación, siguiendo el ejemplo del Señor: *bene omnia fecit*¹⁴ —todo lo hizo bien, decían de El; todo lo cumplió a la perfección: *los grandes prodigios, y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumhraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es perfectus Deus, perfectus homo* (Symb. Quicumque), *perfecto Dios y hombre perfecto*¹⁵.

Para llevar a todos la luz de Jesucristo, no basta que vivamos rectamente, que ejercitemos las virtudes cristianas fundamentales. Hemos de practicar también las normas corrientes de la convivencia. Para muchas personas esas normas se quedan simplemente en algo exterior, y sólo las practican porque hacen más fácil el trato social. Para nosotros, han de ser fruto de la caridad, manifestaciones externas de una actitud de interés por los demás. Todo esto es parte de la luz divina que hemos de dar con nuestra

vida, es parte de nuestra labor apostólica. Y hace asequible a todos la doctrina que queremos entregarles, con palabras y sobre todo con el ejemplo y las obras de nuestra vida.

Comportándonos así, nos dice nuestro Fundador, *sentiréis el calor de tantas gentes que os buscan y os seguirán buscando —sois otros Cristos—, si sois muy divinos y muy humanos; si, con la gracia de Dios, practicáis las virtudes humanas, que tantas veces faltan en quienes hacen alarde de las sobrenaturales y, por eso, con frecuencia se les viene toda la labor abajo.*

*Cultivad el arte de ser amables, la cortesía en el trato, la ausencia de toda forma de arrogancia, el carácter generoso. No seáis nunca un modelo glacial, que se puede admirar, pero no se puede amar. Gracia de Dios y buen humor: una sonrisa, sincera, limpia y abierta, aunque a veces no pueda esconder tantas amarguras humanas*¹⁶.

A la hora de fijar nuestros propósitos, acudamos a Jesucristo y a Santa María, para que nuestras debilidades no ofusquen la luz que el Señor ha puesto en nuestra alma, para que brille siempre en honor de Dios y atraiga y gane a los que la contemplan.

(13) Ephes. IV, 1.

(14) Marc. VII, 37.

(15) Amigos de Dios, n. 56.

(16) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 42.

63.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

—La virtud de la templanza, particularmente exigida por nuestra vocación.

—Valor apostólico de la templanza, *bonus odor Christi*.

—El desapego de los bienes de la tierra en la labor apostólica. Valor relativo de los instrumentos.

*EN AQUEL tiempo, se celebraron unas bodas en Cana de Galilea (...). Fue también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos*¹.

El Señor se relaciona con los de su tierra, vive y santifica la amistad. Siguiendo su ejemplo, nosotros hemos de santificar también el trato con la gente, la vida de relación profesional o social, que es campo de apostolado y ocasión para ejercer con los demás la caridad de Jesucristo. Vivimos en el mundo, lo queremos como Jesús lo quiso, y hemos entregado nuestra vida para su santificación: *por amor de ellos, me santifico*², decía el Señor.

Esta actuación entre nuestros iguales tiene que reflejar en todo momento nuestra condición de cristianos: *sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos*³. Y una

(1) Ev. (C) (Ioann. II, 1-2).

(2) Ioann. XVII, 19.

(3) Camino, n. 939.

de las actitudes que mejor reflejan esa condición es la templanza, la sobriedad en el uso de los bienes materiales. *Hemos de exigirnos en la vida cotidiana, con el fin de no inventarnos falsos problemas, necesidades artificiosas, que en último término proceden del engreimiento, del antojo, de un espíritu comodón y perezoso. Debemos ir a Dios con paso rápido, sin pesos muertos ni impedimentas que dificulten la marcha*⁴.

Transigir en este punto, además de suponer un perjuicio para nuestra vida interior, produciría en las personas que nos tratan un sentimiento de decepción. Por eso, nuestro Padre nos recuerda: *procura vivir de tal manera que sepas, voluntariamente, privarte de la comodidad y bienestar que verías mal en los hábitos de otro hombre de Dios*⁵.

El alma verdaderamente desprendida busca esa voluntaria privación, que tanto acerca a Dios y que en el Opus Dei nos resulta muy asequible, pues *como el espíritu de la Obra nos da un señorío interior maravilloso, sabemos vivir con la misma alegría e igualdad de ánimo cuando tenemos los medios necesarios que en la escasez*⁶. Ese señorío interior se manifiesta en la templanza, que atrae siempre, porque es señal de una auténtica vida entregada.

(4) Amigos de Dios, n. 125.

(5) Camino, n. 938.

(6) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 75.

DESPÉGATE de los bienes del mundo. —Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente.

—Si no, nunca serás apóstol⁷.

Al practicar la sobriedad en nuestras relaciones sociales, no lo hacemos principalmente por consideraciones o por motivos humanos; nos mueve entre otras cosas un afán apostólico, el deseo de dar siempre buen ejemplo, *de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos⁸.*

La templanza y el desapego de los bienes materiales, han sido siempre uno de los ejemplos más convincentes y atractivos de la vida cristiana. *Los hombres esperande nosotros, los hijos de Dios en su Obra, ese bonus odor Christi, que —apoyado en nuestra templanza— les encienday les arrastre⁹.* Dondequiera que estemos, hemos de esforzarnos en dar siempre con sencillez ese ejemplo, que para muchos es el comienzo de un verdadero encuentro con el Señor.

En nuestra tarea en medio del mundo, en la entraña de todos los trabajos y afanes nobles de los hombres, necesitamos utilizar medios materiales, que, si no anduviéramos vigilantes, podrían ocasionar apegamientos. Debemos esforzarnos, con la ayuda de Dios, en utilizarlos *según las necesidades y de-*

beres, con la moderación del que los usa, y no del que los valora demasiado y se ve arrastrado por ellos¹⁰.

De este modo se harán vida en nosotros las palabras de nuestro Padre: *procuremos hacer todo con medida, que en eso está la templanza. Virtud cardinal, de cardo, quicio, gozne: firme punto de apoyo. Y en la firmeza de esa virtud cardinal vuestra, se apoyarán vuestros amigos, sin darse apenas cuenta; y llevaréis de hecho la dirección espiritual de muchos que no saben lo que es dirección espiritual y que quizá no querían tenerla".*

La templanza tiene siempre esa consecuencia apostólica. Jesucristo Señor Nuestro manifiesta su vida a quienes nos tratan, por medio de nosotros, a través de los acontecimientos corrientes de la vida social, así como se manifestó en Cana, tomando ocasión de una fiesta de bodas.

CARÍSIMOS: purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu, perfeccionándonos en la santidad¹². Tenemos que procurar con todas nuestras fuerzas vivir desprendidos de los bienes de la tierra. Son medios, medios útiles que jamás pueden convertirse en un fin, ni en algo indispensable, que mueva a crear falsas necesidades.

(7) Camino, n. 631.

(8) Matth. V, 16.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 65.

(10) San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae* 1, 21.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 65.

(12) II Cor. VII, 1.

Dios, si quisiera, podría prescindir de estos medios, pero cuenta sin embargo con nuestra voluntad de ponerlos a su servicio. *En las empresas de apostolado está bien—esundeb—que consideres tus medios terrenos $2+2=4$, pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + 2 + 2...*¹³. Así no nos inventaremos necesidades en nuestra labor apostólica, ni dejaremos de hacer ciertos trabajos o de empezar otros nuevos *por falta de instrumentos: se comienza como se puede*^w.

*En el Opus Dei estamos acostumbrados a comenzar las labores cuando el Señor quiere: porque los medios vienen después, si el Señor ve nuestro amor*¹⁵, decía nuestro Padre. E insistía, con palabras de Cristo: *Quaerite primum regnum Dei, et iustitiam eius: et haec omnia adiicientur vobis* (Luc. XII, 31); *buscad con rectitud de intención el cumplimiento de la voluntad de Dios, su gloria en servicio de todas las almas, y no nos faltarán los medios necesarios*¹⁶.

Si unas tinajas llenas de agua y la buena voluntad de los sirvientes de Cana, bastaron al Señor para obrar su primer milagro, bastará también ahora—para conseguir maravillas en nuestra labor de apostolado— que hagamos lo que está a nuestro alcance «y que, con sentido sobrenatural, pongamos

nuestra confianza sólo en Dios. Y podremos repetir, con el salmista: *cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra; cantad al Señor y bendecid su nombre*¹⁷.

Con medios humanos, con instrumentos materiales—los que usan los hombres— vamos nosotros a realizar nuestro apostolado. Perseguimos un efecto que supera, con distancia infinita, la capacidad de estos medios: llevar los hombres a Cristo. Sólo Dios puede dar eficacia sobrenatural a los medios naturales. Y el Señor nos bendecirá especialmente al ver la rectitud de nuestra intención, el uso templado que de esos bienes hacemos; teniendo el corazón desprendido, puesto en Dios y en la extensión de su gloria, sin robarle ni la más pequeña parte de nuestro afecto.

Contemplemos a Nuestra Madre viviendo modestamente en el hogar de Nazaret. Pidámosle un gran amor a la templanza; nos hace falta, para poder dar siempre en medio de nuestro trabajo un ejemplo sencillo y eficaz de vida cristiana.

(13) *Camino*, n. 471.

(14) *Camino*, n. 488.

(15) De nuestro Padre.

(16) De nuestro Padre, *Carla*, 2-X-1939, n. 30.

(17) *Ps. R. (C)* (*Ps. XCV*, 1-2).

64.

LUNES

—Dentro de la Obra, a cada uno nos corresponde una parcela de trabajo.

—El sentido de responsabilidad nos llevará a ser diligentes en nuestros encargos.

—Esforzarse para no ser nunca charco, sino remanso.

DESPUÉS de haber indicado la Virgen a los servidores de las bodas de Cana: *haced lo que El os diga*¹, el Señor les ordenó: *llenad de agua aquellas hidrias. Y las llenaron hasta arriba*². Probablemente no entendieron entonces el porqué de tal encargo, y sólo después del prodigio comprobarían su eficacia. Pero realizaron fielmente su cometido, y Dios se sirvió, para hacer el milagro, de aquel trabajo de poco relieve, pero generoso y bien hecho: *usque ad summum*.

Dios cuenta con las criaturas, con nosotros, para realizar sus designios. Y dentro de los planes divinos, dentro de la Obra que está haciendo el Señor en el mundo, a cada uno nos ha tocado una pequeña parte; como correspondió una parte de trabajo a los sirvientes de las bodas. Valiéndose de nuestra cooperación, Jesucristo quiere transformar en algo de valor sobrenatural el agua de las cosas de la tierra, de toda nuestra actividad humana.

(1) *Dom. praec. Ev. (C) (Ioann. II, 5).*

(2) *Ibid., II, 7.*

Puede pesar y resultar costoso, difícil a veces, el trabajo encomendado a cada uno, pero *la caridad de Cristo nos urge*³, nos recuerda San Pablo. Quiere el Señor una respuesta pronta y generosa. Espera que con nuestra previsión, con el orden, con el aprovechamiento del tiempo, consigamos hacer todo lo que debemos, la parte que nos ha correspondido.

Vuestra responsabilidad debe llevaros a estar vigilantes, como el centinela, de quien depende a veces la seguridad de una gran parte del ejército, de este ejército de cristianos, con el que peleamos una hermosísima guerra de Paz y de Amor: el soldado, aunque esté lleno de cansancio, no se deja vencer por el sueño.

*De este modo debemos vigilar nosotros, sin perder el buen espíritu, sin que se debilite el vigor sobrenatural de nuestra vocación divina*⁴. Y ejercitar esa vigilia de amor en el encargo que nos han asignado: siendo dóciles a las indicaciones recibidas y, al mismo tiempo, teniendo espíritu de iniciativa, para trabajar con eficacia en esa parcela de trabajo que el Señor mismo nos ha encomendado.

Este sentido sobrenatural de nuestro trabajo, nos debe llevar a preguntarnos con frecuencia: ¿ponemos de nuestra parte realmente todo lo posible?

(3) *II Cor. V, 14.*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 27.

URGE más el sentido de responsabilidad si consideramos que el trabajo que tenemos encomendado no es una tarea aislada, sino que forma parte de una labor de conjunto. No somos piezas sueltas —muy al contrario— como nos recordaba nuestro Padre: *sobre cada uno de vosotros —con sus pasiones y sus errores personales— recae el peso divino de cuidar de la santidad de los demás; el peso, igualmente divino, de proteger la santidad de la Obra, nuestra Madre; el deber de contribuir a salvaguardar la honra cristiana y social de todos vuestros hermanos en la Iglesia Santa; y la sublime obligación de cooperar en la tarea de ganar almas para Dios, labor de una grandeza que al principio apenas se advierte, pero que no tiene límites. ¡Cuántas cosas grandes dependen de nosotros!*⁵.

Cada día más, la amplitud y complejidad de la labor apostólica exige el trabajo unido de todos. La diligencia, siempre necesaria, lo es aún más cuando nuestro trabajo forma parte de un plan que ocupa también a otras personas. *Si tú te paras —advierte nuestro Padre—, haces que se paren todos*⁶.

Tampoco podemos hacer un trabajo defectuoso —con el pretexto de la urgencia—, que obligaría a otro a acabar nuestro cometido, además de cumplir el suyo. *Diligente viene del verbo diligo, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 27.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 19-VM955.

*que trabaja con amor, primorosamente*⁷. No se trata, pues, de realizar la labor precipitadamente, ni de pasar a otros las cosas a medio terminar; lo que se nos pide es que no retengamos un trabajo en nuestras manos ni un minuto más del tiempo que sea preciso para hacerlo bien.

Sentirnos parte de una labor de conjunto, instrumentos de Dios unidos en una misma tarea —realizar su Obra en el mundo— nos ayudará a vivir el hodie et nunc *personal y para todos, para que todos cumplan con su deber, para que sea eficaz la labor conjunta, para que todo marche armónicamente*⁸: para ofrecer a Dios —bien acabada— la base humana de su Obra divina.

COMENTANDO una de las preguntas del examen del Círculo, decía una vez nuestro Padre: *no es diligente el que hace charco, el que se opone a que las aguas del trabajo sigan su curso; no es diligente, aunque lleve el deseo de hacerlo mejor. Ese hijo mío ha de saber que no puede llegar a todo y que, si se comporta así, no tiene buen espíritu: quizá en el fondo haya una mentalidad de tiranía, que es incompatible con el estilo del Opus Dei. Fijaos que no niego que esa persona trabaje: lo que digo es que no deja trabajar*⁹.

En la Obra, cada uno ha de ser como el *remanso*

(7) *Amigos de Dios*, n. 81.

(8) De nuestro Padre, *Crónica VIII-57*, p. 8.

(9) De nuestro Padre, *Círculo Breve*, 20-I-1963.

*de agua limpia donde el río sigue corriendo, y se detiene lo justo y preciso; pero no charca, pantano de ineﬁcacia que mataría el cauce y secaría el terreno que hay delante; y haría difícil, y desde luego más largo, el curso del agua hasta el mar*¹⁰. Hemos de tener la preocupación de trabajar nosotros y de facilitar el trabajo de los demás; a cada uno nos compete la responsabilidad de la eﬁcacia de la Obra entera.

Esta misión requiere que pongamos una gran diligencia para llevar a término la tarea que la Obra nos ha conﬁado. Para esto es necesario que vivamos personalmente la unidad de vida, que nos hace poner con igual intensidad nuestro esfuerzo en todas las actividades que desarrollamos. *No olvidéis que la unidad de vida, que pide el llamamiento a la Obra de Dios, exige mucho espíritu de sacrificio y una gran abnegación. Estamos en un camino divino, en el que hemos de seguir las huellas de Jesucristo, llevando nuestra propia cruz, ¡la Santa Cruz! y espera Dios Nuestro Señor que nos esforcemos generosamente* ⁿ.

Es necesario —nos decía nuestro Padre, habiéndonos del deseo de servir— *traducir en realidades ese buen deseo*, porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en la virtud (I Cor. IV, 20), y la práctica de una ayuda constante a los demás no es posible sin sacrificio¹².

(10) De nuestro Padre, Crónica VIII-57, p. 7.

(11) De nuestro Padre, Carta, 11-11-1940, n. 5.

(12) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1943, n. 4.

Contemplar el fruto del trabajo de todos, en el que cada uno hemos colaborado con nuestro esfuerzo, será para nosotros una buena parte de la felicidad en la tierra, del ciento por uno que el Señor nos ha prometido en esta vida. *La labor de la Obra cada día es como un gran tejido, que ofrecemos al Señor. Si todos cumplimos, si somos fieles y entregados, ese gran tejido será hermoso y sin falla* ¹³. Vista en su conjunto, nos alegrará aún más la hermosura de la Obra. *Si todos llevan la carga, como si fueran uno solo, son más los motivos de gozo* ¹⁴. Sentirnos responsables del conjunto, nos da también la alegría de la eﬁcacia total, del fruto del trabajo completo.

Hacemos la Obra todos, con un esfuerzo armónico, puntual, abundante. Y es entonces cuando el Señor lo bendice, dándole una eﬁcacia prodigiosa, divina. Formulemos, pues, propósitos que nos ayuden a trabajar así y, para fortalecer nuestra esperanza, no olvidemos que tenemos a nuestro favor, como en Cana, la intercesión poderosa de Santa María.

(13) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 7.

(14) San Juan Crisóstomo, *De vita monachorum* 3, 11.

65.

MARTES

- La generosidad del Señor ha sido espléndida con nosotros.
- La medida de nuestra correspondencia no ha de ser cumplir, sino excedernos.
- Excedernos en el cumplimiento de los propios deberes, viendo con generosidad nuestra correspondencia a la gracia.

JESUCRISTO ha obrado su primer milagro en Cana de Galilea. Lo que tal vez se debía a una imprevisión de los esposos, fue ampliamente subsanado por el Señor, que trocó el agua en vino de primerísima calidad. *Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que lo habían sacado, llamó al esposo, y le dijo: todos sirven al principio el vino mejor y cuando los convidados han bebido a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último*¹.

¡Con qué esplendidez hace el Señor las cosas! *El es rico para con todos aquellos que le invocan*². Una riqueza de la que usa siempre con generosidad magnífica, concediendo lo que le pedimos, *antes, más y mejor* de lo que nos atrevemos a esperar. *Soñad* —repetía nuestro Padre— *y os quedaréis cortos*. La largueza de Dios no conoce límites.

(1) *Dom. praec.*, Ev. (C) (*Ioann.* II, 9-10).

(2) *Rom.* X, 12.

*El Señor es misericordioso y clemente. Dio de comer a los que le temen, acordándose siempre de su alianza. Rescató a su pueblo, ratificó por la eternidad su alianza*³.

Muchas veces hemos experimentado esta generosidad divina. El Señor nos ha colmado de bienes: nos ha bendecido con una vocación, que rinde el ciento por uno en la tierra, y la seguridad del Cielo si somos fieles; nos ha dado un ideal que sacia todas las aspiraciones del alma, y por el que es gustoso gastarse; nos ha confiado una empresa divina, que transforma nuestra vida en el mundo en una historia maravillosa que vale la pena vivir; nos premia ya desde ahora con una felicidad incomparable, que nos hace dichosos y que no es sino un anticipo de la felicidad que nos espera. Y nos da, sobre todo, un Amor, hecho de ternura infinita, porque es Amor de Dios con corazón de Padre.

¡Qué bueno es el Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de entregar la vida sencillamente, de amar a las criaturas todas en Dios y de sembrar paz y alegría entre los hombres! Jesús, ¡qué bueno eres, qué bueno!: Iesu, Iesu, esto mihi semper Iesus!⁴.

*Si así nos amó Dios*⁵, ¿cómo habremos de co-

(3) *Ps. R.* (I) (ft. CX, 4-5, 9).

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 78.

(5) *I Ioann.* IV, 11.

rresponderle?, ¿qué será lo que debemos hacer por Él?, ¿en qué grado y medida tendremos que amarle?

CORRESPONDENCIA es servir al Señor secundando su Voluntad, para que pueda hacer en el mundo, empleándonos como instrumentos, todas las maravillas que desea realizar. *Hombre libre, sujétate a voluntaria servidumbre para que Jesús no tenga que decir por ti aquello que cuentan que dijo por otros a la Madre Teresa: "Teresa, yo quise... Pero los hombres no han querido"*⁶.

Cuanto el Señor ha hecho y hace por nosotros es un exceso, un derroche de gracias: su Encarnación, el perdón constante de nuestras faltas, su presencia continua en la Eucaristía... Y ante sus bondades, somos como el siervo deudor de la parábola que *no tenía con qué pagar*⁷. Insalvable es la deuda: todo lo que podamos hacer, aunque pueda parecer mucho, siempre es poco.

Nuestra generosidad, aunque sea completa, es bien poca comparada con esa generosidad infinita y amorosa del Dios-Hombre, que se entrega al sacrificio por nuestra salvación, dando hasta la última gota de su sangre, hasta el último aliento de su vida. Por eso hemos de procurar también entregarnos sin cica-

*terías, pendientes del amor de Dios, aunque no falten las dificultades*⁸. Este espíritu se traduce en el hecho de que *al ocuparse en su trabajo los hijos de Dios en su Opus Dei, procuran no sólo cumplir sino amar, que es siempre excederse gustosamente en el deber y en el sacrificio*⁹.

Un ejemplo de saber excederse es el de los sirvientes de la casa de Cana de Galilea. *Llenad aquellas hidrias*, les dijo el Señor. *Y las llenaron hasta arriba*¹⁰, hasta los bordes. No nos limitemos a hacer el mínimo. No caben medianías en nuestra entrega. *Para quien quiere vivir el Amor con mayúscula, el término medio es muy poco, es cicatería, cálculo ruin. Escucha un consejo —nos ha dicho nuestro Padre—: cuando el Amor llame a tus puertas, no le pongas vallas ni le regatees tu corazón. Nunca temas excederte en este punto. Después, la generosidad con Dios ha de llevarnos a ser generosos con los que nos rodean, poniendo cariño en todas nuestras acciones*¹¹.

Hay que excederse para que nunca se obtenga menos vino, porque nosotros hayamos puesto menos agua. Hay que excederse, porque dar todo lo nuestro, en una entrega colmada, es la medida de la correspondencia que el Señor espera de nosotros.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 7.

(9) *De nuestro Padre*, n. 53.

(10) *Dom. praec. Ev. (C) (Ioann. II, 7)*.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 104.

(6) *Camino*, n. 761.

(7) *Matth.* XVIII, 25.

*NO NECESITO milagros: me sobra con los que hay en la Escritura. —En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia*¹².

Cumplir con nuestro deber, corresponder a la gracia. Ahí podemos poner en práctica el afán de excedernos en nuestra respuesta al Señor. Los deberes de cada uno y las mociones de la gracia son los caminos por los que Dios acostumbra a manifestarnos su Voluntad amabilísima.

Entre los deberes propios de cada uno, la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia y de las obligaciones personales es norma segura de santidad. No podemos contentarnos con no traspasar los límites de lo permitido para no salirnos del camino. La santidad es un compromiso de amor; no sabe de *mínimos*. Desear genéricamente ser santo no basta: es preciso avanzar cada día con el paso rápido que hace falta para seguir a Jesucristo.

Las inspiraciones de la gracia son otro modo de manifestarse la Voluntad de Dios. Pero para secundar esas llamadas, tanto si son interiores como si nos llegan a través de los Directores, hace falta ser muy dóciles y generosos. El Señor se vuelca cada vez más sobre los que le secundan, y se retira en cambio de aquellos que de modo habitual cierran

(12) *Camino*, n. 362.

los oídos a su voz. Excedernos en la correspondencia a estas gracias ha de ser la medida constante de nuestra respuesta a Dios, siempre rendida, filial y llena de amor.

Nuestra Madre la Virgen nos ayudará a ser siempre generosos. *Haced lo que El os diga*¹³. ¿No sería la persuasión de su voz, el amor de su mirada, lo que llevó a los servidores de Cana a cumplir tan generosamente el mandato de Cristo, llenando las tinajas *usque ad summum*, hasta los bordes?

(13) *Dom. praec. Ev. (C) (Ioann. II, 5)*.

66.

MIÉRCOLES

- El cuidado de las cosas pequeñas, camino de santidad.
- Las cosas pequeñas se hacen grandes por el amor.
- Acompañemos el cumplimiento de esos detalles con una expresión de amor.

ESTAMOS meditando estos días el milagro obra-do por Jesús, a ruegos de su Madre, en las bodas de Cana. Hoy nos fijamos en la trascendencia del trabajo de aquellos sirvientes, que cumplían una tarea en apariencia vulgar: llenar de agua unas tinajas. Y, sin embargo, hizo posible el primer milagro de Cristo, con el que *manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos*¹.

También nuestro trabajo, aun el que parezca más insignificante, tiene una trascendencia divina, si lo llevamos a cabo por amor. *En el espíritu del Opus Dei* —leemos en el *Catecismo* de la Obra— se nos encarece con tanta insistencia que *busquemos la perfección en el trabajo y en las cosas pequeñas, en los detalles, por la naturaleza misma de nuestra vocación, que tiende a lograr la santidad a través de las ocupaciones habituales de cada jornada*². Con nuestro espíritu, el mandato del Señor

(1) *Dom. praec. Ev. (C) (Ioann. II, 11).*

(2) *Catecismo. 5ª ed., n. 64.*

—*sed perfectos, como perfecto es vuestro Pudre celestial*³ — ha de empujarnos en todo momento a santificar el trabajo ordinario. La ocupación cotidiana, el ambiente está hecho de pequeñas cosas, y esto es lo que debemos santificar, porque es propio de nuestra vocación, parte importante de la fisonomía espiritual de la Obra.

Viene bien recordar la historia de aquel personaje imaginado por un escritor francés, que pretendía cazar leones en los pasillos de su casa y, naturalmente, no los encontraba. Nuestra vida es común y corriente: pretender servir al Señor con cosas grandes sería como intentar ir a la caza de leones en los pasillos. Igual que el cazador del cuento, acabaríamos con las manos vacías: las cosas grandes, de ordinario, se presentan sólo en la imaginación, rara vez en la realidad.

En cambio, a lo largo de la vida, si nos mueve el Amor, cuánto detalle encontraremos que se puede cuidar, cuánta ocasión de hacer un pequeño servicio, cuánta contradicción —sin importancia— sabremos avalorar. Pequeñas cosas que cuestan y que se ofrecen por un motivo concreto: la Iglesia, el Papa, tus hermanos, todas las almas.

Hijos míos, os lo repito una vez más: habríamos errado el camino si despreciáramos las cosas pequeñas. En este mundo todo lo grande es una suma de cosas pequeñas. Que os fijéis en lo pequeño, que estéis en

(3) *Matth. V, 48.*

*los detalles. No es obsesión, no es manía: es cariño, amor virginal, sentido sobrenatural en todo momento, y caridad. Sed siempre fieles en las cosas pequeñas por Amor, con rectitud de intención, sin esperar en la tierra una sonrisa, ni una mirada de agradecimiento*⁴.

*PARA que haya virtud hay que atender a dos cosas: a lo que se hace y al modo de hacerlo*⁵. Si queremos ser santos, es preciso que realicemos todas nuestras obras con perfección, acabadamente: un día y otro; a lo largo de toda nuestra vida. Y eso sólo es posible cuando se ama, cuando el amor es lo que nos mueve. Además, sólo si se realizan por amor y con amor, nuestras acciones adquieren relieve de santidad. *Hacedlo todo por Amor. —Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. —La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo*⁶.

La caridad da valor sobrenatural a lo hacemos. La santificación consiste sobre todo en amar cada día más. *Nuestra vida no es repetición de actos iguales, porque el siguiente debe ser más recto, más eficaz, más lleno de amor que el anterior. Cada día nueva luz, nueva ilusión*⁷. El amor es siempre nuevo; hace desaparecer toda sombra de monotonía, y flore-

ce sin cesar en esa manifestación suya que es la delicadeza en los pequeños detalles.

*En nuestra vida hay una virtud muy superior a la del legendario rey Midas: él convertía en oro todo cuanto tocaba; nosotros, de este trabajo humano, material, hacemos —por el amor— Obra de Dios, Opus Dei, operatio Dei*⁸. El amor de Dios obra el prodigio de transformar ese cúmulo de cosas pequeñas, que por sí solas apenas tienen valor y que forman el tejido de una vida corriente, en algo divino, de precio infinito: en santidad y en eficacia apostólica. No dejemos que ese tesoro diario se pierda. *¿Te has parado a considerar la suma enorme que pueden llegar a ser "muchos pocos"?*⁹.

Es hora de preguntarse: ¿cómo cuido las cosas pequeñas? ¿Pongo amor, que es poner santidad, en ese conjunto de menudencias en que consiste la vida diaria? ¿Cumpló el precepto que nos recuerda San Pablo: *todas vuestras cosas háganse con caridad*¹⁰?

NO SE trata de cumplir un código interminable y agobiante de indicaciones, que empequeñezca el espíritu y sea un obstáculo para atender a lo grande, a lo que en sí mismo es más importante y valioso. Cuidar las cosas pequeñas, por amor, nunca puede

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIM930, n. 18.

(5) Santo Tomás, *Quodl.* IV, a. 19.

(6) *Camino*, n. 813.

(7) De nuestro Padre, *Crónica* 111-57, p. 7.

(8) De nuestro Padre, *Obras* VIII-55, p. 11.

(9) *Camino*, n. 827.

(10) *1Cor.* XVI, 14.

cortar los vuelos del alma. Supone, por el contrario, tender a lo más grande y honroso que existe: la santidad. No son los de ánimo encogido quienes pueden entender esta doctrina, sino los que aspiran siempre a todo lo que es grande. Sólo ellos, con la ayuda de la gracia divina, son capaces de imprimir —hasta en sus acciones más ordinarias— el sello de la grandeza de Dios. *Puede ser grande aun el acto que consiste en el uso de una cosa pequeña o mediana cuando, por ejemplo, se hace de ella el mejor uso*¹¹.

Y si es el amor lo que nos mueve a estar en los detalles, bueno será acompañar cada cosa que hacemos con una expresión de ese amor, con una muestra de cariño, con una jaculatoria, con una acción de gracias, con un acto de reparación, con una petición. Para que el amor sea el que nos mueva a esta permanente vigilancia, pidamos al Señor no sólo saber cómo quiere El que hagamos las cosas, sino también tener decisión para realizarlas, porque es camino heroico.

Volvamos a la escena de Cana. La Virgen ha dado a los sirvientes de la casa un buen consejo: *haced lo que El os diga*¹². Ellos cumplen a conciencia el mandato de Jesús: *llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde*¹³. Y comenta nuestro Padre: implete hydrias... Así, con esa sencillez. Todo ordina-

(11) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 129, a. 1 c.

(12) *Dom. praec. Ev. (C) (Ioann. II, 5)*.

(13) *Ibid.*, 7.

*rio. Aquellos criados cumplían su oficio, el agua estaba al alcance de la mano..., y es la primera manifestación de la divinidad del Señor. Lo más vulgar se convierte en extraordinario, en sobrenatural —como se convirtió en exquisito vino el agua de Cana—, cuando tenemos la buena voluntad de servir a Dios*¹⁴.

Y para servir a Dios, vivamos esforzadamente este espíritu de atención a los pequeños trabajos de cada día, que el Señor hará alarde de su grandeza. Si somos fieles en lo pequeño, podremos cantar con nuestra Madre: *ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso*¹⁵.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, enero de 1962, en Crónica, 1968, p. 77.

(15) *Luc. I, 49*.

67.

JUEVES

- Naturalidad de toda la vida de Cristo.
- Naturalidad en nuestra vida interior y en el apostolado.
- La naturalidad no lleva consigo nunca ni siquiera la apariencia de misterio o secreteo.

LA VIDA de Jesucristo en la tierra, desde sus primeros momentos, está llena de naturalidad. El Verbo divino, que extendió el azul de los cielos, asentó los pilares de la tierra y puso límites al ímpetu del viento y de las aguas, quiso nacer como todos los hombres, calladamente.

Nueve meses antes del Nacimiento, en la aldea de Nazaret, un Ángel se apareció a una doncella, *una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José*. Tan discreta fue la embajada, que ni el esposo lo supo, *y siendo como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente*². Mas, también por un Ángel, tuvo noticia del milagro. Y desde entonces, los acontecimientos siguieron su cauce natural, corriente.

Después, a lo largo de treinta años, Jesús vive con naturalidad, sin manifestaciones extraordinarias. Y cuando comienza su vida pública, no revela inmediatamente su condición de Hijo de Dios: lo ha-

(1) *Luc.* I, 27.(2) *Matth.* I, 19.

ce poco a poco, gradualmente, con pedagogía divina. Y cuando —como se lee en el Evangelio de la Misa de hoy— las personas poseídas del demonio, a quienes curaba, *se echaban a sus pies y gritaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios*³, el Señor *les ordenaba con energía que no le descubriesen*⁴. Más tarde, cuando sus parientes le incitan a manifestar sus milagros en Jerusalén, delante de todo el pueblo, Cristo se niega porque no ha llegado su hora, aunque después subirá El mismo a la fiesta, *non manifesté, sed quasi in occulto*⁵, en privado, sin darse a conocer aparatosamente.

Comentando estos pasajes de la vida del Señor, escribía nuestro Padre: *la lección de Jesucristo es que debemos convivir entre los demás de nuestra condición social, de nuestra profesión u oficio, desconocidos, como uno de tantos.*

No desconocidos por nuestro trabajo, ni desconocidos porque no destaquéis por vuestros talentos; sino desconocidos, porque no hay necesidad de que sepan que sois almas entregadas a Dios. Que lo experimenten, que se sientan ayudados a ser limpios y nobles, al ver vuestra conducta llena de respeto para la legítima libertad de todos; al escuchar de vuestros labios la doctrina, subrayada por vuestro ejemplo coherente; pero que vuestra dedicación al servicio de Dios pase

(3) *Ev. (Marc.* III, 11).(4) *Ibid.*, 12.(5) *Ioann.* VII, 10.

*oculta, inadvertida, como pasó inadvertida la vida de Jesús en sus primeros treinta años*⁶.

EL SEÑOR vive también en sus palabras esa naturalidad que consiste simplemente en *no decir lo que no se debe decir, y en decir lo que se debe decir*⁷. Y así, en la Última Cena, su Corazón se abre en confianza íntima con los discípulos, que escuchan pasmados la revelación de los misterios de la vida divina y de la gracia. Están ya preparados para conocerlos, y la naturalidad de Dios se desborda en las palabras de Jesús: *el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre*⁸. Son confidencias que Cristo hace a sus amigos, pero que no agotan todo el tesoro de verdades que les revelará después: *aún tengo otras muchas cosas que deciros, mas por ahora no podéis comprenderlas*⁹. El Señor calla: *El, que jamás mintió en cosa alguna* —comenta San Agustín—, *manifiesta a sus Apóstoles que les está ocultando algunas cosas verdaderas*¹⁰. El sentido común —unido al sentido sobrenatural— nos enseñará a imitar a Cristo, sugiriéndonos cuando hay que hablar y cuando, en cambio, conviene callar. De-

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 6.

(7) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 4.

(8) *Ioann.* XV, 15.

(9) *Ioann.* XVI, 12.

(10) San Agustín, *De sermone Dornini in monte* 2, 20.

licada y prudente naturalidad que hemos de pedir a Dios, como hace el Salmo: *pon, Señor, guarda a mi boca y puerta de circunspección a mis labios*¹¹.

Nuestro modo de ser —escribe nuestro Padre— *ha de estar empapado de naturalidad, para que se nos puedan aplicar aquellas palabras de la Sagrada Escritura: había un varón en la tierra de Hus llamado Job, y era sencillo y recto, y amaba a Dios, y se apartaba del mal (Iob. I, 1). Como esta sencillez cristalina, que hemos de procurar que haya en nosotros, no puede ser simpleza —sin misterio ni secreto, que no los necesitamos ni los necesitaremos jamás—, tened en cuenta lo que se lee en el Eclesiástico: non communices homini indocto, ne mala de progenie tua loquatur (Eccli. VIII, 5); no hables de tus cosas particulares con un hombre ignorante, para que no diga mal de tu linaje*¹².

Para que nuestros talentos, las virtudes, los éxitos —que son de Dios, porque de El vienen— conserven la calidad delicada de la ofrenda exclusiva al Señor —*Deo omnis gloria!*—, hemos de hablar de nuestra vida interior sólo con los que para nosotros representen a Dios y al Padre. Esta ha sido siempre la enseñanza de nuestro Fundador: *la intimidad de la entrega personal a Dios y la intimidad de la vida de nuestra familia, no son cosas para andar pregonándolas por la calle, ni para satisfacer la curiosidad del*

(11) *Ps.* CXL, 3.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 4.

primer oliscón agresivo que llame a la puerta: nuestra ingenuidad ha de ir unida a la prudencia". Únicamente en la Confesión y en la charla fraterna contamos nuestras preocupaciones, nuestras luchas y dificultades; porque sólo de quien tiene el encargo de dirigirnos puede venir la ayuda, el consejo, el ánimo. Con los demás, hay que evitar todo género de confidencias de vida interior, que serían inútiles, estériles, o incluso dañosas.

Cosa muy distinta es la *discreta indiscreción*" que nuestro Padre aconsejaba en el apostolado de amistad y confidencia. En estos casos, la naturalidad impulsa a abrir el alma a las personas que tratamos, en conversación amistosa e íntima, para así animarles en su lucha interior, proponerles nuevas metas y fomentar en sus corazones el deseo de entregarse al servicio de Dios y de los hombres.

*LOS MIEMBROS del Opus Dei han de vivir de modo especial la naturalidad, porque son cristianos corrientes, comunes, almas que buscan a Dios en medio del mundo: hacer cosas que en otros cristianos son raras, sería también raro en nosotros*¹⁵. Y la naturalidad nos lleva a dar el cauce normal a todas las cosas: a las confidencias de vida interior, al aposto-

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 59.

(14) *Camino*, n. 973.

(15) *Catecismo*, 5ª ed., n. 105.

lado, al trabajo. Consiste en decir lo que se debe decir, y a quien se debe, tal como hay que decirlo y a su tiempo.

Por eso, la naturalidad no lleva nunca consigo ni siquiera la apariencia de misterio o secreteo. *Nosotros, hijas e hijos míos* —escribió nuestro Fundador—, *no tenemos nada que encubrir u ocultar: la espontaneidad de nuestra conducta y de nuestro comportamiento no puede ser confundida por nadie con el secreto.*

*Nunca he tenido secretos, ni los tengo ni los tendré. Tampoco los tiene la Obra: no estaría bien que los tuviese, y yo, que soy el Fundador, no lo supiera. El secreto es innecesario para el Opus Dei: no lo ha necesitado nunca, ni lo necesita ahora, ni lo necesitará jamás. El tesoro que Dios ha depositado en nosotros, la luz que hemos de comunicar es un secreto a voces: porque tenemos la obligación, la misión divina, de proclamarlo a los cuatro vientos*¹⁶.

Cuando se ocupa algún cargo, es especialmente necesaria esa naturalidad prudente. Se debe decir lo que puede ser útil a los que escuchan, y callar lo que no lo será. Por eso, como escribe nuestro Fundador, *no habría orden ni concierto en una casa donde la última persona que ha llegado supiese lo mismo (...) que el Consejo local. En las familias corrientes, en vuestras familias como en la mía, se guardaba siempre una reserva natural y delicada.*

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 58.

Cuando era pequeño, yo no conocía los asuntos que preocupaban a mis padres. Buen cuidado tenían de no hablar de eso delante de nosotros: lo hubiéramos contado enseguida por ahí y, en todo caso, no estábamos preparados para llevar esas preocupaciones, que tampoco podíamos aliviar.

Cuando fui mayor, sabía algunas cosas, y otras no. Y delante del servicio no se hablaba nunca de eso. Había asuntos que se contaban a las personas de más confianza, que llevaban más tiempo sirviendo en la casa; a las demás, no. Esto, que pasa en todas las casas donde hay sentido común, ha de pasar también y siempre en nuestro hogar¹⁷.

Esta prudencia tiene un motivo de orden, de eficacia, *porque si los problemas van a quien no tiene por qué tratarlos ni resolverlos, las cosas van mal, muy mal*¹⁸; y también un motivo de caridad, porque de este modo se evitan preocupaciones a quienes no están preparados ni tienen la gracia necesaria para sobrellevarlas y resolverlas.

La vida de María Santísima —una mujer más, aparentemente, en aquella aldea de Nazaret— es un modelo que debemos imitar, para seguir más de cerca a su Hijo. A Ella le pedimos que nuestra vida discurra siempre con esa naturalidad, con ese sentido de responsabilidad prudente, humilde, sensato.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VIM965, n. 51.

(18) De nuestro Padre.

68.

VIERNES

—Proselitismo. Necesidad de vocaciones. Cada vocación es una gracia, que debemos obtener de Dios.

—Para eso, en primer lugar, oración. Oración con fe.

—Constancia en esa oración. Ejemplo e intercesión de la Virgen Santísima.

HIJOS, debéis sentir gran preocupación de que vengán muchos hermanos nuevos. En las familias cristianas se desea que Dios mande hijos, porque una familia joven, sin criaturas, es una familia sin luz, una familia que se extingue. Y nosotros somos una familia joven, aunque yo lleve ya tantos años intentando servir a Dios en el Opus Dei¹.

Para realizar la Obra de Dios en la tierra, hacen falta muchas almas dispuestas a seguir a Cristo abandonándolo todo. Pero, *para venir al Opus Dei, se necesita una llamada divina: la vocación²*, que ciertamente es *un gran regalo de Dios³*, una gracia excepcional.

No son los hombres los que eligen para sí, o para otros, un camino de entrega, sino que es Cristo el que llama a quien quiere. Sin embargo, el Señor, para dispensar su llamada a la Obra, cuenta con nuestra colaboración y nos hace instrumentos suyos, pa-

(1) De nuestro Padre, *Noticias* X-63, p. 26.

(2) De nuestro Padre, *Crónica* IH-64, p. 10.

(3) De nuestro Padre, *Noticias* I-63, p. 25.

ra llegar a las almas por medio de nuestro trato: apóstoles que atraigan a otras almas a este camino divino de la Obra.

*Espera el Señor de vosotros y de mí —escribe nuestro Padre— que, gozosamente agradecidos por la vocación que su infinita bondad ha puesto en nuestra alma, formemos un gran ejército de sembradores de paz y de alegría en los caminos de los hombres, de manera que pronto sean innumerables las almas que puedan repetir con nosotros: cántate Domino canticum novum; cántate Domino omnis terra (Ps. XCV, 1); cantad al Señor un cántico nuevo; sea toda la tierra un cántico de alabanza a Dios*⁴.

Por parte de Dios todo está dispuesto para conceder a innumerables personas la gracia de la llamada al Opus Dei. Por eso, *deben salir muchas vocaciones y, si no salen, será por nuestra culpa, porque no hacemos las cosas como están mandadas; porque no las hacemos con alegría y de una manera orgánica, de una manera constante, de una manera santificada*⁵.

Queremos corresponder a esa Voluntad de Dios, convencidos de que *el proselitismo es la mejor manifestación de caridad con las almas. Siempre os he dicho —insiste nuestro Fundador— que cada uno —después de encomendar las cosas al Señor— debe procurar provocar por lo menos dos vocaciones al año, siguiendo aquel mandato divino: compelle intrare*

(Luc. XIV, 23), *que es una invitación, una ayuda a decidirse, nunca —ni de lejos— una coacción.*

*Porque es característica capital de nuestro espíritu el respeto a la libertad personal de todos, el compelle intrare, que habéis de vivir en el proselitismo, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de Dios: filiación, que os llena de una serena felicidad —aunque en vuestra vida, a veces, no falten contradicciones—, que los demás ven y envidian. Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del compelle intrare*⁶.

*Estos son los medios que debemos poner siempre*⁷, con la certeza de que se cumplirá así lo que tantas veces nos repetía nuestro Padre: *quien hace proselitismo consigue vocaciones; quien hace poco proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones*⁸.

*LA MIES es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros*⁹.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 11-IH-1940, n. 34.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 26-11-1963.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 9.

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 26-11-1963.

(8) De nuestro Padre, *Crónica* V-63, p. 13.

(9) *Luc.* X, 2.

El Señor, porque está empeñado en que su Obra se cumpla, está dispuesto a concedernos muchas vocaciones; pero espera que se las pidamos. El Señor tiene elegidos los instrumentos necesarios, las personas que se han de cruzar en nuestro camino. Y es preciso rezar para pedir luces, para descubrir a esas almas.

El mismo nos da ejemplo. Antes de elegir a los Apóstoles, *subió a un monte a orar y pasó la noche en oración*¹⁰. Sólo después de haber rezado mucho, *llamó a los que El quiso, y fueron junto a El. Y eligió a doce para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar*¹¹. Es lo que hemos de hacer también nosotros, si deseamos que el Señor mande muchas vocaciones a la Obra. De este modo, quedará muy claro que la venida de nuevos hermanos no se debe a nuestros esfuerzos, sino a la bondad infinita de Dios, que ha escuchado los ruegos que le dirigíamos; ruegos llenos de fe, porque lo que pedimos es casi un milagro de la gracia. Por eso insiste nuestro Padre: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción*¹².

*El primer medio que hemos de emplear es la oración habitual —que no debe interrumpirse nunca— y una continua mortificación, nuestra y de otras personas a quienes rogamos esa ayuda*¹³. La eficacia de la

oración no tiene límites: podemos pedirlo todo; basta tener fe: *todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis*¹⁴. Y ¡cuánto más se cumplirá esta promesa de Jesucristo si lo que pedimos no es ningún beneficio personal, sino almas que estén dispuestas a entregarse en su servicio! Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis (Ioann. XVI, 23); si pedimos en nombre de Jesucristo, el Padre nos lo concederá, estad seguros. La oración ha sido siempre el secreto —el arma poderosa— del Opus Dei: ¡en tantas ocasiones, no hemos tenido y no tendremos otro recurso!

La oración es el fundamento de nuestra paz y de nuestra eficacia apostólica: propterea dico vobis, omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis (Marc. XI, 24); *por eso os insisto en que tengáis fe en que el Señor nos concederá lo que pedimos*¹⁵.

*La oración es el medio más eficaz de proselitismo*¹⁶. Lo hemos experimentado siempre: *todo lo fiamos nosotros a la oración*¹⁷, y especialmente el proselitismo. Hay que pedirle al Señor más vocaciones. Vocaciones de todos los ambientes sociales, de todos los campos¹⁸.

(10) Luc. VI, 12.

(11) Ev. (Marc. III, 13-14).

(12) Camino, n. 82.

(13) De nuestro Padre, Carta, 16-VI-1960, n. 12.

(14) Matth. XXI, 22.

(15) De nuestro Padre, Carta, 14-11-1944, n. 18.

(16) Camino, n. 800.

(17) De nuestro Padre, Crónica IX-59, p. 9.

(18) De nuestro Padre, Crónica VIII-62, p. 47.

UNA de las condiciones de la buena oración, de la oración llena de fe, es la perseverancia. *Persevera en la oración. —Persevera, aunque tu labor parezca estéril. —La oración es siempre fecunda*¹⁹.

Jesucristo, en su predicación, recomendó en numerosas ocasiones la constancia en el pedir: basta recordar la parábola del amigo inoportuno, la de la viuda y el juez inicuo... La perseverancia avalora la sinceridad de la petición y la firmeza del deseo de obtener lo que se pide. No hemos de ceder ni un instante en rezar al Señor para que conceda la gracia de la vocación a nuestros amigos. *Rogué una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y no recibí nada. No ceses, hermano, hasta que recibas; más aún, ni siquiera entonces ceses, sino persevera todavía*²⁰.

En Cana de Galilea, la Virgen Santísima nos enseña a pedir. Presenta una necesidad a su Hijo: *no tienen vino*²¹, y, enseguida, con confianza y seguridad, se dirige a los criados: *haced lo que El os diga*²². Si Santa María, Madre de la Obra, se preocupó de remediar la falta de vino en una fiesta de bodas, ¿cómo no va a recomendar nuestras súplicas a Jesucristo, cuando le pedimos vocaciones de apóstoles para su gloria?

Nuestra Madre es Medianera universal de todas

las gracias. Todas las vocaciones que han venido a la Obra, han llegado por su mano. Ella seguirá intercediendo como hasta ahora, para atraer otras muchas almas al Opus Dei. Pero es preciso que se lo recordemos, *no sólo clamando con el corazón, sino con todo el corazón*²³, con insistencia, sin cejar, siguiendo su ejemplo.

María, Maestra de oración. —Mira cómo pide a su Hijo, en Cana. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia. —Y cómo logra.

*—Aprende*²⁴.

(19) Camino, n. 101.

(20) San Agustín, *Sermo* 10, 2.

(21) *Dom. praec.*, Ev. (C) (Ioann. II, 3).

(22) *Ibid.*, 5.

(23) San Ambrosio, *Expositio in Psalmo CXVIII*, 19, 12.

(24) Camino, n. 502.

69.

SÁBADO

- La mortificación, medio para vencer el desorden del pecado y facilitar el trato con Dios.
- Las mortificaciones habituales.
- El espíritu de mortificación y las mortificaciones acostumbradas.

PARA redimirnos del pecado original y de los pecados personales, eligió Dios el camino del sufrimiento. Y así, *sobreviniendo Cristo, Pontífice de los bienes venideros (...), entró una sola vez en el santuario, no con sangre de cabritos ni de becerros, sino con su propia sangre, habiendo obtenido una redención eterna*¹.

La muerte de Cristo ha dado a Dios satisfacción sobreabundante por todas nuestras culpas. Sin embargo, y es un hecho de experiencia diaria, todos notamos que el pecado ha dejado un desorden en nuestra naturaleza, que hay una *ley en mis miembros que resiste a la ley de mi espíritu*². Esto exige, mientras estamos en la tierra, una lucha diaria, constante y firme, para vivir vida sobrenatural y llenar nuestros corazones de amor de Dios. Y para eso es imprescindible decidirse a una mortificación

(1) L. 1 (1) (Hebr. IX, 11-12).
 (2) Rom. VII, 23.

sin compromisos; porque *si hacéis morir las obras de la carne, viviréis*³.

La mortificación es arma para recomponer el desorden introducido en nuestra naturaleza por el pecado, ya que facilita la acción de la gracia al sujetar el cuerpo al alma; así la gracia, que une el alma a Dios, restaura la armonía que el pecado trata de desbaratar constantemente. Pero, además, la mortificación asegura el clima necesario para que podamos mirar a Dios. Es difícil, sin un generoso espíritu de mortificación, un trato familiar y vivo con Cristo, una presencia de Dios serena y alegre: *si no eres mortificado nunca serás alma de oración*⁴.

El diálogo divino a que el Señor nos invita, y que culminará un día en la visión de la Trinidad Santísima, requiere un espíritu de mortificación habitual, que guarde el corazón y los sentidos, y despierte en nuestra alma el deseo de las cosas divinas. *Si queremos que nuestra oración ascienda más allá de los cielos, procuremos que nuestra mente esté limpia de todo apegamiento terreno y de todo lastre de pecado, para que suba ligera hacia Dios*⁵.

No dejemos que languidezca nuestro coloquio con el Señor por la comodidad o por la disipación de los sentidos. Que sepamos luchar valientemente para mantener vivo el deseo de tratar a Cristo.

(3) Rom. VIII, 13.
 (4) Camino, n. 172.
 (5) Casiano, *Collationes* 9, 4.

Que seamos generosos en el ofrecimiento de nosotros mismos. Porque, como escribe San Ireneo, *hay oblaciones allí y oblaciones aquí, sacrificios en el pueblo hebreo y sacrificios en la Iglesia. Sólo ha cambiado la especie del sacrificio, puesto que ya no son ofrecidos por siervos, sino por hijos (...). Los siervos consagraban a Dios el diezmo de sus bienes; mas los que han recibido la libertad, ponen todas sus cosas al servicio de su Señor, dándolas con alegría y espontáneamente*⁶.

*TRANSFORMAOS por la renovación de vuestro espíritu*⁷. Todo renacimiento en nuestra vida, toda renovación en el Señor, requiere como condición indispensable la muerte a uno mismo, pues *si nuestra voluntad no está decidida a morir según la Pasión de Cristo, tampoco podremos decir que su Vida está en nosotros*^a. En cambio, si sabemos renunciar a todo lo que de caduco queda aún en nosotros, la vida y el amor de Jesucristo podrán abrirse paso en el alma. Por eso tenemos que renovar el propósito firme de poner los medios necesarios, como nos recomienda nuestro Padre, para *anonadarnos, abnegarnos, olvidarnos de nosotros mismos*, in novitate sensus (Rom. XII, 2), *teniendo una vida nueva, cambiando esta mi-*

*seria nuestra por toda esa grandeza oculta de Dios*⁹.

Camino seguro para adquirir esta disposición constante de olvido y anonadamiento, son las pequeñas mortificaciones acostumbradas, que cada uno puede encontrar en su trabajo, en el cumplimiento de las Normas, en la vida de relación, y que nos impulsan y estimulan a hacer *lo que nos pide Dios: esta voluntad de amarle con obras, con obras pequeñas*¹⁰.

La mortificación más grata a Dios es aquella que tiende a *hacer agradable la vida a los demás, sin mortificaros jamás unos a otros; diciendo: me voy a fastidiar yo un poco, para hacer más amable el camino divino de los demás* ". Este espíritu debe manifestarse en mil detalles de la convivencia diaria, y llevarnos a un interés sincero por quienes conviven con nosotros, ayudándoles delicadamente, sin que se note, con nuestro ejemplo, nuestra conversación y nuestro cariño.

Hemos de prodigarnos también en las cosas más materiales de la casa, que tanto contribuyen al bienestar de los demás: *cuando se hacen con amor* —escribe nuestro Padre— *dejan de ser materiales, porque son también medios de santificación, de alabanza a Dios y de apostolado*¹².

Y esto tiene mil manifestaciones pequeñas —concretaba nuestro Fundador—: *es colocar bien los mue-*

(6) *Ad Off. lect.*, L. II (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 18, 2).

(7) Rom. XII, 2.

(8) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Magnesios* 5, 2.

(9) De nuestro Padre, Crónica I-64, p. 10.

(10) De nuestro Padre, Crónica XII-54, p. 4.

(11) De nuestro Padre, Crónica IV-63, p. 12.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 96.

*bles en su sitio; es cerrar las ventanas con sentido común —en invierno, cuando ya no hay luz, cerrar las contraventanas para que la casa conserve el calor de la calefacción; en verano, cuando el sol es fuerte, para que no se estropeen las tapicerías de los muebles—; es ver si la calefacción marcha, y si no marcha avisar; es, en una palabra, cuidar los detalles del hogar, sin que esto suponga una especial atención, con naturalidad. Y eso no nos da una psicología encogida; hace falta una voluntad recia para ser constante en esas cosas pequeñas, en un detalle continuo, por amor a Jesucristo y por cariño a los demás. Ese conjunto de pequeñas cosas es mortificación constante: para que todo esté ordenado, limpio, agradable, cómodo. Ese conjunto de pequeñas cosas es mortificación, una mortificación que no mata, que no agobia, pero que trasciende de caridad, de cariño; una mortificación que ayuda a los demás a ser santos*¹³.

LA MORTIFICACIÓN tiene que estar arraigada en nuestra vida como una costumbre, con el vigor de un hábito estable. *No es espíritu de penitencia el de aquél que hace unos días grandes sacrificios, y deja de mortificarse los siguientes. Tiene espíritu de penitencia el que sabe vencerse todos los días, ofreciendo al Señor, sin espectáculo, mil cosas pequeñas*¹⁴.

(13) De nuestro Padre, Círculo Breve, diciembre 1961.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 15.

La lista de pequeñas mortificaciones es una industria humana que puede ser útil algunas veces para asegurar el cumplimiento de esta Norma de siempre y evitar el adormecimiento en la entrega. *Mortificaciones habituales* —comentaba nuestro Padre en el examen del Círculo Breve—, *pero no seáis monomaniacos. No han de ser siempre necesariamente las mismas. Lo constante, lo habitual ha de ser el espíritu de mortificación*¹⁵. Si faltara esa íntima disposición, la materialidad de repetir todos los días unos mismos hechos carecería de valor, porque faltaría la verdadera renuncia, el amor, que les da su sabor y sentido: serían algo inútil y vacío, compatible con la ausencia del auténtico espíritu de mortificación. *Es, por tanto, conveniente omitir de vez en cuando alguna mortificación de las que se hacen habitualmente, para no deformarse la conciencia*¹⁶, para no dar cabida al escrúpulo, donde no hay razón de obligatoriedad; para no quedarse en la letra, olvidando la necesidad de morir a nosotros mismos.

El verdadero espíritu de penitencia impedirá que nuestra vida interior quede estereotipada en unos esquemas rígidos, y a la vez nos dará una sensibilidad exquisita para hallar ocasiones de mortificación y de renuncia.

El problema, mejor dicho, la solución del problema es amar. Al comienzo del camino espiritual —en-

(15) De nuestro Padre, Círculo Breve, 20-XIM964.

(16) *Ibid.*

señaba nuestro Padre—, *hay que llevar las cosas más metódicamente. Pero después sale de otra manera. ¿Qué propósitos hacía mi madre para quererme? Ninguno: me quería. Es el amor una cosa instintiva, aunque hay que poner en él la cabeza y el corazón. La santidad tiene la flexibilidad de los músculos sueltos, sabe desenvolverse de tal modo que, mientras hace una cosa que le mortifica, deja de hacer otra que también le mortifica —no siendo ofensa de Dios dejar de hacerla— y da gracias a Dios porque le da aquella comodidad. Si no, nos hacemos tiesos, sin vida, como una muñeca de cartón. La santidad no tiene esa rigidez del cartón: es flexible, sabe sonreír, ceder, esperar: es vida, vida sobrenatural*¹⁷.

Este es el momento de preguntarnos cómo practicamos esas pequeñas mortificaciones, de ver si hay algo de rutina o dejadez; y, sobre todo, de pedir a la Virgen que aumente nuestra generosidad para vivirlas.

(17) De nuestro Padre, Círculo Breve, 20-XII-1964.



70.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

—La vocación es un regalo inmerecido.

—Como a los Apóstoles, el Señor nos ha buscado en nuestro trabajo.

—Generosidad en la respuesta.

MIENTRAS caminaba junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano, que echaban la red al mar, pues eran pescadores. Y les dijo: seguidme y os haré pescadores de hombres (...). Pasando adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano, que estaban en la barca con su padre Zebedeo remendando sus redes; y los llamó¹.

El Evangelio de la Misa nos narra hoy el llamamiento de cuatro Apóstoles. Ya conocía Jesús a esos pescadores del Mar de Tiberíades. Juan y Andrés, discípulos del Bautista, habían pasado junto a El una tarde entera en las riberas del Jordán²; y los otros dos habían sido llevados al Maestro por la vibración de sus hermanos³. Así, con sencillez, había comenzado un *diálogo divino y humano que transformó las vidas de Juan y de Andrés, de Pedro, de San-*

(1) Ev. (A) (Matth. IV, 18-20).

(2) Cfr. Joann. I, 35-39.

(3) Cfr. Ibid., 40-42.

*tiago y de tantos otros, que preparó sus corazones para escuchar la palabra imperiosa que Jesús les dirigió junto al mar de Galilea*⁴. Preparados por Cristo en sus anteriores encuentros, la semilla de la vocación puede ya prender en aquellas almas que han *encontrado al Mesías*⁵ y han sido conquistadas por su Humanidad Santísima.

*Mirad cómo busca a los que quiere que le sigan: a Pedro y a Andrés, cuando echaban las redes en el mar. Escuchad lo que les dice: seguidme a mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres (Matth. IV, 19)*⁶. La escena es plenamente actual. También ahora sigue saliendo Jesús por los mares del mundo, en busca de apóstoles que lleven su palabra a los cuatro vientos. Y nosotros hemos recibido esa llamada personal, concreta, dulcemente imperativa, que hemos de agradecer constantemente al Señor, porque es *un tesoro escondido que no encuentran todos. Lo encuentran aquellos a quienes el Señor verdaderamente elige. A nosotros nos ha llamado y con la vocación nos ha dado la mayor de sus gracias: una prueba infinita de cariño; y vosotros y yo ¿qué hemos hecho para merecer esta maravilla de amor? Pues nada, no hemos hecho nada; es una gran regalo del Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de amar a todas las criaturas de Dios y darles*

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 108.

(5) *Ioann.* I, 41.

(6) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 170.

*paz y alegría. Vamos a agradecer al Señor este premio inmerecido de la vocación*⁷.

*SI ME preguntáis cómo se nota la llamada divina —ha escrito nuestro Padre—, cómo se da uno cuenta, os diré que es una visión nueva de la vida. Es como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio. Esa fuerza vital, que tiene algo de alud arrollador, es lo que otros llaman vocación*⁸.

Jesucristo hubiera podido llamar a los Apóstoles en circunstancias diversas, pero fue a buscarles precisamente en medio de su trabajo. El espíritu del Opus Dei se apoya, como en su quicio, en el trabajo ordinario, en el trabajo profesional ejercido en medio del mundo. La vocación divina nos da una misión, nos invita a participar en la tarea única de la Iglesia, para ser así testimonio de Cristo ante nuestros iguales los hombres y llevar todas las cosas hacia Dios.

La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una

(7) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 170.

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 9.

profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adonde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía.

Dios nos saca de las tinieblas de nuestra ignorancia, de nuestro caminar incierto entre las incidencias de la historia, y nos llama con voz fuerte, como un día lo hizo con Pedro y con Andrés: Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum (Matth. IV, 19), seguidme y yo os haré pescadores de hombres, cualquiera que sea el puesto que en el mundo ocupemos⁹.

Todas las actividades de nuestra vida, aun las más ordinarias, cobran, por la vocación, un valor corredentor. El Señor da todo y pide todo, porque al querernos instrumentos suyos, desea servirse de todo nuestro ser: de nuestro entendimiento, de nuestra voluntad y de nuestras potencias. Pero a la vez, a aquellos a quienes Dios elige para una misión los prepara y dispone de suerte que sean idóneos para desempeñar la misión para la que fueron elegidos¹⁰.

LA VOCACIÓN, signo de la predilección con que Dios nos ama, exige una respuesta pronta y generosa, como la de los Apóstoles. *Al leer estas palabras del Señor en el Evangelio —exclamaba nuestro Pa-*

(9) ÉS Cristo que pasa, n. 45.

(10) Santo Tomás, S. Th., III, q. 27, a. 4.

dre—, me he conmovido; y pienso que también San Mateo se conmovería al escribirlas, porque cuenta la prontitud, la generosidad inmediata que tuvieron cuatro apóstoles para seguir a Cristo.

Pedro y Andrés estaban en su oficio, como estaba Mateo en su banco de recaudador. Los llama el Señor en su lugar de trabajo, cuando pescaban. At illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum (Matth. IV, 20); y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron. Le siguen inmediatamente; no se lo piensan. Las cosas de amor no se piensan, hijos míos; si no, no se hacen. Estoy seguro de que nuestros padres no se lo pensaron mucho para casarse. Si no, no se habrían casado y no estaríamos nosotros en el mundo¹¹.

La llamada del Señor no se limita a un momento de la vida. Nos eligió antes de la creación del mundo¹², y constante es su Amor por nosotros. Por eso el venid en pos de mí es una invitación que se repite en cada instante de nuestra existencia.

En esas pocas palabras —venite post me—, el Señor nos ha pedido todo el amor, toda la vida, todo el corazón, toda la inteligencia; y es preciso responder sabiendo jugarse todo a una sola carta, la carta del amor de Dios. Señor, yo te amo porque me da la gana de amarte; y este pobre corazón, que podría haberlo entregado a una criatura, lo pongo entero, joven, vibrante, noble, limpio, a tus pies, ¡porque me da la gana!

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 30X1-1960, en Crónica, 1969, pp. 264-265.

(12) Epkes. I, 4.

Hijos míos, el Señor ha hecho que el evangelista nos narre este pasaje para que pensemos despacio y veamos si hemos seguido a Jesús así: al instante, al punto, dejadas las redes... Si no, todavía estamos a tiempo de cortar y de darnos de una vez. Todo lo que nos aparte de Dios lo hemos de quitar. En cuanto algo nos pueda apartar de nuestra entrega, de nuestra completa dedicación al Señor, se deja del todo: continuo, statim, relictis retibus et patre.

*Vosotros y yo pensaremos si lo hemos dejado todo, si todavía falta dejar alguna cosa para que nuestra entrega sea así: todo, todo, todo*¹³.

A la Santísima Virgen, *Ancilla Domini*, le pedimos que nuestra respuesta a la llamada de Dios sea como su *fiat*: completa, decidida, irrevocable.

71.

LUNES

—Todos en Casa vivimos el mismo espíritu.

—La unidad moral —unión de corazones— es manifestación práctica de la unidad espiritual.

—Examen personal sobre el modo de vivir la unidad espiritual y moral.

*ASI como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo*¹. La profunda unidad del Cuerpo Místico de Cristo, al que pertenecemos por el Bautismo, es el ejemplar y modelo de la unidad de vocación en la Obra, que se expresa en el triple lazo de la unidad jurídica, espiritual y moral.

Antes de partir de este mundo al Padre, Jesucristo había rogado ardientemente por la unidad: *que todos sean una misma cosa, y que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una sola cosa en nosotros*². La primitiva comunidad cristiana supo cumplir a la perfección este deseo del Maestro. Si los *Hechos de los Apóstoles* dicen de los primeros cristianos: *credentium erat cor unum et anima una* (Act. IV, 32), *puedo yo decir lo mismo de mis hijos* —escribe nuestro Padre—, *porque tenemos un pequeño co-*

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 30X1-1960, en *Crónica*, 1969, p. 265.

(1) *Dom. praec. L. II* (C) (1 Cor. XII, 12).

(2) *Ioann. XVII, 21*.

mún denominador —que no es opinión, sino creencia—, que es la unidad³.

Efectivamente sólo nos une la doctrina de la Iglesia Santa de Dios, la llamada divina y el deseo de servirla como hijos suyos fieles y agradecidos⁴. Por tanto, estáis vinculados unos a otros, y cada uno con la Obra entera, sólo en el ámbito de la búsqueda de vuestra propia santificación, y en el campo —también exclusivamente espiritual— de llevar la luz de Cristo a vuestros amigos, a vuestras familias, a los que os rodean⁵. Es idéntico el espíritu de la Obra, que a todos nos santifica. Todos los miembros del Opus Dei —sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, solteros y casados— llevamos la misma vida espiritual: no hay excepciones.

Escribía nuestro Padre: es muy frecuente que me preguntéis: ¿qué hemos de decir a los casados?, ¿qué hemos de decir a los obreros?, ¿qué hemos de decir a las nuevas vocaciones? Y yo me sonrío y os digo: hijos míos, nosotros somos una familia sana y, por tanto, no tenemos más que un puchero. Sólo en las familias donde hay enfermos, han de preparar comidas distintas. Tenemos un solo alimento, un solo puchero: es necesario decir a todos lo mismo, porque la Obra es para las almas, y todas las almas tienen la misma posibilidad para santificarse, con el espíritu y las Normas de vida en la Obra.

Es cierto, sin embargo, que mis hijos ejercen las más diversas actividades; que hay entre ellos gentes de muy variadas culturas y de edad y de estados diferentes —unos solteros, otros casados, otros viudos, otros sacerdotes—, y es cierto que no todos tienen el mismo temperamento. Por eso, los hijos míos que forman a los demás, hacen como las madres de familia cuando se mueven con sentido práctico: procuran acomodar el puchero común a las necesidades concretas de cada uno, y así preparan o condimentan de modo distinto el mismo alimento. Pero el puchero es el mismo. Hijos míos, acomodaos a las circunstancias individuales de vuestros hermanos, con don de lenguas, y dad a todos el mismo espíritu en dosis distintas, según haga falta⁶.

LA UNIDAD de espíritu se debe reflejar en la vida diaria, en la convivencia, en las acciones aparentemente más insignificantes. Así lo recomienda San Pablo en la epístola a los Efesios: yo, prisionero en el Señor, os ruego que andéis como conviene a la vocación a que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos a otros con caridad, esforzándoos en guardar la unidad con el vínculo de la paz⁷. Si nuestra unidad se limitara al hecho de tener el mismo espíritu, si no se manifestara en la vida diaria,

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 65.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 81.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 44.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 57.

(7) *Ephes.* IV, 1-3.

en el trato con los que nos rodean, seríamos como líneas paralelas que jamás convergen y que —aun siguiendo la misma ruta— parecen indiferentes entre sí. Nuestra unidad se manifiesta en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, *en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la Cruz y en la Cruz. ¡Sentir, vibrar todos unísonamente!*⁸.

La unidad que se nos pide en Casa es también moral. Tenemos *la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir*⁹, estamos informados *con una sola voluntad y un solo deseo*¹⁰: hacer el Opus Dei, siendo nosotros mismos Opus Dei. Sobre esta unidad moral descansa —lo sabemos bien— *un numerador diversísimo: cada uno tiene su personalidad, su modo de ser, su trabajo, su opción libre personal en las cosas temporales*¹¹.

*La unidad no quiere decir identidad total de opiniones, ni uniformidad: evitamos la uniformidad, hasta en los más pequeños detalles materiales. Por eso, cuidamos no crear un dialecto interno: ¡hablamos como todo el mundo! Lo contrario, emplear fraseologías de ambiente cerrado, sería clericalismo. Sólo recuerdo una excepción, que es una sola palabra: pitar*¹².

(8) De nuestro Padre, Crónica VI-61, p. 13.

(9) Philip. II, 2.

(10) San Basilio, *Homilía* 103, 4.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 65.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 54.

Si vivimos cumplidamente este espíritu, alrededor de nosotros habrá una atmósfera cordial, amable, que encenderá a muchos en deseos de servir al Señor. Con su actuación personal, llevando el espíritu del Opus Dei a todas partes, los miembros de la Obra *atraen a los acatólicos, en ese amadísimo apostolado ad fidem, porque prefieren trabajar en los ambientes más lejanos de la fe y usan una forma expositiva amable, simple, convincente; estimulan a los católicos, con su ejemplo y su actividad, y procuran eficazmente su unión —en la labor apostólica y en los corazones—, apagando divisiones y rencillas; promueven y mantienen, en la unidad de dirección y en la fidelidad al espíritu y a la tradición nuestra, a los demás hermanos de la Obra; y adquieren, conservan y fomentan nuestro espíritu de familia ut sint consummati in unum!, ¡para que todos sean una sola cosa!* (Ioann. XVII, 23).

Unidad que, sin uniformar a los miembros del Opus Dei, les da la misma preocupación de pensar, querer, obrar, amar y sentir como Cristo y con su Iglesia, a través de las más diversas circunstancias de cada uno. Así, aun en medio de todos los apasionamientos nacionales o internacionales, se logra un remanso de trabajo y de paz, en el ambiente de nuestros Centros y en los lugares donde vivimos o donde ejercitamos la profesión ".

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 78.

*QUE SEA única vuestra oración, única vuestra súplica, único el espíritu, única la esperanza en la caridad, en la alegría sin tacha que sólo está en Jesucristo; fuera de esto, nada hay de más excelente*¹⁴. La unidad jurídica, espiritual y moral es un don que Dios ha querido hacer a su Obra y que cada uno debe agradecer en lo profundo del corazón, y con su conducta.

*Con la armonía de vuestros sentimientos y con vuestra concorde caridad, se alza hasta Jesucristo un concierto de alabanzas. Que cada uno de vosotros —pide San Ignacio de Antioquía— forme con los demás un coro, de modo que —unánimes en la concordia y tomando al unísono el tono de Dios—, alabéis con una sola voz al Padre por medio de Jesucristo*¹⁵. Pero para esto —explica el Padre— hay que saber comprenderse unos a otros, hay que saber disculpar y pasar por alto algunas cosas, y quererse mucho. Hijos míos, consummati in unum (Ioann. XVII, 23)!: éste es otro gran fundamento para la eficacia¹⁶.

En la presencia del Señor debemos examinar si nos sentimos solidarios con los demás, en la responsabilidad de sacar las labores adelante. ¿Huyo de todo asomo de insinceridad en el trato con mis hermanos y con los Directores? ¿Sé vivir mortificadamente, procurando en todo hacer la vida agradable a los

(14) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Magnesios* 7.

(15) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Ephesios* 4.

(16) De nuestro Padre.

demás? ¿Sé prescindir de mis propias opiniones, cuando podrían provocar un distanciamiento, una tensión en el trato con mis hermanos? ¿Sé vencer mi inclinación a la comodidad haciendo las correcciones fraternas oportunas, cuando observo algo que podría lesionar la unidad?... Son preguntas que deberemos hacernos de vez en cuando, para sacar las oportunas aplicaciones a nuestra vida diaria. Y dar gracias al Señor con todo el corazón —*gradas tibi, Deus, gratias tibi!*— por este don maravilloso de la unidad que ha querido concedernos.

*En el sagrario del oratorio del Consejo General —son palabras de nuestro Padre—, he hecho poner estas palabras: consummati in unum (Ioann. XVII, 23), ¡todos —con Jesucristo— somos una sola cosa! Que, metidos en la fragua de Dios, conservemos siempre esta maravillosa unidad de cerebro, de voluntad, de corazón. Y que Nuestra Madre, por la que llegan a los hombres todas las gracias —canal espléndido y fecundo—, nos dé con la unidad, la claridad, la caridad y la fortaleza*¹⁷.

(17) De nuestro Padre, *Carta*. 29-IX-1957, n. 83.

72.

MARTES

- La caridad universal de Jesucristo.
- Nuestra caridad ha de extenderse a todas las almas.
- El orden de la caridad.

AMADÍSIMOS: sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos y proceded con amor, a ejemplo de Cristo que nos amó y se ofreció a sí mismo en oblación y hostia de olor suavísimo¹.

Amor: es ésta la razón profunda de todas las obras divinas. La creación y la elevación al orden sobrenatural fue —y sigue siendo cada día— un gran acto de amor, por el que Dios puso en la existencia a unos seres que participan de su naturaleza. Por amor también Dios se encarnó, y por amor nuestro, para salvarnos, murió en una Cruz. En efusión de amor quiere que todos los hombres seamos hijos suyos.

Por eso, porque Dios es Amor, *no hizo la muerte ni se goza de la pérdida de los que viven²*. Fueron las criaturas quienes escogieron el mal, apartándose —por el pecado— del Amor divino. Ni aun entonces dejó Dios de amarnos; al contrario, vino a la tierra, para salvar a todos los hombres. *Pues no envió Dios*

(1) *Ephes.* V, 1-2.
(2) *Sap.* I, 13.

su Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para que por su medio el mundo se salve³.

El deseo de cumplir esta voluntad salvífica consume a Cristo desde el primer instante de su existencia terrena. Y así, *al entrar en el mundo dice: no has querido sacrificio ni ofrenda, pero a mí me has apropiado un cuerpo; los holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: he aquí que vengo (...) para cumplir, oh Dios, tu Voluntad⁴.*

Jesucristo, Dios hecho Hombre, ha venido a dar vida, a hacer el bien: *por todas partes ha dejado ejemplos de su misericordia⁵*. Resucita a los muertos, cura a los ciegos, a los sordomudos, a los leprosos¹... Alguna vez ni siquiera espera que le traigan al enfermo, sino que dice: *Yo iré, y le curaré⁶*. Y cuando llega la hora de su muerte, se entrega con amor, como *víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo⁷*. No ofrece su vida en sacrificio sólo por los que le aman y siguen, sino por todos, incluso por aquellos que le desprecian y le clavan en la Cruz.

Nuestra caridad quiere imitar la caridad de Cristo. Como ella, tendrá que ser universal, desinteresada, sufrida, dispuesta a llegar a cualquier extre-

(3) *Ioann.* III, 17.

(4) *L. I* (I) (*Hebr.* X, 5-7).

(5) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelio* 25, 6.

(6) *Matth.* VIII, 7.

(7) *I Ioann.* II, 2.

mo por el bien de las almas; una caridad que *a todo se acomoda, cree en todo, todo lo espera y lo sopor-ta todo*⁸.

*HAY MUCHOS hombres en el mundo, y ni a uno solo deja de llamar el Maestro. A todos los hombres de todas las razas, lenguas y latitudes los llama con una llamada general desde el momento mismo en que les trae a la vida; los llama con aquella afirmación de que ha venido a la tierra para salvar a todos: omnes homines vult salvos fieri (I Tim. //, 4). Y los llama con aquella otra afirmación, maravillosa, que dirige a todos los hombres sin excepción alguna: sed santos como mi Padre Celestial es santo (Matth. V, 48). Los llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección*⁹.

Nuestra misión continúa la que Jesucristo recibió de su Padre. El Señor la transmitió a su Iglesia cuando dijo a los Apóstoles: *como mi Padre me envió, así os envió también a vosotros*¹⁰. Y en el seno de la Iglesia, como soldados activos del Reino de Cristo, hemos de dar testimonio de El entre todas las gentes. Como Jesucristo, estamos en la tierra *para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar "a los de corazón quebrantado; para anunciar la buena nueva a*

los cautivos y la liberación 'a los prisioneros'.

Hay en el mundo muchas almas enfermas, cautivas del mal y del error: almas que esperan que les llegue la voz de Jesucristo, que les devolverá la salud y la libertad de los hijos de Dios. *Y la caridad de Cristo nos urge*¹² a querer a todos, a amar incluso a los que se declaran enemigos, *no porque son hermanos* —dice San Agustín— *sino para que lo sean; para andar siempre con amor fraterno: hacia el que ya es hermano y hacia el enemigo, para que venga a ser hermano*¹³.

Queramos a todos, con corazón universal como el Señor, que para todos desea el mayor bien. *En efecto, no nos abandonó la bondad de Dios (...) cuando rechazamos su amor hacia nosotros, ni siquiera cuando pagamos con injurias al que nos llenaba de beneficios. Más aún: hemos sido verdaderamente llamados de la muerte a la vida, y el mismo Cristo, Señor nuestro, nos ha restituido la vida. Esta beneficencia nos mueve a la mayor admiración*¹⁴. A todos llegaremos, siguiendo el ejemplo de Cristo, porque *nos interesan todas las almas. Jamás un hijo mío* —enseñó siempre nuestro Padre— *debe tratar mal a ninguna persona... Hay que convivir, hay que comprender, hay que ser fraternos, hay que poner amor donde no hay amor, para sacar amor*¹⁵.

(11) *Isai.* LXI, 1.

(12) *II Cor.* V, 14.

(13) San Agustín, *In Epistola Ioannis ad Parthos tractatus* 10, 7.

(14) *Ad Off. lect., L. II* (San Basilio, *Regulae fusius tractatae* 2, 3.).

(15) De nuestro Padre.

(8) *I Cor.* XIII, 7.

(9) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

(10) *Ioann.* XX, 21.

NOSOTROS queremos mucho a los que aman a Jesucristo, y queremos también mucho a los que no le aman. Pero éstos nos dan además mucha pena: por eso procuramos convivir con ellos afectuosamente, y tratarles y ayudarles: ahogar el mal en abundancia de bien¹⁶. Nuestra labor es siempre positiva, afirmación. Pero sabemos también que la caridad tiene un orden: amamos más a quienes están más cerca de nosotros, a quienes son nuestros hermanos en el seno de la Iglesia y, en primer lugar, a nuestros hermanos en esta familia sobrenatural del Opus Dei. Pero tenemos para los que no han entrado en el redil de Cristo el amor compasivo, lleno de sacrificio y de celo, del Buen Pastor. *Dentro del orden de la caridad —insisto—, daremos un trato lleno de cariño a los que, por ignorancia, por soberbia o por la incomprensión de otros, se acercan al error o han caído en él*¹⁷.

*Nuestra actitud, hijas e hijos de mi alma, es siempre una actitud abierta. Nuestras obras, lo mismo que las casas donde vivimos, tienen las puertas y las ventanas abiertas de par en par, de modo que entre el aire puro de todas las cosas buenas de la tierra*¹⁸. Pero, además, hemos de abrir a todos las puertas del corazón, hacernos amigos leales y darles buen ejemplo. Hemos de saber tratar a todos con afecto sincero y cordial. Con la amistad, con la comprensión, podre-

fió) De nuestro Padre, n. 99.

(17) De nuestro Padre, Carta, 16/VII-1933, n. 20.

(18) De nuestro Padre.

mos darles la luz de la doctrina. Si les queremos, muchos que quizá antes rehuían la gracia, abrirán también su corazón y podrán recibir la verdad. Que no seamos nunca intemperantes, que sepamos querer sinceramente a las almas, que en nuestro modo de decir la verdad, se transparente siempre la caridad que nos mueve a decirla.

*Veritatem autem facientes in caritate*¹⁹. Así hemos de obrar siempre en el trato con nuestros hermanos, en el apostolado, en el trato con las almas, aun las más alejadas de Jesucristo. Pidamos a la Virgen Santísima que nos agrande el corazón, que nos dé entrañas de misericordia, para *proceder con toda bondad, y justicia, y verdad*²⁰; para hacer siempre compatible lo que es justo y verdadero con la comprensión, con el amor.

(19) Ephes. IV, 15.

(20) Ephes. V, 9.

73.

MIÉRCOLES

—Nuestra fortaleza se apoya en la de Jesús.

—La unión con el Padre y con nuestros hermanos nos hace fuertes.

—Fortaleza para iniciar y concluir los trabajos que se nos encomiendan.

A LA orilla del Mar de Tiberíades, como de costumbre, adoctrina el Señor a las gentes. En esta ocasión, es tanta la multitud que acude a escucharle, *que tuvo que subir a sentarse en una barca, en el mar, mientras la muchedumbre permanecía en tierra, a la orilla*¹.

Es la escena que nos presenta el Evangelio de la Misa de hoy. Y una vez más, nos disponemos a hacer nuestra oración —a escuchar a Jesucristo, y a hablar con El— siguiendo el relato evangélico, confundidos entre esa multitud sedienta de oír la palabra de Dios.

Escuchad: he aquí que salió el sembrador a sembrar. Y ocurrió que, al echar la semilla, parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la comieron. Parte cayó en un pedregal, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, por no ser hondo el suelo;

(1) Ev. (Marc. IV, 1).

*pero cuando salió el sol se agostó, y se secó porque no tenía raíz. Otra parte cayó entre espinos, y la sofocaron, y no dio fruto...*².

Con esta parábola, el Señor nos hace ver que su gracia encuentra obstáculos en las almas; que hay dificultades para que la semilla divina germine y dé fruto abundante; que el bien sobrenatural que hemos de alcanzar es un bien arduo, difícil, que exige de nuestra parte una correspondencia decidida, llena de fortaleza. Fortaleza, que es virtud cardinal, angular, que *aparta los obstáculos, los temores que podrían retraer la voluntad del seguimiento de lo que dicta la razón*³, iluminada por la luz de la fe.

Si correspondemos, se nos dará, con la gracia, esa fortaleza necesaria, y superaremos todos los obstáculos: *llevaremos hasta el final la obra de nuestra santificación. Cayeron las lluvias, y los ríos se salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra tal casa; mas no fue destruida, porque estaba fundada sobre roca*⁴; *y la roca era Cristo*⁵, fundamento de nuestra fortaleza.

La fortaleza divina empujó a los Apóstoles a recorrer todos los caminos de la tierra, sin acobardarse ante peligros y persecuciones; más aún, se gozaban *porque habían sido hallados dignos de sufrir ul-*

(2) *Ibid.* 3-7.

(3) Santo Tomás, S. Th. IHI, q. 123, a. 3 c.

(4) *Matth.* VII, 25.

(5) I Cor. X, 4.

*traje por el nombre de Jesús*⁶. Su fuerza nacía de la confianza exclusiva en el Señor.

Fundados en la roca de Cristo, crece el ánimo para la lucha, porque tenemos asegurada la victoria; nos lo prometió el Señor: *en el mundo tendréis tribulaciones; pero tened confianza, Yo he vencido al mundo*⁷.

OTRA parte de la semilla *cayó en tierra buena, y daba fruto: crecía y se desarrollaba; y producía el treinta por uno, el sesenta por uno, y el ciento por uno*⁸.

La parábola no detalla los cuidados del sembrador, para que la buena tierra llegue a fructificar de esta manera. Pero se sobreentienden. Hay que roturar el terreno, y regar las plantas, y protegerlas de las plagas y de las malas hierbas... El trabajo del sembrador es un trabajo sacrificado, esforzado, perseverante.

Fuertes, tenaces, constantes hemos de ser para que nuestra vida dé el fruto que Jesucristo espera. Esforzados en el trabajo, en el cumplimiento de las Normas, en el apostolado: un día y otro, con frío y calor, con ganas y sin ellas; con entereza. El Señor nos dará fuerzas para andar firmes, sin titubeos, por

el camino que El anduvo. Y parte de esa energía divina nos viene dada en la unión con nuestros hermanos: la caridad mutua nos ayuda a sobrellevar las dificultades. *¿Ves?* —nos dice nuestro Padre—. *Un hilo y otro y muchos, bien trenzados, forman esa maroma capaz de alzar pesos enormes.*

—*Tú y tus hermanos, unidas vuestras voluntades para cumplir la de Dios, seréis capaces de superar todos los obstáculos*⁹. Y San Pablo, a los de Corinto: *si sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte, fue a fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos: el cual nos ha librado y nos libra de tan graves peligros; y en quien confiamos que todavía nos ha de librar, ayudándonos vosotros también con vuestras oraciones*¹⁰.

Unidos al Padre y a nuestros hermanos, no habrá nada que nos haga desfallecer. *En tu empresa de apostolado no temas a los enemigos de fuera, por grande que sea su poder. —Este es el enemigo imponente: tu falta de "filiación" y tu falta de "fraternidad"*. La desunión, la falta de ese apoyo que hemos de prestarnos unos a otros, sería lo único capaz de derrotarnos; pero con la ayuda de todos, la propia debilidad se convierte en firmeza que hace capaz de victorias al alma que antes se sentía débil: *terribilis ut castrá-*

tf>)Act. V, 41.

(7) *lognn.* XVI, 33.

(8) *Ev.* [Marc. IV, 8].

is Camino, n. 480.

(10) 11 *Cor.* I, 9-11.

(11) *Camino*, n. 955.

rum acies ordinata ¹², terrible como escuadrón en orden de batalla; *quasi civitas firma* ¹³, como una ciudad amurallada.

DIOS Todopoderoso y Eterno, dirige nuestras acciones según tu voluntad, para que, invocando el nombre de tu Hijo, merezcamos abundar en buenas obras ¹⁴. Necesitamos acudir a la fortaleza de Dios, para cumplir acabadamente los mandamientos recibidos, para llevar a término las tareas que se nos encomiendan, y no ser como aquellos que *se parecen al camino donde cayó la semilla: negligentes, tibios y desdeñosos* ¹⁵. Negligencia y tibieza, que se muestran sobre todo en la falta de reciedumbre para perseverar en la ilusión del trabajo comenzado, para no parar hasta poner la última piedra.

A mí, comentaba nuestro Padre, *me hace sufrir saber que un hijo mío, cuando se le dice que haga una cosa, coge la obediencia con entusiasmo, y a los tres días ya lo ha abandonado: allí no hay amor de Dios; al menos no hay el amor que el Señor exige a sus hijos en el Opus Dei* ¹⁶.

A veces, esa falta se debe, más que a carencia de buena voluntad, a que todavía no hemos aprendido a

trabajar como el espíritu de la Obra nos pide. También para esto nos da nuestro Fundador un consejo preciso: *comienza a hacer lo que tengas que hacer, como si tuvieras todo el tiempo a tu disposición. Así has-ta acabarlo. Y si no lo terminas, lo dejas para el día siguiente; pero lo que has hecho queda terminado perfectamente. El trabajo a medias es una caricatura del Opus Dei. Yo no pienso que sea digno de Dios lo que no está acabado. Por eso la santidad del Opus Dei consiste precisamente en comenzar y acabar la labor con la misma ilusión y, aunque no haya ilusión —entonces tiene más mérito—, con igual empeño* ¹⁷.

Fuertes, pues, para empezar y acabar con perfección los trabajos que se nos encomiendan. Fuertes porque —paradojas de la vida interior— Dios cuenta con nuestra debilidad, y con la debilidad de nuestros hermanos; pero cuenta también con su fortaleza y con la nuestra, que es grande cuando la caridad nos une ¹⁸.

Nuestra Madre del Cielo nos enseñará a coronar, por encima de las grandes o de las pequeñas dificultades, los trabajos apostólicos que se nos confían, para que la gracia dé fruto abundante en las almas.

(12) *Canl.* VI, 4.

(13) *Prov.* XVIII, 19.

(14) *Oral.*

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 44, 3.

(16) De nuestro Padre, Noticias XI-63, p. 16.

(17) De nuestro Padre, Noticias XI-13, p. 16.

(18) De nuestro Padre, Obras VI-63, p. 17.

74.

JUEVES

—Necesidad del apostolado del ejemplo.

—La naturalidad de nuestra entrega nos lleva a dar buen ejemplo entre nuestros iguales.

—Eficacia apostólica de una vida que trasluce el espíritu de la Obra.

*PONGAMOS los ojos los unos en los otros para incentivo de la caridad y de las buenas obras*¹, exhorta hoy la Iglesia en una de las lecturas, con palabras de la epístola a los Hebreos. Aquellos primeros cristianos, siguiendo las recomendaciones de los Apóstoles, se constituyeron en ejemplo vivo de santidad para los demás hombres: en medio del mundo, daban testimonio con sus obras de la fe que les animaba.

Este ha de ser también el punto de partida de nuestra labor de almas; el apostolado del ejemplo, porque *con el buen ejemplo se siembra buena semilla; y la caridad obliga a sembrar a todos*².

Nuestro afán apostólico tiene su fundamento en el amor de Dios: deseamos que se acerquen todos al Señor, que crean en El, que le amen. Pero Dios ha querido que cumpliéramos esta labor con obras, antes aun que con palabras. Coepit Iesus faceré et doce-

re (Act. 1, 1), comenzó Jesús a hacer y a enseñar: *hay que enseñar, hijos míos, con el ejemplo. La gente creará en vuestra doctrina, cuando vea vuestras buenas obras (cfr. II Petr. 1, 10), vuestro modo de obrar. El buen ejemplo arrastra siempre. Pero, para que sea eficaz, tiene que ser consecuencia de la sencillez y de la naturalidad con que los miembros de la Obra saben vivir lo que enseñan*³.

En el Opus Dei, mediante una labor que llamamos de amistad y de confianza*, vamos acercando las almas a Dios, con la palabra conveniente... con el consejo discreto... con la conversación amable...⁵. Pero los miembros de la Obra hacen apostolado sobre todo con el ejemplo de su integridad en el proceder, con la afirmación —humilde y audaz a un tiempo— de vivir cristianamente entre sus iguales de una manera ordinaria, pero coherente; manifestando, en sus obras, su fe⁶, porque el apostolado —insiste nuestro Fundador— se hace primero con la conducta⁷.

Por ser nuestro apostolado eminentemente personal, fundado en la amistad, será inevitable que el buen ejemplo preceda y fundamente la palabra; que oriente, que empuje a las almas. El apostolado de la palabra, de la confianza, tendrá mayor eficacia en un terreno ya abonado por una vida santa, llena de

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 51.

(4) De nuestro Padre.

(5) De nuestro Padre.

(6) De nuestro Padre.

(7) De nuestro Padre.

(1) *L. I (I) (Hebr. X, 24)*.

(2) *Camino*, n. 795.

naturalidad. *En el corazón de quien escucha penetra más fácilmente la palabra que queda avalorada por las acciones de quien la dice, porque mientras invita con la voz, ayuda con su ejemplo a cumplirla*⁸. *Primero el ejemplo, que tienes la obligación de dar de modo sonriente, agradable; luego, la doctrina, oportunamente*⁹.

NO PODEMOS ocultar el espíritu que nos anima: ésta es la enseñanza del Evangelio de la Misa de hoy. *¿Acaso se enciende la lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo de la cama? ¿No se pone en el candelero?*¹⁰.

Somos portadores de Cristo y necesariamente hemos de dar ejemplo. A pesar de nuestras miserias y equivocaciones personales, hemos de ser luz, hemos de ser sal, hemos de ser salud espiritual, hemos de ser apostolado constante, hemos de ser vibración y servicio a Dios y a los hombres.

Recordad siempre el mandato de Cristo: que brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Matth. V, 16) "

Queremos ser luz, y para lograrlo hemos de servir a Dios con naturalidad entre nuestros compañe-

ros de profesión, en nuestro ambiente social, de modo que los demás reconozcan en nuestra conducta la manera de actuar de un verdadero cristiano. *Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo "*

Sería falsa naturalidad pretender ocultarlo. No vamos a dejar de servir a Dios porque nos estén viendo. Con nuestro ejemplo no queremos poner de manifiesto méritos personales, que no tenemos, sino la gracia de Dios en nosotros. *Por ser ése el ejemplo que ha de dar, quizá de lejos, a distancia, no llamará nunca la atención un miembro de la Obra; pero, el que se acerque a él, el que lo trate, no tardará mucho en poder decir: aquí está Cristo. Porque se sentirá conmovido por ese Christi bonus odor (II Cor. //, 15), que es fragancia del alma en trato continuo con el Señor "*

E insiste nuestro Padre: *no os preocupe si por vuestras buenas obras "os conocen". —Es el buen olor de Cristo. —Además, trabajando siempre exclusivamente por El, alegraos de que se cumplan aquellas palabras de la Escritura: "Que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"*¹¹ *. Nuestra alma se llenará de alegría al pensar

(8) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 2, 3.

(9) De nuestro Padre.

(10) *Ev. (Marc. IV, 21)*

(11) De nuestro Padre, *Crónica*, 1970, p. 341.

(12) *Camino*, n. 2.

(13) De nuestro Padre, *Carla*, 11-111-1940, n. 51.

(14) *Camino*, n. 842.

que, con la luz que el Señor nos ha dado, arrastramos hacia El a nuestros amigos, *porque la virtud de esta luz no está sólo en brillar, sino en conducir al Cielo a los que lá siguen*¹⁵. Por eso, hemos de buscar continuamente —en medio de nuestras diarias ocupaciones seculares— el trato y la unión constante con Jesucristo, de modo que ese fuego, que el Señor ha encendido en nuestras almas, nunca se apague ni se debilita: ya que ha de ser verdad que quienes nos rodean noten que somos luz de Dios, que ilumina el mundo¹⁶.

Se hacen realidad, de esta manera, las palabras que nuestro Padre escribió al pensar en la labor apostólica de sus hijos: *con el ejemplo y con una discreta labor de amistad, estas almas dedicadas a Dios en el mundo fomentan y difunden la perfección cristiana, entre personas de todas las clases sociales*¹⁷.

ERES, entre los tuyos —alma de apóstol—, la piedra caída en el lago. —Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

*¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?*¹⁸.

Ejemplo y palabra: ejemplo que prepara, que da fuerza a la palabra. Dos medios inseparables para

nuestro apostolado de amistad y confidencia. Al practicar el apostolado de la palabra, seguimos una vez más el ejemplo de Cristo que no se oculta llevando una vida solitaria, sino que se muestra en público conversando familiarmente con los hombres, para que se acerquen a El con confianza. Y a los que le acogen, a los que corresponden a su amor, atraídos por su luz, les llama amigos, y les revela cosas que sólo a los amigos se confían.

Queremos imitar a Jesucristo, ser *alter Christus, ipse Christus*; y hemos recibido la luz del espíritu de la Obra, que a través del ejemplo de nuestra vida ordinaria, nos hace idóneos para encender el amor de Dios en los que nos rodean.

*Hay que saber deshacerse, saber destruirse, saber olvidarse de uno mismo; hay que saber arder delante de Dios, por amor a los hombres y por amor a Dios, como esas candelas que se consumen delante del altar, que se gastan alumbrando hasta vaciarse del todo*¹⁹.

Como señalaba nuestro Padre, es necesario hacer la más fervorosa apología de la Fe, con la doctrina y con el ejemplo de nuestra vida, vivida con coherencia. Hemos de imitar a Nuestro Señor, que hacía y enseñaba, *coepit faceré et docere* (Act. 1, 1): *el apostolado de dar doctrina está manco e incompleto, si no va acompañado por el ejemplo. Hay un refrán*

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 9.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 11-11-1940, n. 9.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 10.

(18) *Camino*, n. 831.

(19) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-11-1964.

*que deja, con la sabiduría del pueblo, muy claro lo que os estoy diciendo. Y el refrán es éste: fray ejemplo es el mejor predicador*²⁰.

Con el ejemplo, con la entrega generosa a cuantos nos tratan, procurando ser comprensivos y alegres, ganaremos su confianza y nacerán esas *pequeñas confidencias, que serán ocasión para hablar de Dios, del apostolado, de la fidelidad a la gracia: servirán para dar consuelo y luz a las almas atribuladas, y terminarán siendo verdadera dirección espiritual*²¹.

Pidamos ayuda a la Virgen, Reina de los Apóstoles, Reina nuestra, para saber cumplir esta tarea apostólica de ejemplaridad y de confianza en medio de los hombres.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 28.

(21) *Instrucción*, 9-1-1935, nota 103.

75.

VIERNES

—La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo.

—La influencia de esta realidad en nuestra vida.

—Entre nosotros tenemos que vivir particularmente la Comunión de los Santos.

CUANDO, en su viaje hacia Damasco, Saulo estaba ya cerca de la ciudad, *de repente le cercó de resplandor una luz del cielo, y cayendo a tierra oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él respondió: ¿quién eres tú, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues*¹. Esta primera revelación de Jesucristo, que se le muestra íntimamente compenetrado con sus seguidores, hirió muy hondamente el corazón de Pablo. Más tarde, la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo será tema central de su predicación: *fuisteis llamados para formar un solo cuerpo*². *Vosotros sois el Cuerpo de Cristo y miembros unidos a otros miembros*³.

No estamos aislados los cristianos; no es la nuestra una tarea de santificación solitaria. La santidad es una tarea personal, de cada uno, pero en Cristo: nuestro encuentro con Dios se realiza en su Hijo Jesús, y en El nos hermanamos con todos los cristianos. Unidos en Jesucristo formamos *un solo Cuerpo*,

(1) *Act.* IX, 3-5.

(2) *Cotos.* III, 15.

(3) *Dom. praec.* Ev. (C) (I *Cor.* XII, 27).

con una sola Alma; un solo pensar, un solo corazón, un solo sentir, una sola voluntad, un solo querer. Pero una multitud de órganos y miembros: porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen un mismo oficio; así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros unos de otros. Tenemos, por tanto, dones diferentes, según la gracia que nos es concedida (Rom. XII, 4-6).

*En virtud del Alma y de la Cabeza, todos los miembros contribuyen eficazmente al bien de todo el Cuerpo, como dice el Apóstol: si todos fuesen un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Por eso ahora, aunque los miembros sean muchos, el cuerpo es uno. Ni puede decir el ojo a la mano: no tengo necesidad de tu ayuda; ni la cabeza a los pies: no me sois necesarios (I Cor. XII, 19-21) *

Todos necesitamos de los demás para ser santos: la vida cristiana es esencialmente un encuentro del alma con su Redentor, pero también la fusión de todos en la única caridad de Cristo. Por eso, la lucha por santificarnos es esfuerzo de unión, de fraternidad bien sentida, de ayuda mutua; y su principio es el Amor de Dios.

QUEREMOS amar a Jesucristo con todo el corazón: pero no hay que olvidar que *estaremos tanto*

(4) De nuestro Padre, *Caria*, 15-VIII-1953, n. 3.

*más unidos con Dios y con Cristo, cuanto más seamos miembros unos de otros y más solícitos recíprocamente*⁵. Si en ocasiones nos costase acercarnos al Señor, pensemos si acaso no estaríamos poniendo poco empeño en querer y servir a los demás, porque allí donde se debilita el cariño fraterno, la preocupación constante por las almas, la caridad, se debilita también la vida interior. *Extiende tu caridad* —dice San Agustín— *al mundo entero, si es que de veras quieres amar a Cristo; porque los miembros de Cristo están desparramados por toda la tierra. Si no amas más que a una parte del Cuerpo, estás separado del Cuerpo; si estás separado, no estás en el Cuerpo; si no estás en el Cuerpo, no recibes la influencia vital de la Cabeza*⁶.

Como los brazos del Señor en la Cruz, nuestro corazón debe estar abierto para todo el mundo, porque el espíritu del Opus Dei es *comprender, disculpar, perdonar... Debéis tener un amor que cubra todas las deficiencias de las miserias humanas*⁷. Nadie nos es indiferente: por el contrario, debemos esforzarnos por ver siempre a Cristo en los demás.

Nuestro trabajo se desarrolla, cada día, en medio de los centenares de personas con las cuales nos encontramos en contacto desde que nos despertamos por la mañana, hasta que se acaba la jornada: los

(5) Pío XII, *Litt. ene. Mystici Corporis*, 29-VI-1943.

(6) San Agustín, *In Epistolam Iohannis ad Parihos tractatus* 10, 8.

(7) De nuestro Padre, n. 95.

*parientes, la servidumbre, los colegas de trabajo, los clientes, los amigos. En cada uno de ellos hemos de reconocer a Cristo, hemos de ver en cada uno de ellos a Jesús como nuestro hermano; y así nos será más fácil prodigarnos en servicios, en atención, en cariño, en paz y en alegría*⁸.

Dentro del deber de caridad con todas las almas, el dogma de la Comunión de los Santos lleva consigo una exigencia práctica que debe reflejarse en nuestra conducta diaria: la obligación de ser buenos testigos de Cristo. *La actuación de cada uno de nosotros, hijos* —escribe nuestro Padre en una de sus Cartas—, es personal y responsable. *Debemos procurar dar buen ejemplo ante cada persona y ante la sociedad, porque un cristiano no puede ser individualista, no puede desentenderse de los demás, no puede vivir egoístamente, de espaldas al mundo: es esencialmente social, miembro responsable del Cuerpo místico de Cristo*⁹.

*COMUNIÓN de los Santos. -¿Cómo te lo diría? —¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la Comunión de los Santos para el alma*¹⁰.

De igual modo que la sangre, una vez metida en

el torrente circulatorio, vivifica hasta la última célula del organismo, así nuestra preocupación constante por las almas ha de llegar a todo el mundo, porque los miembros de Cristo están esparcidos por todas partes. Pero debe comenzar por atender y llenar de vida a nuestros hermanos en la Obra. Se cumplirá así lo que escribía nuestro Fundador hace muchos años: *vivid una particular Comunión de los Santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora del trabajo profesional, la alegría y la fuerza de no estar solo*¹¹.

Todo lo nuestro —bueno o malo— repercute en los demás. *Ninguno de vosotros es una pieza aislada. Si tú te paras, haces que se paren todos. ¡Y no puedes destrozar las almas de tus hermanos! Tienes —a pesar de tus pasiones— la responsabilidad de la santidad de los demás, de la eficacia de todos*¹². Si llevamos con frecuencia este pensamiento a nuestra lucha interior, encontraremos más fuerzas para portarnos bien, como verdaderos cristianos, en todas las circunstancias de la vida, conscientes de que no podemos defraudar a las almas ni hacer un mal a nuestros hermanos. Porque —advierte nuestro Padre— *nuestro ejemplo ha de ser constante: todo tiene que ser ocasión de apostolado, medio de dar doctrina, aunque tengamos debilidades*¹³. Por eso,

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 31.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 37.

(10) *Camino*, n. 544.

(11) *Camino*, n. 545.

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 19-VI-1955.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 37.

tendrás más facilidad para cumplir tu deber al pensar en la ayuda que te prestan tus hermanos y en la que dejas de prestarles, si no eres fiel ¹⁴.

Y sobre todo tenemos que querernos. *Si os queréis, si hay ese cariño, esa caridad de Cristo, fina, delicada, os apoyaréis unos a otros, y el que vaya a caer se sentirá sostenido y con fortaleza para ser fiel* ¹⁵.

El amor a la Virgen, que es Madre de todos, nos acercará también a los demás; sentirnos sus hijos nos hará más hermanos de nuestros hermanos.

(14) *Camino*, n. 549.

(15) De nuestro Padre, *Crónica X-57*, p. 72.

76.

SÁBADO

—El Antiguo y el Nuevo Testamento nos hablan del deber de practicar la corrección fraterna.

—Superar las falsas razones que puedan presentarse para omitirla.

—Deber de ser *Buen Pastor* para nuestros hermanos.

UNA de las lecturas de la Misa de hoy pone ante nuestra consideración la necesidad de corregir a quienes han caído en alguna falta. David había pecado, infringiendo gravemente un mandamiento de la Ley de Dios. *Y el Señor —leemos— envió a Natán para que hablase a David* ¹. Sólo después de un largo coloquio, David reconoce su falta y exclama: *he pecado contra Dios* ². Y David era hombre bien formado, buen conocedor de la Ley. *¿Quién más discreto que David?* —comenta San Juan Crisóstomo—. *Y sin embargo, no se dio cuenta de que había pecado gravísimamente. El deseo se había apoderado de todos sus pensamientos y su alma estaba totalmente aletargada, como por un sopor. Necesitó la luz del profeta, de que con sus palabras le hiciera caer en la cuenta de lo que había hecho. De ahí que el Señor quiera que haya quienes vayan al pecador y le hablen de lo que ha hecho* ³.

(1) *L. I* (II) (II *Sam.* XII, 1).

(2) *Ibid.*, 13.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 1.

El mismo Jesucristo nos enseña el modo de hacer la advertencia: *ve y corrígele estando a solas con él*⁴, dice. Y nos da, al mismo tiempo, ejemplo de esta enseñanza. Cuando en una ocasión *curó a un endemoniado ciego y mudo, de modo que comenzó a hablar y ver(...)*, los fariseos decían: *éste no lanza los demonios, sino por obra de Belcebú, príncipe de los demonios*⁵. El Señor les corrige, pero lo hace con tal delicadeza, que sólo ellos pueden darse cuenta de la advertencia. *Si El hubiera querido dirigirles un largo discurso y dejarlos en ridículo y, después, imponerles el más severo castigo, nadie se lo hubiese impedido. Sin embargo dejó todo eso a un lado. El Señor no tuvo otra mira que la de no exasperarlos. Y los llamó a la moderación, preparándolos así para que se enmendaran*⁶.

Nuestra corrección, como la de Jesús, ha de estar llena de cariño y de tacto, hecha *con espíritu de mansedumbre*⁷, como dice San Pablo, por amor al que corregimos. *Si lo haces por amor propio, nada haces. Si es el amor a él lo que te mueve, obras excelentemente. Las palabras mismas enseñan el amor que debe moverte, si el tuyo o el suyo. "Si te oyere —dice—, habrás ganado a tu hermano"*(Matth. XVIII, 15). *Luego has de obrar por ganarle a él*⁸. No basta sólo darle a conocer la falta. En lo que esté de nuestra mano, con nuestra

oración y con nuestro ejemplo, tenemos también que ayudarle a superarla. Por eso San Pablo, después de hablar de la necesidad de corregir, añade: *consolad a los que tienen pocos ánimos, atended a los débiles, tened paciencia con todos*⁹.

Es grande la eficacia de la corrección fraterna: *hermanos* —escribe el Apóstol Santiago—, *si alguno de vosotros se desviase de la verdad, y otro le redujere al buen camino, sepa que el que convierte al pecador, además de librarle de la muerte, cubrirá la muchedumbre de los propios pecados*¹⁰.

CONOCEMOS el arrepentimiento de David y su enmienda, expresados en aquel salmo que la Liturgia nos propone como modelo de oración penitente. Comienza así: *apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tus piedades; según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad*¹¹. David hizo penitencia, fue grato a Dios y está en el Cielo. Todo eso pudo una corrección fraterna, hecha a tiempo.

Es muy grave la responsabilidad que tenemos porque ninguno de nuestros hermanos se pierda. *Si sería criminal que no tuviéramos caridad, para darnos cuenta de que flaquea la salud física de nuestros herma-*

(4) Matth. XVIII, 15.

(5) Matth. XII, 22-24.

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 41, 1.

(7) Galat. VI, 1.

(8) San Agustín, *Sermo* 82, 4.

(9) I Thes. V, 14.

(10) Iacob. V, 19-20.

(11) Ps. L, 1-3.

nos, más criminal sería que no estuviésemos vigilantes, para sorprender los primeros síntomas de una languidez espiritual, que les podría conducir a la muerte.

*Por eso, os he dicho que no excuso de pecado, y en ocasiones de pecado grave, a los que hayan convivido con un hijo mío que se descamina: porque no habrían sabido darle medios para perseverar, medios a los que tenía derecho. Hay que ayudar a tiempo, y siempre es tiempo*¹².

Muchas falsas razones pueden presentarse para incumplir este deber de justicia y de caridad. Podría insinuarse la idea de que no debemos corregir a quien tiene más virtudes y más espíritu sobrenatural que nosotros; pero sabemos que es falsa esa humildad. También podría retraernos el temor a contristar o a herir; pero esa forma de razonar supone visión humana y, probablemente, un juicio temerario sobre nuestro hermano. Porque, dice San Agustín, *suele suceder, y a menudo ocurre, que el hermano se entristece de momento cuando le reprenden, y se resiste y lucha en su interior. Pero luego reflexiona en silencio, sin otro testigo que Dios y su conciencia, y no teme disgustar a los hombres por haber sido corregido, sino que teme desagradar a Dios de no enmendarse. Y entonces ya no vuelve a hacer aquello por lo que le corrigieron y cuanto más odia su pecado tanto más ama al hermano, por haber sido enemigo de su pecado*¹³.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 24.

(13) San Agustín, *Epístola* 210, 2.

Nada debe apartarnos de cuidar esta obligación. Hemos de estar atentos contra la comodidad, contra el amor propio que puede disfrazarse de olvido o de ceguera, para ver y para hacer en su momento oportuno la corrección fraterna. Hemos de considerar lo que nos dice nuestro Padre: *cuando hacéis la corrección fraterna, además de vivir la caridad con vuestros hermanos, estáis amando a la Obra, porque la santificáis*¹⁴.

A TRAVÉS de esa fraternidad bien vivida, cada uno de vosotros, además de ser oveja que está en el redil de la Obra, de algún modo es también Buen Pastor; porque es deber de mis hijos ejercer una dirección espiritual, prudente y a veces heroica, con los hermanos que tienen alrededor; porque cada uno de vosotros encuentra en la Confidencia un desagadero, al que lleva sus penas, sus preocupaciones —para acogerlas, no con sufrimiento pasivo, sino con aceptación de creyente—, su oración y su trabajo, que es toda nuestra vida.

Pero cada uno de mis hijos es ayudado también por el buen espíritu —el ejemplo— de sus hermanos, por la corrección fraterna, que hace sentir en el paladar el regusto de la primitiva cristiandad, y por el ambiente de los otros. Los hombres entendemos mejor las cosas, cuando nos exponen las ideas con lecciones prácticas.

(14) De nuestro Padre, n. 133.

Así colaboráis con los Directores, para que vuestros hermanos se formen con el modelo—no espectacular, sino sencillo, natural—de vuestras virtudes: cuando trabajáis, cuando descansáis, cuando rezáis, cuando reís, cuando se nota que habéis llorado: en todo momento.

*Es la gran pedagogía de vuestra conducta. Somos como una ciudad amurallada: frater **qui** adiuvatur a fratre quasi civitas firma (Prov. XVIII, 19) ¹⁵.*

Esta misión de buenos pastores de nuestros hermanos, que nos lleva a ayudarles con una advertencia fraternal, no se limita sin embargo al momento de hacer la indicación que sea. Hay que poner todos los medios sobrenaturales y humanos necesarios hasta lograr que se corrija, con solicitud y con desvelo continuo. *Imitad en esto a los buenos médicos—dice San Juan Crisóstomo—. Cuando ven que el mal no cede al primer remedio, aplican otro, y tras éste, otro; y unas veces cortan y otras vendan. Sed también vosotros médicos de las almas y emplead todos los procedimientos de curación conforme a las leyes de Cristo. De este modo recibiréis el galardón de vuestra propia salud y también la de los demás ¹⁶.*

La Virgen ama a cada uno de sus hijos los hombres con corazón de madre. Ella nos enseñará, si se lo pedimos, a querer *con obras y de verdad* " a nuestros hermanos.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 81.

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 29, 3.

(17) I Ioann. III, 18.

77.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

—Primacía de la caridad.

—Manifestaciones de la caridad fraterna.

—La caridad ha de ser también práctica, efectiva.

AUNQUE yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, vendré a ser como un metal que suena, o campana que retiñe. Y aunque tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias; aunque tuviera toda la fe, de manera que trasladase de una a otra parte los montes, no teniendo caridad, nada soy. Aunque distribuyese todos mis bienes para el sustento de los pobres, y entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve para nada ¹.

Nuestra vida vale lo que vale el amor que ponemos en todo lo que hacemos. Sin caridad, nuestra entrega pierde su sentido. *La caridad, recuerda nuestro Padre, lo deifica todo: Deus caritas est (I Ioann. IV, 8). Nosotros estamos movidos siempre por el Amor. El amor a Dios nos hace fácil amar al prójimo. Está siempre Dios por medio, en nuestra vida ².*

(1) L. II (C) (I Cor. XIII, 1-3).

(2) De nuestro Padre, *Crónica* VI-61, p. 40.

El amor movió a Dios a encarnarse, *tomando la forma de siervo*³, y a servir hasta el extremo del sacrificio. *El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida por la redención de muchos*⁴. Y nosotros, por vocación divina, hemos sido llamados a vivir esa misma caridad de Cristo, que lleva a la dedicación total al servicio de las almas.

*Vivid siempre la caridad, que es el vínculo de la perfección (cfr. Colos. III, 14 y 15), pero ante todo con vuestros hermanos, a quienes habéis de servir con preferencia. Si no lo hicierais así, vuestra caridad no sería ordenada, no sería caridad de Cristo, no tendríais el buen espíritu que enseña San Pablo: dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, máxime autem ad domésticos fidei (Galat. VI, 10), mientras hay tiempo, hagamos bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe*⁵.

Quereos mucho, insiste nuestro Fundador en otra ocasión. *Sin simplezas, que no se han dado nunca en la Obra: sin ataduras que empequeñecen el amor, sin miedo a quereros con corazón de carne. Sin temor de que sea demasiado grande vuestro cariño, ordenado y sobrenatural: porque la caridad cubre la multitud de los pecados (I Petr. IV, 8)*⁶.

(3) Philip. II, 7.

(4) Marc. X, 45.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 32.

(6) De nuestro Padre, *Crónica*, 1971, p. 262.

EL AMOR verdadero lleva siempre consigo exigencias de servicio, porque el que ama busca el bien de la persona amada, y para conseguirlo no escatima medios. Un amor que no se manifestara en obras de servicio no sería auténtico, verdadero, porque *la caridad es sufrida, es bienhechora*⁷, llega al sacrificio para hacer el bien. *La caridad no tiene envidia*⁸, sino que se goza de la felicidad ajena. *La caridad no obra precipitadamente, no se ensorbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga en la injusticia*⁹.

¿Tiene estas características el servicio a nuestros hermanos? ¿Lo hacemos con humildad, sin busarnos a nosotros mismos, generosamente? ¿Nos lleva nuestra caridad a ser mansos y humildes de corazón, sufridos? ¿Nos lleva a fijarnos en las virtudes de los demás, con más facilidad que en sus defectos? ¿Nos lleva a comprender sus gustos, y a quererles con sus peculiaridades? Porque más *que en "dar", la caridad está en "comprender"*¹⁰.

No pretendas que los demás sean a tu imagen y semejanza, sino a imagen y semejanza de Dios, según las circunstancias personales de cada uno. Lo mismo que en esa colección de borriquitos que me han mandado mis hijas y mis hijos de todo el mundo: los hay

(7) L. II (C) (I Cor. XIII, 4).

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*, 4-6.

(10) *Camino*, n. 463.

*de paja, los hay de oro, los hay de plata; los hay con brillantes, los hay con esmeraldas, los hay de hierro, los hay... de todo; de todo los hay. Comprendo que sean así, variados: todos son muy gratos*¹¹.

Cada uno, en la presencia de Dios, hallará la respuesta en su corazón; verá cuál es la calidad de su amor, según como sea el trato con sus hermanos: la caridad *complácese, sí, en la verdad: a todo se acomoda, cree todo, todo lo espera y lo soporta todo*¹². Si nos mueve el amor, hemos de saber acomodarnos a todo, soportarlo todo; saber *poner el corazón en el suelo para que los demás pisen blando*¹³; saber servir sin que los demás lo noten, quemarse en un sacrificio gustoso, y *tu Padre que ve lo secreto, te dará por ello la recompensa*¹⁴.

*El darse al servicio de los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría*¹⁵.

*NO AMAMOS solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad*¹⁶.

La tibieza, el descuido en el cumplimiento de las Normas, la desgana en el trabajo que se nos enco-

(11) De nuestro Padre.

(12) L. II (C) (I Cor. XIII, 6-7).

(13) De nuestro Padre.

(14) Matth. VI, 18.

(15) De nuestro Padre, n. 83.

(16) I Ioann. III, 18.

mienda, la transigencia con la propia pereza, al disminuir el amor de Dios en el alma, incapacita para cualquier actividad sacrificada por los demás. Por eso, las manifestaciones prácticas de la caridad fraterna denotan una sólida vida interior.

Si amamos a Dios, no podemos desentendernos de nuestros hermanos, encerrándonos cómodamente en nuestras cosas. Nos debe interesar sinceramente todo lo que les afecta. Podremos en muchas ocasiones ayudarles en su tarea, cuando hayamos terminado la nuestra; y, espiritualmente, siempre les podemos prestar el cariñoso y eficaz servicio de la corrección fraterna, de la oración, de la mortificación. Hemos de saber gastar nuestra vida, dándonos con generosidad a nuestros hermanos.

No es nuestro estilo faltar a la caridad, ni hay ninguno que tenga por oficio mortificar a los demás. En cambio, es propio de nuestro estilo la delicadeza en el trato mutuo, en la convivencia amable, cordial, sacrificada: atenta solicitud hacia el prójimo, con austeridad total de corazón, con espíritu de abnegación constante en lo pequeño, que es lo grande, lo heroico, que tenemos siempre al alcance de la mano.

De ahí que un detalle especial, que hay en el ambiente de nuestras casas —ya os lo he dicho muchas veces—, es que se evitan absolutamente las discusiones, la polémica. Cada uno mantiene libremente sus puntos de vista, sus razones, y debemos saber respetuosamente escucharlas todas. Con calma, se puede —y, en algu-

nos casos, es preciso— oír, enjuiciar y estudiar los pros y los contras que haya en las opiniones de los demás; sin que esto suponga la necesidad de discutir, sino la conveniencia y aun el deber de conocer lo que más interesa, para estudiar y aclarar un determinado punto de la conversación, o para resolver el problema de que se trate.

*Cuando son cosas de poca importancia, decimos lo que pensamos —a veces, ni siquiera lo diremos— y dejamos pasar la opinión contraria sin volver a exponer nuestro criterio. Callamos por prudencia, si no se ocasiona perjuicio, aunque lo que se dice sea equivocado: ¡qué más da, por ejemplo, que alguien sostenga que tenemos veintiocho años, aunque la verdad sea que tenemos treinta! Y así, en tantas otras cosas*¹⁷.

Santa María, que se entregó sin tasa al servicio de Jesucristo, que le acompañó con delicado amor, nos enseñará a hacer también de nuestra vida un servicio constante a los demás, con cariño sobrenatural y humano.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, nn. 76-77.

78.

LUNES

—Confianza en la Providencia de Dios.

—La vocación a la Obra, estímulo para esa confianza.

—La paz y la alegría, fruto de la confianza en Dios.

LA HISTORIA del endemoniado de Gerasa, que nos presenta el Evangelio de la Misa de hoy, pone de manifiesto el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas: las irracionales, las humanas, las angélicas. Nada ocurre en el mundo —ni aun los sucesos más inexplicables— sin que sea querido o permitido por Dios.

La fe nos ayuda a comprender mejor que la Voluntad de Dios penetra todas las circunstancias de la vida humana. Donde tantas personas no aciertan a ver más que la casualidad o el azar, y acaso se preguntan desazonadas si se hallarán a merced de un destino ciego, los cristianos descubrimos el cuidado paternal de Dios, su Voluntad amabilísima, su Providencia que rige todo cuanto acontece. *La historia no está sometida a fuerzas ciegas ni es el resultado del acaso, sino que es la manifestación de las misericordias de Dios Padre. Los pensamientos de Dios están por encima de nuestros pensamientos, dice la Escritura (cfr. Isai. LV, 8; Rom. I, 33)'*

(1) De nuestro Padre, *Las riquezas de la fe*, 2-XI-1969.

Providencia es el cuidado con que Dios vela por los suyos. *Providencia es, también, la voluntad de Dios, que imprime a cada cosa la dirección que le corresponde. Y si la Providencia divina es voluntad, todo lo que sucede providencialmente ha de ser en extremo excelente, y digno de Dios y tiene que suceder del mejor modo posible*². Por eso —concreta nuestro Padre—, *confiar en el Señor quiere decir tener fe a pesar de los pesares, yendo más allá de las apariencias. La caridad de Dios —que nos ama eternamente— está detrás de cada acontecimiento, aunque de una manera a veces oculta para nosotros*³.

Consecuencia de esta fe en el cuidado divino por todos nosotros es que *hemos de ver las cosas con paciencia. No son como queremos, sino como vienen por providencia de Dios: hemos de recibirlas con alegría, sean como sean. Si vemos a Dios detrás de cada cosa, estaremos siempre contentos, siempre serenos. Y de este modo manifestaremos que nuestra vida es contemplativa, sin perder nunca los nervios*⁴.

Motivo tenemos para confiar seguros en nuestro Padre Dios. Podrá ocurrir alguna vez que no comprendamos el porqué de ciertos sucesos, ni penetremos la conveniencia de que ocurra lo que no se ajusta a nuestros criterios; pero es ésa la hora de vivir la entrega filial, el abandono de los niños que saben

que su padre les da siempre lo mejor. A un chiquillo, a veces se le antojan cosas que pueden dañarle. Su padre, entonces, a pesar del desencanto de su hijo, no se las da. El niño no lo entiende, pero esto ha sido lo mejor. Cuanto pueda acaecernos es bueno y conviene: *para los que aman a Dios todas las cosas son para bien*⁵.

SI EL gobierno de Dios se extiende a todas las criaturas, si hasta a las aves del cielo alcanza su Providencia, mucho más ha de velar por quienes, como nosotros, fuimos escogidos desde toda la eternidad. *Con amor eterno te amé, por lo cual, apiadado de ti, te atraje a mí*⁶. Nuestro llamamiento, nuestra vocación a la Obra, es una iniciativa de Dios. El Señor lo dispuso todo *suaviter et fortiter*. Con suavidad divina, apenas dejaba entrever su presencia a través de la cadena de acontecimientos y sucesos en apariencia casuales. Sin embargo, se cruzó Dios en nuestra vida con fuerza incontenible, venciendo toda resistencia y deshaciendo los planes y proyectos que tal vez habíamos forjado para el porvenir. Por eso, *vuestra vocación, la certeza de saberos llamados por Dios, será siempre el mejor escudo contra cualquier tentación, la garantía más firme e indudable de que, si*

(2) San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa* 2, 29.

(3) De nuestro Padre, *Las riquezas de la fe*, 2-XI-1969.

(4) De nuestro Padre, n. 193.

(5) Rom. VIII, 28.

(6) Ierem. XXXI, 3.

*queréis, el Señor os hará fieles, siempre victoriosos, testigos de Jesucristo en el mundo entero, y llenos de fruto abundante en servicio de las almas*⁷.

Da lo mismo que el Señor nos haya llamado de un modo u otro: lo decisivo es que nos llamó. La vocación es una prueba especial de la Providencia sobrenatural para cada uno de nosotros, que ha de darnos seguridad, confianza, que nos induce a una entrega serena por encima de nuestra debilidad, porque *Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya*⁸.

Los que confían en Dios —canta uno de los Salmos—, *son como el monte Sión, que es incommovible y permanece siempre*⁹. Al responder a la vocación, hemos hecho un intenso acto de fe en el Señor y El, a su vez, ha comprometido su solicitud de Padre hacia nosotros. *¿Puede una madre olvidarse de su hijo, no compadecerse del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella te olvidara, Yo jamás te olvidaría*¹⁰, dice el Señor por Isaías.

A este Dios Nuestro, Padre buenísimo, que ha acompañado siempre nuestros pasos, a este Dios que amamos filialmente, volved vuestros ojos, hijas e hijos míos, y decidle conmigo: gratias tibi, Deus, gratias ti-

bi. Porque nos lleva de la mano, y hace de la Obra quasi fluvium pacis (Isai. LXVI, 12), como un río de paz para el mundo."

FRENTE a lo inesperado o lo imprevisto, quizá después de una primera reacción de desconcierto, debemos esforzarnos por reconocer enseguida al Señor que nos dice: *confiad, soy Yo, no temáis*¹². Paz y serenidad siempre: *no os inquietéis por la solicitud de cosa alguna* —escribe San Pablo— (...). *Y la paz de Dios, que sobrepaja a todo entendimiento, sea la guarda de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo*^a.

Junto a la paz, la confianza en la Providencia trae también la alegría. *Ese optimismo y esa alegría, que hay en el ambiente de nuestros Centros y en la vida de cada uno de los miembros del Opus Dei, proceden de la entrega perfecta que se nos pide, del deseo eficaz de hacer la Santa Voluntad de Dios en todo, y de poner por obra aquella doctrina de San Pablo: "para los que aman a Dios, todas las cosas son para bien"*¹⁴. Nuestra alegría proviene de la filiación divina, que nos confiere el íntimo convencimiento de que todo es bueno; todo, hasta las contrariedades,

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VM960, n. 30.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 3.

(9) Ps. CXXIV, 1.

(10) Isai. XLIX, 15.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 73.

(12) Marc. VI, 50.

(13) Philip. IV, 6-7.

(14) *Catecismo*, 5ª ed., n. 131.

los obstáculos, los aparentes fracasos. *Victoriosos es nuestro nombre*¹⁵. Victoriosos, porque en todo está la mano de nuestro Padre Dios.

En ese servicio que es vuestra vida —nos anima nuestro Padre—, *no os faltará la gracia del Señor —es El quien os ha llamado— y contaréis con la intercesión de los Santos Arcángeles y de los Santos Apóstoles, a los que invocamos como Patronos, y con la ayuda constante de los Angeles Custodios.*

Será el vuestro un servicio abnegado y sumiso, con obras: un fiat generoso y siempre actual, en unión de la Santísima Virgen, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, que desde la Anunciación hasta el Calvario nos acompaña con su ejemplo.

*Si en esta batalla de Dios os encontráis débiles, infirmus dicat: quia fortis ego sum (Ioel, III, 10), decid en medio de vuestra flaqueza: con la gracia de mi Señor, soy fuerte. Y yo, con San Pablo, añado: gratia vobis et pax! (I Thes. I, 2), ¡la gracia y la paz sean con vosotros!*¹⁶.

(15) De nuestro Padre, Crónica X-54, p. 7.

(16) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1943, n. 63.

79.

MARTES

—La humildad, fundamento de nuestra vida.

—Por la humildad sentimos, junto a nuestra flaqueza, toda la fortaleza de Dios.

—La humildad no impide que aspiremos a cosas grandes, pero nos hace reconocer que somos sólo instrumentos.

*EJERCITAD la humildad, porque Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes*¹. El Apóstol San Pedro nos habla de la necesidad de ser humildes para agradar a Dios. Y el Evangelio de la Misa nos muestra a una enferma que, movida por la fe, se acerca con humildad a Cristo para ser sanada: *vino por detrás entre la muchedumbre* —cuenta San Marcos— *y tocó su vestido; porque decía: si pudiera tocar, aunque sólo fuera su manto, quedaré sana*².

Nada puede apartarnos más del Señor que la soberbia. En un corazón lleno de amor propio no queda sitio para Dios; y la tarea de nuestra santificación puede resumirse en aquellas palabras que el Bautista dijo de Cristo: *conviene que El crezca y que yo mengüe*³. El Señor ha de crecer en nosotros hasta que seamos otros Cristos, hasta que sean plenamente suyas nuestra inteligencia y nuestra voluntad; las

(1) I Petr. V, 5.

(2) Ev. (Marc. V, 27-28).

(3) Ioann. III, 30.

potencias y los afectos; todo nuestro ser y nuestro actuar. Y la humildad es condición indispensable para que la entrega sea plena, para que seamos cauce abierto por donde llegue a los hombres la gracia de Dios y el espíritu de la Obra.

Seamos humildes, busquemos sólo la gloria de Dios: porque nuestra vida de entrega, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad. La humildad es el fundamento de nuestra vida, medio y condición de eficacia. La soberbia y la vanidad pueden presentar como atrayente la vocación de farol de fiesta popular, que brilla y se mueve, que está a la vista de todos; pero que, en realidad, dura sólo una noche y muere sin dejar nada tras de sí.

Aspirad más bien a quemaros en un rincón, como esas lámparas que acompañan al Sagrario en la penumbra de un oratorio, eficaces a los ojos de Dios; y, sin hacer alarde, acompañad también a los hombres —vuestros amigos, vuestros colegas, vuestros parientes, ¡vuestros hermanos!— con vuestro ejemplo, con vuestra doctrina, con vuestro trabajo y con vuestra serenidad y con vuestra alegría.

Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo (Colos. III, 3); *vivid cara a Dios, no cara a los hombres* *.

Estas palabras de nuestro Fundador iluminan todo un panorama de nuestra vida. La humildad es condición de eficacia: en nuestra vida interior, no es

posible el diálogo con el Señor desde una posición de autosuficiencia, de engreimiento. En la vida apostólica, que tiene como base la amistad con nuestros iguales, la soberbia nos alejaría de los hombres, nos incapacitaría para comprender a los demás, para ayudarles. La humildad es también condición de nuestra alegría, porque nos lleva a vivir auténticamente, tal como somos, cara a Dios y cara a los hombres, sin miedo a aparecer con defectos que nunca turbarán nuestro buen humor.

*INCLINA tu oído, Señor, y escúchame, porque estoy afligido y soy un menesteroso. Guarda mi alma, pues que soy tu devoto. Salva, Dios mío, a tu siervo, que en Ti confía*⁵, nos invita a pedir la liturgia de hoy.

Cuando procuramos ser humildes, sentimos que la energía poderosa del Señor actúa, apoyada en nuestra flaqueza; y que nunca somos más fuertes que cuando solamente podemos contar con Dios. Entonces comprobamos que no bastan los años ni la experiencia para acertar, porque en ese caso los viejos serían genios: es el Señor quien nos hace más prudentes que los maestros y más sabios que los ancianos (cfr. Ps. CXVIII, 99 y 100).

El alma humilde se da cuenta de que sus días es-

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1930, n. 20.

(5) Ps. R. (II) (Ps. LXXXV, 1-2).

tan en las manos de Dios, in manibus tuis sortes meae (Ps. XXX, 16) y, cuando va a la oración, sin un punto de soberbia, no hace labor de comediante, porque sabe que sus equivocaciones, sus pecados, no se esconden a la mirada divina.

La humildad lleva, a cada alma, a no desanimarse ante sus propios yerros. Dios nuestro Padre sabe bien de qué barro estamos hechos (cfr. Ps. CII, 14) y, aunque el vaso de barro se resquebraje o se quiebre alguna vez, si hay humildad, se recompone con unas lañas que le dan más gracia; y en las que, sin duda, se complace el Señor. Las flaquezas de los hombres, hijos míos, dan a Nuestro Dios ocasión para lucirse, para manifestar su omnipotencia, disculpando, perdonando: mirifica misericordias tuas, qui salvos facis sperantes in te (Ps. XVI, 7); Dios mío, haz que se manifieste tu infinita misericordia, salvando a los que esperan en Ti⁶.

La humildad nos hace fuertes, porque nos hace pequeños como niños. No olvides, niño bobo, que el Amor te ha hecho omnipotente⁷. Nos lleva a abandonarnos en los brazos de nuestro Padre Dios, que cuida de nosotros en todo: El mismo tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias⁸. La humildad nos hace realistas, sinceros en la presencia de Dios: que los tropiezos y derrotas no nos apar-

ten ya más de El. Como el niño débil se arroja comungido en los brazos recios de su padre, tú y yo nos asiremos al yugo de Jesús. Sólo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza humana en fortaleza divina⁹.

SER HUMILDES, según nuestro espíritu, es vivir la naturalidad que nuestro Padre siempre nos recomendaba: es ser sencillos delante de Dios y delante de los hombres. Vivimos metidos en la misma entraña del mundo; también por eso nuestra humildad no puede confundirse con la timidez, con el apocamiento.

Es posible —nos advierte nuestro Fundador— que una ascética propia de religiosos deba manifestar con signos externos, de algún modo espectaculares, la virtud de la humildad. El camino de la Obra es diametralmente opuesto. Al ser el trabajo el eje de nuestra santidad, deberemos conseguir un prestigio profesional y, cada uno en su puesto y condición social, se verá rodeado de la dignidad y el buen nombre que corresponden a sus méritos, ganados en lid honesta con sus colegas, con sus compañeros de oficio o profesión.

Nuestra humildad no consiste en mostrarnos tímidos, apocados o faltos de audacia en ese campo noble de los afanes humanos. Con espíritu sobrenatural, con

(6) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, nn. 31-32.

(7) Camino, n. 875.

(8) Allel. (Matth. VIII, 17).

(9) Via Crucis, VII estación.

deseo de servicio —con espíritu cristiano de servicio—, hemos de procurar estar entre los primeros, en el grupo de nuestros iguales.

Algunos, con mentalidad poco laical, entienden la humildad como falta de aplomo, como indecisión que impide actuar, como dejación de derechos —a veces de los derechos de la verdad y de la justicia—, con el fin de no disgustarse con nadie y resultar amables a todos. Por eso, habrá quienes no comprendan nuestra práctica de la humildad profunda —verdadera—, y aun la llamarán orgullo. Se ha deformado mucho el concepto cristiano de esta virtud, tal vez por intentar aplicar a su ejercicio, en medio de la calle, moldes de naturaleza conventual, que no pueden ir bien a los cristianos que han de vivir, por vocación, en las encrucijadas del mundo.

La humildad, que la Obra exige, es algo muy interior, algo que deriva directamente del coloquio contemplativo que mantenemos con el Señor sine intermissione (I Thes. V, 17). Es el hondo sentimiento de que Dios Nuestro Padre es quien hace todas las cosas, con estos pobres instrumentos que somos cada uno de nosotros —servi inútiles sumus (Luc. XVII, 10)—, que juega con cada uno de nosotros como con unos niños: ludens in orbe terrarum et deliciae meae esse cum filiis hominum (Prov. VIII, 31)¹⁰. Con esta alegría continua, que empapa toda nuestra vida, seremos ante nuestros

amigos testimonio vivo de que seguir a Cristo es encontrar la plenitud humana y sobrenatural a que estamos llamados.

¡Qué grande es el valor de la humildad! —"Quia respexit humilitatem..." Por encima de la fe, de la caridad, de la pureza inmaculada, reza el himno gozoso de nuestra Madre en la casa de Zacarías:

"Porque vio mi humildad, he aquí que, por esto, me llamarán bienaventurada todas las generaciones"¹¹.

Que la Virgen María aparte de nuestro corazón todo resto de soberbia, para que cada día nos identifiquemos más con su Hijo, y sea así más eficaz la labor de corredención a que hemos sido llamados.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, nn. 30-31.

(11) *Camino*, n. 598.

80.

MIÉRCOLES

—Reconocer las propias faltas es condición previa para repararlas.

—El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito.

—Deseemos reparar todas nuestras faltas y las ofensas de todos los hombres.

CUENTA el segundo libro de Samuel que el rey David, olvidando que toda su gloria provenía del favor divino y no de sus fuerzas humanas, dejóse llevar de la vanidad y dispuso que se realizara un censo en todas las tribus de Israel.

Pero *después que fue contado el pueblo, le remordió a David su corazón, y dijo al Señor: he pecado gravemente al hacer esto, pero te ruego, oh Señor, que perdones la iniquidad de tu siervo, porque he obrado muy neciamente*¹.

Quiere el Señor que reconozcamos nuestros pecados, que no le ocultemos nuestras iniquidades, porque esa sinceridad es un primer paso para el arrepentimiento. *No podemos olvidar* —recuerda nuestro Padre— *que por el pecado original estamos proni ad peccatum; estamos injertados en aquella primera pareja caída; tenemos facilidad grande para caer; sentimos en la boca todo el sabor de aquella he-*

(1) L. I (II) (II Sam., XXIV, 10).

*renda. Propter peccata, por nuestros pecados, por el original y por los personales, padecemos todos esos sentimientos que no son de paz; esos errores: porque la naturaleza humana está muy dispuesta al error*².

Nadie escapa a la realidad del pecado, ni a las faltas e imperfecciones que también nos desvían del Señor: *si te apartas un poco del camino recto, no importa si es a la derecha o a la izquierda; lo que importa es que dejas la senda verdadera*³. Todos, por tanto, debemos decir llenos de contrición, como cantaba el mismo David: *reconozco mis culpas, y mi pecado está siempre ante mí*⁴.

Este reconocimiento de la propia miseria debe ser hecho a la luz de nuestras particulares circunstancias, porque Dios nos ha dado mucho, y mucho nos exigirá. *No es lo mismo* —afirma San Juan Crisóstomo— *que incurra en una falta una persona favorecida por el Espíritu Santo, y colmada por Dios de tantos beneficios, que cometa la misma falta una persona sin tales privilegios*⁵. No hay infidelidades pequeñas, cuando la fidelidad del amor que Dios nos tiene es tan grande, tan sobreabundante y generosa. Pero no hemos de tener miedo a llamar a los pecados por su nombre, aunque llevemos muchos años gastándonos en el servicio del Señor. *Las ideas cía-*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 5-XI-1967.

(3) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium* 6, 1.

(4) Ps. L, 5.

(5) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 26, 7.

ras, la conciencia clara, lo que no podemos es hacer cosas malas y decir que son santas ⁶.

¿DE QUE nos podemos gloriarnos?, se preguntaba nuestro Padre. *Yo no tengo más que miserias; si alguna cosa aceptable tengo, es de Dios. Y esto no es falsa humildad. Con mi inteligencia de hombre, en la presencia de Dios, sólo veo esto: miserias; y lo veo tan claro como que dos y dos son cuatro. Pero está la gracia de Dios: omnia possum in eo qui me confortad (Philip. IV, 13), y lucho por convertirlas en divinas. Toda persona que lucha, lleva camino de santidad. Hijos míos, aprovechad estas luces de Dios porque —me lo habéis oído decir muchas veces— el Señor no quiere nuestras miserias, pero cuenta con ellas para nuestra humildad y para nuestra santificación* ⁷.

Las faltas hacen sentir la radical insuficiencia humana, como la de aquel siervo de la parábola que no tenía con qué pagar a su señor ⁸. El alma humilde siente la necesidad de pedir perdón al Señor muchas veces al día. Y camino seguro hacia la humildad es la contrición.

Os he dicho muchas veces que la mejor de las devociones son los actos de contrición, y que siempre estoy volviendo como el hijo pródigo. No tenemos por

qué llevar detrás, arrastrando, una cola de miserias: hay que ponerlas en manos de Dios y decirle como San Pedro después de las negaciones, con humildad verdadera: Domine, tu omnia nosti: tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17); Señor, Tú sabes que te amo a pesar de mis flaquezas. Y así las miserias no nos apartan de Dios, sino que nos llevan a El: como no se aparta de su madre el niño que cae de bruces. ¡Mamá!, grita, y corre a los brazos de su madre, o, si es un poco mayor, a los de su padre, que sabe que son más fuertes... Si hemos cometido un error, pequeño o grande, ¡a Dios corriendo! Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias (Ps. L, 9); no despreciará Dios un corazón contrito y humillado ⁹.

La contrición trae al alma el *gaudium cum pace*. *¿Cómo no perder la serenidad? Otras veces os he dicho: con rectitud de intención. Y ahora añadido: haciendo actos de contrición. Con los actos de contrición mejora la vida espiritual, se llega a la serenidad, a la paz; y a veces mejora también la salud física* ¹⁰.

AL DÍA siguiente, cuando se levantó David, fue dirigida la palabra de Yavé al profeta Gad, vidente de David, en estos términos: ve a decir a David: así habla Yavé: te propongo tres cosas; elige una de ellas y yo haré que venga sobre ti ¹¹. Dios perdonaba la sober-

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 37.

(7) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, p. 9.

(8) Cfr. *Matth.* XVIII, 23-27.

(9) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, p. 10.

(10) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, p. 12.

(11) *L. I (II) (II Sam. XXIV, 11-12).*

bia de David, pero le pedía reparación, penitencia. *¿Quieres que venga un hambre de siete años sobre tu tierra, o que tengas que huir durante tres meses ante tu enemigo, que te perseguirá, o que haya tres días de peste en tu país?*¹².

Como nos enseñó nuestro Padre, *la vocación cristiana es vocación de sacrificio, de penitencia, de expiación. Hemos de reparar por nuestros pecados —¿en cuántas ocasiones habremos vuelto la cara, para no ver a Dios!— y por todos los pecados de los hombres. Hemos de seguir de cerca las pisadas de Cristo: traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificación, la abnegación de Cristo, su abatimiento en la Cruz, para que también en nuestros cuerpos se manifieste la vida de Jesús (II Cor. IV, 10). Nuestro camino es de inmola-ción y, en esta renuncia, encontraremos el gaudium cum pace, la alegría y la paz*¹³.

El Señor no quiere nuestra infelicidad, ni se goza en nuestro sufrimiento. *No es un Dominador tiránico, ni un Juez rígido e implacable: es nuestro Padre. Nos habla de nuestros pecados, de nuestros errores, de nuestra falta de generosidad: pero es para librarnos de ellos, para prometernos su Amistad y su Amor*¹⁴. Sólo El, a quien hemos ofendido, puede hacer que nuestro corazón sepa llorar aun las más pequeñas infidelidades; sólo El puede quitar del corazón el endureci-

miento que impide conocer a quien se ofende. Por eso, si alguna vez nos manda sufrimientos, hemos de verlos como un crisol divino en el que se aquilata nuestra alma; como una ocasión privilegiada de desagraviar con Amor el desamor. *Si es voluntad de Dios que nos alcance el zarpazo de la aflicción, tomadlo como señal de que nos considera maduros para asociarnos más estrechamente a su Cruz redentora*¹⁵.

David aceptó de Yavé la peste de tres días, pues decía: *mejor es que yo caiga en las manos del Señor —porque es grande su misericordia— antes que caer en manos de los hombres*¹⁶. Y con su oración y su penitencia obtuvo que el Señor abreviara el castigo: *yo soy el que he pecado, yo he obrado inicua-mente; ¿qué han hecho éstos, que son las ovejas? Vuélvase, te ruego, tu mano contra mí y contra la casa de mi padre*¹⁷.

Con nuestra expiación, con nuestro espíritu de penitencia que *está principalmente en cumplir, cueste lo que cueste, el deber de cada instante*¹⁸, seremos corredutores en medio del mundo.

Madre Nuestra, Refugio de los pecadores: alcánzanos de tu Hijo una verdadera contrición por nuestros pecados y por los pecados de todos los hombres.

(12) *Ibid.*, 13.

(13) *ES Cristo que pasa*, n. 9.

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 64.

(15) *Amigos de Dios*, n. 124.

(16) *L. I (II) (II Sam. XXIV, 14)*.

(17) *Ibid.*, 17.

(18) *Via Crucis*, IX estación, punto 5.

81.

JUEVES

- Nuestro espíritu pide que vivamos sobriamente.
- No crearse necesidades.
- Amar las consecuencias de la pobreza.

JESÚS llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles potestad sobre los espíritus inmundos. Y les mandó que no llevasen nada para el camino, ni pan, ni alforja, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bastón; y que fueran calzados con sandalias y no llevasen dos túnicas¹.

Al asociarnos a su misión redentora, el Señor nos pide —como a los Apóstoles— un total desasimiento. Es El quien mueve a las almas, y su celo divino no permite que resulte vano el trabajo de sus instrumentos. Jesucristo exige estar libre de cualquier atadura, porque esos lazos harían estéril su gracia en nosotros.

Ciertamente, para realizar nuestro apostolado en medio del mundo necesitamos disponer de instrumentos humanos, pero *debemos tener bien presentes en nuestros corazones aquellas palabras del Señor: Ideo, dico vobis, nolite solliciti esse animae vestrae quid manducetis neque corpori quid induamini. Ani-*

raa plus est quam esca, et corpus plus quam vestimentum. Considerate lilia, quomodo crescunt... Si autem fenum, quod hodie est in agro et eras in clibanum mittitur, Deus sic vestit, quanto magis vos pusillae fidei? (Luc. XII, 22, 23, 27, 28): os digo que no os debéis preocupar demasiado por las cosas materiales, porque Dios tiene cuidado de vosotros, sino que habéis de recordar constantemente la promesa de nuestro Señor: beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum, bienaventurados los pobres de espíritu, los que están desprendidos de las cosas del mundo, porque de ellos es el reino de los cielos (Matth. V, 3).

Vivamos, pues, la virtud de la pobreza con generosidad, procurando estar personalmente desasidos de los bienes de la tierra².

Siguiendo nuestra vocación, hemos de practicar cara a Dios una pobreza exigente; un desprendimiento que, frente a los hombres, se ejercitará con naturalidad, pero que ha de ser real, veraz, y que aun ante los demás ha de mostrarse como austeridad cristiana. Solamente así podremos servir a Dios. *Despégate* —ha escrito nuestro Padre— *de los bienes del mundo. —Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente.*

—Si no, nunca serás apóstol³.

El Señor y la Obra nos piden sobriedad, tener en todo momento el corazón y la mente en Dios. Nues-

(1) *Ev. (Marc. VI, 7-9).*

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nn. 55-56.

(3) *Camino*, n. 631.

tra existencia ha de exhalar el aroma de sobriedad que se percibe en la vida de Cristo y en la de los Apóstoles: la misma sobriedad alegre que ha tenido desde el principio nuestra Obra. *£5 una gran alegría para el alma contentarse con poco, tener bajo sus pies el mundo **.

La sobriedad libera de ataduras a nuestro corazón, lo universaliza y lo hace capaz de amar a Jesucristo. *Hermanos: sed sobrios y vigilad*⁵. La voz del Príncipe de los Apóstoles nos recuerda esta gran exigencia de toda vida cristiana: un deber de sobriedad, que el amor hace fácil: un deber especialmente apremiante para nosotros, apóstoles por vocación divina.

*NO LO olvides: aquel tiene más que necesita menos. —No te crees necesidades*⁶. Debemos ir con paso rápido hacia Dios, sin pesos muertos o bagajes que hagan lenta y difícil la marcha: así envió Jesús a los Apóstoles. Aunque sabemos que la verdadera pobreza no consiste en no tener, sino en estar desprendidos, hemos de procurar, por prudencia, facilitar su práctica. *Buscad lo suficiente*, dice San Agustín, *buscad lo que basta. Y no queráis más. Lo demás es agobio, no alivio; apesadumbra, no levanta*⁷.

El Señor nos pide espíritu de mortificación para saber renunciar a cosas permitidas, incluso compatibles con la entrega y con la pobreza. Debemos estar vigilantes, para no engañarnos a veces con presuntas necesidades de la vida profesional o social. *No os crearéis falsas necesidades*, nos advierte nuestro Padre: *hay cosas que parecen indispensables, y no lo son. Recuerdo que hace años, cuando correteaba con toda mi ilusión de sacerdote joven por los barrios extremos de Madrid, me contaron de unas señoras —que ocupaban muchas horas del día en hacer una labor de caridad, con los pobres de aquellos barrios—, que en lo más crudo del invierno encontraron un niño, que no se podía decir que estaba mal vestido, porque más bien iba casi desnudo.*

Decía una de aquellas buenas señoras, llena de cristiana compasión: Pero, hijo mío, ¿no tienes frío? Y el pequeño contestó: ¿tienen ustedes frío en la cara?, ¿no?: pues para mí todo es cara.

*Con esta anécdota, yo os quiero recordar, para que no lo olvidéis jamás, que no debéis cargaros con pretensiones del todo artificiales, que a última hora no son más que comodidad*⁸.

No debe existir en nosotros ninguna falsa razón de naturalidad o eficacia, que perjudique a la larga —y a la corta— un desprendimiento bien vivido. Hemos de descubrir y vencer en cada caso a los enemi-

(4) San Jerónimo, *Adversus Iovinianum* 2, 11.

(5) *1 Petr.* V, 8.

(6) *Camino*, n. 630.

(7) San Agustín, *Sermo* 85, 6.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 25.

gos de la pobreza: la vanidad encubierta, el capricho, la comodidad e incluso un cierto espíritu de lujo que puede anidar en el corazón. Si quitamos esos obstáculos, el Señor irá ocupando dentro de nosotros el sitio que nuestro corazón, más desprendido cada vez, le deja libre. Esta lucha por desasirnos de las cosas, a veces, apenas será perceptible exteriormente; pero agrada al Señor, porque *no ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero Dios mira al corazón*⁹.

*NO AMAS la pobreza si no amas lo que la pobreza lleva consigo*¹⁰. Es bueno que la privación aparezca alguna vez en nuestra vida. Si no sentimos la pobreza y sus consecuencias; si no nos cuesta alguna vez, es que no la vivimos bien. La pobreza no puede quedarse en una remota disposición, en un vago deseo: debe tener necesariamente manifestaciones, que debemos abrazar con alegría. Si no descubrimos o no amamos esas carencias, es que todavía no estamos verdaderamente desprendidos de las cosas.

El Señor quiere que aprendamos y nos acostumbremos a ser realmente pobres, cuando permite en nuestra vida privaciones incluso de lo necesario; y de esto, que es al fin y al cabo un sello del verdadero discípulo de Cristo, supo mucho nuestro Fundador, y también nuestros hermanos mayores. *Nos faltaba*

hasta lo necesario —contaba una vez nuestro Padre—, y *los viajes tenía que hacerlos frecuentemente sin dinero. Como aquel que hice desde Córdoba. Saqué en la estación todo lo que tenía en el bolsillo, lo puse en la ventanilla de los billetes y dije al empleado: yo tengo que ir a Burgos; con esto, ¿hasta dónde puedo llegar? Y llegué hasta cerca de Salamanca; en tercera, por supuesto. No hemos regateado nada, ni cariño, ni sacrificios, ni dinero, para sacar adelante un alma. Y creo que el Señor no nos lo echará en cara: al contrario, lo pondrá en la balanza, en la parte del bien, y será oro bueno, pero pesado como el plomo, porque representa el valor grande de la caridad*¹¹.

Cuando falta el tiempo, cuando parece demasiado justo el que tenemos; cuando hemos de trabajar con dificultad, por falta de medios, o debemos prescindir de instrumentos que harían más fácil la labor, entonces nos está recordando el Señor, con cariño, cuáles son las consecuencias de la pobreza bien vivida. Y también en esos momentos, nos señala dónde está la fuente de toda eficacia apostólica: en la santidad personal.

El empeño por vivir desprendidos es seguir de cerca a Jesús, que siendo rico se hizo pobre por nosotros¹². Hoy pedimos a Santa María que nos enseñe de verdad el camino concreto y diario de la pobreza, porque queremos ser apóstoles, porque queremos ser santos.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 26.

(12) Cfr. II Cor. VIII, 9.

(9) *ISam.* XVI, 7.

(10) *Camino*, n. 637.

82.

VIERNES

- El amor al prójimo aquilata el amor a Dios.
- La caridad en el trato de Jesús con los Apóstoles: los ama aun con defectos.
- El ejercicio de la caridad con los demás.

*MANTENED siempre la caridad con vuestros hermanos*¹, nos exhorta hoy la Iglesia. Sobre todo, la caridad. Este es el mandamiento de Dios.

El camino de la santidad es un camino de amor: amor a Dios y amor a los demás por Dios, siendo el amor a los demás la señal inequívoca de que se ama al Señor. *Sí alguno dice: sí, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle? Y tenemos este mandamiento de Dios: que quien ama a Dios, ame también a su hermano*².

Per o no hededejarde haceros presente con insistencia —enseña nuestro Padre— *que esa caridad de Cristo, que nos urge* —*caritas enim Christi urget nos (II Cor. V, 14)*—, *nos pida un amor grande, sin limitaciones, con obras de servicio (cfr. I Ioann. III, 18) a todos los hombres: de cualquier nación, lengua, religión o raza—sin hacer distinción, dentro del orden de la caridad, de mi-*

*ras personales, temporales o de partido, ya que nuestros fines son exclusivamente sobrenaturales—, porque por todos ha muerto Jesucristo, para que todos puedan llegar a ser hijos de Dios y hermanos nuestros*³.

El amor al prójimo tiene en el amor de Dios —en el amor con que Dios nos ama— su fuente y origen, su medida y modelo. La caridad ha de ser universal, sin límites; ha de extenderse a todas las almas, sin excepción; ha de reproducir en nuestros corazones el amor infinito de Dios, su voluntad salvífica universal, que quiere a todos y a cada uno, que por todos ha entregado a su Hijo Jesucristo, y lo hubiese entregado por uno solo. Ha de ser caridad sobrenatural, que no es una respuesta de simpatía, sino que se anticipa y, como el amor de Dios, tiende a hacer perfectas a las criaturas que ama.

*Que os améis unos a otros; y del mismo modo que Yo os he amado, así también os améis entre vosotros*⁴. Del mismo modo, con la misma medida, con idéntico amor del *que da su vida por sus amigos*⁵. *En esto conocerán que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros*⁶.

Bien cumplieron los primeros discípulos el precepto del Señor, cuando hicieron comentar, con admiración, a los paganos: *mirad cómo se aman*⁷.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 7.

(4) *Ioann.* XIII, 34.

(5) *Ioann.* XV, 13.

(6) *Ioann.* XIII, 35.

(7) Tertuliano, *Apologeticum* 39, 9.

(1) *L. I* (I) (*Hebr.* XIII, 1).

(2) *I Ioann.* IV, 20-21.

EXEMPLUM enim dedi vobis (Ioann. XIII, 15): *porque ejemplo os he dado, que os queráis*⁸. También nuestro Padre nos ha dado ejemplo de cómo hay que vivir la caridad de Jesucristo, que es *caridad con cariño*. *Yo os quiero* —nos decía— *como os quieren vuestras madres: con vuestros defectos*⁹. Así nos ama Dios, así nos ama Cristo.

¡Cómo sabe el Señor querer a sus Apóstoles! Cuando Juan y Santiago, por medio de su madre, le piden ser los primeros en su reino, Jesús no les reprende áspidamente, ni corta en seco el vuelo de su audacia; comprende lo que de bueno y positivo hay en aquellos corazones grandes, y lo encauza. *¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber? Dícnle: podemos. Mi cáliz sí que lo beberéis, pero sentaros a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde dároslo, sino que será para aquéllos a quienes lo ha destinado mi Padre*¹⁰.

Cuando ha de corregir algún defecto en sus discípulos, el Señor lo hace claramente, con fortaleza divina, pero sin apartar por un momento su cariño del corregido. A Pedro, a quien acaba de constituir fundamento de la Iglesia, le reprende duramente, porque intenta disuadirle de padecer. Y sin embargo, después de la Resurrección, cuando junto al mar de Tiberíades le pregunta por tres veces si le ama,

(8) De nuestro Padre.

(9) De nuestro Padre.

(10) Matth. XX, 22-23.

recordándole de algún modo sus tres negaciones y su desmedida presunción, le confía el gobierno de la Iglesia. *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? (...). Apacienta mis corderos (...). Apacienta mis ovejas*¹¹.

También a nosotros la caridad verdadera nos debe llevar a *aceptar a los demás como son* —*porque cada uno de nosotros tiene culpas y errores*—, *ayudándoles con la gracia de Dios y con garbo humano a superar esos defectos, para que todos podamos sostenernos a fin de llevar con dignidad el nombre de cristianos*¹².

Los defectos no hacen que Jesús rechace a sus discípulos. Los ama como son. Y hasta ofrecerá a Judas, en el momento de su traición, una nueva ocasión de arrepentimiento: *amigo, ¿a qué viniste?*¹³, le dice en el Huerto de los Olivos, invitándole una vez más a la contrición y a la enmienda.

Si procuramos ver a los demás como los ve el Señor, será más fácil acogerlos también como El. Por eso nos dice nuestro Fundador: *yo os aconsejaría, hijos, no perder nunca el punto de mira sobrenatural. Habréis visto que los tiradores, los cazadores tienen un punto de mira para seguir la pieza. Volvamos a lo de antes: pensad en la gracia que Dios Nuestro Señor nos da, para salir adelante de una manera virtuosa. Y pensad también —desde ese punto de mira sobre-*

di) Ioann. XXI, 15-17.

(12) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 56.

(13) Matth. XXVI, 50.

natural— que lo que vemos como defectos en los demás, muchas veces es defecto de nuestra visión^w.

PONEOS siempre en las circunstancias de los demás: así veréis las cosas serenamente, no os disgustaréis nunca, o pocas veces, y comprenderéis, disculparéis, y llenaréis el mundo de caridad¹⁵. Se nos pide ese amor que ordena lo confuso, compone lo desigual, perfecciona lo defectuoso¹⁶. Una caridad que cura y sana los defectos.

Todo esto exige espíritu de sacrificio, para saber estar pendientes de los demás y hacerles amable el camino. *Tu sonrisa puede ser a veces, para ti, la mejor mortificación y aun la mejor penitencia: ese alterius onera pórtate (Galat. VI, 2), aquel llevar las cargas de los demás, procurando que tu ayuda pase inadvertida, sin que te alaben, sin que nadie la vea, y así no pierda el mérito delante de Dios: para que, pasando oculto como la sal, condimentes nuestra vida en familia y contribuyas a lograr que, en nuestras casas, todo sea sobrenaturalmente amable y sabroso¹⁷.*

La desigualdad de nuestros modos de ser, la diversidad de temperamentos e inclinaciones, lejos de justificar el menor enfriamiento de nuestro cariño,

(14) De nuestro Padre.

(15) De nuestro Padre, n. 102.

(16) San Gregorio Magno, *Epístola* 5, 53.

(17) De nuestro Padre, n. 91.

es un motivo para mostrar la fuerza y el sentido sobrenatural de nuestra fraternidad; para renunciar, si es preciso, a lo nuestro —todo ese ámbito de lo personal, que frecuentemente amamos demasiado—, con una sonrisa amable, gustosa, porque *para los que aman no hay nada que sea duro, nada que sea difícil¹⁸.*

Tú, ¿cómo vives la candad?, nos pregunta a cada uno nuestro Padre. La caridad hace que nos olvidemos de nosotros mismos y pensemos en los demás. Y llega un momento en que nuestro examen diario se reduce a muy poco: Señor, no me he ocupado de mí, pensando en ti y en los demás. Con caridad no queda tiempo de buscarse a sí mismo. No hay tiempo para la soberbia. No se nos ocurren más que ocasiones de servir¹⁹.

Nuestra Madre Santa María nos quiere a todos así: sin distinciones, con amor generoso. Con el mismo amor con que amaba a su Hijo Jesús, nos quiere también a nosotros. *La Virgen Doloroso. Cuando la contemples, ve su Corazón: es una Madre con dos hijos, frente a frente: El... y tú²⁰.* Que Ella nos conceda ese amor suyo universal, capaz de cubrir todas las deficiencias de los hombres; que nos dé entrañas de compasión, y un corazón grande que sepa acoger y comprender a todos.

(18) San Jerónimo. *Epístola* 22, 40.

(19) De nuestro Padre, *Noticias* IX-58, p. 18.

(20) *Camino*, n. 506.

83.

SÁBADO

—La Obra es hogar para las almas.

—La Obra es barca para surcar el mundo. Mientras estamos en la barca, vamos seguros

—La Obra es Madre nuestra. Confianza filial.

REUNIDOS los Apóstoles con Jesús, le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dice: venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían tiempo para comer. Se marcharon, pues, en la barca a un lugar apartado ellos solos¹. El Señor, aun pidiendo a sus discípulos un trabajo intenso y esforzado, con renuncia de derechos y de privilegios, no quiere que los suyos sean como gente sin hogar, y se ocupa de facilitarles el necesario descanso en un ambiente sencillo de familia. Esa misma escena se repite en la Obra, que cuida de facilitar a sus hijos el necesario reposo.

Nuestra vocación, hijos míos, nos exige, durante toda la vida, un trabajo intenso y alegre. Y, con la gracia de Dios, estamos todos preparados para vivirlo heroicamente, siempre que lo pida el servicio de Dios y de las almas. Pero hemos de ser muy humanos —ya os he dicho que, de otra forma, no podríamos ser sobre-

(1) Ev. (Marc. VI, 30-32).

naturales— y hemos de tener muy presente que la gracia presupone la naturaleza, y que Dios Nuestro Señor sólo supe los medios humanos cuando realmente no se pueden poner, porque en su providencia ordinaria cuenta con ellos².

El Señor, que tiene entrañas paternales, no ha querido que sus hijos vivamos a la intemperie. Nuestra tarea no es una lucha solitaria, la triste pelea del desheredado, que no encuentra una mano amiga, ni oye jamás una palabra de aliento: ¿quién se fía de banda armada que salta de ciudad en ciudad? Así tampoco del hombre que no tiene hogar y duerme donde le pilla la noche³. Somos hijos y tenemos familia, lugar seguro donde reparar las fuerzas para proseguir con más ánimo el camino. Nuestro hogar, el cobijo que Dios ha dispuesto para nuestro abrigo, es la Obra, que *derrocha siempre cariño y comprensión con cada uno de sus hijos. El Opus Dei entero es un hogar: un solo hogar con un solo puchero⁴.*

La sabiduría se ha edificado su casa⁵, dice la Escritura. En nuestros hogares nos sentimos seguros y recobramos las energías, para volver con nuevo ímpetu a la lucha. En el plan que Dios ha trazado para nuestra santificación y la plena eficacia de la labor

(2) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 38.

(3) Eccl. XXXVI, 28.

(4) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 11.

(5) Prov. IX, 1.

apostólica, la presencia de nuestros hermanos juega un papel importante. De ahí que, por muchas que sean nuestras ocupaciones, hayamos de cuidar con esmero la vida en familia: aprovechar este medio que Dios nos ha dado para ayudarnos a ser santos, haciéndonos sentir el calor de un hogar.

POR TODOS los mares del mundo va dejando la Obra una estela de luz. *Duc in altum*⁶, mar adentro, es el mandato que recibimos del Señor. Y, como Pedro, fuimos obedientes a su voz, e hicimos rumbo hacia esos horizontes inmensos, donde las almas esperan redes barrederas, lanzadas a todas las aguas por nuestro afán de pescadores.

Nos sentimos seguros en esta gran nave donde cabemos todos, y estamos junto al Padre, rodeados de nuestros hermanos. El timonel la gobierna con mano firme y la dirige por aguas donde hay pesca abundante. Y como el Señor es quien nos envía y en su nombre echamos las redes, ¡cuántas nuevas vocaciones nos aguardan! Cada uno presiente ya el alborozo asombrado de los Apóstoles al retirar la red.

El pescador es hombre avezado a una brega dura; sabe que no siempre puede navegar por aguas plácidas. Habrá días en que los vientos soplen con

fuerza y las olas se encrespen y rompan contra la barca. Alguna vez el cielo azul se cubrirá de nubes, o una espesa niebla ocultará a los ojos las amplias perspectivas de otras jornadas. Puede también ocurrir que lleguen días en que ni un soplo de brisa hinche la vela y empuje la barca, y entonces el navegar se haga penoso y el avance sea lento, con fatiga y a golpe de remo. Todo esto lo sabe el pescador y lo sabemos nosotros, que conocemos por propia experiencia los estados tan distintos por que podemos pasar en ciertos momentos de la vida: horas en que sintamos el ramalazo de la tentación o en que falte luz a nuestra mirada para ver claro el camino que nos entusiasmó tantas veces; días de extraña calma, en que nuestro corazón parece insensible al atractivo de las cosas divinas...

Todo esto lo podemos sentir, pero no importa. Entonces, es la hora de afirmarnos más en la barca, donde nuestros hermanos, y el Señor mismo, nos ayudan a recobrar la serenidad y la visión sobrenatural, al preocuparse con solicitud por nuestro descanso. Nuestro Fundador ha escrito: *hay que procurar, con particular esmero, que el cuerpo responda siempre como un buen instrumento del alma y, por todos los medios, evitar que alguien pueda llegar —por las circunstancias de su trabajo o por otras causas— al agotamiento físico, que suele llevar también a la ruina psíquica y producir una falta de energías que son necesarias para la lucha interior: porque, insisto, la gra-*

(6) *Luc.* V, 4.

*cia de Dios cuenta ordinariamente con esas fuerzas naturales*⁷.

La barca no se hunde nunca. Junto al Padre y a nuestros hermanos, *cor unum et anima una*⁸, seremos dóciles; y si alguna tormenta agita la superficie de las aguas, si esos días sin brisa parecen retardar nuestra singladura, seguiremos remando, llenos de confianza. Así, no lo dudemos, llegará pronto el día en que el mar se calmará y el cielo volverá a ser azul; soplará suave la brisa que nos llevará mucho más lejos de cuanto podríamos soñar. Y a nuestros ojos volverá la luz, para ver de nuevo el camino y el Amor que nos espera.

HOGAR, barca; la Obra es todavía más, porque es Madre nuestra. Tiene corazón maternal para sus hijos, y por eso nos cuida y nos mimas con la ternura de que sólo es capaz una madre. La Obra nos quiere con amor inmenso, y el cariño y la lealtad del buen hijo son parte de nuestra correspondencia.

Tened en cuenta que, por mucho que aumentemos en número —gracias a Dios, somos ya muchos de todas las naciones, razas y lenguas—, jamás se podrá perder entre nosotros el calor de familia. Es misión de los Directores conseguirlo, porque todas las almas que se les

han confiado deben estar en su corazón; han de conocerlas una a una y comprenderlas a todas, con sus equivocaciones, con sus flaquezas, con sus errores —no son sinónimas estas palabras— y también con sus virtudes, con sus posibilidades, que han de orientar y encauzar para que respondan a lo que el Señor les pide.

*Los que gobiernan y forman a sus hermanos han de alegrarse con sus alegrías, y llorar cuando ellos lloren (cfr. Rom. XII, 15): han de ser todos carne de su misma carne, de suerte que sientan como trallazos sus dolores y experimenten el gozo de su contento, acompañándoles en el camino de la fidelidad a los deberes que lleva consigo la vocación*⁹.

Pero estas palabras de nuestro Padre debemos aplicárnoslas todos; porque en la Obra a cada uno nos compete ser, de algún modo, buen pastor para todos los demás. *No me importa repetirlo muchas veces. Cariño, lo necesitan todas las personas, y lo necesitamos también en la Obra. Esforzaos para que, sin sensiblerías, aumente siempre el afecto hacia vuestros hermanos. Cualquier cosa de otro hijo mío debe ser —¡de verdad!— muy nuestra: el día que vivamos como extraños o como indiferentes, hemos matado el Opus Dei*¹⁰.

A lo largo de nuestro camino podremos alguna vez caer y lastimarnos, o sufrir una herida mientras

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 39.

(8) *Act. IV*, 32.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 29.

(10) De nuestro Padre, *Tertulia*, octubre 1968, en *Crónica*, 1969, p. 486.

combatimos las batallas de Dios. Nada de eso, si sucediera, tendría que desconcertarnos, porque somos hombres y conocemos nuestra flaqueza. Tampoco extraña a la Obra si algo nos ocurre, y entonces, con mayor desvelo, se apresura a prestarnos ayuda y cuidados. Es natural que sea así, porque, como buena madre, su afecto se vuelca, sobre todo, en el hijo que más lo necesita, en el que está enfermo o ha sufrido daño, o en el pequeño que tiene menos fuerza. Lo único que se le pide al hijo es que acuda a su madre, y eso también es amor filial, porque es prueba de confianza.

Lo incomprensible sería que el hijo ocultara la herida o la enfermedad que padece, o buscara a escondidas un curandero que no puede sanarle. Quien obrase así no podría llamarse buen hijo, sería un loco, y su final sería triste. Los Directores nos quieren, nos comprenden. A ellos acudiremos siempre porque son el *Buen Pastor*, seguros de encontrar el remedio eficaz que nos hace falta: *mis ovejas oyen mi voz, dice el Señor; y Yo las conozco y me siguen*¹¹. Y esa confianza será la mejor prueba del cariño leal que debemos a nuestra Madre, correspondencia fiel a ese gran amor que ella nos tiene.

Madre, hogar, barca; todo esto es la Obra para nosotros. Llenos de gratitud y de amor, digámosle a Jesucristo desde lo más íntimo del corazón, con toda

(U) *Allel.* (Ioann. X, 27).

el alma: *¡Señor, con tu gracia, con la ayuda de Nuestra Madre del Cielo, yo, que me encuentro aquí, en esta gran red, en esta gran barca del Opus Dei, dejaré que las manos de los Directores me moldeen, para hacerme hermoso en tu presencia, fuerte, recio, eficaz! Para tener, de veras, en toda la vida interior y en el trabajo externo, este bullir limpio, sobrenatural, de la sangre de familia*¹².

(12) De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, noviembre 1955.

84.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

- La vida interior, necesaria para el apostolado.
- Dios nos pide espíritu de mortificación y de penitencia.
- Al hacer apostolado hay que poner también todos los medios humanos.

EN ESTE mar del mundo hay tantas, tantas almas entre la turbulencia de esas aguas... Pero oye estas palabras de Jeremías: Ecce ego mittam piscatores multos... et piscabuntur eos (Ierem. XVI, 16). He aquí, dice el Señor, que yo enviaré a muchos pescadores —entre ellos, a vosotros y a mí— y pescaré esos peces, con celo por la salvación de todas las almas, con preocupación divina¹.

Somos instrumentos vivos en las manos de Cristo, red divina que Jesús quiere utilizar para atraer muchas almas a Sí. Como los Apóstoles hace veinte siglos, también nosotros estamos en la barca de Jesucristo; y, como entonces, también junto a nosotros se agolpan las gentes ansiosas de oír la palabra de Dios². Así nos lo hacía considerar nuestro Padre, espoleando nuestro afán apostólico. *¡Hola, ésta es una gran labor: pescar! Los hombres están nadando en unas aguas muy amargas, en medio de olas*

grandes; la gente vive entre tormentas, en una vida triste, aun cuando parece que tienen alegría, aun cuando hagan mucho ruido: son carcajadas que quieren encubrir su tristeza, su amargura sin caridad y sin comprensión... Y nosotros tenemos que ir a meterlos en la red divina y hacer que se amen. A cada uno de nosotros nos ha dicho Jesús: ¡Eh, que la muchedumbre es vuestra, porque es mía! ¡A pescar! ¡Señor, que hay muchos peligros...! ¡Que no responden, que no oyen, que no vienen, que no se mueven! Venite post me et faciam vos fieri piscatores hominum (Matth. IV, 19) K

Para colmar las ansias de doctrina de tantas almas, hemos sido llamados por nuestro nombre al apostolado; y para que ese apostolado sea eficaz, para que la palabra de Dios fructifique en nuestros labios, necesitamos el toque divino de la vida interior, que le da fuerza.

Este es el ejemplo de Jesucristo que meditamos hoy. El Señor, que estaba predicando a la multitud en la ribera del lago de Genesaret, *se sube a la barca y la manda separar un poco de la orilla. ¡Cuántas veces os he dicho que estamos en la barca de Pedro con Jesús, pero separados un poquito de la muchedumbre! para hacerse oír mejor de las gentes, y para evitar el atropello. Esto lo lograremos con nuestra vida interior. Mientras cumplimos nuestras Normas, estamos metidos*

(1) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

(2) Ev. (Luc. V, 1).

(3) De nuestro Padre, Meditación, 16-IV-1954.

en el mundo y, al mismo tiempo, de alguna manera separados y unidísimos⁴. La vida interior, vida de almas contemplativas, es imprescindible para el apostolado; y los medios de formación que la Obra pone a nuestro alcance son cimiento indispensable para edificar la labor apostólica. En el recogimiento de la oración atesoramos la palabra de Dios que los hombres esperan; de esta sobreabundancia se colmarán también ellos.

*Rezar: ése es el camino*⁵, afirmaba siempre nuestro Padre. *La oración, hijos, es el fundamento de toda labor sobrenatural (...). ¿Qué han hecho, hijo mío, todos los santos? Pienso que no ha habido uno solo sin oración; ninguno ha llegado a los altares sin que haya sido alma de oración*⁶.

JESÚS se ha apartado de la orilla y, desde la barca de Simón, ha predicado a la muchedumbre. Luego, *acabada' la plática, dijo a Simón: guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*⁷. El Señor ordena a los Apóstoles, que han pasado toda una noche sobre el mar encrespado de Galilea, que vuelvan a hundir sus redes en el agua. Y la voz de Pedro, cansada, se eleva sobre el rumor de las olas: *Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada*

*hemos cogido*⁸. Acude a su pensamiento el recuerdo de la noche pasada, cuando, por más que se esforzaron jalando las redes, bregando con los remos, nada lograron pescar.

Una noche de fatiga inútil. Y ahora Jesús les dice que vuelvan a echar las redes. El cansancio y el desánimo nublan el alma de Pedro; pero ante la mirada segura de Jesús se rinde: *fiado en tu palabra, echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía*⁹.

Es preciso ser almas mortificadas, superar el cansancio y las dificultades. Jesús espera que, como Pedro, escuchemos su voz para producir en nosotros frutos espléndidos de apostolado. La labor apostólica exige renuncia personal, entrega sacrificada, holocausto propio. *Al considerar la hermosura, la grandeza y la eficacia de la tarea apostólica* —escribía nuestro Padre—, *aseguras que llega a dolerte la cabeza, pensando en el camino que queda por recorrer —¡cuántas almas esperan!—; y te sientes felicísimo, ofreciéndote a Jesús por esclavo suyo. Tienes ansias de Cruz y de dolor y de Amor y de almas. Sin querer, en movimiento instintivo —que es Amor—, extiendes los brazos y abres las palmas, para que te cosa a su Cruz bendita: para ser su esclavo —"serviam!"—, que es reinar*¹⁰.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 4-II-1962.

(5) De nuestro Padre.

(6) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

(7) *Ev. (Luc. V, 4)*.

(8) *Ibid. (Luc. V, 5)*.

(9) *Ibid. (Luc. V, 5 y 6)*.

(10) *Forja*, n. 1027.

Hemos de ser mortificados, almas de penitencia. Y esa mortificación ha de ponerse de manifiesto en la deportividad con que superamos las dificultades, el cansancio, la fatiga de toda acción apostólica. *Son muchos los que andan —de ellos os he hablado frecuentemente y ahora lo hago llorando— como enemigos de la Cruz de Cristo*". Nosotros, al contrario, queremos morir por la mortificación para dar fruto: *en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto*¹².

*La mortificación es premisa necesaria para todo apostolado, y para la perfecta ejecución de cada apostolado*ⁿ.

CON LOS medios sobrenaturales —oración y penitencia— el Señor quiere que pongamos en juego todos los talentos que El nos ha dado. Como los Apóstoles, hemos de preparar nuestras redes, esos instrumentos personales de apostolado con los que Dios quiere que realicemos una pesca divina: el prestigio profesional, que es nuestro *anzuelo de pescador de hombres*¹⁴; la simpatía y el buen humor, que anima a las almas a seguir a Jesucristo: *caras largas..., modales bruscos..., facha ridícula..., aire an-*

(11) *Philip.* III, 18.

(12) *Ioann.* XII, 24.

(13) *Forja*, n. 407.

(14) *Camino*, n. 372.

*tipático: ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo?*¹⁵; el don de gentes, que sabe atraer y entusiasmar a los que nos rodean: *me han dicho que tienes "gracia", "gancho", para atraer almas a tu camino. Agradécele a Dios ese don: ¡ser instrumento para buscar instrumentos!*¹⁶.

Las virtudes humanas son muy importantes para que nuestra labor de almas dé fruto. Los Apóstoles fueron dóciles, pacientes, perseverantes; y gracias a esas virtudes vieron llenas sus redes. Si nosotros sabemos actuar así, llegarán muchas almas a la barca de Cristo *heridas de amor, de compunción, de entrega, de deseos de entrega al menos*".

Amistad sincera, perseverancia, simpatía y buen humor...: un conjunto de virtudes —redes que siempre hay que tener a punto— que, vividas día a día y fundamentadas en la oración y en la mortificación, harán fecunda nuestra pesca. Si vamos al apostolado con este espíritu, se verá recompensado nuestro esfuerzo.

Acudamos a la Virgen, *Regina Apostolorum*. Ella hará que nuestro apostolado sea siempre fecundo, por el sacrificio y por el esfuerzo con que correspondemos a la gracia, como instrumentos de Dios.

(15) *Camino*, n. 661.

(16) *Camino*, n. 803.

(17) De nuestro Padre, *Crónica VII-62*, p. 55.

85.

LUNES

—Cristo nos ha buscado, llamándonos por nuestro nombre, como a los Apóstoles.

—La vocación exige una respuesta continuada.

—Generosidad en la correspondencia a estas gracias.

DESDE su llegada al lago de Genesaret, se puede advertir en Jesús un propósito claro: buscar a las personas que había de vincular a su labor. *Las gentes se agolpaban en torno suyo, ansiosas de escuchar la palabra de Dios* K Y el Señor, dirigiéndose a la barca de Pedro, le pidió su colaboración para hablar a la multitud. Después de la predicación, Jesús mandó a Simón que bogase mar adentro y lanzase las redes para pescar. Y ante el gran prodigio de la pesca milagrosa, Pedro se arrojó confuso a los pies de Jesús. El Señor lo tranquilizó con una promesa: *no temas. En adelante serás pescador de hombres* ². Y añade el evangelista, como significando que esta decisión fue más profunda y total que las anteriores, que *atrancando a tierra las barcas lo dejaron todo y le siguieron* ³.

Es un pasaje del Evangelio que se ha repetido también en nuestra vida. Como a Pedro, el Señor vino a buscarnos en medio de nuestro trabajo. La llamada de

(1) *Dom. praec.*, Ev. (C) (*Luc.* V, 1).

(2) *Ibid.*, 10.

(3) *Ibid.*, 11.

Cristo fue como una sacudida, un gesto lleno de imperio, que daría cauce a todos los anhelos de nuestro corazón. Eramos jóvenes quizá, con toda una vida por delante, como Juan y Santiago; o curtidos ya en la lucha por la vida, como Simón y Mateo. Nos dimos cuenta entonces de que íbamos a recorrer un largo camino, a vivir una vida nueva, *mar adentro**, una aventura divina.

Con una de aquellas frases que le eran habituales, el Señor recordaba la necesidad de acoger su palabra con espíritu joven, con deseos de renovación: *no se echa vino nuevo en cueros viejos (...), sino que se echa en cueros nuevos* ⁵; pues, al igual que la fermentación del vino hace estallar los recipientes envejecidos y usados, así también el espíritu del Evangelio tenía que quebrar —quebrará siempre— prejuicios y compromisos, rutina y comodidad. Todos los Apóstoles recordarán estos primeros días transcurridos junto a Jesús como el principio de su verdadera vida. Incluso el más joven de todos, *cuando más tarde —a la vuelta de los años— relata su divina aventura, aquella parte del Evangelio tiene el candor y el perfume de un diario afectuoso* —hora autem erat quasi decima (Ioann. I, 39), *eran las cuatro de la tarde, escribe—, recordando el instante preciso, en el que vi- dens eos sequentes se* (Ioann. I, 38), *viendo Jesús que le seguían, les invitó a acompañarle* ⁶.

(4) *Ibid.*, 4.

(5) *Matth.* IX, 17.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 13.

LOS APOSTÓLES fueron respondiendo, uno a uno, a la precisa llamada que Dios les dirigía. Se daban cita todas las relaciones posibles: parentesco, amistad, profesión; y de todas se valía el Señor para que atendieran su invitación. Sin embargo, con la inicial respuesta generosa no estaba hecho todo. En realidad apenas comenzaba lo más importante: la paulatina incorporación a Cristo hasta fundirse en El. Y ésta es una tarea de todos los días. *Nuestra vida es sencilla, ordinaria* —dice nuestro Padre—, *pero si la vivís conforme a las exigencias de nuestro espíritu será a la vez heroica. No es nunca la santidad cosa mediocre, y no nos ha llamado el Señor para hacer más fácil, menos heroico, el caminar hacia El*⁷.

La llamada que un día recibimos no es un eco lejano que se pierde en el recuerdo. Cada día debemos buscar el mejor modo de servir al Señor, estar con el espíritu tenso para descubrir su Voluntad detrás de cada suceso. Ahí nos espera el Señor, ahí está nuestra llamada, la correspondencia a la vocación. *Si hacer todos los días las mismas cosas puede parecer chato, plano, sin alicientes, es porque falta amor. Cuando hay amor, cada nuevo día tiene otro color, otra vibración, otra armonía*⁸.

El llamamiento de Cristo exige una respuesta continuada, penetrar cada vez con luces más claras en lo que el Señor quiere de nosotros, en la grandeza y exigencias de nuestro camino. Por eso no podemos

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 19.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIM930, n. 19.

dar cabida a la rutina; no podemos dejar que nuestra ilusión por seguir a Cristo pierda la frescura de la primera hora; no puede haber monotonía en esa aventura divina. Si la hubiera, sería señal de que nos hemos detenido en el camino. Tenemos que estrenar la vocación cada día, despertar en nuestra alma un afán joven, para llegar a vivirla plenamente. *La entrega de cada uno de nosotros fue don de sí mismo, generoso y desprendido; porque conservamos esa entrega, la fidelidad es una donación continuada: un amor, una liberalidad, un desasimiento que perdura, y no simple resultado de la inercia. Dice Santo Tomás: eiusdem est autem aliquid constituere, et constitutum conservare* (S. Th. //-//, q. 79, a. 1 c). *Lo mismo que dio origen a tu entrega, hijo mío, habrá de conservarla*⁹.

*HIJOS de mi alma: os encontráis aquí, en la Obra, porque el Señor ha puesto en vuestro corazón el deseo limpio y generoso de servir; un celo verdadero, que hace que estéis dispuestos a todo sacrificio, trabajando silenciosamente por la Iglesia sin buscar ninguna recompensa humana. Llenaos de esas nobles ambiciones; reforzad en vuestro corazón esta disposición santa, porque el trabajo es inmenso*¹⁰.

Si en algún momento se insinúa en nuestra alma la tentación de conformarnos con la labor ya hecha,

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24JII-1931, n. 12.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 85.

debemos pedir a Dios, Señor Nuestro, que aumente nuestra ansia de servir, porque messis quidem multa, operarii autem pauci (Matth. IX, 37); porque los obreros son pocos, y mucha la mies: no tiene orillas el mar de la labor apostólica, y ¡hay en el mundo tan pocas almas que quieran servir! Considerad qué pasaría si los que queremos servir no nos entregáramos del todo".

No podemos dar largas a las exigencias de la labor apostólica. Tenemos que sentir toda la urgencia y todo el peso de lo que el Señor nos pide. *Hijos míos* —nos dice el Padre—, *la vida nuestra es corta, tenemos poco tiempo para vivir en la tierra, que es cuando podemos hacer a Dios este servicio. Dice el poeta: al brillar un relámpago nacemos, y aún dura su fulgor cuando morimos, ¡tan corto es el vivir! Mejor lo escribe el Salmista: homo sicut foenum dies eius, tamquam flos agri, sic effloreat (Ps. CII, 15); el hombre, cuyos días son como el heno, florecerá como la flor del campo, que nace con el primer beso del sol y por la noche se marchita. Por eso nos dice San Pablo: tempus breve est (I Cor. VII, 29), ¡no tenemos casi tiempo!*¹².

Acudamos a la Virgen para que ponga en nuestro corazón un impulso generoso. *Aquí estoy, decidido a que esta vez no pase el tiempo como el agua sobre las piedras, sin dejar rastro. Yo me dejaré empa-
par, transformar: voy derecho a mi entrega*¹³.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 85.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 85.

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-II-1952.

86.

MARTES

—Pedro y los demás Apóstoles trabajaron una noche entera por cuenta propia, y no pescaron nada.

—Para que el apostolado sea eficaz, hemos de trabajar unidos a Cristo: obedecer.

—Conviene que nos examinemos sobre este aspecto de nuestra labor apostólica.

CUANDO Jesús, que ha subido a la barca de Pedro, le pide que guíe su nave mar adentro y lance las redes para pescar, Pedro responde: *Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos cogido*¹. *Con estas palabras, los Apóstoles reconocen su impotencia: en una noche entera de trabajo no han podido pescar ni siquiera un pez. Y así tú, y así yo, pobres hombres, soberbios. Cuando queremos trabajar solos, haciendo nuestra voluntad, guiados exclusivamente por nuestro propio juicio, el fruto se llama infecundidad*².

De nada serviría trabajar durante toda la vida por hacer algo bueno, si no contásemos con el Señor. Hasta lo más valioso de nuestra conducta quedaría estéril, inútil, si prescindieramos del deseo de cumplir la voluntad de Dios: *Dios no necesita de nuestros trabajos, sino de nuestra obediencia*³. Por eso com-

(1) *Dom. praec. Ev. (C) (Luc. V, 5).*

(2) De nuestro Padre, *Meditación Con la docilidad del barro*, noviembre de 1955.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 56, 5.

prendemos bien las palabras de nuestro Padre: si no *rindes tu juicio, si eres soberbio, si no te entregas del todo, si haces tu apostolado, trabajarás durante toda la noche —toda la vida será una noche— y al final amanecerás con las redes vacías*⁴.

Pero Pedro sabe prescindir del propio juicio y obedecer el mandato de Cristo. Y sus redes —dóci-les al imperio divino— *recogieron tan grande cantidad de peces que se rompían, por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que viniesen y les ayudaran. Vinieron enseguida y llenaron tanto las dos barcas, que poco faltó para que se hundiesen*⁵. La humildad, la obediencia, llenaron la red de fruto.

EL SEÑOR se ha metido en la barca y ordena a sus discípulos que echen de nuevo las redes. Pedro no se resiste; confía en la palabra de Cristo, se apoya en su mandato para hacer exactamente lo mismo que durante la noche anterior. Pero ahora hay un espíritu nuevo, una ilusión que antes no tenía. Ahora está con el Señor, ahora Jesucristo se ha metido en su barca. No actúa ya por sí y para sí: es Dios quien obra a través de un instrumento dócil. Ya no cuenta sólo con sus propias fuerzas: se apoya en la palabra

(4) De nuestro Padre.

(5) *Dom. praec. Ev. (C) (Luc. V, 6-7).*

del Maestro: *in verbo autem tuo laxabo rete*⁶, fiado en tu palabra, echaré la red.

Con la seguridad de trabajar ahora para Jesucristo, Pedro volvió la red al agua y pescaron "*pis-cium multitudinem copiosam*" —una gran cantidad de peces. —*Créeme: el milagro se repite cada día*⁷.

Hemos de revivir esta escena evangélica, y ver si realizamos la labor apostólica bien unidos a Cristo, por la obediencia a los Directores. Quizá en alguna ocasión tengamos que reconocer: *no he hecho más que tonterías. He hecho lo que está en las manos de una pobre criatura, y he perdido el tiempo. Praeceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus* (Luc. V, 5). *Si hemos estado trabajando por nuestra cuenta, como algunas personas hacen por ahí sin la unidad de la Iglesia, ¿qué eficacia va a tener ese apostolado? Nosotros, por nuestra cuenta, no hemos podido hacer nada. Pero hemos de seguir oyendo: in verbo autem tuo laxabo rete* (Ibid.). *En el nombre de Dios, lanzaré la red. ¡Qué bonita cosa para rectificar toda una vida, cuando se ha hecho, por cualquier motivo, un apostolado por cuenta propia!*⁸.

Si trabajamos con rectitud de intención, buscando solamente la gloria de Dios, bien unidos a Jesucristo, la eficacia de nuestro apostolado no se hará esperar. *¡Cuánto bien y cuánto mal puedes hacer!*

(6) *Ibid.*, 5.

(7) *Camino*, n. 629.

(8) De nuestro Padre, Crónica V-61, p. 63.

Bien, si eres humilde y te sabes entregar con alegría y con espíritu de sacrificio; bien para ti y para tus hermanos, para la Iglesia, para esta Madre buena, la Obra. Y cuánto mal, si te guías por tu soberbia. Tendrás que decir: nihil cepimus (Luc. V, 5), ¡nada he podido lograr!, en la noche, en plena oscuridad⁹.

In verbo autem tuo laxabo rete (Luc. V, 5): *en tu nombre, porque Tú lo quieres; dile esto, hijo mío, que vas a trabajar por Cristo: el fruto será de maravilla¹⁰.*

JESÚS dijo a Simón: no temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejaron todas las cosas y le siguieron¹¹. Cuando oímos la voz de Cristo por boca de nuestros Directores, lo dejamos todo —comodidad, proyectos personales, falsas prudencias— y hacemos el apostolado como nos indican: sólo así nuestras redes se llenarán de peces para Cristo.

Debemos examinarnos frecuentemente sobre nuestra obediencia en el apostolado y en el proselitismo. A veces puede ocurrir que atribuyamos la posible ineficacia a las dificultades del ambiente, o a las características personales de los amigos que intentamos atraer a Cristo; pero sabemos que no hay *obstáculo que no vencamos en nuestras empresas de*

apostolado¹². Es cuestión de seguir las indicaciones concretas que nos dan, y para eso necesitamos, en primer término, enterarnos de los que nos dicen. *Para obedecer* —predicaba nuestro Padre—, es preciso *escuchar*. *¡Si vierais qué pena da mandar a almas buenas que no saben obedecer...! Quizá es una persona encantadora, muy santa, pero llega el momento de obedecer, ¡y no! ¿Por qué? Porque a veces hay quienes tienen el defecto casi físico de no escuchar; tienen tan buena voluntad, que mientras escuchan, están pensando en el modo de hacerlo de otra manera, en cómo desobedecer. No, hijos; se exponen las posibilidades contrarias, si las hay; se dicen las cosas con claridad, y después se obedece, estando dispuestos a seguir rendidamente la solución opuesta a nuestro consejo¹³.*

Lo vemos en el pasaje evangélico que estamos considerando durante estos días. Se aparejan de nuevo las redes y, guiados por la palabra del Señor, los Apóstoles, a las órdenes de Pedro, patrón de la barca, las echan de nuevo en las aguas del lago. Y tanto pesan las redes, que hacen casi zozobrar la barca: *¡llena, llena se manifiesta la mar, y han de venir las otras naves a ayudar, a recoger aquella cantidad de peces! ¿Lo ves? Si tú reconoces tu nulidad y tu ineficacia; si tú, en lugar de fiarte del propio juicio, te dejas guiar, no sólo te llenarás de maravillosos frutos, sino*

(9) De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, noviembre de 1955.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 25-VI-1958.

(11) *Dom. praec.*, Ev. (C) (Luc. V, 10-11).

(12) *Camino*, n. 317.

(13) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

que, además, de la abundancia tuya tendrán también abundancia los otros".

Saltan los peces vivos en las mallas que se tienen entre las barcas, y brillan al primer sol: frutos de la obediencia. *Y ellos, los Apóstoles de Jesucristo, que habían trabajado toda la noche en vano, tuvieron piscium multitudinem copiosam* (Luc. V, 6), *una gran cantidad de peces*¹⁵.

Acabemos nuestra oración haciendo el propósito de obedecer en el apostolado con más amor, con más fe, con más esperanza. Solamente entonces seremos del todo eficaces. Es el consejo que nos da la Virgen, que es la Reina de los Apóstoles: *haced lo que El os diga*¹⁶.

(14) De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, noviembre de 1955.

(15) De nuestro Padre, Crónica V-61, p. 63.

(16) *Ioann.* II, 5.

87.

MIÉRCOLES

—En el Bautismo obtenemos el perdón de nuestros pecados y el don de la gracia.

—Por la Confirmación recibimos la plenitud del Espíritu Santo.

—Nuestra participación en el triple oficio de Jesucristo: Rey, Sacerdote, Maestro.

EN EL Oficio divino de hoy, la Iglesia invita a considerar la regeneración espiritual obrada en nosotros por Jesucristo: *todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo. Ya no hay distinción de judío ni griego; ni de siervo o libre. Todos sois una cosa en Jesucristo* \

En las aguas del Bautismo tiene lugar esa muerte al pecado y esa resurrección a una vida nueva. *Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo —dice San Pablo—, lo hemos sido en su muerte. Porque en el Bautismo hemos sido sepultados con El, muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos vida nueva; pues si fuimos in-jertados en El por medio de la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección*². En

(1) *Ad off. lect., L. I, R. br.* (Galat. III, 27-28).

(2) *Rom.* VI, 3-5.

su infinita bondad, Dios Nuestro Señor ha querido darnos este sacramento, que es *precio de redención por los cautivos, perdón de la deuda, muerte al pecado, regeneración del alma, vestidura llena de luz, sello que no se puede romper, vehículo que nos conduce al Cielo*³.

En el Bautismo nos unimos a la Muerte y Resurrección del Señor, de un modo misterioso, y se nos aplican sus frutos: el cuerpo es sumergido en el agua para que el alma quede limpia de todas sus faltas. Esa muerte al pecado, simbolizada en la ablución bautismal, viste el alma de gracia, la purifica a los ojos de Dios, y produce en ella una verdadera regeneración espiritual, un nuevo nacimiento que libra al hombre de las culpas de los pecados y de las penas merecidas por ellos.

En el Sacramento del Bautismo —predicaba nuestro Padre— toma posesión de nuestras almas el Espíritu Santo, y comienza a actuar con su gracia. Nos da las virtudes infusas, aquéllas que llamamos teologales: la fe, la esperanza, la caridad. Son virtudes que no podemos adquirir con nuestro esfuerzo personal, con nuestro talento o con nuestra buena disposición. Nos las tiene que dar Dios Nuestro Señor. Y nos las concede generosamente, gratuitamente, porque nos quiere. Por eso, es muy conveniente llevar a los niños cuanto antes a recibir el Santo Bautismo. Porque en este sa-

*cramento, el Espíritu Santo se mete en el alma de la criatura, y empieza a obrar en ella, a concederle esos dones, esas virtudes y tantas gracias más*⁴.

Por medio de la gracia nacemos a la vida sobrenatural, y por obra de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, infundidos en el alma, nuestras acciones adquieren un valor casi divino. Además, por el carácter —sello indeleble que recibe el alma— *los fieles quedan destinados al culto de la religión cristiana*⁵, participan del triple oficio —Rey, Sacerdote, Maestro— de Jesucristo, que nos capacita para reinar con señorío divino sobre el mundo, para santificar las realidades humanas, para enseñar a todos los hombres la verdad de Dios.

Por el Bautismo somos elevados a la dignidad altísima de hijos de Dios. *¡Feliz sacramento de nuestra agua —exclama Tertuliano— por el que, habiendo sido lavados nuestros delitos, somos liberados de la primitiva ceguera y conducidos a la vida eterna!*⁶.

EL HOMBRE nace y se desarrolla naturalmente hasta llegar a la madurez, al pleno uso de sus facultades. Algo análogo ocurre en el orden de la gracia: *así como es claro que la vida del cuerpo requiere generación, con la que el hombre la recibe; y crecimen-*

(4) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 663.

(5) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

(6) Tertuliano, *De baptismo* I.

(3) San Basilio, *Homilía* 13, 5.

to, con el que la lleva a su plenitud (...), así también convino a la vida espiritual que hubiera Bautismo, que es una espiritual generación, y Confirmación, que es crecimiento espiritual⁷.

El Bautismo nos había dado la fuerza del Espíritu Santo: la posibilidad de obrar sobrenaturalmente. La Confirmación refuerza esa capacidad y favorece su ejercicio actual. Por este sacramento, dice el Concilio Vaticano II, los cristianos *se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con la fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo*⁸. La Confirmación imprime carácter en el alma, igual que el Bautismo, y facilita el ejercicio de la función sacerdotal, real y profética.

La Confirmación significa y causa la mayoría de edad del alma en el fiel incorporado a Jesucristo. Por la imposición de las manos, el cristiano recibe la plenitud del Espíritu Santo, la fuerza y el poder divinos para ser *buen soldado de Cristo Jesús*⁹. El aceite con que fuimos ungidos expresa nuestra disposición de entrar en combate, como los antiguos atletas ungían sus cuerpos para la lucha. Y, en efecto, por este sacramento el alma recibe la gracia específica para *proclamar y defender la fe de Cristo públicamente*

(7) Santo Tomás, S. Th. III, q. 73, a. 1 c.

(8) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

(9) II Tim. II, 3.

por medio de las propias palabras¹⁰: da la valentía y la grandeza de ánimo para ser adalid de la fe y para llegar —con la gracia divina— si fuera preciso, hasta el martirio.

Muy necesaria es la fortaleza al cristiano, que debe vivir y santificarse en esa palestra del mundo donde Dios le ha puesto. Por eso, en este sacramento, *la Tradición unánimemente ha visto siempre un robustecimiento de la vida espiritual, una efusión callada y fecunda del Espíritu Santo, para que, fortalecida sobrenaturalmente, pueda el alma luchar —miles Christi, como soldado de Cristo— en esa batalla interior contra el egoísmo y la concupiscencia*¹¹.

La Confirmación, fuerza de Dios, nos da ánimos para vencer siempre en esta hermosa guerra de paz, para extender el reinado de Cristo sobre la tierra.

EL APÓSTOL es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corregirlos con su oración y su expiación.

El cristiano dispuesto a servir es guía, maestro y

(10) Santo Tomás, S. Th. III, q. 72, a. 5 ad 2.

(11) £5 Cristo que pasa, n. 78.

*sacerdote de sus hermanos los hombres, siendo para ellos otro Cristo, alter Christus, o mejor, como os suelo decir, ipse Christus*¹².

Es guía, porque al ser partícipe de la realeza de su Señor —*munus regale*—, ha sido destinado a dominar el mundo y las realidades terrenas para conducir las a Dios, sirviendo a los demás a imitación de Cristo. Mediante este servicio, el cristiano debe implantar con suavidad y señorío el Reino de Jesucristo en la tierra.

El cristiano es también maestro, porque participa del Magisterio de Cristo —*munus propheticum*— y ha sido enviado por Dios para ser vivo testimonio de la doctrina, para enseñar —con su palabra y con su ejemplo— las verdades necesarias para alcanzar la salvación.

El cristiano es, en fin, sacerdote de sus hermanos los hombres, pues por el Bautismo y la Confirmación ha sido revestido de esa alta dignidad: ser mediador entre las criaturas y el Creador, según aquellas palabras de San Pedro: *vosotros sois linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquél que os sacó de las tinieblas a su luz admirable*¹³; un sacerdocio, esencialmente distinto del sacerdocio ministerial, que nos mueve a ofrecer a Dios

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 86.

(13) I *Petr.* II, 9.

nuestro cuerpo y nuestra alma como *hostia viva, santa y agradable a sus ojos*¹⁴.

Grande es la dignidad del cristiano: *recibiste el sello espiritual* —dice San Ambrosio—, *el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de virtud, el espíritu de ciencia y de piedad, el espíritu de temor santo: guarda, pues, lo que recibiste. Te signó Dios Padre, te confirmó Cristo Señor, y el mismo Espíritu se dio en prenda a tu corazón*¹⁵. Para corresponder a esta muestra de amor divino, hemos de poner en ejercicio todas nuestras potencias, y hacer fructificar esos dones con que el Señor ha querido adornarnos. El sacerdocio espiritual de que estamos revestidos exige que ofrezcamos a Dios víctimas espirituales —primero, nosotros mismos— en unión al sacrificio perfecto del Altar. Con entrega personal hemos de imitar a Cristo Maestro, y hacer con ilusión el apostolado de la doctrina; y, con desapego de los bienes terrenos, poniendo el corazón en el Señor, lucharemos por llevar a Cristo Rey a la cumbre de todas las actividades humanas y conducir a El todas las cosas.

Abundante es el pecado en el mundo, pero más abundante es la reparación que queremos ofrecer a Dios con Jesucristo. Si invocamos a la Virgen, nos obtendrá de su Hijo la gracia y la fortaleza necesarias para cumplir con fidelidad nuestra misión de cristianos.

(14) *Rom.* XII, 1.

(15) San Ambrosio, *De mysteriis* 7, 42.

88.

JUEVES

—Nuestra labor personal es siempre parte de una misión universal.

—El apostolado del Opus Dei no conoce fronteras.

—Unidad en la fe católica y en el espíritu de la Obra.

EN SU recorrido por los caminos de Galilea, predicando y sanando enfermos, llegó el Señor muy al Norte, hasta los términos del país de Tiro y Sidón. *Y habiendo entrado en una casa deseaba que nadie lo supiera, pero no pudo permanecer oculto. Al punto, en cuanto oyó hablar de El, una mujer —cuya hija tenía un espíritu inmundo— entró y se echó a sus pies. La mujer era griega, sirofenicia de origen. Y le rogaba que expulsara de su hija al demonio¹. Y como la mujer insistiera y los discípulos intercediesen en su favor, el Señor le dijo: Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel². Lo cual no quiere decir, comenta San Jerónimo, que no haya sido enviado a los gentiles, sino que primero lo fue a Israel³.*

La misión del Mesías —la salvación de la humanidad entera— es universal. Aunque la vida de Jesucristo se desarrolló en una pequeña porción

de la tierra y en un tiempo determinado, con su muerte ganó la salud para todos los hombres, de todas las razas, de todos los siglos. *Ya no hay distinción* —escribía el Apóstol— *de gentil y judío, de circunciso y no circunciso, de bárbaro y escita, de esclavo y libre, sino que Cristo es todo, y está en todos⁴*. El pueblo judío era depositario de la promesa de redención, pero Cristo abarca con su poder y mirada a todas las naciones: *todas las almas son mías⁵*, dice el Señor.

Imitando a Jesucristo, hemos de tener un corazón grande, capaz de vibrar por la salvación de todas las almas y de amar a todos hasta el sacrificio. *Debeís sentir sobre vuestros hombros—recordando aquella imagen del Buen Pastor que aparece en las catacumbas— el peso de esa oveja, que no es un alma sola, sino la Iglesia entera, la humanidad entera⁶*, nos dice nuestro Padre, porque *quiso el Señor desde el primer momento que su Obra tuviese entraña católica, universal⁷*. Por eso, si cada uno dentro del Opus Dei tiene una labor y un puesto concreto que atender, no puede nunca empequeñecerse en los límites de su situación y de su encargo apostólico concreto, sino considerar siempre su tarea como parte de una misión universal.

(1) Ev. (Marc. VII, 24-26).

(2) Matth. XV, 24.

(3) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium* 15, 2.

(4) Colos. III, 11.

(5) Eiech. XVIII, 4.

(6) *Amigos de Dios*, n. 156.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 1.

EN ESTA aspiración universal nos asiste el Espíritu Santo, dándonos el amor auténtico de los hijos de Dios. Y así *nos encontramos con fuerzas para amar a la humanidad de un modo nuevo, que todos advertirán como fruto de la gracia de Cristo. Nuestro amor no se confunde con una postura sentimental, tampoco con la simple camaradería, ni con el poco claro afán de ayudar a los otros para demostrarnos a nosotros mismos que somos superiores. Es convivir con el prójimo, venerar —insisto— la imagen de Dios que hay en cada hombre, procurando que también él la contemple, para que sepa dirigirse a Cristo.*

Universalidad de la caridad significa, por eso, universalidad del apostolado; traducción en obras y de verdad, por nuestra parte, del gran empeño de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. //, 4)⁸.

La misión de la Iglesia, la misión de los cristianos, abarca a todos los pueblos. Ser católico obliga a ensanchar el corazón, más allá de los límites de nación, de raza o de grupo. *Vuestra caridad ha de ser amplia, universal: habéis de vivir de cara a la humanidad entera, pensando en todas las almas de todo el mundo. Esa actitud os llevará a rezar por todos y, en la medida de vuestras posibilidades, a ayudar a todos⁹.*

(8) *Amigos de Dios*, n. 230.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 28.

Nos lo recuerda la escena del Evangelio que hoy leemos en la Misa. A la petición de aquella mujer que no pertenecía al pueblo de Israel, el Señor contesta con unas palabras duras en apariencia, pero que dejan entrever su Corazón abierto a las necesidades de todos los hombres: *deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos. Ella respondió diciendo: Señor, también los perrillos comen debajo de la mesa las migajas de los hijos. Y le dijo: por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija¹⁰.*

Es una verdad de la que han de convencerse todos los que trabajan en nombre de Cristo: *Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación, el que le teme y obra bien, merece su agrado*". No pueden alzarse barreras ante la Voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres gocen de su Amor. Por eso repetimos cada día: *ut omnes unum sint¹²*, que todos sean una misma cosa, sea cualquiera la nación o cultura a que pertenezcan. Todos pueden alabar a Dios Padre, Creador de todos los hombres; a Cristo, que murió por todos y redimió a los hombres de *todas las tribus y lenguas y naciones¹³*, y a Dios Espíritu Santo, que ha venido a llenar la tierra entera de la gracia divina.

(10) *Ev.* (Marc. VII, 27-29).

(11) *Acl.* X, 34-35.

(12) *Ioann.* XVII, 21.

(13) *Apoc.* V, 9.

*DONDE está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios está la Iglesia y la comunidad de gracia*¹⁴. Tarea nuestra será fomentar esa unidad en medio de la diversidad: la universalidad que Dios ha querido para su Iglesia. *Tendremos que luchar hasta lograr en lo posible la unidad de los católicos de todo el mundo, para que haya un común denominador, a fin de que así lleguemos a la extensión del Reino de Cristo*¹⁵.

Un común denominador, que es la fe y la moral que enseña la Iglesia en nombre del Señor. Nunca podremos prescindir de esa doctrina, con el pretexto de que no se adapta a las circunstancias de un país o de un tiempo. Pero todo lo demás —costumbres, modos de vida, opiniones en lo temporal— ha de ser numerador, que no estorba a la unidad de los cristianos. *A todo cristiano se debería poder aplicar el apelativo que se usó en los comienzos: portador de Dios (San Ignacio de Antioquía). Obrad de tal modo que se pueda aplicar con verdad a vosotros ese admirable calificativo.*

*Portadores de Dios, no porque uséis en vano su nombre, sino porque se manifieste en vuestra conducta: en la fidelidad a la doctrina y a la moral católicas, en la seriedad con que desempeñáis vuestras tareas humanas, en la caridad con que tratáis a todos. Así seréis buenos servidores de Dios y de la Iglesia*¹⁶.

(14) San Ireneo, *Adversus haereses* III, 24, 1.

(15) De nuestro Padre, *Meditación*, 12-IV-1954.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 30.

Un común denominador, que para nosotros en la Obra ha de incluir nuestro espíritu específico, tal como Dios lo ha querido, de manera que al hacer apostolado, sean cuales fueren el país o las circunstancias, no podremos prescindir de los modos de santificarnos y de desarrollar la labor que nuestro Fundador nos señaló desde el principio como inmutables. Pero a la vez, en todo lo demás, hemos de acomodarnos al lugar y al tiempo en que Dios ha querido que trabajemos.

*A los extranjeros allegados al Señor para servirle y amar su nombre, para ser sus servidores (...), Yo los llevaré al monte de mi santidad, y los recrearé en mi casa de oración, porque mi casa será llamada casa de oración por todos los pueblos*¹⁷. La promesa de Dios, día a día, se está cumpliendo; hombres de todas las razas, naciones, mentalidades; almas de toda condición, van conociendo al Señor. Y nosotros, en el Opus Dei, que desde el principio ha sido una empresa universal de Cristo, hemos de ayudar a esa extensión, sin hacer distinciones donde El no ha distinguido.

María, Medianera universal, nos alcanzará de Dios la gracia de esa visión amplia, de ese amor sin fronteras.

(17) *Isai.* LVI, 6-7.

89.

VIERNES

—La realidad del pecado no debe acobardarnos, sino movernos a luchar.

—Lo que verdaderamente importa es que no falte vida interior.

—Esperanza y optimismo en la lucha ascética.

HACE poco más de un mes, meditábamos los misterios de la Encarnación del Señor y, en estas últimas semanas, al contemplar sus portentosos milagros, hemos confirmado nuestra fe en la divinidad de Jesucristo. Pero quiere ahora la Iglesia dirigir nuestra mirada hacia los motivos que determinaron la venida del Hijo de Dios. Por eso, nos presenta la primera tentación y el primer pecado.

La serpiente, que era la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Yavé Dios, dijo a la mujer: "¿Conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?". Y respondió la mujer a la serpiente: "Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: no comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir". Y dijo la serpiente a la mujer: "No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a

la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y cogió de su fruto y comió, y dio también de él a su marido, que también con ella comió¹.

Es buen momento, pues, para considerar una vez más la realidad del pecado, su malicia. *No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado².* Es tiempo para que reconozcamos nuestra miseria, nuestra indignidad, y brote así de lo hondo de nuestra alma esa súplica sincera, que la Iglesia pone en nuestros labios: *apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tus piedades; según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad³.*

No os avergüence —ha escrito nuestro Padre— *descubrir que tenéis en el corazón el fomes peccati. No os acobardéis: ¡fieles de verdad, sinceros! Siempre tendréis errores en vuestra vida, porque nadie está libre de ellos.*

Pero el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha dado todos los medios idóneos para repararlos. Basta que los empleemos: con perseverancia, estando siempre dispuestos a comenzar y a recomenzar, sin desanimarnos. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, aunque todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal modo que lo ganéis (I Cor. IX, 24)⁴.

(1) L. I (1) (Genes. III, 1-6).

(2) Camino, n. 386.

(3) Ad Laudes (Ps. L, 3).

(4) De nuestro Padre, Carta, 28-111-1955, n. 23.

¡DICHOSO aquél cuya iniquidad ha sido borrada y perdonado su pecado! (...). *Te hice manifiesto mi pecado y no tuve escondida mi injusticia. Dije: confesaré al Señor mis delitos. Y Tú absolviste la culpa de mi pecado*⁵. No hemos de asustarnos al ver nuestra miseria, porque Jesús está siempre dispuesto a brindarnos su gracia, su ayuda y su perdón. *El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada*⁶. El Señor sólo nos pide una decisión enérgica de luchar por ser santos, de servirle; eso es lo que de verdad le importa: *me dices que tienes en tu pecho fuego y agua, frío y calor, pasioncillas y Dios...: una vela encendida a San Miguel, y otra al diablo*.

*Tranquilízate: mientras quieras luchar no hay dos velas encendidas en tu pecho, sino una, la del Arcángel*⁷.

Por el contrario, si faltara esa lucha, no tendríamos serenidad, ni podríamos agradar a Dios, ni valemos de su ayuda. *Cristo, que es nuestra paz, es también el Camino* (cfr. Ioann. XIV, 6). *Si queremos la paz, hemos de seguir sus pasos. La paz es consecuencia de la guerra, de la lucha, de esa lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón. Es inútil clamar por el sosiego exte-*

rior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma, porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias (Matth. XV, 19) \

Por eso, alguien que *no quiere hacer nada, apático, va mal. Por lo menos debe tener deseos de hacer algo. Y si no, debe tener deseos de tener deseos: eso ya es hacer algo*⁹. Lo suficiente, al menos, para no resistirse a la gracia de Dios. *Mi pueblo no escuchó mi voz* —se lamenta el Señor en la Escritura—, *no me hizo caso. Por eso los entregué a su duro corazón, para que siguieran sus propios consejos. ¡Ah, si mi pueblo me escuchara, si Israel caminara por mis sendas! Al punto yo abatiría a sus adversarios, contra sus enemigos volvería mi mano*¹⁰.

Dios conoce el barro de que estamos hechos. Por eso no nos exige triunfos sino lucha. Nos ha llamado, como a los hombres de la parábola, a trabajar en su viña, y a nadie le permite estar ocioso. Pero al final, será Dios el que dará el premio, la victoria. *Lo que hay que hacer es irse al Cielo; si no, no vale la pena nada de nada. Y para ir al Cielo, ser fieles. Y para ser fieles, lo que hay que hacer es luchar; ir adelante en nuestro camino, aun cuando se caiga alguna vez*¹¹.

(5) Ps. R. (I) (Ps. XXXIII, 1 y 5).

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 75.

(7) *Camino*, n. 724.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 73.

(9) De nuestro Padre, Crónica VII-61, pp. 13-14.

(10) Ps. R. (II) (Ps. LXXX, 12-15).

(11) De nuestro Padre, Crónica VII-61, pp. 15-16.

EN EL camino de la santificación propia —nos ha dicho nuestro Padre—, *se puede a veces tener la impresión de que, en lugar de avanzar, se retrocede; y que, en vez de mejorar, se empeora. Pero yo os digo que, mientras haya lucha interior, ese pensamiento pesimista es sólo una falsa ilusión, un engaño, que conviene rechazar: porque lo que sucede es que el alma se hace más sensible, la conciencia más delicada, y el amor más exigente; o que las circunstancias externas hacen que se manifiesten defectos, que antes estaban latentes. Pero en cualquier caso, ese conocimiento propio hay que entenderlo como una luz de Dios, como un estímulo de la gracia divina que nos urge a que seamos más humildes o a que vayamos más deprisa.*

Mientras luchemos con tenacidad, progresamos en el camino y nos santificamos ¹². Renovemos, pues, el propósito de no cejar nunca en la pelea, de entregarnos cada día con más esperanza, con más optimismo, seguros de que si alguna vez viene una derrota, aunque sea grande, podremos superarla si tenemos confianza en Dios: *abandona en el Señor tus cuidados y El te aliviará* ¹³.

Vida interior, lucha, victorias, derrotas que son victorias —a la corta, no a la larga—; trato con Dios, que es esperanza, que es fe, que es amor. Después de una derrota, después de una victoria: Señor, descanso en Ti... Deus meus et omnia, mi Dios y mi Todo... y

todas esas jaculatorias que me habéis oído, y que podéis hacer vosotros ¹⁴.

Vamos a pedir ahora al Señor, para nosotros y para todos nuestros hermanos, que no vacile nunca, ni en los momentos más difíciles, ese optimismo, esa seguridad de saberle a nuestro lado: *Señor, no quede yo confundido después de haberte invocado* ¹⁵.

La Virgen María, que maternalmente nos ha preparado el camino, nos ayudará también a recorrerlo. Y, acogiéndonos a su protección, sentiremos cómo nos tiende su mano firme y cariñosa, para levantar-nos cuando haga falta, para darnos impulso y seguir adelante.

(12) De nuestro Padre, *Caria*, 28-10-1955, n. 25.

(13) Ps. LIV, 23.

(14) De nuestro Padre, *Crónica X-62*, p. 57.

(15) Ps. XXX, 18.

90.

SÁBADO

—Siempre habrá dificultades que vencer.

—Hay que ser pacientes y tenaces en la lucha contra los defectos.

—De la perseverancia en esa lucha ascética dependen muchas cosas grandes.

EL PECADO de Adán, su desobediencia al mandato divino, recibió inmediatamente el justo castigo. *Por cuanto comiste del árbol, del que te había mandado que no comieras* —dijo el Señor a Adán—, *maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba de la tierra. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste tomado*¹. Desde entonces, cualquier trabajo que emprendan los hombres tiene una parte de dificultad, es por sí mismo arduo; especialmente si se quiere cumplir de una manera virtuosa, santificante. Jesús mismo nos redimió por el camino de la dificultad, del dolor, del sufrimiento.

En nuestra vida, las dificultades son, pues, de ordinaria administración; no nos han de extrañar. *Si no encontrásemos obstáculos, no seríamos criaturas*

*de carne y hueso*². Además, ya se sabe: *todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución*³. Sin dificultades, sin lucha, no habría victoria. *Ningún atleta será premiado, si no luchare de veras* (cfr. II Tim. //, 5); *y no sería auténtico el combate, si faltara el adversario con quien luches. Por lo tanto, si no hay adversario, no habrá corona; pues no puede haber vencedor si no hay vencido* *.

Las dificultades, las contrariedades, lejos de desalentarnos, han de ser un acicate más para crecer; porque venciéndonos, con la gracia de Dios, nos santificamos y nuestra labor gana en profundidad y en extensión. *Si no hay dificultades, las cosas no tienen gracia humana, ni sobrenatural. Si al clavar un clavo en la pared no encuentro oposición, ¿qué voy a colgar allí?*⁵, decía nuestro Padre. Era de esperar la oposición que encontramos dentro y fuera de nosotros mismos para llegar a la santidad, para abundar en fruto; y es de esperar que siempre se presenten obstáculos, porque la meta que Dios nos ha puesto es muy alta, es una meta sobrenatural. *¡Que cuesta!* —*Ya lo sé. Pero, ¡adelante!: nadie será premiado* —*y ¡qué premio!*— *sino el que pelee con bravura*⁶.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 75.

(3) II Tim. III, 12.

(4) San Gregorio de Nisa, *De perfecta christiani forma*.

(5) De nuestro Padre, Crónica XI-60, p. 13.

(6) *Camino*, n. 720.

(1) L. I (I) (Genes. III, 17-19).

*YO, HERMANOS, no pienso haber llegado al fin de mi carrera. Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de delante, ir corriendo hacia la meta, para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto por Jesucristo*⁷. Una eternidad de gloria, de felicidad sin fin, bien vale unos años de esfuerzo; porque es eso lo que se nos pide: una lucha constante, tenaz, perseverante, sin ceder un solo momento, aunque las derrotas fuesen frecuentes.

Por eso, en el Opus Dei *estamos persuadidos de que, como enseña el Apóstol, la lucha ascética no es algo negativo y, por tanto, odioso; sino afirmación alegre. Es un deporte: ésta es la ascética de la Obra de Dios. El buen deportista no lucha por alcanzar una sola victoria y al primer intento, sino que se prepara y se entrena durante mucho tiempo; con confianza y serenidad, prueba una y otra vez, y aunque al principio no pueda triunfar, insiste tenazmente, hasta superar el obstáculo.*

*Igual sucede en nuestra vida, hijas e hijos queridísimos. Si en la lucha espiritual comenzáis y recomendáis, siempre que sea preciso, vais bien. Si tenemos moral de victoria, si hay lucha, si hay sinceridad con el Buen Pastor y obediencia, con la ayuda de Dios llegaremos; no hay dificultad que no se pueda superar: vir oboediens loquetur victoriam! (Prov. XXI, 28), el hombre obediente cantará victoria*⁸.

(7) Philip. III, 13-14.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 24.

Es cosa de tiempo, de aplicar el remedio conveniente, con paciencia, con constancia, con la tenacidad de aquel hombre de que nos habla el Padre: *yo recuerdo que una vez estaba dando ejercicios al clero de una ciudad castellana. Hay allí un viejo palacio, y me chocaron las palabras escritas sobre la fachada principal del edificio. Me explicaron que se trataba de una tozudez del procer dueño del caserón. Desde el palacio, a través de un portillo hecho en la muralla, podía directamente salir de la ciudad. Y el municipio le obligó a cerrarlo. Lo cerró, pero mandó poner sobre aquella ventana de la fachada principal esta inscripción: donde una puerta se cierra, otra se abre. ¡Tozudez! ¿Tú y yo somos así para nuestras cosas? Cuando algo no va en esa lucha cotidiana, ¡pues mañana irá! Hijos míos, sed tozudos. Llevad la tozudez al plano sobrenatural*⁹.

*YO VOY corriendo, decía San Pablo, no como quien corre a la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire; sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado a otros, venga yo a ser reprobado*¹⁰. Es preciso combatir —combatir sin desesperanza, con tozudez sobrenatural— para ser santos en la presencia de Dios. Pero no debemos olvidar que *la labor de nuestra santificación personal es*

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1960.

(10) I Cor. IX, 26.

la santidad de toda la Obra, la santidad de nuestros hermanos y de tantas almas, y la santidad de la Iglesia de Dios ⁿ.

La lucha ascética no es una cuestión meramente personal. De que peleemos con tenacidad, sin cansarnos, dependen muchas cosas grandes: labores que tienen que salir adelante, vocaciones, crecimiento de la Obra y de la Iglesia, ayuda a las almas benditas del purgatorio, la salvación de incontables pecadores... Para obrar tantas maravillas, el Señor sólo espera *que los instrumentos hagan lo posible para estar bien dispuestos: has de procurar que nunca falte esa buena disposición tuya. Y de esa manera se multiplicarán a tu alrededor todas las cosas buenas, se llenarán de luz y de sal las inteligencias y las costumbres* ¹².

Hijos míos, sentid esa responsabilidad. Sentid el deber de ser santos: santos, que no es hacer cosas raras. Si lucháis cada día por cumplir bien las Normas, vais por camino de santidad ¹³.

Acudamos a Nuestra Madre Santa María. Hagámosle presente nuestros propósitos, y con corazón confiado pidámosle que mantenga en nosotros ese espíritu de lucha; que todos los días —también hoy— nos mueva a recomenzar con empeño, dispuestos a arrostrar con alegría todas las dificultades.

(11) De nuestro Padre, n. 115.

(12) De nuestro Padre, n. 78.

(13) De nuestro Padre, Noticias VI-58, p. 18.

91.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

—La esencia de la santidad es la caridad —amor a Dios y amor a todas las almas por Dios—, que sin cesar debe crecer en nosotros.

—El amor avalora ante Dios nuestras obras.

—La vida en familia nos da ocasión de vivir, con actos constantes, la caridad fraterna.

HABLABA Jesús a sus discípulos y les decía: *no penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles su plenitud (...). Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos* ¹.

Lo que el Señor quiere es que cada uno de vosotros, en las circunstancias concretas de su propia condición en el mundo, procure ser santo: haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra (I Thes. IV, 3); ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Santidad escondida muchas veces —sin brillo externo—, diaria, heroica: para corregir con Cristo, para salvar con El las criaturas, para ordenar con El las cosas humanas.

Dios quiere servirse de vuestra santidad personal, buscada según el espíritu de la Obra, para enseñar a todos, de una manera peculiar y sencilla, lo que ya vo-

(1) Ev. (A) (Matth. V, 17 y 20).

*sotros bien sabéis: que todos los fieles, incorporados a Cristo por el bautismo, están llamados a buscar la plenitud de vida cristiana*².

Dios quiere nuestra santificación, y al corresponder a su llamada, hemos adquirido sobre todo el compromiso de amar, porque el amor es la esencia de la santidad, *plenitud de la ley*³, hasta el punto de que ésta *consiste principalmente en el cumplimiento de los mandamientos que se refieren a la caridad*⁴.

Dios nos pide que le amemos con todas nuestras fuerzas, y que amemos a los demás como Jesucristo los amó: hasta el olvido de nosotros mismos y hasta dar la vida por ellos. Sólo amando así llegaremos a ser santos, y cumpliremos nuestra misión. Otro camino no hay, porque *sin caridad nada puede hacerse. Con caridad, todo. Amor; éste —nos dice el Padre— es el secreto de la vida de un hijo mío en el Opus Dei*⁵.

La caridad ha de ser sobrenatural, participación del infinito amor divino. Por eso no tiene límites, y tiene que crecer en nosotros sin cesar: *quien no quisiera amar a Dios más de lo que le ama, de ninguna manera cumplirá el precepto del amor*⁶. Nunca podremos pensar que amamos ya bastante. Si pudiéramos tasa y medida, nuestra caridad ha-

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 25.

(3) *Rom.* XIII, 10.

(4) Santo Tomás, *S. Th. IHI*, q. 189, a. 1 ad 1.

(5) De nuestro Padre, *Crónica IV-54*, p. 67.

(6) Santo Tomás, *Super Epístola ad Hebraeos lectura* 6, 1.

bría comenzado a morir; ya no amaríamos a Dios sobre todas las cosas. *Cuanto más amo, me siento todavía más deudor*", dice San Agustín. La santidad requiere una superación continua, un afán de excedernos para responder siempre a ese imperioso mandato divino de amar a Dios como desea ser amado. Y nuestro Dios, no hay que olvidarlo, es un Dios celoso, que señala El mismo la calidad del amor que le debemos: *con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*⁷.

EL SEÑOR nos pide amor, amor a El y amor a todas las almas. *De estos dos preceptos penden la Ley y los Projetas: del amor de Dios y del amor al prójimo*⁸. Dos preceptos que en realidad son uno solo, porque sería imposible pretender vivirlos por separado. Solamente el amor es capaz de dar valor a nuestras acciones y hacer gratos a Dios y meritorios los actos de las demás virtudes. *Y cuando en nuestra lucha diaria, compuesta ordinariamente de muchos pocos, hay deseos y realidades de querer agradar a Dios, yo os aseguro, hijos míos, que nada se pierde. Todo el trabajo, aun el más escondido, aun el más insignificante, lleva la fuerza de la vida de Dios. Muchas veces El puede permitir que noso-*

(7) San Agustín, *Epístola* 192.

(8) *Matth.* XXII, 37.

(9) San Agustín, *De Trinitate VIII*, 7, 10.

tros no veamos ni gocemos del fruto, y a pesar de todo hay que seguir trabajando con alegría, con amor, con perseverancia, con perfección.

Así, nada se pierde, todo es eficaz. El fruto de vuestra entrega va a otras almas, necesitadas de vuestra vida de servicio; o queda en las almas a las que iba dirigido vuestro trabajo, para aparecer tiempo más tarde. Recordad que el Señor nunca fracasa, y que nosotros no podemos hacerle fracasar por no dejarle actuar en y a través de nuestras vidas.

Hay en la historia de nuestra Obra de Dios tantos servicios heroicos, santos, llenos de una audacia sobrenatural maravillosa. Y debéis pensar que la heroicidad, la santidad, la audacia, requieren una constante preparación espiritual. Siempre daremos aquello que tengamos; para dar a Dios, hay que tratarlo, vivir su vida, darse¹⁰.

Si nos faltase el amor no podríamos santificarnos, todas nuestras obras serían inútiles y vanas, por grandes y esforzadas que pareciesen. Dios juzga del valor de las obras por el amor con que las realizamos. Cosas humanamente grandes pueden resultar muy pequeñas vistas desde el Cielo. Y acciones de por sí insignificantes, tendrán un valor inmenso, si se hicieron con mucho amor, como ocurrió con las obras de Nuestra Madre, la Virgen, tan sencillas la mayoría que ni siquiera las relata el Evangelio. Por

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 6-X-1968, en Crónica, 1968, p. 1080.

eso hemos de examinarnos sobre el amor a Dios y a los demás que ponemos en nuestra vida ordinaria, en las cosas pequeñas de cada día, porque el secreto para dar relieve a lo más humilde, aun a lo más humillante, es amar".

Crece siempre en la caridad; éste ha de ser nuestro afán, nuestro constante empeño: *Señor, que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor¹².*

CARÍSIMOS: por lo que mira a la caridad fraterna, no hay necesidad de escribiros; pues vosotros mismos aprendisteis de Dios a amaros unos a otros¹³. Nuestro afán, nuestro empeño cotidiano por crecer en el amor, ha de tener una ocasión próxima en todo lo que se refiera a la vida en familia. El amor a Dios y el amor a nuestros hermanos son inseparables o, mejor aún, son un solo amor. Cristo, en quien reside la plenitud de la caridad divina, nos ha enseñado con su vida a vivir en la práctica ese amor. Hemos considerado muchas veces cómo es el amor de Jesús, que atiende a todos los hombres, que da su vida por nosotros, que no ha venido a ser servido sino a servir¹⁴. Y nos dejó un mandamiento nuevo: que del modo que Yo os he amado a vosotros, así también os améis

(11) Camino, n. 418.

(12) Camino, n. 427.

(13) I Thes. IV, 9.

(14) Matth. XX, 28.

*recíprocamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos*¹⁵.

Nuestros hermanos están cerca, se encuentran junto a nosotros, y al amarles estamos también amando a Dios. *Pues el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle?*¹⁶. Por eso, rechaza el Señor un pretendido amor divino si estuviera vacío de caridad fraterna. Lo rechaza por falso y por no ser el amor que El nos enseñó: *tenemos este mandamiento de Dios, que quien ama a Dios, ame también a su hermano*¹⁷.

El amor a los demás es signo que expresa la autenticidad del amor a Dios que reside en nuestros corazones, señal clara de que amamos realmente a Dios y, por eso mismo, todo lo que El ama y como El lo ama. Si reside en nosotros el Amor de Dios, reproduciremos en nuestra vida la de Cristo.

La vida en familia, la convivencia con nuestros hermanos, ofrecen un sinnúmero de ocasiones de ejercitar la caridad fraterna. Sería aspiración muy corta limitarse tan sólo a no molestar, a no herir, a no tener roces con los demás. No podemos contentarnos con tan poco. La vida en familia nos da la oportunidad de mostrar cariño humano y sobrenatural hacia nuestros hermanos, nos permite ejercitar constantemente la virtud de la fraternidad: porque actos de

amor son los pequeños servicios que les hacemos, la ayuda que les prestamos sin que ni siquiera se enteren, la alegría que procuramos llevar a su vida, y tantos otros detalles que el corazón sabe descubrir cuando ama verdaderamente. Y todo con constancia, con una extrema delicadeza en el trato mutuo, que si puede parecer sólo educación y cortesía, para nosotros es, además, finura de auténtica caridad, muestra cierta del amor fraterno.

Llevar a nuestra lucha interior el deseo de una mayor finura en el trato con nuestros hermanos, puede ser el propósito con que terminemos la meditación de hoy. Finura que sea signo de caridad fraterna, signo de amor: *si te callas* —dice San Agustín—, *cállate por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, hazlo por amor; si perdonas, hazlo también por amor*¹⁸.

María, Madre nuestra: que sepamos querer a tu Hijo Jesús y a nuestros hermanos como les quieres Tú: con corazón, con amor sobrenatural y humano a la vez, siempre alegre y sacrificado.

(15) *Ioann.* XIII, 34-35.

(16) *I Ioann.* IV, 20.

(17) *Ibid.*, 21.

(18) San Agustín, *In Epístola Ioannis ad Parthos tractatus* 9.

92.

LUNES

—La vocación profesional forma parte de nuestra vocación divina.

—Hemos de realizar el trabajo con toda la perfección de que seamos capaces.

—Obligación de mejorar la propia formación profesional.

UN SECRETO. —*Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.*

—*Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. —Después... "pax Christi in regno Christi" —lapaz de Cristo en el reino de Cristo*¹.

La invitación que nos hizo Dios para hacer el Opus Dei en la tierra, ha dado una dimensión apostólica al trabajo profesional de cada uno. *Quiere el Señor que, solos, con el apostolado personal de cada uno, o unidos a otras gentes —quizá alejadas de Dios, o aun no católicas, ni cristianas—, planeéis y llevéis a cabo en el mundo toda clase de serenas y hermosas iniciativas, tan variadas como la faz de la tierra y como el sentir y el querer de los hombres que la habitan, que contribuyan al bien espiritual y material de la sociedad y puedan convertirse para todos en ocasión de encuentro con Cristo, en ocasión de santidad.*

(1) *Camino*, n. 301.

En cualquier caso, el gran medio de que disponéis para realizar una y otra forma de apostolado —cada uno por su cuenta, o unido con otros ciudadanos—, es vuestro trabajo profesional. Por eso os he repetido tantas veces que la vocación profesional de cada uno de nosotros es parte importante de la vocación divina; por eso también, el apostolado que la Obra realiza en el mundo será siempre actual, moderno, necesario: porque mientras haya hombres sobre la tierra, habrá hombres y mujeres que trabajen, que tengan una determinada profesión u oficio —intelectual o manual—, que estarán llamados a santificar, y a servirse de su labor para santificarse y para llevar a los demás a tratar con sencillez a Dios.

*Vuestro trabajo, vuestro apostolado —que habrá de ser necesariamente muy proselitista, como el de los primeros cristianos— atraerá a personas con ganas de trabajar, con temple, con nervio, con espíritu recio, constantes más que brillantes, audaces, sinceras, con amor a la libertad y —por eso— capaces de vivir nuestra entrega; capaces de ser, en su vida, en su trabajo, Opus Dei. Y esto, aunque jamás hubiese pasado por su mente —muchas veces porque viven en la gentilidad— la posibilidad de ser felices en amistad con Dios, y de llevar una vida de dedicación y de servicio*².

Este es el fin de nuestra labor profesional, y será la medida de su verdadera eficacia: la gloria de

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 11-111-1940, n. 35.

Dios y el bien de las almas. Sólo así nuestro trabajo será verdaderamente Opus Dei, *operatio Dei*, obra de Dios, santidad y apostolado.

PARA que el trabajo profesional pueda ser santificado y nos santifique y santifique a los demás, es preciso en primer lugar que esté bien acabado; que, en la medida de nuestras fuerzas, sea también humanamente perfecto: a Dios no se le puede ofrecer nada defectuoso. Imitaremos así el sacrificio de Abel, que —como nos recuerda hoy la liturgia— ofreció al Señor *los primogénitos de sus ganados, lo mejor de ellos*; y *Yavé miró con complacencia a Abel y su ofrenda*³.

Difícilmente podrá ser santificado el trabajo, si no se hace con perfección también humana, enseñó siempre nuestro Padre; y, *sin esa perfección humana, difícilmente —por no decir de ningún modo— se podrá alcanzar el prestigio profesional necesario, la cátedra desde la cual se enseñe a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana*⁴. Para trabajar bien, tendremos que lograr ante todo una preparación profesional adecuada. Después, para realizarlo tal como Dios quiere, pondremos en nuestro trabajo un motivo sobrenatural, lo ofreceremos al Señor, rectificaremos la intención,

(3) L. I (I) (*Genes*, IV, 4).

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 49.

de modo que la Voluntad divina sea siempre la norma de nuestra actividad. *Es cuestión de segundos... Piensa antes de comenzar cualquier negocio: ¿Qué quiere Dios de mí en este asunto?*

*Y, con la gracia divina, ¡hazlo!*⁵.

Cada uno ha de trabajar con la mayor perfección posible, *a conciencia, con sentido de responsabilidad, con amor y perseverancia, sin abandonos ni ligerezas*⁶, exprimiendo el tiempo, procurando hacer rendir los talentos que ha recibido de Dios, y supliendo con virtud lo que le falte por naturaleza. El Señor, la Obra, no nos pide que seamos todos profesionalmente extraordinarios, sabios o brillantes, pero sí exige de cada uno de nosotros todo el rendimiento que pueda dar. *Que nadie diga: yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada. No. Con un solo talento puedes también ser santo*⁷: si lo administras bien, si obtienes de él todo su fruto.

Trabajar bien, con perfección humana, es un requisito para recibir la vocación al Opus Dei. *De modo que si un zapatero arregla bien los zapatos, puede ser del Opus Dei; si los arregla mal, no puede ser del Opus Dei. Y un profesor, si enseña bien, puede ser del Opus Dei; pero si no pone empeño en enseñar, no podrá ser del Opus Dei. Y un comerciante, un industrial, un obrero del campo o de una fábrica; un guardia de*

(5) *Camino*, n. 778.

(6) De nuestro Padre, *Crónica* IV-61, p. 10.

(7) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 78, 3.

la circulación o un guardia suizo, lo mismo⁸.

A esto tiende nuestra formación profesional: a fomentar el espíritu sobrenatural necesario, que lleve, a cada uno, a realizar el trabajo con la mayor perfección posible y con afán de servicio, para adquirir —con esfuerzo personal— el prestigio necesario entre sus compañeros de trabajo, de modo que les permita hacer con eficacia el apostolado, por medio de la propia profesión, según el espíritu de la Obra⁹.

EL ESTUDIO, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros¹⁰; nunca podemos considerarnos suficientemente formados, tampoco en este aspecto. Siempre podemos mejorar, hacernos más idóneos y, cada semana en el Círculo, se nos pregunta qué conducta hemos observado en esa labor de formación, de estudio.

Nuestro Padre comenta: *se trata de tener la cultura necesaria para desempeñar, con perfección y competencia, el propio oficio o profesión.*

Pero la cultura —que se adquiere mediante el esfuerzo personal y el estudio— es un término muy amplio, que se adapta de maravilla a la variedad de circunstancias personales que se da en la Obra: no ha de ser igual, por ejemplo, la cultura de un ama de casa

que la de un profesor universitario; ni un oficinista ha de tener la misma cultura que un campesino.

Cultura es el conjunto de conocimientos que la humanidad ha ido acumulando a lo largo de los siglos, dando origen a un patrimonio intelectual común a los hombres de todas las épocas.

Pero hay también una cultura religiosa que —en diverso grado— es idéntica para todos: el teólogo profundiza científicamente en la doctrina revelada; el que no es teólogo llega hasta donde le permite su capacidad, y tiene una fe muy fuerte, la misma que debe tener el teólogo.

Después está la cultura profesional, que —en nuestro camino— forma parte de la vocación divina. Yo doy tanta importancia a la cultura profesional de un peluquero como a la de un investigador; a la de un estudiante universitario como a la de una empleada del hogar. Se trata de tener la cultura del propio oficio, correspondiente a la vocación profesional de cada uno, que hemos de santificar, en la que nos santificamos y con la que contribuimos a santificar a otros¹¹.

En una de las misericordias de la sillería del oratorio del Consejo hay tallado un borrico, con su cabeza de grandes orejas metida entre las páginas abiertas de un libro. Su historia bien pudiera ser ésta: era vivaz y despierto, pero estaba lejos de ser una

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 13-IV-1968, en Obras, 1968, p. 150.

(9) *Catecismo*, 5ª ed., n. 317.

(10) *Camino*, n. 334.

(11) De nuestro Padre, Círculo Breve, 19-IV-1964.

lumbreira. Aquel borrico era lo que, entre los hombres, suele llamarse un *talento medio*: un burro común, un burro de trabajo... Fue un burro eficaz y, por lo dócil, se le pudo encargar cualquier trabajo. Suplió con su esfuerzo lo que no tuvo por naturaleza. Y tiró del carro ¡con tal gracia!, ¡con tal saber!, que llegó a ser maestro de borricos¹².

Es hora de preguntarnos si damos al estudio, a la formación profesional, el lugar primordial que debe tener en nuestro servicio a Dios; si trabajamos con la docilidad, diligencia y eficacia del borrico. Para que así sea, pidámoslo al Señor por intercesión de Santa María, *Sedes Sapientiae*.

(12) Cfr. Crónica, Crónica VI-59, p. 20.

93.

MARTES

—Comprensión con los demás en todos nuestros juicios.

—El juicio ha de estar movido por el amor, penetrado de caridad.

—La comprensión, manifestación de amor, es una exigencia de la santidad.

HAY UNOS párrafos de la carta de San Pablo a Tito que son una llamada a la caridad, a la comprensión. *Amonéstales* —escribe— (...) *que no digan mal de nadie, que no sean pendencieros, sino modestos, tratando a todos los hombres con toda la dulzura posible*¹. Y, a continuación, añade un motivo por el que hay que tratar a todas las almas de este modo: *porque también nosotros éramos en algún tiempo insensatos, incrédulos, extraviados, esclavos de infinitas pasiones y deleites, llenos de malignidad y de envidia, aborrecibles y aborrecedores los unos de los otros. Pero después que Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para los hombres, nos ha salvado, no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia*².

Cuando el alma sabe que todo lo bueno que posee lo ha recibido de Dios, y que además ha sido objeto de la bondad y del amor infinitos del Señor, se

(1) *TU*. III, 1-2.

(2) *TU*. III, 3-5.

hace, como Pablo, compasiva con los defectos ajenos. La humildad, el conocimiento de la propia deficiencia, lleva a la comprensión.

El conocimiento propio es condición de la humildad verdadera. Cuando aceptemos que es difícil —por ejemplo— tener un temperamento que no permita la adulación, y procuremos recibir y agradecer la reacción que nuestros hechos externos y objetivos producen en los demás, estaremos en disposición de comprender a los otros; en disposición de no juzgar con crítica negativa, porque podremos decir con San Pablo: ni aun a mí mismo me juzgo. Ciertamente que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 3 y 4).

El alma humilde no juzga ni critica a los demás. *No juzguéis, si no queréis ser juzgados*⁴, dice el Señor. ¿Cómo se atreverá a afrontar ese juicio el alma que de verdad siente el peso de sus miserias? Más bien, acordándose de la promesa de Jesucristo —*bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*⁵—, no admitirá un mal pensamiento de nadie, aunque las palabras u obras del interesado den pie para juzgar así razonablemente⁶.

(3) De nuestro Padre, *Cana*, 6-V-1945, n. 32.

(4) *Matth.* VII, 1.

(5) *Matth.* V, 7.

(6) *Camino*, n. 442.

*LA BOCA del justo habla sabiduría, y su lengua profiere palabras de rectitud (...). El malvado espía al justo y busca el modo de arrebatarle la vida*⁷.

Cuando en un tribunal humano se juzga a alguien, se examina fríamente su conducta, sus obras, sin penetrar en su intimidad, sin adentrarse en las motivaciones que haya podido tener para actuar; o, si se penetra, con frecuencia se ve —o se atribuye— sólo lo menos bueno o lo malo. La comprensión, en cambio, es una mirada llena de amor que alcanza hasta las profundidades del corazón, que sabe encontrar la parte de bondad que hay en todas las conductas y personas. De la comprensión brota la comunidad de sentimientos y de vida.

Comprensión, pues, aunque a veces haya quienes no quieran comprender: el amor a todas las almas os ha de llevar a querer a todos los hombres, a disculpar, a perdonar. Debe ser un amor que cubra todas las deficiencias de las miserias humanas; debe ser una caridad maravillosa: veritatem facientes in caritate (Ephes. IV, 15), siguiendo la verdad del Evangelio con caridad.

Tened en cuenta que la caridad, más que en dar, está en comprender. No os escondáis —escribía nuestro Padre en 1932— que yo estoy aprendiendo, en mi propia carne, lo que cuesta el que a uno no le comprendan. Me he esforzado siempre en hacerme comprender, pero hay

(7) *Ad Off. lect.*, III (Ps. XXXVI, 30 y 32).

*quienes están empeñados en no entenderme. También por esto, quiero comprender a todos; y vosotros siempre debéis esforzaros en comprender a los demás*⁸.

Ciertamente comprender es una tarea de la inteligencia, pero movida, afinada por el amor. Por eso la verdadera caridad, que lleva a la comprensión, procura incluso no juzgar si no hay obligación o necesidad de hacerlo. *No queramos juzgar. —Cada uno ve las cosas desde su punto de vista... y con su entendimiento, bien limitado casi siempre*⁹.

Incluso cuando se enfrenta con el deber de juzgar, la caridad encuentra siempre disculpa. *Aunque vierais algo malo, no juzguéis al instante a vuestro prójimo, sino más bien excusadle en vuestro interior. Excusad la intención, si no podéis excusar la acción. Pensad que lo habrá hecho por ignorancia, o por sorpresa, o por desgracia. Si la cosa es tan clara que no podéis disimularla, aun entonces procurad creerlo así, y decid para vuestros adentros: la tentación habrá sido muy fuerte*¹⁰.

*MAS QUE en "dar" la caridad está en "comprender". —Por eso busca una excusa para tu prójimo —las hay siempre—, si tienes el deber de juzgar*¹¹.

(8) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 67.

(9) Camino, n. 451.

(10) San Bernardo, /« Canticum canticorum sermo 40.

(11) Camino, n. 463.

La santidad, porque está hecha de amor, se distingue por la comprensión. Los santos son normalmente personas que atraen. Su comprensión, llena de amor, que cura y sana las heridas del alma, les abre los corazones de los demás.

Nosotros hemos de poner todos los medios para ser santos. Y, en consecuencia, para ser apostólicos, abiertos, comprensivos. Aprendamos a purificar la mirada con el amor, para saber leer en los corazones con luz de Dios. *No juzguéis* —aconseja nuestro Padre— *sin tamizar vuestro juicio en la oración*¹².

Frente a las deficiencias que podamos observar en los demás, no nos escandalicemos nunca. Procuremos siempre mirar las virtudes y las cosas buenas que notemos en los otros, y tapar sus defectos con nuestra comprensión, y ayudarles —si fuera preciso— con la corrección fraterna, llena de cariño humano y sobrenatural.

De una manera gráfica y bromeando —ha escrito nuestro Fundador—, *os he hecho notar la distinta impresión que se tiene de un mismo fenómeno, según se observe con cariño o sin él. Y os decía —y perdonadme, porque es muy gráfico— que, del niño que anda con el dedo en la nariz, comentan las visitas: ¡qué sucio!; mientras su madre dice: ¡va a ser investigador!*

Hijas e hijos míos, ya me comprendéis: hemos de disculpar. No manifestéis repugnancia por pequeneces

(12) Camino, n. 451.

*espirituales o materiales, que no tienen demasiada categoría. Mirad a vuestros hermanos con amor y llegad a la conclusión —llena de caridad— de que ¡todos somos investigadores!*¹³.

Contemplemos el Corazón Dulcísimo de Nuestra Madre. Allí hay bondad y comprensión para todas las miserias de los hombres, las nuestras también. Pongámonos bajo su amparo, y pidámosle que Ella llene nuestro corazón de benignidad.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 35.

94.

MIÉRCOLES

—Origen y necesidad de la Confidencia.

—Sencillez y sinceridad, virtudes necesarias para hacerla bien.

—Para ser sinceros, es preciso el examen.

¡CUANTOS diálogos de Jesús nos relata el Evangelio! El Señor habló con todos, de todos recibió confidencias, y especialmente de sus Apóstoles, aquellos que El mismo había elegido. *Jesús derrocha amor: forma sus mentes, fortalece sus voluntades, corrige sus defectos, endereza sus intenciones, hasta hacer de ellos, con el envío del Espíritu Santo, las columnas sobre las que se edifica la Iglesia*¹.

Los Apóstoles, por su parte, se acercaban a Jesucristo con sencillez total, a la hora del gozo —*hasta los demonios se sujetan a nosotros en tu nombre*², le dicen en una ocasión— y a la hora del fracaso, cuando, no pudiendo arrojar a un demonio, le toman aparte y le preguntan: *¿por qué no hemos podido nosotros echarle?*³.

Así nació en la Obra la charla fraterna: *con espontaneidad, con naturalidad, como mana una fuente:*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 9.

(2) *Luc.* X, 17.

(3) *Matth.* XVII, 18.

el agua está allí, y no puede dejar de brotar, porque es parte de la vida nuestra.

¿Cómo nació esa Costumbre, en los primeros años? No había más sacerdotes que yo en la Obra, contaba nuestro Padre. No quería confesar a vuestros hermanos, porque si los confesaba me encontraba atado de pies y manos: ya no les podía indicar nada, si no era en la próxima confesión. Por eso les mandaba por ahí: confesaos con quien queráis, les decía. Lo pasaban muy mal, porque cuando se acusaban, por ejemplo, de haber descuidado el examen, o de otra pequeña falta, algunos sacerdotes les respondían bruscamente o con tono de guasa: ¡pero si eso no es pecado! Y los que eran buenos sacerdotes o religiosos con buen espíritu —con el suyo— les preguntaban: ¿y usted no tendría vocación para nosotros...?

Vuestros hermanos preferían contarme las cosas con sencillez, con claridad, fuera de la confesión. ¡Si a última hora es lo que se cuentan un grupo de amigos o de amigas, en una reunión, o alrededor de una mesa de café, o en un baile! Se lo dicen así, con claridad, incluso exagerando.

Con la misma sencillez, por lo menos, habéis de hablar vosotros en esa conversación fraterna⁴.

PARA vivir sobrenaturalmente este medio de formación, necesitamos poner en práctica las virtu-

(4) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

des que nos ayudarán a obtener todo su fruto.

Haremos la Confidencia con la misma sencillez con que hablamos con Dios en la oración: sin confundir lo que somos con lo que nos gustaría ser; evitando *referir con complacencia las propias virtudes o trabajos, para recibir alabanzas⁵*; sin buscar que nos compadezcan, *porque esto muchas veces es señal de orgullo⁶.*

Sinceridad: es la disposición más importante. *Decidme: un enfermo que se quiere curar, ¿qué hace? Va a un médico determinado, que le conoce (...). Y el enfermo, si no es un loco, se apresurará a decir al médico todos los síntomas, todas las circunstancias, que a él le parecen que son manifestaciones de su enfermedad, hasta las más nimias⁷.* Por difícil que resulte para nuestra soberbia, o por poca importancia que parezca tener, nosotros, que queremos curarnos, no callaremos nada. *Si no, el camino se enreda. Mirad que, si no, lo que era nada acaba siendo mucho⁸.*

Abrid el corazón, insistía nuestro Padre. *Es el mejor sistema para llegar con seguridad a la meta. ¡Que os conozcan! No os quedéis con nada dentro de vosotros: contad todo, aquello que os produce cansancio, sufrimiento, preocupación, todo lo que os quite la paz. Si se abre el corazón con sinceridad, totalmente, el Señor se*

(5) *Catecismo*, 5ª ed., n. 280.

(6) *Catecismo*, 5ª ed., n. 280.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 12-111-1961.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1960.

preocupa de que entre en nuestras vidas la luz de su gracia, la fuerza vital y operativa del Espíritu Santo. Dios se sirve de los Directores para poner, con el espíritu del Opus Dei, la gracia y la sal sobrenatural, que sazonan todas las actuaciones de sus elegidos.

No os dejéis dominar por el demonio mudo. El diablo trata de apartarnos de Dios y, si nos dejamos dominar por él, también las criaturas se apartarán de los amigos o de los poseídos por Satanás.

Recordad a todo el mundo la escena evangélica: el demonio mudo impide oír, se empeña en que las almas no hablen y, además, no quiere abandonar su presa. Os repetiré siempre un consejo, lleno de cariño de padre y de madre: abrid el corazón a la gracia de Dios que purifica y quema, que nos hace instrumentos idóneos para el trabajo apostólico⁹.

Como todas las virtudes, la sinceridad puede y debe mejorar siempre. Si somos fieles a la gracia, cada día nos conoceremos más profundamente y podremos exponer con mayor sencillez y en pocas palabras nuestro estado interior; nos daremos a conocer más fácilmente y encontraremos en la charla fraterna un poderoso estímulo para seguir adelante.

Sencillos y humildes, con el corazón en los labios, *sin ningún temor* —recomienda San Juan Clímaco— *hemos de confiarnos a aquellos que en el Señor tomaron sobre sí nuestra santidad*¹⁰.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, octubre de 1968, en Crónica, 1968, pp. 1070-1071.

(10) San Juan Clímaco, *Scala paradisi* 4.

LA CHARLA confiada con el Director, dice nuestro Padre, *no es un capricho, es una necesidad. Para la hora de la lucha se tiene la seguridad de la victoria, si se ha sabido abrir el corazón. Abre tu corazón: porque tienes un Padre que te quiere, un Director que te comprenderá*¹¹. Porque, como recuerda hoy el Salmista, *el que habla verdad en su corazón, el que no hizo engaño con su lengua*¹², ése descansará en el Señor.

La sinceridad lleva aparejado un profundo examen. Para obtener el máximo fruto, posible de la Confidencia, *antes de hacerla, es menester persuadirse de sus ventajas y de su necesidad, desearla ardientemente y examinar en la presencia de Dios los puntos que se deben tocar*¹³. Así evitaremos que por falta de preparación expongamos las cosas de un modo ligero o confuso. La charla se hace en primer término con el Señor en el Sagrario: hablándole de aquellos días, del uso que hemos hecho de los talentos que nos ha confiado, del tiempo que nos da, de las ocasiones de hacer el bien a los demás que hemos tenido, del cumplimiento de las Normas, de nuestras disposiciones interiores. Hay mucha diferencia entre hacer el examen solos, con nuestra propia luz, o ponernos delante del Señor para darle cuenta de nuestras acciones y omisiones, para pedirle perdón y cogernos más fuertemente de su mano.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(12) Ps. R. (II) (Ps. XIV, 2-3).

(13) *Catecismo*, 5ª ed., n. 279.

Luego, bastará repetir a la persona que nos escucha lo que ya hemos ponderado delante del Sagrario. Así será más fácil recibir los consejos que se nos dan *como si vinieran del mismo Jesucristo, Señor Nuestro*¹⁴. Y después de dar gracias a Dios y de grabarlos en el corazón, trataremos de ponerlos en práctica fielmente.

Agradezcamos siempre esta ayuda tan divina y humana que la Obra nos procura, y pidamos a Santa María desear ardientemente la Confidencia, para poder hacerla con la sinceridad más absoluta, la sencillez más clara, la docilidad más rendida.

(14) *Catecismo*, 5ª ed., n. 279.

95.

JUEVES

- La corrección fraterna, prueba de caridad operativa.
- La corrección fraterna asegura nuestra fortaleza.
- La corrección fraterna es fuente de alegría.

*DIOS, al que ama, le corrige*¹, afirma el Libro de los Proverbios. Y en el Evangelio de la Misa de hoy, el Señor nos da ejemplo de esa gran obra de caridad que es la corrección fraterna.

Simón Pedro acaba de confesar la divinidad de Cristo, y el Señor le promete que sobre él edificará su Iglesia. Inmediatamente después, Jesús *comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días*². Pedro, que se había hecho una idea muy diferente del triunfo de Cristo, intenta apartar a Jesús del cumplimiento de su misión. Y el Señor, con caridad operativa, le reprende: *japártate de Mí, Satanás!, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres*³.

Nuestra caridad —como la de Cristo— ha de ser una caridad efectiva, que se traduzca en obras, para

(1) *Prov.* III, 12.

(2) *Ev. (Marc.* VIII, 31).

(3) *Ibid.*, 33.

facilitar a los demás el camino del Cielo. Y la corrección fraterna, con las condiciones requeridas en la Obra, es la gran prueba de este amor operativo, en el que Dios se complace. *Si alguno de vosotros se desviare de la verdad y otro lo redujese a ella —enseña el Apóstol Santiago—, debe saber que quien hace que el pecador se convierta de su extravío, salvará de la muerte el alma, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados*⁴.

Quien recibe la corrección fraterna verá en ella una muestra de amor sobrenatural y desinteresado. *La corrección —escribe San Clemente Romano— ha de recibirse abiertamente, y nadie tiene por qué enfadarse. Porque la reprensión que mutuamente nos dirigimos es buenísima y muy provechosa*⁵.

Resulta difícil descubrir los propios descaminos, y aunque lleguemos de algún modo a darnos cuenta, puede ocurrir que ni aun entonces veamos claro que es preciso rectificar, corregirse. Por eso es obligación general de todos los cristianos hacer la corrección fraterna, cuando se vea que la materia tiene la suficiente importancia. Nosotros la hemos de vivir con todos, pero de una manera muy especial con nuestros hermanos, porque lo exige el orden de la caridad. *Es ésa la primera caridad —explica nuestro Padre—, porque la primera manifestación de caridad es ayudarse a ser mejores. Y eso cuesta. Más cómodo*

(4) *Iacob.* V, 19-20.

(5) San Clemente Romano, *Epístola ad Corinthios* I, 15.

*es inhibirse; más cómodo, pero no es sobrenatural. Y de esas omisiones se ha de dar cuenta a Dios*⁶.

*MEJOR es una corrección abierta, que un cariño encubierto*⁷. Si a todos los hombres ha de poder llegar la prueba de amor de nuestra corrección fraterna, este amor ha de manifestarse ante todo con nuestros hermanos, porque son los que están más cerca de nuestro corazón y tienen más derecho a nuestra ayuda.

Si queremos convivir con todos los hombres, primero hemos de poner los medios para convivir con nuestros hermanos: éste es el orden de la verdadera caridad (...).

*Convivir con todos; y convivir quiere decir quererse, comprender, disculpar. Pero hay cosas que —aun disculpándolas— no debemos pasarlas por alto; ésas son las que debemos manifestar en la corrección fraterna a cada uno. De aquí la necesidad, el deber que tenemos de manifestar a los Directores aquello que es un mal para el alma de un hermano nuestro y un mal para la Obra entera*⁸.

*No es de Dios el que no ama a su hermano*⁹, escribe San Juan. El desvelo de nuestro Fundador por

(6) De nuestro Padre, *Crónica*, 1970, p. 794.

(7) *Prov.* XXVII, 5.

(8) De nuestro Padre, *Crónica*, 1970, p. 795.

(9) *I Ioann.* III, 10.

nosotros, que somos sus hijos, le llevó a disponer los medios para que nunca tengamos que luchar solos, sino que podamos ayudarnos unos a otros. *Que nadie se sienta solo en Casa, que esté persuadido de que se le comprende; y si tiene una flaqueza, se le disculpa y se le da la mano; y de que para su debilidad, está la fortaleza de todos los otros*¹⁰. Al señalar las condiciones, el modo y la obligación de practicar la corrección fraterna, nuestro Padre fortaleció el vínculo de caridad que nos une, porque ha hecho a cada uno responsable de la santidad de los demás.

*El hermano que es ayudado por el hermano es como una ciudad amurallada*¹¹. La corrección fraterna da trabazón y solidez a nuestra familia sobrenatural, y también a la santidad personal de cada uno. Sentimos la responsabilidad de que la Obra, que es santa y divina por su origen, sea santa también en sus hijos. Conocemos suficientemente nuestra flaqueza personal, como para querer contar con nuestras solas fuerzas. Por fortuna, nuestros hermanos, la familia entera, está siempre al lado del que flaquea; y si vacilamos, nos sostienen; y si caemos, lejos de abandonarnos, nos levantan y curan nuestras heridas.

Todos *estamos llenos de defectos* —comentaba nuestro Padre—, *que cada uno de nosotros ve, contra los que procuramos luchar; pero hay otros muchos defectos que no vemos —¡qué le vamos a hacer!—, y de*

(10) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

(11) Prov. XVIII, 19.

*esos nos indican algunos en la corrección fraterna; sólo algunos, para no fastidiarnos. Y lo hacen porque nos quieren, porque la nuestra es una convivencia de familia cristiana, llena de cariño*¹².

El amor a nuestros hermanos nos hace fuertes, victoriosos, y la mejor muestra de ese amor es la corrección fraterna. Practicarla siempre que haga falta y no tolerar que jamás deje de vivirse, es una de las mayores pruebas que podemos dar de nuestra lealtad.

*¡BENDITA corrección fraterna! ¡Cuánto contribuye a hacer alegre y amable el camino de Dios en el mundo, saber que nos quieren, que nos dicen las cosas de verdad, a la cara —para ayudarnos a ser santos—, que sufren si sufrimos!*¹³.

La corrección fraterna es fuente de seguridad y contribuye de modo decisivo a hacer amable y luminoso el ambiente de un Centro. La fraternidad que existe entre nosotros es una maravillosa realidad, que contrasta con el egoísmo y la falta de caridad que tantas veces hace ingrata la convivencia entre los hombres. La alegría serena, que es la tónica habitual de nuestra vida en familia, se debe también a la corrección fraterna, que extirpa en su raíz la crítica y nos da la seguridad de que si hacemos algo mal

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 795.

(13) De nuestro Padre, n. 131.

nos lo dirán con sencillez y con cariño. Nadie habla mal de nosotros: más aún, nadie piensa mal. Si algo hay en nuestra conducta que deba ser corregido, nuestros hermanos nos lo dicen noblemente, a la cara. Y después se olvidan, porque lo único que les movió a hacernos aquella *advertencia, llena de delicadeza y de sentido sobrenatural*¹⁴, fue el cariño y el deseo de ayudarnos a ser mejores. ¡Cuánto hemos de amar la corrección fraterna! El cariño profundo que nos une, la confianza sin límites que tenemos en nuestros hermanos, se deben a ella en gran parte.

*Cuando hacéis la corrección fraterna, además de vivir la caridad con vuestros hermanos, estáis amando a la Obra, porque la santificáis*¹⁵. Pidamos a Santa María —*Turris Civitatis, Regina Apostolorum*— que guarde con vigilancia amorosa el tesoro de nuestra fraternidad, siendo siempre fieles a la práctica de la corrección fraterna.

(14) *Catecismo*, 5ª ed., n. 289.

(15) *De nuestro Padre*, n. 133.

96.

VIERNES

- Sin mortificación no hay crecimiento en la vida interior.
- La mortificación ha de ser continua, como el latir del corazón.
- Concretar los deseos de sacrificio en un plan de mortificaciones pequeñas.

QUEREMOS recorrer todos los caminos de la tierra, que se han hecho alegres y divinos, siguiendo a Jesucristo. En la medida en que pisamos las mismas huellas del Sembrador, participamos del gozo de la siembra, descubrimos maravillosos horizontes sobrenaturales, campos cuajados en frutos que el Señor pone en nuestras manos.

Pero nuestro caminar siguiendo a Cristo es por un sendero de este mundo. No es un ensueño, no es un camino sólo de rosas: es natural que haya también espinas; porque así fue la vía que anduvo Jesucristo, y la que El mismo nos señaló: *llamando a la muchedumbre junto con sus discípulos, les dijo: si alguno quiere venir en pos de Mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame*¹.

Jesucristo nos insta a seguirle más de cerca, como a los Apóstoles; y por eso nos invita también a abrazarnos a la cruz diaria, a participar en su sacri-

(1) *Ev. (Mare. VIII, 34)*.

ficio. *Y esa cruz que el Señor nos convida a llevar, para poder seguirle más de prisa, ¿qué significa sino la mortificación?*².

Si queremos vivir vida sobrenatural, si queremos resucitar con Cristo, tenemos que morir con El: *no tendremos vida en nosotros mismos si no tenemos nuestra voluntad decidida a seguir su Pasión*³. Cuanto más muramos a nuestro propio yo, más vivirá Jesucristo en nosotros; cuanto más mortificados, más vida interior tendremos. Por eso, *los miembros del Opus Dei cultivan en su vida el espíritu de mortificación y de penitencia, con un ascetismo sonriente, como medio de purificación y de verdadero y sólido progreso espiritual; como demostración práctica del amor a Jesucristo, "qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me", que nos amó y se entregó hasta la Cruz por cada uno de nosotros; y, finalmente, como preparación para todo apostolado y para la perfecta ejecución de cada apostolado*⁴.

NO SOMOS insensibles: como todas las criaturas humanas, tenemos una instintiva repugnancia ante el dolor, y es preciso no dejarse llevar por la inclinación a lo placentero, para poder ser fieles al camino divino que hemos emprendido.

(2) San Agustín, *Epístola* 243, 11.

(3) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Magnesios* 5, 1.

(4) *Catecismo*, 5ª ed., n. 77.

Existen, dentro de cada uno, tendencias no rectas, huellas del pecado original: *el hombre interior, aunque esté ya regenerado por Cristo y liberado de los vínculos de la esclavitud, tiene frecuentes conflictos con la carne, continuas luchas contra la concupiscencia*⁵, que pretende apartarle de Dios. Es menester mortificar esas inclinaciones, para que la vida de la gracia se manifieste en nosotros. El cuerpo y sus sentidos no deben dominarnos; tenemos, por el contrario, que conquistarlos, con la ayuda de Dios, para que se empleen trabajando en servicio del Señor. Y este dominio requiere un ejercicio constante, un entrenamiento continuo. Porque no es espíritu de mortificación *aquél que posee el que hace unos días grandes penitencias, y se olvida de mortificarse en otros. Tiene espíritu de penitencia el que todos los días se sabe vencer, ofreciendo cosas por amor y sin espectáculo. Esto es amor sacrificado, limpio, sin buscar el aplauso*⁶.

Cuando el corazón deja de latir viene la muerte física. Del mismo modo, si falta la mortificación habitual, se pierde la vida sobrenatural. *La mortificación*, predicó con frase gráfica nuestro Padre, *ha de ser continua, como el latir del corazón: así tendremos el señorío sobre nosotros mismos, y sabremos vivir con los demás la caridad de Jesucristo*⁷: aquel amor que le

(5) San León Magno, *Sermo* 90, 1.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 13-IV-1954.

(7) De nuestro Padre, n. 205.

llevó a la Cruz para salvarnos, será el nuestro; amaremos con un amor generoso y divino.

TAN METIDA está en nosotros esta necesidad de la mortificación —condición sine qua non de eficacia—, que ha quedado expresada en multitud de detalles y normas concretas. En el día de guardia, ese día en que estamos particularmente vigilantes y pendientes de la santidad de los demás, debe haber, entre otras cosas, el ofrecimiento al Señor de una mortificación extraordinaria. Y hay una mortificación diaria por el Padre. Y la ofrecida a la Virgen. Y se aconseja a los enfermos que ofrezcan con amor sus sufrimientos. Y señalamos la importancia de la mortificación, para custodiar la santa pureza, y para el apostolado⁸.

Consideremos ahora si cumplimos con fidelidad, generosamente, nuestro plan personal de mortificaciones pequeñas. Veamos si la nuestra merece llamarse una vida de entrega, de sacrificio, de almas mortificadas; una vida como la de Cristo, que *padebió*, dándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas (cfr. I Petr. II, 21)⁹. Y si no fuera del todo así, podemos formular nuestros propósitos ahora: nos urgen nuestros hermanos, nos urge la Obra, la Iglesia entera. Meditemos de nuevo aquellas palabras de nuestro Fundador, que han de grabar en nuestras almas

la responsabilidad de tomar la Cruz de Cristo cada día. *Hijos míos*, nos decía: *la Obra ha salido adelante con oración y mortificación. En los comienzos no se podía contar con ningún medio humano. Sólo había juventud, alegría, decisión, seguridad perfecta de hacer la voluntad de Dios; y todo eso ungido con mucha oración y mucha penitencia...*¹⁰.

Así se ha extendido el Opus Dei, gracias a la ayuda divina y al sacrificio de nuestro Padre y de nuestros primeros hermanos. Y así continuará con la ayuda de Dios, si procuramos vencernos, negarnos, con aquella generosidad de que hablaba San Pablo cuando escribía a los de Corinto: *no hay día, hermanos, en que yo no muera por asegurar vuestra gloria* ".

Unidos a la Virgen Santísima, pidamos al Señor que nos ayude a llevar a la práctica nuestros propósitos: *te rogamos, Señor, que esta ofrenda nos purifique y nos renueve, y sea causa de recompensa eterna para quienes cumplimos tu Voluntad*¹².

(8) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

(9) *Amigos de Dios*, n. 110.

(10) De nuestro Padre, Crónica XI-55, pp. 4-5.

(11) I Cor. XV, 31.

(12) *Orat. super oblata*.

97.

SÁBADO

- Cumplir siempre las Normas, aunque no se tengan ganas.
- Confiar en Dios, que está siempre a nuestro lado.
- El peligro del desaliento se vence siempre abandonándonos en las manos de Dios.

EN LA cima del Tabor, Pedro, Santiago y Juan son testigos de la gloria de Jesucristo: *se transfiguró ante ellos*, narra San Marcos. *Sus vestidos se volvieron resplandecientes y muy blancos; tanto que ningún batanero en la tierra puede dejarlos así de blancos. Y se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús* \ Tan a gusto se encontraban, que *tomando la palabra Pedro, dice a Jesús: Maestro, ¡qué bien estamos aquí...!*².

La compañía de Jesucristo es para las almas de vida interior fuente de alegría. Pero no siempre se manifiesta como en el Tabor, llenando de un gozo sensible a sus amigos. El nos acompaña constantemente, pero de modos distintos, y hay momentos en que parece que hasta nos abandona. No le vemos con la claridad deseada, y las Normas de piedad, las mortificaciones, los mil detalles de entrega que por amor suyo cumplíamos con gusto, no son entonces

(1) Ev. (Marc. IX, 2-4).

(2) *Ibid.*, 5.

tan fáciles, ni tan gratos. Es la hora de meditar unas palabras de nuestro Padre, que tanta luz nos dan cuando Dios permite que pasemos por esas circunstancias.

Quizá alguna vez, hijo mío, me digas que te encuentras cansado y frío, cuando cumples las Normas; que te parece que estás haciendo una comedia. Esa comedia es una gran cosa, hijo. El Señor está jugando con nosotros como un padre juega con sus hijos. Dios es eterno, y tú y yo delante de Dios somos unos niños pequeñísimos. Lúdens in orbe terrarum (Prov. VIII, 31): estamos jugando ante Dios Nuestro Padre, y Dios juega con nosotros como juegan los padres con sus hijos.

Si en algún momento —ante el esfuerzo, ante la aridez— pasa por vuestra cabeza el pensamiento de que hacemos comedia, hemos de reaccionar así: ha llegado la hora maravillosa de hacer una comedia humana con un espectador divino. El espectador es Dios: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo: la Trinidad Beatísima. Y con Dios Señor nuestro, nos estarán contemplando la Madre de Dios, y los ángeles y los santos de Dios.

No podemos abandonar nuestra vida de piedad, nuestra vida de sacrificio, nuestra vida de amor. Hacer la comedia delante de Dios, por amor, por agradar a Dios, cuando se vive a contrapelo, es ser juglar de Dios. Es hermoso —no lo dudes— hacer comedia por Amor, con sacrificio, sin ninguna satisfacción personal, por dar gusto al Señor, que juega con nosotros. Vivir de

*amor, sin andar mendigando compensaciones terrenas, sin buscar pequeñas infidelidades miserables, sentirse orgulloso y bien pagado sólo con eso: convertir la prosa ordinaria en endecasílabos de poema heroico*³.

*AL PRINCIPIO de nuestro encuentro con Dios en la Obra, quizá pensamos que hacemos grandes progresos. Más adelante, nos puede parecer que hemos perdido el tiempo; que las cosas no van. De ordinario ninguna de las dos apreciaciones son objetivas. Dios demuestra que nos quiere atraer a la perfección del amor en El, al principio, con facilidades y consuelos; y más tarde, dándonos su gracia, para hacernos ver rincones que aún están sucios, sin acabar de limpiar. Pero de ahí, no podemos concluir que retrocedemos, o que andamos de mala manera, como los cangrejos, porque sería falso*⁴.

*El oro se prueba con el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la tribulación*⁵. Las dificultades, el cansancio, no nos deben turbar, y menos quitarnos la alegría. Al contrario, hemos de ver en todas esas situaciones la mano amorosa de Dios. Cuando vengan contradicciones —nos dice nuestro Padre—, estad seguros de que son una prueba del amor de Padre que el

*Señor nos tiene. ¡Siempre seguros!*⁶.

Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase (Tob. XII, 13). *No olvides que el Señor es nuestro modelo; y que por eso, siendo Dios, permitió que le tentaran, para que nos llenásemos de ánimo, para que estemos seguros —con El— de la victoria. Si sientes la trepidación de tu alma, en esos momentos, habla con tu Dios y dile: ten misericordia de mí, Señor, porque tiemblan todos mis huesos, y mi alma está toda turbada* (Ps. VI, 3 y 4). *Será El quien te dirá: no tengas miedo, porque yo te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío* (Isai. XLIII, 1)⁷.

Puede parecer que el Señor nos ha dejado, pero en realidad está siempre a nuestro lado. Puede parecer que se esconde, pero es para que le busquemos, porque espera nuestro trato, nuestra petición. Cristo nos acompaña siempre a lo largo de este camino divino. El es nuestra esperanza, ¿qué podemos temer? *Todas las cosas que ahora os hagan sufrir, os parecerán más tarde como pinceladas divinas, contrastes de luces y sombras que harán resaltar más la hermosura sobrenatural de nuestra Obra*⁸.

OBRAS son amores. Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama; y el

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIM931, nn. 18-19.

(4) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, p. 912.

(5) *Sirac.* II, 5.

(6) De nuestro Padre, n. 203.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 20.

(8) De nuestro Padre, n. 208.

que me ama, será amado de mi Padre y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré a él (Ioann. XIV, 21). Si el Señor nos da a veces la gracia suya y nos hace comprender sus juicios incomprensibles (Rom. XI, 33), que son más dulces que la miel y el panal (cfr. Ps. XVIII, 11), de ordinario no sucede así; hay que cumplir con el deber, no porque nos guste, sino porque tenemos obligación. No hemos de trabajar porque tengamos ganas, sino porque Dios lo quiere: y entonces habremos de trabajar con buena voluntad. El amor gustoso, que hace feliz al alma, está fundamentado en el dolor, en la alegría de ir contra nuestras inclinaciones, por hacer un servicio al Señor y a su Santa Iglesia⁹.

Hay, sin embargo, un peligro constante que tendremos que evitar: el desaliento, que nace no tanto de las dificultades externas, cuanto de la soberbia. Todos tenemos errores, aunque llevemos años y años luchando por vencerlos. Cuando de la lucha ascética sacamos desaliento, es que somos soberbios (...).

Si nos amamos a nosotros mismos de un modo desordenado, motivo hay para estar tristes: ¡cuánto fracaso, cuánta pequenez! La posesión de esa miseria nuestra ha de causar tristeza, desaliento. Pero si amamos a Dios sobre todas las cosas, y a los demás y a nosotros mismos en Dios y por Dios, ¡cuánto motivo de gozo! (...).

Si sentís decaimiento, al experimentar —quizá de un modo particularmente vivo— la propia miseria, es

el momento de abandonarse por completo, con docilidad en las manos de Dios. Cuentan que un día salió al encuentro de Alejandro Magno un pordiosero, pidiendo una limosna. Alejandro se detuvo y mandó que le hicieran señor de cinco ciudades. El pobre, confuso y aturdido, exclamó: ¡yo no pedía tanto! Y Alejandro respondió: tú has pedido como quien eres; yo te doy como quien soy.

De lo profundo te invoco, oh Señor. Oye mi voz: estén atentos tus oídos a la voz de mis súplicas. Si guardas, oh Señor, la memoria de los delitos, ¿quién podrá subsistir? Pero eres indulgente, y tu ley me ayuda a reverenciarte, Señor. En tus promesas espero, mi alma confía en el Señor. Israel espera al Señor más que los centinelas nocturnos esperan el alba; porque de El viene la misericordia y su redención es copiosa. El, pues, redimirá a Israel de todas sus iniquidades (Ps. CXXIX) *ix*.

El Señor, nos demos cuenta o no, está siempre a nuestro lado: cuando las cosas cuestan, o cuando son más fáciles; siempre que no le echemos voluntariamente. Y si aún queremos sentir más íntimamente su cercanía, invoquemos a Nuestra Señora la Virgen. Que esa Madre buena, que es tan poderosa ante su Hijo, se acuerde de nosotros: Monstra te esse matrem!¹¹, muestra que eres nuestra Madre.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, nn. 24-26.

(11) De nuestro Padre, n. 276.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 19.

98.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

—La curación del paralítico de Cafarnaúm.

—Los errores personales no deben desanimarnos: hemos de confiar en el Señor.

—La lealtad con los que nos rodean, nos ayudará a seguir siempre adelante en el camino de la santidad.

EN EL Evangelio del domingo pasado, narra San Marcos la curación de un leproso por Jesucristo. Y tanto se divulgó la noticia, *que ya no podía entrar abiertamente en ciudad alguna, sino que se quedaba fuera, en lugares apartados. Pero acudían a El de todas partes*¹.

Al cabo de unos días —continúa hoy el relato de San Marcos—, *entró de nuevo en Cafarnaúm, se supo que estaba allí, y se juntaron tantos que ni siquiera ante la puerta había sitio; y les predicaba la palabra.*

*Entonces vienen trayéndole un paralítico, que era transportado por cuatro. Y al no poder llevarlo hasta El por causa del gentío, levantaron la techumbre por el sitio en donde se encontraba y, después de hacer un agujero, descuelgan la camilla en la que yacía el paralítico*².

Era un pobre hombre que yacía postrado en su

(1) *Dom. praec. Ev. (B) (Marc. I, 45).*

(2) *Ev. (B) (Marc. II, 1-4).*

lecho, sin poderse mover. No podía trabajar en la labranza, ni en la siembra; ni recoger, cuando empieza el invierno, el fruto de los viejos olivos. Se sentía inútil, acabado, cuando unos buenos amigos le habían llevado una voz de esperanza: quizá el Profeta de Galilea, que iba a pasar por el pueblo, podría curarle... Y allí estaba, frente al Señor. En torno suyo, la silenciosa expectación del milagro.

Pero la mirada penetrante de Jesucristo llegó más hondo, atravesó la inmovilidad del cuerpo para llegar a la del alma. *Jesús le ha mirado. Fíjate en sus palabras: confide, fili (Matth. IX, 2). Fe, hijo mío; cuando sientas el peso de tus errores, la fe es lo primero. Y después, dejarse llevar como un paralítico: la obediencia*³.

El Señor ha iluminado el interior de aquel hombre: y ha nacido el dolor, la humildad profunda. *Es Jesús el que habla: confide, fili, remittuntur tibi peccata tua (Matth. IX, 2). ¡Ten fe, primero fe, ya te lo he dicho! Y si sientes que no puedes, di: ¡creo, pero ayuda mi incredulidad!, adiuva incredulitatem meam (Marc. IX, 23). La experiencia de mi vida es tan triste, Jesús. Soy un trapo sucio, no merezco ser hijo tuyo. Díselo muchas veces; se lo digo yo* *.

A pesar del gentío, un tembloroso silencio llenaba la pequeña casa de Cafarnaúm. La mirada del paralítico estaba fija en el Señor: sólo El podía hacer

(3) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

que sus piernas, inútiles tantos años, se robusteciesen; que su cuerpo, vencido por la inmovilidad, adquiriese nueva vida. Por lo cual, viendo Jesucristo su fe, y la de los amigos que le habían llevado, *dice al paralítico: hijo, tus pecados te son perdonados*⁵.

Sólo Dios puede perdonar los pecados. Et ecce quídam de scribis dixerunt intra se: hic blasphemat (Matth. IX, 3). *A las palabras de Jesús, hijos míos, sucedió el clamor interior de aquellas gentes, una gritería que oye sólo Dios, que lee en la intimidad de las conciencias: ¡blasfema!* Et, cum vidisset Iesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? (Matth. IX, 4). *¡Qué mansedumbre! Todo un Dios, y responde con suavidad, con una dulzura maravillosa: Quid est facilius...? (Matth. IX, 5). ¿Qué es más fácil: perdonar los pecados o decir: toma tu camilla y anda?*⁶.

Y ante la mirada atónita de los circunstantes, se hizo el milagro, como señal y garantía de aquel otro milagro del alma. Y el que había sido paralítico *se levantó y, tomando al instante la camilla, salió en presencia de todos*⁷.

LA ESCENA que hemos meditado nos hace ver que, a lo largo de la vida, cada uno de nosotros pue-

(5) Ev. (B) (Marc. II, 5).

(6) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(7) Ev. (B) (Marc. II, 12).

de encontrarse en la misma situación que aquel paralítico: con una parálisis espiritual, enfermo del alma. Aunque llevemos muchos años de lucha, siempre tendremos errores, faltas, descuidos, omisiones. Hemos de aceptar esta realidad tan evidente, sabiendo *que además de las faltas que tenemos en la conciencia, habrá otras, que están ocultas a nuestros ojos*⁸; pero, al mismo tiempo, *los errores personales no son un obstáculo, si hay buena voluntad de nuestra parte*⁹.

Es la enseñanza de estas líneas del Evangelio. Si aquel paralítico no hubiera tenido la esperanza de sanar, si no hubiera dejado que sus amigos le llevarán ante el Señor, no se habría obrado el prodigio de su curación. Y si no hubiera creído en la palabra de Jesús tampoco habría alcanzado la salud. *El no nos deja, y siempre que ha sido necesario se ha hecho presente, con su omnipotencia amorosa, para llenar de paz y de seguridad el corazón de los suyos*¹⁰. Y añade nuestro Padre que *esa seguridad de la vocación nos llevará a una piedad contemplativa, que, entre otras manifestaciones, tendrá ésta: la serenidad y la paz ante nuestras flaquezas y errores. Porque, como la sangre viene a la herida repentina e inmediatamente, del mismo modo, en un hombre contemplativo, después de cada error práctico, viene, al corazón y a veces a los labios, el acto de contrición, el deseo de reencaminarse,*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 24.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 2-IM945, n. 32.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 1

que es sed de purificación y realidad de amor ".

No admitáis el desaliento —insiste nuestro Fundador—, por vuestras miserias personales o por las mías, por nuestras derrotas. Abrid el corazón, sed sencillos: continuemos andando el camino, con más cariño, con la fuerza que nos da Dios (...).

Dejarlo todo porque se dejó una cosa, es absurdo, no conduce a nada. Es la lógica de un loco. Llevamos un tesoro y, si —por lo que sea— hemos perdido en el camino una parte, incluso considerable, no es ésa una razón para tirar, despechados, lo que nos queda. La actitud más razonable será tomar todas las precauciones —valiéndonos también ahora de nuestra experiencia— para no perder nada más. En las cosas del alma, no hay nada irremediamente perdido¹². Hay una sola enfermedad mortal, un solo error funesto: conformarnos con la derrota, no saber luchar con espíritu deportivo, con espíritu de hijos de Dios¹³.

DEJADME que insista: sed fieles. Es algo que llevo clavado en el corazón. Si sois fieles, nuestro servicio a las almas y a la Santa Iglesia se llenará de abundantes frutos espirituales¹⁴. Es cierto que en ocasiones nos enfriamos; que perdemos, a veces, el punto de

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 68.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, nn. 25 y 46.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1955, n. 24.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 46.

mira sobrenatural y se oscurece el horizonte... Esto no debe preocuparnos. Dios Nuestro Señor conoce bien mi debilidad y la vuestra: somos todos nosotros hombres corrientes, pero ha querido Jesucristo convertirnos en un canal, que haga llegar las aguas de su misericordia y de su Amor a muchas almas¹⁵.

El Señor está dispuesto a ayudarnos, a echarnos una mano y a levantarnos cuantas veces sea preciso; sólo pide un poco de colaboración, el esfuerzo de alzar los brazos y el corazón hasta El cuando nos sintamos débiles. Y entonces hará verdaderos milagros: obrará, usándonos como instrumentos, curaciones maravillosas en quienes nos rodean. *Hay muchas almas alrededor de vosotros —dice el Padre—, y no tenemos derecho a ser obstáculo para su bien espiritual. Estamos obligados a buscar la perfección cristiana, a ser santos, a no defraudar, no sólo a Dios por la elección de que nos ha hecho objeto, sino también a todas esas criaturas que tanto esperan de nuestra labor apostólica. Por motivos humanos también: incluso por lealtad luchamos por dar buen ejemplo. Si algún díauviésemos la desgracia de que nuestras obras no fueran dignas de un cristiano, pediremos al Señor su gracia para rectificar.*

Hemos de ser —en la masa de la humanidad— levadura; y necesitamos santidad: remediar los errores pasados, disponernos con humildad de corazón a prac-

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 1.

ticar las virtudes, en nuestra vida ordinaria. Si vivimos así, seremos fieles ¹⁶.

La enseñanza de Jesucristo en la curación del paralítico de Cafarnaúm está patente: cuando hay deseos de curación; cuando hay fe en el poder de Dios; cuando el alma se reconoce paralítica, llena de pecados, y escucha el gesto imperioso del Salvador, adquiere otra vez la vida y, con ella, la fuerza y el empuje para arrastrar a otros. *Hijos míos* —repite nuestro Fundador—, *toda esta enseñanza del Señor es también para que vosotros, que sois otros Cristos, volváis a repetir el milagro y levantéis a los paralíticos de sus lechos: a unos atrayéndolos a una entrega completa, a otros acercándolos al menos a la vida cristiana. Hijo mío, ¡vale la pena que seas humilde, obediente, que te empapes del espíritu del Opus Dei, para luego llevarlo a todas las gentes que pueblan el mundo!* ¹⁷.

Madre nuestra: alcánzanos de tu Hijo Jesús estas virtudes tan cristianas, indispensables para realizar nuestra labor de almas.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 57.

(17) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-X-1955.

99.

LUNES

—Ayudarnos mutuamente a vencer el demonio mudo.

—Ser sinceros es la mejor manera de evitar el demonio mudo.

—Vencer siempre la vergüenza para abrir el corazón en la charla fraterna.

MUCHOS demonios venció el Hijo de Dios en la tierra: el demonio triste de la carne, que corta las alas del amor; el del egoísmo, que ciega los ojos para lo que no sea el propio yo; el demonio sutil de la tibieza, que torna amarga la dulzura de las cosas divinas. Hoy la Iglesia presenta a nuestra consideración un enfermo que, conociendo su mal, nada hace por curarse. El demonio mudo de la soberbia ha cerrado sus labios y no puede pedir ayuda.

La escena evangélica es sugestiva. Un muchacho joven está en tierra y a su alrededor se agolpa la gente. También están allí los discípulos de Jesús, y los escribas y fariseos disputando con ellos. Todos tratan de prestarle ayuda; pero en los ojos del enfermo no hay lágrimas, ni deseo de sanar, ni fe. Con él está alguien que le quiere bien: su padre. *Maestro* —dice al Señor—, *te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo (...). Pedí a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido* ¹. Hay un dejo de incredulidad en

(1) *Ev. (Marc, IX, 17-18).*

la petición de aquel hombre: *si puedes algo* —agrega—, *ayúdanos, compadecido de nosotros*². Pero Jesús no se lo toma en cuenta: no pide para sí mismo, sino para su hijo.

Hijos míos —exhorta nuestro Padre—, *si alguien se empeña en andar por la cuneta, habrá que ayudarle a entrar en el camino. Sin hacerle perder la libertad; con cariño, con caridad, ayudándole con la oración y la mortificación*³. Y añade: *al atender a ese hermano vuestro, tenéis una labor clara: ponerle en la realidad de las cosas; hacerle ver la bondad de Dios y ayudarle a que verdaderamente se arrepienta; mostrarle el peligro para su salvación y el daño que va a hacer a tantas almas; persuadirle de que no es cuestión de precipitar decisiones, que le habrán de doler siempre. Hay que comprenderle, disculparle y hacerle notar el cariño con que le tratamos.*

*Como, de ordinario, suele faltar la sinceridad a quien padece esta crisis, hay que tratarle con mucho cariño —lleno de sentido sobrenatural— para que acabe abriendo completamente el alma a sus Directores y sea humilde y dócil. Es el camino seguro para que persevere, con la gracia de Dios que no le faltará*⁴.

Si alguna vez viéramos a un hermano nuestro en estas tristes circunstancias, deberemos acudir al Señor en su nombre, y pedirle su curación. *Tenéis que*

*rezar mucho, hacer rezar y ofrecer mortificaciones para que Nuestro Señor le ilumine y le haga volver sobre sus pasos*⁵. Jesucristo exige nuestra fe para realizar este milagro: *¡si puedes...! ¡Todo es posible para el que cree!*⁶, dice al padre del adolescente. Y enseguida, el padre del muchacho exclamó: *creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad*⁷.

*¿Lo veis, hijos míos?: la fe no es para predicarla sólo, sino para practicarla (...). Que os pongáis delante del Señor, como el padre del lunático poseso, y le digáis despacio, con todo el afán de vuestro corazón: Credo, Domine!, ¡Señor, creo! Aduva incredulitatem meam! ¡Pero ayúdame a creer más y mejor!*⁸. Como nuestra oración ha sido de caridad, como hemos rogado por nuestro hermano, Jesucristo nos escuchará: *espíritu mudo y sordo, Yo te lo mando: sal de este muchacho y no vuelvas a entrar en él (...). Y Jesús, tomándolo de la mano, le levantó*⁹.

EL EVANGELISTA nos hace notar que el espíritu que poseía a aquel muchacho era *mudo y sordo*; un demonio que no le dejaba escuchar, que le impedía decir lo que pasaba. Nuestro Padre nos ha puesto en guardia contra esta tentación, una de

(2) *Ibid.*, 22.

(3) De nuestro Padre, Crónica XII-65, p. 81.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 43.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 44.

(6) *Ev. (Marc. IX, 23)*.

(7) *Ibid.*, n. 24.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 12-X-1947.

(9) *Ev. (Marc. IX, 25-27)*.

las más peligrosas que pueden sobrevenirnos: dejar en tinieblas el corazón cuando hay alguna cosa que no va como debería ir. *Si nos preocupa algo, lo contamos, estando prevenidos contra el demonio mudo. Contadlo todo, lo pequeño y lo grande, y así venceréis siempre. No se vence cuando no se habla. Se explica, porque el que se calla tiene un secreto con Satanás, y es mala cosa tener a Satanás como amigo*¹⁰.

Para que el demonio mudo no se apodere del alma, es preciso vivir siempre la virtud de la sinceridad, de modo heroico cuando sea preciso. En primer lugar, *sinceros con Dios: es difícil, porque la gente tiende al anonimato. Las personas que tienen una función de importancia en la vida pública, es frecuente que reciban montones de anónimos. De cara a Dios, hay muchos hombres que quieren pjarar también en el anonimato, que rehuyen el encuentro en la oración personal y en el examen* ".

Sinceridad con nosotros mismos, para conocernos como en realidad somos —con toda la capacidad para el mal— y no asustarnos de nuestras flaquezas. *A la Obra hemos venido a ser santos. No nos vamos a sorprender, al comprobar que estamos lejos aún de serlo. Por eso admitiremos con sencillez nuestras debilidades, sin tratar de revestirlas de rectitud; evitando la soberbia, que ciega tremendamente, y lo hace ver todo al*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 38.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 34.

*revés de como es. Hijos míos, sed sinceros con vosotros mismos, sed objetivos*¹².

*Sinceros también y sencillos con quienes en la Obra tienen la misión de dirigiros y de formaros, para que os puedan conducir y ayudar con cariño, con firmeza, con comprensión y con eficacia. Sinceros con delicadeza, pero salvajemente sinceros*¹³. Y concretaba nuestro Fundador: *no os concedáis nada sin decirlo, hay que decirlo todo. Mirad que, si no, el camino se enreda; mirad que, si no, lo que era nada acaba siendo mucho. Acordaos del cuento del gitano, que fue a confesar: Padre cura, yo me acuso de haber robado un ronzal... Y detrás había una muía; y detrás, otro ronzal; y otra muía, y así hasta veinte. Hijos míos, que lo mismo pasa con otras muchas cosas: en cuanto se concede el ronzal, viene después todo lo demás, toda la reata, vienen después cosas que avergüenzan*¹⁴.

Si somos sinceros, si cumplimos lo que nos dice nuestro Padre, nunca se meterá el demonio mudo dentro del alma. Y aunque las faltas sean graves, *el que acude al Buen Pastor y habla con claridad, encuentra el oportuno remedio. ¡Siempre hay solución, aunque se hubiese cometido un error gravísimo! Basta abrir el corazón sinceramente con el hermano que recibe la Confidencia, y acudir al sacerdote que está designado, para después volver a la lucha con nueva energía*¹⁵.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 38.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 61.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 39.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1955, n. 25.

TODOS tenemos los pies de barro —comenta nuestro Fundador— y no hay bajeza que haga un hombre que no la pueda hacer yo: no tengo más fuerza que la que vosotros me dais: la que el Señor, por vuestras oraciones, me presta. Y así sucede con todos los demás: de ahí la conveniencia absoluta de ser sinceros en la Confidencia, para vencer nuestra soberbia, y para que los demás nos ayuden. Todas las almas necesitan un desagadero, como decía Santa Teresa: para nosotros el desagadero es la confesión con nuestro hermano —con mi hijo— sacerdote, y la Confidencia con el Director, con la Directora, o con la persona designada por la Directora o por el Director¹⁶.

En cuanto notemos los primeros síntomas de la enfermedad, debemos acudir a la Confidencia: en cuanto sintamos la tentación —incluso menos: la insinuación— de callar algo, de pensar que no tiene importancia, que no es materia suficiente para llevar a la dirección espiritual. Hay que reconocer en esa tentación la voz instigadora del demonio mudo, que intenta adormecer la inteligencia y la voluntad: hablar enseguida es el único modo de no dejarle entrar en nuestra alma. *Hijos míos, hablad claro, antes. Sólo se pierden los que callan, los que no se dejan auscultar el corazón. La gente no tiene ninguna vergüenza de contar y aun de aumentar las barbaridades que han hecho, ante un grupo de amigos más o menos buenos.*

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo 1935, 14-IX-1950, nota 75.

*Y ¿vamos a ocultar nosotros algo a nuestro hermano, que nos quiere, que nos comprende, por un sentimiento de vergüenza? Si alguna vez caemos, ¡hala!, a hablar claro, a enseñar la herida, para que nos la curen, para que nos quiten todas las posibilidades de infección. Aunque cueste; como una operación quirúrgica*¹⁷.

Se nos puede ocurrir en esos momentos que no nos van a comprender suficientemente, que nos van a despreciar por esa tontería que hemos pensado o que hemos hecho. Mil razones que, cuanto más vueltas se dan, más enturbian la claridad de la mente y la serenidad del alma. Sería la hora de gritar, como el padre afligido que hemos contemplado hoy en el Evangelio: *¡Señor, ayuda mi incredulidad!*¹⁸. Si nuestra petición logra salir del alma, venceremos al demonio mudo y abriremos el corazón, sin miedo, a los Directores. *Ese temor es una tentación tremenda que desune, y que quita la posibilidad de defensa a las almas que lo admiten*¹⁹.

Hay que alejar esa falsa idea que Satanás quiere inculcarnos en la mente, porque no se escandalizarán: *no hay pecado, por muy grande que sea* —nos decía nuestro Padre—, *que yo no pueda cometer, si me faltara la gracia de Dios*²⁰. Por eso, cuando os ocurra algo que no quisierais que se supiese, decidlo inmedia-

(17) De nuestro Padre, *Crónica* XII-65, p. 81.

(18) *Ev. (Marc. IX, 24)*.

(19) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 92.

(20) De nuestro Padre, *Crónica* XII-65, p. 81.

tómente —corriendo— a quien os puede ayudar, al Buen Pastor. Esta decisión es lógica: suponed que una persona camina con una piedra grande en la espalda y con los bolsillos llenos de piedrecitas que, entre todas, pesan cien gramos. Si situamos a esa persona en Madrid, vamos a suponer que la distancia que ha de recorrer es desde la Puerta del Sol hasta Cuatro Caminos. Cuando llegue al final del trayecto, no sacará una a una las piedrecillas de los bolsillos, quedándose —mientras— con la gran piedra encima. Hijos míos, pues nosotros igual. Lo primero que hemos de echar fuera es lo que pesa. Otro modo de comportarse es una gran tontería, y un principio de insinceridad²¹.

Podemos hacer hoy el propósito de acudir sin rodeos a contar todo lo que nos pasa en la Confesión y en la Confidencia. Y sin dorar la pildora, que, a veces, es infantilismo. Luego, adelante: más santos que nunca. Seréis felices —nos dice nuestro Fundador—, y no tendréis preocupaciones²². Con la ayuda —que nunca nos va a faltar— de la Virgen, con esa sinceridad con Dios, con vosotros mismos y con los que os forman, lograremos —en la medida de lo posible y con la ayuda de Dios— la perfección cristiana, la perfección humana, la perseverancia en el bien²³.

(21) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 40.
 (22) De nuestro Padre, *Crónica* XII-65, pp. 81-82.
 (23) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 41.

100.

MARTES

—Nuestra misión es la de coi-redimir con Cristo.

—Para ser corredentores hay que estar unidos a Jesús, como los sarmientos a la vid.

—La unión con Cristo requiere en nosotros el fundamento de la humildad.

*HABIENDO bajado del monte, Jesús y sus discípulos cruzaban Galilea, y no quería que nadie lo supiese. Iba instruyendo a sus discípulos y les decía: el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán, y después de muerto, resucitará a los tres días *

No era la primera vez que el Señor anunciaba a los Apóstoles su próxima Pasión y Muerte en la Cruz. Pero ellos no entendían sus palabras y temían preguntarle². Estaban bien lejos de comprender que sólo mediante la Pasión y Muerte en la Cruz se iba a realizar la Redención de los hombres.

Nosotros lo sabemos claramente, y conocemos también que nuestra misión es corredimir: cooperar, como instrumentos de Dios, para que se apliquen los frutos de la Redención a cada alma. El Señor ha querido que grandes cosas dependan de esa cooperación

(1) Év. (Marc. IX, 30-31).

(2) *Ibid.*, 32.

nuestra; y por eso, con la vocación, hemos recibido de Jesucristo la garantía de contar con la gracia necesaria para esa labor sobrenatural, fuerza divina para renovar la tierra, para difundir en el mundo el afán de alcanzar la santidad, cada uno en su propio estado.

La tarea emprendida va encaminada a encender en esos deseos de santidad, una por una, a cuantas personas están cerca de nosotros. Por eso, cada uno tiene, delante de Dios y de las almas, junto con la gracia suficiente, la consiguiente responsabilidad. *Has de prestar Amor de Dios y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de estos últimos a sus compañeros de profesión.*

*¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —Y ¡qué responsabilidad tan grande si te enfrías!, y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso si dieras mal ejemplo!*³.

La llamada a la Obra nos obliga, pues, a buscar la santidad por un nuevo título: el de cooperar, según una vocación específica, para que la corredención se lleve a término. *Siente la responsabilidad de tu misión: te está contemplando el Cielo entero*⁴.

LA CORREDENCION de las almas. Una misión para la que nos vemos débiles e incapaces, llenos de

(3) *Camino*, n. 944.

(4) *De nuestro Padre*, n. 272.

miserias. Pero también los Apóstoles eran frágiles, y no reunían las condiciones suficientes para cumplir la misión que el Señor les confió, y a pesar de todo llevaron a cabo su tarea, porque en ellos obraba la gracia de Dios.

No depende el apostolado de nuestras condiciones naturales, sino de lo unidos que estemos a Jesucristo. *Yo soy la vid* —dice el Señor—, *vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer*⁵. Y comenta nuestro Padre: *ya tenéis en la imaginación y en el entendimiento la parábola entera. Veis que un sarmiento separado de la cepa, de la vid, no sirve para nada, no se llenará de fruto; es un palo seco, que se arroja al fuego o se emplea para arrear a las bestias; un palo sin valor que pisarán los hombres con desprecio*⁶.

Por el contrario, pegado a la cepa, el sarmiento da la fecundidad plena que está llamado a dar. *Hijo mío, tú eres el sarmiento. Saca todas las consecuencias: que tienes que estar unido a los que el Señor ha puesto para gobernar, que son la cepa, la vid a la que tienen que estar bien unidos los demás. Si no, no me darás fruto, o darás fruto de vanidad, o quizá totalmente de podredumbre; y en vez de alimentar a las almas, pudrirás todo y serás causa de corrupción y malicia, en lugar de ser objeto y ocasión de virtudes (...).*

(5) *Ioann.* XV, 5.

(6) *De nuestro Padre*, Meditación, 9-III-1962.

Sine me nihil potestis faceré (Ioann. XV, 5). *Tú debes convencerte de que si no sabes obedecer, no serás eficaz. Obedeciendo, estarás unido a Nuestro Señor. Y entonces te surgirá en el corazón el grito de Pablo: omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13). Unido por la obediencia a tus Directores, no habrá obstáculo que impida tu labor apostólica, y serás un buen hijo de Dios en el Opus Dei: vibrante, eficaz, trabajador, normal. Y darás fruto, un fruto con el que se hace ese vino que embriaga. Y ese vino que el sacerdote convierte en la Sangre de Cristo Señor Nuestro*⁷.

EL CONOCIMIENTO de la propia miseria, sabernos con los pies de barro, nos ayudará a vencer el peor enemigo de la vida interior y del apostolado: el desaliento. Los santos lo han vencido: aprendamos nosotros a vencerlo, actuando de modo sobrenatural, buscando el auxilio de Dios en los sacramentos y en las Normas, no confiando en las propias fuerzas, sino en el poder de Dios, que *no desampara a sus santos*⁸.

El barro de nuestra fragilidad no se romperá, si somos humildes, porque la humildad hace que la fuerza de Cristo nos sostenga: ser humildes es abrir la puerta de nuestra alma a la acción de Dios. Sólo así —humildes, sobrenaturales, obedientes— sere-

mos fuertes y eficaces; sólo así podremos cumplir esa misión corredentora que Cristo mismo nos ha confiado. *Echa lejos de ti esa desesperanza que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento... Pero, a la izquierda de esas negaciones, está Cristo... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!*⁹.

Corredención: Dios nos ha dado en la Obra todos los medios para llevar a término esa misión divina. *Yo quiero, dice también nuestro Padre, que te llenes de seguridad, que te persuadas de que, si quieres —como Dios te oye, te ama, te promete la gloria— tú, protegido por esta malla invisible, que es una gran coraza, de las Normas, del espíritu, de las Costumbres, del trabajo de nuestra Obra, te dispones a ser un hombre lleno de fortaleza, te dispones a ser un gran medio para extender la Obra de Dios en el mundo*¹⁰.

Pongamos estos deseos en manos de la Virgen Santísima, *Refugium nostrum et virtus*, refugio y fortaleza nuestra, para que los haga eficaces.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 9-IIM962.

(8) Ps. R. (I) (fó. XXXVI, 28).

(9) *Camino*, n. 473.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 2-III-1952.

101.

MIÉRCOLES

- Riqueza de formas de apostolado en la edificación de la Iglesia.
- Conjugar en todo momento lo local con lo universal.
- Manifestaciones concretas: en el apostolado y en la aportación de medios para su desarrollo.

HOY QUIERE darnos Jesucristo una lección de universalidad, de corazón grande, abierto a la humanidad entera. *En aquel tiempo* —nos cuenta San Marcos—, *Juan dijo a Jesús: Maestro, hemos visto a uno expulsando demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros. Jesús contestó: no se lo prohibáis, pues no hay nadie que haga un milagro en mi nombre y pueda a continuación hablar mal de Mí: el que no está contra nosotros, está con nosotros* K

La palabra de Dios debe llegar a todas las almas: *oíd esto todas las gentes, escuchad todos los que habitáis la tierra*². La misión de la Iglesia, siendo universal, se dirige a personas de todas las naciones y de todas las razas. Y es lógico que la lleve a cabo de modos "muy diversos, inspirados por el Espíritu de Cristo. *Muchas son las formas de apostolado con que los seculares edifican a la Iglesia y santifican el mundo,*

(1) Ev. (Marc. IX, 38-40).

(2) Ps. R. (II) 9 (Ps. XLVIII, 2).

*animándolo en Cristo*³, enseña el Concilio Vaticano II; y todas esas formas —cada una a su modo— contribuyen a manifestar la variedad y hermosura de la Iglesia Católica. Porque si *todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora ha puesto Dios en el cuerpo miembros y los ha colocado en él como le plugo. Que si todos fuesen un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Por eso ahora, aunque los miembros sean muchos, el cuerpo es uno*⁴. De la unión de los miembros sanos, cada uno en su sitio, resulta la salud total del cuerpo, que *trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad*⁵.

Ante el trabajo apostólico de los demás cristianos en servicio de la Iglesia, en el Opus Dei albergamos sentimientos de gozo: es *mal espíritu el tuyo* —nos dejó escrito nuestro Padre— si *te duele que otros trabajen por Cristo sin contar con tu labor*⁶. Por el contrario, *alégrate, si ves que otros trabajan en buenos apostolados. —Y pide, para ellos, gracia de Dios abundante y correspondencia a esa gracia.*

(3) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 16.

(4) I Cor. XII, 17-20.

(5) Ephes. IV, 16.

(6) Camino, n. 966.

*Después, tú, a tu camino: persuádate de que no tienes otro*⁷.

POR LA caridad y por la fe y por la esperanza, estamos unidos a todos los miembros de la Iglesia, nos alegramos con su éxitos en el servicio de Cristo, y trabajamos con todas nuestras fuerzas por la unidad del apostolado, siguiendo la recomendación de nuestro Fundador: *fomentad en vuestros corazones el afán de transmitir, con vuestra oración, un latido lleno de fortaleza que llegue a todos los lugares de la tierra, hasta el último rincón del planeta donde haya un hombre que gaste generosamente su existencia en servicio de Dios y de las almas. Porque, gracias a la inefable realidad de la Comunión de los Santos, somos solidarios —cooperadores, dice San Juan (III Ioann. 8)— en la tarea de difundir la verdad y la paz del Señor*⁸.

Nuestra condición de fieles cristianos, en plena unión con el Romano Pontífice y con los Obispos en comunión con la Santa Sede, nos lleva a enlazar íntimamente la preocupación por nuestra santidad, con el interés por el desarrollo y la vitalidad de toda la Iglesia. Sí, *con esa labor tuya —asegura nuestro Padre— contribuirás a que se extienda el reinado de Cristo en todos los continentes. Y se sucederán, una tras*

*otra, las horas de trabajo ofrecidas por las lejanas naciones que nacen a la fe, por los pueblos de oriente impedidos bárbaramente de profesar con libertad sus creencias, por los países de antigua tradición cristiana donde parece que se ha oscurecido la luz del Evangelio y las almas se debaten en las sombras de la ignorancia*⁹.

Ninguna tristeza y ninguna alegría de otros hermanos en la fe es ajena a nuestro corazón de fieles cristianos. De un modo especial, estamos vinculados con nuestros hermanos en la Obra, dentro del Cuerpo Místico de Cristo. Y los problemas del apostolado personal o de la labor en nuestra Región han de estar siempre subordinadas a las necesidades de toda la Obra, porque *la caridad tiene un orden y se debe amar más el bien común de muchos, que el bien privado de uno*¹⁰. Es necesario no perder la perspectiva universal. Por eso nuestro Padre dejó escrito, desde el principio, para que nunca lo olvidáramos: *No me hagáis "capillitas" dentro de vuestro trabajo. —Sería empequeñecer los apostolados: porque, si la "capillita" llega, ¡por fin!, al gobierno de una empresa universal... ¡qué pronto la empresa universal acaba en capillita!*¹¹.

NUESTRO sentido de responsabilidad hace que los miembros del Opus Dei sepan conjugar siempre lo

(7) *Camino*, n. 965.

(8) *Amigos de Dios*, n. 154.

(9) *Amigos de Dios*, n. 67.

(10) Santo Tomás, *In III Sent.*, d. 3, q. 1, a. 4 c.

(11) *Camino*, n. 963.

*local con lo universal: de esta manera es mayor la eficacia de la Obra*¹².

En la presencia del Señor podemos examinar ahora algunas manifestaciones concretas de esa responsabilidad. En el terreno apostólico se trata, por ejemplo, de que el apostolado que realicemos sea dirigido, integrado en la labor del Centro; que el Centro siga las directrices apostólicas para toda la Región; que cada apostolado se realice de la manera señalada por nuestro Fundador y por el Padre, viviendo esas indicaciones con fidelidad; que se trabaje mucho y unidos, en todos los lugares, por la intención mensual; que se encomienden sobre todo las intenciones del Padre.

Asimismo, hemos de tener la preocupación de conseguir los medios materiales necesarios para sacar adelante las labores apostólicas que la Obra mantiene en todo el mundo. Como explicaba nuestro Fundador, *el Opus Dei ha necesitado y pienso que necesitará siempre —hasta el fin de los tiempos— la colaboración generosa de muchos, para sostener las obras apostólicas: de una parte, porque esas actividades jamás son rentables; de otra, porque, aunque aumente el número de los que cooperan y el trabajo de mis hijos, si hay amor de Dios, el apostolado se ensancha y las demandas se multiplican*¹³.

No podemos quedarnos tranquilos porque haya-

(12) *De nuestro Padre*, n. 117.

(13) *Amigos de Dios*, n. 117.

mos cubierto nuestros gastos personales; hay que pensar —aquí también con espíritu y responsabilidad universal— en ser una ayuda efectiva para el Centro, para la Región, para la Obra entera, en la medida de nuestras posibilidades. *El verdadero emprendimiento lleva a ser muy generosos con Dios y con nuestros hermanos; a moverse, a buscar recursos, a gastarse para ayudar a quienes pasan necesidad. No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a los demás, por un motivo de caridad, y por un motivo de justicia*¹⁴.

La Virgen, que pasó largos años de su vida en un pequeño pueblo de Palestina, y es Madre de todos los hombres, Corredentora universal, nos enseñará a armonizar el apostolado local con la labor de conjunto de la Obra entera, a tener siempre una visión amplia y completa —sobrenatural, católica, romana— de nuestra misión.

(14) *Amigos de Dios*, n. 126.

102.

JUEVES

- Cristo nos ha dado ejemplo de caridad verdadera.
- Nuestra caridad se extiende a todos, y es apostólica.
- Caridad sobrenatural, que da vida a toda nuestra lucha, y que se manifiesta en pequeños detalles.

*CARÍSIMOS, si Dios nos amó de esta manera, también debemos amarnos unos a otros*¹. La manifestación y la prueba más grande del amor de Dios al hombre es la Encarnación de su Hijo. Y toda la vida de Jesús es un requerimiento continuo para que amemos a Dios y a nuestros hermanos los hombres.

Empezó el Señor por darnos ejemplo: *coepit facere et docere*². Y San Juan, el discípulo amado, nos transmite con palabras llenas de ternura una experiencia vivida: jamás olvidaría el Apóstol aquellas manifestaciones de cariño personal, concreto, del Señor. La misma noche en que había recostado su cabeza en el pecho de Cristo, oyó de sus labios el mandato del amor: *mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem*³: un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros. No se cansará San Juan de repetir a los cristianos ese mandamiento: *ésta es la doc-*

(1) I Ioann. IV, 11.

(2) Act. I, 1.

(3) Ioann. XIII, 34.

*trina que aprendisteis desde el principio, que os améis unos a otros (...). Nosotros conocemos haber sido trasladados de la muerte a la vida, en que amamos a nuestros hermanos (...). Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos mutuamente, conforme nos tiene mandado*⁴.

Cristo, con su muerte en la Cruz, nos da un ejemplo de amor que supera toda medida. *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dio su vida por nosotros, y por eso debemos nosotros dar la vida por nuestros hermanos*⁵. Esa caridad debe orientar todas nuestras acciones. Nuestra lucha diaria por adquirir las virtudes no puede ser algo egoísta, desligado del amor que debemos a Dios y en Dios a todos los hombres. *Busquemos aquellas virtudes* —nos dice san Juan Crisóstomo— *que, junto con nuestra salvación, aprovechan principalmente al prójimo (...). En lo terreno, nadie vive para sí mismo. El artesano, el soldado, el labrador, el comerciante, todos sin excepción contribuyen al bien común y al provecho del prójimo. Con mayor razón en lo espiritual, porque esto es sobre todo vivir. El que sólo vive para sí y desprecia a los demás, es un ser inútil, no es hombre, no pertenece a nuestro linaje*⁶.

En nuestro empeño eficaz por servir a los demás

(4) I Ioann. III, 11-14.

(5) *Ibid.*, 16.

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 77, 6.

verá el Señor si de veras le amamos. *La caridad (...)* no busca sus intereses⁷, sino el bien del prójimo.

EL AMOR verdadero se manifiesta principalmente en la preocupación porque todos se salven, en el afán apostólico. *El apostolado* —leemos en los documentos del Concilio Vaticano II— *se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia. Más aún, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo*⁸.

El Espíritu Santo, que va reproduciendo en nuestra vida los rasgos de Cristo, nos impulsa a amar a nuestros hermanos, por quienes el Señor dio su vida. *Nadie vio jamás a Dios*, nos dice San Juan; *pero si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su caridad será perfecta en nuestra vida. Y conoceremos que vivimos en El, y El en nosotros, en que nos ha comunicado su Espíritu. Nosotros fuimos testigos de vista y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo. Cual-*

*quiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios*⁹. Ahí radica la esencia del apostolado: en confesar, con las obras y con las palabras, que Jesús es el Hijo de Dios, y que su vida da sentido a la de todos los hombres. El amor es el fundamento de ese apostolado que, según nuestro espíritu, empieza por la amistad humana. *Si me preguntáis por los medios* —nos dice nuestro Padre—, *para obtener ese fin de caridad, os contestaré que los tenéis en nuestros modos apostólicos peculiares, que son manifestaciones naturales del espíritu sobrenatural de la Obra. Primero, como sabéis, la labor de amistad y de confidencia entre los jóvenes de todas las clases sociales, que son la esperanza, que ahora está cuajando, en la realidad de mañana.*

Luego, la práctica constante de las virtudes de la convivencia, ofreciendo a Dios con alegría, sin que se note, los roces inevitables con caracteres, mentalidades, gustos diversos: cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia supportantes invicem in caritate (Ephes. IV, 2); con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros con caridad.

No exageréis esas dificultades. Un alma contemplativa sabe ver a Jesucristo en los que le rodean, y no le cuesta soportar todo lo que sea molesto en la convivencia con sus hermanos los hombres. Más aun, soportar le parece poco: lo que quiere es edificar, imitar a Jesu-

(7) I Cor. XIII, 5.

(8) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(9) I Ioann. IV, 12-16.

*cristo con su caridad sin límites, con su capacidad de ceder y conceder en todo lo personal, en todo lo que no suponga ofensa de Dios*¹⁰.

Nunca puede parecerse excesiva cualquier renuncia, cualquier sacrificio que vaya en bien de otra persona. Cada alma es digna de todo el valor de la Pasión de Cristo, y —como dice el salmo— *muy grande es el precio de su rescate* ". Y al actuar así, nos asemejamos a Cristo, nos endiosamos. Por eso puede decir San Gregorio que nada tiene el hombre tan divino —tan de Cristo— como la mansedumbre y la paciencia para hacer el bien, pensando en las almas¹².

NUESTRA peculiar vocación nos lleva a buscar la santidad en el trabajo ordinario. *Para santificar vuestro trabajo* —nos dice nuestro Fundador— *es imprescindible que viváis, en todas vuestras ocupaciones terrenas, este mandato de Amor.*

El egoísmo lleva a cada uno a pensar en sí mismo, a orientarlo todo hacia su beneficio personal. Pero vuestro afán apostólico os tiene que empujar no sólo a vivir con extrema delicadeza la justicia, sino a excederos en la caridad. Que no os pase inadvertido nadie que esté a vuestro lado, que para todos tengáis

palabras de amistad, obras de servicio, llevando a la práctica el consejo del Apóstol: alter alterius onera pòrtate et sic adimplebitis legem Christi (Galat. VI, 2), llevad los unos las cargas de otros, y así cumpliréis la ley de Cristo.

Vivid vosotros, e infundid en los demás, ese espíritu. Manifestadlo en mil detalles de vuestra vida: en la atención con que escucháis a quien, tomando ocasión del trabajo, os hace partícipes de sus propios problemas; en la ayuda callada, que pasa incluso inadvertida, a quien se encontraba agobiado por no poder acabar su tarea; en el consejo desinteresado, que ayuda a vuestro compañero a mejorar su actividad ".

La promesa que hoy nos hace Jesús en el Evangelio, nos moverá a vivir con delicadeza la caridad, excediéndonos aun en los detalles más pequeños. Porque *cualquiera que os dé de beber un vaso de agua en mi nombre* —dice el Señor—, *porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa* ". Esta doctrina ha de estimularnos a mostrar nuestro amor a Dios con hechos muy concretos, buscando la ocasión de ser útiles, de proporcionar alegría a tantas personas que pueden recibir ayuda de nosotros. Al mismo tiempo, podemos pensar en todos esos aspectos en los que es fácil faltar a la caridad. Los juicios precipitados no han de tener cabida

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, nn, 69-70.

(11) *Ps. R.* (II) (p., XLVIII, 9).

(12) Cfr. San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 17, 9.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 27.

(14) *Ev. (Marc. IX, 41).*

en nosotros: *no admitas un mal pensamiento de nadie* —nos dice nuestro Padre—, *aunque las palabras u obras del interesado den pie para juzgar así razonablemente*¹⁵. De igual modo, debemos procurar que nuestra conversación refleje esa actitud interior de comprensión, de amor a todas las almas: *no hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate*¹⁶.

Nuestro amor es aún pequeño y la meta está muy alta: amar *como Yo os he amado* ", con el Corazón de Cristo. En nuestra oración de hoy pedimos al Señor que nos ayude a vivir mejor la caridad. Sabemos que, en la mayoría de los casos, se concretará sólo en pequeños detalles, en algo tan sencillo como una sonrisa, una palabra amable, una pequeña ayuda en el trabajo... *¿No has visto en qué "pequeneces" está el amor humano? —Pues también en "pequeneces" está el Amor divino*¹⁸. Todo esto es grande a los ojos de Dios, y aun el cariño humano está hecho de cosas pequeñas.

En la vida de la Virgen tenemos un modelo de caridad perfecta, y, a la vez, pocos hechos fuera de lo ordinario encontramos en su existencia terrena. Ella nos enseñará a vivir la caridad fina, delicada —¡grande!—, de las cosas pequeñas.

(15) Camino, n. 442.

(16) Camino, n. 443.

(17) Ioann. XIII, 34.

(18) Camino, n. 824.

103.

VIERNES

—Hemos de esforzarnos por agradar a Dios en todas las cosas.

—Luchar para cumplir la Voluntad del Señor, aunque no se tengan ganas.

—Confianza en los Directores, que nos ayudan a ser santos.

LA ORACIÓN de la Misa de hoy nos propone todo un programa de vida cristiana: *te pedimos, Dios todopoderoso, que el fruto de la contemplación constante de tus misterios sea cumplir de palabra y de obra cuanto te agrada* '.

La vida de Jesucristo en la tierra se gastó enteramente en el cumplimiento de la Voluntad divina: *mi alimento* —decía a sus discípulos— *es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra*². Y esto es lo que nos ha enseñado a hacer nuestro Padre, siguiendo las enseñanzas y el ejemplo del Señor, para alcanzar la santidad a la que Dios nos llama.

Hijos, recientemente en la Santa Misa he leído una oración que es, como siempre, una joya espléndida, labrada con el metal más precioso y adornada con las perlas más finas. Allí le pedimos al Señor: ut sem-

(1) Oral.

(2) Ioann. IV, 34.

per rationabilia meditantes, quae tibi sunt placita, et dictis exsequamur, et factis (Tom. VI post Epiph., OratJ, *que pensando siempre conforme a la recta razón, hablemos y obremos del modo que a Ti te agrada. Es maravillosamente cristiano pedir al Señor que nos dé la gracia de comportarnos como a El le gusta. ¿Y qué es lo que le agrada a Nuestro Padre Dios? Que seamos felices.*

Nosotros somos infelices cuando nos apartamos de El tontamente para seguir las apetencias del fomes peccati, que hay dentro de nosotros. Además están los atractivos de lo que llaman mundo, que no es el mundo que nosotros amamos apasionadamente; y después la labor constante del demonio, y los tirones que nos da para abajo la carne. Y eso toda la vida: a vuestra edad, hijos, tengáis los años que tengáis, y a la mía, que son setenta y dos cumplidos. Soy menos joven, y me pasa lo mismo que a vosotros. Si alguno pensara que habrá de llegar un momento en el que no necesitará luchar, y fuera ése el motivo por el que está en el Opus Dei, que se marche: en la Obra habrá de luchar siempre, con una pelea interior constante.

Hijos de mi alma, al presentaros este panorama de lucha, que no tiene otro fin que el de buscar agradar a Dios en todo, no quiero decir que el Señor os vaya a pedir siempre esfuerzos denodados; con su gracia, todo es fácil. Pero, además, lo corriente es que haya muchos momentos, temporadas

largas, en las que no encontremos especiales dificultades, porque nos damos cuenta de que la entrega vale la pena. Pero hay veces en que la triple concupiscencia —concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (I Ioann. //, 16)— nos ciega, nos ofusca, nos entonetece. Y entonces todo parece mal, y la alegría sentida en tantas ocasiones de ser holocausto, de quemarnos en el altar de Dios, al que nos acercamos cada día para fortalecer nuestra juventud, esa alegría desaparece³.

Hoy repetimos a Jesús, una vez más, que deseamos cumplir siempre y en todo la Santa Voluntad de Dios. Yo confío en tu misericordia, Señor; alegra mi corazón con tu auxilio, y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho⁴.

HEMOS de ir siempre adelante en nuestra vida de entrega, aunque no encontremos consuelos sensibles. Tener o no tener sentimientos, no nos ha de importar; lo que verdaderamente cuenta es que nuestra cabeza —y con ella, también el corazón— no pierda el camino hacia Dios.

Si el Señor nos da sentimiento, se lo agradecemos, porque eso nos facilita el cumplimiento de su voluntad, de sus mandamientos y consejos. A veces el Señor lleva a las almas como nosotros tratamos a

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 17-11-1974, en Crónica, 1974, pp. 914-916.

(4) Antif. ad Inlr. (Ps. XII, 6).

los niños. Es una comparación clásica entre los autores de ascética y mística cristiana, de todos los tiempos. A los niños pequeños se les alimenta con la leche de la madre, o con una papilla suave, con golosinas dulces y agradables: un bizcocho, pan muy blando... A nosotros, hijos, que, sin dejar de ser niños, somos también mayores y tenemos buenos dientes, Dios nos puede dar el manjar sólido de varones perfectos, de aquéllos que con el largo uso tienen ejercitados los sentidos en discernir el bien y el mal (Hebr. V, 14).

Luego no hemos de hacer las cosas por sentimiento. Si viene: ¡gracias, Dios mío!, porque me das esta devoción sensible que me facilita el cumplimiento del deber. Pero cuando falta, lo mismo: ¡gracias, Señor!, porque sé que cuento con tu ayuda para comportarme del modo que a Ti te agrada.

¿Es bueno desear el sentimiento? Malo no es. Pero evidentemente es más perfecto no pedirlo. Si Dios lo concede, agradecedlo; pero si lo echáis en falta, no lo pidáis. Tan bueno es tenerlo como carecer de él, con tal de que no dejemos de buscar en todo la voluntad del Señor. Además, hablando del sentimiento, nos exponemos a ir a parar a esas devociones raquílicas, poco cristianas, porque no están basadas en la Cruz, y que a nosotros nos podrían descaminar. Por eso yo evito decir que siento. A veces he escrito: sentimos esto..., porque es difícil encontrar una palabra más precisa. Pero por el contexto queda claro que no

hablo de una cosa sensible. La religión no es un sentimiento, ni la vida cristiana tampoco. Puede el Señor dar grandes alegrías, grandes fervores, grandes entusiasmos; y puede conceder también una sequedad imponente, ayudándonos así a transformarnos con la renovación de nuestro espíritu, a fin de acertar qué es lo bueno y lo más agradable y lo perfecto que Dios quiere (Rom. XII, 2).

Yo, hijos, siento cariño por vosotros. Pero insisto en que la vida interior no es sentimiento. Cuando vemos con claridad que vale la pena fastidiarse un día y otro, un mes y otro mes, y otro año, y la vida entera, porque nos aguarda después el Amor en el Cielo, ¡cuántas luces tenemos! Hay que remansar todo eso, hijos de mi alma. Hay que hacer en nuestra alma como un embalse que recoja todas esas gracias de Dios: la claridad, la luz, la dulzura de la entrega. Y cuando venga la oscuridad, la noche, la amargura, habrá que ir a lanzarse en medio de esas aguas limpias de la gracia del Señor. Aunque en ese momento esté ciego, yo veo; aunque esté seco, me sé regado por las aguas que salen desde el Corazón de Cristo hasta la vida eterna. Entonces, hijos míos, perseveraremos en la lucha⁵.

SI MANTENEMOS en el alma la claridad de que lo único que importa es cumplir la Voluntad de Dios,

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 17-1M974, en Crónica, 1974, pp. 916-917.

independientemente de las circunstancias en que podamos encontrarnos, siempre sabremos seguir el consejo de nuestro Padre: hablar con claridad en la dirección espiritual, sin ocultar nada.

Quizá alguno me diga: Padre, siempre nos repite que hemos de hablar con claridad. Y es que los únicos que tropiezan para no levantarse hasta que pasa mucho tiempo, cuando ya no tienen arreglo, son los que no hablan claro. A mí no me da vergüenza contar lo que me pasa por dentro. El que escucha está hecho de la misma pasta que yo; no es un ángel. Por lo tanto, conoce el mismo tirón de la carne, de la soberbia, de la vanidad; el mismo león rugiente —el diablo— le rodea, procurando devorarlo (cfr. I Petr. V, 8); y la parte degradada del mundo le combate, no porque sea propio del mundo ser malo, sino porque lo hemos deprimado nosotros, los hombres.

Quien considerase que la necesidad de combatir es algo excepcional, no cosa de todos los días, no podría ser admitido en el Opus Dei, porque no sería una persona corriente. Se le trataría con mucho cariño, pero procuraríamos esquivarle, ayudándole en lo que fuera posible. Quizá por eso, cuando alguno llega al punto de perder el camino, es que se ha olvidado de que tiene que vigilar, de que es una persona igual a las otras y que debería haber luchado como tal. A veces, esos hijos míos han estado esperando grandes prodigios de Dios, y la maravilla estupenda en la Obra es la normalidad, lo vulgar, lo ordinario, lo pequeño. ¡Qué ale-

gría cuando el Señor nos vuelve a iluminar con estas verdades!

Hijos, tened siempre mucha confianza en el Padre y en los que representan al Padre, que tienen una gracia muy particular del Señor para quereros mucho, para comprenderos, para disculparos, para ayudaros, para ser la fuerza que necesita vuestra debilidad. Como yo, en mi miseria, me veo fortalecido por vuestra virtud, por vuestra lucha vencedora, y algunas veces también vencida, pero siempre con dolor y con arrepentimiento.

No os dejéis arrastrar nunca por la tentación de pensar que los Directores os mandan o condicionan de alguna manera. ¿Cómo es posible que una persona inteligente se queje de que haya personas que gobiernen? El que no tiene Directores, tiene jefes, o una mujer que lo domina, o unos vecinos con los que se enfada, o el guardia municipal que no le permite echar las colillas por el suelo. Por eso yo querría que hicierais un propósito terminante, decidido: ¡Señor, quae tibi sunt placita, quae tibi sunt placita!

Cuando hacemos las cosas sólo para agradar a Dios, entonces ponemos más amor y más sacrificio. No se piensa en si tienen importancia material, ni mucha ni poca: la importancia se la damos nosotros, metiendo más cariño para agradar a Dios: Señor, yo no lo haría; pero esto, que es una cosa indiferente o buena, lo emprenderé por Ti. Y aquello, hijos, se convierte en una obra colosal. Los alquimistas de otros

*siglos trabajaron inútilmente por encontrar la piedra filosofal, que les permitiría convertir en oro todos los metales. Y nosotros convertimos en gloria del Cielo las cosas más materiales y menudas, porque Dios no deja de asistirnos para que, pensando siempre conforme a la recta razón, hablemos y obremos de modo que siempre le agrademos*⁶.

La Santísima Virgen no tuvo en su vida otro móvil que cumplir abnegadamente la Voluntad de Dios. En sus manos ponemos, para que lo fortalezca, el propósito de este rato de oración.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 17-11-1974, en Crónica, 1974, pp. 917-919.

104.

SÁBADO

—De la filiación divina procede el sentirnos pequeños, delante de Dios.

—Vida de infancia espiritual.

—Tratar a Dios con la audacia de los niños.

EL BAUTISMO fue nuestro primer encuentro con Jesucristo. Nacimos a la vida de la gracia. Se nos dio el *poder de llegar a ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, no de deseo de varón, sino de Dios*¹.

Nuestra vida en la Obra es un desarrollo de esa semilla de la gracia, es crecimiento en santidad, hasta llegar a la plenitud, al *estado de varón perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo*². Pero ese desarrollo, la madurez sobrenatural que hemos de alcanzar, comprende otro aspecto sólo aparentemente contradictorio: ser muy niños. *No es la Obra un conjunto de tareas de apostolado para gente menuda: es trabajo esforzado de cristianos adultos, que procuran comportarse como niños delante de Dios*³.

Es fácil considerarse pequeño, ante la inmensidad del poder de Dios; pero, además de pequeños, hemos de sentirnos hijos de Dios. *Delante de Dios,*

(1) *Ioann.* I, 12-13.

(2) *Ephes.* IV, 13.

(3) De nuestro Padre, Carta, 14-11-1974, n. 4.

*que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. —Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides*⁴. De este modo trataremos al Señor como se trata a un Padre, nos acercaremos a El con confianza, no nos sentiremos empujados por su poder, sino engrandecidos, porque el poder del padre es seguridad para el hijo.

Somos hijos de Dios y a El acudimos cuando cometemos errores. En Dios sólo encontramos motivos de amor, de confianza. *Porque el nuestro es camino de amor. Recuerdo el desasosiego con que entré en la celda de un convento, en cuya puerta había un rótulo que decía: et in timore Dei sit tibi gloriatio (Eccli. IX, 22), contaba nuestro Padre. No entiendo otro temor que no sea el del hijo, que sufre porque ha disgustado a su padre: no tememos de otro modo a Dios que es Padre nuestro*⁵. Jesucristo nos lo ha hecho ver en la parábola del hijo pródigo. *Sintámonos hijos de Dios, para volver a El con agradecimiento, seguros de ser recibidos por nuestro Padre del cielo (...).*

Filiación divina, pues. Con esa creencia maravillosa no perdemos la serenidad, para sentirnos seguros; para volver, si es que nos hemos descaminado en alguna escaramuza de esta lucha diaria —aun cuando hubiese sido una derrota grande—, ya que por nuestra debilidad podemos descaminarnos, y de hecho nos des-

(4) *Camino*, n. 860.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 68.

*caminamos*⁶. De este modo, siempre iremos adelante, alcanzaremos la santidad a la que Dios nos llama.

EN CIERTA ocasión, *le presentaban a Jesús unos niños para que les impusiera las manos; pero los discípulos les reñían. Al verlo Jesús se enfadó y les dijo: dejad que los niños se acerquen a Mí, y no se lo impedáis, porque de éstos es el Reino de Dios. En verdad os digo: quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él*⁷.

La vida de nuestro Padre, la historia de la Obra, constituye una aplicación práctica bien concreta de esta enseñanza de Jesucristo. *Cuando contemplo el sendero que hemos recorrido desde 1928 —escribió nuestro Fundador en una de sus Cartas—, me veo, hijos míos, como un niño pequeño delante de un Padre buenísimo. A un niño pequeño no se le dan cuatro encargos de una vez. Se le da uno, y después otro, y otro más cuando ha hecho el anterior. ¿Habéis visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ése otro ahí, y aquel rojo más allá... Y al final ¡un castillo! Pues así, hijos míos, así veo yo que me ha ido llevando el Señor ludens coram eo omni tempore: ludens in orbe terrarum (Prov. VIII, 30 y 31), como en un juego divi-*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 60.

(7) *Ev. (Marc. X, 13-15).*

no. Y al final de este maravilloso juego ¿no veis qué fortaleza más hermosa ha salido?: opus sanctum, bonum, pulchrum, amabile!; una Obra suya, con todo este colorido, con toda esa variedad de formas y perfiles, que son reflejo de la Bondad de Dios⁸.

El Señor nos pide que le ofrezcamos pequeñas cosas. ¿Acaso puede hacer más un niño? A veces quisiéramos llevar a cabo grandes hazañas, nos cansamos de luchar siempre en lo mismo; nuestras pequeñas mortificaciones, nuestra actividad sin relieve, a veces nos parece estéril. Soñamos quizá, y en ese sueño de grandeza, echamos en olvido la realidad más inmediata, el camino de nuestra santidad. Olvidamos que somos niños pequeños y que es Dios quien hará cosas grandes si perseveramos con fidelidad: bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en lo poco, te daré mucho⁹.

El milagro de la Obra consiste en saber hacer, de la prosa pequeña de cada día, endecasílabos, verso heroico.

Muy claro está, pues, nuestro camino: las cosas pequeñas. Se puede comparar nuestra vida, siendo nosotros hombres duros y fuertes, a la de un niño pequeño —lo habréis visto tantas veces— a quien llevan de paseo por el campo, y recoge una florecilla, y otra, y otra. Flores pequeñas y humildes, que pasan inadvertidas a los grandes, pero que él —como es niño— ve, y

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 2.

(9) *Matth.* XXV, 23.

*las reúne hasta formar un ramillete, para ofrecerlo a su madre, que le mira con mirada de amor*¹⁰.

*Te estoy diciendo cosas recias, hijo mío; no te digo bobadas. Delante de nuestro Padre Dios, tú y yo somos una criaturilla de nada. Esto te pide Dios: esa violeta escondida. Tu sonrisa, tu caridad para tu hermano, tu sacrificio. Morir cada día un poco; hacer más agradable la vida a los apóstoles, tus hermanos*¹¹.

*SER PEQUEÑO: las grandes audacias son siempre de los niños. —¿Quién pide... la luna? —¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?*¹².

Por su parte, los padres aman entrañablemente, y como por necesidad, a sus hijos. Saben lo que les hace falta, conocen sus inclinaciones, prevén con amorosa providencia los peligros. El padre o la madre llevan de la mano a su hijo, cuando el chiquillo da con dificultad sus pasos temblorosos. Y el niño que apenas razona todavía, se siente protegido y seguro como por instinto, y se abandona en los fuertes brazos de su padre. Como un niño hemos de desconfiar de nuestras propias fuerzas y, al mismo tiempo, entender que Dios es nuestro Padre, que lo sabe todo, que nos quiere mucho, que lo puede todo.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1930, nn. 12-13.

(11) De nuestro Padre, *Meditación*, 19-11-1958.

(12) *Camino*, n. 857.

*En medio de la complejidad de la vida, y porque tampoco nos conocemos a nosotros mismos, ignoramos lo que realmente nos conviene, según las palabras de la sabiduría: "los pensamientos de los hombres son inseguros y nuestros cálculos muy aventurados" (Sap. IX, 14). Por eso necesitamos ser dirigidos y protegidos por Dios, que todo lo conoce y puede*¹³. Nos abandonamos en su Voluntad. Somos tan pequeños, que no sabemos siquiera pedir lo que nos conviene; confiamos en que nos dará todo lo que necesitamos. *Guárdame, Señor, como a la niña de tus ojos; al abrigo de tus alas ampárame*¹⁴.

Pero no por eso dejamos de pedir. Los padres quieren que sus hijos les pidan cosas, y tienen por desamor que no recurran a ellos en las necesidades. Dios quiere que, pidiendo, veamos su amor y nuestra insuficiencia. *Si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra?; o si pide un pez, ¿le dará en lugar de pez una serpiente?; o si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los Cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden!*¹⁵. *No es posible hablar de no recibir tratándose de Dios* —comenta San Juan Crisóstomo—, *porque, tanto como la bondad supe-*

(13) Santo Tomás, *S. Th.* MI, q. 109, a. 9.

(14) *Ps.* XVI, 8.

(15) *Luc.* XI, 11-13.

*ra a la maldad, así su amor supera al de todos los padres*¹⁶.

Y pediremos con perseverancia. *Un niño que llama a una puerta, llama una y dos veces, y muchas veces..., y fuerte y largamente, ¡con desvergüenza! Y quien sale a abrir ofendido, se desarma ante la sencillez de la criaturita inoportuna... —Así tú con Dios*¹⁷. Y si el Señor no nos lo concede, nos alegramos igual que si lo hubiéramos recibido, porque entonces vemos también la mano del Padre del Cielo. *¿Pediste y no recibiste? —dice San Agustín—. Fíate del padre; si te conviniera, te lo habría dado*¹⁸.

El niño pide con desvergüenza, sin recelos. Y a nosotros nos conviene ser niños. *Niños que hacen una oración de infancia y puerilmente dicen al Señor: estoy, sin Ti, como rabo sin perro. Porque nada tiene para nosotros sentido sin las luces del amor de Dios y, sin embargo, con ellas, lo divinizamos todo y apenas distinguimos lo temporal de lo espiritual*¹⁹.

Acudamos a Nuestra Madre del Cielo, y pidámosle su ayuda para tratar a Dios como hijos pequeños, como Jesús la trató durante la infancia en Nazaret.

(16) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 23, 5.

(17) *Camino*, n. 893.

(18) San Agustín, *Sermo* 80, 7.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 68.

105.

DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

—Nos llama el Señor al desprendimiento de las cosas de la tierra.

—El desprendimiento nos lleva al abandono en las manos de Dios.

—La filiación divina es fundamento de ese desprendimiento y de ese abandono.

EN AQUEL tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: nadie puede servir a dos señores (...). No podéis servir a Dios y a las riquezas¹. Nos ha llamado Dios a su servicio y quiere que nos santifiquemos en nuestro trabajo ordinario, en medio de la calle, como cristianos corrientes. Esto implica la necesidad por nuestra parte de tener y de usar cosas materiales, medios económicos, instrumentos de trabajo, que se precisen para cumplir nuestro fin.

Pero conoce el Señor la situación de nuestra naturaleza caída; sabe que, con demasiada frecuencia, nuestro corazón se apega a los bienes materiales que El mismo creó, que puso en nuestro servicio para que nuestro apostolado fuese más eficaz. Conocemos por experiencia el peligro, y lo vemos todos los días en el mundo que nos rodea. Muchos hombres —nos recuerda el Concilio Vaticano II— *parecen guiarse*

por la economía, de tal manera que casi toda su vida personal y social está teñida de cierto espíritu materialista². Piensan que su felicidad está en los bienes económicos y se llenan de ansiedad por adquirirlos y, a veces, aun de envidia y de odio.

Hemos de vigilar para que nuestro corazón no esté dividido. Y esto ocurriría si desordenadamente diésemos entrada a las cosas de la tierra, como si fuesen un fin, y no un medio. Debemos estar atentos, porque tendemos a apegarnos incluso a las pequeñas cosas que utilizamos todos los días en el servicio de Dios.

Si queréis actuar a toda hora como señores de vosotros mismos, os aconsejo que pongáis un empeño muy grande en estar desprendidos de todo, sin miedo, sin temores ni recelos. Después, al atender y al cumplir vuestras obligaciones personales, familiares..., emplead los medios terrenos honestos con rectitud, pensando en el servicio a Dios, a la Iglesia, a los vuestros, a vuestra tarea profesional, a vuestro país, a la humanidad entera. Mirad que lo importante no se concreta en la materialidad de poseer esto o de carecer de lo otro, sino en conducirse de acuerdo con la verdad que nos enseña nuestra fe cristiana: los bienes creados son sólo eso, medios. Por lo tanto, rechazad el espejuelo de considerarlos como algo definitivo: no queráis amontonar tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consu-

(1) Ev. (A) (Matth. VI, 24).

(2) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 63.

men y donde los ladrones los desentierran y roban; atesorad en cambio bienes en el cielo, donde no hay orín, ni la polilla los consume, ni tampoco ladrones que los descubran y los roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón (Matth. VI, 19-21)³.

*POR ESO os digo: no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿Acaso no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que vestido?*⁴.

Jesús habla a personas con alma y cuerpo, conoce sus necesidades y problemas ordinarios, sus afa- nes diarios, y los comprende. Pero les llama a levantar el corazón a Dios, al abandono de toda su vida en los brazos de Nuestro Padre celestial. Y nos propone ejemplos convincentes: *fijaos en las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas?*⁵.

En la Obra tenemos mucha experiencia de la verdad de estas palabras del Señor. *En los primeros años, carecíamos hasta de lo más indispensable. Atraídos por el fuego de Dios, venían a mi alrededor obreros, menestrales, universitarios..., que ignoraban la estrechez y la indigencia en que nos encontrábamos, porque siempre*

(3) *Amigos de Dios*, n. 118.

(4) Ev. (A) (Matth. VI, 25).

(5) *Ibid.*, 26.

*en el Opus Dei, con el auxilio del Cielo, hemos procurado trabajar de manera que el sacrificio y la oración fueran abundantes y escondidos. Al volver ahora la mirada a aquella época, brota del corazón una acción de gracias rendida: ¡qué seguridad había en nuestras almas! Sabíamos que, buscando el reino de Dios y su justicia, lo demás se nos concedería por añadidura (cfr. Luc. XII, 31). Y os puedo asegurar que ninguna iniciativa apostólica ha dejado de llevarse a cabo por falta de recursos materiales: en el momento preciso, de una forma o de otra, nuestro Padre Dios con su Providencia ordinaria nos facilitaba lo que era menester, para que viéramos que El es siempre buen pagador*⁶.

Al hilo de estas palabras de nuestro Fundador, hemos de hacer examen: ¿tengo el corazón apegado a algo de aquí abajo? ¿Pierdo la serenidad ante los inconvenientes normales que se presentan en mi vida? ¿Me inquieto como si todo dependiese de mí, o me abandono confiadamente en los brazos de mi Padre Dios?

Si el esfuerzo por conseguir los medios necesarios para sostenernos no nos lleva a Dios; si nos hace descuidar la caridad, si perdemos la presencia de Dios, hemos de tomar medidas urgentes. Porque, nos pregunta Jesús, *¿quién de vosotros, por mucho que cavile, puede añadir un solo codo a su edad?*⁷. La eficacia de nuestra vida depende, no del esfuerzo mera-

(6) *Amigos de Dios*, n. 117.

(7) Ev. (A) (Matth. VI, 27).

mente humano, sino de la unión con Dios. Por eso sería un buen propósito de esta conversación con Jesús ofrecerle todo el trabajo de hoy, y decirle que trataremos de tenerle presente, de contar con su ayuda en todas las actividades que llevamos a cabo.

*NO ANDÉIS, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas estas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados*⁸.

No dijo, comenta San Juan Crisóstomo, "porque Dios sabe", sino "porque sabe vuestro Padre". Y así les infunde una confianza mayor. Porque, si es Padre —y tal Padre— no podrá abandonar a sus hijos cuando los ve necesitados⁹. La filiación divina es el fundamento de la paz íntima que hemos de tener; filiación que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad¹⁰. Y nuestro Fundador nos ha enseñado a repetir filialmente, muchas veces, aquella jaculatoria: *omnia in bonum!* Todo contribuye al bien de los hijos de Dios.

Aparte de lo que ya nos ha dicho, el Señor nos da todavía un motivo más para que tengamos confianza:

(8) *Ibid.*, 31-32.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 22, 2.

(10) *Catecismo*, 5ª ed., n. 62.

"buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Matth. VI, 33). *Cuando ha librado al alma de toda inquietud, Cristo le recuerda el Cielo. El había venido, en efecto, para destruir lo antiguo y llamarnos a una patria mejor. Por eso, no deja piedra por mover para librarnos del cuidado de lo superfluo y para desprendernos de nuestro desordenado amor a la tierra (...). No hemos nacido para comer y beber, y vestir lujosamente, sino para agradar a Dios y alcanzar los bienes eternos. Y puesto que aquello ha de ser secundario en nuestro empeño, lo será también en nuestra oración*".

Esta ha de ser nuestra actitud. No buscamos nada terreno, sino la gloria de Dios; y con ese desprendimiento la eficacia apostólica es segura. *¡Se ha cumplido tantas veces en nuestra vida aquel diálogo de Jesús con sus discípulos!: cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿os faltó alguna cosa? Y ellos respondieron: nada (Luc. XXII, 35 y 36). ¡A cuántos hermanos vuestros envié yo, a comenzar nuestro trabajo por todo el mundo, solamente con una imagen de la Virgen, Nuestra Madre, y mi bendición! Y nunca nos faltó el Señor. Podemos decir de verdad que nuestra riqueza es nuestra pobreza*¹².

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 22, 3.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 75.

106.

LUNES

—Para seguir los pasos de Jesús hay que estar desasidos de todas las cosas.

—El desprendimiento nos da libertad para mejor servir a Dios.

—Amar las consecuencias de este desprendimiento.

LA LITURGIA nos recuerda hoy la historia de aquel muchacho que se acerca un día a Jesucristo, y *le dice*: Maestro, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna? (Matth. XIX, 16). *Y el Señor le responde*: *serva mandata, guarda los mandamientos. Contestación del muchacho*: quae?, ¿qué mandamientos? *El Señor se los enumera, y vuelve a contestar el chico, que era un hombre limpio*: todos los he guardado desde mi niñez (Matth. XIX, 20). *Entonces el Señor lo mira... Lo haría con una mirada de cariño intenso, porque, vosotros, ¿os habéis imaginado cómo sería la mirada de Jesús? (...).*

La mirada de Cristo... A este muchacho lo miraría con amor, con cariño, con simpatía, porque era un hombre limpio: si vis perfectus esse, si quieres ser más perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme (Matth. XIX, 21). *Y aquí empieza el fracaso*. Corazones partidos yo no los quiero; *éste lo partía con el dinero. Parecía un corazón incapaz de partirse, y no señor*: abiit tristis (Matth. XIX, 22), *se apartó de*

Jesucristo, marchándose triste, cabizbajo. Yo me lo imagino fracasado. Un hombre con energía, un hombre que tenía todas las condiciones para responder, y fue cobarde...

Jesucristo pasa. Puede pasar en estos días a vuestro lado; y si no, habrá pasado ya; y si no, pasará a la vuelta del tiempo como pasó cerca de mí. ¡Qué pena! Parece que tenemos capacidad para dar el corazón entero, y luego resulta que queremos compartirlo con otros afanes que no son Jesucristo¹.

Un corazón que ame desordenadamente las cosas de la tierra está como sujeto por una cadena que le impide volar a Dios. ¡Qué libertad y qué plenitud proporciona, en cambio, el desprendimiento! Sin duda, *nada hace tan animosa a una persona como verse libre de cuidados y preocupaciones, y lograr tener a Dios consigo, de manera que sea todo para Él².*

Para el alma desprendida, basta sólo Dios: todo lo demás ha de ser medio, instrumento para amar y para servir a Dios; jamás un obstáculo a la santificación. Por eso —especialmente nosotros, que hemos de santificarnos en medio del mundo— hemos de vivir con gran delicadeza el desprendimiento, aunque cueste. Advertía nuestro Padre que *al llegar el sacrificio, hay muchos que se rompen, que se vuelven atrás, que son cobardes, que son viles... Pero el Señor sabe la*

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en Catequesis en América II, pp. 112-113.

(2) San Juan Crisóstomo, In Matthaeum homiliae 32, 4.

*pasta de que estamos hechos. Por tanto, hijos míos, ha puesto a nuestro alcance todos los medios. No nos pide tareas imposibles. A cada uno le pide una distinta, y le da todos los medios*³.

DESPRÉNDETE de las criaturas hasta que quedas desnudo de ellas. Porque —dice el Papa San Gregorio— el demonio nada tiene propio en este mundo, y desnudo acude a la contienda. Si vas vestido a luchar con él, pronto caerás en tierra: porque tendrá de donde cogerte *. Si, por el contrario, vamos internamente despojados de todo y llenos de Dios, los ataques del enemigo serán inofensivos: no encontrará complicidad alguna; un alma de Dios es inexpugnable a los engaños y seducciones, a las apariencias de bien, a los espejuelos de felicidad.

En el trabajo ordinario, en los quehaceres de la vida corriente, buscamos la santidad y el apostolado, con lucha decidida para desprendernos de lo que, dejando de ser medio, se haya hecho obstáculo. *Cristo resucitado, glorioso, se ha despojado de todo lo terreno. Piensa tú de qué tienes que despojarte*⁵ —nos dice nuestro Padre—, para lograr esa resurrección interior, ese renacimiento a una vida más sobrenatural.

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en Catequesis en América II, p. 113.

(4) *Camino*, n. 149.

(5) De nuestro Padre, Crónica V-63, p. 65.

No olvidemos que *Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza*⁶. Si viviéramos más confiados en la Providencia divina, seguros —¡con fe recia!— de esta protección diaria que nunca nos falta, cuántas preocupaciones o inquietudes nos ahorraríamos. Desaparecerían tantos desasosiegos que, con frase de Jesús, son propios de los paganos, de los hombres mundanos (Luc. XII, 30), de las personas que carecen de sentido sobrenatural. Querría, en confidencia de amigo, de sacerdote, de padre, traeros a la memoria en cada circunstancia que nosotros, por la misericordia de Dios, somos hijos de ese Padre Nuestro, todopoderoso, que está en los cielos y a la vez en la intimidad del corazón; querría grabar a fuego en vuestras mentes que tenemos todos los motivos para caminar con optimismo por esta tierra, con el alma bien desasida de esas cosas que parecen imprescindibles, ya que ¡bien sabe ese Padre vuestro qué necesitáis! (Luc. XII, 30), y *El proveerá. Creedme que sólo así nos conduciremos como señores de la Creación* (cfr. Gen. I, 26-31), y evitaremos la triste esclavitud en la que caen tantos, porque olvidan su condición de hijos de Dios, afanados por un mañana o por un después que quizá ni siquiera verán⁷.

Todo palidece ante la hermosura del Señor. Por eso, ninguno de los que se han enamorado de la po-

(6) *Allel.* (II Cor. VIII, 9).

(7) *Amigos de Dios*, n. 116.

breza —dice San Juan Crisóstomo— querría hacerse rico (...). Los seguidores de Cristo viven contentos y se gozan de su pobreza, más que los reyes de su diadema⁸. Tienen a Dios, y lo tienen todo; nada les falta. El alma del pobre —del pobre voluntario— resplandece como el oro, brilla como una perla, florece como una rosa. ¿Queréis contemplar la belleza de esta alma? ¿Queréis saber la riqueza de la pobreza? (...). El pobre no tiene un tesoro, pero tiene el cielo (...). Se ríe de la realeza del oro y de todas las cosas semejantes, como de juguetes de chiquillos (...). ¿Qué falta le hacen a quien tiene a Cristo?⁹

¡Quién me diera no tener más atadura que tres clavos ni más sensación en mi carne que la Cruz!¹⁰

QUEREMOS poner un gran empeño para alcanzar un total desprendimiento, siempre y en todas las cosas. Caminando por el mundo con el señorío de quien maneja esas cosas de la tierra, con amor, pero sin someterse a ellas, sin permitir que le esclavicen por un momento, ni siquiera en detalles insignificantes.

Tenemos que gozar de la bienaventuranza del Reino de Dios que Cristo aseguró a los pobres, sién-

dolo efectivamente, por amor a Cristo. Pero *no basta querer ser pobre. Hay que aprender a ser pobre* ".

Hay unas señales inequívocas del verdadero desasimiento: *no tener cosa alguna como propia; no tener cosa alguna superflua; no quejarse cuando falta lo necesario... Cuando se trate de elegir, lo más pobre, lo menos simpático¹²*, porque, si decimos con verdad que amamos la virtud cristiana de la pobreza, amaremos también sus consecuencias.

Y este desprendimiento, presupuesto para seguir de cerca a Jesucristo, debemos vivirlo según nuestro espíritu, en el cuidado de los elementos materiales que usamos: efectos personales, ropa, mobiliario, instrumentos de trabajo...; haciendo que nuestros gastos estén presididos por el criterio claro que nos ha dado nuestro Fundador: *nosotros somos padres de familia numerosa y pobre¹³*. De este modo, *si en algún momento experimentas en tu carne el peso de la indigencia, no te entristezcas ni te rebeles; pero, insisto, procura emplear todos los recursos nobles para superar esa situación, porque obrar de otra forma sería tentar a Dios. Y mientras luchas, acuérdate además de que omnia in bonum!, todo —también la escasez, la pobreza— coopera al bien de los que aman al Señor (cfr. Rom. VIII, 28); acostúmbrate, ya desde ahora, a afrontar con alegría las pequeñas limitaciones, las in-*

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 38, 3-4.

(9) *Ibid.* 47, 4.

(10) *Camino*, n. 151.

(11) *De nuestro Padre*, n. 40.

(12) *De nuestro Padre*, Crónica X-62, p. 18.

(13) *De nuestro Padre*, Crónica X-62, p. 13.

*comodidades, el frío, el calor, la privación de algo que consideras imprescindible, el no poder descansar como y cuando quisieras, el hambre, la soledad, la ingratitude, la incompreensión, la deshonra...*¹⁴.

*Solamente en Dios descansa mi alma, porque de El viene lo que espero*¹⁵. No tenemos nuestra esperanza puesta en cosas terrenas, no podemos poner el corazón en nada caduco. Con esta convicción, pedimos a la Virgen que nos ayude a imitar a Cristo, que *siendo rico se hizo pobre por nosotros*¹⁶, y *no tenía donde reclinar su cabeza*¹⁷; que nos alcance la gracia de un efectivo desasimiento, sin atenuantes, en medio del mundo.

(14) *Amigos de Dios*, n. 119.

(15) *Ps.* LXI, 2.

(16) *II Cor.* VIII, 9.

(17) *Luc.* IX, 58.

107.

MARTES

—El espíritu que Cristo ha querido para su Obra es fuente de paz.

—La paz y la lucha ascética.

—Entrega serena y alegre a la divina voluntad.

LA PRESENCIA de Cristo trae siempre consigo un ambiente de paz. El mismo tiene por nombre *Príncipe de la Paz*¹. Su nacimiento es —lo recuerdan los Angeles en su cántico— un anuncio de *paz en la tierra para los hombres de buena voluntad*². En su vida pública Jesús dirá: *bienaventurados los pacíficos*³. Los discípulos que predicán en su nombre se han de presentar como portadores de la paz; y a quienes reciban su mensaje salvador, el Señor les llama *hijos de la paz*⁴. Cuando resucita no tiene para sus Apóstoles, que le han abandonado, palabra alguna de recriminación o reproche; como otras veces les dice: *la paz sea con vosotros; soy yo, no temáis*⁵.

La presencia de Cristo en nuestras vidas es fuente de una paz serena e inalterable. *Cuando un alma está entregada de verdad, no deja de ver, aun en los*

(1) *Isai.* IX, 6.

(2) *Luc.* II, 14.

(3) *Matth.* V, 9.

(4) *Luc.* X, 6.

(5) *Luc.* XXIV, 36.

*momentos de mayor trepidación, que Nuestro Padre del Cielo está siempre cerca, a su lado, con cariño infinito*⁶, dando serenidad sobrenatural para afrontar cualquier acontecimiento.

El Señor comunica esa paz como uno de los frutos de su llamamiento. Y si sabemos ser generosos, la paz estará permanentemente viva en nuestra alma. Por eso, en la Obra, sabernos hijos de Dios, que nos ama más que todos los padres y madres de la tierra juntos, nos da la inmensa seguridad de que nada realmente malo puede sucedernos.

*Hijos e hijos míos, desde que ponéis los pies en el Opus Dei —y al Opus Dei lo extenderá el Señor, como una bendición suya, por todo el mundo— debéis sentir siempre en vuestro corazón este grito, que tengo como esculpido en mi alma: omnia in bonum!, todo es para bien. Es San Pablo el que nos da esta doctrina de serenidad, de alegría, de paz, de filiación con Dios: porque el Señor nos ama como un Padre, y es sapientísimo y todopoderoso: omnia in bonum! (cfr. Rom. VIII, 28)*⁷. Nada en la tierra nos robará la paz, porque todo lo ha dispuesto el Señor para nuestro bien.

DESDE que entregamos al Señor la vida entera, sin regatearle nada, impulsados por un amor filial, para nosotros todo queda unido y ordenado a la luz

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 29-VII-1965, n. 60.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 34.

de la filiación divina. Como consecuencia de ese orden sereno y firme de nuestro corazón, la paz preside nuestra existencia. Y no habrá dificultad, por grande que sea, que pueda enturbiarla, porque —como dice el Apóstol— *si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?*⁸.

*¿Y qué es la paz? La paz es algo muy relacionado con la guerra. La paz es consecuencia de la victoria. La paz exige de mí una continua lucha. Sin lucha no podré tener paz*⁹.

La paz que Cristo nos ofrece no es una quietud cómoda y egoísta, sino fruto del sacrificio y la generosidad. No es una tranquilidad cobarde, hecha de miedosas transigencias con nosotros mismos y con el ambiente. En este sentido, el Señor ha podido decir: *no he venido a traer la paz, sino la guerra*¹⁰. Y nuestro Padre comenta: *pocos comprenden que, para tener la paz, se necesita tener la guerra. Primero la guerra con nosotros mismos, cada uno consigo mismo, con nuestras pasiones. ¿No tenéis esa experiencia, esa lucha de Cristo, que consiste en saberse vencer, en prepararse para ser almas de servicio?*¹¹.

Si queremos alcanzar la paz, hemos de ser valientes a la hora de la lucha ascética. *¡Qué sabores de*

(8) *Rom.* VIII, 31.

(9) *Camino*, n. 308.

(10) *Matth.* X, 34.

(11) De nuestro Padre, *Tertulia*, 31-XII-1969, en *Crónica*, 1970, p. 151.

hiél y de vinagre, y de ceniza y de acíbar! ¡Qué paladar tan reseco, pastoso y agrietado! —Parece nada esta impresión fisiológica si la comparamos con los otros sinsabores de tu alma.

—Es que "te piden más" y no sabes darlo. —Humíllate: ¿quedaría esa amarga impresión de desagrado, en tu carne y en tu espíritu, si hicieras todo lo que puedes? ⁿ.

Con ánimo filial luchemos en nuestra vida interior, en esa lucha ascética que nos llena de optimismo y de alegría, de paz y de esperanza ¹³, agradeciendo al Señor que nos haya descubierto el fundamento de ese *gaudium cum pace*, de esa paz alegre que desea para todos sus hijos.

También la labor apostólica requiere lucha, para conseguir la paz de Cristo en el reino de Cristo ^H. Queremos que la Cruz triunfe de sus enemigos, para que el mundo se pacifique. Es nuestra guerra divina —nos dice nuestro Fundador— una maravillosa siembra de paz ¹⁵.

Pero sabemos que la paz sólo tendrá perfecto cumplimiento en el Cielo. El sosiego en esta tierra es sólo un comienzo, un anuncio imperfecto de la paz plena y perfecta que nos aguarda, como premio de la

(12) *Camino*, n. 201.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 20.

(14) *Camino*, n. 301.

(15) De nuestro Padre.

victoria en nuestra batalla de amor, de santidad personal y apostolado. En verdad os digo —nos dice el Señor en la Misa de hoy— que no hay nadie que habiendo dejado casa, hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, no reciba en esta vida más en casa, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna ¹⁶. Y comenta nuestro Padre: ¡a ver si encuentras, en la tierra, quien pague con tanta generosidad!¹⁷.

CRUZ, TRABAJOS, tribulaciones: los tendrás mientras vivas. —Por ese camino fue Cristo, y no es el discípulo más que el Maestro ¹⁸. Encontrar el dolor en el camino del Cielo, no ha de llevarnos a perder la paz. Tenemos un medio seguro para lograrlo, que es amar en todas esas cosas la Voluntad de Dios. Por esta causa, escribe San Pablo, yo siento satisfacción en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por amor de Cristo ¹⁹.

Nuestro Padre nos lo señaló con su ejemplo, cuando ante el dolor y la tribulación rezaba, y enseñaba a rezar: *hágase, cúmplase, sea alabada y eterna-*

(16) *Ev. (Marc. X, 29-30)*.

(17) *Camino*, n. 670.

(18) *Camino*, n. 699.

(19) *II Cor. XII, 10*.

*mente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. —Amén. —Amén*²⁰. La identificación con el querer divino conduce enseguida a encontrar la paz.

Debemos, para eso —para dar frutos de santidad en nuestro trabajo—, *hacer nuestra la actitud de Cristo Señor Nuestro, que no tuvo más anhelo que cumplir la voluntad de su Padre: meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me, ut perficiam opus eius (Ioann. IV, 34), mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado, para dar así cumplimiento a su obra*²¹.

El Señor se entregó completamente, en todo momento, a la Voluntad de Dios Padre. Ante la presencia del dolor supremo, de la muerte ignominiosa; ante el horror de todos los pecados de la humanidad miserable que recaían en El, Jesús reza: *Padre (...), no se haga mi voluntad sino la tuya*²². Si alguna vez llega la tribulación, unámonos a esta oración de Cristo. El recibió la ayuda de un Ángel del Cielo, que le confortaba. Al velar en oración junto a Cristo, seremos también confortados por nuestro Ángel Custodio, que será para nosotros un ángel de paz. Y rezaremos: *te rogamos, Señor, que dirijas la marcha del mundo según tu Voluntad por los caminos de la paz*²³.

(20) *Camino*, n. 691.

(21) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 26.

(22) *Luc.* XXII, 42.

(23) *Orat.*

Unimos también nuestra oración a la de Nuestra Madre: *fiat!*, hágase —dice al Ángel— lo que tus palabras me han comunicado de parte de Dios. En toda circunstancia, aun en los momentos más duros, hemos de abandonarnos a la Voluntad del Señor y besar la Cruz con que nos bendice. Nuestra Madre nos acompañará como acompañó a Jesús en el Calvario. Y Ella, *Regina Pacis*, nos dará siempre la paz aun en medio del dolor.

108.

MIÉRCOLES

—La vida de los Apóstoles es una invitación al optimismo: podemos alcanzar la santidad.

—*Possumus!* Apoyados en la fortaleza de Dios, venceremos todas nuestras flaquezas.

—*Complejo de superioridad* en el apostolado.

CAMINABA Jesús por Palestina y, *tomando aparte de nuevo a los Doce, comenzó a decirles lo que le iba a suceder: mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles...*¹

Poco entendían los Apóstoles del lenguaje de Jesús, influidos como estaban por el pensamiento de un reino temporal del Mesías. *Y se acercan a El Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, diciéndole (...): concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu gloria. Y Jesús les dijo: no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que Yo bebo, o recibir el bautismo con que Yo soy bautizado? Y ellos le respondieron: ¡podemos!*²

Santiago y Juan no habían captado el hondo sentido de la pregunta del Señor, pero su afán era tan grande que no vacilan en responder afirmativamente.

(1) Ev. (Marc. X, 32-33).

(2) *Ibid.*, 35-39.

te. Jesús les dijo entonces: *beberéis el cáliz que Yo bebo, y recibiréis el bautismo con que Yo soy bautizado; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía concederlo, sino que es para quienes está dispuesto*³.

Possumus! En un arranque generoso, los hijos de Zebedeo se muestran dispuestos a beber el mismo cáliz que toca al Señor, a sufrir con El por los pecados de todos los hombres. Sin embargo, habrían de pasar muchos años hasta que se cumpliera esta afirmación en la vida de Juan, porque antes era preciso que el discípulo amado se hiciera más comprensivo y humilde, más sobrenatural en su celo y en su entusiasmo.

¡Qué diferencia hay entre aquel Juan, impetuoso e intransigente, de los años mozos, y el Apóstol anciano que en Efeso y en Patmos recordaba una y otra vez a sus discípulos el precepto supremo de la caridad! Su ambición juvenil ha sido purificada por la gracia divina y por el sufrimiento; su empuje se ha hecho más sereno y comprensivo, lleno de caridad. De joven había dicho: *Maestro, hemos visto a uno expulsando demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros*⁴. Sin embargo, años después, cuando escribe su primera epístola, afirma: *05 escribo estas cosas a fin de que no pequéis; pero aun cuando alguno pecare,*

(3) *Ibid.*, 39^10.

(4) Marc. IX, 38.

*tenemos de abogado con el Padre a Jesucristo justo, y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados*⁵.

Hemos de sentirnos animados, viendo a los Apóstoles con tantas flaquezas y defectos. También en nuestro corazón queda todavía mucha visión humana, egoísmo y tibieza: una gran necesidad de enmienda y de purificación. *Por eso, cuando sintamos en nosotros mismos —o en otros— cualquier debilidad, no debemos mostrar extrañeza: acordémonos de aquellos que, con su flaqueza indiscutible, perseveraron y llevaron la palabra de Dios por todos los pueblos, y fueron santos. Estemos dispuestos a luchar y a caminar: lo que cuenta es la perseverancia*⁶.

EN ESE camino del Amor que es nuestra vida, nos encontramos muchas veces con la patente realidad de nuestras flaquezas. La marcha al encuentro de Dios no es una sucesión de momentos placenteros, ni es ordinariamente como una línea regular de proceso uniforme. Para escalar la cima de una montaña, la línea recta no suele ser el camino más adecuado, ni el más corriente. Y en la vida interior, Dios prefiere llevar a las almas por senderos que dan vueltas y revueltas, suben y bajan, parece que retroceden y en cambio avanzan, acercan cada vez más a

(5) I Ioann. II, 1-2.

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 48.

la cumbre. Por eso no debe extrañarnos que reaparezcan en nuestra vida, con el paso de los años, viejos defectos superados o nuevos puntos de lucha.

Nos lo advertía nuestro Padrer *yo ya soy viejo, tengo muchos errores; así que vosotros tenéis derecho a tener alguno. Lo importante es que luchemos por irlos quitando, pero a veces es muy bueno que los sintamos; si no, seríamos unos soberbios y la soberbia nos aparta de Dios. En cambio, así no nos queda más remedio que ser humildes. Si tus errores te hacen más humilde, son camino de santidad: felix culpa* (Praech. Pasch.), *dice la Iglesia a propósito del pecado original. En la vida del cristiano todo tiene que ser para Dios: también las debilidades personales, que el Señor comprende*⁷.

Siempre podremos superar esos obstáculos porque Dios mismo lucha a nuestro lado; sólo espera que seamos valientes y decididos, que no nos conformemos nunca con lo que hacemos, que acudamos a El, una vez y otra, con confianza. *Hijos míos, digamos con Juan y Santiago: possumus! Omnia possum in eo qui me confortat* (Philip. IV, 13); *todo lo puedo en Aquel que me conforta. Llenaos de confianza, porque el que comenzó la obra, la perfeccionará* (Philip. I, 6); *podremos, si cooperamos, porque tenemos asegurada la fortaleza de Dios: quia tu es, Deus, fortitudo mea* (Ps. XLII, 2)⁸.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, I-IV-1969, en Crónica, 1969, p. 957.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 49.

Apoyados en la fortaleza del Señor estamos bien seguros, con la certeza de que alcanzaremos esa santidad que El mismo nos propone como meta. *Hijo mío* —no se cansaba de repetir nuestro Fundador—: *tú y yo hemos de estar seguros de la victoria. Porque no estamos solos. Vae soli!* (Eccles. IV, 10), *ha dicho el Espíritu Santo en la Escritura. Tenemos este cariño de nuestros Directores, que es caridad de Cristo, y la gracia abundante de Dios, y este heraldo: nuestro Ángel Custodio*⁹.

*¡Adelante!, con más cariño, con más alegría, con más confianza, con más fortaleza, con la fortaleza que nos da Dios*¹⁰. Es preciso no desanimarse nunca, comenzar y recomenzar, apoyarse siempre en el poder de Dios. *¿Lo veis, hijos míos? No es soberbia decir al Señor: con tu ayuda poderosa, hoy voy a procurar ser más puntual en ese acto de piedad, en el cumplimiento de aquellas Normas; a rezar con mayor devoción el Santo Rosario; a ser más cariñoso y atento con mis hermanos...*¹¹.

Es ésta la seguridad que nos brinda la vida del Apóstol San Juan. Su respuesta impetuosa a la pregunta del Señor —*possumus!*—, fruto también de un arranque magnánimo y generoso, le llevó más tarde, cuando comprendió en toda su hondura el sentido de las palabras de Jesús, a ofrecer su vida entera en

servicio de Dios, a hacer —con la ayuda de la gracia— más ardiente y sobrenatural ese gran amor que latía en su pecho.

Apoyados en el corazón de Cristo, como San Juan en la Última Cena, ninguna flaqueza será capaz de hacernos vacilar. *¡Gracias, Señor, porque con la tentación nos das también la hermosura y la fortaleza de tu gracia, para que seamos vencedores! ¡Gracias, Señor, por las tentaciones que nos mandas para que seamos humildes!* ¹².

*DIOS TIENE sobre nosotros, hijos suyos, un derecho especial: el derecho a que correspondamos a su amor, a pesar de los errores personales. Este convencimiento, al mismo tiempo que nos impone una responsabilidad, de la que no podemos escapar, nos da seguridad plena: somos instrumentos en las manos de Dios, con los que El cuenta diariamente, y por eso, diariamente, nos afanaremos para hacer el Opus Dei*¹³.

La ayuda del Señor no nos falta tampoco en la acción apostólica. Tenemos todos los medios necesarios, con una divina promesa de eficacia, porque —junto a nuestra personal debilidad— Dios ha puesto una fuerza sobrehumana, sobrenatural, infinitamente superior a todos los poderes de la tierra. *Debeis tener complejo de superioridad* —decía nuestro

(9) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

(11) De nuestro Padre, Crónica IX-65, p. 10.

(12) De nuestro Padre, Crónica IX-65, p. 10.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1065.

Padre—, *porque Dios os ha dado inteligencia, medios y vocación. Debéis reaccionar siempre como dice San Pablo: omnia possum in eo qui me confortat! Debéis meter a Cristo en las almas de los demás. ¡Solos, no! Pero, como tenéis la vocación a la Obra y los medios sobrenaturales, siempre podréis decir: omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13), ¡lo puedo todo con la gracia!*

Este complejo de superioridad nos hace sobrenaturalmente audaces en el apostolado, sabiendo que el mundo es bueno, porque ha salido de las manos de Dios. Luego todas las profesiones honestas pueden y deben ser santificadas. Luego las personas que tratáis están en condiciones —si vosotros sois sobrenaturales— de recibir la vocación al Opus Dei. Luego ninguno de vosotros, hijos míos, tiene derecho a decir: no puedo hacer apostolado, no puedo hacer proselitismo¹⁴.

Ni la magnitud de la misión a la que estamos llamados, ni la consideración de la poca valía personal, ni los obstáculos que surjan en el camino son motivo suficiente para detener o frenar nuestra labor de apostolado, que no se fundamenta en simples posibilidades humanas. Por el contrario, es nuestra vida de fe, el *bonus odor Christi* lo que atraerá a las almas que Dios ha puesto a nuestro lado. Yo, hermanos míos —escribía San Pablo—, *cuando fui a vosotros a predicaros el testimonio de Cristo, no fui con subli-*

(14) De nuestro Padre, Crónica. 1968, p. 1062.

mes discursos de sabiduría humana, puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado¹⁵.

Omnia possum in eo qui me confortat (Philip. IV, 13). Con El no hay posibilidad de fracaso. De ahí el complejo de superioridad, de ahí que afrontemos las tareas con espíritu de vencedores, porque nos concede Dios su fortaleza¹⁶. Esa actitud que se nos pide en la acción apostólica, responde a una profunda humildad personal: nace de saber que la eficacia viene de Dios y no de uno mismo; de no apoyarse en la sabiduría humana, para predicar sólo lo que hemos recibido de Dios; de superar la propia comodidad, para seguir los intereses de Cristo.

María, Madre nuestra: enséñanos a ser intransigentes en todo lo que no es nuestro, porque es de Dios, y a ceder al mismo tiempo en todo lo personal.

(15) I Cor. II, 1-2.

(16) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1067.

109.

JUEVES

—Ejemplo de fe y oración de Bartimeo.

—Para seguir a Cristo, hay que dejar todas las cosas.

—El Señor nos pide una fe viva, manifestada en obras.

IBA Jesús camino de Jerusalén, y al salir de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, el ciego, hijo de Tímeo, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna K

Guiados por nuestro Padre, las palabras del Evangelista se hacen cauce de nuestra oración. *¿Qué cosa más razonable todo lo que nos dice la Escritura! ¿No es razonable que haya un ciegucecito que pida limosna a la vera del camino, extendida la mano? También ahora, donde hay muchedumbre de gentes —una fiesta popular, una romería—, suele haber un ciego, se suelen ver pobrecitos que extienden la mano*².

El tumulto era grande. Bartimeo, acostumbrado a oír el paso de las caravanas de peregrinos y comerciantes que subían a Jerusalén, no recordaba una cosa parecida. Y al oír aquel gran rumor de la gente que pasaba, preguntó: *¿qué es eso? Y cuando le dijeron: Jesús de Nazaret, se le encendió tanto el corazón en la fe de Cristo, que gritó: Iesu, fili David, miserere*

(1) Ev. (Marc. X, 46).

(2) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

mei! (Marc. X, 47), *¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*

*Hijo mío, ¿no te dan ganas de gritar a ti, que estás también parado a la vera del camino, de ese camino de la vida que es tan corta; a ti, que te faltan luces; a ti, que necesitas más gracias para hacerte santo de verdad? ¿No te dan ganas de clamar: Iesu, fili David, miserere mei!? ¡Qué hermosa jaculatoria para que la digas muchas veces! Señor, Jesús, hijo de David, ten compasión de mí*³.

La voz de Bartimeo brotó como un grito del alma: *miserere mei!* Cada vez más fuerte, sobresalía entre el rumor de la muchedumbre. Pero parecía que el Señor no le escuchaba, hasta el punto de que los más cercanos comenzaron ya a molestarse: *cominabantur ei multi ut taceret* (Marc. X, 48). *Muchos le decían que se callara, como a ti, cuando sentiste que Jesús pasaba a tu vera; cuando oíste aquel rumor, noble y limpio, de los que siguen al Señor en este ejército del Opus Dei. Se te aceleró el corazón y comenzaste a clamar; sentiste una inquietud íntima. Y amigos, costumbres, comodidad y ambiente; todos te gritaron: ¡cállate, no clames! ¿Por qué has de llamar a Jesús? Déjale. At ille multo magis clamabat* (Marc. X, 48). *Pero el pobre Bartimeo no hacía caso, y aún gritaba con mayor fuerza: Iesu, fili David, miserere mei.*

Parándose entonces Jesús, le mandó llamar (Marc.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

X, 49). *El Señor, que le oyó desde la primera vez, le dejó perseverar en su oración. Como a ti (...). Jesús oye el primer clamor de nuestro corazón, pero espera. Quiere que nos demos cuenta bien de que le necesitamos; quiere que le roguemos, que perseveremos, como aquel ciego, a la vera del camino que salía de Jericó.*

Praecepit illum vocari (Marc. X, 49): le mandó llamar, y algunos de los mejores que le rodean, le dicen: animaequior esto: surge, vocat te (Marc. X, 49). Ponte contento, levántate, te llama. ¡Es la vocación!

Pero no es una sola la llamada de Dios. Considera además, hijo mío, que el Señor nos llama otras muchas veces: levántate —nos dice—, sal de tu poltronería, de tu comodidad, de tus pequeños egoísmos, de tus problemitas sin importancia. Despégate de la tierra, que estás ahí plano, chato, informe. Adquiere altura, peso y volumen, y visión sobrenatural. Date.

Surge, vocat te. Levántate, que te llama⁴.

ERA el mes de Nisán, cercana la Pascua. Acababa el invierno; duro en la llanura de Jericó, donde bate fuerte el viento que baja de las montañas del Norte. Aquel pobre ciego, Bartimeo, a la intemperie, se defendía de los rigores del tiempo con una capa. Y ahora, al querer levantarse y caminar hacia Jesús, quizá se le enreda el manto con la prisa y no puede

ponerse con presteza en pie y caminar libremente.

Hijo mío —nos invita a considerar nuestro Padre—, ¿no te recuerda esto aquella llamada imperiosa del Señor, que sentiste en tu corazón y que te trajo a la Obra? Quizá entonces tus pasiones te tiraban de la ropa y te decían: ¿pero tan mal nos hemos portado contigo? ¿Acaso no has pasado una vida placentera? ¿Acaso no eres feliz? ¿No te hemos dado tantas cosas de este mundo?... Sugestiones que quizá a veces vuelven a insinuarse en tu alma, y a estorbar tu camino hacia Cristo⁵.

El ciego, al oír que el Señor le llamaba, arrojan-
do su manto, dio un salto y se acercó a Jesús⁶. No pensó entonces en el valor de su capa, en lo que había costado conseguirla, ni siquiera en los servicios que le prestaba abrigándole en el invierno. Sintió que le llamaban y, sin vacilaciones, fue.

Proiecto vestimento suo (Marc. X, 50). ¡Tirando su capa! Hijo mío, no sé si tú habrás estado en la guerra. Hace ya muchos años, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y ahí había, arrojados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografías de personas amadas... ¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr más

(4) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(6) Ev. (Marc. X, 50).

*aprisa y saltar el parapeto enemigo. Como a Bartimeo, para correr detrás de Cristo*⁷.

Si el ciego se desprendió de su capa fue para llevar enseguida hasta Jesús; lo de menos era dejar aquel manto que —aunque fuera útil y, para él, valioso— estaría lleno de remiendos. Era un pordiosero, y no le importaba presentarse lleno de miserias ante el Señor. Con su gesto demostró, sin embargo, que estaba dispuesto —porque creía, porque amaba— a luchar y a vencer.

*Hijo mío: no me olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe: manta, macuto, cantimplora. Qui, proiecto vestimento suo, exsiliens venit ad eum (Marc. X, 50). Tú has hecho igual en esta pelea para la gloria de Dios, en esta lucha de amor y de paz, con que queremos extender el reinado de Cristo. Por servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, debes estar dispuesto a tirar todo lo que sobra. A quedarte sin esa manta, que es el abrigo en las noches crudas, sin esos recuerdos amados de la familia de sangre, sin el refrigerio de una cantimplora. ¡Lección de fe! ¡Lección de amor! Porque hay que amar a Cristo así*⁸.

LA GENTE que hace corro en derredor de Jesús, se aparta para dejar paso a Bartimeo, el ciego. El

(7) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

Maestro le ha llamado. Y ahora, hijo mío, comienza un diálogo divino, un diálogo de maravilla, que conmueve, que enciende, porque tú y yo somos ahora Bartimeo. Abre Cristo la boca divina y dice: **quid tibi vis faciam?** (Marc. X, 50), *¿qué quieres que te haga?*⁹.

La historia de Bartimeo es la historia de un hombre de fe viva, operativa. Mira —comenta San Juan Crisóstomo— *que ni siquiera le pregunta el Señor si tiene fe, como solía hacer otras veces, pues sus gritos y su abrirse paso ente la gente ponían bien de manifiesto su fe a los ojos de todos*¹⁰. Y ante este ejemplo elocuente, un mudo reproche viene a nuestro corazón: ¡tantas veces nos hemos dejado llevar de la comodidad en nuestro seguimiento de Cristo! ¡Tantas veces nuestra fe —en la vida diaria— ha estado medio apagada!

Ut videam! Maestro, que vea. ¡Qué cosa más lógica! Hijo, y tú... ¿ves?, ¿no te ha sucedido alguna vez lo mismo que a ese ciego de Jericó? (...). Yo no puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje, hace muchos años, sintiendo que Jesús quería algo de mí —¡algo que yo no sabía qué era!—, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me quería para algo nuevo, y el Rabboni, ut videam (Marc. X, 51) me hizo decir a Cristo: Domine, ut sit, Señor, que eso que Tú quieres, se cumpla (...).

Pero volvamos a la escena que se desarrolla a la

(9) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(10) San Juan Crisóstomo, In *Matthaeum homiliae* 66, 1.

salida de Jericó. Ahora es a ti, a quien habla Cristo. Hijo mío, te dice: ¿qué quieres que te haga?, quid tibi vis faciam? "

Habla la omnipotencia y la bondad de Dios. No importa que seamos unos pobres miserables, ciegos. El Señor nos tiende su mano amiga, poderosa, y —por si no supiéramos tomarla o no nos atreviéramos—, El mismo nos invita, con voz animosa: *el que me sigue, tendrá la luz de la vida*ⁿ. Basta que repitamos esas palabras: *Domine, ut videam!* Es preciso, por eso, que nuestra fe aumente cada día, que sea más firme, más operativa: porque *lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo es nuestra fe*¹³: creer firmemente en Jesucristo, en su amor infinito por nosotros, en su poder divino nunca empuñado. Y de nuevo resonará en nuestros oídos la voz todopoderosa del Señor: *anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista*¹⁴.

La comitiva, con el Señor a la cabeza, reemprendió su marcha. Atrás quedó la ciudad de las palmeras, abrigada en sus murallas. Y el que había sido ciego, *sequebatur eum in via*¹⁵, le seguía en el camino. *¿Ves? Seguirle en el camino. Tú has visto lo que el Señor te pedía, y quieres seguirle en el camino. Tú quieres pisar sobre sus pisadas, vestirse de la vestidura*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(12) *Allel.* (Ioann. VIII, 12).

(13) I Ioann. V, 4.

(14) *Ev.* (Marc. X, 52).

(15) *Ibid.*

*de Cristo, ser el mismo Cristo; pues tu fe —fe en esa luz que el Señor te va dando— ha de ser operativa y sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en buscar modos nuevos. La lección que nos da Jesús está clara. La fe que nos pide es así; hemos de seguirle con obediencia y con obras, con obras llenas de sacrificio, dejando lo que estorba*¹⁶.

No hay fe más grande que la de Santa María: *beata quae credidisti*¹⁷, bienaventurada Tú, porque has creído, le saluda Santa Isabel. Ella nos alcanzará esa fe sacrificada y operativa, que necesitamos para nuestra labor de almas.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

(17) *Luc.* I, 45.

110.

VIERNES

- Servicio celoso a la Iglesia, que es la Casa de Dios.
- Servicio desinteresado: con plena rectitud de intención.
- Deseos de servicio que se traducen en obras de abnegación, de fidelidad y de obediencia a la Iglesia.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta a Jesús en Jerusalén. Y, *entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los que vendían y a los que compraban en el Templo, y derribó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. Y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo. Y les enseñaba: ¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Vosotros, en cambio, la habéis convertido en cueva de ladrones*¹.

Hondamente debió de impresionar a los discípulos esta firmeza de Jesucristo en defender los derechos y la gloria de su Padre; hasta se acordaron de aquellas palabras de la Escritura que predecían esa actitud del Señor: *el celo de tu casa me consume*².

El Señor vela por la honra de su Padre, con quien está íntimamente unido en identidad de pensamientos, de voluntad y de obras: *mi Padre y Yo so-*

(1) Ev. {Marc. XI, 15-17).
(2) Ps. LXVIII, 10.

*mos una misma cosa*³. Jesús no transige con el error —*¡esas reprimendas terribles a los fariseos!*—, ni tolera que delante de El se ofenda impunemente al Creador. *Contemplad* —invitaba nuestro Padre— *la santa indignación de Cristo, frente al abuso de los mercaderes en el Templo (...).*

*Tampoco podemos tolerar que se ofenda a Dios donde estemos nosotros, pudiéndolo evitar; si es preciso, utilizaremos también una santa coacción, acompañada de toda la suavidad posible en la forma, y siempre respetando la legítima libertad de las conciencias. Es decir, actuaremos de tal forma que quede claro que no nos movemos para defender intereses personales, sino sólo por amor de Dios —zelus domus tuae comedit me (Ioann //, 17), el celo de tu Casa me come las entrañas— y por amor a los hombres, que queremos sacar del error, para impedir que condenen neciamente su alma*⁴.

Ahora, a los dos mil años de la Ascensión del Señor al Cielo, ¿quién mantiene en la tierra el cuidado de los derechos de Dios? Es la Iglesia, Esposa de Cristo, la depositaria de esa misión de fidelidad. Y sobre nosotros, hijos de la Iglesia, recae la responsabilidad de esa defensa firme de la gloria debida al Señor, ese servicio celoso y fiel, desinteresado, filial, que —como Jesucristo— debemos realizar *aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida*⁵, porque es un servi-

(3) Ioann. X, 30.
(4) De nuestro Padre, Carta, 9-M932, n. 72.
(5) Camino, n. 519.

ció de amor: *¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia Santa!*⁶, y sentir —como Jesús— el celo por la Casa de Dios.

LA INDIGNACIÓN de Jesús nacía de su amor a Dios Padre. *No penséis que Nuestro Señor es un Dios colérico. Es mitis et humilis corde* (Matth. XI, 29), *manso y humilde de corazón; pero sabe que el corazón del hombre en ocasiones es duro como el bronce, y que sólo el fuego podrá derretirlo: el fuego del amor, el fuego de la verdad, el fuego de la misión que ha recibido del Padre. Por eso, basta el más pequeño síntoma de buena voluntad, de deseo de conocer lo que es auténtico, para que El se vuelque iluminando, bendiciendo, ensalzando*⁷.

Lo vemos en otro pasaje evangélico, en este caso de San Juan; nos cuenta que, después de expulsar a los vendedores del Templo, *durante el tiempo que estuvo Jesús en Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacía*⁸.

Hoy, como entonces, somos testigos de las maravillas que el Señor hace en el mundo. Hoy somos testigos de los prodigios que Dios realiza por medio de su Obra: milagros continuos de orden espiritual, que

(6) *Camino*, n. 518.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 12.

(8) *Ioann.* II, 25.

nos dan la certeza de trabajar en una empresa que no es ya *una empresa buena, ni muy buena: es divina. Estamos haciendo Opus Dei, operatio Dei, obra de Dios*⁹. Y el carácter sobrenatural de esta empresa exige de nosotros aquel celo divino, que nos empuje a servir, generosamente, sin pretender pago humano.

Hijos míos, nos dice nuestro Padre, que no esperéis en vuestra labor el aplauso de las gentes, que busquéis sólo agradar a Dios: con vuestra fidelidad al Magisterio de la Iglesia Santa, con el testimonio de vuestra conciencia al obrar rectamente; con ese servicio vuestro humilde, escondido, eficaz, a Dios, a la Iglesia, a las almas todas.

No esperéis siquiera, a veces, que os comprendan otras personas e instituciones que también trabajan por Cristo. Buscad sólo la gloria de Dios, y, amando siempre a todos, no os preocupe que otros no entiendan: la caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita (I Cor. XIII, 4 y 5). *Así estaremos siempre firmes, tranquilos, alegres; y nunca dejaremos de ser sembradores de paz y de alegría*¹⁰.

Si ante las posibles incomprensiones externas, perdiésemos siquiera un instante la serenidad y la paz, sería muestra de que aún podemos mejorar la

(9) De nuestro Padre, *Crónica* 111-64, p. 7.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 25.

rectitud de intención en nuestro servicio, sería señal de que no nos mueve solamente la gloria de Dios.

EL SEÑOR ve nuestros buenos deseos de servirle; pero, con su gesto decidido en el Templo, nos recuerda una vez más que a esos deseos han de corresponder obras, sacrificio personal, abnegación.

El servicio de la Iglesia de Cristo nos exigirá muchas veces vencer incomprensiones, dificultades externas. *Si esto alguna vez sucede en algún sitio* —nos advirtió nuestro Fundador—, *seguid roturando con sacrificio alegre todos los campos del mundo, y continuad sembrando* —con amor cristiano y sin miras humanas— *también donde no haya amor: y al cabo de un tiempo, el Señor de la mies, que habrá bendecido la besana con su mano llagada, hará que recojamos para su Iglesia Santa, cada día con abundancia mayor, aun en terrenos que parecían estériles, el fruto de esa siembra generosa* ¹¹.

Pero también, y en primer término, hay que superar la resistencia que oponemos nosotros mismos, algo que dentro del alma es enemigo de la entrega plena y busca sus propios intereses; algo que hasta en las acciones externamente más santas parece introducirse para obtener un beneficio egoísta, una complacencia del yo: el propio juicio, la propia vo-

luntad, compensaciones que evocan el mandato de Jesucristo: *quítad eso de aquí y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio* ¹².

Para servir a la Iglesia hemos de negarnos a nosotros mismos, hemos de ser santos. *Desde el comienzo no tenemos otra receta: ¡santidad personal! Lucha ascética, poniendo en ejercicio, a lo largo del día, las virtudes teologales, que antes que para teorizar son virtudes para vivir: la fe, la esperanza, la caridad* ¹³. Y ese servicio nos exige también una rendida obediencia al Magisterio de la Iglesia, especialmente en estos tiempos en que se renuevan todas las viejas herejías; en estos tiempos que parecen idénticos a aquellos de la revolución francesa, o a aquellos otros del protestantismo que rasgó la vestidura de la Iglesia, y aun a otros más lejanos, cuando escribía San Agustín: resuenan muchas voces contradictorias; diversas herejías, diversos cismas aparecen, muchas voces contradicen a la doctrina verdadera. Tú corre al tabernáculo de Dios, sé de la Iglesia Católica, no te apartes de la regla de la verdad (*San Agustín*, In Ps. enarr. XXX, II, s. III, 8) ¹⁴.

Así, a pesar de nuestra pequeñez personal, con la ayuda del Señor seremos eficaces, y los deseos de servicio a la Iglesia y a las almas florecerán en obras de santidad y apostolado, que serán la alegría de Nuestra Señora, la Virgen, *Mater Ecclesiae*, Madre de la Iglesia.

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1968, pp. 270-271.

(12) *Ioann.* II, 16.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 25.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 28.

111.

SÁBADO

—La perseverancia, fruto del amor de Dios.

—Ante el cansancio, contemplar la Santa Humanidad de Cristo.

—Hemos de sacar de los obstáculos ocasión de santidad.

LA RAZÓN de nuestra vida es el amor a Jesucristo. Ni nuestra entrega inicial, ni la perseverancia podrían tener otra explicación ni otro motivo que la fuerza de ese amor. *¡Oh Dios, Tú eres mi Dios, a Ti te busco desde que amanece! De Ti tuvo sed mi alma, de muchas maneras te desea*¹. Comenzamos a seguir a Jesús cuando escuchamos su voz que nos invitaba a acompañarle; sabíamos que nuestro Dios quiere que le amemos *con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma y con toda nuestra mente*², que desea nuestra vida entera. No podemos dejar que otros móviles menos sobrenaturales vengan a ocupar el lugar que sólo al amor pertenece.

De muchos modos podemos poner en peligro el amor que prometimos al Señor. A veces, nos buscamos a nosotros mismos en el trabajo, descuidando la presencia de Dios y su proyección apostólica; en otras ocasiones, las dificultades del ambiente, o de

(1) Ps. R. (II) (ft. LXII, 2).

(2) Matth. XXII, 37.

nuestra lucha interior, pueden hacernos pensar que no es tan atractivo el camino que emprendimos. Pero ninguno de nosotros tiene el derecho, pase lo que pase, a dudar de su llamada divina: *hay una luz de Dios, hay una fuerza interior dada gratuitamente por el Señor, que quiere que, junto a su Omnipotencia, vaya nuestra flaqueza; junto a su luz, la tiniebla de nuestra pobre naturaleza. Nos busca para corredimir, con una moción precisa, de la que no podemos dudar: porque tenemos, junto a mil razones que otras veces hemos considerado, una señal externa: el hecho de estar trabajando con pleno entregamiento en su Obra, sin que haya mediado un motivo humano. Si no nos hubiera llamado Dios, nuestro trabajo con tanto sacrificio en el Opus Dei nos haría dignos de un manicomio. Pero somos hombres cuerdos, luego hay algo físico, externo, que nos asegura de que esta llamada es divina: veni, sequere me (Luc. XVIII, 22); ven, sígueme*³.

El amor a Jesucristo fue la razón de nuestra entrega, y sigue siendo hoy la fuente de nuestra fidelidad. La experiencia personal nos deja sentir la verdad de estas palabras, que leímos por primera vez acaso hace mucho tiempo: *¿Que cuáles es el secreto de la perseverancia? El Amor. Enamórate, y no "le" dejarás* *.

COMO consecuencia del esfuerzo en la lucha, de esta perseverancia —día a día— en nuestro trabajo,

(3) De nuestro Padre, Carla, 24-111-1931, n. 47.

(4) Camino, n. 999.

es normal que sintamos cansancio. Puede ser simple agotamiento físico: el cuerpo se siente flaco para la pelea. Otras veces, al comprobar que, a pesar de tanto tiempo de combate, seguimos teniendo los mismos errores, podemos sentir la tentación del desaliento. Entonces, si contemplamos la figura humana de Jesús, nuestra alma se llenará de esperanza. *¿Quién nos separará del amor de Cristo?*⁵, podremos preguntarnos con San Pablo. Y nuestras caídas, nuestras miserias, nos llevarán al dolor, a la humildad.

*Dolor de amor, pues, y —en la intimidad de ese dolor y de esa humildad— nos atreveremos a decir al Señor que hay también en nuestra vida mucho amor. Que si fue real la falta, real es el amor que El mismo pone en nosotros, que nos permite servirle con toda la fuerza de nuestros corazones*⁶. Nada hay en el mundo que nos pueda apartar del amor de Jesús, si nosotros no queremos. Y al comprobar que solos no podemos, la Iglesia nos invita a poner los ojos en Aquel que es poderoso para guardaros sin pecado y presentaros intachables con alegría ante su gloria⁷.

Ante las dificultades, nos consuela el ejemplo de Jesús, perfecto Dios y perfecto Hombre. *No os canséis* —insiste nuestro Padre— *de contemplar al Señor que, tantas veces a lo largo de su vida, manifestó las flaquezas —exceptuado el pecado— de su Santa Hu-*

(5) *Rom. VII*, 35.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 24.

(7) *L. I(II)* (*Iud.* 24).

manidad: vedle fatigatus ex itinere (cfr. *Ioann IV*, 6 y 7), *cansado del camino, descansar en el brocal del pozo de Sicar y pedir agua para atenuar su sed; y reparar sus fuerzas, durmiendo sobre un cabezal en la barca de los discípulos* (cfr. *Marc. IV*, 38); *y sentir hambre* (cfr. *Matth. XXI*, 18); *y llorar la muerte de Lázaro, el amigo querido* (cfr. *Ioann. XI*, 36 y 38); *e inquietarse, con amargura y miedo, ante la inminencia de la Pasión y de la Muerte, hasta permitir que un ángel —una criatura— le consolase* (cfr. *Luc. XXII*, 39-46)⁸.

La Humanidad Santísima de Cristo se mantuvo siempre firme porque estaba en Dios, porque mantenía un continuo diálogo con su Padre. Y Jesús es nuestro Maestro: si luchamos por estar en Dios, si cumplimos amorosamente las Normas, si procuramos que la presencia de Dios sea continua, nada podrá alejarnos de El. *Os daré* —promete el Señor— *un corazón nuevo y os infundiré un nuevo espíritu; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos*⁹.

NUESTRO camino hacia el Cielo está sembrado de dificultades, que sin embargo no son insuperables: *Cristo se ha hecho para nosotros camino; ¿podremos perder la esperanza de llegar? Este camino*

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, n. 34.

(9) *Ad Laudes* (*Ezech.* XXXVI, 26-27).

no puede tener fin, no se puede cortar, no lo pueden corroer la lluvia ni los diluvios, ni puede ser asaltado por los ladrones. Camina seguro en Cristo —nos dice San Agustín—, camina; no tropieces, no caigas, no mires atrás, no te detengas en el camino, no te apartes de él. Con tal que cuides esto, habrás llegado^w.

Los obstáculos, si somos humildes, serán ocasión de crecimiento, de adelanto; porque nos llevarán al Señor, a buscar su ayuda, a pedir que haga fuerte nuestro amor. *Dios, cuando desea realizar alguna obra, emplea medios desproporcionados, para que se note bien que la obra es suya. Por eso vosotros y yo, que conocemos bien el peso abrumador de nuestra mezquindad, debemos decir al Señor: aunque me vea miserable, no dejo de comprender que soy un instrumento divino en tus manos*^u. Ante nuestras faltas y ante las dificultades objetivas, nuestro Padre nos enseña a recurrir a Jesucristo. El amor se forja en las contradicciones y erraos obstáculos, en el vencimiento propio. El Señor se vale de las dificultades, como el artista del escoplo y del martillo, para cincelear su imagen en nuestra alma.

*No os extrañe que os diga que amo vuestros defectos, siempre que luchéis por quitarlos, porque son un motivo de humildad*¹². Y la humildad ha de ser la base de nuestra lucha ascética y apostólica: el recono-

(10) San Agustín, *Sermo* 170, 11.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 31.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 34.

cimiento de que nada podemos sin la ayuda del Señor. *Habéis de ser victoriosos en vuestras miserias, haciendo victoriosos a los demás. Entre todos me ayudaréis a perseverar. Con errores, que todos tenemos, y que —cuando los reconocemos, pidiendo perdón al Señor— nos hacen humildes y merecen que digamos, con la Iglesia: felix culpa!*¹³.

Acudamos a la Virgen, que siempre creció en su amor a Jesús, con humildad de hijos pequeños: Ella hará renacer continuamente en nuestra alma un amor vivo, sincero, que es el fundamento de la perseverancia.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 56.